

# **LA TIERRA DE LAS SOMBRAS**

**PETER STRAUB**

*A Benjamin Bitker Straub*

Las dos escuelas, la vieja y la nueva, son invenciones del autor y no deben confundirse con ninguna escuela existente. Del mismo modo. La Tierra de las Sombras, su situación y sus habitantes, son totalmente ficticios.

Mi agradecimiento a Hiram Strait y a Barry Price por su asesoramiento y sus comentarios sobre la magia y los magos, y a Corrie Crandall por presentármelos y llevarme al Castillo Mágico.

*Caperucita Roja fue mi primer amor. Sentía que si hubiera podido casarme con  
Caperucita Roja, habría conocido la felicidad perfecta.*

CHARLES DICKENS

*La clave del tesoro es el tesoro.*

JOHN BARTH

## NOTA

### Tom En El Zanzibar

Hace más de veinte años, un estudiante mediocre de Arizona llamado Tom Flanagan fue invitado por otro chico a pasar las vacaciones de Navidad con él, en la casa de su tío. El padre de Tom Flanagan se estaba muriendo de cáncer, aunque nadie lo sabía en la escuela, y la casa del tío quedaba lejos, a tal distancia que sería difícil regresar. Tom rechazó la invitación. A finales del año escolar su amigo la reiteró, y esta vez Tom Flanagan aceptó. Su padre haría muerto tres meses antes; después de eso, hubo una tragedia en la escuela. En el momento de apartarse de la fuente de su dolor, Tom se sentía inquieto, aburrido, desdichado, preparado para lo nuevo y para la sorpresa. Tenía otra razón para aceptar, que aunque parezca tonta, era urgente: pensaba que debía proteger a su amigo. Esto le parecía la tarea más importante de su vida.

Cuando comencé a oír esta historia, Tom Flanagan estaba trabajando en un club nocturno en Sunset Street de Los Angeles, donde seguía siendo subestimado. El Zanzibar era un lugar miserable adecuado para los artistas de mala muerte del negocio del espectáculo: tenía la atmósfera de un lugar destinado al fracaso. Era terrible ver allí a Tom Flanagan, pero el medio no influía en él. Tal vez por eso, o porque había sido marcado mucho tiempo atrás por lugares como el Zanzibar, ya no percibía su mezquindad. En todo caso, Tom trabajaba allí desde hacía sólo dos semanas. Era una pausa entre sus viajes, como le sucedía desde sus días en la escuela... detenerse y luego volver a trasladarse, y así sucesivamente.

Incluso en la vulgaridad del Zanzibar a la luz del día, Tom tenía el mismo aspecto que siete u ocho años atrás, cuando sus cabellos rojizos y rizados habían comenzado a ralear. A pesar de su profesión, había muy poco de teatral en él. Nunca tuvo nombre profesional. El cartel en la pared extrema del Zanzibar sólo decía: «Tom Flanagan todas las noches». Usaba una capa durante la primera parte, la menos importante de su actuación, y luego se la quitaba casi ansiosamente cuando comenzaba el trabajo serio... Se veía en el movimiento de sus hombros que se alegraba de quitársela. Después de dejar la capa, aparecía con un smoking, o con la misma ropa con que esperaba pacientemente en el Zanzibar el momento de tomar una cerveza con un amigo. Una chaqueta de tweed; con el nudo flojo de la corbata bajo el cuello abierto de la sencilla camisa; pantalones grises planchados debajo del colchón. Sé que lavaba sus pañuelos en el lavabo y los secaba extendiéndolos sobre los azulejos. Por la mañana los arrancaba de allí como grandes hojas blancas, los sacudía y doblaba uno para ponérselo en el bolsillo.

—Ah, amigo mío —dijo levantándose, y la luz reflejada desde el espejo detrás

de la barra iluminaba su frente ampliada por la caída del pelo. Aún se le veía en buen estado físico, a pesar del permanente cansancio que había marcado arrugas alrededor de sus ojos. Extendía la mano, y al estrechársela sentí la línea de la cicatriz en su palma, lo cual siempre era una sorpresa en una mano tan suave—. Me alegro de que me hayas llamado —dijo.

—Supe que estabas en la ciudad. Me alegro de volver a verte.

—Hay algo gratificante cuando uno se encuentra contigo —comentó—, es que nunca preguntas: «¿Qué tal esos trucos?»

Era el mejor mago que yo hubiera visto jamás.

—A ti no tengo que preguntártelo —respondí.

—Ah, sujeta mi mano —dijo él, y sacó una baraja de su bolsillo—. ¿Tienes ganas de probar otra vez?

—Dame la oportunidad —dije yo.

Mezcló los naipes con una sola mano, luego con las dos, los separó en tres pilas, y luego reunió la baraja en otro orden.

—¿Está bien?

—Muy bien —respondí yo, mientras Tom empujaba las cartas hacia mí.

Tomé dos tercios de la baraja y di la vuelta a la carta de arriba. Era el jack de trébol.

—Devuélvela. —Tom bebía su cerveza, sin mirar.

Coloqué el naipe en la baraja, en otro lugar.

—Observa bien. —Tom me sonreía—. Ahora viene el truco. —Golpeó la parte superior del mazo con suficiente fuerza como para provocar un ruido sordo—. Está subiendo. Lo siento.

Volvió a golpear y me hizo un guiño. Luego levantó la carta de arriba y la giró sin molestarse en mirarla.

—No entiendo cómo lo haces —dije.

Si él hubiera querido, la habría sacado de mi bolsillo, de su bolsillo, o de una caja sellada en una cartera cerrada con llave, pero era más eficaz cuando se hacía simplemente.

—Si no lo has descubierto ahora, nunca lo descubrirás. Sigue escribiendo novelas.

—Pero no es posible que lo hayas hecho con la palma de la mano. Ni siquiera la has tocado.

—Es un buen truco. Pero no sirve en el escenario..., no sirve de mucho en un club. La gente no puede acercarse lo suficiente. De todas maneras, los clientes piensan que los trucos con cartas son aburridos.

Tom miró las hileras de mesas vacías y luego al escenario, como si midiera la distancia entre ellos, y mientras meditaba sobre la inutilidad de ciertos trucos que llevaba una década perfeccionando, yo medí otra distancia: la distancia entre el hombre actual y el chico que había sido. Nadie que lo hubiera conocido entonces,

cuando su cabeza pelirroja parecía echar chispas y todo su cuerpo joven comunicaba la vibración de su personalidad, podría haber profetizado el futuro de Tom Flanagan.

Por supuesto, los que habían sido nuestros maestros y aún vivían, consideraban su vida un terrible fracaso, lo mismo que la mayoría de nuestros condiscípulos. Pero nuestro más terrible fracaso no era Flanagan sino Marcus Reilly, que se pegó un tiro en su coche cuando tenía poco más de treinta años; sin embargo probablemente Flanagan era el más desconcertante. Otros habían tomado direcciones equivocadas y habían fracasado de forma tan discreta que aún podía oírse el suspiro; uno, un funcionario de Banco llamado Tom Pinfold, había caído estentóreamente cuando se descubrió que cientos de miles de dólares de los clientes habían desaparecido de sus cuentas; sólo Tom Flanagan había vuelto la espalda al éxito de manera deliberada e indiferente.

Casi como si Tom pudiera leer mis pensamientos, me preguntó si había visto últimamente a alguien del colegio, y hablamos un momento sobre Hogan y Fielding y Sherman, amigos en la actualidad y compañeros de sufrimiento apasionados durante los últimos veinte años. Luego Tom me preguntó qué estaba haciendo yo.

—Bien, en realidad —respondí— iba a comenzar un libro sobre aquel verano que tú y Del pasasteis juntos.

Tom se apoyó en el respaldo de su asiento y me miró, falsamente consternado.

—No pongas esa cara —le advertí—. Todas las veces que te he visto durante los últimos cinco o seis años, has hecho todo lo posible por atraparme con esa historia. Hacías preguntas enigmáticas, dejabas caer pequeñas insinuaciones..., querías que escribiera sobre eso.

Tom me dedicó una sonrisa breve y encantadora, y por un segundo fue aquel estudiante lleno de energía.

—Muy bien. Pensé que podría proporcionarte algo útil.

—¿Sólo eso? —le desafié—. ¿Sólo algo útil?

—Después de todo este tiempo debes darte cuenta de que está más o menos en tu línea. Y últimamente he estado pensando que ya es hora de que hable de esto.

—Bien, te escucharé con gusto.

—Perfecto —dijo, aparentemente satisfecho—. ¿Has pensado cómo quieres comenzar?

—¿El libro? Con la casa, creo. La Tierra de las Sombras.

Tom lo pensó por un momento, con el mentón apoyado en la mano.

—No. Ya llegarás a eso, de todas maneras. Comienza con una anécdota. Comienza con el rey de los gatos. —Pensó un momento más e hizo un gesto afirmativo, viendo el asunto como un problema de montaje como su espectáculo de prestidigitación. Yo le vi mejorarlo en doce formas diferentes, revisarlo con el celo de un artesano, acercándolo cada vez más; debería de haberlo hecho famoso—. Sí. El rey de los gatos. Y tal vez realmente tengas que comenzar en la escuela... la historia propiamente dicha, quiero decir. Si buscas allí, encontrarás cosas interesantes.

—Bien, puede ser.

—Si buscas, yo te ayudaré.

Volvió a sonreír, y durante un momento su rostro duro y pensativo fue el de un hombre que había buscado, y volví a pensar que cualquiera que fuera su condición actual, sólo los que carecían de imaginación podían considerar que Tom era un fracasado.

—Podría ser una buena idea —dije—. Pero ¿qué es esto del rey de los gatos?

—Ah, no te preocupes por esa historia. Ya surgirá. Siempre surge. Bien, ahora debo controlar mi equipo.

—Eres demasiado bueno para un lugar como éste.

—¿Te parece? No, creo que somos adecuados el uno para el otro. El Zanzíbar no es mal lugar.

Nos despedimos, y yo me alejé del bar para ir hacia el rectángulo de luz de la puerta abierta. Pasó un coche a toda velocidad, una muchacha con blue jeans y me di cuenta de que me alegraba de salir del club. Tom decía que se sentía bien allí, pero yo no le creía, y a mí, para empezar, me parecía una prisión.

Luego me volví y lo vi sentado en la penumbra con la camisa arremangada; parecía el jefe de ese lugar oscuro y vacío.

—¿Estarás aquí más de dos semanas?

—Diez días.

—Yo me quedaré una semana más en la ciudad. ¿Nos reuniremos otra vez antes de que me vaya?

—Me gustaría —respondió Tom Flanagan—. Ah. A propósito...

Levanté la cabeza.

—Jack de trébol.

Reí, y me saludó con su vaso de cerveza. Nunca había mirado la carta, ni siquiera al terminar el truco. Los pequeños milagros casuales como éste lo mantenían vivo.

¿El rey de los gatos? Yo no tenía la menor idea de qué era esta «historia», pero, como Tom había prometido, apareció unas semanas más tarde en un libro. Después de leerla, supe de inmediato que el instinto de Tom no se equivocaba.

Al transcribir la historia, la pondré en el contexto en que Tom la oyó por primera vez.

#### ANÉCDOTA:

—Imaginen un pájaro —dijo el mago—. Ahora, aleteando, asustado, atormentado por el miedo, sale volando de este sombrero.

Retiró la bufanda blanca del sombrero de copa, y una paloma del mismo color de la bufanda batió sus alas en el borde y cayó sobre la mesa, un pájaro aterrorizado, presa del pánico, incapaz de volar, que hacía un fuerte ruido con sus alas en la mesa



pulida.

—Bonito pájaro —dijo el mago, y sonrió a los dos muchachos—. Ahora imaginen un gato.

Pasó nuevamente la bufanda sobre el sombrero, y apareció un gato blanco en el ala. Salió del sombrero como una serpiente, se deslizó sobre la mesa, mirando sólo a la paloma. Con la garra preparada, el gato fue hacia ella.

El mago, vestido como un payaso siniestro, con el rostro blanco y una peluca roja que resaltaban sobre el negro del frac, sonrió a los muchachos y de pronto saltó hacia adelante y hacia atrás, para aterrizar sobre sus manos enguantadas. Se mantuvo casi inmóvil durante un segundo y luego dobló las piernas hacia abajo y el tronco hacia arriba en algo que pareció un solo movimiento perfecto. Ahora estaba parado en el mismo lugar que antes, y dejó caer la bufanda blanca sobre la forma alargada del gato.

Cuando el mago pasó la mano dentro de la bufanda, ésta se estremeció y cayó sobre la superficie de la mesa.

A ocho centímetros de distancia, la paloma seguía batiendo sus alas y haciendo un terrible ruido de pánico.

—Y eso es todo, ¿verdad? —dijo el mago—. Gato y pájaro. Pájaro y gato —seguía sonriendo—. Y como nuestra amiguita todavía está tan asustada, tal vez lo mejor será hacerla desaparecer.

Chasqueó los dedos, retorció la bufanda, y el pájaro desapareció.

—Los gatos me recuerdan una historia verdadera —dijo a los chicos fascinados, hablándoles como si simplemente estuviera contando una historia, como si no tuviera nada más en la mente—. Es una vieja historia, las historias más ciertas son a menudo las más antiguas. Esta la contó sir Walter Scott a Washington Irving, y Monk Lewis al poeta Shelley... y a mí me la contó un amigo que la vivió. Un viajero, en otras palabras mi amigo, iba a pie a casa de un compañero, que no era yo, donde pasaría la noche. Había caminado todo el día, y aunque ya era tarde y llegaba la oscuridad, estaba lo suficientemente cansado como para desear sentarse cuando llegó a una abadía en ruinas. Se sentó, se quitó las botas, se apoyó en una cerca de hierro y comenzó a frotarse los pies. Una serie de ruidos extraños le hizo volverse y mirar por entre los barrotes de la cerca. Más abajo, en el suelo de la vieja abadía, vio una procesión de gatos. Caminaban en dos largas filas iguales, y avanzaban muy lentamente. Ahora bien, como por supuesto nunca había visto nada parecido, se inclinó hacia adelante para ver mejor. Entonces vio que los gatos que iban a la cabeza de la procesión llevaban un pequeño ataúd en el lomo, y se dirigían, aproximándose lentamente, a una tumba abierta. Cuando mi amigo vio la tumba volvió a mirar con horror el ataúd que llevaban los gatos de primera fila, y advirtió que sobre él había una corona. Ante su vista, los gatos comenzaron a bajar el ataúd a la tumba. Mi amigo quedó tan asustado que no pudo permanecer en el lugar un momento más; se puso las botas y salió corriendo hacia la casa de su amigo. Durante la cena, no pudo

evitar contarle a su amigo lo que había presenciado. Apenas había terminado cuando el gato de su amigo, que dormitaba frente al fuego, dio un salto y gritó: «¡Entonces yo soy el rey de los gatos!», y desapareció por la chimenea. Esto ha sucedido, amigos míos..., sí ha sucedido, mis queridos pajaritos.

El verdadero comienzo de esta historia no es «Hace más de veinte años, un estudiante mediocre», etcétera, sino: «Había una vez...», o: «Hace mucho tiempo, cuando todos vivíamos en el bosque...»

# PRIMERA PARTE

## LA ESCUELA

*Cantemos alabanzas  
a la escuela de la colina.*

Canción escolar

# 1

## TOM SUEÑA DESPIERTO

*Ultimo día de las vacaciones de verano: cielo alto, sin nubes, calor seco e intenso; finales y comienzos, muertes y promesas, pesan en el aire. Tal vez el único que siente pena es el muchacho..., ese muchacho tendido boca abajo en el césped. Mira una flor, preguntándose si la arrancará. Pero si la arranca, ¿no arrancará también otra que está a casi un metro de distancia, y que se mece sobre un largo tallo que es demasiado delgado para ella? El diente de león da mal olor a las manos. En el último día de las vacaciones de verano, ¿le importa a él que sus manos huelan a diente de león? Tira del tallo del diente de león más fuerte que está cerca de él; al menos algunas de las raíces aparecen a la vista. Cree oír un suspiro del diente de león, que pierde la vida, y lo deja a un lado. Luego se arrastra hasta la segunda planta. Es demasiado vulnerable, con su cabeza gigantesca y su cuello delgado; no la arranca. Rueda sobre sí mismo y mira el cielo.*

*Adiós, adiós, se dice a sí mismo. Adiós, libertad. Sin embargo, una parte de él está ansiosa por ingresar en la escuela secundaria, por comenzar el proceso de crecer: imagina que experimentará las transformaciones más grandes de su vida. Por un momento, como todos los niños a punto de hacer un cambio, desea poder prever el futuro, vivirlo con anticipación..., probar el sabor de sus aguas.*

*Un pájaro solitario vuela en lo alto, tan alto que respira un aire diferente.*

*Seguramente se ha quedado dormido; más tarde, piensa que lo que sucedió después de ver al pájaro tiene que haber sido un sueño.*

*Comienza con un cambio de color en el aire... El aire se torna brumoso, casi plateado. ¿Una nube? Pero no hay nubes. El chico vuelve a ponerse boca abajo y mira a un costado, desde donde puede ver más de cuatro jardines. La hamaca del patio de los Trumbull está tan oxidada que seguramente no resistirá un año más... Los chicos Trumbull son mayores que él, pero el señor Trumbull es demasiado haragán como para desmontar las hamacas. Más allá, Cissy Harbinger está saliendo de la piscina, y camina hacia una tumbona con tales andares que uno sabe que las baldosas le queman los pies. Llega a la tumbona y se tiende en ella, tratando de acentuar su bronceado. Luego hay dos patios más grandes, uno con una piscina de plástico. Allí, Collis Falk, el jardinero que los padres del chico acaban de despedir, maneja una gigantesca cortadora de césped a un costado de una casa blanca. Allí no hay dientes de león; Collis Falk es implacable con los dientes de león.*

*Más allá, más allá de las casas y los patios, un hombre camina por Mesa Lane. En este viejo suburbio, los peatones no son tan raros como en el lujoso sector de Quantum Hills, pero*

son lo suficientemente escasos como para ser interesantes.

*El chico no sabe que está soñando.*

*El caminante se detiene en Mesa Lane... Probablemente es cliente de Collis Falk, y espera a que el jardinero se vuelva hacia él para saludarlo. Pero no, parece que no espera al jardinero; vuelve la cabeza y mira al chico. O lo busca, piensa el chico. El hombre se pone las manos en las caderas. Debe de estar a unos trescientos metros. Se estremece un poco por el calor de la acera. De pronto el muchacho tiene la absoluta convicción de que esa pequeña figura trata de encontrarlo... y el chico no quiere ser visto. Se aplasta contra el césped. En su pecho late un miedo inesperado.*

*"Este es un sueño interesante —piensa—. ¿Por qué le tengo miedo?"*

*El aire se torna más oscuro, más plateado. El hombre, que tal vez lo haya visto o no, sigue caminando. Collis aparece, quizá piensa pasar la cortadora de césped más allá de la piscina de plástico. Ahora el muchacho está oculto a la vista del hombre, y puede moverse.*

*"Realmente estoy asustado —piensa—. ¿Por qué?" Todo el barrio se ha tornado desagradable, contaminado y amenazador. Aunque no puede ver la figurita allá, en Mesa Lane, el hombre de alguna manera transmite frío y maldad...*

*(Su rostro está hecho de hielo.)*

*No, no es eso, pero el chico se pone de pie, echa a correr, y luego se da cuenta de que está soñando, porque ve una construcción al fondo del patio y él sabe que no existe; tampoco los espesos árboles que la rodean. La casa sólo tiene unos noventa centímetros de alto y techo de tejas. Hay dos ventanillas a los lados de una pequeña puerta marrón. Esta cabaña de cuentos de hadas es atractiva, no amenazadora... El chico sabe que debe entrar allí. Así se salvará de quienquiera que esté paseando por Mesa Lane.*

*Y sabe que es la casa de un brujo.*

*Cuando pasa entre los árboles y abre la puerta, todo el vecindario parece suspirar: las hamacas oxidadas y la pequeña piscina de plástico, Cissy Harbinger y Collis Falk, cada hoja de hierba verde y marrón exhala desilusión y pena; y su verdadera pena proviene de allí, del hombre, que sabe que el muchacho no puede llegar a él.*

*—Aquí estás —dice el brujo. Un viejo con un rostro increíblemente arrugado, cuya parte inferior queda oculta tras una gran barba, vestido con una túnica raída; el brujo está sentado en una silla, y le sonríe. Es el brujo más viejo del mundo, y el chico lo sabe; y luego comprende que él mismo está en medio de un cuento de hadas, que nunca ha sido escrito—. Aquí estás seguro —agrega el brujo.*

*—Lo sé...*

*—Quiero que lo recuerdes. No es como estar..., como estar allí fuera,*

*—Esto es un sueño, ¿verdad? —pregunta el chico.*

*—Todo es un sueño —dice el brujo—. Este mundo tuyo... Una bandera en la brisa, un juguete lleno de significados. Te lo aseguro. Significados. Pero, si te portas bien, lo descubrirás. —Apareció una pipa en su mano, el brujo la chupó y dejó salir un humo gris y denso—. Ah, sí. Encontrarás lo que tienes que encontrar. Todo irá bien. Tendrás que luchar por la vida, por supuesto, tendrás que pasar examen..., exámenes para los que no podrás*

*estudiar porque, ja, ja... Habrá una niña y un lobo, y todo eso, pero tú no eres idiota.*

*—¿Como en Caperucita Roja? ¿Una niña y un lobo?*

*—Ah, como en todos los cuentos —dijo con vaguedad el brujo—. Dime, ¿cómo está tu padre?*

*—Está bien. Así lo creo.*

*El brujo asintió, y dejó salir otra nube de humo. Al muchacho le parecía muy débil. Un brujo viejo, viejo, casi sin poderes, tan cansado que apenas podía sostener su pipa.*

*—Ah, yo podría mostrarte cosas —prosiguió el brujo—. Pero no tiene sentido. Sólo quería que supieras... Creo que ya lo he dicho todo. Este es un bosque muy, muy profundo. Ojalá yo no fuera tan viejo.*

*Por un momento pareció quedarse dormido. La pipa estuvo a punto de caérsele de la boca y sus manos temblaron en la falda. Luego sus ojos húmedos se abrieron.*

*—No tienes hermanos ni hermanas, ¿verdad?*

*El chico hizo un gesto negativo.*

*El brujo sonrió.*

*—Puedes marcharte, hijo. El se ha ido. Ahora, pelea bien.*

*Le habían dicho que se fuera; la lógica del sueño lo obliga a salir; los ojos del brujo se cierran nuevamente. Pero el muchacho no quiere irse... No quiere despertarse todavía. Mira por las ventanas y ve el bosque, no el patio del fondo de su casa. Gruesas telarañas cubren varios árboles en la oscuridad gris.*

*El brujo se mueve, abre los ojos, y mira al muchacho que no quiere irse.*

*—Ah, sufrirás mucho —dice—. ¿Es eso lo que querías oír? Sufrirás mucho, sí. Pero nunca lograrás nada si quieres ahorrarte sufrimiento. Así son las cosas, muchacho.*

*—Gracias —dice él, y retrocede hasta la puerta.*

*—Así es, no hay otra forma.*

*—Muy bien.*

*—Apártate de los lobos, ahora.*

*—Muy bien —dice el chico, y sale.*

*Piensa que el brujo ya duerme. Luego pasa junto a los árboles que no están allí, ve su propio cuerpo dormido en el césped, de costado, cerca de un diente de león.*

Por varias razones la Escuela Carson ya no es lo que era, y tiene un nuevo nombre. La Carson era una escuela de varones, anticuada y a veces tan severa que a uno se le encogía el estómago de miedo. Más tarde, los que fuimos alumnos de la escuela comprendimos que toda esa disciplina algo amenazadora estaba destinada a disfrazar el hecho de que Carson era, en el mejor de los casos, una escuela de segundo orden. Sólo una escuela así habría contratado a Laker Broome como

director; tal vez sólo una escuela de tercer orden lo habría conservado.

Años atrás, cuando John Kennedy aún era senador por Massachusetts y Steve McQueen era Josh Randall en televisión y McDonald's sólo había vendido dos millones de hamburguesas y por primera vez aparecían las corbatas estrechas y los cuellos anchos, Carson era espartana y un poco desesperada por su falta de categoría; ahora es un lugar adonde van los muchachos y las chicas ricos que tienen problemas en las escuelas del Estado. La enseñanza costaba setecientos cincuenta dólares al año; ahora cuesta casi cuatro mil.

Ha cambiado de sitio. Cuando yo estuve allí con Tom Flanagan y Del Nightingale y los demás, la escuela estaba instalada en una vieja mansión gótica en lo alto de una colina, y se le había agregado un ala moderna... con vigas de acero y grandes ventanas de cristal. El sector viejo de la escuela quedaba extraño junto al anexo nuevo, parecía sumido en sí mismo, frío e imponente.

Esta construcción original, junto con el gran gimnasio viejo (la casa del campo de deportes) que había detrás, estaba hecha de madera. Partes de la construcción original (el despacho del director, la biblioteca, los corredores y las escaleras) se asemejaban al club Garrick. Madera vieja, pulida y brillante, estantes para libros y barandillas de roble, hermosos pisos de madera resbaladiza. Esta parte de la escuela siempre seducía a los padres que la visitaban, y que padecían la anglofilia típica de su clase. Algunas de las salas eran diminutas como una caja con joyas, con asientos junto a las ventanas, paredes con paneles de madera, y feos radiadores que daban poco calor. Si Carson hubiera sido realmente la casa de campo que alguno de sus aspectos sugería, no sólo habría parecido imponente, sino que también habría estado embrujada.

Cada dos o tres años, cuando vuelvo y paso ante la nueva sede de la escuela en Quantum Hills, veo una larga fachada neogeorgiana de ladrillo rojo, grandes extensiones verdes, y un campo de fútbol en la distancia... Predominan el verde y el cálido color de los ladrillos, como en un *campus* universitario, algo tan adocenado que parece un espejismo. Esta amable imitación de una universidad queda distante, remota, sellada dentro de sus ilusiones sobre sí misma. Al mirarla sé que las vidas de sus estudiantes son menos duras que lo que lo fueron las nuestras. Me pregunto si en la escuela habrá todavía una voz que susurra: *Soy tu salvación, pobrecito: soy el camino, la verdad y la luz.*

*Soy tu salvación...* El sonido del mal, de ese demonio celoso de segundo orden, proclamándose a sí mismo.

2

*Día de inscripción: 1958*

Un corredor oscuro, una escalera con una repentina línea de luz que la divide en un extremo, escritorios con velas que chorrean cera en los platos, alineados a lo largo de una pared. Había saltado un fusible o se había cortado un cable, y el portero sólo vendría a la mañana siguiente, cuando llegara el resto de los alumnos. Veinte alumnos nuevos vagaban sin rumbo por el largo corredor, y hasta las caras más bronceadas por el sol parecían pálidas y asustadas a la luz de las velas.

—Bien venidos a la escuela —bromeó uno de los cuatro o cinco profesores presentes. Estaban en un grupo a la entrada de un corredor aún más oscuro, que llevaba a las oficinas administrativas—. No siempre estamos tan mal. A veces estamos mucho peor.

Algunos de los muchachos rieron... Sólo eran nuevos en este sector de la escuela, y habían pasado toda su vida en Carson, en el otro extremo de la calle, en la Escuela Elemental.

—Podemos comenzar en seguida —dijo otro profesor, de más edad, interrumpiendo las tímidas risas. Era más alto que los demás, con cabeza estrecha y una cara de tortuga dividida por una larga nariz. Sus gafas sin montura brillaron cuando sacudió la cabeza hacia atrás y hacia adelante en la oscuridad para ver quién se había reído. Iba peinado con raya al medio, como una caricatura de un camarero de bar de mil ochocientos noventa—. Algunos de ustedes tendrán que descubrir que la diversión y los juegos se han terminado. Esto no es la escuela elemental. Ahora están en la parte inferior del montón, son los más bajos entre los más bajos, pero tendrán que actuar como hombres. ¿Entendido?

Ninguno de los chicos respondió, y él dejó escapar un resoplido. Obviamente era el sonido característico de su enojo.

—¿Entendido? Ustedes, burros, ¿no tienen orejas?

—Sí, señor.

—¿Fue usted, Flanagan?

—Sí, señor.

El que hablaba era un muchacho flaco, pelirrojo, peinado al estilo Princeton, con el pelo aplastado sobre el cráneo. Al resplandor de las velas, su rostro parecía atento y amable

—¿Jugarás al fútbol americano este otoño?

—Sí, señor.

Todos los muchachos nuevos se sentían nerviosos.

—Bien. ¿Puntero?



—Sí, señor.

—Bien. Si resultas bueno, jugarás en la universidad dentro de dos años. Necesitamos un buen puntero. —El profesor tosió tapándose la boca con la mano, miró a sus espaldas el corredor negro de la administración, e hizo una mueca—. Debo dar una explicación. Esta increíble... situación se ha producido porque la secretaria de la escuela no puede encontrar la llave de esta puerta. —Dio un golpe a una pesada puerta de madera con los nudillos—. Toni podría abrirla si estuviera aquí, pero solo llegará mañana. En fin. Todos podemos funcionar con velas, supongo.

Nos miró como si nos desafiara, y me di cuenta de que su cabeza era tan estrecha como un tablón de madera. Sus ojos estaban tan juntos que casi se tocaban.

—A propósito, todos jugarán en el equipo de fútbol americano júnior —declaró—. Este es un curso reducido..., veinte alumnos. Uno de los más reducidos de toda la escuela. Los necesitamos a todos. No todos pasarán este año... crucial, pero tenemos que intentar convertirlos en jugadores de fútbol americano.

Algunos de los otros profesores comenzaban a mostrarse inquietos, pero él hizo caso omiso.

—Bien, conozco a alguno de ustedes por el buen trabajo que hicieron con el entrenador Ellinghausen en el octavo curso, pero otros son nuevos. Usted —señaló a un muchacho alto y grueso que estaba cerca de mí—. Su nombre.

—Dave Brick.

—Dave Brick, ¿qué?

—Señor.

—Creo que es usted un centro.

Brick demostró consternación, pero hizo un gesto afirmativo.

—Usted —señaló a un muchacho pequeño de piel aceitunada y ojos oscuros y acuosos.

El muchacho dio un respingo.

—Nombre.

—Nightingale, señor.

—Habrá que crecer un poco, ¿eh, Nightingale?

Nightingale asintió, y yo veía temblar sus piernas dentro de sus pantalones.

—Hable con frases, muchacho. Sí, señor. Eso es una frase. Asentir con la cabeza no es una frase.

—Sí, señor.

—¿Tackle?

—Creo que sí, señor.

El profesor resopló, y volvió a mirarnos a todos. El olor a cera de las velas comenzaba a intensificarse, caliente y grasiento, en el corredor. De pronto el profesor estiró una mano y tomó a Dave Brick por los cabellos, que estaban peinados en dos ondas que se unían en el centro de la frente.

—¡Brick! ¡Córtese ese horrible pelo! ¡O yo lo haré por usted!

Brick dio un chillido y echó atrás la cabeza. Su garganta se puso en tensión y pensé que lanzaría un vómito negro.

El hombre del rostro estrecho retiró la mano y se la limpió en sus anchos pantalones.

—La secretaria de la escuela está clasificando unos papeles que ustedes necesitarán, formularios que deben llenar y cosas así, pero como... parece que tenemos tiempo, les presentaré a los profesores que están hoy aquí. Yo soy el señor Ridpath. Mi asignatura es historia del mundo. También soy entrenador de fútbol americano. No estaré con ninguno de ustedes durante dos años, pero los veré en el campo de deportes. Ahora —dio un paso a un costado y se volvió de modo que su rostro quedó en la oscuridad; los cabellos aceitosos sobre sus orejas brillaban a la luz de la vela—, estos hombres son los profesores que tendrán este año. Tendrán el placer de conocer al señor Thorpe, profesor de latín, pasado mañana. El latín es una asignatura obligatoria. Como el fútbol americano. Como el inglés. Como las matemáticas. El señor Thorpe es tan duro como yo. Es un gran profesor. Fue piloto en la Primera Guerra Mundial. Es un honor tener al señor Thorpe en Latín uno. Bien, éste es el señor Weatherbee... Será su profesor de matemáticas, y el consejero del año. Pueden consultarle sus problemas. Viene de Harvard, de manera que probablemente no los escuchará.

Un hombre pequeño, con gafas de montura de carey y una chaqueta arrugada sobre los hombros, levantó la cabeza y nos sonrió.

—Junto al señor Weatherbee está el señor Fitz-Hallan. Enseña inglés. Anhers.

Un hombre de aspecto algo lánguido y de rostro infantil levantó una mano para saludarnos. Había hecho el chiste sobre la eficiencia, y parecía tan aburrido como para dormirse de pie.

—Señor Whipple, historia norteamericana. —Este era un hombre regordete, calvo, con rostro de querubín, que llevaba un blazer manchado al que había prendido la insignia de la escuela con un imperdible. Unió las manos y las agitó frente su rostro a manera de saludo—. Universidad de New Hampshire.

El señor Ridpath volvió a mirar hacia el oscuro corredor, ahora a su izquierda, donde se veía una luz mortecina detrás de un vidrio.

—Vean si pueden ayudarla, por favor. —Whipple-New Hampshire echó a andar en la oscuridad—. En un minuto tendremos esos papeles. Muy bien. Pueden hablar entre ustedes.

Por supuesto, ninguno de nosotros lo hizo, nos limitamos a pasear por el oscuro corredor hasta que al señor Ridpath se le ocurrió algo más que decir.

—¿Dónde están los dos muchachos becados? Que levanten la mano.

Chip Hogan y yo levantamos la mano. Chip ya estaba con Tom Flanagan y los otros de la escuela dominical. Todos nos miramos con curiosidad. Comparados con nosotros, todos los demás, hasta Dave Brick, parecían ricos

—Bien. Bien. Digan sus nombres.

Lo hicimos.

—¿Usted es el Hogan que corrió los setenta y cinco metros el año pasado en el campamento de octavo grado contra St. Matthew's?

—Sí —dijo Hogan, pero al señor Ridpath no parecía importarle.

—¿Aprecian ustedes la gran oportunidad que se les da?

Dijimos:

—Sí, señor —al unísono.

—¿Todos ustedes son nuevos?

Hubo un murmullo general.

—Tendrán que trabajar, ¿saben? Como nunca. Les haremos sudar tinta, y esperamos que jueguen con mayor empeño de lo que lo han hecho en su vida. Haremos hombres de ustedes. Hombres de Carson. Y eso es algo de lo cual se puede estar orgulloso. —Miró a su alrededor con expresión irónica—. No creo que algunos de ustedes puedan estar a la altura. Esperen a que el señor Thorpe les ponga las manos encima.

Una mujer corpulenta, entrada en años, que llevaba una chaqueta marrón, de punto, avanzó por el corredor seguida del señor Whipple que llevaba una linterna. También usaba gafas sin montura, y tenía en las manos una gran cantidad de papeles clasificados en diferentes secciones.

—Detrás de la copiadora, ¿puede creerse? Franchy nunca lava las tazas, tampoco. Es incapaz de poner estos papeles sobre el mostrador. —Mientras hablaba, colocó la pila de papeles en el primer escritorio—. Ayúdenme a distribuirlos..., cada pila sobre un escritorio.

El grupo de los profesores se disolvió, cada uno de ellos tomó una pila de papeles y se acercó a un escritorio. El señor Ridpath anunció:

—La señora Olinger, secretaria de la escuela —con el tono que se usa en los desfiles.

La vieja saludó con la cabeza, arrancó la linterna al señor Whipple y comenzó a subir las escaleras con la luz.

—En fila de a uno —ordenó Ridpath, y torpemente le obedecimos y fuimos hacia los escritorios, cogiendo las hojas.

Un muchacho que estaba detrás de mí murmuró algo, y el señor Ridpath rugió:

—¿No tienen lápiz? ¿No tienen lápiz? ¿El primer día en la escuela y no tienen lápiz? Dígame otra vez su nombre, muchacho.

—Nightingale, señor.

—Nightingale —dijo Ridpath con ironía—. ¿De dónde es usted, de todas maneras? ¿A qué clase de escuela fue antes?

—A esta clase de escuela, señor —respondió Nightingale con voz de niño.

—¿Qué?

—Andover, señor. Estuve en Andover el año pasado.

—Yo le prestaré un lápiz, señor —dijo Tom Flanagan, y pasamos por la hilera

de escritorios sin oír más gritos.

En el extremo del corredor nos detuvimos y esperamos en la oscuridad hasta que se nos dijera qué hacer.

—Suban las escaleras en fila de a uno. Biblioteca —dijo Ridpath con hastío.

## 3

También nosotros, como la señora Olinger, subimos la escalera y salimos a la luz, que entraba y brillaba a través del vidrio de la gruesa puerta delantera. La luz ya había disminuido allá arriba, pero del otro lado del vestíbulo estaba la biblioteca, que tenía hileras de grandes ventanas entre las estanterías. Si la biblioteca no hubiera tenido colores tan oscuros, habría brillado. La madera sombría y los estantes de libros absorbían toda la luz disponible, y en días normales las grandes arañas permanecían encendidas siempre que se estaba usando la biblioteca. Sin esta luz, la biblioteca habría sido extrañamente tenebrosa.

Dos hileras de escritorios largos y estrechos, también de color oscuro, llenaban el centro del sector principal del salón, y allí llevamos nuestros papeles. Al otro lado de la habitación, frente a nosotros, había un estante bajo con libros de consulta detrás del cual estaban la mesa del bibliotecario y los archivos, en una especie de nicho, desde donde podían verse todas las mesas. La señora Olinger nos miró desfilas dentro de la biblioteca y tomar asiento; se hallaba junto a una mujer delgada, con ondulación permanente en sus cabellos blancos y gafas con montura de oro. Llevaba un vestido negro y un collar de perlas. Finalmente llegaron los profesores y todos se sentaron a una mesa detrás de nosotros. Inmediatamente comenzaron a murmurar entre sí.

—¿Señores? —preguntó la señora Olinger, y los profesores callaron.

Uno de ellos tamborileaba sobre la mesa con un lápiz, y siguió haciéndolo todo el tiempo que estuvimos en la biblioteca.

—Esta es la señora Tute —dijo la señora Olinger, y la mujer delgada con el collar de perlas hizo un nervioso gesto de saludo, como un temblor de cabeza—. La señora Tute es nuestra bibliotecaria, y éstos son sus dominios. Estará presente mientras ustedes llenen sus formularios y asimilen parte de la información de las otras páginas; luego les dará una orientación para usar la biblioteca. Si quieren hacer preguntas, levanten la mano y uno de los profesores les ayudará.

El lápiz seguía tamborileando sobre la mesa del profesor.

Cuando terminé, alcé la mirada y vi que otros dos muchachos también habían terminado. La mayoría de los otros aún estaban escribiendo. Los rizos de Dave Brick habían caído sobre su frente, y se le veía enrojecido, sudoroso y confuso. Levantó la mano, y el señor Fitz-Hallan se acercó lentamente hacia su mesa.

—Es un tipo tranquilo —susurró Bob Sherman, y los dos vimos a Fitz-Hallan que se inclinaba sobre el papel de Brick, con las manos en los bolsillos, sosteniendo en un ángulo elegante la parte inferior de su chaqueta bien cortada.

Fitz-Hallan poseía una silueta distinguida, sin tener conciencia de ello, pero Sherman no se refería solamente a eso. Era uno de los profesores más jóvenes, tal vez

no llegaba a tener treinta años, y hasta su languidez era juvenil; parecía tranquilo y amable al mismo tiempo, y se diferenciaba de los otros profesores tan nítidamente como nosotros diferíamos de ellos. Fitz-Hallan se enderezó, caminó hasta el escritorio de la biblioteca y volvió con un bolígrafo. Se lo entregó a Brick con un gesto brusco que de alguna manera transmitía simpatía y diversión. La perfección de este pequeño acto contenía implícita la información de que Fitz-Hallan había sido alguna vez alumno de la escuela, y que era una especie de exhibición viva, un modelo de lo que teníamos que tratar de llegar a ser.

Y ésta es la primera de las tres imágenes que retengo de la escuela, menos nítida que las dos que le siguieron pero que, a su manera, condujo también inexorablemente a todo lo que sucedió. Con una visión retrospectiva puedo ver que aquí también hubo una traición, delicadamente disimulada por las ropas elegantes y los modales del profesor, su simpatía divertida: la forma en que arrojó el modesto bolígrafo al sudoroso y predestinado Dave Brick. Erramos tan toscos que podíamos ser seducidos por los buenos modales.

Las otras seis páginas que los muchachos tenían ante ellos contenían datos ciclostilados. La letra del himno de la escuela (Levántense y canten...) y la canción de guerra (Verde y oro, oro y verde), el lema de la escuela: *Alis volat propriis*, con su traducción: *Vuela con sus propias alas*. La persona a que alude este lema puede haber sido V. Thurman Vander, quien fundó la predecesora de la escuela, la academia Lodestar, en 1901; Carson comenzó a funcionar con su propio nombre en 1914, y entonces el director era Thomas A. Rowan. «De ascendencia irlandesa e inglés nativo», decía la hoja. Seguía una lista de todos los directores, desde Rowan hasta el actual, que terminaba con Laker Broome; una lista del profesorado en activo, unos treinta nombres, de los cuales el último, Alexander Weatherbee había sido agregado en tinta; el número de libros que había en la biblioteca, veinte mil; alumnos en la Escuela Superior, ciento doce; canchas de fútbol y *diamonds* de béisbol, dos. En otra hoja aparecían los nombres de todos los alumnos de la clase superior, con estrellas junto a los nombres de los celadores.

Una conmoción en el fondo de la biblioteca hizo que me volviera repentinamente. El señor Ridpath se hallaba detrás de una de las mesas, gritando:

—¿Qué? ¿Qué? —Su rostro flaco estaba rojo. Con la mano izquierda había aferrado a Nightingale por el cuello de la chaqueta; con la derecha buscaba algo debajo de la mesa, tratando de capturar algo que el aterrado Nightingale trataba de pasar a su compañero de mesa, Tom Flanagan. Ambos muchachos parecían asustados. Flanagan no tanto como Nightingale. La pregunta del señor Ridpath se había convertido en una serie de gruñidos animales. Cuando su mano derecha se cerró sobre el objeto que le enfurecía, lo levantó y dejó escapar un resoplido. Era una baraja Bicycle—. ¿Cartas? ¿Cartas? —La caja aún estaba abierta, sugiriendo que las cartas habían sido colocadas allí de nuevo solo un momento antes. Los tres profesores sentados detrás del señor Ridpath parecían tan sobresaltados como los

muchachos, todos los cuales se habían vuelto ahora para mirar hacia atrás. El señor Ridpath dejó escapar otro resoplido. Su rostro estaba aún muy rojo—. ¿Quién las trajo aquí? ¿De quién son? ¡Hablen!

—Mías —murmuró Nightingale. Parecía un ratón que se ahogara en el puño de Ridpath.

—Bien, yo... —El profesor sacudió un poco más el cuello del muchacho y miró alrededor, furioso—. No entiendo esto. Usted, Flanagan. Explique.

—Iba a mostrarme un nuevo juego de manos, señor.

—Un. Nuevo. Juego. De manos. —Apretó aún más el cuello del ratón, retorciéndolo de tal manera que la corbata de Nightingale se ladeó hasta llegar a la oreja—. Un nuevo truco de naipes. —Luego soltó la baraja Bicycle y al chico. Cuando el mazo cayó sobre la mesa, le dio un golpe con la mano—. Yo me ocuparé de esto. Señora Olinger.

Ella se acercó caminando entre las mesas, Ridpath levantó la mano y ella volvió a su escritorio. Se oyó un ruido en la papelería de metal. En ningún momento había mirado la baraja—. De modo que hacen trucos —dijo el señor Ridpath—. El primer día. Por esta vez no les sucederá nada. —Se inclinaba sobre la mesa, mirando con furia a cada muchacho por turno—. Pero, basta. Que ésta sea la última vez que vea naipes en un salón de esta escuela. ¿Me oyen? —Nightingale y Flanagan asintieron—. Trucos. Será mejor que dejen de perder el tiempo y comiencen a memorizar lo que hay en estas páginas. Necesitarán saberlo, o tendrán que hacer verdaderos juegos de manos. —Pronunció la amenaza final—: La carrera de ustedes en la Escuela Superior comienza mal, Flanagan. —Volvió a la mesa del profesor y se tapó los ojos con las manos.

—Pasen los formularios de registro hacia el final de las filas, muchachos —dijo el señor Fitz-Hallan. El rostro de color aceituna de Nightingale estaba gris del susto.

Unos minutos más tarde caminábamos por el oscuro corredor hacia una pequeña escalera de madera, para ver por primera vez a Laker Broome.

El despacho del director estaba al fondo de la casa más antigua, en el corazón de la vieja construcción. La señora Olinger abría la marcha, iluminando el camino por la negra escalera con su gran linterna. Murmuraba algo para sí. Los demás la seguían, seguidos a su vez por el señor Whipple con una vela para que los muchachos vieran mejor el camino. La vela de Whipple quedó momentáneamente palidecida por la luz que entraba por una ventana en un descansillo cuadrado. La claridad duró hasta llegar a otra curva de la escalera, y después de eso nos guió la candela de Whipple hasta una antesala.

No era una verdadera antesala, estaba formada por el extremo del corredor negro donde se encontraban las oficinas de la escuela, en el cual había aparecido la señora Olinger por primera vez. En ese extremo, un arco de madera curvo creaba la ilusión de que estábamos en una habitación. En el suelo había una alfombra oriental. Sobre una mesa antigua se hallaba una lámpara de biblioteca y un jarrón persa.

Frente al arco se veía una gran puerta de madera como la entrada de una iglesia medieval, con dos grandes barras de hierro cruzadas.

Permanecemos en silencio a la luz de la vela. El señor Fitz-Hallan llamó una vez a la gran puerta. La señora Olinger dijo:

—Adiós, muchachos —y se alejó por el corredor con su característico andar apresurado e irritado, iluminando el camino con la linterna.

Fitz-Hallan abrió la puerta, y entramos en el despacho del señor Broome.

Una repentina claridad y olor a cera: en todas las superficies había por lo menos dos velas. La sensación de estar en una iglesia se hizo mucho más fuerte. El director estaba sentado con las manos detrás de la cabeza. Sus codos formaban unas alas triangulares y puntiagudas. Sonreía.

—Bien —dijo—. Adelante, muchachos. Quiero mirarlos.

Una vez nos colocamos en dos filas ante el escritorio, bajó los brazos y se puso de pie.

—Mucho cuidado con tirar esa vela. Son bonitas, pero peligrosas —rió. Era un hombre delgado, con cabellos grises muy cortos. Tenía profundas arrugas junto a su boca—. Aun cuando la escuela no está funcionando, el director debe trabajar en su escritorio. Esto significa que casi siempre me encontrarán aquí. Mi nombre es señor Broome. No sean tímidos. Si tienen un problema que deseen discutir conmigo, pidan una cita a la señora Olinger.

Dio un paso atrás y se apoyó en un estante de madera oscura, con los brazos cruzados sobre el pecho. El director llevaba gafas con montura de concha, de color mermelada. Su camisa estaba muy almidonada. Ahora me doy cuenta de que era perfecto... El último detalle en ese despacho con paneles de madera, alfombra oriental, lleno de libros; el detalle que resultaba coherente con el buen gusto delicado, deliberado y antiguo del lugar.

—Por supuesto —dijo—, es más probable que las visitas de ustedes se deban a un motivo menos agradable.

Hizo una mueca.

—Pero eso sólo preocupará a una pequeña proporción de ustedes. En general nuestros muchachos tienen mucho que hacer, y carecen de tiempo para crear problemas. Una palabra de advertencia. Los que los causen no durarán mucho aquí. Si quieren disfrutar de los beneficios de ser alumnos de esta escuela, trabajen mucho, sean obedientes y respetuosos, y jueguen bien. Consideren las ventajas, no es demasiado pedir. —Otra vez ofreció su mesurada imitación de una sonrisa—. Eso es lo que tenemos el derecho, por no decir la obligación, de pedirles, diría yo. Es mi intención, es intención de la escuela, dejar nuestro sello en ustedes. Dondequiera que vayan en su vida, la gente podrá decir: «Es un hombre de Carson.» Bien.

Miró por sobre nuestras cabezas a los profesores; la mayoría de nosotros nos volvimos a mirar atrás. El señor Whipple estaba hojeando los formularios que habíamos llenado. El señor Ridpath parecía estar en posición de descanso como un



soldado, con las piernas separadas y las manos a la espalda. Los otros dos miraban al suelo, como si interiormente se distanciaran del director.

—¿Los tiene usted, señor Whipple? Entonces, por favor, tráigamelos.

Whipple se acercó rápidamente al escritorio y colocó la pila de formularios ante el sillón de cuero del director.

—Los dos de arriba, señor —murmuró, y volvió al fondo de la habitación.

—¿Eh? Sí, ya veo.

La montura de sus lentes se tiñó de rojo cuando pasó ante unas velas y levantó los dos formularios.

—Los señores Nightingale y Sherman permanecerán aquí un momento. Los demás pueden volver a la biblioteca a recoger sus libros de texto y sus horarios. Acompáñelos, señor Ridpath.

Quince minutos más tarde, Nightingale y Sherman aparecieron en la puerta de la biblioteca y caminaron hacia las mesas ahora cubiertas de libros. Los pómulos de Sherman estaban muy rojos.

—Bien —murmuré—, ¿qué dijo?

Sherman trató de sonreír.

—Bien, es un pedazo de hielo, ¿no?

Comparamos los horarios frente a nuestros armarios en el corredor del segundo piso de la parte nueva del edificio, donde las paredes eran grandes paneles de vidrio que daban a un patio con piedrecillas y un solo árbol, un limero.

Semanas después me enteré por Tom Flanagan de por qué Bob Sherman y Del Nightingale habían sido retenidos por el señor Broome. Nightingale no había llenado los espacios correspondientes a los nombres de sus padres. No lo había hecho porque sus padres estaban muertos. Nightingale vivía con sus padrinos, que acababan de trasladarse de Boston a una casa de Sunset Lane, a cuatro o cinco manzanas de la escuela. A Sherman le dieron una buena reprimenda.

4

*Nueva York, agosto de 1969: Bob Sherman*

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó Sherman—. ¿Puedes contestarme? ¿Qué carajo estoy haciendo aquí cuando podría estar en la isla bebiendo un coors y mirando el mar?

Estábamos en su oficina, y él hablaba en voz alta, de manera que podía ser oído a pesar de la música rock que se oía por el sistema estéreo. Las oficinas ocupaban unas habitaciones de la vieja embajada alemana, y todas las habitaciones tenían cielorrasos decorados con molduras de yeso. Ante su largo escritorio y contra la pared había divanes de cuero. Junto a los altavoces Bose había un gran helecho de Boston que parecía haber recibido una píldora de vitaminas. Montones de discos se apilaban descuidadamente en el suelo, y sobre la alfombra.

—Generalmente tú tienes una respuesta. ¿Por qué estoy en este agujero? Tú estás aquí porque yo estoy aquí, pero ¿por qué estoy yo aquí? Es una de esas eternas preguntas. ¿Quieres quitar el disco? Estoy harto de oírlo.

Su teléfono sonó por sexta vez desde que yo estaba en la oficina. Dijo:

—Dios mío. —Descolgó el receptor y dijo—: Hola —y me hizo un gesto para que pusiera un nuevo disco sobre el plato.

Gradué el volumen y me senté en el diván. Sherman hablaba pomposamente. Era muy hábil para eso. Era abogado. Además tenía una úlcera, los nervios de un gato neurótico, y los ingresos más altos de todos los de nuestro curso. En esos tiempos su guardarropa era siempre muy estudiado, y ese día llevaba una chaqueta de color tostado, gafas de aviador de tinte amarillo, y altas botas amarillas hasta la rodilla. Sostenía el teléfono bajo el mentón, con los brazos cruzados bajo el pecho, apoyado contra la ventana, y me sonreía con acritud.

—Te diré una cosa —dijo, después de colgar el receptor—. Fielding debería estar muy contento de no haberse decidido nunca a entrar en el negocio de la música. Y tenía más talento que la mayoría de los tipos que tratamos. ¿Todavía está trabajando para su Ph. D.?

Asentí.

—Te parecerá gracioso, pero cuando te apoyaste contra la ventana como hace un momento, me recordaste a la Serpiente.

—Realmente me gustaría estar en la isla. La Serpiente —rió. —Laker Broome. Tendré que comportarme de otra manera. ¿Qué te hizo pensar en él?

—La postura que habías adoptado.

Se sentó y puso las botas sobre el largo escritorio.

—A ese tipo tendrían que haberlo encerrado. No sigue allí, ¿verdad?

—Se jubiló hace años..., le obligaron, en realidad. Yo no habría trabajado para

él. —Yo mismo me había ido de la escuela, después de tres años de enseñar inglés allí—. Nunca te lo pregunté antes, o si lo hice olvidé la respuesta. ¿Qué te dijo la Serpiente, aquel primer día? Cuando te retuvo junto con Nightingale en su oficina.

—¿El día en que llenamos los formularios? —me sonrió—. Te lo dije, pero te olvidaste, tonto. Es una de mis anécdotas favoritas. Pregúntamelo otra vez el sábado por la noche, si es que vienes.

Entonces recordé... Estábamos en el «cubículo» de su padre, un día caluroso a fines de otoño, bebiendo té helado en vasos altos que tenían inscrita la frase «Party Hime» a ambos lados.

—Vine sólo para hablar de eso —dije.

Yo estaba en Nueva York camino de Europa, y Sherman y Fielding eran las únicas personas que deseaba visitar. Y Sherman era buen cocinero, sus cenas tenían la prodigalidad de los solteros.

—Muy bien, muy bien. —Ya estaba un poco distante, y me pareció que había vuelto a recordar los problemas que le causaba su temperamento a los veinte años—. Vi a Tom Flanagan en la calle el otro día —dijo—. Estaba muy extraño. Parecía tener cuarenta años. Ese tipo está loco. Lo que hace no tiene sentido. Trabaja en una especie de pocilga en Brooklyn llamada Red Hat Lounge. La magia volverá cuando Glenn Miller salga del Canal. Cuando Miss América tenga...

—¿Mala dentadura?

—Una joroba —dijo Sherman.

El sábado por la noche la conversación después de la cena fue tan tranquila como podía permitirlo Sherman en la época anterior a su traslado a Los Angeles. El famoso cantante folklórico sentado a mi izquierda, después de limpiarse comida de la barba, describía un negocio de drogas de un millón de dólares que acababan de realizar otros dos famosos cantantes folklóricos. La mujer que estaba con Bob, una rubia con el atractivo de la casa de campo inglesa que siempre le había gustado, había abierto una botella de coñac; Sherman se apoyaba en un codo, y comía trocitos de tocino de lo que quedaba de la ensalada.

—Mi amigo, el que está sentado frente a mí, quiere oír un cuento —dijo.

—Muy bien —respondió el cantante folklórico.

—Quiere que le recuerden a la famosa Serpiente y la forma en que me recibió en su escuela. En ese primer día tuvimos que llenar formularios, y cuando tuve que responder cuál era mi asignatura favorita, escribí «Finanzas». —La muchacha y el cantante rieron: Sherman siempre había sido buen narrador—. La Serpiente era el director, y cuando un gordito llamado Whipple que enseñaba historia le mostró mi formulario, me retuvo en su oficina después de soltar su discurso de bienvenida a la escuela. Otro muchachito fue retenido también, y lo hizo salir al vestíbulo. Yo prácticamente me cagaba en los pantalones. La Serpiente parecía un empresario de pompas fúnebres. O un asesino a sueldo de alta categoría. Estaba sentado ante su escritorio y me sonreía. Es la clase de sonrisa que uno dedica a alguien antes de

hacerle papilla.

»Bien —dijo—. Veo que es usted un comediante, Sherman. Creo que no le servirá. No, no le servirá en absoluto. Pero le daré una oportunidad. Diga algo gracioso. Juntó las manos detrás de la cabeza. A mí no se me ocurría nada. Qué muchachito tan patético es usted, señor Sherman —dijo—. ¿Cuál es el lema de esta escuela? ¿No responde? *Alis volat propriis*. El vuela con sus propias alas. Supongo que de vez en cuando también aterriza. Pero vuela, ésa es la clase de muchacho que queremos aquí. No el que busca la risa fácil y las satisfacciones baratas. Como es usted demasiado cobarde para hablar, yo le diré algo. Es una historia sobre un muchacho. Escuche bien:

»“Una vez, hace mucho tiempo, este muchacho, que tenía, veamos, catorce años, dejó el calor de su hogar y salió al ancho mundo. Se creía muy gracioso, pero en realidad era un tonto y un cobarde, y más tarde o más temprano terminaría mal. Atravesó una ciudad, e hizo pequeños comentarios que provocaron risa en la gente. Pensó que se reían de sus comentarios, pero en realidad se reían de su presunción.

»“Sucedió que el rey de ese país estaba recorriendo la ciudad, y el muchacho vio su carruaje dorado. Era algo espléndido, hecho por los artesanos del rey, y de oro macizo, conducido por seis magníficos caballos negros. Cuando el carruaje pasó junto al muchacho, éste se volvió hacia el buen ciudadano que estaba junto a él y le dijo: ‘¿Quién es el viejo que va en el carruaje de fantasía? Debe pesar tanto como los seis caballos. Estoy seguro de que se enriqueció robando a la gente como usted y yo, hermano.’ Ya ve, estaba interesado en las *finanzas*. Esperaba que su vecino se riera, pero el vecino quedó horrorizado..., todos los ciudadanos de ese país amaban y temían a su rey.

»“El rey oyó el comentario del muchacho. Detuvo el carruaje e inmediatamente ordenó a uno de sus hombres que bajara y obligara al muchacho a ir a su palacio. Los hombres bajaron y se apoderaron del muchacho y lo llevaron gritando por las calles hasta el palacio.

»“Un sirviente arrastró al muchacho por los salones del palacio hasta que llegaron a la sala del trono. El rey estaba sentado en su trono y miró con furia al muchacho cuando el sirviente lo empujó hacia él. Dos perros salvajes encadenados saltaron y gruñeron al muchacho, pero siguieron montando guardia a los lados del trono. El muchacho casi se desmaya de terror. Vio que los perros no sólo eran salvajes, sino que estaban hambrientos casi hasta la locura.

»“ ‘De manera que, pequeño comediante —dijo el rey—, me harás reír o te mataré.’ El estúpido muchacho sólo podía temblar. ‘Estás libre, Skuller’, exclamó el rey. El perro de la derecha se abalanzó sobre el chico. En un segundo tomó la mano derecha del chico entre sus dientes. El rey dijo al muchacho que hiciera un chiste *ahora*. El muchacho se puso blanco. ‘Estás libre, Ghost’, dijo el rey, y el perro de la izquierda corrió hacia él y le mordió la mano izquierda. ‘Hiciste comentarios sin gracia —dijo el rey—. Comiencen a comer, perros míos.’ “

»“Comiencen a comer, perros míos” —repitió Sherman, sacudiendo la cabeza—. Estuve a punto de caer al suelo y vomitar. La Serpiente me miraba. “Vete de aquí —dijo—. Y no vuelvas aquí por una razón tan estúpida.” Caminé tambaleándome hasta la puerta. Luego oí gruñidos, me di la vuelta y vi un gran doberman que se incorporaba junto a su sillón. “Fuera de aquí”, me gritó la Serpiente, y yo salí corriendo de la oficina como si me persiguiera una banda de malhechores.

—Carajo —murmuró el cantante folklórico.

La novia de Sherman lo miraba estupefacta, esperando la parte graciosa, y yo supe que la historia había terminado; ahora la recordaba perfectamente, como la había recordado tantas veces antes.

Sherman me sonreía.

—Veo que ya lo recuerdas todo. Cuando estaba cerca de la puerta, el sádico sentado detrás del escritorio dijo: «*Alis volat propriis*, señor Sherman.» Vi un cartel en la pared cerca de la puerta, donde tú lo habrás visto todas las veces que salía de su oficina. Decía: «No esperes ser un gran hombre. Sé un gran muchacho.»

—Sé un maldito hijo de puta —dijo el cantante folklórico, y luego levantó la mirada, confundido, porque Sherman y yo reíamos.

La rubia de la casa de campo también reía: Sherman siempre hacía reír a las mujeres. Yo ya sabía que su indudable éxito sexual se debía en gran parte a esta capacidad.

## 5

Tom Flanagan y Del Nightingale habían recogido sus gorras, como todos nosotros, de una caja que estaba junto a las puertas de la biblioteca, y al final del primer día de clase permanecieron un momento en la entrada de la escuela, probándoselas.

—Creo que tienen ese tamaño que no le queda bien a nadie —dijo Tom. Las gorras de los dos muchachos eran demasiado grandes y flotaban sobre sus cabezas—. No te preocupes, las cambiaremos mañana —agregó Tom—. Quedaban muchas en esa caja. ¿Sabes cómo ponértela, de todas maneras? Este cartelito debe quedar dos dedos por encima del puente de tu nariz.

Usando los dos primeros dedos de su mano derecha para demostrarlo, se colocó la gorra con la derecha. Nightingale lo imitó, y se puso la visera sobre el nivel del dedo más alto.

—Bien, es sólo para el primer semestre —dijo Tom.

Pero luego, al comienzo, compartieron un placer secreto al usar esas gorras absurdas: Tom porque significaba que estaba en la Escuela Superior..., la entrada a la edad adulta. Si Tom pensaba que la Escuela Superior era el reino de los seres que eran casi hombres (los estudiantes adelantados realmente parecían adultos), para Del era algo más simple y más amplio. Pensaba, sin darse muy bien cuenta de ello, que ese lugar podía convertirse en su hogar. Al menos Tom se sentía cómodo allí.

En ese momento deseaba ser amigo de Tom Flanagan más que nada en el mundo.

Por supuesto estoy hablando de las emociones de Del Nightingale a los catorce años, y no estoy seguro de que las experimentara. Debe de haberse sentido muy solitario en esas primeras semanas en Carson; y Tom me dijo que «Del Nightingale necesitaba un amigo más que nadie que yo haya conocido. Ni siquiera sabía, así era yo de inocente, que alguien podía necesitar tanto un amigo. Y tú sabes cómo son las escuelas: si quieres algo, seguridad o afecto, si los necesitas mucho, significa que no lo conseguirás. No sé por qué es siempre así». La frase demuestra que Tom era más sensible de lo que su apariencia indicaba. Con sus cabellos rojizos, su cuerpo atlético y de baja estatura, parecía que deseaba tener una pelota de fútbol americano en la mano por encima de todo. Pero otra cosa que uno creía ver en Tom Flanagan era una honestidad esencial: uno creía ver que era incapaz de afectación, porque jamás lo creería necesario.

Pienso que Del Nightingale lo miró mientras se ponía el gorro colocando dos dedos sobre su nariz, y lo adoptó en ese mismo momento.

—El truco que me mostrabas no está en mi libro —dijo Tom—. Me gustaría ver cómo es.

—Traje muchos libros sobre naipes —dijo Del. No se atrevió a decir nada más.

—Vamos a verlos. Puedo llamar a mi madre desde tu casa. Dijo que iría a buscarme cuando terminara la inscripción, pero no sabíamos cuándo terminaría. ¿Cómo se va a tu casa? ¿Tienes que tomar un autobús?

—Se puede ir caminando —dijo Del—. En realidad no es mi casa. Mis padrinos la alquilan.

Tom se encogió de hombros, y bajaron la escalinata de la entrada, cruzaron el bulevar Santa Rosa y echaron a andar por Peace Lane, que estaba lleno de sol. Carson estaba en un suburbio lo suficientemente antiguo como para poseer álamos y robles imponentes en las aceras. Las casas frente a las que pasaban eran las que Tom había visto toda su vida, la mayoría de ellas alargadas y de dos pisos, de piedra o de madera blancas. Una o dos casas en cada manzana estaban rodeadas por pórticos cerrados con persianas. La acera ligeramente irregular era de planchas de cemento que el tiempo habría vuelto de color gris y cruzada por un laberinto de grietas. Entre las planchas de cemento crecían las hierbas. Para Del, que se había criado en ciudades y en pensionados a miles de kilómetros de distancia, todo esto era tan irreal que parecía un sueño. Por un momento no supo dónde estaba ni adonde iba.

—No te preocupes por Ridpath —dijo Tom—. Siempre grita. Es un entrenador bastante bueno. Pero te diré quién tiene problemas ya.

—¿Quién? —preguntó Del, echándose a temblar. Sabía que Tom se refería a él.

—Ese Brick. No durará. Te apuesto a que no termina este año.

—¿Por qué lo dices?

—No lo sé exactamente. Parece desvalido, ¿verdad? Un poco tonto. Y Ridpath ya lo ha señalado. Si su padre estuviera en la comisión, o algo así..., o si su familia hubiera asistido a la escuela..., ya sabes.

Flanagan caminaba con lo que Del más tarde reconocería como la típica forma de caminar de Carson, balanceando ligeramente los hombros de un lado a otro y moviendo la corbata como si fuera un metrónomo. Del vio de inmediato, que ése era un rasgo de la escuela. Entre tantas cosas extrañas del oeste, la forma de caminar balanceando la corbata era lo suficientemente conocida como para resultar agradable.

—Creo que lo sé.

—Ah, claro. Espera a ver a Harrison... está en tercer año. El cabello de Harrison es como el de Brick, pero su padre es un tipo importante. El año pasado su padre donó quince mil dólares a la escuela para un nuevo equipo de laboratorio. ¿Dónde está esa casa, de todos modos?

Del soñaba bajo el sol ardiente; la satisfacción de llevar la gorra se unía a la sensación de irrealidad y a su placer en la compañía de Tom, hasta hacerle olvidar adonde iban.

—Ah, la manzana siguiente.

Llegaron a la esquina y doblaron. A Del le parecía imposible vivir realmente allí. No se habría sorprendido al ver a Ricky y a David Nelson jugando a la pelota en

el césped.

—El señor Broome quería hablar contigo —dijo Tom.

—Sí.

—Supongo que tu padre es embajador o algo así.

—Mi padre ha muerto. También mi madre.

Tom dijo rápidamente:

—Por Dios, lo lamento —y cambió de tema. Su propio padre había comenzado a hacerse poco tiempo atrás una misteriosa serie de radiografías, y a quedarse durante la noche en el hospital St. Mary. Hartley Flanagan era un abogado muy hábil que había sido fullback en Stanford. Fumaba tres paquetes al día—. El señor Ridpath no es muy malo, sólo que no es muy sutil —los dos muchachos sonrieron—. Pero cuídate de su hijo, Steve Ridpath. Lo recuerdo de la Escuela Elemental.

—¿Es peor que su padre?

—Bien, era mucho peor entonces. Tal vez ahora sea mejor —la boca de Tom se torció en una mueca dolorosa, adulta, y Del vio que su nuevo amigo dudaba de su último comentario—. Una vez me pegó porque no le gustaba mi cara. Estaba en octavo grado. Yo en quinto. Un profesor vio lo que sucedía, pero no lo expulsaron. Yo traté de no acercarme a él después de eso.

—Esta es la casa —dijo Del, que aún no podía llamarla suya—. ¿Cómo es ese muchacho?

Tom se quitó la gorra y la dobló para guardarla en el bolsillo del pantalón.

—¿Steve Ridpath? Su apodo es Esqueleto. Pero no lo digas delante de él. En realidad, si puedes evitarlo, nunca le digas *nada*. ¿Entramos?

La puerta se abrió y un negro uniformado dijo:

—Los vi venir, a ti y a tu amigo, Del.



6

*En la casa*

—Esqueleto... —dijo Del, sacudiendo la cabeza, pero Tom Flanagan miraba al negro alto y calvo que les había hecho pasar.

Estaba demasiado sorprendido como para no mirar. Algunas familias del barrio tenían criadas que vivían en la casa, pero nunca había visto antes a un mayordomo. La primera impresión de que el hombre usaba uniforme se disipó gradualmente cuando Tom se dio cuenta de que el mayordomo llevaba un traje de color gris oscuro con camisa blanca y una corbata de seda del mismo tono que el traje. Sonreía a Tom, disfrutando de la inspección del muchacho. Su rostro ancho parecía joven, pero el cabello rizado sobre sus orejas era plateado.

—Veo que al joven Del le irá bien en esa escuela si ya ha hecho un amigo tan despierto.

Tom se ruborizó.

—Este es Bud Copeland —dijo Del—. Trabaja para mis padrinos. Bud, éste es Tom Flanagan. Está en mi curso. ¿Están ellos en casa?

—El señor y la señora Hillman han salido a ver una casa —dijo el mayordomo—. Si me dices dónde estaréis, les llevaré lo que deseéis. ¿Coca-cola? ¿Té helado?

—Gracias —dijo Del.

Tom aún se preguntaba si debía dar la mano al mayordomo, y cuando Del dijo «Coca» se dio cuenta de que había pasado el momento. Pero ya había extendido la mano, y dijo:

—Coca, por favor, señor Copeland. Mucho gusto en conocerle.

El mayordomo le estrechó la mano, con una sonrisa aún más amplia.

—Yo también me alegro de conocerte. Dos Cocas.

—Estaremos en mi habitación, Bud —dijo Del, y se dispuso a conducir a Tom por la casa. El living estaba lleno de cajas y cajones. Al pasar por el comedor, Tom vio que estaba casi completamente ocupado por una gigantesca mesa rectangular de caoba.

—Si acaban de mudarse, ¿por qué están mirando casas? —preguntó.

—Están buscando una casa más grande para comprarla. Quieren un terreno más grande, tal vez una piscina... Dicen que este barrio es demasiado suburbano para ellos, de manera que se mudarán a un lugar todavía más suburbano. —Estaban subiendo la escalera; en el empapelado había lugares más claros donde antes había cuadros—. Creo que ni siquiera quieren deshacer el equipaje. Odian esta casa.

—A mí me gusta.

—Deberías ver la que tenían en Boston. Yo vivía con ellos la mayor parte del

tiempo. En verano...

Miró por encima de su hombro a Tom con una expresión tan recelosa que Tom no sabía si significaba sospecha, temor de que lo interrogaran o deseo de que lo interrogaran.

—¿En verano?

—Yo iba a otra escuela. Pero su casa de Boston era realmente gigantesca. Bud también trabajaba para ellos allá. Era muy bueno conmigo. Ah, ésta es mi habitación.

—Del había recorrido un pasillo irguiendo la cabeza, cuyos cabellos oscuros llegaban al nivel de los ojos de Tom, con más seguridad de la que había demostrado en la escuela, y ahora se detenía frente a una puerta, para volverse a mirar a Tom. Esta vez Tom leyó claramente la expresión de su rostro. Estaba entusiasmado—. Si yo fuera realmente vulgar, diría algo así como: «Bien venido a mi universo.» Adelante.

Tom Flanagan entró, un poco nervioso, en lo que al principio le pareció una habitación totalmente oscura. Se encendió una luz a sus espaldas.

—Creo que ya ves lo que quiero decirte —dijo Del en tono agudo. Ya no parecía tan seguro.

*Ridpath en su casa*

Chester Ridpath estacionó su Studebaker negro en el sendero y alargó la mano para coger su cartera. Al igual que el tapizado de su coche, ésta había sido reparada varias veces con cinta adhesiva negra, y los extremos ahora grises de la cinta aparecían bajo la capa superior. La manija se adhería a sus dedos. Logró colocar la pesada cartera sobre sus rodillas..., estaba llena de notas mecanografiadas, formaciones de fútbol americano que se remontaban al año en que había comprado el coche, libros de texto, planes para las clases, y comunicados del director. Laker Broome hablaba principalmente a través de comunicados. Le gustaba gobernar desde cierta distancia, incluso en las reuniones de profesores, en las que se sentaba en una mesa aparte de la del cuerpo de profesores; la mayoría de sus decisiones administrativas y disciplinarias se filtraban a través de Billy Thorpe, que había sido subdirector y profesor de latín con tres directores diferentes. A veces Chester Ridpath imaginaba que Billy Thorpe era el único hombre del mundo a quien él realmente respetaba. Era inconcebible que Billy pudiera haber tenido un hijo como Steve.

Resopló, se secó el sudor de la frente, achatando momentáneamente media docena de rizados, y bajó del coche. El sol ardía a través de sus ropas. La cartera parecía estar llena de piedras.

Ridpath encontró un manojo de llaves en la profundidad de su bolsillo, las sacó hasta que apareció la de la casa, y entró. Una música estridente, música para bestias, agitaba el aire. Suponía que muchos padres oían este ruido al llegar a sus casas. Pero ¿era tan fuerte en otras casas? Steve había traído el tocadiscos de la tienda, había girado el botón del volumen totalmente a la derecha, y lo había dejado allí. Una vez en su habitación, se encerró para defenderse de este salvajismo. Ridpath no podía comunicarse a través de una barrera tan repelente; sospechaba, en realidad sabía, que de todas maneras Steve no tenía interés en nada que él quisiera decirle.

—Estoy en casa —gritó, y cerró la puerta de golpe... Si Steve no había oído el grito, al menos sentiría la vibración.

La casa estaba abandonada desde hacía tanto tiempo que Ridpath ya no advertía la pila de camisas y suéteres sucios en la escalera, las manchas de grasa en la alfombra. El y Margaret habían comprado la alfombra del living, una Wilton floreada, a crédito, después de haber hipotecado el salario de Ridpath durante veinte años para comprar la casa. Durante los quince años transcurridos desde que su esposa lo abandonara, Ridpath había sentido un placer inconsciente al ver el oscurecimiento gradual y el deterioro de la alfombra. Había lugares..., frente a su

sillón, frente al sofá..., donde el horrible dibujo de ramos de flores casi había desaparecido.

Sobre las pilas de ropa sucia estaban los recortes de revistas y las páginas de las historietas que Steve usaba para hacer sus «cosas». No tenían otro nombre. Las «cosas» estaban pegadas en las paredes de su dormitorio. Corea proporcionaba muchas de las imágenes que Steve prefería en sus «cosas» y ahora la habitación era un embrollo de niños que lloraban, jeeps destrozados, muertos con uniforme de guerra. Los tanques avanzaban por las colinas enlodadas hacia las aulas de clase de los niños rusos (cortesía de *Life*). Los monstruos mohosos de las historietas de horror abrazaban a las muchachas con calaveras en lugar de cabezas. Ridpath nunca volvió a entrar en la habitación de su hijo.

Dejó caer la cartera junto a su sillón y se sentó pesadamente, sacándose la corbata por la cabeza, sin molestarse en deshacer el nudo. Después de dejar la chaqueta en el suelo junto a él, extendió la mano hacia el teléfono, que era lo único que ocupaba ese estante. Ridpath gritó:

—Bájalo, carajo —y esperó un segundo. Luego volvió a gritar, más fuerte—: ¡Por el amor de Dios, bájalo!

La música disminuyó de volumen en forma casi imperceptible. Marcó el número de Thorpe.

—¿Billy? Habla Chester. Acabo de llegar a casa. Pensé que podríamos hablar sobre los muchachos nuevos. En general parecen bastante buenos. Pero hay algunos puntos que me gustaría comentarte. Para coordinar el trabajo. ¿Qué te parece? En primer lugar tenemos una buena perspectiva para el fútbol americano, el muchacho Hogan. Creo que habrá que vigilarlo un poco en la clase... No, nada definido, es sólo una impresión. No quiero crearte prejuicios contra el muchacho, Billy. Pero necesita riendas cortas. Podría ser un verdadero líder. Ahora, las malas noticias. Tenemos a una verdadera bestia entre los nuevos. Un muchacho llamado Brick, «Dave Brick. Con el cabello como el de un zulú, con más grasa de la que yo uso en mi auto. Conozco la clase de actitud que eso significa. Creo que debemos atacar esto de inmediato, porque una manzana podrida como ésa podría estropear toda la escuela. Además, hay un sabihondo llamado Sherman. Ya demostró lo que era, estuvo haciendo chistes con su formulario de ingreso. ¿Anotas los nombres?

Volvió a enjugarse la cara e hizo una mueca hacia la escalera. ¿Cómo podía un chico escuchar esa música todo el tiempo?

—Uno más. Recuerdas nuestro traslado de Andover, el huérfano..., Nightingale. Tal vez haya sido un gran error. Quiero decir que es posible que en Andover hayan estado contentos de liberarse de él. En primer lugar no me gusta su aspecto..., parece un griego. Este chico Nightingale no me gusta... Bien, Billy, no puedo evitar ver las cosas de esta manera, ¿verdad? Y tenía razón, además. Lo atrapé con una baraja... Sí, había sacado unas cartas. En la biblioteca. ¿Me oyes? Dijo que le estaba enseñando un truco a Flanagan... Sí, un juego de manos. Por favor. Le confisqué las cartas

inmediatamente. Creo que ese chico es un futuro beatnik, o algo así... Bien, nunca se puede saber, Billy..., tenía las cartas en la mano, me dio trabajo, también... Bien, yo lo pondría en la lista especial junto a Brick, eso es lo que te digo, Billy...

Escuchó un momento, y su rostro se contrajo, a pesar suyo, en una mueca.

—Claro, Steve irá muy bien este año. Verás un gran cambio en él, ahora que ha pasado a cursos superiores. Crecen rápidamente a esta edad.

Colgó el receptor, agradecido.

—Crecen...

¿Steve había crecido? No quería hablar de Steve con Billy Thorpe, que tenía dos muchachos aparentemente brillantes. Cuanto menos pensara Thorpe en Steve Ridpath, mejor.

Esqueleto. Dios mío.

Ridpath se puso de pie, dejando caer la cartera, dio algunos pasos hacia la escalera, luego se volvió a recoger la cartera, porque decidió bajar a su escritorio en el sótano. Tenía que pensar un poco más en el equipo antes de la primera práctica. Cuando salió del living echó una mirada a la cocina e inesperadamente encontró allí la silueta delgada y alta de su hijo inclinada sobre el fregadero. Steve apretaba la nariz y los labios contra la ventana, manchando el vidrio. De manera que había bajado.

*Universo*

—Sólo hace tres días que estoy aquí —dijo Del, que ahora realmente parecía nervioso—, pero no me gustaba seguir con las maletas llenas, como hacen ellos. Quería subir mis cosas aquí. —Se oyó un ruido de pasos—. Bien, ¿qué te parece?

—Bien... —dijo Tom, que no estaba seguro de lo que pensaba, excepto de que se sentía bastante asombrado.

En la penumbra, ni siquiera veía todas las cosas de Del. En la pared detrás de la cama colgaba una estrella gigantesca. La pared de enfrente era un friso de rostros..., fotografías con marcos. Reconoció a John Scarne por la foto de un libro suyo, y a Houdini, pero los otros eran desconocidos para él. Eran hombres con rostros serios, pensativos, en una actitud teatral. Magos. Una calavera sonreía desde un estante debajo de las fotografías. Del se acercó para encender una vela dentro de ella. Entonces Tom vio todos los libros sostenidos por la calavera. En medio de la habitación y sobre el escritorio había una cantidad de objetos de prestidigitación. Vio una bola de cristal sobre un trozo de terciopelo, una guillotina en miniatura, una galera, varios cajones lacados con diseños chinos, un bastón negro con puño de plata. Frente a las largas ventanas, y cubriéndolas totalmente, había un gran tanque verde que enviaba burbujas en medio de una gran bandada de peces.

—No lo creo —dijo Tom, sin aliento—. No sé por dónde empezar. ¿Todo esto es realmente tuyo?

—Bien, no lo recibí todo a la vez —dijo Del—. Hace años que tengo algunas de estas cosas..., desde que yo tenía diez. Entonces comencé a interesarme. Ahora estoy realmente interesado. Creo que esto es lo que quiero ser.

—¿Mago? —preguntó Tom, sorprendido.

—Sí. ¿Tú también?

—Nunca lo pensé. Pero te diré algo que acabo de pensar ahora.

Del levantó la cabeza como una paloma asustada.

—Creo que el colegio será mucho más interesante este año.

Del lo miró, encantado.

Bud Copeland trajo la Coca-cola en vasos altos con una rodaja de limón entre cubos de hielo, y durante una hora los dos muchachos examinaron la colección de Del. Con su voz ansiosa, aguda, el muchacho más pequeño explicó a Tom el funcionamiento de los trucos que le maravillaban desde que se había interesado por la magia.

—Todas estas ilusiones son instantáneas, y nadie verá jamás cómo funcionan, pero yo prefiero la magia de cerca —dijo Del—. Si puedes hacer trucos con cartas a

corta distancia, puedes hacer cualquier cosa. Eso es lo que dice mi tío Cole. —Del levantó un dedo, siguiendo con el papel dramático que había asumido al colocarse el sombrero de copa—. No. No del todo. Dijo que uno podría hacer casi cualquier cosa. El puede hacer cosas que tú no creerías, y no quiere explicármelas. Dice que ciertas cosas son un arte, no sólo una ilusión, y como son arte son verdadera magia. Y no puedes explicarlas. —Del bajó el dedo, porque se dio cuenta de que acababa de entregarse a una actuación pública en un momento privado—. Bien, eso es lo que él dice, de todas maneras. Parece estar lleno de secretos e información que nadie más conoce. Es un poco raro, y a veces es capaz de asustarte, pero es el mejor que existe. Al menos, eso es lo que pienso —su rostro era el de un pequeño derviche negro.

—¿Es un mago?

—El mejor. Pero no trabaja como los demás... en clubs o en teatros.

—¿Entonces dónde trabaja?

—En casa. Da espectáculos privados. Bien, no son realmente espectáculos. En realidad son para sí mismo. Es difícil de explicar. Tal vez algún día le conocerás. Entonces verás.

Del se sentó en su cama, mirando a Tom como si lamentara haber dicho tanto. El orgullo por su tío parecía luchar con otras fuerzas.

Entonces Tom comprendió. La intuición que le había hecho percibir la soledad del otro muchacho ahora le presentaba un hecho tan claro que necesitaba ser expresado.

—No quiere que hables sobre él. Y sobre lo que él hace.

Del asintió lentamente.

—Sí. Por Tim y Valerie.

—¿Tus padrinos?

—Sí. No lo comprenden. No podrían comprenderlo. Y, a decir verdad, en realidad está medio loco. —Del se apoyó sobre sus brazos y dijo—: Veamos lo que tú puedes hacer. ¿Tienes naipes, o quieres que usemos los míos?

Años más tarde, Tom Flanagan me describió la forma en que Del lo humilló entonces, en forma sobria, modesta, casi graciosa.

—Yo creía que era bueno con las cartas a los catorce años. Cuando mi padre enfermó me concentré en el trabajo. No quería pensar en lo que estaba sucediendo. En un mes me aprendí de memoria todos mis libros sobre prestidigitación con cartas. —Estábamos en el Red Hat Lounge, donde Sherman me había dicho que trabajaba Tom... No era una «pocilga» como la llamaba Sherman, pero apenas un poco más—. Supe que Del trabajaba muy bien cuando me mostró todo lo que tenía en su cuarto. Tenía la base de un equipo profesional, y lo sabía. Pero yo me consideraba bueno en juegos de manos con cartas..., en especial en los que se hacen a corta distancia. Me di cuenta de que él nunca me enseñaría nada. Sabía lo que yo iba a hacer antes de que lo hiciera, y lo hacía mejor. No le gustaban tampoco las cosas obvias... ni dirigir mal ni obligar a nadie. Del tenía una memoria fantástica y un gran poder de observación, y

estas facultades están más relacionadas con un buen trabajo de naipes de lo que uno cree. Me dejó muy atrás... Era la persona más diestra que yo había visto —Tom rió—. Por supuesto que era el más diestro. Yo no había visto mucho antes de conocer a Del.

Del inclinó la pantalla de manera que quedó frente a la pared, y oscureció la habitación. Ahora la gran pecera bloqueaba la mayor parte de la luz que venía de afuera, y la habitación estaba en tinieblas como la biblioteca al mediodía.

—Tengo que llamar a mi madre —dijo Tom—. Se estará preguntando qué me sucedió.

—¿Tienes que marcharte ya? —preguntó Del.

—Puedo decirle que venga a buscarme dentro de una hora o algo así.

—Como quieras. Es decir, a mí me gustaría.

—A mí también.

—Perfecto. Hay un teléfono en el dormitorio de al lado. Puedes usarlo.

Tom salió al pasillo y entró en el dormitorio de al lado. Obviamente era el dormitorio que usaban los padrinos de Del; había maletas de cuero cargadas de ropa, abiertas sobre la cama sin hacer, cajas con etiquetas apiladas sobre una silla. El teléfono estaba en una de las mesitas de noche. La guía telefónica también estaba allí, y en su tapa verde se veían nombres y números telefónicos de inmobiliarias, escritos a mano.

Tom marcó el número de su casa, habló con su madre, y colgó el receptor al oír llegar un auto por el sendero. Fue hasta la ventana y vio un gran Jaguar gris que se detenía frente a las puertas del garaje. Dos personas malhumoradas bajaron del coche. Tal vez habían estado discutiendo o su mal humor provenía de una discusión permanente de toda su vida. El hombre era corpulento, rubio y apuesto; llevaba una chaqueta juvenil que no parecía ir bien con la petulancia y la irritación de su rostro. La mujer, también rubia, llevaba un vaporoso vestido azul; así como los rasgos de su marido se habían ablandado, los suyos se habían endurecido. Su rostro, tan irritado como el de él, jamás podría ser petulante. En el vestíbulo, sus voces se hicieron más intensas. Pronunciaron el apellido de Bud Copeland con fuerte acento de Boston. En cualquier casa, en la de Morris Fielding o en la de Howie Stern, éste sería el momento en que Tom iría a la escalera, se presentaría, y cambiaría algunas palabras con los dueños de la casa diciendo quién era él y qué hacía. Pero Del no lo llevaría a conocer a estas dos personas enojadas; y las dos personas enojadas se sorprenderían si lo hacía. En cambio, Tom fue hasta la puerta de la habitación de Del..., el «universo» de Del..., entró, y al hacerlo, contribuyó a dar forma a su propio universo.

Cuando llegó su madre, Tom siguió a Bud Copeland por la escalera hasta la puerta de entrada. Tim y Valerie Hillman estaban en el living lleno de cajas, con vasos en la mano, pero ni siquiera volvieron la cabeza para verlo partir. Bud Copeland abrió la puerta y dijo:

—Espero que seas un buen amigo de nuestro Del.

Tom hizo un gesto afirmativo, y obedeciendo a un reflejo extendió la mano.



Bud Copeland se la estrechó cálidamente, sonriendo. Una extraña expresión de reconocimiento, que perturbó a Tom, pasó momentáneamente por el rostro del mayordomo.

—Veo que los Flanagan de Arizona son unos caballeros —dijo, reteniendo la mano del chico—. Cuídate, Colorado.

En el coche, su madre dijo:

—No sabía que habían vendido la casa a una familia de negros.

*Tom por la noche*

En su sueño, que de alguna manera estaba relacionado con Bud Copeland, un buitre le miraba. El no miraba al buitre, sino que dirigía sus ojos al suelo arenoso... Había visto buitres varias veces, esos pájaros grotescos, en los techos de las ciudades del desierto cuando viajaba con sus padres. El buitre le contemplaba con esa horrible aceptación paciente, y lo sabía todo acerca de él. Nada sorprendería al buitre ni el frío, ni el calor, ni la vida ni la muerte. El buitre lo aceptaba todo así como lo aceptaba a él. Esperaba que el mundo siguiera su curso, y el mundo siempre seguía su curso.

Este era un buitre de edad mediana. Sus plumas eran grasientas, su pico estaba oscurecido.

Primero había comido a su padre, y ahora lo devoraría a él. Nada podía detenerlo. El mundo seguía su curso, y el buitre comía lo que se le daba. El buitre era una lección de economía.

También su padre, porque su padre estaba muerto... Eso era economía propiamente dicha. Su padre era un esqueleto colgado de un árbol, y se había convertido en combustible para buitres. El horrible pájaro dio unos saltos sobre sus garras y lo examinó. Sí, aceptaba lo que veía.

Y al aceptar, le hablaba: como habrían hablado una serpiente o una comadreja o un murciélago, en tonos demasiado rápidos y sutiles para comprenderlo. Era crucial que él supiera lo que decía el buitre, pero tendría que oír muchas veces su voz rápida y sin sonido antes de comenzar a descifrar su mensaje. Esperaba no volver a oírlo jamás.

Sin preocuparse, como si Tom no fuera más importante que un arbusto o una yuca, el buitre torció la cabeza y echó a andar por el desierto.

El calor era muy intenso.

Luego, con la brusquedad de los sueños, Tom ya no estaba en el desierto sino en un valle verde y fértil. El aire era gris y lleno de humedad, el valle estaba lleno de helechos, rocas y árboles caídos. Más abajo un hombre con un abrigo largo continuaba el andar mesurado e indiferente del buitre. Se apartaba del muchacho, indiferente. Se tornó vago en el aire gris. El hombre desapareció detrás de una piedra, volvió a aparecer, y se esfumó.

En el lugar donde había estado, apareció un gran pájaro sin color que aleteó silencioso en el aire oscuro.

Tom despertó, seguro de que su padre estaba muerto. Su padre estaba acostado junto a su madre en el dormitorio, muerto. El corazón de Tom le impulsaba a seguir adelante, golpeaba dolorosamente contra sus costillas, su garganta, le obligaba a

echar a un lado la sábana y a cruzar su habitación oscura hasta la puerta. Gimió, sintió que iba a gritar. La oscuridad era hostil, y le rodeaba. Salió de su habitación y fue por el pasillo hasta la habitación de sus padres.

Temblando, tomó el picaporte. El grito alojado detrás de su lengua trataba de escapar. Tom cerró los ojos y abrió suavemente la puerta. Luego abrió los ojos y entró en la habitación de sus padres.

Jadeó lo suficientemente fuerte como para despertar a su madre. Estaba sola en la gran cama. En el lado de su padre, las sábanas estaban tan estiradas como si se hubiera realizado una amputación.

—¿Tom? —dijo la madre.

—Papá.

—Ah, Tommy, está en el hospital. Para unos análisis. ¿No te acuerdas? Volverá mañana. No te preocupes, Tommy. Todo andrà bien.

—Tuve una pesadilla —dijo él con voz ronca, se disculpó y volvió tambaleando a su propia cama.

## 10

*Poesía*

Antes del almuerzo al día siguiente, mientras Rachel Flanagan iba a St. Mary's a buscar a Hartley, Tom se sentó ante su escritorio y compuso el primer y último poema de su vida. No sabía por qué de pronto quería escribir poesía... Nunca la leía, apenas sabía lo que era, y su idea de la poesía era la estrofa sentenciosa que le habían hecho aprender en la Escuela Elemental:

*Allí está el hombre, con el alma tan muerta  
que nunca se ha dicho a sí mismo:  
ésta es mi tierra, ¡mi tierra natal!*

Sus propios versos parecían tan distintos de la verdadera poesía que no se tomó la molestia de ponerles título.

Esto es lo que escribió:

*Hombre en el aire, ¿vuelas con tus propias alas?  
Los animales y los pájaros te hablan,  
y tú en el aire los comprendes.*

*El béisbol, la magia, los sueños atribulan  
mi mente, los naipes persiguen a otros naipes  
y se dispersan en un valle.*

*Hombre en el aire, ¿eras tú ese pájaro  
que desapareció por arte de magia en la oscuridad?  
Hombre en el aire, sé otra vez mi padre. Ahora,  
mientras tú y yo y él tenemos tiempo.*

Dos años más tarde, cuando luchaba por escribir un poema que le había indicado como tarea el señor Fitz-Hallan para la clase de inglés, descubrió que era incapaz de hacerlo, aunque tratara de seguir las indicaciones de Fitz-Hallan. («Podrías comenzar todos los versos con la misma palabra. O nombrar un color en cada verso. O terminar cada verso con el nombre de un país diferente.») Sacó el viejo poema de su escritorio y, sin saber qué hacer, lo entregó. El poema volvió con una muy buena nota y el comentario en letra cursiva de Fitz-Hallan: «Este poema es sensible y maduro, y debe haberte resultado difícil escribirlo. ¿No le has puesto título? Me gustaría publicarlo en la revista de la escuela, si lo permites.»

Bajo el título «Cuando todos vivíamos en el bosque» apareció en el número invernal de la revista de la escuela.

*Más frío que un muñeco de nieve*

En el gran salón del extremo del pasillo, desfilamos ante las dos hileras de asientos en nuestro primer acto escolar. El señor Broome, la señora Olinger y un hombre alto de pelo gris, con un rostro largo y severo, que parecía presidente de un Banco, estaban sentados en sillas plegables entre nosotros. Los de segundo año detrás, luego los de tercero, y los del curso superior en las últimas filas. Advertí que casi todos los muchachos llevaban una camisa azul y una corbata rayada bajo la chaqueta; muchos de ellos llevaban trajes enteros. En conjunto, los alumnos de las clases elementales y superiores tenían buen aspecto.» Eran privilegiados, y el privilegio les rodeaba como una armadura. En sus rostros se veía la seguridad de que nunca tendrían que tomar nada en serio. Por primera vez en mi vida comprendí el viejo adagio de que los ricos eran más atractivos.

El señor Broome se puso de pie y se dirigió al atril. Recorrió las primeras filas con sus ojos, y luego su rostro adoptó una seca máscara administrativa.

—Muchachos. Comencemos con una plegaria.

Hubo algunos ruidos, mientras un centenar de muchachos se ponían de rodillas.

—Danos la sabiduría de saber qué está bien, y la comprensión para saber qué es bueno. Aprovechemos el conocimiento, y usémoslo para convertirnos en hombres mejores. Pasemos este nuevo año escolar con esperanza, con diligencia y disciplina, y con aplicación siempre renovada. Amén.

Levantó la mirada.

—Bien. Comenzamos un nuevo año. ¿Qué significa esto? Significa que se les pedirá a ustedes que hagan un gran esfuerzo. Se les pedirá que trabajen con más intensidad que nunca, y que abran sus mentes. La universidad está un poco más cerca para todos, y la universidad no es para haraganes. Por lo tanto, aquí no permitimos flojos ni haraganes. Presten atención a esto especialmente, alumnos de los cursos superiores, tendrán muchos obstáculos que vencer este año. Pero nuestra escuela no se propone educar el intelecto a expensas del espíritu. Y estoy seguro de que el espíritu se manifiesta en primer lugar en el espíritu escolar. Algunos de ustedes no durarán hasta fin de año, y eso no siempre se deberá a la estupidez. Ustedes pueden, en realidad deben, demostrar su espíritu escolar en su comportamiento, en su trabajo en la clase y en su trabajo atlético, en sus relaciones entre ustedes. En la honestidad. En la dedicación. Probaremos todo esto. Les aseguro, alumnos de los primeros y de los últimos cursos y de los cursos intermedios, que no vacilamos en deshacernos de los que fracasan. Otras escuelas tienen mucho lugar

para ellos. Pero nosotros no los toleraremos. Porque es el alumno quien fracasa, no la escuela. Les damos el mundo, caballeros, pero ustedes deben mostrarse dignos de él. Eso es todo. Primero saldrán los alumnos de los cursos superiores.

—Más frío que un muñeco de nieve —murmuró Sherman mientras permanecíamos en el mismo lugar—. Espera a oír el de los perros.

## 12

El hombre alto de cabello gris y aspecto de empleado de Banco que se hallaba junto al señor Broome era el señor Thorpe, y ya estaba ante su mesa cuando entramos en su habitación. Era una de las diminutas habitaciones con paneles de madera en la parte vieja de la escuela, con una atmósfera tan cargada que parecía envolvernos como una manta. Un muchacho de espesos cabellos rubios y gafas negras estaba de pie junto al profesor. Obviamente habían estado hablando, y guardaron silencio mientras nos sentábamos.

El señor Thorpe dijo:

—Este es Miles Teagarden, un alumno del último curso. Dedicará un rato a explicarnos las normas de los alumnos del primer curso. Escúchenlo. Es el celador, uno de los líderes de esta escuela. Comience, señor Teagarden.

Thorpe se apoyó en el respaldo de su silla y nos miró con benevolencia.

—Gracias, señor Thorpe —dijo el alumno del curso superior—. Nada tienen que temer de sus comienzos como alumnos del primer curso. Si están bien familiarizados con todo lo que tienen que saber, les irá bien. Tienen sus gorras y sus listas. Usen la gorra en todo momento cuando no estén en clase y en el camino de la escuela a su casa. Usen la gorra en todas las funciones atléticas y en todas las funciones sociales. Diríjanse a todos los alumnos de las clases superiores llamándolos «señor». Aprendan nuestros nombres. Eso es esencial. También lo es aprender las canciones y el resto de la información que se encuentra en las hojas. Si un alumno del curso superior deja caer sus libros al suelo, recójalos. Llévenlos adonde él les indique. Si un alumno del curso superior está parado frente a una puerta, salúdenlo por su nombre y abran la puerta. Si un alumno del curso superior les dice que le aten los cordones de los zapatos, átenle los cordones de los zapatos y denle las gracias. Hagan cualquier cosa que un alumno del curso superior les indique. Inmediatamente. Aunque les parezca ridículo. ¿Entienden? Y si un alumno del curso superior les hace una pregunta, llámenlo por su nombre y respóndanle. Obedezcan las reglas y tendrán un buen comienzo.

—¿Eso es todo? —preguntó el señor Thorpe—. Si es así, puedes marcharte.

Teagarden recogió una pila de libros del escritorio de Thorpe y salió apresuradamente de la salita. Thorpe siguió mirándonos, pero ya sin benevolencia.

—¿Por qué es importante todo esto? —Hizo una pausa, pero nadie trató de responder—. ¿Qué destacó particularmente el señor Broome en la reunión de esta mañana? ¿Bien?

Un muchacho que yo no conocía levantó la mano y dijo:

—El espíritu de la escuela, señor.

—Bien. Tú eres... ¿Hollingsworth? Bien, Hollingsworth. Tú escuchaste. Tus



oídos estaban atentos. Seguramente los demás estaban dormidos. ¿Y qué es el espíritu de la escuela? Es poner la escuela en primer lugar. Ponerse ustedes en segundo lugar con respecto a la escuela. Aún no saben hacerlo. Miles Teagarden sabe hacerlo. Por eso es celador.

Se puso de pie y se apoyó en el estante de las tizas. Parecía inmensamente alto.

—Pero ahora llegamos al punto más lamentable. Mírense. Por favor... mírense. Por el aspecto que tienen se diría que son incapaces de encontrar el camino de su casa por la noche. Alguno de ustedes probablemente ni siquiera pueden ver porque el pelo les cubre los ojos. Se les ve descuidados, muchachos. Descuidados. Eso es ofensivo. Es un insulto. Si insultan a los alumnos de los cursos superiores con su aspecto, les aseguro que ellos se lo harán saber. Esta no es una escuela fácil. ¡No! — Gritó la última palabra, haciendo que nos enderezáramos bruscamente en nuestros asientos—. ¡No! No es una escuela fácil. Tenemos que rehacerlos, muchachos, moldearlos. Convertirlos en nuestro equipo de muchachos. De otra manera fracasarán, muchachos, fracasarán, irán hacia la desgracia o la destrucción. Destrucción, un sustantivo que significa aquello que derriba, deshace, mata, aniquila. Estarán destinados a la destrucción, destinados a la destrucción, si no aprenden las lecciones morales de esta escuela.

Thorpe aspiró aire ruidosamente y se pasó la palma de la mano por sus lacios cabellos grises. Era un horno de emociones, este Thorpe, y estas actuaciones aterradoras eran habituales en él.

*Los profesores*

Cuando pasaron las primeras semanas, las personalidades de nuestros profesores se convirtieron en algo tan fijo como las estrellas y eran tan predecibles sus excentricidades como las posturas de las estatuas de mármol. El señor Thorpe gritaba y perseguía; el señor Fitz-Hallan seducía; el señor Whipple, incapaz de inspirar terror o amor, oscilaba tratando de inspirar las dos cosas y, por lo tanto, era despreciado. El señor Weatherbee revelaba ser un maestro natural, y nos conducía con gran dominio por los primeros pasos del álgebra. (Dave Brick resultó ser un genio matemático y comenzó a usar una ostentosa regla de cálculo en un estuche abrochado a su cinturón.) Thorpe era capaz de congelarle a uno el estómago y la mente; Fitz-Hallan, cuya familia era rica, devolvía su salario a la escuela y de esa manera ganaba el privilegio de enseñar lo que quería: *Los cuentos de Grimm*, *La Odisea*, *Grandes esperanzas* y *Huckleberry Finn*, y E. B. White para el estilo; Whipple era tan haragán que dedicaba gran parte de la clase a leer en voz alta el texto. Su único verdadero interés eran los deportes, donde actuaba como asistente de Ridpath.

Sus vidas fuera de la escuela eran inimaginables para nosotros; en los bailes, veíamos a las esposas, pero nunca pudimos creer realmente en ellas. Sus casas también eran misteriosas, como si ellos, al igual que nosotros, no tuvieran esposas sino padres, y tanta tarea que sus verdaderos hogares fueran el edificio viejo, el anexo moderno y el área de deportes.

## 14

Acabábamos de salir del aula de Fitz-Hallan, y algunos alumnos del curso superior salían de una clase de francés en el aula de al lado. Bobby Hollingsworth había identificado a la mayoría de los muchachos mayores, para los que éramos nuevos en la escuela, y yo conocía la mayoría de sus nombres. Adoptaron una actitud decidida y superior al observar que estábamos sacando libros de nuestros armarios. Se acercaron en cuanto Fitz-Hallan desapareció en su oficina. Steve Ridpath se colocó directamente frente a mí. Tuve que mirarlo a la cara. Yo era vagamente consciente de que un celador llamado Terry Peters se había parado frente a Del Nightingale, y de que otro alumno del curso superior llamado Hollis Wax le quitaba la gorra de la cabeza a Dave Brick. Los otros tres o cuatro alumnos del curso superior nos miraron, sonrieron a Hollis Wax (que no era más alto que Dave Brick) y siguieron caminando por el pasillo.

—¿Cómo me llamo? —preguntó Steve Ridpath.

Se lo dije.

—¿Y cómo te llamas tú, insecto?

Le dije mi nombre.

—Recoge mis libros. —Llevaba cuatro pesados libros de texto y una pila de papeles bajo un brazo, y los dejó caer al suelo—. Date prisa, imbécil. Tengo clase.

—Sí, señor Ridpath —dije, y me agaché.

El estaba tan cerca que tuve que retroceder agachado dentro de mi armario para recoger sus libros. Cuando me incorporé, él se había inclinado para mirarme directamente a la cara.

—Porquería —dijo.

La razón de su apodo era más aparente que antes. Excepcionalmente flaco, Esqueleto Ridpath, desde cierta distancia, parecía un muñeco de palo vestido; los puños de la camisa le caían sobre las manos, los cuellos le quedaban muy grandes. De cerca, su rostro era tan delgado que la piel brillaba con un color blanquecino; una cierta flojedad bajo los ojos era la única carne visible. Por encima de esas bolsitas grisáceas, sus ojos eran muy pálidos, casi blancos, como los blue jeans viejos. Sus cejas eran dos leves trazos de color marrón plateado. En el aire entre nosotros había un fuerte olor a Old Spice, aunque su piel parecía demasiado estirada como para tener barba: como si no tuviera lugar en ella.

—Has mezclado las hojas —dijo, y puso una hoja de papel doblada bajo mi nariz—. Cinco verticales, ahora mismo.

—Ah, vamos, Steve —dijo Hollis Wax.

Vi que Hollis Wax había «enlazado» a Dave Brick, que ahora estaba en posición de firmes, con los brazos extendidos en ángulo recto ante él, cargados con los libros

de Wax.

—Cállate. Cinco. Ahora mismo.

Pasé junto a Ridpath e hice cinco verticales en el corredor.

—¿Quién fue el primer director, porquería?

—B. Thurman Banter.

—¿Cuándo fundó la escuela y cuál era su nombre entonces?

—Fundó la Academia Lodestar en 1894.

Me puse en pie.

—Mierda —me silbó, con el rostro contorsionado.

Luego se volvió, extendió su brazo de simio y me dio un puñetazo en la cabeza... que llegó a dolerme. Sus nudillos parecían agujas. El golpe no me sorprendió: había visto el odio irracional en sus ojos. Movié su cabeza huesuda y me miró con alegría.

—Vamos. Tengo que ir a clase.

Pero nos detuvimos unos pasos después.

—¿Quién es este gordo asqueroso, Waxy?

—Brick —dijo Wax.

Dave Brick transpiraba, y la gorra se le había caído hasta taparle los ojos.

—Brick. Dios mío. Míralo. —Ridpath tomó a Brick por el mentón y le retorció la piel entre dos de sus largos dedos—. ¿Cuántos libros hay en la biblioteca, Brick? ¿Cuál es mi nombre, Brick? —Hundió uno de sus dedos huesudos en la mejilla de Brick y la presionó contra los dientes—. No lo sabes, ¿eh, imbécil?

—No, señor —respondió Brick casi llorando.

—Señor Ridpath. Ese es mi nombre, estúpido. Recuérdalo, Brick el Pito. Será mejor que te cortes ese horrible pelo de zulú. Tiene más grasa que la que tienen la mayor parte de los tipos en las orejas.

Yo estaba «junto a él con sus libros, y vi a Tom Flanagan y a Bobby Hollingsworth que venían hacia nosotros. Se detuvieron en mitad del pasillo.

—¿Y quién es esta bola de grasa? —preguntó Ridpath a Terry Peters.

—Nightingale —respondió Peters.

—¡Ah! Nightingale —repitió Ridpath—. Tendría que haberlo sabido. Pareces un griego de mierda, ¿verdad, Nightingale? Así que sabes mucho de cartas, ¿eh? Ya me ocuparé de ti más tarde, pajarito. Ese es un buen nombre para ti. Te oí piar. —Parecía muy excitado. Volvió su horrible rostro hacia mí—. Vamos, porquería. Ah, mierda. Dame los libros.

El, Peters y Wax corrieron por el vestíbulo en dirección al sector antiguo.

—Parece que ya tenéis sobrenombres —comentó Tom Flanagan.

Dave Brick estaba destinado a llevar el nombre obsceno que le había dado Esqueleto Ridpath, pero Del Nightingale lo pasó peor durante el entrenamiento de fútbol americano del viernes por la noche, en la primera semana de octubre. Del, Morris Fielding, Bobby Sherman y yo estábamos sentados en el banco con otros..., gente de primero y segundo año... Nuestro equipo había perdido el primer partido la semana anterior. Chip Hogan hizo nuestro único tanto. El tanteo final fue veintiuno a siete, y el señor Whipple y el señor Ridpath dedicaron los cuatro entrenamientos siguientes a dirigirnos frenéticamente en los ejercicios y tácticas de juego. Sherman y yo odiábamos el fútbol americano, y esperábamos el año siguiente, en que podríamos cambiarlo por el otro fútbol; Morris Fielding tenía pocas aptitudes pero lo toleraba bien y jugó con una persistencia empecinada que Ridpath admiraba; Del, que pesaba poco más de cuarenta y cinco kilos, no tenía remedio. Con el equipo acolchado que nos daba a todos aspecto de estar hinchados, Del parecía un mosquito aplastado bajo bolsas de arena. Todos los ejercicios lo cansaban, y después de correr y saltar, apenas podía mover las piernas durante el resto de las prácticas.

Después del salto de rana, Ridpath nos hizo formar en fila ante el artefacto para practicar tackle. Era una pesada estructura de metal como un trineo sobre rieles, y los palos delanteros estaban forrados y tenían el tamaño de un punching-ball. Nosotros estábamos formados en dos largas filas, y corríamos de dos en dos hasta los palos y tratábamos de mover el artefacto. Chip Hogan y tres o cuatro muchachos lograron hacerlo girar en círculo. Morris Fielding y yo lo empujamos unos treinta centímetros. Cuando Tom Flanagan y Del lo golpearon, el lado de Tom se movió bruscamente y el de Del nada en absoluto. Los dos muchachos cayeron al suelo.

—Enderécenlo y vuelvan a hacerlo —gritó el señor Ridpath. —Empújenlo hacia atrás... necesitamos bloqueo.

Flanagan y Nightingale empujaron el pesado artefacto hacia atrás hasta llevarlo donde estaba antes. Se abalanzaron sobre él y golpearon. Otra vez el peso de Tom le imprimió un movimiento lateral y Del cayó al suelo.

—¿Quién eres tú, Florencia Nightingale? —gritó Ridpath.

*Florencia.* Ese nombre absurdamente Victoriano: Ridpath se rió de su propia invención, y todos nosotros nos reímos también: Del había quedado bautizado. En ese momento apareció Whipple, angelical y con el rostro enrojecido y su chaqueta de instructor, y el señor Ridpath corrió por el campo hacia el lugar donde el equipo de primera comenzaba en ese momento a hacer gimnasia; pero el cambio de instructores llegó demasiado tarde para Del.

—Apóyate sobre mis hombros, Florencia..., yo lo moveré —gritó un muchacho musculoso y amable llamado Pete Baylis. Y a Del le quedó el nombre.

Durante el resto de la hora proseguimos con las prácticas.

Compartíamos un vestuario con los muchachos mayores, y después del entreno, cuando ya se habían guardado los equipos y acabábamos de volver de las duchas, los muchachos del equipo de primera entraron ruidosamente en ese lugar con olor a transpiración y lleno de ecos. Esqueleto Ridpath estaba entre ellos, muy sucio y con un hematoma en la mejilla izquierda... Jugaba porque su padre le obligaba, y en el último tiempo del partido del equipo de primera que siguió al nuestro, cometió dos *fouls*.

Los alumnos de tercero y cuarto comenzaron a arrojar sus cascos en los armarios, gritándose unos a otros. Esqueleto Ridpath se desvistió más lentamente que los otros, y estaba quitándose las almohadillas cuando la mayoría de los otros jugadores ya estaban en las duchas del otro lado del vestuario. Vi que nos miraba, sonriéndose. Una vez que estuvo en calzoncillos, se puso de pie, pasó por encima del banco y se acercó a nosotros.

—Ahora también admiten niñas, creo —dijo, mirando a Del Nightingale. Del había bajado la cabeza y se estaba poniendo los pantalones—. Eh, Florencia. ¿Sabes lo que les sucede a las chicas cuando las atrapan en los vestuarios? ¿Eh?

—Cállate —dijo Tom Flanagan.

Ridpath levantó una mano como si estuviera por abofetear a Flanagan... Se encontraba por lo menos a dos metros de distancia.

—Idiota. Estoy hablando con tu novia. ¿Eso eres, Florencia? ¿Su novia?

Dio un paso adelante: era por lo menos el doble de alto que Del, y parecía una larga lombriz blanca. Además parecía loco, invadido por algún odio oculto y creciente: era obvio que sus comentarios no eran insultos escolares comunes, y los diez o doce que quedamos en la habitación permanecimos inmóviles, realmente incapaces de imaginar qué podría llegar a hacer. Por un segundo pareció un gigante demente y furioso.

Su rostro golpeado se torció en una mueca y dijo:

—¿Por qué no chupas...?

Tom Flanagan salió del banco como una bala y corrió hacia él.

Esqueleto adelantó un puño y le dio a Tom en el pecho. Luego salió saliva de su boca, en su rostro se veía furia y desconcierto, y le dio un empujón a Tom que volvió a arrojarlo en nuestro banco.

Bryce Beaver, uno de los alumnos de cuarto año a quien más tarde expulsarían por fumar, volvió desnudo de la ducha, con una toalla verde de la escuela alrededor del cuello.

—Eh, Esqueleto, ¿qué carajo estás haciendo? —preguntó estupefacto—. Tu padre estará aquí dentro de un segundo.

—Odio a estas mierditas —dijo Esqueleto con una mueca de odio en su rostro sucio y golpeado, y se volvió. De espaldas se le veía flaco y frágil.

Se abrió la puerta y se cerró de inmediato. La voz del señor Whipple llegó a

nosotros diciendo:

—...Trabajen en esos ejercicios, que Hogan encuentre...

Bryce Beaver sacudió la cabeza y comenzó a secarse las piernas con la toalla. El señor Ridpath y el señor Whipple entraron en el vestuario, trayendo consigo un aroma de aire fresco, que sólo duró un momento. Observé que el señor Ridpath luchaba por conservar su sonrisa mientras miraba a su hijo.

## 16

Dos semanas más tarde, durante el entrenamiento de los alumnos de los cursos superiores, vi que Tom Flanagan hacía caer repetidamente a Esqueleto Ridpath, aunque el juego estuviera del otro lado del campo. La tercera vez que esto sucedió, Esqueleto esperó a que Whipple mirara hacia otro lado y dio un puntapié a Tom en la cara. En el juego siguiente, Tom Flanagan tacleó y lo arrojó al suelo tan salvajemente que yo oí el ruido desde la tribuna.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —grito el señor Ridpath—. ¡Eso se llama espíritu!



*Medianoche, sábado: dos dormitorios*

En la habitación de Del, los muchachos estaban acostados cada uno en su cama, charlando en la oscuridad. Tim y Valerie Hillman hacían demasiado ruido como para que pudieran dormir; Tom oía a Tim Hillman que gritaba: «¡Putá! ¡Putá!», cada tanto. Los dos Hillman habían estado borrachos durante la cena, Tim más que Valerie. Bud Copeland había atendido a los muchachos en la cocina, luego despejó la mesa y dijo:

—Esta noche hay problemas. Ustedes, muchachos, acuéstense temprano y tápanse los oídos.

Pero no era posible. Los gritos de Tim y las bruscas intervenciones de Valerie resonaban en toda la casa.

—El tío Cole dice que Tim bebe tanto que se convierte en otra persona —dijo Del en la oscuridad—. Si está borracho, es otra persona. O preferiría serlo.

—¿Preferiría ser *eso*?

—Eso creo.

—Caramba.

—Bien, el tío Cole nunca se equivoca. Créeme. Nunca se equivoca en nada. ¿Quieres saber lo que dice de la magia?

—Claro que sí.

—Es como lo que decía sobre Tim. Dice que un mago debe estar aparte de la vida cotidiana... Tiene que convertirse en una nueva persona, porque tiene un proyecto especial. Para hacer magia, para hacer magia importante, debe saberse parte del universo.

—¿Parte del universo?

—Una pequeña parte que contiene a todo el resto. Todo lo que hay fuera de él está también dentro de él. ¿Te das cuenta?

—Creo que sí.

—Bien, si te das cuenta, comprenderás por qué quiero ser un mago. La ciencia es pura *cabeza*, ¿entiendes? Los deportes son todo cuerpo. Un mago utiliza todo su ser. El tío Cole dice que un mago está en *síntesis*. *Síntesis*. Dice que uno es en parte música y en parte sangre, en parte un pensador y en parte un asesino. Y si puedes encontrar todo eso dentro de ti y controlarlo, mereces ocupar un lugar aparte.

—De manera que esto tiene que ver con el control. Con el poder.

—Claro qué sí. Con ser Dios.

Tom sabía que Del esperaba que respondiera, pero no podía. Aunque no era religioso y no había entrado en una iglesia desde la Navidad anterior, el último comentario de Del lo había turbado profundamente.

Desde el otro lado de la habitación, *oía* la sonrisa de Del.

—Vi lo que le hiciste a Esqueleto, ¿sabes? Tú también eres un asesino.

El susodicho Esqueleto, que estaba seguro de ser un asesino, estaba como los dos muchachos más jóvenes en una cama en una habitación oscura. Lo que pasaba por su mente era sorprendentemente similar (la similitud por cierto habría sorprendido a Del Nightingale) al contenido de la conversación de los muchachos. Música, y no gritos, era lo que llenaba el aire alrededor de él..., un disco de Bo Diddley. *Fuerte*: música tan densa y tan penetrante que parecía adentrarse en su piel, meterse entre él y la cama y levantar su cuerpo para hacerlo flotar.

Esqueleto sabía que él era una parte del universo, y que el odio que era su parte mejor y más fuerte atravesaba el universo como una barra de acero. Esqueleto también había visto buitres en el desierto, y violentas franjas de color en el cielo del desierto, y había visto la arena, lejos de la ciudad, que se torna púrpura y roja al llegar la noche. Aun en su infancia frustrada y vacía, sabía que esas cosas le pertenecían, que daban la misma nota que los negros sentimientos en su interior. Las otras personas eran conejos enceguecidos y engañados: miraban el desierto y veían lo que ellos llamaban «belleza», se mantenían detrás de una pared. Otras personas tenían miedo de ver la verdad dentro de sí mismas, que era también la verdad en el corazón del mundo. Todo hombre era un asesino..., eso era lo que Esqueleto sabía. Cada hoja, grano de arena, contenía en sí un asesino. Si uno tocaba un árbol, sentía una onda de negrura que salía de él, que surgía del suelo y respiraba por la corteza.

Y después, cuando se puso a trabajar cada vez más en sus «objetos», cuando colocó imágenes de dolor y de miedo en sus paredes, comenzó a acercarse cada vez más a la verdad. Esqueleto había empezado a tener ideas sobre sus «objetos», ideas que apenas podía contemplar. Eran una unidad, esa unidad que era Esqueleto Ridpath, pero eran algo más.

Y últimamente...

Últimamente...

Al espiar sus nuevas ideas había visto reflejos de su poder. Un hombre estaba mostrándole cuánta razón tenía y qué poco sabía todavía. Era como si el hombre hubiera saltado fuera de esas paredes, hubiera salido de las «cosas» y hubiera levantado su sombrero de alas anchas para mostrar el rostro de una bestia. El hombre, que estaba en todas partes y en ninguna parte, en sus sueños y desapareciendo mientras pasaba de una habitación a otra, era animal, árbol, desierto, pájaro... Llevaba un abrigo largo, su sombrero le ocultaba la cara... El era lo real. Hablaba con Esqueleto cuando Esqueleto pensaba en él; y esto es lo que le decía: *He venido a salvarte la vida*. Quería algo del pobre Esqueleto, su voluntad se dirigía al pobre Esqueleto, y el pobre Esqueleto se habría cortado todos los dedos de una mano por él. Tenía el poder de hacer que un rey pareciera débil. Era como la música en el corazón de la música, lo que los músicos tocarían si tuvieran una altura de tres metros y medio y estuvieran hechos de trueno y lluvia.

El es *yo*, pensó Esqueleto. *Yo*. Sonrió en la oscuridad a la imagen de un pájaro gigantesco.

«La muchacha de los gansos»

—«Había una vez una vieja reina, cuyo marido había muerto mucho tiempo atrás, y tenía una hermosa hija» —leyó el señor Fitz-Hallan—. Primera oración del cuento *La muchacha de los gansos*. ¿Sobre qué nos dice que será la historia?

—Sobre la hermosa hija —respondió Bobby Hollingsworth, levantando la mano.

—Muy bien. Vieja reina, rey muerto, hija joven y hermosa. Pronto estará sola en el mundo, sospechamos. Al fin y al cabo, ya es medio huérfana. Si este cuento es típico, pronto la enviarán en busca de algo... Y aquí está, en la segunda oración. La envían a casarse con un príncipe, en un lugar lejano. ¿Qué le sucede?

—Tiene una criada malvada que la aterroriza y la obliga a ocupar su lugar —dijo Howie Stern.

—Exactamente. ¿Recuerdan lo que dijimos sobre la identidad en estos cuentos? Aquí lo tenemos otra vez. La criada roba la identidad de la heroína. El talismán mágico, la tela con tres gotas de sangre, se pierde, y la sirvienta malvada adquiere poder sobre la princesa. Toma sus ropas y hace que la princesa se vista con harapos. Las ropas pueden representar la identidad... Con ellas señalamos lo que somos. De manera que la criada se casa con el príncipe, y la verdadera princesa es enviada a trabajar con Conrad, que cuida los gansos. ¿Podría suceder esto realmente?

—No —respondió Bob Sherman—. Nunca. Habría millones de formas en que se podría distinguir a una princesa de su criada. No hablarían de la misma manera. Ni siquiera llevarían las mismas ropas de la misma manera.

—Montones de pequeñas diferencias sociales —dijo Fitz-Hallan—. Muy bien. Pero la historia dice que es posible que a uno le roben la identidad, y aunque usted tiene razón, eso es algo más profundo que la clase. En otros cuentos, las sombras de los hombres reemplazan a sus dueños y hacen que los hombres actúen como sombras. Eso es aún más absurdo, pero también más aterrador. Si las identidades pueden robarse, alguien, incluso un *objeto*, puede robar la identidad de ustedes. —Hizo una pausa para que digiriéramos esto—. ¿Cómo recupera su lugar la hermosa princesa?

Del respondió:

—El padre del príncipe le hace contar su historia a una estufa y escucha por la chimenea de la estufa. Así descubre quién es ella.

—Sí, pero ¿por qué sospechó?

—Falada —respondió Tom.

—Falada. El caballo que le había regalado su madre.

—Es magia... Ella recupera su lugar a través de la magia —dijo Del. Sonreía.

—Usted irá lejos —dijo Fitz-Hallan—. Magia. La mala criada hace cortar la cabeza a Falada y la clava en una pared, y Conrad, el muchacho de los gansos, oye hablar a la cabeza del caballo y oye la respuesta que da la cabeza: «Ah, pobre princesa desesperada, / si tu madre supiera, / se le partiría el corazón.» El mundo natural del sentido común y de la diferencia social ha quedado a un lado y la magia se hace cargo de las cosas. Habla en poesía. Cambia el mundo. ¿Recuerdan esta primera oración? «Había una vez...» No importa lo que viene después de eso; cuando uno oye palabras así, sabe que las reglas comunes no se aplican... Los animales hablan, las personas se convierten en animales, el mundo se vuelve del revés. Pero, al final... —levantó la mano.

—Se da la vuelta nuevamente —dijo Del—. Se endereza mágicamente.

—A veces usted dice las cosas bien, Nightingale —dijo el señor Fitz-Hallan.

Sonó el timbre; terminó la clase; yo estaba admirándome de la excelente distribución del tiempo del señor Fitz-Hallan cuando presencié algo que al principio me pareció que más bien formaba parte del mundo que estábamos analizando y no del mundo de la escuela. El señor Fitz-Hallan y los otros estaban recogiendo sus libros. Yo estaba sentado junto a Tom Flanagan, y oí que dejaba escapar una pequeña queja, más de desagrado que de asombro. Miré, y vi su lápiz flotando en el aire a unos treinta centímetros de su cuaderno. Tom estiró la mano para tomarlo y lo quitó de allí. Vi (creí ver) que por un momento el lápiz se resistía, como si estuviera pegado en el aire.

Flanagan se ruborizó y metió el lápiz en el bolsillo de su camisa. Cuando me vio con la boca abierta, me miró con mala cara y se encogió de hombros: *¿Qué tiene de gracioso?* Decidí que lo que había visto era una mímica sin sentido pero inteligente: había arrojado el lápiz hacia arriba, y yo había mirado en el mismo momento en que el lápiz dejaba de ascender y comenzaba a bajar.

Las dos y media de la noche. De pronto, completamente despierto, Esqueleto Ridpath echó a un lado las sábanas. La casa estaba opresivamente calurosa. Por la pared lateral oía roncar a su padre: una inhalación ahogada seguida por un ruido ronco, casi húmedo, que le provocaba estremecimientos. Hizo una mueca de odio y encendió la luz junto a su cama.

Y casi gritó, porque directamente sobre él, a dos metros y medio de sus ojos, estaba la última imagen que había visto antes de despertar... Un gran pájaro gris, que abría sus alas y extendía sus garras. No, no era idéntico a la imagen. El pájaro cuya imagen había adherido al cielo raso era un águila, pero el pájaro que había perturbado su sueño era..., no lo sabía, pero no era un águila. Estaba frente a la ventana, golpeando el marco con sus alas. Tratava de entrar, le ordenaba que le dejara entrar, y el terror de lo que sucedería lo había despertado. El pájaro frente a la ventana hacía ruido..., le hablaba, le daba órdenes... Y ahora se daba cuenta de que provenía de los ronquidos horribles de su padre.

Se calmó, dejó que el otro pájaro disminuyera de tamaño en su mente, y observó las imágenes tranquilizadoras que rodeaban al águila. Cañones de rifles, muchos cadáveres manchados de sangre, un bebé ensartado en una lanza. Estos gradualmente se esfumaron hacia un espacio lleno de automóviles y artefactos del hogar y fotografías de mujeres a las que había quitado la cara. En el lugar de ésta había pegado máscaras de animales, zorros y monos.

Diferentes áreas de sus paredes eran diferentes «cosas», que ahora se fusionaban en una única «cosa» que lo abarcaba todo. Sabía que eso sucedería, hacía mucho tiempo, años, que lo sabía, cuando había abandonado todos sus otros pasatiempos y había comenzado a poner láminas en las paredes. Esqueleto había anticipado el día en que, guiadas por un poderoso impulso, todas las láminas formarían una sola afirmación épica.

Había comenzado por seleccionar láminas de los objetos que odiaba, cosas que representaban el modo de vida de Carson: autos nuevos y neveras grotescamente grandes llenas de comida; casas de campo, mujeres bien vestidas de los barrios ricos, jugadores de fútbol americano. Porque odiaba estas cosas, porque su padre y los colegas de su padre las aceptaban como valores, porque eran elementos de un mundo que él quería hacer pedazos, le provocaban una excitación perversa: las odiaba, pero le gustaba mirarlas. Ahora recortaba todas las láminas grotescas que veía, y ponía horrores en las representaciones de la vida suburbana que detestaba. En algunos lugares había cuatro capas de fotografías adheridas a la pared. De los «objetos» viejos, más suaves, había pasado a sus verdaderas imágenes. Esqueleto sabía que estaba mejorando.

Un año atrás, le encantaba la idea de que lo que estaba haciendo llenaba su habitación de sí mismo: de manera que cuando estaba allí era como estar y moverse dentro de su propia mente. Cuando llegó a esta idea (mientras comía carne sin sabor y apartaba la cara del perpetuo monólogo de su padre sobre deportes) se estremeció tan violentamente que hizo caer la Coca-cola de la mesa.

Pero durante el verano siguiente, esta visión de su cuarto fue dominada por una visión aún más intensa y peligrosa. Rara vez se permitía pensar mucho en esto, pero el elemento esencial ardía en su mente todas las veces que cerraba la puerta tras sí.

La habitación no se abría hacia adentro, sino hacia afuera. No era un espejo.

La habitación era una ventana.

Era un compartimiento que se abría al cielo, y que mostraba en forma fragmentaria, sólo gradualmente revelada, lo que realmente había afuera.

Últimamente el hombre del abrigo oscuro, un hombre como las cosas oscuras y los lobos que planeaban intrigas en la puerta en los cuentos de hadas de Fitz-Hallan, había comenzado a aparecer en sus paredes. Cuando encontrara al verdadero hombre (¿o cuando el verdadero hombre lo encontrase a él?), con el ala de su sombrero ocultando su cara y su dedo acusador, todo se fundiría en una sola cosa.

Esqueleto saltó de la cama y comenzó a buscar en el montón de revistas junto a la cama.

*Tom dijo:*

*—Ya ves, hay un misterio en nuestra escuela, y el final del misterio fue la cosa terrible que sucedió cuando Del y yo estábamos dando nuestro espectáculo de magia. Pero ésa no fue la respuesta del misterio, sólo su conclusión. La respuesta estaba en la Tierra de las Sombras; o la respuesta era la Tierra de las Sombras.*

*»Esqueleto tenía visiones de un hombre con un largo abrigo y un sombrero..., el hombre que yo había visto en un sueño.*

*»Por supuesto que yo no sabía nada de las visiones de Esqueleto, y de nada me habría servido saberlo. Ya viste lo que sucedió aquel día en la clase de Fitz-Hallan, cuando mi lápiz quedó prendido a algo en el aire... y, te vi pensar inmediatamente que tus ojos te habían engañado de alguna manera. A pesar de lo que yo mismo había visto, habría pensado lo mismo. Al fin y al cabo, siempre es mejor buscar las explicaciones más racionales para los acontecimientos aparentemente irracionales. Cualquier mago te lo dirá... Mira cómo descartan universalmente a personas como Uri Geller.*

*»Pero me viste enrojecer. Me habían estado sucediendo cosas raras. Apenas tenía el vocabulario para expresarlas. "Pesadillas" era una forma de decirlo, pero no transmitía la atmósfera. ¿Y existe algo que pueda llamarse "pesadilla diurna"? De todas maneras, nunca se lo comuniqué a nadie, ni siquiera a Del, pero me sucedían cosas extrañas... Algunos días, era como si no me despertara en absoluto, sino que fuera a la escuela y pasara el resto del día en una especie de sueño, lleno de terribles insinuaciones y presagios.*

*»¿Quieres ejemplos? Por un lado, a veces imaginaba que los pájaros me miraban..., que me observaban, me seguían. En el camino de regreso para almorzar, veía una bandada de*

gorriones, y todos me miraban directamente. Cada uno de ellos me penetraba con sus rápidos ojitos. En casa, miraba por la ventana del living, y un petirrojo de nuestro jardín bajaba la cabeza y me observaba a través del vidrio, como si tuviera algo que decirme. Pero eso no es nada. Me hacía pensar que tal vez me estaba volviendo loco, pero no era nada.

»Había otras cosas más inquietantes. Recuerdo un día, una semana o dos antes de nuestros exámenes del primer término, cuando entré por la puerta del frente de la escuela y casi me desmayo. Porque no veía lo que esperaba encontrar allí..., los peldaños que subían, el corredor y las puertas de la biblioteca. Por un segundo, tal vez dos o tres segundos, vi algo que parecía una jungla. El aire era caluroso y muy húmedo. Había más árboles que los que había visto en toda mi vida, todos juntos, inclinándose hacia un lado y hacia otro, cubiertos de hiedra. Tuve la sensación de una tremenda energía..., como si toda la escena zumbara. Luego vi la cara de un animal que me miraba a través de las hojas. Me asusté tanto que estuve a punto de caerme. Y salí de eso. Allí estaban los escalones, las puertas de la biblioteca, Terry Peters que me empujaba y me ordenaba seguir adelante.

»Cosas como éstas sucedían quizá una vez al mes después de hacerme amigo de Del. Estas eran “pesadillas diurnas”. Pero además, amigo mío, estaban las pesadillas nocturnas. Yo estaba muy adelantado con respecto al resto de la escuela. Todas las noches tenía sueños terribles... Me perdía en un bosque, y, unos animales trataban de atraparme, o flotaba muy alto en el aire, sabiendo que iba a caer..., pero lo más extraño de esos sueños, por malos que fuesen, era que yo veía las cosas tal como realmente eran. Era como si el mundo se hubiera abierto, y yo viera parte del motor de las cosas... o más bien lo sintiera. Por más que me asustara, era una extraña especie de satisfacción, la satisfacción del conocimiento. Como si, a pesar de no entenderlo, por fin viera cómo funcionaba el misterio. Imagina que el cielo se abre y ves una gran rueda que gira, la rueda que nos hace girar alrededor del sol..., ésa era la clase de sensación que yo tenía.

»No siempre tenía esa sensación de misteriosa penetración, de todas maneras. En algunos sueños veía una figura negra que venía hacia mí..., que se deslizaba hacia mí, como si los dos estuviéramos suspendidos en el aire. El tenía un cuchillo. O una espada. Algo largo y peligroso. Se acercaba cada vez más, llenaba mi campo de visión... y luego me cortaba las manos. O el dolor en mis manos era tan grande que era como si me las hubieran cortado.

Miré sus manos en la barra, la zona de las cicatrices.

—Ya llegaremos a eso —dijo él.



Durante las semanas siguientes Esqueleto Ridpath se mostró reconcentrado en sí mismo. Su rostro se hacía más extraño, las bolsas bajo los ojos se oscurecían hasta llegar a un gris profundo. Una vez, un sábado a principios de noviembre, saltó de su coche ante una señal de stop, corrió a la acera hasta un quiosco de golosinas en el bulevar Santa Rosa, y dio un golpe a Dave Brick que casi lo hizo caer, porque Brick había olvidado ponerse la gorra. Pero las mentes de los alumnos de cuarto, como las nuestras, estaban en otra cosa. Pronto llegarían los exámenes bimestrales que, como estaban destinados a mostrar a los estudiantes y a los profesores cómo les iría en los exámenes de mitad de año en enero, fueron notoriamente difíciles. Además, una semana y media antes de los exámenes, los equipos de fútbol americano de los alumnos de los cursos superiores debían jugar los partidos de bienvenida contra Larch School, nuestro rival tradicional. En la tarde que siguió a los partidos se realizó el primer gran baile del año en la casa de deportes. Con chaquetas blancas y gorros, seis muchachos de cuarto debían esperar a los de cuarto. Todos sabíamos que Esqueleto corría el peligro de suspender los exámenes; algunos de nosotros esperábamos vanamente que tuviera que irse de la escuela. Y todos nosotros, los que debíamos hacer de camareros en el baile, esperábamos que ninguna muchacha estuviera tan desesperada por asistir al baile del Carson como para aceptar ir con Esqueleto. Todos nosotros estábamos unidos por el odio hacia Esqueleto Ridpath, y por el miedo que le teníamos. Pensábamos que Tom Flanagan era un héroe por lo que había hecho durante el partido de fútbol americano en que Ridpath le dio un puntapié en la cara. Eso, más que ninguna otra cosa, demostraba que los acontecimientos podían modificarse mágicamente. Una vez, durante esas dos o tres semanas, cuando la atención de Esqueleto se dirigía hacia otras cosas desagradables, Tom y Bobby Hollingsworth le vieron en la antesala del despacho del director. Se volvió y desapareció de su vista detrás de la arcada, y pensaron que estaba esperando un castigo de la Serpiente; dos días más tarde, Tom volvió a verlo allí cuando llevó las listas de asistencia del señor Weatherbee al despacho. Esta vez Esqueleto no se escondió detrás de la arcada, sino que extendió una de sus huesudas garras con gesto dictatorial...: vete de aquí. Tom se apartó de Esqueleto en la arcada sombría, y estuvo a punto de chocar con Bambi Whipple, que llevaba la pila de sus exámenes del bimestre. Más tarde, ese mismo día, supimos que Bryce Beaver y Harlan Willow habían sido expulsados por fumar en la caseta del campo de fútbol americano, y el enigma de Esqueleto Ridpath frente al despacho fue olvidado por la excitación que causaron las expulsiones.

Laker Broome canceló los entrenamientos después de horas de clase para realizar una reunión especial de toda la escuela; mientras el señor Ridpath se

enfurecía en la última fila por perder una hora y media de preparación para el partido, Broome, con ironía y en forma meticulosa, dijo que quería eliminar las habladurías explicando que había ocurrido una «tragedia» en la vida de la escuela, y que dos muchachos capaces habían caído en desgracia. Tal vez habían estropeado su futuro. Nadie podía dudar de que eso era una tragedia. Pero él no tenía opción: no le habían dado opción.

En su rostro no había pesar, sólo una contenida satisfacción. Toda la escuela oyó toser fuertemente a Chester Ridpath al fondo del auditorium, pero tal vez sólo nosotros, los de las dos primeras filas, vimos profundizarse las grandes arrugas en el rostro de Laker Broome, completamente satisfecho consigo mismo.

## 21

Ridpath nos obligó a hacer inmensas prácticas durante los cuatro días anteriores al partido, a realizar diez, o tal vez doce veces el mismo modelo de juego; en su mente los habíamos convertido en las X y las O de sus diagramas, y podía someternos a prácticas interminables sin que nos fatigáramos. Cada sesión terminaba con tres vueltas a la cancha, lo cual habitualmente era un castigo para los peores jugadores. Pero esto también era castigo..., por haber perdido el equipo de los mayores a Beaver y a Willow, que estaban muy bien entrenados. Después de estos ejercicios nos arrastrábamos a casa llenos de golpes, con la nariz sangrante, demasiado cansados para hacer la tarea o para mirar a Jackie Glason y a Art Carney en *Luna de miel*.

El día del partido acababan de blanquear el campo y las rayas tenían un color blanco brillante. Bajo un cielo totalmente despejado, en un aire donde apenas asomaba el fresco del otoño, una multitud de padres con suéteres y pantalones deportivos, y madres con faldas escocesas y blazers, pasaron del estacionamiento al campo. Era obvio que la mayoría de estos padres con suéteres azules habían sido alumnos de Carson; ninguno de ellos tenía el rostro experimentado y firme que a mí me parecía típicamente «de Arizona». Habían crecido allí, pero podían haber venido de cualquier lugar urbano y educado.

Sherman, Howie Stern y Morris Fielding y yo, estábamos sentados en el banco; nuestro equipo perdió por tres puntos. Sólo logramos un gol. El equipo de los cursos superiores salió a gritar el hurra (la mayoría de los padres tenían petacas de whisky) y las representantes de una escuela de niñas cercana entraron en el campo y deletrearon el nombre de la escuela. La Larch School logró poner la pelota en la línea dos veces en el primer tiempo, y una más en el segundo. Nosotros no hicimos ningún tanto. Ridpath había cometido un error elemental al dejarnos agotados con los entrenamientos.

Vi algo anómalo durante el partido del curso superior. La mayor parte de los integrantes de nuestro equipo estaban sentados en la última fila de la tribuna, y desde allí podíamos ver el campo hasta la elevación cubierta de césped en el lado opuesto. Una vez que se llenó el sector de los visitantes que habían penetrado por la entrada privada de Laker Broome, los padres pasaron con sus autos por la hierba y estacionaron a lo largo de la extensión de césped amarillo verdoso que nosotros generalmente atravesábamos para ir a almorzar en la Escuela Elemental. Los Buick, los Lincoln y unos pocos MG estaban aparcados de cara hacia las tribunas. Cuando finalizaba la primera mitad del partido, miré hacia la hilera de guardabarros que teníamos frente a nosotros y vi a un hombre de pie entre dos de los autos.

No parecía un padre de la Escuela Carson. No llevaba pantalones deportivos ni suéter Paul Stuart. El hombre tenía puesto un impermeable de cinturón largo y un sombrero anticuado bajado hasta la mitad de la frente. Tenía las manos en los bolsillos. Al principio me recordó a Sheldon Leonard, de la serie de televisión *Intriga extranjera...* En la década de los cincuenta, en el oeste seco, los impermeables con cinturón resultaban atractivos; correspondían a los espías, a los viajes, a Europa. Nada de esto interesaba en los medios deportivos de la escuela preparatoria.

Luego vi la reacción de Del Nightingale ante el hombre. Del estaba sentado junto a Tom Flanagan, tres filas detrás de mí, y miró en esa dirección un momento después que yo. El efecto en Del del hombre vestido como Sheldon Leonard fue desconcertante: quedó congelado como un pájaro ante una serpiente, y estoy seguro de que si uno lo hubiera tocado lo habría sentido temblar. Dejó escapar un ruido sin palabras... casi como un zumbido electrónico. Era puramente un ruido de asombro.

Esqueleto Ridpath, sentado en el banco con su uniforme, también pareció afectado por la aparición del hombre. Creo que estuvo a punto de caer del banco. El hombre retrocedió entre los coches y desapareció. Esqueleto se dio vuelta y miró las gradas. Su cabeza parecía descarnada, del tamaño de una uva sobre las almohadillas de los hombros.

«A veces soy feliz»

Había guirnaldas colgadas en el cielo raso del auditorium, atadas en los lugares de colores más opacos; en vez de las sillas de metal había un gran espacio vacío para bailar, rodeado de mesas cubiertas por manteles de color azul oscuro. A las ocho menos diez las únicas personas que había en la habitación eran los camareros de primer año y los acompañantes, el señor y la señora Robbin. El señor Robbin enseñaba física y química, y era delgado y de cabello gris, con gruesas gafas inquisitivas; su esposa era más alta que él y llevaba los cabellos recogidos en un moño. Los Robbin estaban sentados junto a la pared externa y parecían pasados de moda y «científicos» como el doctor y la señora Curie; sobre ellos giraban haces de luz de color amarillo brillante y azul cadmio, luego anaranjada y verde, arrojadas por la rueda de colores colgada en medio del salón.

Al entrar, los Robbin nos habían hecho un vago saludo con la cabeza... Sólo daban clase a los cursos superiores. Luego el señor Robbin centró su mirada en Del y dijo:

—Tú eres Nightingale, ¿verdad? ¿Eres nuevo? ¿Te va bien?

Todos sabían en la escuela que Del Nightingale era un huérfano fabulosamente rico, uno de cuyos tutores legales era un Banco que en realidad le pertenecía. Robbin se sentó junto a su esposa y levantó un brazo. Con la otra mano señaló su reloj pulsera.

—Hay un satélite esta noche. A las cinco menos diez. Una estrella artificial. Un milagro.

Aparte de Tom, Del y yo, los camareros eran Bobby Hollingsworth, Tom Pinfold, todavía de mal humor por el partido, y Morris Fielding. Morris, que tocaba el piano, se había ofrecido para el caso de que valiera la pena oír la banda.

Poco después llegaron ocho de los músicos, con sus instrumentos. Varios grupos de alumnos de segundo y tercer año los siguieron al auditorium. Los que venían con muchachas fueron a buscar ponche en vasos de papel, y los que venían solos se apoyaron en la pared y miraron a los músicos que se acomodaban en el cavernoso escenario.

Empequeñecidos en la inmensa parte delantera del escenario, los once hombres de la banda ocuparon sus asientos y comenzaron a colocar las partituras. Morris y yo teníamos grandes esperanzas con respecto a uno de los ejecutantes de saxo tenor, que llevaba gafas oscuras. Se llevaron los instrumentos a la boca y comenzaron a tocar *Hay un pequeño hotel*.

Hollis Wax y un celador llamado Paul Derringer entraron con sus chicas poco

después de las ocho y media; al ver que nadie había comenzado a bailar todavía, se encaminaron hacia las mesas de los alumnos del último año y comenzaron a buscar con la mirada nuestras chaquetas blancas.

—Este será un gran baile de bienvenida —dijo Wax a la chica cuando me aproximé—. Después de un fiasco como el de hoy. —Luego agregó, mirándome—: Gin y agua tónica. Para todos. —Torció la cabeza para observar la banda—. Miren a esos tipos. Parecen vendedores de zapatos. Uno de ellos es ciego. —Fui a buscar el ponche—. Tráenos el Everly Brothers también, ya que vas para allá —gritó Wax.

En los veinte minutos siguientes llegaron casi todos los alumnos de último año, vestidos como sus padres durante el partido; en la mayoría de los bailes, la escuela aflojaba sus reglas sobre las corbatas y las chaquetas. Las primeras parejas valientes salieron al gran espacio vacío y comenzaron a bailar. El señor y la señora Robbin se levantaron cansadamente de su mesa y se acercaron a la pista de baile. Bobby Hollingsworth y yo volvimos a preparar ponche con jugo de uvas, soda y una bebida sin alcohol en un recipiente de vidrio. La banda comenzó a tocar *Polka Dots and Moonbeams*, y la cabeza del señor Robbin se movía hacia atrás y hacia adelante mientras calculaba distancias entre las parejas más cercanas. Como Dave Brick, generalmente llevaba la regla de cálculo en el cinturón, y daba la impresión de que la echaba de menos. El saxo tenor con gafas negras se puso de pie para tocar un solo, y probó que había valido la pena esperarlo. Bobby Hollingsworth se volvió hacia mí sonriendo mientras servíamos el terrible ponche, y señaló con un gesto a Terry Peters, que estaba cerca de una de las grandes puertas en el vestíbulo. Junto a él había una muchacha preciosa. Peters estaba destapando un frasco de color plateado, y asegurándose de que el señor Robbin estuviera mirando hacia otro lado. Sirvió el contenido del frasco en su vaso y en el de su compañera.

Morris Fielding vino corriendo con una bandeja y dijo:

—Seis vasos. ¿No es extraordinario? ¡Sabe soplar! ¿Quién piensas que influyó en él, Bill Perkins o Zoot Sims?

Mientras Morris se alejaba con los seis vasos de ponche, Terry Peters condujo a su chica a la puerta y salieron con tanta rapidez que nadie les vio. Bobby Hollingsworth se echó a reír, y luego se detuvo bruscamente. Yo también interrumpí lo que estaba haciendo. Esqueleto Ridpath, con un suéter y pantalones negros, se deslizó por la puerta todavía entreabierta y la empujó para cerrarla. Su espantoso rostro descarnado estaba exaltado. Pasó por detrás de las mesas, hacia el escenario. Nuestro saxo tenor se explayaba en los cambios de tono en *A veces soy feliz*, pero yo apenas lo oía. Vi que Esqueleto levantaba un vaso de ponche de una mesa vacía y se acercaba a Del Nightingale, lo bastante como para poder alargar un brazo y tocarle el hombro. En lugar de hacer eso volcó la abominable bebida por el cuello de Del.

Del dio un salto y emitió un ruido como el chillido de un cachorro de un mes. Giró sobre sí mismo, vio a Esqueleto ante él e inmediatamente retrocedió contra una mesa.

— Ah, lo siento, Florencia —dijo Esqueleto, mostrando las palmas de las manos en un falso gesto de simpatía.

Apenas oí sus palabras, pero capté claramente la falsa humildad que pretendía expresar. Los dos muchachos, el pequeño con la chaqueta blanca y el otro que parecía una lombriz negra, describieron un círculo, caminando hacia atrás. Sólo Bobby Hollingsworth y yo vivimos esto, aparte de dos o tres alumnos del último curso en una mesa cercana. Cuando Esqueleto y Del terminaron de describir un círculo completo, Esqueleto abrió la boca y vi moverse sus labios: «Te agarraré más tarde, ¿eh, Florencia?» Del comenzó a retroceder, chocó con la misma mesa, luego dio la espalda a Ridpath y se dirigió a la puerta lateral que daba al pasillo. Esqueleto chocó con una de las sillas plegables cerca de los escalones. Se pasó una mano huesuda por la cara y sonrió a nada en particular. En su rostro había aún esa expresión de alegría abstracta, extraña.

Cuando la banda hizo un intervalo vi que Esqueleto subía los escalones y desaparecía detrás de la plataforma de los instrumentos.

El señor Robbin siguió mirando su reloj después del regreso de la banda, y cuando estuvo seguro de que el satélite era visible, se levantó, puso las manos en forma de bocina junto a la boca y dijo:

— Todos los que quieran ver un milagro, salgan ahora. — Su esposa permaneció sumisamente junto a él, pero nadie más prestó atención. Gritó—: ¡Vamos! Esto es más importante que bailar. — Finalmente hizo un gesto a la banda para que dejaran de tocar—. Ustedes, muchachos, también —dijo—. Hagan un descanso. Tomen un poco de aire fresco.

— Mierda —dijo el contrabajo, provocando risas entre los estudiantes que estaban en la pista de baile. Dos de los trompetistas inmediatamente se pusieron cigarrillos en la boca. Los demás músicos se encogieron de hombros y dejaron sus instrumentos.

*Dijo Tom después:*

Cuando el resto de la escuela y la banda salieron al aire frío, dijo Tom después, Esqueleto emergió del lugar donde se encontraba, detrás del escenario, y ocupó una silla a más de cuatro metros de la puerta del salón, a un lado de la mesa de refrescos. Cuando Tom y Del volvieron del baño estaba apoyado en el respaldo, sonriéndoles.

—¿Ya te lavaste? ¡Debe haber sido incómodo sentir el líquido chorreando en tu camisa.

—Déjalo —dijo Tom.

Los dos muchachos pasaron junto a Ridpath y se dirigieron al otro extremo de la larga mesa.

—Cállate, estúpido. ¿Crees que te hablo a ti? —Ridpath se volvió en su silla para mirarlos directamente otra vez. Algunos músicos fumaban en el escenario donde no quedaba nadie más; algunas parejas conversaban en el extremo más alejado del auditorium—. Me tienes miedo, ¿verdad, Florencia?

La pregunta era devastadoramente simple.

—Sí —respondió Del

—¿Sí, qué?

—Sí, señor Ridpath.

—Sí. Muy bien. Porque tú harás todo lo que yo te diga, en la forma en que debes hacerlo. Me da asco mirarte, ¿sabes?, pareces un bichito, Florencia, una cucarachita de mierda...

Ridpath se puso de pie y Tom vio espuma en las comisuras de sus labios. Se había acercado al frente de la mesa sin que ellos le vieran moverse; sacó un pequeño puñal y Del dio un salto hacia atrás para esquivarlo.

Tom abrió la boca y Esqueleto susurró con fiereza:

—No te metas en esto, Flanagan, o te partiré en dos.

Volvió su mirada brillante hacia Del nuevamente:

—Tú también lo viste. —Del sacudió la cabeza—. Sé que lo viste. Yo te vi. ¿Quién es? Vamos, mierda, ¿quién es? Quiere que yo haga algo, ¿verdad?

—Estás loco —dijo Del.

—Ah, no, no estoy loco, no —dijo Esqueleto con suavidad, y rápidamente, inclinándose sobre la mesa hacia Del—. Ya ves, nadie nos observa. Es lo mismo que si estuviéramos solos. —Se apoderó de la mano de Del y le hundió los dedos alrededor de la muñeca—. ¿Quién era él?

Del sacudió la cabeza.

—Tú lo viste. Lo conoces.



Del se estremeció de pies a cabeza, lleno de aversión, y trató de liberarse. Esqueleto cambió su presión con la rapidez de un luchador y comenzó a apretar la mano de Del en la suya.

—Niñita —murmuró—. Tratas de esconderte de mí, ¿verdad, niñita?

Ridpath hacía lo posible por fracturarle los huesos de la mano.

Tom aferró la muñeca de Esqueleto.

Esqueleto subió bruscamente su mano, casi levantando a Del del suelo. Luego miró a Tom, furioso y desesperado, pero todavía con una alegría enfermiza, y bajó bruscamente el brazo para golpear el recipiente de ponche. En el último segundo soltó los dedos y usó la palma para empujar la mano de Del contra el pesado recipiente.

Del gritó. El recipiente se hizo pedazos, y el líquido púrpura pardusco saltó en el aire. Los dos muchachos quedaron instantáneamente empapados, Esqueleto menos porque había saltado hacia atrás inmediatamente después del impacto; Del estuvo a punto de caer sobre la mesa en desorden.

—Quiero *saber* —dijo Esqueleto, y salió corriendo por la puerta del salón.

Cuando los demás volvimos al auditorium, después de ver una manchita roja que se elevaba sobre la casa del campo de fútbol americano, Tom y Del estaban secando el suelo. La mano de Del, que no se había fracturado, sangraba en una línea recta sobre los nudillos; con el rostro demudado, pasaba la bayeta con una mano mientras apartaba de su costado la mano herida, dejándola sangrar en un balde.

—Por Dios, qué torpes son ustedes —dijo el señor Robbin, y ordenó a su esposa que fuera a buscar algodón y esparadrapo al botiquín de la oficina.

*La noche*

- Pero ¿por qué no me lo dijiste a mí? Soy tu mejor amigo.
- No hay nada que decir.
- Pero estoy seguro de que sé quién es.
- Muy bien.
- ¿Cuál es el gran misterio?
- No me lo preguntes a mí, pregúntaselo a Esqueleto. Ni siquiera sé de qué habla.

*Alis Volat*

El siguiente fin de semana teníamos un partido afuera, en Ventnor Prep, que quedaba a poco más de ciento cincuenta kilómetros al norte, en un barrio aún más rico que el nuestro, y que era indiscutiblemente una escuela de primer orden; a diferencia de Carson, Ventnor era conocida en todo el sudoeste. Era la única escuela para tres estados con un equipo de remo. También tenían un grupo de esgrima y uno de rugby. (Nosotros pensábamos que Ventnor era una escuela para snobs intolerables. Poseía una famosa colección de .porcelana y cristal antiguo que se suponía debía contribuir al refinamiento de los alumnos.

El viaje en autocar llevó dos horas y media, y en cuanto llegamos nos dieron un refrigerio... Pensaban que necesitábamos Coca-cola y sándwiches de berro para fortalecernos para el partido. Los miembros de la comisión de madres de Ventnor sirvieron los delgados sándwiches en una sala de recepción que parecía una copia del despacho de Laker Broome. Se trataba de que entabláramos relación con los alumnos de la escuela, lo mismo que en el té que se serviría después del partido, pero no hubo tal cosa. Los muchachos del Ventnor se quedaron a un lado de la sala de recepción y nosotros en el otro.

Esqueleto Ridpath no habló con nadie durante el viaje y en la sala de recepción bebió cinco o seis vasos de Coca-cola y estuvo mirando los adornos de los estantes. Había una exposición de algunas de las famosas antigüedades, pero Esqueleto continuó sin refinarse. Sonreía siempre que miraba a Del. Su aspecto era lamentable, como para llevarlo al hospital.

La mano de Del aún estaba vendada, y la gasa blanca brillaba como una lámpara contra su piel color aceituna. Llevaba un blazer azul, camisa blanca y corbata azul con rayas rojas. Con esta sobria indumentaria parecía demasiado sofisticado. La intensa blancura de la gasa nueva contra su piel..., romántica como un parche sobre un ojo. De pronto, como futuro novelista, lo vi desempeñando el papel de alguien que está destinado a ser famoso.

El señor Ridpath tosió tapándose la boca con la mano, dijo: «Bien, muchachos», y nos condujo al vestuario.

Una vez más, los dos partidos terminaron con un desastre. El equipo de los cursos superiores perdió por tres *touchdowns*; el equipo de cuarto hizo un *touchdown* en el primer tiempo, pero el de Ventnor obtuvo dos pases que lo pusieron por delante, y en la segunda mitad un fullback llamado Creech recuperó posiciones y corrió treinta metros. Después de eso nuestra defensa se hizo pedazos. Ventnor dominaba el campo cada vez que tenía la pelota.

—Este lugar es tan rico que *compran* atletas —me dijo Chip Hogan mientras desfilábamos ante las tribunas para recorrer varios cientos de metros de campo cubierto de césped y volver a la sala de recepción y al té.

—¿Viste esos dos tipos grandotes en la línea... y ese enorme fullback? Conozco esos tipos de la ciudad. Les dan becas y subvenciones, y uniforme. Hasta comen en una mesa especial. Nadie los llena de comida mala. —Rechinó los dientes—. Te veré en ese té de porquería —dijo, y echó a correr porque no podía soportar moverse con más lentitud.

Al pie de las gradas yo podía seguir el camino de Chip, cruzando el campo de fútbol y una colina para llegar al edificio principal, o seguir una senda que bordeaba los límites del colegio y subía y bajaba pasando frente al lago artificial. Más o menos la mitad de mi clase andaba por ese sendero, porque se sentían demasiado mal por el fracaso como para querer aparecer en el té antes de lo necesario. Me aparté de los edificios de la escuela y fui por el sendero hacia mis amigos.

—Dios mío, no tengo ganas de tomar su té —dijo Bobby Hollingsworth cuando me reuní con ellos.

—No tenemos otra opción, en realidad —dijo Morris—. Pero la verdad es que me gustaría tenderme aquí a dormir.

—Tal vez lo pasemos bien en el autocar al regresar —sugirió Tom.

—¿Con Ridpath en el autocar? No hagas bromas. —Bobby se metió las manos en los bolsillos y miró ostentosamente a su alrededor—. ¿Puedes creer que exista un lugar así? ¿Alguna vez has visto algo tan *nouveau riche*? Me enferma.

—A mí me parece bonito —dijo Del.

—Bien, carajo, Florencia, ¿por qué no lo compras? —preguntó Bobby, furioso—. Y se lo regalas a alguien para Navidad.

—No te lances sobre él —dijo Tom—. Estás furioso porque perdimos otra vez.

—Así lo creo —dijo Bobby. Por supuesto no pensaba disculparse—. Supongo que a ti te gusta perder. Se pierde un partido, y se regresa en el autocar. ¿No es cierto? Te diviertes. ¿Por qué no hacer que Florencia compre el autocar, para poder echar a Ridpath? Dios mío.

Del comenzaba a mostrarse muy incómodo, y dijo algo sobre el frío. Obviamente trataba de que todos echáramos a andar otra vez y nos juntáramos con el equipo en la sala de recepción.

Desde el lugar donde estábamos, ocultos por los grandes árboles que había junto al lago, veíamos toda la escuela hasta el gimnasio y los otros edificios. La mayoría de los jugadores del último año se habían duchado y cambiado y caminaban en pequeños grupos hacia el edificio de la administración. Estaba demasiado oscuro y ellos estaban demasiado lejos para que pudiéramos ver sus caras, pero podíamos identificarlos por su manera de caminar y sus posturas. Miles Teagarden y Terry Peters caminaban entre los dos edificios. Teagarden, que había dejado caer la pelota, estaba tan agachado que parecía examinar el césped.

— Ay — dijo Tom cuando Esqueleto Ridpath entró por la puerta del gimnasio.

Su figura era inconfundible. Esqueleto fue hacia la parte trasera del edificio de la administración. La derrota no le avergonzaba.

Luego oí a Del, que ya estaba unos dos metros más adelante, quejarse suavemente: como si hubiera sentido un pinchazo en el vientre. El hombre vestido con el traje de *Intriga extranjera* caminaba, muy erguido y tranquilo, por uno de los pasajes entre nosotros y la escuela. Su espalda estaba vuelta hacia nosotros, y avanzaba hacia la tribuna principal y el campo de fútbol. Alrededor de él el paisaje, cada vez más oscuro, era graneado, puntillista. Llevaba el ala del sombrero baja, el cinturón del abrigo colgando y sus extremos ondulaban en el aire.

— Adelante, Del — dijo Tom.

Pero Del había quedado inmóvil, y todos miramos al hombre que entraba en el pasaje.

— El portero trabaja hasta tarde aquí — dijo Bobby Hollingsworth—. Espero que se rompa la cabeza.

Del levantó la mano vendada hasta el pecho, como para dar una señal o para defenderse de un puñetazo.

— No veo qué sentido tiene observar al portero — dijo Morris Fielding—. Yo también tengo frío.

— No, es un padre de un alumno de Ventnor — dijo Bob Sherman—. Esos abrigos cuestan unos doscientos dólares.

— Te veré allá — dijo Morris, y resueltamente volvió la espalda y echó a andar por el sendero.

— Doscientos dólares por un abrigo — murmuró Sherman.

Ahora todos nosotros observábamos la figura que se alejaba como si estuviéramos hipnotizados. Los extremos de su ancho cinturón ondeaban, los faldones del abrigo se inflaban con el viento. El cabello oscuro brillaba y parecía confundirse con sus ropas. Por segunda vez ese día, tuve la fantasía de que no veía a un mortal común, sino a una figura del mundo de la ficción.

Desapareció detrás de las gradas.

— Ah, vamos — dijo Tom—. Tal vez podamos alcanzar a Morris.

A más de cien metros de distancia, Esqueleto Ridpath dejó escapar un grito salvaje... Un sonido no de terror sino de alguna terrible consumación. Lo miré, y vi sus brazos flacos extendidos por encima de su cabeza, su cuerpo retorciéndose en una grotesca danza. Sin duda estaba *bailando*. Luego oí un débil batir de alas, miré hacia atrás y vi un pájaro gigantesco que se elevaba sobre las tribunas.

— Sí, vamos — dijo Del con voz opaca.

Dio un tirón al brazo de Tom y lo arrastró por el sendero en la dirección que había tomado Morris Fielding.

Es necesario recordar un acontecimiento más de ese día. Cuando nos reunimos con los demás para el té, la sala de recepción estaba mucho más atestada que antes

del partido. Los padres de los muchachos de Ventnor se inclinaban con actitudes protectoras hacia los hombres con arrugadas chaquetas de gabardina que seguramente eran los profesores de Ventnor; las madres de Ventnor servían té con limón de una tetera de plata a otras madres de Ventnor. Todos parecían comprensiblemente cómodos. Una mujer consciente de su elástica belleza de modelo me sirvió una taza del delicado té, y se quedó junto a Dave Brick. Brick en ningún momento había dejado su banco.

—Acabo de calcularlo —dijo Brick, colocando la regla de plástico en su estuche —. Dos coma treinta y seis de nuestra escuela cabría en lo que tienen aquí. Hablo de la superficie.

—Extraordinario —respondí.

Esqueleto Ridpath pasó junto a nosotros con una taza de té en un plato anegado. Parecía lo suficiente loco como para levitar. Brick y yo retrocedimos, pero Esqueleto no nos prestaba atención. Dio unos pasos hacia la pared, y luego dobló al llegar a un rincón. Su cabello arratonado estaba aún aplastado por el agua de la ducha. Vi cómo le miraban los padres de Ventnor, y cómo apartaban rápidamente la mirada. Esqueleto se acercó a los estantes que había estado observando antes de los partidos. Dave y yo, sin poder creerlo, le vimos tomar un pequeño objeto de cristal de un estante y deslizárselo en el bolsillo.

*El cuarto de Tom*

Aquí no había cartas astrales, ni calaveras, ni peces exóticos, no había fotografías de magos, sólo de Tom y de su padre a caballo, en un bote con cañas de pescar, y con sus escopetas en una pradera de Montana. El único cuadro aparte de éstos era una reproducción de uno de los acróbatas de rostro triste del período azul de Picasso. En un lado de la habitación había un escritorio empotrado y una estantería: después de volver de Ventnor, los dos muchachos habían cenado con los padres de Tom y luego habían ido al dormitorio a estudiar.

A las diez y media Del dijo que le dolían los ojos, cerró sus libros y se echó en la cama de invitados.

—Te irá mal en matemáticas.

—No me importa —hundió un poco más la cabeza en la almohada con funda blanca—. No soy como Dave Brick.

—Bien, si no te importa, a mí tampoco. Pero los exámenes comienzan el miércoles.

Tom miró con expresión interrogativa por encima del hombro, pero la pequeña silueta de su amigo seguía tendida boca abajo en la cama de invitados. El sufrimiento parecía asaltarle a oleadas; por un segundo esta emoción de su amigo se confundió en la mente de Tom con el desamparo, y pensó que no podría evitar llorar. Hartley Flanagan, durante la cena, se había comportado como un hombre que se concentra en una montaña que está a varios kilómetros de distancia. Había tenido otra larga sesión con su médico esa tarde. Todos los instintos de Tom le decían que pronto su madre le anunciaría que debía tener una larga conversación con él: después de la conversación, nada habría cambiado. Tom tenía los ojos clavados en la pared ante él, y casi veía su propio rostro en la pintura color crema, un rostro que estaba a punto de registrar una alteración, una conmoción, se vio a sí mismo diez o veinte años más tarde, tan aislado como Esqueleto Ridpath.

«*Tan aislado como Del...*», se le ocurrió en ese momento.

Se dio la vuelta, empujando sus libros hacia atrás con los codos.

—¿No crees que tendríamos que empezar a hablar sobre eso?

Del se relajó ligeramente.

—No lo sé.

—Estuve a punto de morderme la lengua en el autocar, pues sabía que no querrías hablar allí.

Del sacudió la cabeza.

—Y no podíamos hablar durante la cena.

—No.

Se dio vuelta sobre sí mismo y miró a Tom.

—Bien, hace tres horas que estamos sentados aquí. Leíste cuatro veces algunas de esas páginas. Tienes un aspecto terrible. Yo estoy tan cansado que podría desplomarme aquí mismo. ¿No es hora de que hablemos?

—¿De qué?

—De que me hables de ese tipo.

—No sé nada de él, de manera que no puedo.

—Vamos. Eso no puede ser cierto.

—Es cierto. ¿Por qué piensas que tengo que saber algo de él?

Del levantó las rodillas y apoyó la cabeza en ellas. A Tom le pareció que disminuía en tamaño, que se convertía en un bulto pronto a desaparecer.

—Porque... —comenzó Tom, que ahora no se sentía seguro de sí mismo—. Porque creo que es el tipo de quien hablas todo el tiempo. Tu tío.

—No puede ser.

Del seguía acurrucado.

—Tú lo dices.

Del levantó la mirada.

—¿Quieres hablar sobre mi tío Cole? Muy bien. Está en Nueva Inglaterra. Sí que está en Nueva Inglaterra. Estudiando.

—¿Estudiando magia?

—Claro. ¿Por qué no? Eso es lo que hace. Y allí es donde está. ¿Por qué no lo sabías? Porque nunca preguntaste. Porque nunca demostraste antes tanto interés.

Su rostro se estremeció.

—Oye, Del... —ahora Tom se sentía incómodo—. Yo no..., yo no sabía que... —*Yo no sabía lo que me dirías.* Y desde ese primer día, escuchó la advertencia de Bud Copeland: *Cuídate, Colorado*—. Bien, claro que estaba interesado —dijo sumisamente.

—Sí, tú y Esqueleto. —Del dejó caer la cabeza en las rodillas otra vez—. Todo está cambiando —dijo con voz ahogada.

—¿Bien...?

—Simplemente cambiando. Yo pensaba que todo sería siempre lo mismo. Entonces tú siempre sabrías...

*Dónde estabas. Qué sucedería.*

Del bajó las piernas y se sentó derecho en la cama.

—Tengo una sensación —dijo. Estaba rígido como un faquir en un lecho de clavos—. ¿Alguna vez leíste *Frankenstein* o *La narrativa de A. Gordon Pym*? ¿No? Tengo la sensación de que avanzo hacia algo como el final de esos libros..., estoy rodeado de hielo, todo es blanco, congelado o hirviente, no importa, no..., torres de hielo. No hay salida..., nada. Sólo torres de hielo. Y se aproxima algo realmente malo...

—Seguro —dijo Tom—. Y entonces viene un príncipe y dice las palabras



mágicas y tres cuervos te darán los objetos mágicos y un pez te llevará sobre su lomo —trató de sonreír

—No. Es como lo que dice el señor Thorpe si alguien no puede contestar una pregunta. *Hic vigilans somniat*. Sueña despierto. Así soy yo. Como si estuviera soñando, no viviendo. No creo en nada de lo que me sucede. ¿Te gustaría tratar de vivir con Tim y Valeria Hillman?

—No pensé...

—Tienes razón. No era de eso que estábamos hablando.

—Bien. Volvamos a las torres de hielo y al príncipe y a los tres cuervos y a los peces mágicos.

—Por supuesto, dejemos a los Hillman. Tengo una idea.

—Ya era hora.

—Estábamos hablando de rescate. Príncipe..., cuervos..., esa clase de cosas...

—Sí. Seguro. Creo.

—¿Por qué no vienes conmigo a visitar a Cole Collins en Navidad? Debo ir a verlo. Ven conmigo. Así lo conocerás.

Tom sentía una extraordinaria mezcla de emociones, miedo y placer, aprensión y regocijo, necesidad de proteger y debilidad. Miró a Del, y quiso abrazarlo. Vio a Del totalmente solo en un paisaje ártico. Luego pensó en su padre y dijo:

—No puedo. Simplemente no puedo. Lo lamento.

Le llevó un segundo darse cuenta de que Del estaba llorando.

—Alguna vez lo haré. Lo haré, Del. Por favor, basta. Hagamos trucos con cartas o alguna otra cosa... Esa forma de barajar que me estabas mostrando.

—No necesito estar despierto para barajar las cartas —dijo Del—. Lo que usted quiera, señor.

## 2

### EL ESPECTÁCULO DE MAGIA

#### 1

El lunes anterior a los exámenes bimestrales, Laker Broome anunció fríamente en la capilla que una lechuza de cristal del siglo dieciocho había sido robada del comedor en la escuela Ventnor, y que el director de Ventnor le había dicho que seguramente el robo había ocurrido en la tarde de nuestro partido de fútbol.

—El señor Dunmoore es un hombre cuidadoso, y no acusó directamente a nuestra escuela de cobijar al ladrón, pero hay ciertos hechos ineludibles. La colección de Ventnor se limpia regularmente. El sábado pasado el encargado de la limpieza de la escuela quitó el polvo a las piezas de los estantes abiertos a las once y quince, poco antes de nuestra llegada a la escuela. *Hacían lo posible por darnos una buena impresión de Ventnor, caballeros.* Después de nuestra partida advirtieron que faltaba la pieza, y el asunto fue inmediatamente denunciado al señor Dunmoore. Representa una pérdida seria, no sólo porque la pieza en cuestión vale aproximadamente doce mil dólares, sino porque su robo deja incompleta la colección. Por lo tanto, el valor de toda la colección Ventnor queda afectado. Y se trata de varios cientos de miles de dólares.

El señor Broome se quitó los lentes con un rápido gesto y retrocedió un paso apartándose del atril.

—También es una cuestión de honor de esta escuela, que no puede medirse en valores materiales. No deseo creer que ninguno de nuestros muchachos haya podido cometer un acto tan bajo, pero estoy obligado a creerlo. La idea me repele, pero debo aceptar que en este momento el muchacho que robó la lechuza me está mirando. Ventnor es una escuela internado. Durante el fin de semana se realizaron extensas búsquedas en las habitaciones de los estudiantes y del personal..., ni una sola persona en la escuela dejó de cooperar. De manera que ya ven en qué situación estamos, caballeros.

Los lentes volvieron a su rostro duro.

—Sólo hay algunos muchachos en esta escuela capaces de un acto tan repulsivo, y sabemos quiénes son. *Creemos conocer la identidad del ladrón.* Quiero que se presente. Quiero que ese muchacho se identifique ante mí personalmente en algún momento durante las horas de clase. Las cosas serán mucho más fáciles para él si acepta

voluntariamente la responsabilidad de sus acciones. Si el muchacho tiene el coraje de confesar el hecho, podremos limitar su castigo a la expulsión. De otro modo, se tomarán medidas más serias.

El señor Broome inclinó la cabeza para mirar directamente a los que estábamos en las primeras dos filas. Miró insistentemente a Dave Brick, luego a Bob Sherman, luego a Del Nightingale.

—Les prometo —dijo— que encontraremos al culpable. Pueden marcharse.

Mientras salíamos, Dave Brick se me acercó. Me tomó por el codo.

—¡Piensa que yo lo hice!

—Quédate tranquilo —dije.

—¿Qué haremos?

Yo sabía lo que quería decir. Los dos nos volvimos a mirar a Esqueleto Ridpath, y lo vimos saliendo de la fila de los alumnos del último año, con las manos en los bolsillos, sonriendo débilmente. Los dos estábamos demasiado asustados como para informar sobre lo que habíamos visto. Subimos la escalera en silencio.

—Pero tienen que saberlo —gimió Dave—. El es el único que...

Habíamos llegado a la puerta del aula del señor Thorpe, y Dave Brick suspiró audiblemente, con pura desesperación. La piel se le había puesto blanca y húmeda... El terror le daba aspecto de ladrón.

Adentro, el señor Thorpe comenzó a gritar casi de inmediato. De todo lo que dijo sólo recuerdo algunas palabras, una de las frases en latín que salpicaban sus clases. *Mala causa est quae requirit misericordiam*. Es una mala causa la que exige piedad. Ostensiblemente hablaba de los exámenes que tendríamos dos días después, pero todos sabíamos que también se refería al robo. Varias veces usó la palabra «bicho». Fue una sesión torturante, y nos dejó a todos muy nerviosos.

Cuando salíamos del aula de Thorpe para ir a nuestros armarios, vi a Esqueleto deslizarse por las grandes puertas al fondo del escenario. «Maldito seas —pensé—, maldito seas, maldito seas, maldito seas. Que te suspendan en los exámenes, así nos haces un favor a todos.»

## 2

Ese lunes las notas de los exámenes fueron colocadas junto a la biblioteca, y yo me acerqué al tablero donde estaba la lista de alumnos de primer año. La leí hasta encontrar mi nombre, y vi que tenía más o menos la misma nota que mis rivales. Oía gritar y quejarse a los alumnos del último año que estaban leyendo su lista.

La señora Tute se abrió paso entre nosotros para llegar a la puerta de la biblioteca, murmurando:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Su actitud rígida expresaba dolor y furia... Todos los profesores parecían irritados desde el robo en Ventnor.

Después del almuerzo, otra vez en la Escuela Superior, vi que sólo Hollis Wax estaba mirando la lista de notas del último año, y crucé el vestíbulo y me paré junto a él.

—Nunca me trajiste ese gin con agua tónica —dijo—. El trabajo de los alumnos de primero no es bueno este año.

—Sí, señor —respondí, y busqué Ridpath, S., esperando que hubiera sacado notas muy bajas.

Cuando llegué a su nombre me asombré al ver que tenía tres dieces y dos nueves. La mejor nota de Hollis Wax era un ocho.

—Entrometido —dijo, y dejó caer sus libros al suelo.

Los recogí, hice diez verticales y le até los cordones de los zapatos.

## 3

Dave Brick había sido llamado al despacho de Laker Broome. La nota llegó a la clase del señor Thorpe de manos de la señora Olinger, que estaba tan cortante y helada como un iceberg: hasta el señor Thorpe se sometió sin palabras a su presencia. Desplegó la nota, y con expresión a la vez severa y complacida, dijo:

—Brick, vaya a ver al director.

El pobre Brick metió los libros en su cartera y se dirigió temblando a la puerta. Le habían hecho un corte de pelo especialmente brutal antes de los exámenes, y la piel visible en su cabeza redonda se había puesto de color rosado intenso. Después de eso no lo vimos durante el resto de la mañana. Su asustado fantasma parecía gemir desde su escritorio vacío durante las dos clases que quedaban antes del almuerzo.

—Un trabajo cuidadoso —me dijo Sherman—. De esta manera la Serpiente prueba que su vigilancia es buena y que todos los demás están equivocados.

La ausencia de Brick de las clases y más tarde de su mesa durante el almuerzo, afectó a los profesores tanto como a Sherman. Se les veía más relajados; y la mayoría de nosotros, al sentir esta nueva tranquilidad, pensamos con cierta consternación que los profesores también habían decidido que Brick era el ladrón. Yo decidí que si expulsaban a Brick iría a ver al señor Fitz-Hallan en privado y le diría lo que sabía.

Pero Brick estaba sentado en la escalera del fondo de la Escuela Superior cuando subimos después a almorzar, nos vio y dejó de golpear el cemento con su regla de cálculo. Los cinco o seis que caminábamos juntos nos detuvimos un momento, sin saber cómo tratarlo. Pero luego pensamos que no estaría en la escuela si Broome lo hubiera expulsado durante el primer período, y corrimos hacia él llenos de preguntas.

No quiso contestar casi ninguna de ellas.

—Mirad, muchachos, sólo quería hablarme... De veras. Es todo lo que quería.

Mirándolo de cerca, se percibía que había llorado, pero no dijo nada sobre eso y nosotros nos sentíamos demasiado incómodos como para preguntarle; vi que Bobby Hollingsworth ardía por decir algo verdaderamente fuerte, pero tuvo el buen sentido de controlarse antes de que alguien le diera un puñetazo. Dave Brick había recibido el tratamiento completo de la Serpiente, que no merecía, pero había salido airoso; en ese momento gozaba de mejor concepto que nunca en Carson.

4

Después de la clase siguiente tuvimos una hora libre, y Brick se sentó junto a mí en la biblioteca.

—Vamos al escenario —susurró—. Aquí hay demasiada gente.

La señora Tute nos dio permiso para salir, tomamos nuestros libros y dimos la vuelta a la escuela, hasta llegar a la ancha escalera; luego pasamos por las grandes puertas a la caverna sombría detrás del telón oscuro.

Morris Fielding trataba de tocar algo en el piano, pero estaba tan concentrado que apenas nos saludó con un movimiento de cabeza. Brick me llevó al otro lado, donde estaba aún más oscuro.

Oía el ruido de su regla de cálculo que chocaba contra el anillo de metal.

—No le dije nada. De veras. Nada. El me acosaba y me acosaba... Da tanto miedo, que pensé... —comenzó a lloriquear, pero se interrumpió, por miedo de que Morris lo oyera. Corpulento y regordete, con su corte de pelo estilo Hollywood, muy corto, parecía un enorme bebé, y sentí que debía haber sido muy valiente para no contarle todo a Broome—. Todo el tiempo me decía a mí mismo que yo no lo hice, *yo* no lo hice... y no podía hablarle de Esqueleto, ¿verdad?

—¿Y entonces te dejó ir? —pregunté.

—Finalmente. Dijo que me creía. Dijo que esperaba que yo supiera cuan necesario era encontrar al culpable. Y me dio algo para que se lo entregara a la señora Olinger y al señor Weatherbee. —Tomó dos papeles idénticos del bolsillo de su chaqueta. Sus dedos habían dejado marcas húmedas en ellos—. Es una especie de anuncio.

—Bien, hay que reconocerle cierto mérito a ese tipo. Al menos se disculpa.

Pero cuando miramos los papeles, vimos que el señor Broome simplemente usaba a Dave Brick para anunciar que los estudiantes podrían formar clubs en el segundo semestre.

—¿Eso es todo? —dijo Brick—. ¿Nada más?

Le temblaban las piernas, y se sentó pesadamente sobre un rollo de tela para cortinas, violentamente afectado por el alivio y la desilusión. Después de lo que había pasado, creo que no podía creer que Broome simplemente lo usaba como recadero.

—Está bien —grité—. Simplemente se siente aliviado.

—De manera que se siente aliviado —murmuró alguien desde la zona oscura del otro lado de la puerta, y los tres volvimos bruscamente la cabeza para ver quién era.

Esqueleto Ridpath avanzó hasta llegar a la parte más iluminada; había pasado tan silenciosamente por la puerta como si hubiera entrado por el ojo de la cerradura, como un fantasma o una nubecita de humo.

—De manera que Brick está aliviado, ¿eh? Salgan de aquí, porquerías de primer año. Nunca vuelvan aquí. —Giró para inclinarse hacia Morris—: Fielding. Deja ese maldito piano.

—Tengo derecho a tocar —dijo Morris tranquilamente.

—¿Derecho? ¿Tú tienes derecho? Tú, mierda. —Esqueleto se sacudió como un perro mojado, con los nervios asaltados por una repentina furia, y corrió por el escenario hasta el piano. Cerró sus manos huesudas alrededor del cuello de Morris y comenzó a arrancarlo del taburete—. Lo que yo digo, tú lo haces, ¿me oyes, porquería? Saca tus asquerosas patas del piano.

Al principio Morris se resistió, pero luego decidió que el orgullo herido era mejor que el cuello fracturado. Esqueleto lo arrancó del taburete y lo arrojó al suelo.

—Ninguno de ustedes, porquerías, volverá aquí en el futuro, ¿me oyen? No se acerquen aquí. Que no los vea. Esto está fuera de los límites —se pasó la mano por su odioso rostro—. ¿Qué haces con la boca abierta? —preguntó a Brick.

Brick seguía sentado sobre el rollo de tela para cortinas.

—Bah —dijo.

—Te pregunté qué estás mirando.

—Te odio —dijo Brick—. Y tú...

La primera frase había salido en un solo impulso irreflexivo; la segunda quedó sin terminar.

—¿Y yo qué?

Esqueleto se abalanzó nuevamente sobre nosotros.

—Nada.

—Nada. —Esqueleto miró alrededor, apelando a un público invisible. Su brazo se estiró hacia adelante como una serpiente pronta a morder, y hundió los dedos en el cuello de Brick—. Ahora váyanse —ordenó—. Rápido. Y no vuelvan.

Nos fuimos. Dave Brick se frotaba el cuello; durante las dos clases siguientes más bien que hablar, croaba, pero su voz se había vuelto normal cuando llegó la hora de volver a casa.

—Si hace eso una vez más, lo denunciaré —me juró mientras nos dirigíamos al vestuario—. Y que me mate. No me importará.

## 5

Durante las semanas anteriores a las vacaciones de Navidad y a los exámenes semestrales que tuvieron lugar poco después, en la escuela había dos corrientes menores, casi secretas, especialmente en el curso de primer año. La primera era la investigación privada de Laker Broome en busca del ladrón de la lechuza de cristal. Una semana después de que Dave Brick fuera interrogado durante tres horas, llamaron a Bob Sherman cuando estábamos en clase de latín, como había sucedido con Brick. Esta vez no se hicieron las suposiciones inmediatas que se habían hecho sobre el pobre Brick; sólo algunos muchachos, Pete Bayliss y Tom Pinfold y Marcus Reilly entre ellos, pensaron que ahora el ladrón había sido descubierto y aquel asunto podía ser olvidado. Eran deportistas y no soportaban a Sherman, quien ni siquiera fingía respetar a Paul Hornung y a Johnny Unitas.

Como Brick una semana antes, Bob estaba sentado en los fríos escalones de la entrada posterior de la Escuela Superior cuando los demás salimos de almorzar. Se le veía tieso, cínico y cansado, y un poco avergonzado por tener que desempeñar el papel de celebridad.

—Felicitaciones —dije.

—Está mal de la cabeza —dijo Bob—. Si yo quisiera apoderarme de algo valioso, secuestraría a Florencia y nunca volvería a preocuparme por el dinero.

Dos días antes de que Del fuera llamado a la oficina del señor Broome para su sesión de tres horas, debíamos presentar los formularios con solicitudes para el club. Esa fue la segunda corriente subterránea que hubo en clase en las semanas anteriores a las vacaciones de Navidad. La mayor parte de la escuela tomaba en broma la idea de los clubs, y proponía un Club de Gourmets (que comería en restaurantes en lugar de hacerlo en el comedor), un Club de Haraganes, un Club de Playboys, un Club de Muchachos Fuertes (dedicado a discutir las obras de F. W. Dicson), un Club Elvis Presley (más o menos igual). Las propuestas frívolas fueron rechazadas por el señor Weatherbee y otros consejeros del curso, y creo que sólo algunas llegaron al señor Broome. Aprobó tres de ellas, y una, una Sociedad J. D. Salinger, jamás se reunió. Los dos alumnos de cuarto que la propusieron se identificaban demasiado con Holden Caulfield como para someterse a reuniones. Se formó la Sociedad de Jazz de Morris Fielding, y con el tiempo se descubrió a un batería y a un bajo con más entusiasmo que habilidad en segundo año. Sin duda Broome veía en el club una fuente barata de entretenimiento para los bailes de la escuela. Tom pensaba que Broome había aprobado el Círculo Mágico porque parecía una diversión inofensiva, aun después de que Del le hablara de su interrogatorio en el despacho de Broome.

Una circunstancia, que en realidad es una imagen, sugiere otra cosa: después que Del fue llamado a la dirección cuando estaba en la clase de Thorpe, como de



costumbre, lo primero que vio en el despacho fue la solicitud que él había escrito a máquina seis días antes..., era lo único que se veía sobre el pulido escritorio. Del supuso de inmediato que Broome quería hablarle de eso y perdió casi totalmente el miedo. Al fin y al cabo, ¿por qué pensaría nadie que *él* entre todos los muchachos de Carson, querría robar un objeto de cristal?

—De manera que su interés en la magia va más allá de los trucos con cartas —dijo Broome, sonriendo enigmáticamente.

—Mucho más allá, señor —replicó Del.

—¿Hasta dónde?

Del pensó que lo interrogaban honestamente, que Broome se interesaba en él. Respondió:

—Es lo que más me importa en la vida.

—Ya veo. —Broome se apoyó en el respaldo de su silla y posó las suelas de sus zapatos en el canto del escritorio... Era el modelo, con su camisa rayada, su montura de Carey y su postura, de un académico y administrador muy interesado. Hasta el perro que dormitaba junto a su sillón quedaba bien en el cuadro—. Es lo que más le importa. ¿Piensa seguir una carrera en ese campo... digamos... poco común?

—Realmente me gustaría —dijo Del—. Ya soy bastante bueno.

—Sí, ya lo creo que sí —sonrió Broome—. ¿Y qué piensa usted sobre la magia..., sobre los juegos de manos y todo lo demás?

—Ah, es mucho más que los trucos —respondió Del, feliz—. Es un entretenimiento, una cantidad de sorpresas y... —vaciló—. Y es toda una manera de ver las cosas.

—Veo que es usted realmente serio —dijo Broome. Sacó los pies del borde del escritorio e hizo a un lado la solicitud—. ¿Se ha sentido feliz aquí, durante el primer semestre?

—Bastante bien —dijo Del—. La mayor parte del tiempo.

—Se que le han puesto un apodo lamentable.

—Ah, bueno —dijo Del—. Es feo, sí, señor.

—Yo pensaría que le corresponden otros mejores.

Esto desconcertó a Del, que preguntó:

—¿Cuáles, señor?

—Ladrón. Ratero. Cobarde. ¿Está claro?

Desde este momento el interrogante prosiguió en la forma habitual.

## 6

*Lección de economía*

Cuando su padre redujo su horario en el despacho a la mitad, y luego a una tercera parte, Tom volvió a soñar con el buitre. Cuando tuvo el último sueño, Hartley Flanagan había adelgazado veinte kilos, y aunque hubiera tenido ganas de fingir que estaba sano y que seguía adelante con la rutina de su trabajo de abogado en el Athletic Club, se habría sentido avergonzado de la forma en que le colgaba la piel en las mejillas, y los trajes sobre los huesos. Finalmente sólo le quedó energía suficiente para ir al hospital y volver a casa.

Ahora estamos en la temporada de baloncesto... falta una semana para el comienzo del invierno. Tom no está tan energético como de costumbre en la escuela estos días, y su trabajo ha bajado; tiene miedo de que lo suspendan en sus exámenes, miedo de volverse loco, de que lo echen del equipo de básquet de los cursos superiores; más que nada tiene miedo de lo que le está sucediendo a su padre. La muerte nunca ha sido tan real para él como lo es ahora, y cuando piensa en un futuro sin su padre, sin un padre, ve un valle muy negro lleno de amenazas.

«Sí», le dice el buitre. Y ahora lo entiende.

«Sí. Es así. Un valle negro lleno de amenazas. Pero, querido muchacho, ¿qué otra cosa esperabas? ¿Ser siempre un niño?»

No, pero...

«Sí.»

Sí.

El buitre, siempre en ese lugar cálido y arenoso, sin sombras, asiente inteligentemente.

«¿Y sabes lo que sucede cuando entras en ese valle?»

Tom no puede responder: un miedo grande como él mismo se ha metido en su piel.

«Bien, te mueres, muchacho. Es así de simple. Sin protección, te mueres.»

El cadáver de su padre cuelga de una cuerda frente a él.

«Ahora soy tu padre, muchacho. Yo. Soy tu viejo ahora, yo y todo lo demás que hay en el valle.»

El miedo que tenía adentro comenzó a temblar.

El buitre fue hacia él, mirándolo a los ojos, con vivacidad e inteligencia.

Horrible. Devorador de carroña. Gusanos.

«Basta, pajarito.» El buitre agitó sus alas, adelantó su gran pico amarillo y le perforó la mano. Sus propios gritos lo despertaron.

Esa misma noche, Esqueleto Ridpath sueña con un hormiguero en el que las

hormigas tienen las caras de los alumnos de primer año... Se escurren alrededor de él con sus pequeñas intrigas, avanzan por corredores y pasillos, susurran entre sí. Esqueleto tiene un rastrillo, y está a punto de destruir el hormiguero cuando oye un ruido atronador, como el de unas olas gigantescas. Por un instante ve un sombrero marrón indescriptible que oculta un rostro inhumano, y se llena de terror, luego despierta y el ruido lo rodea. Sabe lo que es, y casi tiene miedo de mirar por la ventana; pero finalmente mira, y siente el sabor del vómito detrás de su lengua. Una enorme lechuza blanca, extrañamente brillante contra la ventana negra, abre las alas y golpea contra el vidrio. Esqueleto ve cada pluma de las grandes alas. La lechuza quiere entrar, exige entrar, y Esqueleto sabe muy bien que si abre la ventana lo hará pedazos. La cabeza del pájaro tiene casi el tamaño de la suya. El pobre Esqueleto tiembla, apoyado en la pared; una parte primitiva de su mente teme también que el águila que hay en el cielo raso cobre vida y baje para arrancarle los ojos. Se cubre los ojos con los puños cerrados y hunde la cabeza en la almohada.

7

Dos días antes de las vacaciones de Navidad me tocó llevar la hoja de asistencia a la oficina administrativa antes de ir a la capilla. La señora Olinger, vestida como siempre con su chaqueta gris deformada, mantenía una de esas peleas que siempre terminan en empate entre los profesores y el personal, común a cualquier escuela. Su víctima era el señor Pethbridge, el profesor de francés. Pethbridge era una persona lánguida y gastada, con cabellos rubios y una boca grande y agradable. Siempre llevaba trajes de tweed ligeramente ceñidos en la cintura..., franceses, como sus elegantes y delgadas gafas. La señora Olinger tenía poco tiempo para él y se deleitaba tanto con la discusión que no quiso interrumpirse con mi llegada.

—Bien, no sé por qué tiene que ser en otro lugar cada vez —se quejaba el señor Pethbridge.

Llevaba un gran fajo de hojas de examen, y su actitud física, con el mentón levantado, el vientre hacia afuera, parecía expresar una sola palabra: ¡Mujeres!

—Ah, ¿no?

—Me temo que no, querida.

—Esta es una oficina de trabajo, señor Pethbridge. Usamos constantemente nuestros archivos. Nuestros archivos *crecen*. Y además hay que pensar también en la seguridad.

—Ay, Dios mío.

—¿Le causa alguna molestia, señor Pethbridge?

—Sí, señora Olinger. En lugar de poner simplemente mis exámenes en un fichero que puedo encontrar fácilmente, tengo que esperar a que usted decida dónde deben ir, usando una teoría arbitraria, estoy seguro, que consume un tiempo valioso...

—Y cuando usted no enjuaga las tazas de café, señor Pethbridge, da un mal ejemplo a los demás que me cuesta mi valioso tiempo.

Esqueleto Ridpath se me acercó, con unas monedas en la mano. Me miró con mal ceño desde lo profundo de su rostro huesudo, que parecía golpeado, dio un paso a un lado y dejó caer una pila de libros al suelo.

Mientras me inclinaba a recogerlos, maldiciendo en silencio a la señora Olinger y a Esqueleto, la secretaria de la escuela comenzó a perorar con tono calmoso, testarudo y furioso sobre los méritos relativos del tiempo que ella perdía comparado con el del profesor de francés, y finalmente se acercó al mostrador para tomar el dinero de Esqueleto y entregarle un cuaderno. Esqueleto recogió despreciativamente los libros que yo le daba y se puso a un lado.

La señora Olinger tomó mi lista y dijo:

—¿Por qué insisten ustedes en quedarse en la oficina cuando seguramente

tienen mejores cosas que hacer?

Cuando me fui, Esqueleto seguía vagando en el otro extremo del corredor, fingiendo poner en hora su reloj.

Luego, esa misma tarde, el señor Broome envió un mensaje a través de la señora Olinger y del señor Weatherbee de que deseaba que la Sociedad de Jazz Morris y el Circulo Mágico demostraran sus habilidades a toda la escuela en un programa de una hora de duración en el mes de abril. El señor Weatherbee nos leyó el mensaje al final de ese día: Morris parecía nervioso, Tom y Del estaban obviamente excitados.

## 8

Las vacaciones de Navidad fueron, como de costumbre, un feliz descanso de la escuela, excepto para un muchacho de nuestro curso. Fuimos a visitar a mis abuelos en Los Angeles; Morris y sus padres fueron a esquiar a Aspen, y Morris mientras bajaba la montaña se dedicó a pensar en las canciones que su trío podría ejecutar mejor durante la media hora que les tocaba. Todos los demás permanecieron en sus casas celebrando la Navidad tradicional. Cuando mi familia volvió de California tomé un autocar para ir a casa de Tom Flanagan y me dijeron que Tom había salido. No había árbol ni decoración de Navidad, sólo un montón de libros y juegos en el suelo del living. Su madre tenía muy mal aspecto. La evidente preocupación en su rostro, la falta de decoración navideña contrastaban con los regalos: desolación.

Los exámenes trimestrales, que se desarrollaron durante cuatro días en la casa del campo de deportes, bajo antiguas fotografías de jugadores de fútbol con los brazos rodeando los hombros de sus compañeros, con uniformes, actitudes y hasta rostros pasados de moda, fueron difíciles pero justos, y probaron que lo que la escuela parecía ser concordaba ocasionalmente con lo que era. Largas filas de muchachos con suéteres de cuello cisne escribían, se sonaban la nariz y chupaban pastillas, se rascaban la cabeza y miraban a los jugadores de fútbol muertos. El señor Fitz-Hallan y el señor Ridpath, que leían *Del otro lado del paraíso* y *Quarterbacking* respectivamente, estaban sentados ante una larga mesa frente a las filas. Tom Flanagan sentía que los largos exámenes en la casa del campo de deportes eran como horas totalmente fuera del tiempo, tal vez también fuera del espacio... El mundo más allá de las filas de escritores y de muchachos que estornudaban podría haber pasado por un cambio de estaciones, ser llevado por el huracán a Oz, o haberse oscurecido al mediodía y haberse vuelto de hielo.

Los resultados, en general similares a los de los exámenes anteriores, contenían pocas sorpresas. Cuando nos agolpamos frente a los tableros junto a la biblioteca dos semanas más tarde, Tom vio que había logrado un ocho, pero que en general tiene siete, como de costumbre; a Del no le había ido mal en nada, en realidad le había ido sorprendentemente bien..., tenía una hilera de ochos. Y cuando Tom y Del arriesgaron una mirada a la lista de los alumnos de último año, vieron que Esqueleto Ridpath tenía cinco dieces.

*Modas*

Las cosas volvieron a una normalidad superficial cuando la media docena de sospechosos de tercero y cuarto año fueron interrogados, ninguno de los cuales era Esqueleto Ridpath; la escuela se estrechó hasta convertirse en un túnel de trabajo. Surgieron algunas modas en la vestimenta en la escuela en febrero y marzo. Algunos alumnos de cuarto año comenzaron a usar botas de cowboy para la escuela, y luego todo el mundo apareció con ellas hasta que el señor Fitz-Hallan comenzó a llamar «Hoss», «Pecos» y «Hoot» a los estudiantes; durante una semana todo el mundo llevó el cuello de la chaqueta vuelto hacia arriba, como si acabaran de soportar un fuerte viento.

La ola de chistes de humor negro fue más reveladora: eran una especie de liberación de lo que ahora veo como una histeria en el subconsciente de la escuela. ¿Qué dijo la madre de Howie al ver que no dejaba de hurgarse la nariz? Howie, aserraré los dedos de tu mano de madera. ¿Qué dijo Drácula a sus hijos? Rápido, niños, comed la sopa antes de que se formen coágulos. ¿Qué dijo la madre cuando tuvo el período? Lo mismo. Realmente nos reíamos de estos chistes espantosos.

Aún más reveladora fue la moda «de las pesadillas» que invadió la escuela entre el momento en que fue interrogado el último alumno de cuarto año y el estallido de Laker Broome en la capilla, a finales de marzo. Mucho más que los espantosos «chistes», esto demostraba que algo enfermo crecía en el corazón de la escuela, y nos engordaba a todos..., que lo que le sucedía secretamente a Tom Flanagan no era una exclusiva suya.

Bambi Whipple lanzó esta moda en el curso de su charla en la capilla. Cada uno de los profesores daba una charla al año. El señor Thorpe había hablado la semana anterior a Bambi, y eso también puede haber contribuido, ya que estaba influido por las emociones de Thorpe. La charla de Thorpe comenzó con referencias a una misteriosa «práctica» que minaba las fuerzas de los muchachos y afectaba la virilidad de quienes se entregaban a ella. Thorpe se ponía cada vez más vehemente, como en clase. Escupía. Se pasaba los dedos por los cabellos; hablaba de Jesús y de la Virgen María y de la infancia del presidente Eisenhower en Kansas. Finalmente mencionó a un chico que había sido alumno de Carson (un muchacho que yo conocí, un buen muchacho, pero perturbado por estos deseos, ¡y que a veces se entregaba a ellos!); hizo una pausa, aspiró aire ruidosamente y rugió:

—¡La oración! Eso es lo que salvó a este buen muchacho. Una noche, solo en su habitación, el deseo de ceder se intensificó tanto en él que temió que volvería a cometer ese pecado, y se puso de rodillas y rezó y rezó, e hizo una promesa a sí



mismo y a Dios... —Thorpe retrocedió unos pasos—. Y para que algo le recordara siempre su promesa, sacó un cortaplumas de su bolsillo... —En ese punto, Thorpe realmente sacó un cortaplumas del bolsillo de su pantalón y lo abrió—. Abrió el cortaplumas, rechinó los dientes y acercó el filo a la palma de su mano. Muchachos, este excelente joven marcó una cruz en la palma de su mano derecha..., para que la cicatriz siempre le recordara su promesa... y nunca...

Y así sucesivamente. Con ademanes.

El esfuerzo de Bambi Whipple la semana siguiente fue considerablemente menos intenso. En el aula habló con poca preparación; el efecto del monólogo de Whipple tal vez se debió a la historia de horror de Thorpe tanto como a lo que decía. Pero, en medio de su discurso, algo le hizo pensar en los sueños, y dijo:

—Sí, los sueños pueden llevar a una persona a lugares extraños. Recuerdo que la semana pasada soñé que había cometido un terrible crimen, y que la policía me buscaba, y yo me escondía en una especie de gran depósito o algo así, y de pronto me daba cuenta de que no tenía ningún otro lugar adonde ir, así era, me atraparían y pasaría el resto de mi vida en la cárcel... Muchachos, qué sensación terrible. Realmente terrible.

Aquella tarde apareció una hoja de papel en el tablero junto a la biblioteca, que decía: «La semana pasada soñé que un gordo de New Hampshire me azotaba con una funda de almohada. Era terrible. Realmente terrible.» La señora Olinger arrancó la hoja, y apareció otra: «Soñé que las ratas caminaban por mi cama y pasaban por mi cuerpo.» Cuando la señora Tute salió de la biblioteca y arrancó esa nota, el tablero sólo quedó limpio hasta la semana siguiente, cuando alguien fijó este cartel: «Yo estaba mirando los ojos de una serpiente. La serpiente abrió la boca, cada vez más grande, hasta que caí dentro.»

Así comenzó la manía. El tablero se convirtió en una exposición de notas semejantes; en cuanto la señora Tute o la señora Olinger las arrancaban, aparecían muchas más que abrían una puerta hacia lo que había detrás de todas esas caras bien alimentadas de un barrio rico. «Los lobos me despedazaban, y yo sabía que me moría...» «Solo en medio de los icebergs y las gigantescas montañas de hielo...» «Una muchacha con largos cabellos de serpiente y sangre en los dedos...» «Yo estaba suspendido en el aire y nadie podía hacerme bajar y yo sabía que explotaría y me perdería...» «Algo como un hombre pero sin cara me perseguía y jamás se cansaría...»

Y, directamente inspirados por William Thorpe: «Un hombre me cortaba la mano con un cuchillo, me maldecía, y no quería escuchar lo que yo le gritaba...»

Seguramente hubo reuniones de profesores para discutir el asunto. Un día el pobre Bambi Whipple apareció muy cauteloso y apesadumbrado. El señor Thorpe se comportaba como de costumbre..., nadie se habría atrevido a contradecirle. El señor Fitz-Hallan nos condujo discretamente a un debate sobre las pesadillas, y pasamos cincuenta minutos relacionándolas con los cuentos de Grimm que habíamos leído.

Pero la verdadera señal de que los profesores no sabían qué hacer con la moda

«de las pesadillas» fue la charla del señor Broome.

Sin previo aviso sustituyó a la señora Tute, y cuando lo vimos en la plataforma en lugar de la bibliotecaria, toda la escuela supo que lo que sucedería sería explosivo. Laker Broome parecía una bolsa llena de serpientes. Después de su breve oración perentoria a Dios («Señor. Haznos honestos y buenos. Y condúcenos a la rectitud. Amén.»), se quitó los lentes y comenzó a hacerlos girar por una de las patillas.

Los gritos comenzaron en la segunda frase.

—Muchachos, éste ha sido un mal año para la escuela. ¡Un año TERRIBLE! Hemos tenido indisciplina, alumnos que fumaban, fracasos, robo... y ahora estamos bajo la maldición de algo tan enfermo, tan terriblemente enfermo, que en todos mis años como educador jamás he visto nada parecido, ¡NUNCA! Hay un veneno que corre por las venas de esta escuela, y todos ustedes saben lo que es. Algunos de ustedes, tal vez guiados por un comentario mal interpretado, hecho desde esta plataforma... —aquí una mirada paralizante a Whipple...—, han tenido fantasías morbosas, que dieron rienda suelta a ese veneno, exactamente en la forma contra la cual predicó el señor Thorpe hace un mes. Bien, sé cuál es la causa. La causa no es ni más ni menos que la culpa. Las pesadillas son causadas por la culpa. Causadas por una mente y un alma culpables. Y una mente y un alma culpables son peligrosas para todos los que las rodean..., corrompen. Todos ustedes han sido tocados por esta enfermedad. En primer lugar, voy a ordenarles que dejen de entregarse a una práctica corrupta.

Detrás de mí, en la segunda fila de los alumnos de primero, oí a Tom Pinfold que susurraba a Marcus Reilly:

—¿Se refiere a masturbarse?

Reilly resopló.

—Nunca más..., nunca más... se hablará de pesadillas en esta escuela. Si algunos de ustedes siguen teniendo problemas en ese sentido, sugiero que vean al psicólogo de nuestra escuela. Si alguien sigue perturbándonos con sus relatos de sueños malos o colocando esos relatos en un lugar público, será expulsado. Eso es todo. *Finish*. Eso es todo.

Los lentes volvieron a su cara, que se convirtió en la sombría máscara de un cazador.

—En segundo lugar. Voy a extirpar la corrupción de nuestro medio y a exponerla aquí y ahora. El muchacho que ha originado esta locura perversa no merece permanecer entre nosotros un minuto más. Nos liberaremos de él durante esta asamblea, caballeros. Lo denunciaremos. El muchacho que robó el objeto en la escuela Ventnor, retirará sus cosas de su armario al final de la hora.

Aventuré una mirada hacia las filas de los alumnos de cuarto, y vi el rostro de Esqueleto Ridpath, echado hacia atrás, blanco y vacío.

El señor Broome saltó de la plataforma y señaló a Morris Fielding, sentado en el extremo derecho de la primera fila.

—Usted, Fielding, ¿usted robó la lechuza?

—No, señor —respondió Morris.

—Usted —el dedo señaló a Bobby Hollingsworth.

Cuando pasó por mí y por la segunda fila de alumnos de primer año, me di cuenta, asombrado, de que iba a interrogar a cada uno de los cien muchachos reunidos en la capilla.

Terminó con los alumnos de primer año y siguió con los de segundo. Las filas estaban cerca unas de otras y al pasar por los pasillos chocaba contra el respaldo de los asientos de delante y a veces con tanta fuerza que los sacaba de lugar; no prestaba atención a eso. Nuestra clase se había dado la vuelta para observar. Cada vez, junto con el dedo acusador, el grito:

—Usted, Shreck. ¿Usted la robó?

Yo veía temblar sus hombros bajo la tela de su traje azul.

El señor Thorpe, que estaba sentado delante en la segunda silla de madera, se puso de pie y fue rápidamente por un costado del auditorium a hablar con la señora Olinger. El señor Broome tampoco le hizo caso. Los otros profesores se reunieron alrededor del profesor de latín y de la señora Olinger.

—Usted, King. Admita que la robó... Usted, Hamilton. Usted es el culpable. Admítalo.

Finalmente llegó a los alumnos del último año, dejando una serie de sillas torcidas que mostraban por dónde había pasado. El temblor de sus hombros era más pronunciado y su voz estaba ronca de tanto gritar.

—Usted, Wax. ¡Wax! ¡Míreme! ¿Usted lo hizo?

—No, señor.

—¡Peters! Usted, Peters. ¿Fue usted?

—Ah, señor, no.

Miré con temor cuando se aproximó a Esqueleto, con esperanza y temor de que Esqueleto se pusiera a gritar. Cuando Broome avanzó por el pasillo hacia él, Ridpath no lo miró, sino que mantuvo su rostro inexpresivo dirigido hacia el techo, fijando su mirada en el lugar en que había girado la rueda de colores durante el baile de inauguración.

Y Broome llegó a él.

—Usted, Ridpath! ¡Ridpath! ¿Usted lo robó?

—...

—¡RESPÓNDAME!

—...

Continuó el extraño silencio.

—¿USTED?

Entonces todos oímos la respuesta de Esqueleto:

—Yo no, señor Broome. Me había olvidado del asunto.

—¡AAAHH!

El señor Broome alzó sus puños en el aire y gimió. Los profesores que estaban

en el fondo de la sala se inclinaron hacia adelante, con miedo a moverse..., todos excepto el señor Thorpe, que avanzó dos pasos hacia el director. Broome le hizo un gesto para que se alejara.

—Bien. El siguiente. Usted, Teagarden. ¿Fue usted?

Y así siguió hasta que el último alumno de cuarto año hubo dicho que no. El señor Broome se paró en el extremo del pasillo con la espalda vuelta a los alumnos. La tela de su chaqueta se sacudía. Yo tenía miedo de que se volviera y comenzara otra vez con los alumnos de primero, miré mi reloj y vi que todo el primer período había pasado. En ese momento sonó una campana en el vestíbulo.

—Bien —dijo el señor Broome—. Aún no hemos terminado. Uno de ustedes me ha mentido dos veces. No he terminado con él. Pueden marcharse.

Durante la clase siguiente miré por las ventanas hacia el estacionamiento y vi que el señor Thorpe llevaba al señor Broome hacia el bulevar Santa Rosa. Una hora más tarde el señor Thorpe volvió solo. El señor Broome no apareció en Carson hasta dos días después.

## 11

*La paliza*

Al día siguiente, después de la clase de inglés, tuvimos una hora libre. Morris y su trío tenían permiso para ensayar en el escenario, y Del también; las actuaciones del Club tendrían lugar tres semanas más tarde. Morris fue inmediatamente al fondo de la escuela y bajó la escalera... Dos alumnos de segundo año, cargados con el bajo y la batería, ya abrían la puerta del corredor de la planta baja. Del permaneció indeciso junto a su armario durante unos minutos, preguntándose cómo ensayar su juego de manos sin su acompañante. Tom se había quedado en su casa, según se decía, porque a su padre lo habían llevado al hospital «para siempre». Entonces Del nos murmuró:

—Ah, bueno, es mejor que ir al salón de estudio —y se alejó siguiendo a Morris.

—Creo que ese tipo es marica —dijo Bobby Hollingsworth. Sherman le dijo que se callara la boca.

Después de cinco o diez minutos en la biblioteca, me di cuenta de que había dejado uno de los libros que necesitaba en mi armario. Dave Brick estaba en una mesa frente a la mía, pero él también había olvidado traer el libro... Me llevó largo tiempo extraer esta información. Desde la increíble actuación de Laker Broome en la capilla, Brick se mostraba amodorrado, medio dormido en todas partes excepto en la clase de álgebra.

—Ah, yo también tengo que mirar eso —murmuró, despertando de su sopor.

—Te lo prestaré cuando haya terminado —murmuré, y pedí permiso para salir de la biblioteca.

Encontré el libro en el desorden del fondo de mi armario, y me volví. Los corredores estaban vacíos. Llegaba un zumbido de conversación del aula de Fitz-Hallan, y un gran barullo de la de Whipple. Se abrió una puerta que daba al salón de cuarto año, en el extremo del corredor del fondo, y Esqueleto Ridpath salió por allí, aún con expresión ausente. Luego se irguió y se dirigió hacia el ángulo más lejano; un segundo después echó a correr por el pasillo vacío. «¿Qué diablos pasa?», pensé. A través del vidrio le vi dar vuelta en el ángulo y bajar corriendo las escaleras. Finalmente me di cuenta de que había oído el piano.

—Ay, no —dije en voz alta, y eché a andar rápidamente por el corredor.

Acababa de llegar al salón de cuarto año cuando vi abrirse la puerta del escenario (el ángulo de la izquierda, que era todo lo que alcanzaba a ver).

Bajé corriendo la escalera y abrí nuevamente la puerta justo a tiempo para chocar con Brown y Hanna, los alumnos de segundo año que trabajaban con Morris.

—No entres ahí —dijo Hanna, y comenzó a subir la escalera.

Brown estaba apoyando su bajo contra la pared del otro lado de la puerta y

tratando de salir al mismo tiempo y me miró como si yo estuviera loco. Oí la voz de Ridpath pero no entendí sus palabras. Brown dejó el bajo, que se balanceaba como un pesado péndulo, y corrió hacia la puerta.

Entré en la oscuridad.

—...Y no vuelvas o te cortaré las pelotas —oí decir a Esqueleto—. Ahora ustedes dos.

Lo primero que vi fue el rostro pálido de Morris sobre el piano, con expresión asustada y obstinada. Luego vi que Del se paraba junto a una mesa cubierta con terciopelo negro. Se había vuelto hacia mí. Parecía asustado, y como si tuviera diez años de edad. La larga espalda de Esqueleto se alzaba ante mí, a unos tres metros de distancia. Por la forma en que volvía la cabeza, estaba mirando a Del.

—Tienen derecho a estar aquí —dije, e iba a continuar, pero Esqueleto giró sobre sí mismo y detuvo las palabras en mi garganta. Jamás había visto nada parecido a su cara.

Parecía un demonio, un demonio consumido por el horror de su ambición..., las sombras hundían sus mejillas, hacían desaparecer sus labios. Su cabello y su piel parecían del mismo color opaco. Podría haber tenido cien años, podría haber sido una calavera que flotara sobre un traje vacío. En el rostro pálido, sus ojos se nublaron. Gritaron antes que él tan fuerte y con tanto dolor que guardé silencio.

—¿Otro? ¿Otro? —gritó, y se lanzó hacia mí. La luz cambió, y su rostro volvió a la normalidad. Las bolsitas color púrpura debajo de sus ojos daban la impresión de estar irritadas—. Maldito seas —dijo, y sus ojos no cambiaron en absoluto, y antes de que me golpeara tuve tiempo de pensar que había visto al verdadero Steve Ridpath, el que su rostro y su apodo ocultaban—Me oprimió las costillas, se aferró a mis solapas, nos retorcimos juntos y luego me empujó entre Del y Morris.

La sangre se agolpaba en mis oídos. Oí débilmente el ruido de madera sobre madera... Morris cerraba lentamente la tapa del Baldwin.

—Bien, espera un segundo —llegó la voz de Fielding.

—¿Esperar? ¿Esperar? ¿Qué diablos tengo yo que...? —Esqueleto levantó sus puños huesudos hasta la cabeza:—. No me digas que espere —siseó—. No tienes nada que hacer aquí. —Hablaban a Morris, pero miraba a Del Nightingale—. Te lo advertí —dijo.

Luego giró la cabeza hacia Morris.

—Apártate de ese maldito piano. —Comenzó a caminar espasmódicamente en dirección a Morris, y Morris saltó rápidamente del taburete. Casi llorando, Esqueleto dijo—: Carajo, ¿por qué no me escuchas? ¿Por qué no prestas atención a lo que digo? Bien, no se acerquen a... ¡Dios mío! —se tapó los ojos con los puños, y pensé que tal vez realmente estaba sollozando—. Ya es demasiado tarde para eso. Ay, Dios mío. Malditos sean ustedes, los de primero. ¿Por qué tienen que venir aquí?

—Para practicar, imbécil —dijo Morris—. ¿Qué pensabas?

—«No estoy hablando contigo —respondió Esqueleto, y apartó sus manos de

sus ojos. Su rostro estaba húmedo y gris.

Morris abrió la boca.

—Crees que lo sabes todo —dijo Esqueleto en voz baja a Del.

—No —respondió Del.

—Crees que él te pertenece. Te sorprenderías.

—Nadie pertenece a nadie —dijo Del, causándome un sobresalto.

—Pequeño hijo de puta —escupió Esqueleto—, Ni siquiera sabes de qué estás hablando. Y tú eres el que piensa que yo debo esperar. Carajo. Sé tanto como tú, Florencia. El me ayuda. Quiere conocerme.

Ahora Morris y yo estábamos seguros de que Ridpath estaba literalmente loco, y lo que sucedió después sólo sirvió para confirmarlo.

Asustado como estaba, Del tuvo el coraje de negar con la cabeza.

Esto enfureció a Esqueleto. Comenzó a temblar aún más que Laker Broome durante los interrogatorios en la capilla el día anterior.

—Ya verás —gritó, y se abalanzó sobre Del.

Esqueleto le dio dos bofetadas, muy fuertes, y dijo:

—Quítate la chaqueta y la camisa, maldito seas, quiero ver un poco de piel.

—Eh, vamos —dijo Morris.

Esqueleto se lanzó contra nosotros y su mirada nos congeló sobre el escenario.

—Ya no están más en esto. Quédense ahí. O ustedes serán los siguientes.

Luego dio un tirón a la chaqueta oscura de Del y se la arrancó. Del comenzó apresuradamente a desabotonarse la camisa, que brillaba en la penumbra. Como si tener algo que hacer calmara su miedo, parecía tranquilo, a pesar de su prisa. Sus mejillas ardían en los lugares donde Esqueleto le había pegado.

—No, Del.

Esqueleto se volvió hacia nosotros nuevamente.

—Si se atreven a decir una cosa más, cualquiera de los dos, les mataré, pongo a Dios por testigo.

Le creímos. Era más grande y más fuerte, y estaba loco. Eché una mirada a Morris y vi que estaba aterrorizado, tan incapaz de ayudar a Del como yo.

—Maldito Florencia —gimió Esqueleto—. ¿Para qué tenías que estar aquí? Voy a iniciarte, muy bien. —Su rostro se endureció y palideció, luego tomó un opaco tono rojo—. Con mi cinturón. Inclínate sobre el taburete del piano.

Morris gemía y parecía que podría desmayarse o vomitar.

Del dejó caer su brillante camisa (me di cuenta de que era de seda) sobre el piso polvoriento y fue hacia el taburete del piano. Se arrodilló ante él y se inclinó, exponiendo su pálida espalda de chico. Esqueleto ya respiraba entrecortadamente. Se desabrochó el cinturón, lo sacó de las presillas y lo dobló en dos.

Por un momento se limitó a mirar a Del, y vi en su rostro la expresión que había visto antes: una desesperación demoníaca, a la vez necesidad y desconfianza, una hambrienta certidumbre mezclada con miedo. Entonces yo también gemí. Esqueleto

no se detuvo. Se puso detrás de Del, hacia un lado, levantó el cinturón doblado y golpeó con él la espalda de Del.

—Ay, Dios mío —dijo, pero Del no dijo nada.

Un instante más tarde apareció una línea roja en el lugar donde había pegado con el cinturón.

Esqueleto volvió a levantar el cinturón, con el rostro endurecido por el esfuerzo.

—¡No! —gritó Morris.

El cinturón bajó con un silbido y volvió a golpear la piel de Del. Del se echó un poco hacia atrás y cerró los ojos. Lloraba en silencio.

Esqueleto repitió su extraña y penosa plegaria:

—Ay, Jesús...

Levantó el cinturón y golpeó nuevamente. Del se aferraba a las patas del taburete del piano. Vi caer sus lágrimas hasta el mentón y luego al suelo.

Y ésa es la segunda imagen muy intensa que conservo de Carson. Las tres líneas que cruzaban la espalda blanca de Del Nightingale, Esqueleto retorciéndose sobre él en su agonía, con el rostro contorsionado también, y el cinturón colgando de su imano. La primera imagen del señor Fitz-Hallan ofreciendo irónicamente un bolígrafo a Dave Brick (esa imagen de la salud de la escuela) apareció en mi mente, y pensé sin pensarlo que las dos estaban relacionadas como dos puntos en un mismo gráfico.

—Niño rico —gemía Esqueleto—. Tú lo tienes todo.

Se separó de Del, mirando salvajemente a Fielding y a mí con su rostro torturado, y luego se abalanzó hacia nosotros y nosotros retrocedimos hacia el pesado telón. Esqueleto pronunció una palabra: «Pájaro», como alguien que habla sin darse cuenta, cambió nuevamente de dirección y arrojó el cinturón hacia el telón, para luego echar a andar hacia la puerta.

Le oímos dar el portazo; luego cayó un pesado silencio.



12

Fue como si un címbalo hubiera sonado en ese espacio oscuro y cavernoso, y el ruido nos liberó de lo que nos detenía, de lo que nos inmovilizaba. Morris y yo, ya sentados, caímos sobre el escenario. Del se deslizó del taburete del piano y quedó tendido junto a él.

Yo me acerqué a gatas. Morris me siguió. El rostro de Del mostraba lo que parecían estrías de barro; finalmente vi que era el polvo que se disolvía en su rostro húmedo.

—No importa —dijo Del—. Dame mi camisa.

—¿No importa? —dijo Morris mientras se levantaba e iba a buscar la camisa—. Ahora podemos hacer que lo expulsen. Está terminado. Y te lastimó. Mírate la espalda.

—No puedo mirarme la espalda —respondió Del. Se puso de rodillas y apoyó una mano en el taburete del piano—. ¿Me das mi camisa, por favor?

Morris se acercó, con el rostro blanco, y se la entregó. El rostro de Del estaba rojo, pero sereno. El polvo húmedo parecía una pintura guerrera.

—¿Quieres que te ayude a levantarte? —preguntó Morris.

—No.

Los tres oímos abrirse la puerta y Morris contuvo el aliento; Del y yo probablemente hicimos lo mismo.

—¿Estáis aquí? —preguntó una voz conocida—. Eh, no los encuentro.

Como esperábamos que Esqueleto regresara, ninguno de nosotros podía identificar al que hablaba.

—Eh, los estuve buscando por todas partes —dijo Dave Brick avanzando lentamente desde la penumbra—. ¿Conseguisteis el libro? Dios mío.

Dijo esto último porque ahora podía ver la forma en que lo mirábamos, Morris y yo con miedo, Del con la pintura guerrera en el rostro.

—Dios santo —repitió Brick cuando estuvo lo suficientemente cerca como para ver la espalda de Del antes de que se pusiera la camisa—. ¿Qué habéis estado haciendo?

—Nada —respondió Del.

—Esqueleto le pegó con un cinturón —dijo Morris, poniéndose de pie y sacudiéndose las rodillas—. Está loco.

—¿Un... cinturón...? —Brick hizo ademán de ayudar a Del a ponerse la camisa, pero Del lo detuvo con un gesto.

—Realmente loco. ¿Estás bien, Del?

Del asintió y se apartó de nosotros.

—¿Te duele?

—No.

—Ahora podemos librarnos de Esqueleto —insistió Morris.

Brick dijo:

—Por Dios... —y se sentó sobre el taburete del piano—. ¿Aquí mismo? —preguntó estúpidamente—. ¿En la escuela?

Morris miraba pensativamente el piano y el taburete.

—Ya sabes lo que pienso.

—¿Eh? —preguntó Brick.

Del, que seguía mirando el telón, no respondió, y yo tampoco.

—Estoy pensando que es la segunda vez que Esqueleto se vuelve loco cuando me ve tocar el piano.

—No hagas chistes —dijo Brick, mirando el piano con asombro.

—¿Por qué lo habrá hecho? —preguntó Morris—. Porque puso algo allí que quiere mantener oculto. ¿Les parece bien?

Brick y yo nos miramos, comprendiendo por fin.

—Dios mío —dije—. Sal de ese taburete, Brick.

Dio un salto para apartarse del taburete, y él y yo levantamos la tapa mientras Morris observaba con los brazos cruzados.

Brick gritó. Algo pequeño y cristalino se elevó del taburete, un objeto plateado parecido a una polilla, que zumbaba como un moscardón. El grito de Dave Brick sacó a Del de su trance, y Del se volvió y miró junto con nosotros la pequeña cosa plateada que volaba describiendo un gran arco en la parte anterior del escenario para luego caer con un ruido suave en la pila de viejos cortinajes.

—¿Qué fue eso? —preguntó Morris.

Brick corrió pesadamente, despertando ecos, por todo el escenario hasta el montón de cortinas. Se inclinó para tocar lo que había allí, pero apartó la mano

—Esa lechuza. De Ventnor.

—Pero voló —dijo Morris.

—Voló —repetí yo.

—Sí —dijo Del.

Lo miré, y me sorprendió la sonrisa sombría que vi en su rostro.

—Tú sacudiste el taburete —dijo Morris. Brick se inclinó y recogió la lechuza—. Eso es lo que sucedió. Lo sacudiste.

—No —dijo Del, pero nadie le prestó atención.

—Sí —dijo Buck—. Los dos lo hicimos.

—Claro que sí —dijo Morris—. Las lechuzas de vidrio no pueden volar. —Se inclinó otra vez—. Bien, ¿qué tenemos aquí? —y sacó exámenes copiados, uno tras otro—. Bien, ahora sé por qué se escondía aquí todo el tiempo. Quería asegurarse de que todo estaba en el lugar donde lo había puesto. Cuando contemos esto, no durará cinco minutos más en la escuela.

—Ahora es nuestro —dijo Brick, repentinamente invadido por la alegría.

Del nos miró a todos y dijo:

—No.

Extendió su mano derecha hacia Dave Brick, y Brick vino hacia nosotros y puso la lechuza en su mano.

—Esperen un segundo aquí —dijo Morris, pero Del ya levantaba el brazo. Arrojó la lechuza al escenario. Hizo el ruido de una bomba y se despedazó en un millón de brillantes trocitos. Dave lo miró con la boca abierta, consternado, por un momento, y... ya lo han adivinado lloró.

Del salió después de esto, justo antes de que tocara el timbre para una nueva hora de clase.

—¿Qué haremos? —preguntó Brick, limpiándose la cara con la manga.

—Vamos a nuestra próxima clase —dijo firmemente Morris.

—¿Y después? —pregunté yo.

—Encontraremos a alguien a quien contarle esto —dijo Morris.

—Todo esto me da una sensación extraña —dije.

—Tal vez Del no nos ayudará —dijo Morris encogiéndose de hombros, y luego pareció sentirse incómodo.

—La lechuza —tartamudeó Brick.

Los tres miramos los fragmentos en el escenario..., no quedaba nada que se pareciese a una lechuza.

—No sacudimos el taburete —afirmó Brick.

—Tuviste que hacerlo —dijo Morris.

—No —intervine yo, y me oí a mí mismo haciendo eco a Del...

«No» era aproximadamente todo lo que había dicho desde que Esqueleto se alejó corriendo. Aún podía oír el ruido que había hecho la lechuza al volar.

—Carajo —dijo Morris—. Tenemos que irnos. Oye —me miró, aún creyendo que podía extraerse algo razonable de una escena en que un estudiante había castigado a otro como un loco y las lechuzas de vidrio volaban a nueve metros de altura sobre el escenario—. Tú le gustas a Fitz-Hallan. Se lleva bien contigo. ¿Por qué no le hablas de esto?

Asentí.

En mi camino a la próxima clase pasé por el salón de cuarto año. Un estudiante reía allí dentro, y todo se estremeció en mi interior. Supe, por un instinto atávico de cavernícola, que el estudiante era Esqueleto Ridpath, y que estaba solo. Durante una hora libre, fui a ver a Fitz-Hallan, pero fue inútil. Carson cerró sus filas y negó el misterio.

*Thorpe*

—He hablado con el señor Fitz-Hallan —dijo—, y anoche hablé con Nightingale y también con sus padrinos, el señor y la señora Hillman. Esta mañana hablé en privado con Morris Fielding. Ahora debo preguntarles: ¿hay algo en la historia que ustedes desearían cambiar, dada su naturaleza tan extraordinaria?

El señor Thorpe me miraba con furia. Controlaba muy bien su enojo, pero yo sentía que aún hervía. Estábamos en la oficina que usaba Thorpe como subdirector, un cubículo vacío en el otro lado del corredor, opuesto adonde estaban las oficinas de la secretaria. El señor Fitz-Hallan estaba sentado junto a una máquina de escribir, al lado del señor Thorpe; yo estaba de pie ante el escritorio de metal. El señor Weatherbee, el consejero de mi curso, se hallaba junto a mí.

—No, señor —dije—. Pero ¿puedo hacerle una pregunta?

Asintió.

—¿Habló usted también con Steve Ridpath?

Parpadeó.

—Ya llegaremos a eso en su momento. —Ordenó tres lápices que tenía ante él, con las puntas hacia mí, como una hilera de pequeñas estacas—. En primer lugar, muchacho, cualquiera que haya sido tu objetivo al inventar una historia tan extraña como ésta, yo no lo entiendo. Ya te he dicho que hablé con el joven Nightingale. Niega totalmente que lo hayan golpeado con un cinturón. Admitió que el hijo del señor Ridpath, un alumno de cuarto año, los encontró en un área que generalmente está vedada a los alumnos de primero, y les increpó por estar allí —levantó una mano para acallar mi protesta—. Es verdad que dos de ustedes, Morris y el joven Nightingale, tenían permiso para estar en el escenario. Steve Ridpath, por supuesto, no podía saberlo. Tal vez actuó con imprudencia, pero actuó en interés de la disciplina, lo cual coincide con el progreso general de su trabajo este año. Pedí al señor Hillman que examinara la espalda de su ahijado, y el señor Hillman me informó de que no había encontrado señales de los golpes que, según usted y según Fielding, lamentablemente, tuvieron lugar.

—No encontró señales —dije yo, sin poder creerlo.

—Absolutamente ninguna. ¿Cómo explican ustedes eso?

Sacudí la cabeza. Esas marcas no podían haber desaparecido tan pronto.

—Yo puedo explicárselo, entonces. No hubo tal paliza. Creo a Steve Ridpath cuando dice que obligó al joven Nightingale a hacer varias veces la vertical y que le dio un golpe en la espalda, que estaba cubierta por su camisa y su chaqueta, cuando no hizo la vertical con la energía debida. Oficialmente la iniciación ha terminado,

pero en circunstancias especiales la escuela hace la vista gorda si continúa. Cuando entendemos que tiene como finalidad conservar el orden.

—El orden —dije.

—Algo sobre lo que ustedes parecen saber muy poco. Prosigamos. Por supuesto que no encontramos huellas de la lechuza de Ventnor detrás del escenario. Porque nunca estuvo allí. Encontramos exámenes escritos con la letra del joven Ridpath, que él usaría como ayuda para sus estudios después de los exámenes.

—Eso no tiene sentido. ¿Usó los exámenes para ayudarse en sus estudios cuando ya los había hecho?

—Precisamente. Para retener bien el material ya visto. Algo muy sensato, podría agregar.

—Entonces saldrá bien de esto —dije, incapaz de contenerme.

—¡Silencio! —el señor Thorpe dio un golpe en el escritorio de metal que hizo saltar locamente los lápices—. Piensa, muchacho. Seremos blandos contigo. Como los jóvenes de la familia Fielding han asistido a la escuela Carson desde hace cincuenta años y como él cree que ha visto lo que tú también piensas que viste, el señor Fitz-Hallan y yo estamos de acuerdo en que tal vez no hayas tratado de desorientarnos conscientemente. Pero te apresuraste en tus conclusiones y usaste tu imaginación en lugar de lo que realmente veías..., un típico ejemplo de la irracionalidad que ha invadido esta escuela, y que el señor Broome ha luchado tanto por combatir —pensar en esto parecía aumentar su furia—. Nunca he conocido semejante entrega a lo fantástico. Creo que algunos de nuestros profesores de inglés tendrán que limitarse a emplear textos realistas en el futuro —una mirada furiosa a Fitz-Hallan—. Una escuela no es lugar para la fantasía. El mundo no es lugar para la fantasía. Ya se lo he dicho a Morris Fielding. El señor Weatherbee...

El consejero se incorporó a mi lado.

—Creo que hay que vigilar los síntomas de una histeria incipiente en los alumnos de primer año. Los profesores deben hacer algo más que enseñar, aquí en Carson.

Nuestro curso fue al vestuario a cambiarse para un partido de baloncesto en pista cubierta y miré la espalda de Del Nightingale cuando se quitó la camisa. No tenía marcas. Morris Fielding lo advirtió al mismo tiempo que yo. Recordé la lechuza de cristal que volaba o trataba de volar desde el taburete, y que hacía un ruido de moscardón, y supe por la expresión de Morris que él también recordaba. Y aunque yo había pensado usar los minutos antes del partido para hablar con Del, me eché atrás, como si me apartara de cosas espantosas.

El padre de Tom murió a fin de marzo.

*Te oigo*

Chester Ridpath apagó la televisión, donde aparecía Ernie Kovacs, y miró disimuladamente a su hijo, que sólo había comido la mitad de su plato de pollo. El muchacho se alimentaba poco. La mayoría de las veces olvidaba la comida que tenía frente a él, y su mirada se perdía en el espacio como la de un zombi. O como algo de esas películas que le gustaban, algo que sólo fingía ser normal y corriente... Chester inmediatamente apartó esos pensamientos y los envió al limbo donde enviaba todo lo que había pensado o imaginado sobre el «increíble» incidente de dos semanas antes. El viejo Billy Thorpe había defendido a Stevie, pero Ridpath veía que, a pesar de su lealtad a un colega, Billy no estaba totalmente seguro, en el fondo, de que estuviera haciendo lo correcto... De vez en cuando se le veía muy abatido. Por supuesto que últimamente se sentía así, con Laker Broome comportándose en la capilla de aquella forma y sin que nadie supiera si el director conservaría su puesto. Qué año terrible había resultado ser... Recogió la bandeja de aluminio de la mesita que tenía frente a él y al salir de la habitación se llevó también la cena a medio consumir de Steve. El muchacho sonrió, como si a la vez le agradeciera y se burlara de él.

Gracias a Dios, Billy Thorpe nunca había visto la habitación de Steve.

Porque ése era el problema. Cualquier muchacho que deseara rodearse de semejante basura podía usar un cinturón para castigar a un alumno de primero o hacer trampa en sus exámenes.

Carajo, Steve no hacía trampa.

¿O sí?

Ridpath arrugó los dos recipientes de aluminio y los tiró al cubo de la basura. Basura. Su propio padre le había pegado con un cinturón por tirar comida. Y ahora, mírenlo. Si una mosca se posara en su nariz, no la espantaría.

Entonces hay que hablar con él. Tú hablas todos los días con los muchachos.

Les hablas.

Mejor que nada.

No, era mejor nada. A veces había visto el rostro de Steve cuando estaba en la mitad de una historia. Indiferencia. Inexpresivo como el rostro de un cadáver. Ya cuando era un chico de pantalón corto, a veces le contaba una historia y veía la misma expresión en su carita... Dios mío, se alegraba de que Billy Thorpe nunca hubiera visto las cosas horribles que Steve tenía en su habitación. Era el tipo de cosas que el muchacho tenía en la mente...

—Eh, Steve —dijo, y volvió a la puerta de la cocina—. ¿Ese Kovacs no es un

poco extraño? Estoy seguro de que esos cigarros cuestan...

Interrumpió el triste intento de conversación. La silla de Steve estaba vacía. Había subido a su habitación para continuar con alguna de sus malditas ocupaciones.

¿Debía ir allá y arrancar todas esas porquerías..., sencillamente arrancarlas? Y luego decirle por qué..., decirle que era por su propio bien. Algo que tenía que haber hecho mucho tiempo atrás.

No: primero había que decirle por qué, y luego arrancarlas.

Pero por supuesto era demasiado tarde para eso. ¿Cuánto tiempo hacía que él y Steve no hablaban realmente? ¿Cuatro años? ¿Más?

Chester terminó de secar los cubiertos y cruzó el desordenado living hasta llegar al pie de la escalera. Al menos no se oía esa música salvaje; como las buenas notas, esto podía ser una señal de que Steve estaba creciendo, y ya tenía edad suficiente para saber que todo lo que se esperaba de él era que jugara bien, que olvidara el dolor y devolviera la pelota. ¿No era eso lo que un padre debía enseñar a su hijo? Si no aciertas el primer golpe, tienes que estar muy seguro de acertar el segundo.

—¿Estás ocupado, Steve? —gritó. No hubo respuesta—. ¿Tienes ganas de charlar? —y se sorprendió..., su corazón latía un poco más rápido.

Steve no escuchaba: estaba paseándose por el dormitorio, golpeando los pies contra el linóleo. Rezando a las láminas, o haciendo lo que hacía cuando no las estaba barnizando.

—¿Steve?

Bang-bang, se oían los pasos, y su corazón hacía eco. Ridpath subió la escalera hasta la mitad y alcanzó el escalón desde donde podía ver la puerta de su hijo, que estaba cerrada. Por el espacio en la parte inferior de la puerta, con los ojos fijos a nivel del suelo y mirando entre las maderas de la barandilla de la escalera, Ridpath veía los zapatos de Steve paseándose. Bang, bang, bang, bang. Steve recorría su habitación de un lado a otro, como un metrónomo, dando vuelta cuando se encontraba con una pared y marchando luego en sentido inverso en línea recta. Mientras marchaba, murmuraba algo para sí mismo; algo que sonaba como: «Te oigo, te oigo. Yo —bang— te oigo —bang—, te oigo —bang—, yo te oigo...»

—Bien, me oyes —dijo—. ¿Por qué no sales a tomar una cerveza con el viejo? —Tenía la garganta seca..., carajo, casi podría pensarse que tenía miedo de Steve—. ¿Te parece bien una cerveza? —preguntó, y hasta ante sí mismo se sintió patético.

«Yo —bang— te oigo —bang—, yo te oigo —bang—, yo te oigo —bang—, yo...» Los zapatos negros aparecieron en el espacio en la parte inferior de la puerta, uno, dos, derecho, izquierdo, reaparecieron cinco o seis segundos después y desaparecieron.

—¿Cerveza? —murmuró Chester, comprendiendo que lo que Steve oía no era la voz de su padre.

A veces Steve se comportaba como si estuviera conectado con otro mundo,

como si estuviera en algún lugar en el espacio donde sólo se oían las voces lejanas y metálicas de una radio perdida.

—Ah —dijo Steve, como única exclamación privada de placer o comprensión, y su padre se acercó nuevamente a la puerta... Era como si alguien acabara de explicarle algo.

Luego Ridpath, con la cara pegada a la barandilla del segundo piso, recordó un sueño terrible, algo que seguramente había sido un sueño, del invierno anterior... Un pájaro gigantesco que luchaba contra la ventana de Steve, rompía el vidrio, agitaba sus grandes alas contra el costado de la casa y golpeaba con sus talones...

—Ay, Dios mío —susurró.

Steve exclamaba «A aaah» ahora, pero Ridpath no veía las suelas negras de sus zapatos al pasar junto a la puerta.

Golpeando, golpeando, agitándose contra la casa, blandiendo ese horrible pico de un lado a otro... Ridpath tuvo la idea repentina e irracional de que ahora el pájaro de pesadilla estaba en el cuarto de Steve...

Bang, un pie detrás del otro en el lado izquierdo de la habitación, donde estaba la ventana, y luego bang, bang, los dos pies en la parte derecha del dormitorio.

Bang. Como si se hubiera posado junto a la ventana de la habitación..., como si ese pájaro de pesadilla lo arrastrara hacia atrás y hacia adelante, y la alegría del vuelo le hiciera exclamar «¡Ah!» desde lo profundo de su garganta.

No podía ser, seguramente no oía bien, había alguna razón por la que los zapatos de Steve ya no pasaban ante la puerta..., alguna razón... Estos malditos muchachos y sus interminables charlas sobre las pesadillas. «Yo estaba suspendido en el aire y nadie podía hacerme bajar.» Ridpath sintió enfriarse todo su cuerpo. «Susurra», decía el zapato de Steve en el lado derecho de la habitación, y un instante después, «susurra», a la izquierda.

—Ven a charlar conmigo cuando puedas —dijo Ridpath, pero sólo para sí mismo.

Esto fue un viernes a la noche. Chester Ridpath bajó al sótano y destapó una botella de Four Roses que tenía escondida bajo su mesa de trabajo.



Dos sábados después, Tom Flanagan se apartó del lado de su madre por primera vez desde el funeral. A partir de la mañana en que murió Hartley Flanagan, su hijo y su mujer parecían una sola persona: juntos habían ido a la empresa funeraria a hacer los arreglos necesarios, habían compartido todas las comidas, y permanecían juntos en el living por la noche, conversando. El señor Bowdoin, el agente de seguros, les había explicado que Hartley Flanagan había dejado suficiente dinero para pagar todas las cuentas en muchos años. Juntos habían hablado con el reverendo Dawson Tyme, habían organizado el funeral... Tom estuvo sentado junto a Rachel mientras ella hacía todas las llamadas telefónicas. El se sentó junto a ella, que lloraba, se sentó junto a ella y no dijo nada cuando su madre dijo:

—Es mejor que se haya ido, sufría tanto.

Estaba en la habitación, sentado en una incómoda silla victoriana, cuando el gordo reverendo Tyme volvió y se sentó junto a su madre en el diván, expandiendo su aliento con olor a menta, y dijo:

—Todas las tragedias tienen su lugar en los designios de Dios.

Vio que ella, como él mismo, dudaba de esos designios y desconfiaba de cualquier hombre que los invocara.

Fue de compras con ella; con ella abrió la puerta de la casa a las visitas; estuvo junto a ella en la sala llena de gente durante el velatorio en lo que el director llamaba «la visitación»; finalmente estuvo al lado de ella junto a la tumba en un domingo cálido y se dio cuenta de que era primero de abril... el día de los inocentes. Y contempló a la multitud de abogados, colegas de Hartley, y a sus esposas y a los amigos y primos de Hartley y vio dolor en algunos rostros, inquietud en otros e incomodidad en otros; no hubo tiempo de hablar con ninguno de los presentes, ni siquiera con Del. Tenían que volver a casa y servir la comida, que se había mantenido caliente en el horno. «Debes salir de esa tumba —dijo Tom a su padre—, salir de allí y ser tú mismo otra vez», pero el sol seco caía sobre ellos, el reverendo Tyme hablaba demasiado y fingía que había sido amigo de su padre, el viento de abril hacía volar arena sobre las tumbas y agitaba las flores. El césped parecía lo suficientemente afilado como para provocar heridas. Cuando todo terminó, él también lloró y no quería apartarse de la tumba. Miraba al gordo Dawson Tyme, con su olor a menta, y a los abogados... Todos ellos elegantes, bien alimentados, carnívoros. Una pared se había derrumbado, un ancla se había soltado; había quedado sin protección. El buitre había ganado y ahora le tocaba a Tom comenzar el camino en este largo valle.

—Podrás faltar a la escuela unos días, ¿verdad? —preguntó su madre cuando volvieron a la casa vacía.

—Sí. Podré faltar.

Después del cuarto día, su madre dijo:

—¿Por qué no sales de casa, Tom?

Y él dijo que no. Después del quinto día ella repitió la pregunta y dijo que debían pensar en que Tom volviera a la escuela y recuperara el tiempo perdido: otra vez dijo que no. Reanudar su vida normal parecía una traición a su pérdida. Cuando Rachel Flanagan repitió su pregunta después del sexto día, reconoció que ya no era un adulto temporal.

—No has visto a tu simpático amigo Del desde el funeral —dijo ella—. ¿No quieres ir a ensayar para el espectáculo? Y de todas maneras, te hará bien salir un rato.

—Vive en Quantum Hills ahora —dijo Tom—. Finalmente los Hillman han comprado una casa. Tiene piscina y pista de tenis.

—Quantum Hills —su voz era levemente irónica—. ¿No te parece estupendo? Y el autobús va directamente al centro comercial.

—Sí —dijo Tom—. Tal vez vaya allá.

Ella lo abrazó.

Una vez que salió del centro comercial, caminó durante media hora por una calle tan negra que brillaba. Había casas enormes, algunas sobre lomas y otras sobre imitaciones de valles, posadas como palacios de ensueño sobre interminables extensiones de césped. Los aspersores giraban y regaban, haciendo arco iris que mantenían verde el césped. Los toldos rayados daban sombra a las grandes ventanas. Era un barrio donde nadie iba a pie. ¿Qué hacía Del allí, en el entorno más artificial y onírico de la ciudad, en este lugar de piscinas y ropa de tenis? Era adecuado para los Hillman, pero de ninguna manera podía ser lo que Del deseaba para sí mismo. Pero... esto se le ocurrió mientras doblaba una esquina... era lo que Carson deseaba para ellos: muchos de sus compañeros ya vivían allí. Howie Stern, Marcus Reilly, Tom Pinfold, Pete Bayliss y seis alumnos de segundo año tomaban el autocar que la escuela enviaba a Quantum Hills. Toda la severidad de la vida en Carson estaba destinada a conducirlos a un lugar como éste. Si no hubiera conocido a Del, si su padre no hubiera muerto, nunca habría visto su absoluta lejanía con respecto al lugar. Habría pasado por Quantum Hills (o al menos eso imaginaba) como por sobre rieles. Ahora no podía. Sólo podía inventar su futuro como hacía Del; lo habían arrancado de su marco.

Luego, por un instante, Tom sintió que la brillante negrura de la calle lamía los bordes de sus pantalones, y que el cielo pálido estaba oscurecido por las brujas. Desde una rama delgada un pájaro le miró con sus ojos negros. El mundo dio un vuelco.

Esto pasó tan rápidamente como había llegado. La calle volvió a su horizontalidad, el aire se aclaró, las casas se enderezaron. Nada de esto podía darle una advertencia, porque representaba una forma de vida en que las advertencias eran algo anticuado. Tom se dio cuenta de que se hallaba precisamente frente a la

casa que habían comprado los padrinos de Del.

Era una clásica casa de Quantum Hills, y la más grande de la calle; se levantaba en una loma de césped sin árboles. Un amplio sendero de asfalto bajaba desde la casa, bordeado por faroles sobre altos postes. Donde el sendero se encontraba con dos anchos escalones a la entrada, la figura de hierro de un pequeño jockey negro levantaba un brillante anillo de metal en dirección al guardabarro trasero de un Jaguar. Moderna, vagamente morisca en su diseño, la casa era la imagen de una nueva prosperidad de Arizona.

Tom echó a andar por el sendero, pasó junto al coche de los Hillman y junto a la estatuilla del muchacho con el aro, y subió los escalones. Algo parecía temblar dentro de su pecho. Tocó el timbre y apartó rápidamente la mano como si hubiera esperado una descarga eléctrica.

La puerta blanca se abrió, y Bud Copeland lo miró, sonriendo.

—Hola, hijo. ¿Vienes a ver a Del? Entra, te llevaré arriba. No necesitas exactamente un mapa, pero la primera vez puedes necesitar un guía.

—Hola —dijo Tom con voz inexpresiva.

—Entra, jovencito, parece que necesitas un amigo. Vamos, pasa por esta puerta.

Tom pasó por la puerta y entró en un gran recibidor que revelaba la mitad de un enorme living, con una chimenea de piedra de tres metros de alto, muebles y cajas amontonados y una ventana del tamaño de una pared. Se sintió más seguro al ver que el aspecto de la casa era tal como él imaginaba... Su extraño temblor disminuyó.

—Supe lo de tu padre, hijo —dijo la voz aterciopelada de Bud junto a él—. Para un muchacho es algo terrible perder a su papá. Si puedo hacer algo por ayudarte, dímelo.

—Gracias —respondió Tom, sorprendido y conmovido por la simpatía real en el rostro y la voz del hombre—. Lo haré.

—Claro. Haré todo lo que pueda. Ahora. ¿Qué piensas de nuestra nueva casa?

—Es muy grande —respondió Tom, y creyó ver cierta expresión divertida en el rostro civilizado de Bud.

—Mi madre también me enseñó a ser precavido, Tom Flanagan —dijo Bud, y lo llevó por una escalera al costado del living—. Ahora tú y Del debéis practicar los trucos para la actuación. Si es que aún pensáis realizarla.

—Sí, claro, pero todavía tenemos que trabajar —dijo Tom, siguiendo la enorme espalda de Bud por una sala de paredes muy blancas—. Ah, sí, daremos la función. Claro que sí.

—Me alegro de oír eso.

—Escuche, Bud —dijo Tom, y el negro oyó algo en su voz que le hizo volverse y mirarlo—. No es necesario que me conteste si no quiere.

—Lo recordaré —dijo Bud, sonriendo.

—¿Por qué se queda aquí? ¿Por qué hace un trabajo como éste?

La sonrisa de Bud se amplió y extendió una mano para tocar ligeramente la

cabeza de Tom.

—Es un trabajo, Colorado. No me molesta. Si tuviera veinte años menos, me gustaría hacer alguna otra cosa, pero esto encaja conmigo, por mi manera de ser. Y creo que tal vez pueda hacer algún bien a tu amigo aquí —hizo un gesto hacia una puerta al final del pasillo—. Tal vez pueda serte útil a ti también, alguna vez. ¿Es razón suficiente?

Alzó las cejas y nuevamente apareció esa expresión inquietante de entendimiento, como si Bud supiera todo sobre los pájaros y las visiones.

—Perdón por entrometerme —dijo Tom. Le ardían las orejas.

—Creo que esto te interesa, y que no tratabas de entrometerte. No tienes por qué sentirte incómodo. ¿Quieres una Coca o alguna otra cosa?

Tom hizo un gesto negativo.

—Entonces te veré cuando salgas.

Bud volvió a sonreír y pasó junto a él para volver a la escalera.

Tom vaciló un segundo, temiendo la conversación sobre su padre que debería tener con Del antes de ponerse a trabajar. Oyó a Bud que bajaba rápidamente la escalera, y por una ventana abierta oyó una zambullida de alguien en la piscina. Recorrió lo que faltaba del pasillo y se detuvo frente a la puerta de Del.

No había ruido, ni se oía ningún sonido desde el otro lado de la puerta. Por la ventana que no veía llegaba la voz arrastrada de Valerie Hillman. En la habitación de Del había tanto silencio que Tom pensó que tal vez su amigo dormía. Levantó el puño, lo bajó, luego volvió a levantarlo y llamó.

Del no respondió, y al principio Tom pensó que tal vez su amigo estaba en la piscina con su madrina. Pero Bud lo habría sabido.

—¿Del? —susurró, y volvió a golpear.

Junto con una carcajada que llegaba de afuera, oyó a Del que decía en voz baja:

—Entra.

Era apenas un susurro, pero en la voz se percibía esfuerzo..., el de la concentración y la fuerza.

Tom movió el picaporte y empujó suavemente la puerta. La habitación estaba casi totalmente a oscuras, y nuevamente Tom tuvo la sensación de entrar en un mundo aparte que era el de Del... Salía del sol y de Arizona para entrar directamente en el misterio.

—¿Del?

—Entra.

Tom avanzó lentamente en la oscuridad. Su primera mirada por la habitación le mostró solamente la gran pecera junto al cortinaje corrido, los rostros de los magos sobre una pared en sombra. Vio que la habitación era por lo menos el doble de grande que la de la otra casa de Del; mirando a la derecha, vio un montón de cajas y objetos de madera que debían constituir el equipo de un prestidigitador. Volvió la cabeza hacia la izquierda y vio un espacio en sombras.

—Mira —ordenó Del desde el centro de las sombras.

—Eh —dijo Tom, porque al principio sólo veía el perfil de una cama.

Luego no pudo decir nada, porque de pronto vio el cuerpo rígido de Del, suspendido en el aire a casi un metro y medio sobre la cama. Del movió la cabeza hacia un lado. Sonreía como un tiburón.

Tom no podía imaginar la impresión de su propio rostro, pero dio mucha risa a Del. Riendo, descendió primero casi treinta centímetros y se detuvo bruscamente, como si hubiera chocado con un objeto, y luego bajó lentamente otro medio metro. Tom extendió una mano para sostenerlo, pero era incapaz de acercarse. La risa de Del resonó nuevamente; sus pies se apoyaron en la cama, y los siguió el resto de su cuerpo.

Tom miraba, tan asustado que sentía que podía desmayarse o vomitar, y el rostro de Del volvió a contraerse y su cuerpo se elevó nuevamente sobre la cama.

—Bien, así termina nuestro espectáculo mágico —logró decir Del, y esta vez pudo permanecer en el aire mientras reía.

## 16

—El día siguiente fue domingo —me dijo Tom en el Zanzíbar, la tercera vez que fui a hablar con él—, y yo seguía deslumbrado. Lo que realmente me pasmaba era que todo ello era un error. Porque yo sabía que era real. Ese pequeño hijo de puta realmente levitaba. Era verdadera magia, y parecía ser el momento al que nos habían conducido esa locura, los pájaros y las visiones extrañas y todo lo demás. Sentí un malestar en el estómago. Entraba en la magia, y ya no sabía qué era verdadero y qué era falso.

»Salí. Sparky, mi perro, se despertó y se puso a saltar alrededor de mí, pidiéndome que arrojara su asquerosa pelota de tenis. Levanté la pelota mojada y la arrojé contra el cerco. Sparky salió disparado hacia ella. En ese momento, antes de que Sparky llegara a la pelota, el aire se puso raro..., oscuro y granulado, como una vieja fotografía. Sparky giró sobre sí mismo y miró a su alrededor; luego gimió. Echó a correr hacia la puerta de la cocina. Sus orejas estaban gachas..., recuerdo eso, y recuerdo que me sentí aliviado: yo no estaba loco, eso sucedía realmente.

»Esa casa de cuento de hadas estaba frente a mí, en el lugar donde debería haber estado la verja, la casa con la puertita marrón y los árboles que la rodeaban y el techo de paja. Por una de las ventanitas junto a la puerta yo veía al viejo que me miraba, y se pasaba las manos por la barba. Avancé por el sendero. “Ahora, ahora, ahora... —pensé—. Ahora podré descubrirlo.” No sé qué pensaba descubrir, pero tenía esa sensación. El viejo, el brujo, si eso era, me aclararía todo. Cuando llegué a su puerta, miró otra vez por la ventana y recibí un shock. Tenía un aspecto terrible... Tan enfermo y asustado como yo había estado esa mañana. En su rostro esas sensaciones parecían horriblemente fuera de lugar..., uno pensaría que en un rostro como ése no podían aparecer semejantes cosas. Se apartó de la ventana. Yo abrí la puerta.

»La casa estaba completamente a oscuras. En el aire vi brillar una vela..., seguramente estaba sobre la repisa de la chimenea, pero no iluminaba a su alrededor, sólo brillaba. Como el ojo de un gato.

»La puerta se cerró detrás de mí. Me volví para salir, muy asustado, pero no veía la puerta. Luego oí venir algo hacia mí, y me di la vuelta para enfrentarlo.

»Y casi caí al suelo del susto. Me di cuenta de que no era una sola cosa, sino muchas cosas, y todas horribles, horribles y malas... Tal vez eran cuatro o cinco, tal vez un centenar. Yo no podía decirlo. Pero sabía que venían de él, del hombre que yo había visto o que había soñado ver en Mesa Lane el día anterior al comienzo de las clases. Era como todo ese mundo que yo había sentido antes, en la casa, el mundo mágico, convertido en mal.

»Un rostro apareció ante mí, sonriendo como un demonio, y luego otros rostros cobraron vida alrededor de él... gritando y sonriendo, las caras más horribles que jamás había visto. Sólo estuvieron ahí un momento; luego desaparecieron.

»Ahora detrás de la vela había una zona brillante. En el círculo de luz vi la sombra de

*dos manos que componían una cabeza de perro. Las orejas se levantaron. La lengua se movió. Sombras chinescas, así se llaman: hacer figuras con la sombra de las manos. Yo las había visto antes, por supuesto, pero nunca tan bien hechas..., esos dedos parecían tener tres articulaciones..., y nunca me habían parecido tan siniestras. La cara del perro se volvió hacia mí. Bien, eso es imposible en las sombras chinescas, como sabes. Pero yo veía las orejas quietas y el cuello. Luego los dedos se separaron para permitir que los ojos brillaran entre ellos. Eso fue tan horrible como la cara. Los ojos eran sólo luces vacías, y, parecían completamente malévolos. No era un perro, y yo lo sabía. Era la cabeza de un lobo.*

*»Luego los ojos se agrandaron, las manos aletearon, se doblaron y se confundieron entre sí para formar un pájaro. Un pájaro con alas gigantescas y un pico amenazador.*

*»Voló directamente hacia mí, aún en su círculo de luz, con las garras extendidas... No eran manos, era un pájaro de sombras. Yo me agaché, y oí risas en toda la habitación.*

*»El pájaro de sombras desapareció en la oscuridad. Oí el ruido que hacía, y giré la cabeza para seguirlo, y vi otro tipo de sombras chinescas. Un grupo de hombres daba puntapiés a un muchacho, lo mataban a puntapiés. Formaban un círculo alrededor de él... yo les oía gruñir, oía los golpes de sus pies. Uno de ellos le dio un puntapié en la cabeza, vi volar la sangre, salpicando hacia todos lados. Esto tenía lugar en el círculo de luz, pero no era posible que lo produjeran los dedos. Los hombres patearon a un costado el cuerpo del muchacho, se separaron como si al fin y al cabo fueran manos, y volvieron a agruparse formando una palabra: SOMBRA. Luego apareció otra serie de letras: TIERRA. Tierra de las Sombras. Oí risas alrededor de mí, risas malignas, y no supe si todos esos rostros retorcidos que me observaban se reían porque querían advertirme que me alejara de la tierra de las sombras, o porque sabían que yo identificaría al muchacho muerto con Del, y sabría que debía ir allí.*

*—¿Que tenías que ir? —pregunté.*

*—Que tenía que ir —dijo Tom.*

El día de la exhibición de deportes llegué por la mañana a la escuela una hora más temprano: mi padre, que me llevó, tenía una cita a las siete y treinta en el centro de la ciudad. Me dejó en la acera de enfrente de la Escuela Superior y yo crucé la calle y subí los peldaños. La puerta principal estaba cerrada. Espié por el vidrio y vi una entrada vacía y oscura, y una escalera que ascendía a la biblioteca, también oscura.

Durante un rato me quedé sentado en los peldaños, al sol, esperando que el portero o uno de los profesores llegara y me abriera. Luego me aburrí y bajé los escalones hasta la acera. Cuando miré hacia atrás, la escuela había cambiado; al verla vacía, me parecía nueva. Carson parecía un lugar tranquilo, bien ordenado, y separado del resto del mundo, como un monasterio. Parecía hermoso. En la luz de la mañana, Carson era un lugar donde nada podía andar mal.

Por la calle, me deslicé entre los barrotes del portón frente a la entrada particular del director. Avancé hacia el sendero particular y luego seguí por el césped. Desde ese lado sólo podía ver los viejos edificios de la escuela Carson. Esta vista también parecía misteriosamente tocada por la magia. Por un momento mi corazón se conmovió y olvidé todas las cosas malas que habían sucedido, y amé ese lugar.

Luego, después de alejarme hacia la parte posterior del edificio y pasar por un hueco entre el seto, vi una forma tendida boca abajo en el césped, junto a un portafolios, y supe que no estaba solo. Los cabellos muy cortos, la espalda gruesa que estiraba la tela de la chaqueta: era Dave Brick. Mi euforia se agotó en un instante. Brick estaba tendido desconsoladamente en el césped, en el lugar donde el señor Robbin nos había llamado para señalarnos el satélite. La chaqueta ridículamente ajustada era de Tom Flanagan. Brick la había tomado prestada porque por distracción se había dejado la suya en casa dos días antes, y Flanagan era el único muchacho que tenía una chaqueta extra en su armario. Brick arrancaba puñados de hierba con lentitud y método. Cuando me vio comenzó a arrancarla con mayor rapidez.

—Llegas temprano —dijo—. Pájaro madrugador.

—Mi padre tenía una cita temprano en el centro.

—Ah. Yo siempre llego temprano. Así tengo más tiempo para estudiar. El portero se ha atrasado esta mañana. —Suspiró, y finalmente dejó de arrancar el césped. En cambio volvió la cara hacia abajo—. Todo comenzará otra vez.

—¿Qué?

—Las preguntas. Ese asunto de la Gestapo. Con nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Oí hablar a Broome con la señora Olinger anoche cuando salí de la escuela. El



quería que yo le oyera.

—Ay, Dios mío —dije, con impaciencia y también con aprensión.

—Sí. Estuve a punto de faltar esta mañana. —Luego se incorporó apoyándose en los antebrazos. Temí por la chaqueta de Tom—. Pero no podía, porque entonces él sabría por qué, y me trataría aún con más rudeza cuando volviera.

—Tal vez ahora no te llame —dije.

—Tal vez. Pero si me llama, esta vez se lo diré. Ya no puedo soportarlo. Y ahora será peor.

—Yo ya se lo dije a Thorpe, y no sirvió de nada.

—Porque no le dijiste que yo vi a Esqueleto también. Fuiste muy bueno. Yo, sabes..., te estoy agradecido. Pero ya no me importa Esqueleto. Si Broome me llama durante la clase de latín, se lo diré.

—Pienso que no te creará.

—Sé que me creará —respondió simplemente Brick—. Haré que me crea. No me importa que toda la escuela se haga pedazos.

Cuando apareció el portero, entré con Brick, con la sensación de penetrar en un laberinto donde esperaba agazapada una bestia con cabeza de toro.

Cinco minutos después de comenzar la clase de latín, apareció la señora Olinger con una nota doblada en la mano. Dave Brick me miró con pánico. El señor Thorpe gruñó, se retuvo para no gritar, y arrancó la nota de las manos de la señora Olinger. La desdobló, la leyó y se pasó una mano por la cara. Su rechazo era tan fuerte como un grito.

—Brick —dijo—. Despacho del director. Ahora mismo.

Brick temblaba de un modo tan incontrolable que dejó caer sus libros dos veces mientras trataba de meterlos en el portafolios. Finalmente se puso de pie y avanzó trastabillando hasta el centro del aula. Me miró con el rostro blanco y los ojos opacos. Con la chaqueta de Flanagan parecía Oliver Hardy.

Luego otra vez tuve la sensación de una vida secreta que corría por la escuela, que latía sin que nadie la viera, que zumbaba como un motor. Después de la clase de latín, la señora Olinger esperaba fuera del aula. Parecía incómoda, como todos los mensajeros que traen malas noticias. La señora Olinger tocó el codo al señor Thorpe y le murmuró unas palabras al oído.

—Caramba —dijo el señor Thorpe—. Muy bien, ya voy —y bajó rápidamente la escalera del director.

Nosotros fuimos al salón del señor Fitz-Hallan y encontramos una nota escrita en el pizarrón que nos decía que se había cancelado la clase y que debíamos emplear el tiempo libre para leer dos capítulos de *Grandes esperanzas*.

—¿Qué sucede? —me preguntó Bobby Hollingsworth, cuando nos sentamos y abrimos nuestros libros.

—No puedo explicarlo —dije.

—Apuesto a que finalmente han decidido echar a Brick —dijo Bobby

alegremente.

Terminé los capítulos y fui a buscar otro libro a mi armario. Por el camino pasé frente al aula de cuarto año y oí una voz, que creí era la de Terry Peters, diciendo una frase que contenía la palabra «esqueleto». Me detuve y traté de oír lo que decía, pero la puerta era demasiado gruesa.

Después de sacar el libro del armario, eché una mirada al patio acristalado y vi al señor Weatherbee que salía corriendo de su aula y continuaba corriendo por el pasillo, muy agitado. La señora Olinger lo seguía.

El señor Fitz-Hallan, el señor Weatherbee, el señor Thorpe... eran el tribunal que había oído mis acusaciones originales.

En el vestíbulo, unos muchachos mayores pasaron corriendo, las puertas de los armarios se cerraron de golpe y sonaron los timbres a intervalos irregulares.

Cuando entramos en el auditorium persistía un aire de desorganización general pero no reconocida. Sobre el escenario había un piano frente a una batería y un bajo, los estudiantes estaban de pie en los pasillos, moviéndose y charlando, deshaciendo los grupos, llamándose unos a otros. Muchas de las clases de la mañana se habían quedado sin profesores. Morris vio a Hanna y a Brown de pie en el otro extremo del auditorium, y fue a reunirse con ellos para esperar el aviso. Vi que el señor Thorpe hacía un gesto negativo al señor Ridpath y luego se apartaba de él. Sus ojos buscaron los míos, y señaló un lugar junto a la puerta. El señor Ridpath también me miró con furia, pero el señor Thorpe parecía mucho más enojado que él.

Llegó a la puerta antes que yo y me miró inexpresivamente mientras me acercaba a él. Parecía un trozo de hielo con cabellos grises... El monte Rushmore, cubierto de hielo. Esperó unos segundos, haciéndome transpirar, antes de hablar.

—Quiero que estés en mi oficina a las tres quince en punto —eso era todo lo que pensaba decir, pero no pudo evitar dejar salir algo de su rabia—. Me has causado más problemas de los que imaginas. —Como no pude replicar, dejó escapar un resoplido y agregó—: No quiero verte hasta las tres quince.

Iba a expulsarme, y yo lo sabía. Caminé débilmente hasta la primera fila de asientos y me senté junto a Bob Sherman. La mayor parte de los alumnos aún estaban de pie y conversando.

—Muchachos —gritó la señora Olinger—. Siéntense, por favor.

Tuvo que repetir lo mismo varias veces antes de que le prestaran atención. Gradualmente terminó el zumbido de la conversación y fue reemplazado por el ruido de las sillas arrastradas por el suelo. Luego se oyeron nuevamente algunas voces.

—Silencio —gritó el señor Thorpe.

Y entonces hubo silencio. Morris, esperando a un lado del salón con los otros miembros de su trío, parecía paralizado por el miedo a actuar.

Sólo entonces pensé en buscar a Esqueleto Ridpath: si estaba entre el público significaría que él también iría a la oficina de Thorpe a las tres quince. Me di la vuelta y vi que no estaba en las dos filas de los alumnos de cuarto año. De manera que quizá Broome lo había expulsado ya.

Desde el podio al frente del escenario, la señora Olinger decía:

—Esta mañana tenemos el privilegio de presenciar las primeras actuaciones de nuestros dos clubs. Para comenzar, por favor, presten toda su atención al trío Morris Fielding, con Phil Hanna en la batería y Derek Brown acompañándolo en el violón.

Morris le sonrió por la terminología antigua, y supe que al menos él estaría bien. Los tres subieron la escalera hasta el escenario. Brown tomó el contrabajo y

Morris dijo:

—Uno... Uno... Uno... Uno... —y comenzó a tocar *Alguien me ama*.

El sonido era como la luz del sol, el oro y los manantiales de la montaña, y yo eliminé todo lo demás para concentrarme en la música.

Durante el último número de Morris oí un zumbido desconcertado y algunos murmullos. Me volví y vi cuál era la causa. Laker Broome acababa de entrar en el auditorium. Tenía una mano clavada en el hombro de Dave Brick. Brick tenía el rostro blanco, y sus ojos estaban hinchados. Morris también volvió la cabeza para ver lo que sucedía, y luego volvió a su piano con gesto decidido. Le oí insertar una frase de *Hail, Hail, the Gang's All Here* en su solo.

Dadas las circunstancias, disfrutaba de la situación, lo cual era una definición de heroísmo; pero al mirar la postura rígida y el rostro asesino de Laker Broome, pensé que la bomba que yo había esperado durante toda la mañana acababa de ser arrojada en el auditorium.

El director aplaudió junto con todos los demás cuando Morris se levantó e hizo una reverencia. Dave Brick se había sentado en una silla vacía en el fondo del salón, aparte del resto de los estudiantes. El señor Ridpath lo miró con odio por un momento, y luego comenzó a acercarse al señor Broome, esperando una última palabra, pero el señor Broome lo miró directamente al centro de su rostro estrecho, y el señor Ridpath quedó paralizado.

—Atención, muchachos —gritó el señor Broome.

Una vez que todos nos volvimos en nuestros asientos para mirarlo, comenzó a hablar y a caminar por un costado del auditorium hasta el pie del escenario, mientras nosotros lo seguíamos con la mirada... Era un despliegue de poder.

—No me gusta interrumpir esta interesante actuación, pero quiero que presten atención y compartan una historia fascinante. Les prometo que sólo ocuparé un momento de su tiempo y luego podrán disfrutar de la segunda parte de este excelente espectáculo. Caballeros, finalmente tenemos la respuesta al único gran problema que ha tenido esta escuela desde su fundación, y quiero que todos ustedes, personalmente, presencien el acto final de ese problema —sonrió. Ahora estaba en el podio, y con indiferencia burlona apoyó un codo en la madera: estaba tenso como un arco. —Algunos de nosotros nos reuniremos a las tres quince en el despacho del subdirector. Será una reunión privada. A las cuatro quince quiero que toda la escuela esté nuevamente reunida aquí como ahora. Esta escuela ha estado mal, y es hora de cortar las ramas enfermas. —Volvió a sonreír con dureza, y vi en él el mismo demonio que ardía en el rostro de Esqueleto Ridpath antes de pegar a Del—. Y ahora creo que veremos un espectáculo de magia realizado por dos miembros de primer año.

Parecía que Broome quería dar un espectáculo en gran escala después de las horas de clase, con brazos y piernas cortados en público y cristianos arrojados a los leones. Quería responder a las actuaciones de los estudiantes con una propia. Ese demonio que había brillado en sus ojos era el demonio de la ambición y de los celos, que no admitía que lo dejaran en segundo plano. Tom y Del se levantaron en silencio de sus asientos y pasaron junto al señor Broome para subir los escalones del escenario.

Broome caminó hacia un costado y se apoyó contra la pared más alejada, junto a una de las grandes puertas, cruzando los brazos sobre su pecho. Sonreía para sí mismo. Tom y Del cerraron el telón, y por unos momentos oímos pasos y el ruido del equipo trasladado al escenario. El piano fue empujado sobre sus ruedas con un ruido de camión. Luego oímos el susurro de la tela. Por fin el telón se levantó, mostrando un cartel pintado sobre un soporte.

## FLANAGINI Y LOS ILUSIONISTAS DE LA NOCHE

La mayoría de los estudiantes sentados frente al escenario se echaron a reír.

El escenario se llenó de humo blanco, que se expandió y comenzó a ascender hacia las vigas y las luces, y vimos que el cartel había desaparecido. En su lugar estaba Tom Flanagan, vestido con algo que parecía una colcha india y un turbante del mismo material. Junto a él había una mesa alta cubierta de terciopelo negro, y del otro lado de la mesa estaba Del. Llevaba smoking y una capa. Otra vez hubo risas, y los dos muchachos hicieron una reverencia al unísono. Cuando se incorporaron, el humo había desaparecido totalmente y sus rostros revelaban su nerviosismo.

—Somos Flanagini y Night —dijo Tom, recitando su parlamento a pesar de las risas—. Somos magos. Venimos a asombrar y a entretener, a aterrorizar y a deleitar. —Levantó la cubierta de terciopelo de la mesa, y algo parecido a una bola de fuego o una estrella fugaz se elevó desde ahí y se incendió a unos dos metros sobre sus cabezas para luego apagarse. Laker Broome miraba todo esto como si estuviera mirando a un moscardón—. Y quizá, también, a divertir.

Del se quitó la capa de sus hombros, la arrojó sobre la mesa y un conejo blanco de juguete de un metro veinte de alto saltó, tan parecido a un conejo real y tan grotesco que algunos muchachos se quedaron con la boca abierta. Todos quedamos conmocionados por un segundo, y luego Del lo tomó por una de sus largas orejas, lo volteó y lo arrojó sobre su hombro, a la oscuridad que tenía a sus espaldas. Había una gracia profesional instintiva en sus movimientos, y eso (y el percibir que el conejo era un juguete de trapo) nos hizo reír a todos, con ellos ahora, y no contra ellos.

Realizaron varios juegos con cartas haciendo intervenir a muchachos del público; una serie de trucos con pañuelos y cuerdas, entre ellos uno en el que Night probó que podía escapar en tres minutos de una cuerda anudada por dos jugadores de béisbol; hicieron aparecer una docena de ramilletes de flores naturales en el aire. Luego Flanagini metió a Night en un armario y lo atravesó con espadas, y cuando Night apareció entero, éste trajo otro armario (negro y cubierto de dibujos chinos) y puso a Flanagini dentro de él.

—La cabeza que habla, o Falada —anunció Night, golpeando el armario por todos los costados para demostrar que era sólido.

Cerró un panel lacado y ocultó el cuerpo de Flanagini. La cabeza con turbante miraba hacia afuera, impasible.

—¿Listo? —preguntó Night, y la cabeza asintió.

El panel superior se cerró. Night sacó una larga espada, tomó una naranja de un bolsillo de la mesa, arrojó la naranja al aire y blandió la espada para cortarla por la mitad.

—Una espada de samurai bien afilada —dijo, y la dobló—. Un instrumento de

lucha mortal.

La hizo silbar otra vez en el aire y luego la arrojó en dirección oblicua en la junta de dos paneles. Se envolvió las manos con pañuelos negros y hundió profundamente la espada en la junta, donde parecía encontrarse con un obstáculo. Night hizo una pausa para ajustar los pañuelos en las palmas de sus manos, puso sus manos otra vez sobre la espada y empujó. Dejó escapar un gruñido y empujó otra vez. La espada se deslizó hasta el otro lado del armario y Night la arrancó de allí y la secó con uno de los pañuelos. Luego retiró la parte inferior del armario de manera que ya no servía de apoyo a la parte superior. Abrió el panel de la parte inferior para mostrar el cuerpo de Flanagini desde el cuello para abajo.

—La danza de la muerte —dijo, y golpeó el costado del armario con la hoja de la espada.

Por un momento el cuerpo cubierto con el atuendo indio se convulsionó y tembló.

—La cabeza que habla.

Se dirigió hacia la izquierda de la parte superior y abrió el panel. La cabeza de Flanagini apareció bajo el turbante.

—¿Cuál es la primera ley de la magia? —preguntó Night.

Y la cabeza flotante respondió:

—*Como es arriba, es abajo.*

—¿Y cuál es la segunda ley de la magia? —preguntó Night.

—*El mundo físico es una ilusión.*

—¿Y cuál es la tercera ley de la magia?

—*La realidad es una necesidad.*

—¿Y cuántos libros hay en la biblioteca?

—No recuerdo —se oyó la voz inconfundible de Tom Flanagan, y la risa nos sacudió como si hubiéramos estado embrujados.

Night cerró los dos paneles y corrió la parte inferior del armario hasta colocarla bajo la parte superior. Cuando abrió los paneles salió Tom, intacto.

Aplausos frenéticos.

—Sólo una ilusión —dijo Night—. Un destello, una diversión.

Night se enderezó, y estaba tan negro y serio como el ala de un cuervo.

—Pero lo que es ilusorio puede ser cierto, y ésa es la cuarta ley de la magia, como el relámpago que está aquí y en seguida desaparece como la sonrisa de un brujo.

(El humo blanco comenzó a llenar nuevamente el escenario.)

—Y los sueños y las más profundas fantasías del hombre, estas ilusiones llenas de verdad, son el verdadero país de la magia. Como el sueño de...

(De pronto las grandes puertas en un costado del auditorium se abrieron de par en par. Uno de los muchachos del fondo, varias filas detrás de mí, gritó.)

—...El sueño de abrir las puertas de la mente.

(Extendió los brazos.)

—La mente se abre, los hombros se abren, el cuerpo se abre. Y podemos...

El humo, no blanco sino amarillento y grasoso, entraba por las puertas.

Del dejó de pronunciar su galimatías mágico y miró las puertas. Su rostro se contorsionó. Abandonó la pose de mago profesional y se convirtió en un chico de catorce años, muy confundido. Un segundo antes de que el público se volviera loco, tuve tiempo de ver que Tom, Flanagini, también miraba algo y que él también estaba consternado. Pero no miraba las puertas abiertas: miraba al fondo del auditorium..., a un lugar tan alto que debía estar cercano al cielorraso.

El señor Broome dio un paso hacia las puertas, vio lo que había que ver, luego se volvió y señaló a la pareja insignificante del escenario. Gritó:

—¡Ustedes hicieron esto!

—Tienes razón —me dijo Tom en el Zanzíbar—. Ni siquiera vi lo que había afuera hasta unos segundos después. Yo estaba allí esperando que Del dijera la última palabra: «volar». Había recitado todo el discurso excepto eso, y luego iba a volar y a asombrar a todo el mundo. Habíamos encontrado la manera de hacer que esas puertas se abrieran semanas antes, y si Del lo lograba, trataría de llegar a la primera puerta y luego saldría caminando, y ése sería el final del espectáculo. Yo esperaba oír la última palabra, «volar», y estaba muy asustado, pero entonces miré ese extremo del auditorium y vi dos cosas que me asustaron mucho más. Una de ellas era a Esqueleto Ridpath. Tenía un aspecto terrible. Parecía un gran murciélago, o una araña gigantesca..., algo horrible. Y la otra cosa que vi tomó cuerpo una fracción de segundo después, como si Ridpath y yo la hubiéramos atraído. Era un muchacho en llamas... tragado por el fuego, fuego que no podía estar allí, fuego que parecía salir de él. Lo miré con la boca abierta, y el muchacho en llamas desapareció. No sé cómo pude permanecer en pie. Cuando Laker Broome comenzó a gritarnos, miré y vi lo que veía Del, toda la casa del campo de deportes en llamas. Todo ese humo que surgía, y los saltos de las llamas. Volví a mirar a Esqueleto, pero ya se había ido... tal vez nunca estuvo allí. Luego todo el mundo se volvió loco.



El grito de Laker Broome paralizó a todos, a los magos y al público, y por un segundo también al muchacho que había gritado un momento antes. Y luego este segundo de silencio se quebró... Entretanto habíamos oído el rugido terrible de un incendio monstruoso. Todos se pusieron de pie y corrieron hacia las dos puertas, arrojando las sillas. Laker Broome gritaba:

—¡Todo el mundo afuera! ¡Todo el mundo afuera!

Tal vez cinco muchachos salieron por las puertas antes de que el señor Thorpe gritara:

—¡Deténganse!

Las puertas ya eran un pandemónium: todos nos arremolinábamos y luchábamos por salir, y los muchachos que habían dejado de gritar trataban de volver a entrar.

—Retrocedan —gritó el señor Thorpe, y comenzó a empujar a los muchachos hacia dentro del auditorium.

Luego sentimos el calor y la multitud retrocedió, derribando a los muchachos más pequeños que estaban al fondo.

Cuando las puertas quedaron libres, vimos las llamas, a un metro y medio o dos metros del auditorium..., el exterior parecía un mundo sólido de fuego. La vieja casa de madera estaba completamente en llamas. Una de las torrecillas se doblaba hacia un lado, inclinada sobre el enorme cuerpo del incendio como un nadador a punto de zambullirse.

Los muchachos que habían salido y vuelto a entrar permanecían junto a las puertas, mareados, enrojecidos y aterrados. Vi con asombro que uno de ellos, un alumno de segundo año llamado Wheland, ya no tenía cejas..., su rostro parecía un huevo rosado.

—Estúpido —dijo Thorpe al director—. ¿No veías? Estuviste a punto de hacerlos morir.

Broome lo miró con ferocidad, y luego tomó al alumno de segundo año por el hombro.

—¿Qué viste allí afuera, Wheland?

—Fuego, señor. Tenemos que salir por delante.

El señor Thorpe envió a la señora Olinger a la oficina a llamar a los bomberos.

—¡Rápido!

—¿No pudieron salir por el lateral?

—Los arbustos están en llamas. A ambos lados. No se puede salir por allí.

Al oír las palabras de Wheland, todos corrieron hacia la puerta del vestíbulo. Era mucho más angosta que las paredes laterales del auditorium, y en cuestión de

segundos quedó bloqueada por una multitud de muchachos. Vi a Terry Peters que derribaba a un alumno de segundo año llamado Johnny Day y luego arrojaba a Derek Brown sobre él.

—¡Mi bajo! —gritó Brown.

Corrió hacia una fila de alumnos altos del último curso, tratando de llegar al escenario. Muchos de los muchachos gritaban. Vi con horror que la señora Olinger estaba en medio de la multitud que forcejeaba, y no podía llegar al teléfono.

Entonces me di cuenta de que la sala se llenaba de humo.

—Tenemos que cerrar esas puertas —gritó Tom desde el escenario.

Se quitó la indumentaria india y saltó abajo. El señor Thorpe corrió a ayudarlo.

El señor Ridpath gritaba órdenes sin sentido. Los otros profesores subieron corriendo al ver lo que hacían Tom y el señor Thorpe. Un alumno de cuarto golpeaba a los muchachos con una silla de metal, tratando de abrirse camino hacia las puertas, y yo me acerqué para tratar de ayudarles a cerrarlas.

El humo ya era muy denso en ese lado del auditorium. Pasé junto al señor Thorpe, que dijo:

—Toma esto y tira.

Era la barra de metal de la puerta, y estaba muy caliente.

—Sogas —murmuró el señor Fitz-Hallan.

Y Tom dijo:

—Las usamos... para poder tirar de ellas desde el fondo del escenario; están en la ventana del fondo...

—Mierda —murmuró el señor Thorpe, y por un momento buscamos en el suelo junto a la puerta e hicimos entrar una gran longitud de sogas.

Todos teníamos dificultad para respirar: el humo se nos metía en los ojos y la garganta y quemaba como un ácido.

—Ya están todos —dijo Tom.

A través del humo veíamos la pared de fuego que alguna vez había sido la casa del campo de deportes: las dos torrecillas habían desaparecido y una columna de humo más negro se elevaba directamente desde el centro de la masa ardiente. Cerramos las puertas ante las llamas que avanzaban.

Me volví y choqué con Del, que se acercaba entre un laberinto de sillas volcadas.

—No veo nada —dijo.

Los muchachos que estaban junto a la puerta bloqueada seguían gritando. Del cayó sobre las patas de una silla volcada.

Luego Tom apareció milagrosamente a mi lado y levantó a Del.

—Nadie podrá pasar por la puerta —me gritó al oído—. Podéis salir subiendo al escenario.

—El equipo —dijo Del—. Tenemos que sacarlo.

—Lo sacaremos —respondió Tom—. Mira, sube allí..., podrás ver mejor. No

habrá tanto humo.

Levantó en brazos a Del hasta el escenario. Del avanzó y siguió a tientas hasta que encontró lo que quería salvar.

—¿Dónde está Esqueleto? —dijo Tom cerca de mi cara; su propia cara estaba grasienta y tensa, y sus ojos parecían blancos.

—Tenemos que apartarnos de esa puerta.

El señor Broome y el señor Ridpath gritaban en el otro lado del auditorium y arrancaban a los muchachos que estaban cerca de la puerta. El señor Fitz-Hallan apareció en medio del humo junto a mí, llevando a un muchacho en brazos.

—La puerta del escenario —dijo—. Algunos se están desvaneciendo. Hay heridos. —La señora Olinger se aferraba a su chaqueta—. Ya vuelvo —dijo Fitz-Hallan, y se arrastró sobre las tablas; dejó al muchacho y levantó sin ceremonias a la señora Olinger.

Hollis Wax se acercó a las puertas que Flanagan y los profesores habían logrado cerrar y las golpeó con el puño.

—¡Están calientes! —gritó—. ¡Se van a quemar!

Tom corrió hacia él; veía en medio del humo como un murciélago. Wax inmediatamente corrió hacia el escenario. Luego, vi borrosamente que Tom levantaba a Brown y lo arrastraba por el suelo hacia mí.

—Súbelo al escenario —ordenó.

Y yo puse mis brazos debajo de Brown y subí sus hombros al escenario. Luego le levanté las piernas para subirlas.

—Sácalo afuera —gritó Tom desde alguna parte.

Vi al señor Fitz-Hallan que venía hacia mí con otros muchachos: le seguía una fila de estudiantes que gemían, como antes la señora Olinger. Subí al escenario junto al profesor de inglés y saqué afuera a Brown y pasamos por la puerta al vestíbulo. Aun ahí afuera llegaba humo desde el corredor.

—El bajo —suspiró Brown, incorporándose y frotándose los ojos.

Hollis Wax avanzó por el corredor, mirando hacia atrás. Tom y Fitz-Hallan salieron junto conmigo, y Wax nos vio, se volvió y corrió mientras Fitz-Hallan le hacía una seña.

—Todos ustedes —gritó Fitz-Hallan—, sigan afuera a Wax y esperen en el estacionamiento.

Doblado sobre sí mismo, el señor Ridpath salió al vestíbulo en el momento en que nosotros volvíamos a entrar. Le seguía un pequeño grupo de muchachos y profesores que tosían.

—No puedo... —dijo Ridpath, y luego se inclinó un poco más, tosiendo.

—Afuera —ordenó Fitz-Hallan.

Tom ya había vuelto..., le vi deslizarse por el escenario oscuro. Brown tomó a Ridpath de la mano y comenzó a avanzar tan rápidamente como podía por el corredor que había seguido Wax. El muchacho que había tratado de abrirse camino a

golpes de silla saltó por la puerta en el momento en que Tom desaparecía de la parte delantera del escenario para volver a entrar en el caos de humo del auditorium.

Yo crucé lentamente el escenario, sin respirar. Me ardían los ojos por el humo. «El baño», pensé, y entonces advertí que en el escenario sólo quedaba el piano. La casa del campo de deportes lanzaba unos rugidos que parecían el fin del mundo. El señor Broome subió al escenario y se acercó a mí.

—Tú —dijo—. Te ordeno que salgas de este lugar inmediatamente.

Miré hacia el auditorium y vi que las puertas estaban en llamas. Hacía más calor que en una sala de máquinas. Unos veinte muchachos se hallaban tendidos en un montón frente a la salida del vestíbulo; el señor Weatherbee se inclinaba en medio del humo, arrastrando a dos muchachos hacia mí. Salté abajo y ayudé a subirlos al escenario.

—No puedo seguir aquí —gritó, y cayó al podio; tomó a los muchachos por las muñecas para dirigirse a la puerta del fondo; cuando llegó a ella se arrastraba.

Tom y el señor Fitz-Hallan arrastraban muchachos inconscientes del montón. Bajé de un salto, y las puertas que daban afuera cedieron en el mismo momento. El fuego entró como si viniera de un lanzallamas. Inmediatamente aparecieron estrías negras en el suelo del auditorium.

—Levántate del suelo, Whipple —gritó el señor Broome. Alcé la mirada, sorprendido al verlo en el borde del escenario como si fuera un actor—. Si no, arderás como una tajada de tocino. Levántate del suelo.

Sobre el ruido del fuego oí las sirenas.

El señor Broome gritó:

—¡Todos afuera! ¡Ahora mismo! ¡Todos afuera!

El señor Whipple era demasiado pesado para levantarlo. Aspiré humo ardiente; se me doblaron las rodillas y sentí un fuerte malestar en el estómago. Tom apareció junto a mí, llevando a uno de los muchachos inconscientes.

—¡Afuera! ¡Afuera! ¡Afuera! —gritó el señor Broome.

El telón del escenario se incendió, y desde el suelo lo vi arrugarse y desaparecer como si fuera papel de seda. El señor Fitz-Hallan cayó de rodillas a seis metros de distancia. El estómago del señor Whipple hizo ruidos, él se dio cuenta y vomitó a un metro de mi cabeza. Vi a Tom que se llevaba un brazo a la boca, y oí sus arcadas mientras tiraba del brazo del señor Fitz-Hallan. Luego una forma enorme con ropas negras y brillantes se inclinó sobre mí y me levantó. Tenía olor a humo.

*Pasta de héroe*

El bombero me llevó al estacionamiento, donde cuatro camiones lanzaban arcos de agua sobre la casa del campo de deportes y contra el costado del auditorium. Me colocó en el césped, junto a uno de los camiones, y yo logré sentarme. Llevaban al señor Fitz-Hallan a la salida del estacionamiento, y también a Tom. Los dos parecían científicos locos en un libro de historietas, con las caras manchadas de negro, las ropas humeantes. Detrás de ellos venía una hilera de bomberos que llevaban a los últimos muchachos: ya no eran veinte, sólo cinco o seis. Un bombero con el rostro enrojecido avanzaba dando tumbos llevando al señor Whipple.

Una ambulancia se detuvo frente al estacionamiento cerca de la puerta lateral. Los camilleros saltaron y abrieron las puertas posteriores para sacar las camillas. Logré ponerme de pie. Morris, Sherman, Bobby Hollingsworth y los demás estaban agrupados en el césped junto al estacionamiento, y miraban los arcos de agua que desaparecían en la casa del campo de deportes. Yo veía líneas rojas en el rostro de Morris... Alguien le había pegado y le había hecho un corte en el cuero cabelludo. Parecía elegante e imperturbable a pesar de la sangre que le cubría la cara, y de pronto me puse a llorar.

—Está bien —dijo Tom. Una vez más, milagrosamente, estaba junto a mí—. Acabo de echar un vistazo, y creo que todo el mundo está bien. ¿Viste a Esqueleto Ridpath?

Me enjuagué los ojos.

—Creo que no está aquí.

—Bien, yo creo que sí —dijo Tom.

Se apartó y fue hacia los profesores, que estaban agrupados en el fondo del estacionamiento, rodeando al señor Broome. Daba la impresión de que el director había estado en el auditorium más tiempo que cualquier otro..., su rostro estaba casi negro. Tenía manchas de ceniza en la chaqueta. Miró a Tom sin verlo y continuó su monserga con el señor Thorpe. Su doberman estaba junto a él, agotado y también manchado de ceniza. El perro olía a humo y a madera y a metal retorcido..., lo vi desde donde estaba..., y me di cuenta de que probablemente a mí me sucedía lo mismo.

—No puedes decirme que no había un muchacho fumando —dijo Broome—. El incendio comenzó en una de las torres. Lo vi claramente. ¿Qué otra cosa les hemos estado diciendo a los muchachos día tras día? —Trastabilló un poco y el señor Thorpe lo tomó del codo para mantenerlo en equilibrio—. Quiero una lista de todos los muchachos que estaban en el auditorium. De esa manera encontraremos al

culpable. Una lista, y hay que ir tachando...

—Señor Broome —dijo Tom.

Un bombero pasó corriendo, luego otro.

—Aquí hay hombres trabajando —dijo el señor Broome—. Salgan del camino.

—¿Steve Ridpath estaba en la escuela esta mañana? —preguntó Tom.

—Lo enviaron a su casa.

—Está en casa —dijo el señor Ridpath, tosiendo—. Se llevó el coche. Gracias a Dios.

—¿Iban a expulsar a Del de la escuela? —preguntó Tom.

—No seas estúpido —dijo Broome—. Tenemos cosas que hacer. Ahora, déjanos.

Un hombre corpulento vestido como un policía avanzó por el sendero y se detuvo junto a Tom y a mí. Llevaba una insignia que decía «Jefe».

—Quién es el director aquí? —preguntó.

El señor Broome se puso tieso.

—Yo soy el director.

—¿Puedo hablar con usted un segundo?

—Estoy a su disposición —respondió el señor Broome, y siguió al jefe hasta el centro del estacionamiento.

—¿Dónde está Del? —preguntó Tom—. ¿Vieron a Del?

—¿Un muerto? —dijo Broome en voz alta, como si nunca hubiera oído la palabra.

Los dos bomberos que habían pasado corriendo un poco antes salían por la puerta lateral llevando un cuerpo en una camilla.

—En la chaqueta dice Flanagan —dijo el jefe de bomberos.

—Flanagan no ha muerto —respondió tranquilamente el señor Broome—. Flanagan está bien vivo. Yo mismo le ayudé a salir del auditorium.

—Ah, no —dijo Tom, pero no para contradecir la mentira del director.

El señor Fitz-Hallan y la señora Olinger, seguidos de cerca por el señor Thorpe, ya estaban en la puerta de la ambulancia. Cuatro muchachos que se habían desmayado a causa del humo gemían en las camillas en el interior del vehículo. Oí un estruendo cuando se derrumbó lo que quedaba de la casa del campo de deportes. Los muchachos gritaron como si estuvieran viendo fuegos artificiales. El señor Fitz-Hallan se agachó y levantó suavemente el borde de la manta. No pude oír las dos o tres palabras que pronunció.

—Deja que esos hombres continúen con su trabajo, Flanagan —gritó el señor Broome.

Cuando subieron el cuerpo cubierto a la ambulancia, la regla de cálculo con su estuche de cuero se deslizó por el borde y golpeó contra el acero blanco.

Esta es la última de las tres imágenes que he conservado del primer año en Carson..., una imagen compuesta, en realidad. La regla de cálculo de Dave Brick golpeando contra la parte inferior de las puertas de la ambulancia, los muchachos

gritando al ver caer lo último que quedaba de la casa del campo de deportes, el señor Broome vociferando impacientemente: en eso se había convertido tanta irónica educación. Un muchacho muerto, algunos gritos, el aullido de un loco.

Tom y yo encontramos a Del sentado en el césped frente a la escuela. Hacía guardia junto al equipo de magia, el contrabajo y la batería de Phil Hanna, que había logrado sacar mientras Tom salvaba vidas. Había visto llegar los camiones de los bomberos y la ambulancia, pero no había venido al estacionamiento porque tenía miedo de que alguien robara el contrabajo de Brown.

—Para él era muy importante —dijo—. Y de todas maneras, oía toser y gritar a todos, de manera que sabía que estaban bien. —Miró el rostro de Tom, luego el mío—. Están bien, ¿verdad? Tom se sentó junto a mí.

*La graduación*

Cuatro profesores, incluidos el señor Fitz-Hallan y el señor Thorpe, se quedaron toda la noche en el hospital debido a las inhalaciones de humo; y también veinticuatro muchachos. La edición matutina del principal periódico de la ciudad llevaba este titular: «EL DIRECTOR DE UNA ESCUELA DE CATEGORÍA SALVA LA VIDA A CIEN MUCHACHOS». «Alumno de primer año fallecido», era el subtítulo. Nadie volvió a mencionar jamás la expulsión ni el robo, como si el incendio hubiera resuelto toda la cuestión.

En todo caso, no había a quién mencionárselo: se suspendieron las clases que faltaban para terminar el año y los profesores pusieron las notas finales promediando todo el trabajo hasta el día del incendio. Muchos muchachos creyeron hasta cierto punto la historia de que Laker Broome había salvado él solo a la mayor parte de la escuela, porque los periódicos lograban que un acontecimiento caótico pareciera más claro que lo que había sido para los implicados. Pero recordaban lo que había hecho Tom Flanagan; sólo la dirección y la mayoría de los padres pensaron que los periódicos decían la verdad. Querían creer que la administración de la escuela se había comportado en una crisis en la forma que a ellos les hubiese gustado.

Un periodista fotografió al señor Broome en la recepción al aire libre después del comienzo de las clases. Cuando mirábamos la colina en dirección a la Escuela Superior veíamos el enorme agujero en el paisaje en el lugar donde había estado la casa del campo de deportes. Padres y alumnos caminaban por el césped, sirviéndose sándwiches de las largas mesas atendidas por camareras. Yo acababa de separarme de mis padres, que estaban en un pequeño grupo con Morris, Howie Stern y sus padres, cerca del escenario improvisado donde un miembro del último gabinete del presidente Eisenhower nos había rogado que trabajáramos intensamente y construyéramos una América mejor. Casualmente yo estaba junto al señor Broome cuando le tomaron las fotografías, y cuando el hombre se alejó, Broome me miró con indulgencia.

—¿Qué piensas de nuestra escuela? —preguntó—. Dentro de pocos meses estarás en segundo año. Eso implica más responsabilidad.

Nos miramos un momento.

—Todos ustedes serán grandes hombres. Todos ustedes.

Hasta las largas arrugas en su rostro eran diferentes, menos definidas. Muchos años después me di cuenta de que había tomado grandes dosis de tranquilizantes.

Me despedí de él y volví a mis amigos y mis padres. Tom y su madre pasaron junto a nosotros, acompañados por Del y los Hillman. En medio de la multitud, a



pesar de que Tom iba con su madre y Del con sus padrinos, los dos parecían solos. Laker Broome los miró sin verlos y sonrió a una bandeja de sándwiches.

—¿Recuerdas? —dijo Tom en el Zanzíbar—. Por supuesto que recuerdo de qué hablábamos. Estábamos organizando con Del mi viaje a la Tierra de las Sombras. Mamá no quería que fuera en avión, de manera que tomaríamos el tren. Parecía divertido... subir a un tren en Phoenix y cruzar todo el país.

—¿Por qué querías ir? —pregunté

—Sólo por una razón —dijo Tom—. Quería proteger a Del. Tenía que hacerlo.

Giró en su taburete del bar y contempló el salón vacío. La luz que entraba por las ventanas caía como un reflector en el otro extremo del escenario. No quería mirarme mientras seguía hablando.

—Sabía que no podría evitar que él fuera, de manera que tenía que ir con él.

Suspiró, todavía mirando el trazo de luz amarilla en el escenario vacío, como si esperara ver allí una visión.

—Había algo que yo realmente no sabía. Pero debería haberlo sabido. La escuela también era la Tierra de las Sombras.

Y durante meses, durante casi dos años, en otros bares o en habitaciones de hotel, en otras ciudades, en otros países, siempre que nos encontrábamos:

—Deja que te cuente lo que sucedió entonces...

# SEGUNDA PARTE

## LA TIERRA DE LAS SOMBRAS

*Hemos vuelto al pie del gran árbol narrativo,  
donde las historias pueden ir hacia... cualquier parte.  
Cuentos de hadas y después. ROGER SALE*

# 1

## LOS PÁJAROS HAN VUELTO A CASA

*Del estuvo tranquilo durante todo el primer día del viaje...*

### 1

Del estuvo tranquilo durante el primer día del viaje, y en cierto momento Tom abandonó el intento de hacerle hablar. Siempre que hacía mención al vasto panorama vacío que se veía desde las ventanillas del tren. Del se limitaba a dejar escapar un gruñido y se sumergía más profundamente en un manuscrito mecanografiado de doscientas páginas que Coleman Collins le había mandado por correo. Era sobre algo llamado «Forma de barajar las cartas transversal triple». Aparte de algunos gruñidos, su único comentario sobre el paisaje del desierto fue: «Es como un millón de sombreros de cowboys.»

Durante este tiempo, Tom leyó una edición de bolsillo de una novela de misterio de Rex Stout, paseó por los vagones mirando a los otros pasajeros, muchos viejos y mujeres jóvenes con bebés, mezclados con soldados muy conversadores, con acento del sur. Inspeccionó el bar y el coche comedor. Se sentó en el mirador. Allí el desierto parecía rodearlo todo, cambiando de colores a medida que avanzaba el día y el tren. Pasaba por el amarillo, el naranja, el dorado y el rojo, y en el instante anterior al atardecer aparecieron el azul y el gris en la distancia, teñidos de un rosa brillante. Esto sólo duró un segundo, lo necesario para detener el corazón, pero fue un segundo en que el mundo entero parecía un incendio.

Cuando Tom volvió a su asiento, Del levantó la mirada de una página llena de diagramas y dijo:

—Pobre Dave Brick.

De manera que también él lo había visto.

Llegó la noche, y las ventanillas les devolvieron el reflejo indefinido de sus rostros.

—Qué torpe —murmuró Tom, casi llorando: la complejidad de los sentimientos que había en su pecho era demasiado densa como para analizarla.

Había echado de menos a Dave Brick en el infierno lleno de humo del auditorium, seguramente había pasado una docena de veces junto a él y lo había dejado allí, detrás de ellos, en el país del que se alejaban cada vez más. La sensación de avanzar, de ser impulsado hacia adelante era tan fuerte como la sensación de amenaza alrededor de la casa de Del la noche en que Del se elevó en el aire..., era la sensación de ser enviado como un paquete a un destino totalmente desconocido. Observó sus propios ojos en la ventanilla sucia y vio la oscuridad que pasaba junto a él en forma de un poste de telégrafo como un sombrío signo de exclamación.

—Tú hiciste mucho —dijo Del.

—Sí —gruñó Tom, y Del volvió a sus páginas de diagramas.

Después de veinte minutos en los que Del se dedicó a manipular las cartas y Tom se entregó a sus sentimientos, temiendo que estallaran y se derramaran, Del levantó la mirada y dijo:

—Eh, ya debe haber pasado la hora de la cena. ¿Hay algún lugar donde comer en este tren?

—Hay un coche comedor más adelante —dijo Tom.

Miró su reloj y le desconcertó ver que eran las nueve; no habían sentido el paso del tiempo, ocupados como estaban en dejar cosas atrás, allá atrás.

—Muy bien —dijo Del, y se puso de pie—. Quiero mostrarte algo mientras comemos.

—No entiendo nada de lo que estás leyendo —dijo Tom mientras caminaban por el pasillo hacia la parte delantera del vagón.

Del le sonrió por encima de su hombro. —Bien, tal vez no entiendas esto tampoco. Es otra cosa —y dejó a Tom sin respuesta.

Cualquier desconocido que les mirara se habría dado cuenta de que iban a la misma escuela. Debían parecer tan conmovedoramente jóvenes, con sus camisas azules Gant y el cabello recién cortado; eran tan distintos a todos los demás en el tren. En todas las estaciones habían subido vaqueros con ropas polvorientas, sombreros rotos y maletas de cartón. Con nombres como Gila Bond y Edgar y Redemption, las estaciones eran cabañas de tablas marrones en el desierto.

En el vagón restaurante, Tom advirtió por primera vez qué extraños debían parecer él y Del en el tren. En cuanto entraron, se sintieron en evidencia. Las mujeres con sus niños, los soldados, los vaqueros, todos les miraban. Tom deseó llevar un uniforme y tener diez años más. Algunas personas sonrieron: ser niños bonitos era odioso. Se prometió que durante el resto del viaje al menos se pondría una camisa de color diferente de la de Del.

Del ocupó una mesita a un costado, quitó de un voleo la servilleta del plato y aceptó el menú sin mirar al camarero. Inmerso en algún asunto privado, ni siquiera había advertido las miradas.

—Ah, huevos Benedict —dijo—. Maravilloso. ¿Tú también?

—Ni siquiera sé qué son —respondió Tom.

—Entonces Pruébalos. Son excelentes. Prácticamente mi plato favorito.  
 Cuando volvió el camarero, los dos pidieron huevos Benedict.  
 —Y café —dijo Del, entregando distraídamente el menú al camarero, que era un negro hosco, de cierta edad.  
 —Ustedes deben beber leche —dijo el camarero—. El café retarda el crecimiento.  
 —Café. Negro —miraba a Tom directamente a los ojos.  
 —¿Y tú, hijo? —el camarero volvió su rostro cansado hacia Tom.  
 —Leche, creo. —Del hizo un gesto. Tom preguntó—: ¿Tú bebes café?  
 —En Vermont, sí.  
 —Y los príncipes y los cuervos lo traen en tazas de oro todas las mañanas.  
 —A veces. A veces lo trae Rose Armstrong —sonrió Del.  
 —¿Rose Armstrong?  
 —Sí. Espera. Tal vez esté allí, tal vez no. Espero que sí.  
 —¿Sí? —ahora fue Tom quien sonrió.  
 —Sí. Si tienes suerte, ya verás. —Del se puso la servilleta en las rodillas, miró alrededor como para asegurarse de que nadie escuchaba, y luego miró a Tom y dijo —: Antes de que pruebes por primera vez el sabor del paraíso, tendrías que ver lo que me envió.  
 —Si piensas que tengo edad suficiente.  
 Del sacó una hoja doblada de papel de máquina del bolsillo de su camisa y la pasó a Tom. Sonreía con satisfacción.  
 Tom desdobló la hoja.  
 —No hagas preguntas hasta terminar de leer —dijo Del.  
 La página decía:

ENCANTAMIENTOS, IMÁGENES E ILUSIONES

(Para ser leído cuidadosamente por mis dos aprendices)

*¡Sabed en qué os estáis metiendo!*

<i>Nivel 1</i>	<i>Nivel 2</i>	<i>Nivel 3</i>
Tranco	Juegos teatrales	Vuelo
Voz	Elevación	Transparencia
	Silencio	
<i>Nivel 4</i>	<i>Nivel 5</i>	<i>Nivel 6</i>
Ventana de llamas	Cobrador	Presentación fantasmal
Ventana de hielo	La mente sobre la materia	Estatua viviente
Ascenso del árbol	Control de la mente	Respiración de pez
<i>Nivel 7</i>	<i>Nivel 8</i>	<i>Nivel 9</i>
Tiempo alterado	Causar sufrimientos	Imperio del claro del bosque
Paisaje oreado	Conjurar demonios menores	
	Fuegos artificiales deseados	

Tom levantó la mirada cuando terminó de leer.

—Vuelve a leerlo.

Tom miró nuevamente las listas.

—No lo entiendo.

—Claro que lo entiendes —todo el ser de Del estaba iluminado.

—¿Recibes uno de éstos todos los veranos?

Del sacudió la cabeza.

—Esta es la primera vez. Pero cuando le vi en Navidad, dijo que si volvía contigo me enviaría una descripción.

—¿De qué? ¿De todo lo que sabe hacer?

—Sabe hacer mucho más que esto. Pero supongo que se refiere a una descripción de lo que un mago debe poder hacer.

—¿Puede convertir estatuas en personas? ¿Puede...? —Tom examinaba la lista —. ¿Cambiar el paisaje?

—Eso creo —rió Del—. He visto mucho de esto. No todo, pero mucho.

—De manera que si Rose Armstrong te trae café, ¿podría venir cabeza abajo? ¿Con el café hacia abajo en una taza vuelta hacia abajo?

Del sacudió la cabeza, sin dejar de reír.

—No me gusta ese asunto de «sabad en qué os estáis metiendo».

—Te dije que a veces da miedo...

—Pero es como una amenaza.

Y luego su mente recreó una imagen que un mes atrás había decidido que era falsa: la de Esqueleto Ridpath flotando cinco centímetros por debajo del cielo raso del auditorium, colgado como una araña, divirtiéndose con la inminente destrucción.

—No es realmente una amenaza —explicó Del—. A veces, allí arriba, todo es normal, y otras veces... —señaló el papel con un gesto—. Otras veces aprendes cosas. Ah, muy bien, aquí llega la cena.

Tom partió delicadamente uno de los huevos que tenía en el plato, vio correr la yema mezclándose con el amarillo de la salsa y se llevó el tenedor a la boca.

—Mmm —dijo mientras tragaba—. ¿Cuánto hace que se inventó este plato?

—La salsa holandesa es de frasco —dijo Del—. Pero ya puedes hacerte una idea.

2

Mientras comían, el tren entró en una estación... Tom sólo vio una torre metálica de agua y un cobertizo despintado. Los tipos habituales, con sus sombreros deteriorados, esperaban para subir.

Del dijo:

—Con estas instrucciones creo que a veces puedes hacer algo de un nivel superior, aunque no sepas hacer todo lo de los niveles más bajos. Por ejemplo, yo puedo elevarme, como sabes, pero el tío Cole dice que todos pueden aprender a hacerlo si se concentran adecuadamente. Pero en realidad estoy en Nivel Uno..., ni siquiera sé controlar la voz y proyectarla. Aún estoy tratando de aprender. «Trance» es como el hipnotismo. Hasta un idiota puede hacerlo. Los fuegos artificiales, bien...

Tom miraba pasar a los vaqueros solitarios. Parecían sedientos. Nadie iba a despedir nunca a los vaqueros, nadie iba a recibirlos.

—...Son algo corriente en el escenario, sólo hay que saber cómo hacerlos, cómo funciona el mecanismo...

Parecían viajeros espaciales, con tan pocos lazos con la tierra, pero su órbita era alrededor de ciudades como ésta, cuyo nombre era Abedul Solitario.

Luego vio un rostro que apartó violentamente sus pensamientos de los vaqueros. Todo el placer que sentía se tornó negro y frío.

—Los fuegos artificiales, bien, él piensa que son una porquería —lo miró con curiosidad—. ¿Perdiste el apetito de pronto?

—No lo sé —respondió Tom.

Se inclinó sobre la mesa, tratando desesperadamente de ver ese rostro golpeado entre la media docena de hombres que esperaban afuera.

—¿Te parece haber visto a un amigo, en Abedul Solitario?

—No un amigo. Me parece ver a Esqueleto. Esperando para subir al tren.

—Ah, yo también acabo de perder el apetito. —Parecía perfectamente tranquilo—. ¿Qué hacemos?

—Yo no quiero hacer nada.

—Creo que deberíamos mirar. Así sabremos. ¿Estás seguro?

—Bastante seguro. Pero sólo vi por un segundo... apenas una imagen.

El tren comenzó a salir de la estación.

—Pero un rostro como ése...

—Es muy difícil de confundir —dijo Tom—. Sí.

—Vamos —Del lo apartó de la mesa—. Yo pagaré al camarero. Iré delante y tú me seguirás. Cuando hayamos recorrido más o menos la mitad del tren —Del inspiró profundamente y se balanceó un poco con el movimiento del tren—. Si es él..., no es que quiera darte órdenes..., y tal vez esté sentado mirando hacia nosotros cuando

pases..., pero tal vez sólo está viajando...

—Y tal vez yo esté equivocado —dijo Tom. Parte de él se alegraba del nerviosismo que había surgido en Del—. Y tal vez si lo veo, le haré bajar del tren de una patada. —Ahora que Del había mostrado su propio miedo, el suyo podía convertirse en furia—. Creo que será mejor que vayamos.

—Eso es lo que dije —le recordó Del por sobre el hombro, y extendió un billete doblado de diez dólares al camarero.

Tom entró en el vagón siguiente y miró a los pasajeros. Muchos dormían..., los bebés en las faldas de sus madres, tendidas sobre dos asientos. Los soldados dormían con las gorras sobre los ojos, roncando intensamente. Algunos que estaban despiertos los miraron levantando los ojos de sus revistas. Esqueleto Ridpath no estaba allí.

Atravesó rápidamente el pasillo, abrió la pesada puerta, y por un momento permaneció en el espacio móvil entre los vagones y miró por la sucia ventanilla. Este era su vagón... Tom sentía una furiosa certeza de que si Esqueleto estaba en el tren, su asiento se encontraría cerca del de ellos. La idea le aflojó los intestinos. Pero el asiento detrás del que ocupaban estaba vacío; la gente que veía desde la ventanilla era gente con quien había hablado o a quien había saludado. Empujó la puerta y entró.

Una de las madres soñolientas le sonrió. El largo vagón estaba cálido y cómodo. Tom pensó que si Esqueleto realmente se hubiera encontrado allí, sus nervios se habrían contraído, las alarmas habrían aullado.

Quedaban tres vagones. Como Esqueleto había subido en la parte central del tren donde se encontraba Tom, había un treinta y tres por ciento de posibilidades de que estuviese en el vagón siguiente. Tom salió de su propio vagón y abrió la puerta del siguiente.

Todas las luces estaban apagadas. Tom cerró la puerta tras sí. Sus ojos se adaptaban lentamente a la oscuridad. Este vagón se encontraba casi vacío, y por eso los pocos ocupantes podían imponer su opinión unánime de que la noche en el tren está hecha para dormir. Uno de los hombres, con bigotes y téjanos, gruñía en medio de su sueño y hundía la cara más profundamente en el material nada blando del asiento. Tom vio de inmediato que ninguno de ellos era Esqueleto. Le hubiera gustado poder acurrucarse así, apoyar la cara en el asiento, y estar en otra parte, seguro..., y entonces sintió que avanzaba por sueños ajenos, que los invadía.

Este hombre que levantaba un hombro frente a él, ¿soñaba con la serpiente que da la vuelta al mundo y yace con su cola en la boca?

Y el hombre dos hileras más atrás que dormía como un niño, con la cabeza echada hacia atrás y las rodillas separadas, ¿soñaba con alguna Rose Armstrong, alguna muchacha perfecta que lo fascinaba? ¿O con un sapo envuelto en llamas que tenía una joya en la frente y una llave en la boca?

¿Y éste soñaba con ser un cazador en un bosque estrellado... Orión con el arco tendido?



¿O soñaba con un hombre que se convertía en pájaro de presa?

Entonces sentía que no invadía sus sueños, sino que él *era* sus sueños; que era un sueño que alguien soñaba. Sus pies no tocaban del todo el suelo. Los ronquidos y los movimientos de los que dormían lo llevaban al extremo del oscuro vagón, y la puerta flotaba hacia un lado bajo la presión de su mano. Transpiraba, tenía la cabeza llena de telarañas... pájaros de presa... sapos ardientes...

Transpiraba, transpiraba y se sentía mareado en la plataforma móvil entre los vagones, y Tom pensó que su mente flotaba sin control, presa de cualquier fantasía que pasara. Ha estado en algún lugar donde nunca había estado antes. ¿Es el objeto del sueño de alguien?

¿El, Tom Flanagan? Pensar en Esqueleto era de alguna manera la causa de esto. Y al poner la mano en la puerta para pasar al vagón siguiente, recordó que había un cincuenta por ciento de posibilidades de ver a Esqueleto en este vagón.

Avanzó por el pasillo mirando rápidamente a uno y otro lado, controlando los rostros aunque estaba seguro de que, si su enemigo se hallaba presente, sería tan visible como si fuera fluorescente. Dos chicas de diez años caminaban por el pasillo con idénticos vestidos de algodón, y se separaron para dejarlo pasar.

Tom se abrió camino y salió nuevamente al aire libre. Ahora había un cien por cien de posibilidades de que Esqueleto estuviera en el último vagón.

Tenía que orinar..., el pánico era como cuando debía pasar un examen. Tragó saliva y esperó que Del estuviera seguro en su asiento, pensando que Esqueleto había salido para siempre de sus vidas. Tom se aferró a la manija y empujó la puerta. Sabía que Esqueleto estaba allí.

Pero otra vez el shock, aunque creía estar preparado. Porque en el extremo del vagón había visto la parte posterior de la cabeza de Esqueleto, estrecha y cubierta de pelos como la de un ratón.

«Ahora no tiene poder —se dijo Tom—; no puede hacernos nada.» No había razón para temerle. En ese caso, tal vez Del tenía razón: «Que no te vea ahora, sólo asegúrate y apártate de él y espera a que baje del tren en la próxima estación.»

Tom estuvo a punto de hacerlo. Lo que le detuvo fue la idea de volver al lugar donde estaba Del y decir: «Sí, está aquí», y luego pasar los dos días y noches siguientes llenos de miedo. Se imaginó a sí mismo y a Del en su coche cama, prestando atención a todos los ruidos repentinos. No se permitiría ser tan infantil.

Dio un paso para acercarse a la odiada cabeza.

Tom inspiró y cerró la boca, pasó rápidamente junto a Esqueleto y se dejó caer en el asiento de enfrente. La adrenalina ahogaba sus buenas intenciones y barbotó:

—¿Qué haces aquí?

Luego se desmoronó..., otro shock. El rostro era el de Esqueleto a los cincuenta años, no el de Esqueleto ahora.

Era el mismo rostro flaco, como el de un reptil, con bolsitas bajo los mismos ojos incoloros, pero con muchos años más.

—Tengo derecho a estar aquí —dijo el hombre. Luego su piel se sonrojó—. ¿Quién diablos eres tú, de todas maneras? Vete de aquí —la delgada mano del hombre tembló mientras se tocaba la cara y luego la corbata—. Eh, saquen a este chico de aquí —se dirigía a los asientos vacíos tomándolos por testigos—. Vete, muchacho. Déjame solo.

Este momento era realmente como estar atrapado en un sueño... El hombre se parecía de manera aterradora a Esqueleto, era aún más espantoso que él. Pero ciertamente no era Esqueleto. Parecía poco más que un vagabundo.

—Tratas de crearme problemas, ¿verdad? Vete de aquí antes de que te haga pedazos.

El hombre era como un perro furioso, desconcertado.

Tom ya se había levantado del asiento, tartamudeando disculpas. Vio a un guarda en el otro extremo del vagón, y escapó.

Por las películas sabía que en los extremos de los trenes hay pequeños balcones, y salió rápidamente por la puerta posterior. Otro enigma. Había otro vagón ante él. No estaba en el extremo del tren. ¿Qué...? El vagón no estaba en el tren cuando lo habían tomado esa mañana. El y Del entraron en el cuarto vagón desde el extremo: lo recordaba con toda nitidez. Este vagón había aparecido por arte de magia en el extremo del tren.

Tom trastabilló.

—Busquen a ese chico —dijo el hombre al guarda.

La puerta se abrió, y él pasó por allí, haciendo caso omiso del grito del guarda.

Pero el vagón siguiente..., ahora venía la verdadera desorientación. Había retrocedido cincuenta años en el tiempo. Había lámparas de gas en las paredes, y una gruesa alfombra con dibujos en el suelo. En las paredes había grabados con escenas de caza. Unos hombres con antiguos trajes a cuadros y cinturones lo miraban. La mayoría de ellos usaba barba, algunos fumaban largos cigarros. Se oía el whisky en sus vasos.

—Te has equivocado —dijo en voz baja un hombre alto y corpulento, con cuello duro y un Bandyke—. Por favor, márchate.

Miró a Tom, imperturbable, a través de sus gafas con montura de oro.

El conductor cerró de golpe la puerta abierta y puso su mano sobre el hombro de Tom.

—No pude detenerlo a tiempo, señor Peet.

—Muy bien, sí, comprendo. Sáquenlo de aquí.

El conductor arrastró a Tom hasta el vagón siguiente. El viejo y derrotado Esqueleto Ridpath se volvió en su asiento en una grotesca parodia de snobismo y miró por la ventanilla.

—No vuelvas nunca allá —dijo el guarda a Tom, hablándole al oído. No parecía enojado—. Te parecerán locos, pero es su negocio.

—¿Qué es?

El conductor soltó el brazo de Toma

—Una fiesta privada..., son dueños de su propio vagón. ¿Comida? ¿Licores? Nunca has visto nada igual. Hay que ser ricos para vivir tan bien. Engancharon el vagón dos estaciones atrás, e irán hasta Nueva York. Déjalos solos, hijo. Tienes mucho lugar en el tren para caminar.

Cuando Tom volvió a su asiento, se acomodó junto a Del, que lo miró fijamente.

—¿Está allí?

—Es sólo un viejo que se parece a él.

—Aaaah. —Del se desplomó en su asiento, suspirando—. Gracias a Dios. —Se alisó los cabellos lustrosos, miró a Tom y sonrió—. Sabes, los dos nos cagamos de miedo. Pero ¿qué podía hacernos, realmente? Aunque estuviera en el tren.

—Tal vez es la presencia fantasmal —dijo Tom, y Del trató de sonreír.

Esa noche, mientras viajaban por Illinois, tendido en la litera superior, Tom soñó que estaba acostado junto a una fogata en un bosque. La luna era un ojo gigantesco. Una serpiente se acercaba a él y le hablaba.

3

Una mañana de tostadas a la francesa con miel, pequeñas salchichas duras con sabor a humo, jugo de tomate: Ohio se estaba terminando ante las ventanillas del restaurante, un poema de llanuras cubiertas de mieses los separaba de las oscuras ciudades llenas de humo. Ahora casi todos los que habían subido con ellos en Arizona habían desaparecido, y las voces cantarinas del oeste medio habían reemplazado al acento del sur. Los pasajeros más importantes eran cuatro negros de mediana edad vestidos con ropas ostensiblemente elegantes... La noche anterior habían estado vigilando a los empleados que cargaban sus estuches con instrumentos al furgón y debían ser músicos famosos. Los guardas los trataban como a héroes, como a reyes, y parecían reyes: tenían una carga extra de autoridad y no necesitaban de nadie. Morris Fielding habría sabido sus nombres.

—Uno de ellos se llama Coleman Hawkins —dijo Del—. Me lo dijo el guarda. Y nunca adivinarás el nombre del más callado, el calvo.

—Es cierto, no puedo adivinarlo.

—Tommy Flanagan. Toca el piano, y el guarda dice que es fantástico.

—¿Tommy *Flanagan*? —Tom dejó sus cubiertos y miró todas las mesas del vagón restaurante.

—No creo que se levanten tan temprano —dijo Del con ironía—. No parecen madrugadores. Si alguien debe usar tu nombre, por lo menos que sea un fantástico pianista.

—Sí, está bien..., pero yo preferiría que fuera un fantástico jugador de fútbol —dijo Tom.

Por un segundo había sentido que el hombre, modesto y civilizado como un sacerdote anglicano, le había robado el nombre.

4

—Me pregunto qué hará esta vez —dijo Del  
—Tocar el piano en alguna parte, tonto.  
—No me refiero a tu tocayo. Sesos de Manteca. El tío Cole. Me pregunto qué hará este verano.

—¿Siempre es distinto?

—Claro que sí. Un verano fue como un circo..., con payasos y acróbatas en todo el lugar. Eso fue cuando yo era pequeño. Otro verano fue como en las películas. Películas de cowboys y películas policiales. Ese año fui al cine todo el tiempo..., tenía doce años. Veía dos películas todos los sábados. Y cuando llegué a la Tierra de las Sombras, cada día era como una película diferente. Nunca sabía lo que iba a suceder. Estaban Humphrey Bogart y Marilyn Monroe y William Bendix y Randolph Scott...

—¿Allí? Es imposible.

—Bien, se parecían a ellos. Sé que no eran ellos, pero a veces eran trozos de sus películas. Tiene proyectores en todo el lugar. Puede hacer que parezca suceder cualquier cosa. Todos los veranos hay actuaciones diferentes. Me pregunto cómo será esta vez. —Hizo una pausa—. Porque siempre tiene que ver con lo que ha sucedido antes de que uno llegue allí. Eso es parte de la magia, dice él..., trabajar con lo que uno tiene en la mente. Y con todo lo que sucedió este año... —por un momento Del pareció estar realmente preocupado.

—¿Piensas que puede ser sobre la escuela?

—Bien, eso nunca ha sucedido. El tío Cole odia las escuelas. Dice que él es la única persona que conoce a quien deberían permitirle dirigir una escuela.

—Pero podría ser Esqueleto y nuestro espectáculo y...

—El incendio. Tal vez —Del se iluminó—. Sea lo que fuere, aprenderemos algo.

—Creo que hay ciertas cosas que prefiero no aprender —dijo Tom, pronunciando la única frase verdaderamente conservadora de su vida.

—Primero escucha lo que dice. Cuando nos reciba en la estación. Es la clave de todo.

Tom dijo:

—El caso de las Famosas Primeras Palabras.

Del se mostró nuevamente incómodo.

—Bien, hemos terminado el desayuno, ¿verdad? Salgamos de aquí. —Golpeó el tenedor contra el plato, miró por la ventanilla. Se veían pasar las partes traseras de los sucios edificios de oficinas y de los almacenes, con sus escaleras de incendio..., alguna sombría ciudad de Ohio. Finalmente, dijo lo que pensaba decir—: Escucha, Tom. Debes saberlo..., es decir, tendría que habértelo dicho antes. Mi tío..., todo lo que dije sobre él es verdad. Incluso que está medio loco. Bebe. Bebe mucho. Pero ésa

no es la razón, no creo. Simplemente está medio loco. Excepto en verano, creo que siempre está solo. La magia es todo lo que tiene. De manera que a veces se pone muy salvaje... y si ha bebido...

—Eso pensaba —dijo Tom.

*Cuidado, Colorado.*

—¿Bud Copeland lo conoce? —preguntó Tom.

Del asintió.

—Lo vio una vez..., una vez cuando vino a buscarme a Vermont. Ah, yo me fracturé una pierna. Fue sólo un accidente. Pero se encontraron, sí. —Tom no tuvo que hacer la pregunta—. Bud quería prohibirme que volviera. Tuve que hablar con él para convencerle. No le gustó el tío Cole. Pero él no comprendía, Tom. Eso es todo.

—Me doy cuenta —dijo Tom.

—No está loco del todo —aclaró Del—. Pero nunca obtuvo la estima que merecía, y pasa todo el tiempo solo. En realidad, está bien. Ni siquiera está medio loco. Es sólo una manera de decir.

—Pero tú te fracturaste la pierna porque él se trastornó.

—Es cierto. Pero la gente se fractura las piernas esquiando, a cada momento. —Esto sonaba como algo que Del había dicho muchas veces antes... a Bud Copeland y a los Hillman—. Fue una pequeña fractura, del grosor de un cabello, dijo el doctor. Llevé un yeso durante unas tres semanas, y no fue nada.

—¿Tu tío llamó al médico?

Del se sonrojó.

—Lo llamó Bud. Mi tío dijo que sanaría solo. Y tenía razón. Así habría sido. Tal vez no tan rápidamente, pero habría sanado.

—¿Y cómo sucedió?

—Me caí por una especie de acantilado —dijo Del Ahora su rostro estaba muy rojo—. No te preocupes, nunca volverá a suceder algo así.

## 5

Trasbordaron en la estación Pennsylvania; durante las dos horas anteriores a la partida del tren para Vermont, los muchachos dejaron sus maletas en la consigna y dieron una vuelta por la estación.

—Sólo falta un par de horas más —dijo Del mientras permanecían junto a una puerta y miraban entrar y salir a la gente del Statler Hilton en la acera de enfrente—. Esto será lo que la gente llama una aventura.

—Siento que ya es una aventura —respondió Tom.

Los músicos, Hawkins, el hombre que llevaba el nombre de Tom y los otros dos, llamaron taxis, bromeando, y se dispersaron en distintas direcciones.

—Algún día seremos como ellos —dijo Del—. Libres. ¿Te das cuenta? Viajando, actuando... yendo adonde queramos. Me encanta pensar en el porvenir. Me encanta la idea.

De pronto Tom lo vio como Del: se vio vagando por el mundo, con un pasaje de avión siempre en el bolsillo, viviendo en taxis y en hoteles, actuando en un club detrás de otro... Una parte profunda de su personalidad tembló, y por primera vez dijo realmente sí a una vida tan distinta de las que sus padres o la escuela Carson habrían elegido para él.

6

La tarde los sorprendió al norte de Boston, en las verdes campiñas de Massachusetts. Las vacas levantaban las cabezas y les miraban con sus ojos brillantes; la gente paseaba por los senderos, se sentaba en la hierba y miraba las vacas.

—¿Estaremos mucho tiempo aquí? —preguntó Tom al guarda.

—Un par de horas más, según creo.

—¿Tanto tiempo?

—Ustedes, muchachos, tienen suerte.

De tanto en tanto se oía una voz aburrida, no muy audible, por los altavoces:

«Lamentamos el inconveniente de esta demora, pero... esperamos que los servicios se reanuden en breve...»

En el tren corrían muchos rumores.

—Hay un gran problema en el próximo empalme —dijo finalmente el mozo de tren—. Es la primera vez que veo algo así en años. Un tren cayó de costado, algunas personas quedaron aplastadas..., un día terrible para el ferrocarril.

—¿Qué podemos hacer? —prosiguió Del, casi frenético—. Nos esperan en una estación de Vermont.

—Lo único que pueden hacer es esperar —dijo el mozo de tren—. Nadie va a ninguna parte, hasta que las vías queden libres. Si su papá les espera en Vermont, ya estará enterado de esto..., en Vermont también hay televisión.

—En esa casa no —dijo Del con desesperación.

Tom miró afuera y vio a unos hombres con traje y corbata que se dedicaban apasionadamente a arrojar piedras a las vacas.

A medida que pasaban las horas, Tom sentía disminuir su energía como una vela que se apaga. Sus ojos estaban tan pesados que le pareció que se le caerían de las cuencas. Todos los colores del tren se veían apagados. Dos veces fue al baño y el olor era tan concentrado que le parecía casi visible; sentía que se vaciaba hasta quedarse sin peso.

—Necesito dormir —dijo cuando volvió trastabillando por segunda vez, y vio que Del ya estaba allí, doblado sobre sí mismo como un pájaro exhausto.

Cuando finalmente arrancaron otra vez, el movimiento del vagón despertó a Tom. Del seguía durmiendo, acurrucado.

El empalme donde había ocurrido el accidente estaba treinta kilómetros más adelante. Por un momento el vagón de los muchachos y todo el tren quedaron en silencio: los pasajeros se amontonaron en el pasillo para mirar por las ventanillas pero no hablaron. Un tren como el de ellos estaba tendido como una serpiente rota en el lado izquierdo de las vías. Saltaron chispas en el aire y se apagaron antes de caer sobre los pocos que aún quedaban allí, cubiertos hasta el cuello con frazadas, en la



pendiente. Uno de los dos vagones descarrilados se había doblado como una hoja de papel; los otros estaban muy golpeados. Había media docena de policías, y el aire estaba lleno de un pesado humo grasoso. Tom pensó que se olía el desastre: petróleo y metal, el olor del calor y el olor de la sangre. Los gritos también. Era un olor como un sabor en su propia boca, conocido y rancio.

*Hilly Vale*

Más tarde esa noche llegaron a una ciudad llamada Springville, y Del dijo:

—Es la próxima parada.

Se puso de pie y sacó las maletas del portaequipajes y las ordenó en el pasillo... Ordenaba en forma muy práctica y concentrada. Se sentó muy erguido en su asiento y siguió así durante quince minutos, sin hablar, y en los últimos diez minutos se colocó junto a la puerta, mirando siempre hacia adelante.

—Eh, qué... —dijo Tom, pero Del ni siquiera parpadeó.

—Hilly Vale —dijo la voz metálica—. Hilly Vale. Por favor, tengan cuidado al bajar del tren.

Del le echó una mirada, pero Tom ya levantaba su maleta para alcanzársela.

Bajaron en medio de la noche calurosa y húmeda. Por un segundo Tom oyó sonidos de insectos, golpecitos, crujidos y cantos tan fuertes como si estuvieran en medio de la jungla, y luego el tren arrancó y los ruidos de los insectos desaparecieron. La estación era tan pequeña que parecía un dibujo; estaba iluminada por la luz amarilla de unas lamparitas. El tren entró en la negrura y se convirtió en un punto rojo que desapareció en una curva invisible. Los insectos rascaban, golpeaban y silbaban.

—Bien —dijo Tom; se sentía como si lo hubieran dejado a un costado del camino en Alaska o Perú.

Luego la cacofonía de los ruidos de los insectos aumentó: perforadoras, martillos, gaitas, sierras musicales, silbatos, cuerdas de piano, cajas enteras de herramientas arrojadas desde gran altura, timbres, botellas que se rompían, aviones de juguete, golpes contra la carne.

—Shhh —dijo Del.

Por un segundo los dos muchachos permanecieron abrazados a la luz amarilla en lo que debería haber sido silencio.

El señor Thorpe salió de las sombras.

## 8

Pero no, no era el señor Thorpe, así como el hombre del tren no era Esqueleto Ridpath. Era alto, con cabellos blancos, vestido con un traje de color azul oscuro con anchas rayas de color tiza. Renqueaba ligeramente, de tal manera que su renquera resultaba atractiva. Su nariz era larga y curva: todo el rostro era enérgico. Coleman Collins parecía un embajador o un actor de edad avanzada que se ha vuelto tan importante que sólo le ofrecen papeles de piratas de las finanzas, grandes duques y generales nazis. Se alisó los cabellos blancos al lado de la cabeza, y Tom pensó que si uno lo viera representar el papel de un profesor de latín en una película, sabría que sus alumnos comenzarían a morir de una misteriosa enfermedad hacia el final del primer rollo. La cojera se convirtió en un verdadero balanceo, y Tom vio que el hombre estaba borracho.

—De manera que los pájaros han vuelto a casa —dijo el mago.

## 2

### EL REY DE LOS ELFOS

*Del tomó su maleta y fue directamente hacia el auto,  
el Lincoln más grande y más negro que jamás se hubiera visto...*

#### 1

Sin decir palabra, Del tomó su maleta y echó a andar hacia los escalones que bajaban al estacionamiento. Con una confusión tan grande que era casi un dolor, Tom observó al muchacho más pequeño que avanzaba ante él, y luego volvió a mirar al mago. El rostro helado de Coleman Collins le dedicó una sonrisa. «*No creía que fuese tan viejo* —pensó Tom—. *Es todavía más viejo que el señor Thorpe.*»

—Saluda a tu tío —dijo Collins. Aunque estaba ligeramente velada por el alcohol, su voz era resonante y culta—. Ha esperado mucho para oír tu saludo.

Del se detuvo. Dejó caer su maleta, y en el instante de silencio que siguió, los insectos volvieron a comenzar su sinfonía.

—Lo sé. Lo siento —dijo Del, volviéndose a medias para mirar a su tío—. Lo siento. Hubo un gran accidente... Un tren descarriló...

Del se apartó bruscamente otra vez, y Tom vio con asombro que su amigo estaba llorando o al borde de las lágrimas.

—Un gran accidente. Un accidente muy, muy grande, ¿verdad? ¿No un accidente chiquitico? No es que se haya volcado café, o un golpe en las vías, o una pequeña conmoción... ¿No te manchaste la ropa, con todo el café volando por el aire?

—No fue en nuestro tren —dijo Tom.

El mago centró sus ojos helados en Tom..., quien se sintió aliviado al notar, bajo el enojo real y supuesto, un matiz de ironía.

—Ah. El misterio se hace más profundo —se apoyó contra la barandilla—. Seguramente uno de ustedes podrá explicar por qué un accidente con el que no tuvieron nada que ver, todo ese café volando por el aire en otro tren, me hizo estar sentado aquí la mayor parte del día. ¿Puedes explicarlo, Del?

Del se volvió y explicó. Entrecortadamente mal, con algo que parecía miedo a

actuar ante el público..., pero explicaba, hablaba con su tío, y Tom sentía que la extraña tensión entre ellos se disolvía en la atmósfera.

Cuando Del terminó, su tío dijo:

—¿Y no viste el lugar, muchacho? ¿El lugar del accidente? ¿No hubo imágenes de sangre, de vagones destrozados, de sobrevivientes consternados y heridos, de periodistas ansiosos, de *Polizei* de mirada dura? —Sobresaltó a los dos muchachos echándose a reír—. No había cadáveres, no...

—Tío Cole —dijo Del.

El mago lo miró con ojos brillantes.

—Sí, querido.

—¿Rose Armstrong está aquí este verano?

Collins pareció considerar la pregunta.

—Rose. Rose Armstrong. Bien, creo que he oído..., ¿una prima enferma en Missoula, Montana? ¿O eso le sucedió a otra Armstrong? Sí. Una persona llamada Armstrong, no nuestra pequeña Rose de Vermont. Sí, creo que esa muchacha debería tomar parte en nuestros ejercicios. Si es que logramos empezarlos.

—Entonces está aquí.

—Sí, la verdadera Rose.

—Tío Cole —dijo Del—. Lamento que hayamos llegado tan tarde.

—De manera que eso es todo —dijo Collins—. Ay, Dios mío. Vamos a ver...

Extendió la palma de una mano y apareció un dólar de plata entre el índice y el dedo medio. Movié la mano, y la moneda se había colocado en el espacio entre los dos dedos siguientes. Cuando volvió a mostrar la palma a los muchachos, la moneda había desaparecido. Mostró el dorso de su mano: no estaba allí. Pero estaba en la otra mano, y se movía rápidamente entre sus dedos, como si tuviera vida propia. Lanzó la moneda al aire y la atrapó.

—¿Ya podéis hacer esto?

—No tan rápido como tú —dijo Del.

—Vamos a casa —dijo Coleman Collins.

## 2

El coche del mago era el único que había en el estacionamiento: un Lincoln blanco, sin una sola marca, largo como un banco, y mucho más impresionante porque tenía por lo menos diez años de antigüedad. Las maletas entraron en el enorme baúl, y los muchachos ocuparon el asiento junto al tío de Del. El interior del Lincoln olía a whisky y a cigarrillos, y, un poco menos, a cuero. Collins miró a Tom por encima de la cabeza de Del al salir del estacionamiento.

—Entonces tú eres el famoso Tom Flanagan.

—Soy Tom Flanagan, nada más. El famoso Tom Flanagan toca el piano.

—Modesto y bueno, muy bueno para el trabajo, según me dicen. Bien venido a Vermont. Espero que te ofreceremos un verano que recordarás en mucho tiempo.

—Sí.

Entraban en una zona de pequeñas tiendas oscuras y estaciones de servicio vacías. El mago parecía sonreírle.

—Yo vivo para estos veranos, ¿sabes? Podría haber sido diferente... Del debe haberte contado algo sobre mí. Pero yo tenía una sola ambición. ¿Adivinas? Ser el mejor mago del mundo. Y seguir siendo el mejor mago del mundo. Y eso he hecho. Cartas... Recibo correspondencia de todo el mundo pidiéndome consejos. ¿Pueden conocerme? ¿Pueden estudiar conmigo? No, no, no, no. Tengo un solo discípulo. Ahora, dos. Eso, y el conocimiento... es suficiente.

—¿El conocimiento?

—Ah, sí, el conocimiento. Ya verán. Ya lo experimentarán. Y eso es todo lo que les voy a decir en este momento.

Ahora recorrían un ancho camino, que atravesaba el centro de la pequeña ciudad a oscuras; pronto pasaron a un camino angosto que conducía directamente a las profundidades del bosque. Collins tenía una botella entre los muslos, la levantó y bebió un sorbo. Pronto los árboles ocultaron las estrellas.

## 3

El camino angosto serpenteaba por el bosque, y cuando comenzó a ascender se convirtió en dos. Collins tomó el de la izquierda..., era de tierra y muy empinado. Después de unos minutos, Tom vio una pradera al lado del camino: un caballo gris, casi invisible en la penumbra, se aproximó a una valla, seguido por dos sombras negras que debían ser caballos también. Luego los árboles volvieron a cerrarse.

—¿Cómo es este lugar en invierno?

—Nevado, pajarito. Muy hermoso.

Siguieron ascendiendo por el camino estrecho e irregular.

Tom preguntó:

—¿Tiene vecinos?

—Todos mis vecinos están en mi cabeza —dijo Collins y volvió a reír. Echó una mirada a Del—. ¿Y te sientes feliz de haber vuelto, a pesar de los accidentes y los otros problemas?

—Ah, sí —susurró Del.

—Ah.

Después de unos veinte minutos, Collins torció por un sendero pavimentado que hacía una curva hacia atrás y luego otra más amplia descendente que terminaba en unos grandes portones de hierro sostenidos por pilares de ladrillo. A continuación de los pilares había una pared a cada lado.

—Perdona mis precauciones, Thomas —dijo Collins, frenando con suavidad—. Soy viejo, y estoy totalmente solo en estos bosques. Por supuesto los vándalos aún vienen desde el lago en invierno, para llegar a las casas de verano.

Dejó la botella en el asiento y salió para tocar una serie de botones numerados en uno de los postes. El portón se abrió.

El coche siguió adelante, tomó una curva y vieron la casa. Parecía una casa de verano victoriana a la que generaciones de propietarios hubieran hecho añadidos: un edificio de tres pisos con aleros y ventanas en punta, flanqueado por alas más modernas. Tom necesitó un momento para ver por qué le resultaban extrañas... Las paredes de madera blanca no tenían ventanas.

Los faroles colgados en la madera iluminaban brillantes círculos en las fachadas sin aberturas; había faroles colgados de los árboles a cada lado de la casa. Daba una cierta sensación de unidad... y también de alguna otra cosa.

—La escuela —dijo Tom—. Es decir..., esto me recuerda a nuestra escuela.

Del lo miró con sorpresa.

—Tienes suerte —murmuró Collins. Abrió la puerta—. Deja tus cosas en el coche. Alguien las entrará más tarde. —Trastabilló un poco al salir del auto, pero se puso la botella medio vacía bajo el brazo con una rapidez casi militar—. Anden

rápido y sin hacer ruido, pero entren. No podemos quedarnos aquí toda la noche.

Tom salió y vio la alta figura de Collins recortada contra la amplia casa. Entre los árboles muy separados había franjas de luz en el bosque; otros rayos de luz estaban tan juntos como para recordar a Tom los círculos luminosos en los que caminaba Jimmy Durante al final de su espectáculo, inmediatamente después de decir: «Buenas noches, señora Calabash, dondequiera que esté usted.» Había muchas más luces que las que había visto desde el auto.

—¿Por qué ilumina el bosque de esa manera? —preguntó.

—¿Por qué? Para que veamos qué sale de allí y qué va hacia allí —respondió Collins—. Y qué ojos tan grandes tienes, abuelita. ¿Listos?

Collins abrió la puerta de entrada y se hizo a un lado para dejarlos pasar. Del entró primero, y cuando Tom pasó al interior oscuro, su amigo lo miró con un rostro brillante y exaltado. Entonces comprendió por qué. Había velas encendidas en toda la entrada: velas casi consumidas en la mesita llena de periódicos, velas casi consumidas sobre el estante donde Coleman Collins dejó caer sus llaves.

—Creo que han saltado los fusibles en esta parte de la casa —dijo Collins—. Tal vez alguien esté tratando de arreglarlo ahora. Fueron muy amables al traer estas velas para nosotros. El resplandor es muy acogedor, ¿no creen?, ¿o piensan que son demasiado parecidas a las de Halloween?

—Tú lo sabías —dijo Del—. Como el día de la inscripción... como dijo Tom, en la escuela. Tú lo sabías.

—No sé de qué hablas —dijo Collins—. Debo bañarme y descansar un rato. Encontraréis comida en vuestras habitaciones. —Se apoyó en la pared de la entrada, con los hombros contra el estante, y cruzó los brazos sobre su pecho. Tom captó otra brillante mirada de Del—. Lavaos en el baño aquí abajo. Luego subid. La habitación de Tom está junto a la tuya, Del. El estará en la antecámara. Cuando hayáis comido, bajad y os veré en el Pequeño Teatro. ¿Lo encontraréis?

—Por supuesto que lo encontraré.

—Estupendo. Os veré allí a... —miró su reloj—. ¿Digamos a las once?

Del asintió.

—Muy bien, Tom, a esta hora no podrás ver muy bien el lago, pero mañana sí. Es un paisaje muy tentador. —Otra vez había una sugerencia de burla y significados ocultos en su voz. Hizo un gesto afirmativo y comenzó a subir la escalera. A mitad de camino se volvió, y los muchachos quedaron clavados en el suelo, temiendo que pudiera caerse, pero se enderezó, apoyando una mano contra la pared, y dijo—: Eh —y siguió subiendo.

Del sacudió la cabeza, aliviado.

—Vamos a lavarnos las manos.

Llevó a Tom al bañito junto a la entrada. Mientras Del se enjabonaba las manos en el lavabo, Tom esperó en la puerta.

—¿Los bosques siempre están iluminados de esta manera?



—Es la primera vez. ¡Pero esas velas! Yo tenía razón.

—¿Al decir que era como en la escuela?

—Ya veremos —dijo Del—. Te toca a ti.

—Bien, espero que no sea como en la escuela.

Tom pasó junto a Del para acercarse al lavabo.

—Ah, ¿sabías que ésta era una casa embrujada? —preguntó Del en tono juguetón.

—Vamos, Florencia.

Del apretó un botón bajo la llave de la luz, y la iluminación se tornó bruscamente roja. En el lavabo, las manos de Tom adquirieron un púrpura más claro y más vibrante. Se miró en el espejo... Del reía, y vio su cara, del mismo color púrpura, que desaparecía bajo una horrible máscara que daba la impresión de extenderse hacia adelante en el cristal. El efecto era más bien cómico, un poco amedrentador. El rostro, con los labios gruesos y distorsionados y la piel muerta, el verdadero rostro de la voracidad, de la avidez convertida en hambre pura, lo miró con sus propios ojos. Avanzó lentamente hacia adelante, lentamente, y se convirtió en lo único que había en la habitación. Finalmente, Tom se echó hacia atrás, incapaz de enfrentar esa cosa horrible, y chocó con Del. El rostro colgaba, vibrante, en el aire.

—Ya sé —rió Del—. Pero simplemente se acerca y luego se funde nuevamente con el rostro del espejo. Es un gran truco. La primera vez que lo vi, aullé como un loco.

Oprimió el botón, y Tom apareció nuevamente en aquel cuarto de baño de empapelado corriente. Su rostro era el mismo, conocido pero pálido.

—El tío Cole lo llama «Cobrador» —dijo Del—. No me preguntes cómo funciona. Subamos a comer.

—El Cobrador —repitió Tom, ahora verdaderamente sacudido. Eso era precisamente lo que parecía.

Sus habitaciones, en el ala izquierda de la casa, no tenían ventanas, eran brillantes, incongruentemente modernas y «escandinavas»; podrían haber sido habitaciones de un motel caro. Paredes de color crema con cuadros coloridos y abstractos, de líneas blandas, pulcras camas con colchas de pana azul, gruesas alfombras que mostraban las huellas de sus pisadas. Las puertas blancas de los profundos armarios estaban abiertas, y en ellos habían colgado o doblado ya sus ropas. Las maletas estaban apiladas al fondo. Contra las paredes había escritorios blancos con lámparas. En la habitación de Del, comunicada con la de Tom por puertas corredizas, había una mesa puesta para dos. Junto a las fuentes y a la ensaladera tapadas había una jarra de cristal llena hasta la mitad de vino tinto.

—Bueno, bueno —dijo Tom, oliendo los bistecs.

Del fue hacia la mesa, se sentó y extendió la servilleta sobre las rodillas. Sirvió vino en el vaso de Tom y en el suyo.

—¿Te permite beber vino?

—Claro que sí. Le resultaría difícil ser puritano sobre la bebida, ¿no te parece? Y además, realmente, cree que la cena no está completa sin el vino. —Del dio un sorbo de su vaso y sonrió—. Cuando yo era más chico solía ponerle agua. Este no tiene agua.

—Bien, esto no se parece mucho a la escuela —dijo Tom.

La carne todavía estaba caliente, roja en el centro y delicadamente tostada por fuera. Otros platos tapados ocultaban espinacas, champiñones y patatas fritas. Tom levantó su vaso y bebió: un sabor áspero, como de uva, muy agradable..., cuanto más lo retenía uno en la boca, más sabor percibía.

—De manera que así es el buen vino —observó.

—Así es el Margaux —dijo Del, masticando rápidamente—. Nos da algo bueno porque ésta es la primera noche. —Y un momento después dijo—: *Sabía*. Sabía lo de las velas. Aunque yo no estaba seguro. Pero él sabe todo lo que sucedió.

—De todas maneras, tu Rose Armstrong estará cerca —señaló Tom, y el rostro de Del se sonrojó de placer.

—Será un verano perfecto —afirmó.

Cuando salieron de la habitación de Del para ir abajo, se detuvieron un minuto para mirar por una de las grandes ventanas del pasillo. Desde allí se veía una gran extensión de bosque; los reflectores o antorchas iluminaban un grupo de ramas o unas piedras, aberturas en el bosque. Donde terminaba el bosque, comenzaba algo negro que debía ser el lago. Tom vio barandillas de hierro que bajaban por un acantilado detrás de la casa. Muy lejos, en los bosques que rodeaban el otro lado del lago, ardían luces similares... movedizas como linternas japonesas.

—Es hora de bajar —dijo Del, y se apartó de la ventana.

Para Tom era como el escenario de una fiesta que aún no había comenzado, llena de promesas y anticipaciones.

—Vamos —dijo Del, ansioso por estar abajo.

Tom echó una última mirada y vio el primer invitado de la fiesta. Un lobo, o algo que parecía un lobo. Entró en uno de los círculos de luz, con la lengua afuera, y miró hacia la casa. A lo lejos, en el centro de la luz, el lobo parecía estar en medio de un escenario, posando para una foto. Hubiérase dicho una señal, una advertencia.

—¡Eh! —exclamó Tom.

—Vamos —dijo Del desde la escalera—. Tenemos que llegar al Pequeño Teatro.

—Ya voy —dijo Tom.

El lobo había desaparecido. Pero ¿había estado realmente allí? ¿Un lobo, en Vermont?

Al bajar, advirtió que la casa era mucho más complicada de lo que parecía. En lo alto de la escalera una puerta de vaivén antiguo los separaba de un gran espacio negro en el que Tom distinguió la forma de una puerta alta.

—¿Qué hay allí atrás?

—Ah, la habitación de mi tío. Tenemos que bajar.

Bajaron la escalera corriendo y entraron en la parte central de la casa antigua. Pasaron por un living donde había una lámpara encendida en una mesa entre dos divanes cubiertos con una tela inesperadamente femenina, cruzaron por la entrada hasta una cocina alargada. Del abrió otra puerta que, suponía Tom, debía conducir afuera; pero los llevó a otro corredor de «motel», con alfombras de color marrón oscuro, y el cielo raso iluminado con luces indirectas. Al comienzo de este corredor, se abría otro vestíbulo que terminaba en una puerta con barrotes tan impresionante como la de Laker Broome.

—¿Y qué hay allí atrás?

—No lo sé. Nunca me permite ir allá.

Del siguió por el corredor hasta llegar a una puerta negra en un pequeño vestíbulo iluminado por una sola luz. En la puerta había una chapa de bronce colocada a una altura por encima de las cabezas de los muchachos, pero no tenía inscripciones. Del comprobó rápidamente la hora en su reloj.

—Bien. Tenemos un minuto.

«¿Y ahora qué? —se preguntó Tom—. ¿Una oficina como la de la Serpiente? ¿El aula de bloques de hormigón que daba sobre el bulevar Santa Rosa?»

Pero lo que vio cuando Del abrió la puerta fue, primero, un teatrillo muy pequeño con unos cincuenta asientos. Aunque estaba vacío, parecía lleno de vida, y medio segundo después Tom observó que las paredes mostraban pinturas de filas de personas en sus asientos..., personas con rostros fascinantes, una de ellas bebía de un vaso con una pajita, otra tenía una caja de bombones. Y había algo grotesco en el medio... pero Del lo empujó hasta la primera fila y le obligó a volverse.

—Esto es increíble —dijo Tom.

Estaban frente a un diminuto escenario. Una mesa pulida y una silla Shaker ante unos cortinajes de terciopelo marrón. Miró rápidamente por encima de su hombro para ver lo que le había llamado la atención, y lo distinguió de inmediato. Era el Cobrador, con traje negro, unas filas más atrás y junto al hombre que bebía con una pajita: adelantando su rostro fascinado, voraz, como si deseara tragarse todo lo que veía en el diminuto escenario; un chiste grotesco.

Luego a Tom le sobresaltó la idea de que la figura grotesca se parecía a Esqueleto Ridpath.

Sus ojos captaron otra visión sorprendente, al tiempo que oía el ruido de una puerta detrás de las cortinas de terciopelo; a pocos asientos del Cobrador, un grupo de hombres con ropas anticuadas pero elegantes y con barbas cuidadas y cigarros en la boca, un grupo de muchachos que ha salido a pasear... Del le dio un codazo en las costillas, y él volvió la cabeza en el momento en que Cole Collins abría los cortinajes y se sentaba en la silla Shaker. Sus hermosos ojos azules, ligeramente entrecerrados, estaban vidriosos, pero su rostro se veía rosado. En lugar del traje, el mago llevaba un pullover color verde oscuro con un pañuelo verde y rojo cuidadosamente anudado al cuello. Sonreía, contemplando todo el salón, y Tom sentía la presencia de

los hombres pintados detrás de él. Algo le molestaba en la nuca.

—El mago y su público —dijo el tío de Del con el aire de alguien que abre un arcón—. Un tema que ustedes deberían considerar. ¿Cuál es su relación? ¿La de un actor que trata de conmover, de entretener? ¿La de un atleta y el público ante el que demuestra sus habilidades? No exactamente, aunque tiene elementos de ambos —su sonrisa no abandonaba su rostro—. El público siempre lucha contra el mago, muchachos. Nunca está realmente de su lado. Siente hostilidad hacia él: porque sabe que lo están tomando por tonto.

«No, no puede ser —pensó Tom—. Bajaron del tren en Nueva York, son parte de alguna otra historia. Y ese chiste horrible no puede tener nada que ver con Esqueleto.»

—El mago debe hacer que disfruten. Es el narrador cuya única historia es él mismo, y todos los hombres del público, todos los borrachos, todos los inteligentes escépticos, todos los que dudan, buscan un fallo en su historia que puedan usar para destruirlo.

Tom se obligó a mirar hacia adelante: mantenía el cuello rígido por la fuerza de su voluntad. Sentía como si el señor Peet y los otros se estuvieran moviendo en sus asientos.

—El mago es un general con un ejército lleno de desertores y traidores. Para conservar su lealtad, debe inspirar y entretener, asustar y atraer, desconcertar y ordenar. Y cuando lo ha logrado, podrá conducirlos.

En medio de su tensión, Tom percibía un creciente cansancio, y se dio cuenta de que el vino y el discurso de Collins le daban sueño.

Ahora la sonrisa era dura y se dirigía a Tom.

—Digo que la práctica de la magia tiende a la auto-destrucción..., éste es uno de sus grandes secretos. Cuanto más se permitan ustedes acercarse a esa verdad, más grandes serán. Escuchen: la magia sólo se usa para inspirar miedo y para conceder deseos... aun aquello que ustedes no deseen tener. En sí misma no es importante. Suficiente.

Dedicó a Tom una sonrisa con cierta furia.

—¿Quieres aprender a volar? ¿Te gustaría elevarte de la tierra, muchacho?

—Usted nos llamó pájaros —dijo Tom; y pensó por primera vez en muchos meses en la lechuza de Ventnor.

Collins asintió.

—¿Tienes miedo?

—Sí —respondió Tom; tenía un terrible deseo de bostezar y sentía que sus labios se estiraban.

—Ni siquiera has comenzado a tener una idea de lo que es la magia —dijo Collins.

Tom pensó: «No puedo pasar todo el verano con este loco.»

—Pero aprenderás. Eres un muchacho único, Tom Flanagan. Lo supe cuando oí

hablar de ti por primera vez. La Tierra de las Sombras te dará todos los dones que tiene, porque tú podrás aceptarlos. Y tienes la edad exactamente adecuada. ¡Exactamente!

Miró a Tom y luego a Del, luego otra vez a Tom, con sus ojos como bolitas de vidrio.

—Qué experiencias les esperan. Les envidio..., me cortaría las manos por tener lo que ustedes poseerán. Ahora, algunas reglas fundamentales. ¿Recuerdan todo lo que he dicho hasta ahora? ¿Comprenden lo que dije? —Los dos muchachos asintieron simultáneamente—. ¿Con quiénes trata el mago?

—Con traidores —dijo Del.

Con los ojos llenos de triunfo y la mirada vaga de la borrachera, el mago miró solamente a Tom.

—Reglas básicas. Las reglas que seguiréis en esta casa. ¿Habéis visto la puerta de madera en el pequeño vestíbulo camino de este teatro? —Tom asintió—. Está prohibido abrir esa puerta. Podéis andar por donde queráis, excepto en esa habitación y en la mía, que está detrás de las puertas de vaivén en lo alto de la escalera. ¿Comprendido?

Tom volvió a asentir, y sintió que Del hacía lo mismo.

—Esa es la regla número uno, entonces. En este teatro practicamos con naipes y monedas, el trabajo que se hace de cerca. Mañana veremos *Le Granda Théâtre des Illusions*, y allí aprenderéis a volar. Siempre que os entreguéis totalmente a mí. —Luego agregó, bruscamente—: ¿Tu padre ha muerto?

—Sí —susurró Tom.

—Entonces durante el verano yo soy tu padre. Esa es la regla número dos. En esta casa yo soy la ley. Cuando diga que no podéis salir, os quedaréis dentro. Y cuando os diga que permanezcáis en vuestras habitaciones, me obedeceréis. Siempre habrá una razón, os lo aseguro. Muy bien. ¿Alguna pregunta?

Del estaba silencioso como una piedra. Tom preguntó:

—¿Hay lobos en Vermont? ¿Usted ha visto alguno?

Collinsladeó la cabeza.

—Por supuesto que no —y lanzó una mirada equívoca, juguetona. Luego se echó hacia atrás en su silla—. ¿Alguna vez oíste la historia de cómo comenzaron todas las historias?

Los dos muchachos sacudieron la cabeza. Tom sintió una repentina e inmediata resistencia a todo lo que le rodeaba. Este hombre no era su padre. Sus historias serían mentiras: no había nada en él que no fuese peligroso.

—Esta historia —dijo Collins, tirando delicadamente de un pliegue del pañuelo y exponiendo otra parte de su dibujo sobre el suéter verde— es... o más bien podría ser..., sí, podría ser sobre la traición. Y podría ser sobre la destructividad de la magia. Vosotros decidís.

## 4

*«La caja y la llave»*

—Hace mucho, mucho tiempo, en un país del norte donde nevaba ocho veces al año, un muchacho vivía solo con su madre en una casita de madera al pie de una empinada colina. Llevaban una vida decente, con buenos propósitos, y llena de trabajo. Siempre había tareas que realizar, provisiones para salar, madera que cortar y almacenar. El trabajo era interminable, y había poco de lo que los muchachos de hoy llamarían diversión, pero mucha alegría. Todo el universo del muchacho era la acogedora casa de madera con su fuego encendido y su piso lustrado, los animales que él cuidaba, su trabajo, su madre y la tierra que habitaban. La vida describía un círculo perfecto, una órbita perfecta, en la que cada acción y cada emoción eran útiles, coincidentes consigo mismas y con todas las otras acciones y emociones.

»Un día la madre del muchacho le dijo que saliera a jugar en la nieve mientras ella preparaba algo en el horno. Imagino que no quería verlo colgado de sus faldas, persiguiéndola para que le dejara probar lo que estaba guisando. Le puso ropas abrigadas, gruesos suéteres, calcetines y botas, y un gran abrigo azul con una gorra de lana, y le dijo:

»“Vete afuera a jugar una hora.”

»El muchacho preguntó: “¿Puedo subir la colina?”

«“Puedes subir hasta la cumbre si lo deseas —dijo la madre—. Pero dame una hora para cocinar esto.”

Entonces el muchacho salió..., le encantaba subir a la colina, aunque a veces su madre decía que los animales que merodeaban por allí la hacían peligrosa. Desde arriba veía su casita, con la chimenea y las ventanas, y todo el valle donde se encontraba la casa, esa casita acogedora en un valle del norte donde los oscuros abetos crecían en la nieve.

»Le llevó media hora, pero finalmente llegó a lo alto de la colina. Mirando hacia un lado, veía colina tras colina extendiéndose en un frío infinito. Y al mirar en la otra dirección, veía su propio valle. Allí, con aspecto de una casa de muñecas, estaba su hogar. Salía humo por la chimenea, se ondulaba y desaparecía, y su madre pasaba una y otra vez ante la ventana de la cocina, llevando recipientes y bandejas para el horno. Parecía tan cálida esa casita, con esa mujer atareada y su ondulante columna de humo.

»El muchacho, solo en la colina nevada, decidió ponerse a cavar. Tal vez construiría un fuerte bajo la nieve. Sacó un puñado de nieve, luego otro, y todo el tiempo era consciente de lo que había en el valle... La casa abrigada, su madre pasando frente a la ventana de la cocina.

»Cavó durante un rato, mirando desde uno y otro extremo de su agujero en la

nieve hacia la casa y hacia su madre; de pronto se dio cuenta de que le quedaba poco tiempo para jugar. Volvió a mirar su casa y a su madre en la ventana, y sacó unos puñados más de nieve.

»Era hora de emprender el regreso. Miró el humo que salía de la chimenea.

«Entonces oyó una voz en su mente que le decía: “Saca otro puñado.”

«Volvió a mirar la casa abrigada, y metió la mano más profundamente en la nieve.

»Sus dedos tocaron algo duro y liso y más frío que el hielo. Volvió a mirar la casa, donde su madre sacaba tortas calientes del horno con una larga espátula de panadero; y luego miró nuevamente el agujero que había hecho, y cavó rápidamente alrededor, palpando los lados y los bordes de lo que había encontrado.

»Era una caja... Una caja de plata, tan fría que quemaba las manos a través de los guantes. Esa voz en su mente, que era su propia voz, dijo: “Donde hay una caja, hay una llave.”

«Entonces volvió a mirar hacia la casa y sintió su calor..., vio el humo que salía de la chimenea..., vio a su madre que miraba hacia la ventana. Y metió una mano y raspó delicadamente el fondo del agujero.

«Sus dedos tocaron una llavecita de plata.

«“Donde hay una llave, hay una cerradura”, dijo su propia voz dentro de su cabeza.

»Movié la caja de plata con sus manos y vio que la cerradura estaba disimulada en un complicado diseño grabado junto al borde de la tapa. Miró una vez más la casa cálida y a su madre enjugándose las manos en el delantal ante la ventana. Y puso la llavecita en la cerradura.

«La caja se abrió.

«Luego por última vez miró la casa cálida y a su madre, y todo lo que había conocido, y levantó la tapa de la caja.

Coleman Collins levantó las manos, con las palmas encaradas a unos treinta centímetros de distancia, y de pronto las extendió hacia arriba.

—Y todas las historias del mundo, todas las historias que jamás se hayan contado, salieron de la caja. Príncipes y princesas, brujos, zorros y gigantes y brujas y lobos y leñadores y reyes y gnomos y enanos y una hermosa niña con una caperuza roja, y por un segundo el muchacho lo vio todo perfectamente, mirando silenciosamente en el aire. Luego el viento los atrapó y comenzó a llevárselos, a unos por un lado y a otros por otro.

Volvió a poner las manos sobre la mesa, sonriendo. Parecía totalmente borracho, pensó Tom, pero la voz resonante llenaba los espacios amodorrados de su mente y producía ecos aun cuando Collins no estuviera hablando.

—Pero me pregunto si algunas de esas historias no se habrán mezclado con otras historias. Tal vez el viento arremolinó todas las historias, y cambió a los gigantes por reyes y puso cabezas de zorro en los hombros de los príncipes y mezcló

a la bruja con la hermosa niña de la caperuza roja. A menudo me pregunto si no habrá sucedido eso.

Se apartó de la mesa y se puso de pie.

—Este ha sido el cuento de antes de dormir. Id a vuestras habitaciones y acostaos. No quiero que salgáis de vuestras habitaciones hasta mañana por la mañana. Corred.

Hizo un guiño, y desapareció detrás de los cortinajes, dejándoles momentáneamente solos en el teatro vacío.

Luego su cabeza sin cuerpo apareció en la juntura de las cortinas.

—Ahora mismo. Id arriba. Enséñale el camino, señor Nightingale.

La cabeza desapareció detrás de los cortinajes.

Un momento después reapareció, como un muñeco de resorte.

—Los lobos, y quienes los ven, son muertos de un balazo en el mismo lugar. A menos que se trate de un *lupus in fábulas*, que aparece cuando se habla de él.

La cabeza abrió la boca en una risa sin sonido, mostrando dos hileras de dientes irregulares y ligeramente manchados, y desapareció detrás de la cortina.

—¿*Lupus in fábulas*? —preguntó Del, volviéndose hacia Tom.

—El señor Thorpe solía decir eso a veces. El lobo en el cuento.

—Que aparece cuando...

—Cuando se habla de él —dijo Tom, pesaroso—. No se refiere a lobos reales, sino a..., ah, no me acuerdo.



5

*El lobo en el cuento*

—Este verano no es como otro cualquiera —dijo Del, al pasar por el breve corredor que terminaba en la puerta con barrotes—. Nunca me había contado un cuento antes. Me gustó. ¿A ti no?

—Sí, creo que sí —respondió Tom, e hizo una pausa—. ¿Nunca sentiste curiosidad por lo que hay detrás de eso?

Del se encogió de hombros y se le veía incómodo.

—¿Quieres decir que yo debería haber mirado sólo porque él me dijo que no?

—No exactamente. Pero ¿es tan importante que no nos permite verlo? Sólo me preguntaba si tendrías curiosidad.

—Nunca tuve tiempo de tener curiosidad —dijo Del—. Ha dicho que subamos. Debemos estar en nuestras habitaciones.

—¿Lo hace a menudo, eso de ordenarte que te quedes en tu habitación toda la noche?

—A veces.

Del empujó firmemente la puerta que daba a la parte más antigua de la casa y atravesó la cocina y luego el living.

—Pero ¿acaso no ibas a quedarte? ¿Por qué convertirlo en una orden? ¿Por qué habríamos de levantarnos de la cama en medio de la noche, y andar vagando en la oscuridad...? Si lo convierte en una orden, sólo logra que pensemos en hacerlo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Bien, me voy a dormir —dijo Del, mientras subía la escalera.

—¿Y si quieres un vaso de agua? ¿Y si quieres mear?

—Hay un baño junto a tu habitación.

—¿Y si quieres mirar afuera? No tenemos ventana.

—Mira, ¿no estás cansado? —preguntó Del con furia—. Yo me voy a dormir. No me quedaré levantado a mirar cosas que no debo ver. No voy a mirar las estrellas, simplemente me voy a la cama. Tú puedes hacer lo que quieras.

—No te enojas tanto.

—Estoy enojado, carajo —dijo Del, y se apartó de Tom, para abrir su puerta y desaparecer en su cuarto.

Tom le siguió. Del se quitaba la camisa por encima de la cabeza, sin molestarse en desabotonarla. Las camas estaban abiertas.

—Pero, ¿por qué te pones tan furioso de repente?

—Me voy a la cama.

—Del.

Su amigo se ablandó.

—Mira, estoy tan cansado que me caigo. Es nuestra primera noche aquí. —Del se sentó en la cama y se quitó los zapatos. Se desabrochó el cinturón, se puso de pie y se bajó los pantalones—. Y voy a cerrar estas puertas de manera que no me entere si tú te metes en líos.

—Pero Del, él quiere que nosotros pensemos en...

—Estás cansado, ¿verdad? —dijo Del corriendo una de las puertas.

—Sí.

—Entonces vete a la cama y olvídate.

Fue hacia la otra puerta corrediza y la cerró, separando su habitación de la de Tom.

—¿Del? —dijo Tom a la puerta.

—Te veré por la mañana. Estoy demasiado cansado para pensar en nada.

Tom se apartó. Su propia habitación brillaba: la cama estaba tan impecable que parecía abierta con un abrelatas, las luces eran suaves. El segundo libro de Rex Stout que había traído en la maleta estaba sobre su mesa de noche. Pulsó el interruptor junto a la puerta, y las luces de arriba se apagaron. La luz junto al libro convertía ese sector de la habitación, el libro, la cama y la lámpara, en algo atractivo como una cueva.

Se desvistió rápidamente, se quedó en calzoncillos y se metió en la cama. Tom tomó el libro de Rex Stout y lo abrió por la primera página. Pocos minutos después las letras comenzaron a bailar, y le pareció que hacían comentarios inconexos pero muy interesantes sobre alguna otra historia. Se dio cuenta de que soñaba que leía. Tom apagó la luz y apoyó la cabeza en la almohada.

Pasó un tiempo indeterminado y el ladrido de los perros lo despertó. Primero un perro, luego dos. Se oyeron ruidos de pelea. Una puerta se cerró de golpe en alguna parte, unos hombres echaron maldiciones, un perro aulló de furia o de dolor. Un hombre gritó: «¡Hijo de puta!», y el ruido agónico del perro se convirtió en un chillido. Tom se sentó en la cama. Tenía la mano dormida, y la frotó hasta sentirla latir. Abajo, unos hombres andaban pesadamente por la habitación, entrando y saliendo. Se rompió un vaso, el otro perro comenzó a gruñir.

—¿Del? —llamó Tom.

Varias fuertes voces masculinas se elevaron de inmediato.

Tom fue a las puertas corredizas y las entreabrió unos centímetros. Del estaba tendido boca arriba en la oscuridad, respirando profundamente. Tom corrió nuevamente las puertas y caminó a tientas por la habitación hasta la puerta que daba al corredor, esperando encontrarla cerrada con llave.

Pero no: la entornó un ápice. El corredor estaba débilmente iluminado. Ahora oía las voces y los perros con más claridad. Los hombres parecían tan brutos como los animales. Tom abrió bien la puerta y se vio reflejado en una gran ventana frente a él. Las luces en el bosque brillaron a través de su cuerpo. Salió al corredor. Abajo, en la parte trasera de la casa, un hombre gritaba:

— ¡Atrapa a ese perro... carajo... atrápalo...!

No era la voz de Coleman Collins.

De pronto apareció una luz en la terraza embaldosada bajo su ventana, dibujando la alta sombra de un hombre. Tom se apartó de la ventana. Un hombre fornido, con chaqueta de uniforme del ejército, apareció llevando a un gran perro negro con una cadena. El perro se volvió a ladrarle y el hombre dio un salto hacia adelante y le puso un bozal.

— ¡Dios mío! —vociferó el hombre.

De uno de los bolsillos de su chaqueta verde salía el cuello de una botella. Dejó caer la cadena, desapareció un momento bajo la ventana y reapareció con una pala. Amenazó al perro con ella, la dejó y desapareció nuevamente dentro de la casa. Cuando volvió llevaba unas tenazas de mango largo con refuerzos de metal en el extremo. Esto también cayó en las baldosas y el hombre echó a andar hacia la casa gritando algo. Tenía una barba castaña, corta e hirsuta. Uno de los hombres del tren: el corazón de Tom estuvo a punto de detenerse, y dirigió la mirada hacia los bosques iluminados.

*Ay, no.*

Sobre una piedra chata iluminada por un reflector, tan lejos que Tom no podía ver detalles del rostro ni de las ropas, una pequeña silueta con un largo manto azul y gorra roja sobre unos cabellos rubios sostenía una cajita brillante. La pequeña silueta daba vueltas a la caja en sus manos. Luego volvió la cabeza y lo miró directamente. Retrocedió, presa del pánico, y la cabeza del muchacho miró hacia otro lado, primero a un costado, luego al otro.

— Del —murmuró Tom. Volvió a mirar al muchacho en la piedra—. ¡Del!

El muchacho seguía dando vueltas a la caja entre sus manos. Tom se acercó a la puerta de Del y golpeó dos veces con los nudillos.

— Ven aquí —dijo, pero ya no susurraba.

Volvió a golpear... El ruido abajo era tan intenso que no le oirían aunque diera martillazos a la puerta. El muchacho rubio dejó la caja en la piedra y soñadoramente pasó sus dedos por ella.

— Tienes que ver esto —dijo Tom, hablando casi normalmente.

La puerta se entreabrió.

— Vete. Vete a tu habitación.

— Mira —dijo Tom.

Ahora el muchacho levantaba un objeto que debía ser una llave de plata.

— Ah —dijo Del, y abrió totalmente su puerta, avanzando un paso.

Los hombres que estaban abajo gritaban.

En su pequeño escenario de piedra, el muchacho acercó la llave a la caja.

— Quería que lo viéramos —susurró Tom.

En pijama, Del se acurrucó junto a él. Uno de los perros negros volvió a chillar... ¿El hombre de la barba lo habría golpeado con las tenazas? No quería acercarse a la

ventana lo suficiente como para averiguarlo.

El muchacho del abrigo azul acercó la caja a su oreja y luego la alejó de ella. Seguramente había usado los pulgares para abrir la tapa.”

Salía un humo negro de la caja. Vieron que la figura parada en la roca la dejaba caer, y luego el humo ocultó aquella escena con su masa ondulante.

—Como nuestro espectáculo —murmuró Tom—. Cuando se va el humo, el muchacho ha desaparecido.

—No era un muchacho —dijo Del, volviendo a su habitación.

—¿Era una chica? —preguntó Tom.

—Era Rose Armstrong. Ahora vete a la cama —dio media vuelta y cerró su puerta.

Tom volvió a mirar la luz: los últimos vestigios de humo negro se esfumaban sobre una roca desierta. Las hojas que la rodeaban se agitaban. Bajo las ventanas, los perros continuaban su pelea.

Se elevó la fuerte voz de un hombre.

—Atrapa a ese maldito...

Otro respondió:

—Ahora mismo. ¿Estás bien?

—Ah, estoy muy bien.

Coleman Collins dijo muy claramente:

—¿Estáis listos, por fin?

La puerta se cerró de un golpe y se extendieron las sombras sobre las baldosas, inmediatamente seguidas por una multitud de hombres, la mayoría de los cuales llevaba palas, y dos de ellos tiraban de los perros atraillados. Coleman Collins venía detrás, y ahora vestía una brillante camisa escocesa, pantalones jeans, botas con cordones; parecía un maderero.

—Dame esa botella —ordenó.

El hombre que llevaba una chaqueta del ejército sacó la botella de su bolsillo. Collins se la llevó a la boca y luego se la devolvió.

—Muy bien. Volveré después de...

«¿De inspeccionar a mis invitados?» Tom se apresuró a volver a su dormitorio.

Se metió en la cama de un salto, se cubrió con las sábanas y esperó. «*Hasta podría dormirme* —se dijo—, y *no tendría que hacer nada más.*» Pero su corazón latía fuertemente, sus nervios vibraban, oía los ruidos de los hombres que caminaban al azar sobre las losas y luego ruido de botas que subían la escalera.

Tom se puso tieso. Las botas venían por el corredor hacia la habitación de Del y se detenían. La puerta de Del se abrió, un segundo de silencio; la puerta de Del se cerró y las botas avanzaron hasta su propia puerta. Se abrió, y se filtró la luz en la habitación.

—Debes mantener la cabeza bajo el ala —dijo suavemente Collins; parecía casi tierno.

La puerta se cerró y la habitación quedó otra vez a oscuras. Tom oyó a Collins que caminaba por el corredor, y luego bajaba la escalera.

Esperó sólo un segundo, luego saltó de la cama y buscó a tientas su camisa y sus pantalones. Sus pies encontraron los zapatos. Cuando abrió la puerta y se puso de rodillas junto a la ventana, vio a los hombres y a los perros que se dirigían por las losas hacia los bosques. Algunos de los hombres llevaban antorchas encendidas. Detrás de ellos, caminaba Collins, con un bastón. En cuanto salieron de las losas, Tom corrió hacia la escalera y comenzó a bajar.

## 6

En la entrada las velas aún ardían, y se habían acortado mucho. Cuando volvió hacia el cuerpo principal de la casa, vio una débil luz que salía del living y llegaba al vestíbulo. Pasó junto a una hilera de carteles enmarcados..., una serie de anuncios teatrales detrás de un vidrio, como cápsulas de tiempo. Relucían junto a él, el vidrio reflejaba un poco de la luz escasa del living, y algo más del perfil de Tom. En medio del silencio, se sintió observado.

Las sillas del living habían sido movidas de un lugar a otro, aún ardían cigarros en los ceniceros, los vasos estaban vacíos sobre las mesas de madera junto a los divanes y sobre la mesita central.

Las puertas de vidrio del lado más distante del living estaban abiertas al patio de losas. Más allá del desorden de la amplia habitación, Tom vio las luces de las antorchas de los hombres que avanzaban por los bosques. Caminaba sobre una alfombra suave y espesa. En el aire persistía el humo de los cigarros.

¿Mantendría la cabeza bajo el ala? Esquivaba los muebles, en su camino hacia las puertas de vidrio abiertas, envuelto por el humo del cigarro, el olor de los árboles, la tierra y la noche. ¿La cabeza bajo el ala, Tom? —Al diablo —susurró, y pasó por las puertas de vidrio y echó a andar sobre las losas.

## 7

Las antorchas se veían en el bosque unos cien metros más adelante, y aparecían y desaparecían a medida que los hombres que las llevaban pasaban detrás de los árboles. Tom oía sus fuertes voces que se mezclaban con los ladridos de los perros, y sentía su ansiedad sin oír sus palabras. Iban hacia el lado izquierdo del lago, por la curva de la colina donde él y Del habían visto a Rose Armstrong.

Salió de las losas, preguntándose si la estarían buscando. A su derecha, una larga escalera de hierro bajaba por la pendiente hasta el lugar donde la luna ponía una estela de plata en el lago. Tom descendió como habían hecho los hombres, y su corazón se detuvo cuando la escalera de hierro retembló; llegó a una pequeña playa. Sobre el agua oscura se recortaba una construcción que debía haber sido un depósito para botes; a menos de dos metros de este depósito había un muelle blanco que se adentraba en el lago. No, esa escena en la roca iluminada había sido un acto público; pero lo que estaban haciendo ahora el señor Peet y los demás no lo era.

Sin embargo, se preguntó qué harían hombres como éstos si atrapaban a una muchacha. Luego se preguntó qué harían si lo atrapaban a él.

Afortunadamente, podía seguir las antorchas y mantenerse bastante rezagado para que no lo vieran. Miró hacia atrás en cuanto llegó al bosque y vio que las luces de la casa le daban una clara indicación para su regreso.

Dos veces chocó contra un árbol, raspándose la frente, y casi llegó a caer. La luna, a veces tan brillante que le permitía ver las hojas de hierba como pequeñas olas plateadas de un océano, por momentos se detenía bruscamente detrás de unos altos árboles negros y Tom se preguntaba hacia dónde ir en aquella vastedad negra marcada solamente por la trayectoria de las antorchas.

Como Hansel, seguía mirando hacia atrás, y veía retroceder la casa hasta convertirse en un punto nebuloso entre ramas y hojas de los arbustos. Pronto la casa dejó de ser una señal para constituir media docena de puntos de luz en el bosque.

Esto era la naturaleza tal como sólo la había visto en los libros... La naturaleza luchando por sí misma, repleta y enmarañada, poblada por cien formas enredadas. Cada paso lo acercaba a los dedos y los brazos del bosque que lo atraía; sus zapatillas resbalaron en el musgo húmedo. La tercera vez que chocó con un árbol, porque de pronto la luna había dejado de iluminar, cayó al suelo.

Luego las luces de las antorchas desaparecieron. Tom se quedó absolutamente inmóvil, con temor a darse la vuelta... si perdía la orientación, se perdería realmente. Pensó: *insectos*. Desde que salió de la casa, no había oído ninguno; unas horas antes, en la estación, sus rumores invadían la oscuridad.

Desde la elevación donde habían desaparecido los hombres con los perros y las antorchas, llegaban gritos incomprensibles.

Siguió avanzando muy lentamente, con las manos delante de la cara. Algo, un animal o un pájaro, parloteó desde arriba: echó el cuello hacia atrás y unas agujas le rozaron la frente. La idea de que era una araña le hizo salir corriendo hacia adelante. Se enganchó un pie en una raíz fija como un yunque, y cayó sobre la cara y los codos en el barro.

Tenía conciencia de los fuertes latidos de su corazón, de que tenía el rostro embarrado y la camisa empapada. Se frotó la cara con las manos y siguió adelante arrastrándose.

Finalmente oyó las voces muy cerca. Estaba boca abajo, avanzando por la pequeña ladera detrás de la cual habían desaparecido las antorchas. Un hombre dijo:

—Buster está listo.

Los perros gruñeron; algunos de los hombres rieron. Coleman Collins dijo con voz aguda:

—Cuidado con ese fuego, Root. Necesitas ver bien.

—¿El enchufe estaba en el lugar adecuado? —preguntó antes con voz espesa, probablemente Root.

Collins respondió:

—Dije que sí, ¿verdad? Cuidado con la mecha. ¡Cuidado cómo usas eso! Queremos un resplandor, no un incendio.

Arrastrándose hacia adelante, con miedo de que lo vieran que se le congelaba el aliento en la garganta, Tom veía ahora las luces de las antorchas... o del fuego producido por Root..., enrojeciendo los árboles ante él.

—Herbie, ¿estás seguro de que éste es el lugar? —preguntó el señor Peet.

—Claro que sí —respondió Collins.

¿Herbie?

Tom se arrastró hasta la parte superior de la loma y espió desde detrás del tronco de un árbol resplandeciente por el fuego.

El señor Peet y Coleman Collins estaban juntos ante una gran fogata que vigilaba un hombre grueso con camiseta amarilla y amplios pantalones de carpintero: Root. Tenía la cabeza casi totalmente afeitada. Los otros habían plantado sus antorchas en la tierra blanda y cavaban furiosamente. Volaba el polvo.

—Aquí está tu parcela —dijo Collins, señalando un montículo cubierto de hierba del otro lado del fuego. Con su camisa de leñador, su rostro enrojecido por el fuego, el mago parecía extravagantemente saludable, musculoso como el señor Peet —. ¿Dónde conseguiste los perros esta vez, Thorn? —preguntó.

El hombre con chaqueta del ejército se acercó desde el otro lado del montículo, sosteniendo a ambos perros negros por sus cadenas alrededor del cuello.

—La misma porquería de siempre. Pagué cincuenta y cinco por cada uno..., dice que son los más fuertes que tiene. No conseguí bull-dogs —el rostro de Thorn se había convertido en una linterna—. Los bull-dogs son los mejores para esto.

—Bull-dogs o terriers —dijo Collins.



—Los bull-dogs son los mejores —repitió Thorn.

—Thorn, eres un idiota. Dame otra vez esa botella. —De mala gana Thorn sacó el whisky de su bolsillo. Collins bebió y pasó la botella al señor Peet—. Esos dos servirán. Estoy satisfecho. Ahora, dale las cadenas a Root para ayudar con el pozo.

—Sí —dijo Thorn; se apartó para hacer lo que le indicaban.

—En, enviemos al pequeño —dijo Root.

—Por Dios —dijo uno de los hombres que cavaban—. ¿Por qué no nos tomamos un descanso? O si no, ven aquí y sigue cavando tú, porquería.

—Ahora... —dijo Peet a manera de advertencia, pero demasiado tarde.

Root había atado las cadenas a un árbol y se enfrentaba con el hombre que tenía una pala. Los otros dejaron de cavar y miraron al hombre que se afirmó sobre sus pies y golpeó a Root con la hoja de la pala. Root recibió el golpe en un costado, y cayó.

—Mierda —dijo el hombre.

—Bien, Pease —dijo el señor Peet con calma—. Root, contén a los perros. Es demasiado pronto para que comiencen. Alimenta el fuego.

—Imbécil —murmuró el que se llamaba Pease, tomando la pala; cavó con tanta fuerza que la tierra llegaba hasta Root.

Media hora más tarde, los cuatro hombres que cavaban habían abierto un pozo de un metro y medio de profundidad y un metro veinte de largo. Root sacudía las cadenas de los perros cada vez que, en forma inexperta, arrojaba más leña al fuego. Tom observaba todo esto, y de vez en cuando se dormía, fascinado. ¿Qué tendrían que hacer los perros? ¿Para qué esa larga trinchera? Tenía el desagradable aspecto de una tumba.

Finalmente, el mago dijo:

—Hay que azuzarlos. Seed, tú y Rock poneos a trabajar en la parcela.

—Sí —dijo uno de los que cavaban, un hombre grueso con barba que parecía un Burl Ives depravado; sonrió, mostrando un típico hueco de jugador de hockey en el lugar donde debía haber tenido los incisivos.

Seed se puso de pie de un salto para salir de la trinchera, seguido por otro hombre. Llevaron sus palas hasta el montículo e inmediatamente comenzaron a arrojar tierra desde allí.

—Más rápido, más rápido —ordenaba el señor Peet—. Quiero que sepan que estás aquí.

—Mierda, nos oyen perfectamente —dijo Seed, mostrando el hueco entre sus dientes.

—¿Sabes cuántos hay, Herbie? —preguntó Rock.

—Con uno es suficiente —respondió Collins—. Mira, saquemos a ese otro hombre del pozo. Snail, ve del otro lado.

Snail, Seed, Rock, Pease, Thorn, Root: ¿eran apellidos?

El que se llamaba Snail se arrastró desde el pozo, fue al montículo, tomó su pala

y dio un golpe con la parte plana de la hoja en la tierra.

—Hay que sacudirlos bien —dijo, y comenzó a arrojar tierra con tanta diligencia como Seed y Rock.

Parecían tres monstruosos enanos, estos hombres corpulentos. Snail y Rock tenían tatuajes en los poderosos bíceps; y cuando Snail se quitó la camisa, Tom vio que su pecho estaba cubierto de tatuajes: una calavera blanca con orificios oculares oscuros, de la cual salía la cola de un dragón con escamas y alas de águila.

—Señor Snail, mueva esas alas —ordenó Cole Collins, y el hombre tatuado rió y se puso a cavar más ferozmente.

—Un tremendo agujero —gritó Snail—. Aquí hay uno de los malditos agujeros.

Thorn salió del pozo de un salto, gritando como un lunático, y se abalanzó sobre Snail; en lugar de atacarlo, como temía Tom, que ahora se había despertado del todo con el barullo, Thorn clavó su pala en la tierra y comenzó a quitar tierra en la entrada del agujero.

—Mete ese pequeño allí, Root —dijo el señor Peet.

—Me gustaría que tuviéramos un bull-dog —dijo Thorn, con el rostro brillante.

Root levantó al perro más pequeño, le quitó la cadena, y señaló el agujero descubierto.

—Métete ahí —dijo Root, pero el perro no necesitaba órdenes: entró de inmediato en el agujero.

—Bien, prepara el otro —dijo el señor Peet—. Apuesto veinte a que saldrá en menos de un minuto.

Miró su reloj, y Thorn dijo:

—Veinte.

Los tatuajes de Snail se ensancharon y temblaron a la luz del fuego. El efecto era tan perturbador que pasó un momento antes de que Tom se diera cuenta de que se reía.

—La trituradora.

—Un minuto —dijo Thorn, encogiéndose de hombros.

Aullidos, gruñidos, ladridos, salían del agujero. Luego el ruido de unos gritos que Tom había oído en el dormitorio.

—Cuidado con la cola, muchachos —señaló el señor Peet, y un segundo más tarde el perro salió disparado del agujero; unas líneas rojas le cruzaban la cabeza.

—Veinte de Thorn —dijo el señor Peet—. Haz entrar al otro.

Y Root colocó en posición al segundo perro, que temblaba. Pease y Seed, el gordo parecido a Burl Ives, comenzaron a remover con sus palas la parte superior del montículo.

Durante horas, o al menos eso le pareció a él, Tom estuvo tendido al pie del árbol, durmiéndose y despertándose ante algún nuevo horror..., los perros recorrían los túneles que Pease y Seed descubrían en la parcela, salían gimiendo y sangrando, y los obligaban a entrar nuevamente. El dinero pasaba de mano en mano entre los

ocho hombres, y la mayor parte la retenían Root, el señor Peet y Collins. Durante uno de los períodos en que estuvo despierto, Tom vio que Collins tomaba una pala que tenía Snail, el de los tatuajes, y atacaba la parcela con tanta fiereza como cualquiera de los hombres más jóvenes. Se dio cuenta de que Collins no renqueaba, y estaba tan cansado que sólo pensaba que frente a estos hombres él tampoco renquearía.

—¡Tierra buena! ¡Tierra buena! —gritaba el que se llamaba Rock.

Había otra cosa, se dijo Tom, algo más que uno no percibiría a menos que mirara a esos hombres durante largo tiempo: todos eran muy blancos. Su piel parecía marchita, de mala calidad; eran fuertes, pero eran hombres acostumbrados a estar en el interior de una casa.

Puertas adentro, hombres que trabajan por la noche y que en ese momento trabajaban afuera, la ferocidad de su trabajo y de sus gritos, las antorchas y las llamas, los gritos y los intercambios de dinero y los perros ensangrentados..., esta escena fantasmagórica se desplegaba ante Tom y a veces parecía tan irreal que pensaba que estaba nuevamente en su cama en la habitación sin ventanas... Luego realmente se quedó dormido, y soñó que Del estaba tendido en la pequeña colina junto a él, explicándole cosas.

—El señor Snail es el tesorero de una gran corporación en Boston, el señor Seed y el señor Thorn son los dos abogados, el señor Pease y el señor Root son accionistas importantes de la U. S. Steel y todos los años corren por la Copa de América..., el señor Peet es el secretario de Comercio de los Estados Unidos.

—*¡Preparen esas pinzas!* —gritaba alguien—. *¡Tomen esas malditas pinzas!*

Tom gimió y se dio vuelta, tocando las ramas más bajas del árbol con el codo; luego recordó dónde estaba, y se apretó contra el suelo todo lo que pudo, nuevamente boca abajo. Le dolía el cuello, le dolían las rodillas, la cabeza le estallaba de dolor; pero al mirar a los hombres el sueño lo perseguía, y veía al secretario de Comercio tomando las pinzas y maldiciendo al tesorero de la corporación para que retrocediera. Uno de los principales accionistas de la U. S. Steel tenía a un perro preparado junto al pozo. Un abogado con cara de calabaza, que vestía chaqueta del ejército, gritaba:

—¡Atrápalo! ¡Atrápalo!

Otro abogado tenía en el puño varios billetes doblados: en lo profundo del pozo, el segundo perro aullaba como un alma atormentada en el infierno.

—Pronto —dijo el secretario, y el tesorero de Boston se puso en cuclillas, con una sonrisa tensa como la de un mono.

Luego sucedieron dos cosas perturbadoras, en tan rápida sucesión que fueron casi simultáneas. Escupiendo sangre, un perro torturado salió del pozo; un abogado cuyo cuerpo estaba cubierto por el tatuaje de un dragón le echó una mirada y levantó el hacha sobre su cabeza. Tom vio una pata delantera que colgaba de un hilo sanguinolento, costillas al descubierto que parecían fósforos pintados, y luego al abogado inclinándose para destrozar la cabeza del perro. De una patada, el abogado

lanzó el cuerpo del perro entre los árboles.

La segunda cosa horrible fue como la primera, una sucesión de imágenes de colores tan brillantes que podían haber sido una serie de diapositivas. Una cabeza peluda, mojada de sangre, apareció durante un segundo: el secretario de Comercio estaba armado con las pinzas de metal, y todos los financieros gritaban alegremente; el secretario alzó los brazos enérgicamente hacia arriba como un hombre que juega a un juego desconocido, y las abrazaderas de metal de las pinzas aferraron la panza de un tejón enloquecido, sangrante, y lo llevaron, trazando un amplio arco, a través del aire iluminado por el fuego. El secretario giró sobre sí mismo, lanzando el pesado cuerpo que tenía entre las pinzas, y dejando caer al animal en el pozo. El accionista de la U. S. Steel soltó al perro, que echaba espuma y que también cayó de cabeza en el pozo. Instantáneamente los jugadores comenzaron sus apuestas. Las apuestas, comprendió repentinamente Tom, eran sobre cuánto tiempo viviría el tejón.

Los hombres que gritaban cerraron el círculo alrededor del pozo, pasándose dinero unos a otros, y Tom no veía lo que sucedía adentro. Pero podía imaginarlo, y eso era aún peor. Por momentos, cuando saltaba la sangre, uno de los jugadores retrocedía, maldiciendo, y Tom veía pelos que volaban por el aire. El dragón sangraba por sus escamas iridiscentes; una rosa abierta apareció en un bíceps; apareció sangre milagrosa en una camiseta amarilla, deslumbrante e inesperada como un estigma.

Después de veinte minutos un hombre levantó los brazos y gritó. Le llegó dinero en grandes cantidades. Luego sólo se oyó el sonido de varias respiraciones: la respiración agitada de hombres que habían trabajado intensamente y la respiración dificultosa de un perro malherido. El secretario de Comercio sacó una pistola del bolsillo y lo hizo caer al pozo de un balazo.

Tom volvió a temblar, estremeciéndose contra el suelo como una hoja.

—Muy bien. Ya han tenido su sangre —dijo Coleman Collins; pero era demasiado tarde, porque el mago se había vuelto hacia él y lo miraba a los ojos, y decía—: Allí hay otro para el pozo. Vete a dormir, muchacho.

Un hombre corpulento, con rostro de imbécil, giró sobre sí mismo y corrió hacia él; y Tom se desmayó.

8

«Vete a dormir, muchacho.» Tom se encontró nuevamente en el tren que iba hacia el norte desde Boston. Coleman Collins, y no Del, estaba sentado junto a él, y decía:

—Por supuesto, éste no es tu tren. Este es Nivel Uno.

—Trance —dijo Tom—. Voz.

—Eso es. Excelente memoria. Mientras estemos aquí, quiero agradecerte todo lo que hiciste por Del. Hace mucho que necesita de alguien como tú.

Una ola de sentimientos enfermizos, disfrazados de amabilidad, fluía del mago, y Tom supo que su situación era peor que la que podría haberle causado cualquiera de aquellos hombres.

—¿Te gustaría ver ventriloquismo? Es divertido. Siempre me divierte el ventriloquismo —sonrió al muchacho; ambos iban mecidos por las sacudidas del tren repleto—. Esto es todo muy elemental, por supuesto. Espero que te quedes el tiempo suficiente como para que te muestre algunas de las cosas más difíciles. Todo está dentro de tus posibilidades, te lo aseguro.

—Estaremos con usted todo el verano.

—Dos meses y medio no es tiempo suficiente, pajarito. No es suficiente. Ahora bien. ¿De dónde vendrá esa voz? De allí, supongo —levantó su rostro distinguido e hizo un gesto hacia una rejilla, en el techo del vagón.

Instantáneamente una voz histérica gritó:

—¡URGENTE! ¡URGENTE! ¡SUJÉTENSE AL ASIENTO QUE TIENEN DELANTE! ¡SUJÉTENSE...!

El mago había desaparecido. Una mujer gorda que estaba en el pasillo junto al asiento de Tom chilló; tenía una bandeja de cartón que contenía varias tazas de café. Cuando gritó, el café saltó hacia arriba, en un remolino.

Ahora muchos chillaban. Tom bajó la cabeza hasta ponerla entre sus rodillas y sintió el café caliente que se derramaba por su espalda.

El golpe lo arrancó totalmente del asiento, y el ruido del desastre era como un clavo en sus oídos. Veía a la mujer que retrocedía por el pasillo, con el terror pintado en la cara. El vagón levantó la parte delantera en el aire y comenzó a caer hacia un costado.

—¡Me he roto una pierna! —gritó el hombre—. ¡Dios mío!

Su grito fue lo último que oyó Tom antes de una explosión intensa como la de una bomba a poca distancia en las vías.

—Luz —dijo la voz del mago.

Surgió una blancura enceguecedora, causada por otra explosión, que iluminó todo el vagón. A unos centímetros de la cabeza de Tom, una lámpara explotó en llamas. Tom manoteó, pero no pudo ver dónde la lanzaba.

—¡Por Dios! —chilló el hombre de la pierna fracturada. El coche ladeado se inclinó mucho más a la derecha y comenzó a caer.

Alrededor de Tom, que ahora estaba tendido boca arriba en el pasillo, con las quemaduras en su espalda como una herida abierta, la gente gemía y gritaba: el coche parecía un zoológico ardiente.

Se aferró a uno de los soportes de los asientos y pensó: «Moriré aquí. ¿No murieron muchos?»

Cuando el coche tocó el suelo los gritos se intensificaron, se tornaron casi exaltados.

9

Tom abrió los ojos. Estaba tendido en el agujero donde Pease y Thorn y los otros habían trabajado lanzando carnada a los tejones. Coleman Collins, rubicundo y saludable, diez años más joven con su ropa deportiva, echó un trago de una botella y le hizo un guiño desde el lugar donde estaba sentado junto al montículo.

—Eso no fue simplemente magia —dijo Tom.

—¿Qué es «simplemente magia»? —el mago le sonrió—. Estoy seguro de que no existe tal cosa. Pero te dormiste. Supongo que soñabas.

Levantó una rodilla y extendió su brazo sobre ella. Parecía un jefe de boy-scouts que charla junto al fuego con un muchacho favorito.

—Yo estuve allí... —señaló Tom—. Usted dijo: «Muy bien. Ya han tenido su sangre.» Luego me vio. Y dijo: «Hay otro para arrojar en el pozo. Duérmete, muchacho.»

—Ahora sé que estás cansado —dijo Collins, reclinándose contra lo que quedaba del montículo—. Has tenido un día muy largo. Te aseguro que nunca dije nada de eso.

—¿Dónde están todos los demás? Tom se incorporó y miró alrededor en el claro. La luz del fuego mostraba un montículo de tierra en el lugar donde había estado el pozo.

—No hay otros. Sólo tú y yo. Y eso, supongo, es lo que querías.

—Señor Peet —insistió Tom—. El estaba aquí. Y muchos otros... con nombres extraños, como un montón de duendes. Thorn y Snail y Rock y Seed..., usted trataba de hacer salir a un tejón de su madriguera. Había dos perros..., el señor Peet le pegó un tiro a uno de ellos.

—¿De veras? —el mago cambió su posición contra el montículo y miró a Tom con indulgencia—. Yo pensaba que me seguías porque querías hablar. Me desobedeciste, es cierto. Pero cualquier buen mago sabe cuándo quebrar las reglas. Y al hacerlo demostraste coraje e inteligencia, me pareció... Fuiste curioso, querías saber cómo era el terreno.

*Terreno* significaba algo más que la tierra donde se encontraban. Tom asintió.

—Creo también que debes leer algunos de mis carteles..., reliquias de mi carrera pública. ¿No es así?

—Los he visto —admitió Tom; pensó que Coleman Collins era la persona en quien menos confiaba sobre la tierra.

—Ya te enterarás de todo... Este verano me liberaré de mis cargas. —Collins levantó las rodillas, miró seriamente a Tom y luego unió sus manos sobre ellas. De pronto a Tom le recordó a Laker Broome—. Por ahora, quiero decirte algo sobre Del. Luego hay una historia que quiero que tú..., sólo tú..., oigas. Y finalmente, será hora

de irte a la cama. Mi sobrino ha tenido una vida irregular. Estuvo a punto de ser expulsado de Andover cuando los Hillman se mudaron. Bien, tal vez no tengas muy buena opinión de los Hillman... Ya ves que soy muy franco contigo... Pero a pesar de todos sus defectos, desean proteger a Del. Y él necesita protección. Sin una buena ancla, sin un Tom Flanagan, se estrellará contra las piedras. Necesita de toda mi ayuda, y de la tuya también. Vigílalo. Pero además obsérvalo.

—¿Observarlo?

—Para asegurarte que no profundice demasiado. Del no tiene la misma relación sana que tú tienes con el mundo —levantó un poco más las rodillas—. Del robó esa lechuza en la Escuela Ventnor. ¿Lo habías adivinado?

—No —respondió Tom.

—Me enteré del robo por los Hillman. Ellos saben que él la cogió, también. Pero no querían que lo expulsaran de otra escuela más.

—Otro muchacho la cogió. Algunos lo vieron.

—Del quería que otro muchacho la robara. Del es mago también: mejor de lo que él piensa, aunque nada parecido al mago que tú podrías ser. Del robó esa lechuza, y no importa qué manos la tomaron. Cuídate de Del. Conozco a mi sobrino.

—Esto es una locura —dijo Tom, aunque una diminuta duda había comenzado a abrirse dentro de él—. Y aquí hay algo más que realmente es una locura... Todo este asunto de que yo soy mejor que Del. Del es mejor de lo que yo seré jamás. La única cosa que realmente importa es la magia.

—Es mejor en las cosas que tú aprenderás muy rápidamente. Pero tú tienes dentro de ti poderes de los que nada sabes, mi pájaro —miró a Tom con una especie de omnisciencia paternal—. No estás convencido. ¿Te gustaría tener una prueba, antes de oír la historia? ¿Sí? —volvió la cabeza—. Hay un tronco caído allí, ¿lo ves? Quiero que lo levantes. —Cuando Tom comenzó a ponerse de pie, dijo—: Quédate donde estás. Levántalo con tu mente. Yo te ayudaré. Vamos. Inténtalo.

Tom veía el borde del tronco que aparecía en el claro. Era uno de los que Thorn había arrojado al fuego, tenía unos noventa centímetros de largo, estaba seco y carcomido. Pensó en un lápiz en su escritorio, ascendiendo hacia arriba, al final de una de las clases de Fitz-Hallan.

—¿Tienes miedo de probar? —preguntó Collins—. Hazme el favor. Dentro de ti di: «Tronco, sube.» Y luego imagina que sube. Por favor, inténtalo. Prueba que me equivoco.

Tom quería decir: «No lo haré», pero se daba cuenta que sería algo infantil. Cerró los ojos y se dijo a sí mismo: «Tronco, sube.» Entreabrió los ojos: el tronco estaba tendido en la hierba.

—No sabía que eras un cobarde —dijo el mago.

Tom siguió con los ojos abiertos y pensó que el extremo del tronco se levantaba. Sin embargo, no se movió. «Tronco, sube. ¡Tronco, sube!» El extremo del tronco se estremeció y Tom miró el rostro divertido de Collins.



—¿Un ratón? —dijo el mago.

«¡Arriba! —pensó Tom, de pronto lleno de furia y sabiendo que no se movería—. ¡ARRIBA!»

Pero el tronco obedientemente se puso vertical como si alguien hubiera tirado de un cable. «¡ARRIBA!» Se elevó y se agitó en el aire. Luego Tom sintió una oleada de invencible negrura que invadía su mente como las náuseas, y el tronco comenzó a girar sobre sí mismo, cada vez más rápido hasta que su imagen se tornó borrosa. «No. Basta», dijo mentalmente, y el tronco cayó de golpe en la hierba. Lo miró, consternado. Le dolían los ojos; en el estómago tenía la sensación de haber comido arañas. Quería escapar..., tenía miedo de vomitar. Oyó aplausos, y vio que era Collins quien aplaudía.

—Lo hiciste —dijo Collins, y Tom sintió un sabor espantoso en la boca—. Apenas te ayudé, eres un muchacho notable. Ahora, escucha el cuento. Un día, en un bosque, un gorrión se posó junto a otro gorrión en una rama. Hablaron durante un rato de asuntos de gorriones, y era una charla vivaz, insustancial, como suelen ser las charlas de los gorriones, y el segundo gorrión dijo: «¿Sabes por qué los sapos saltan y por qué croan?» «No. Y no me importa», dijo el primer gorrión. «Cuando lo sepas, te importará», prometió su compañero. Y eso es todo lo que le dijo. Pero yo te lo contaré a mi manera, no a la manera del gorrión.

Tom vio que el tronco giraba con furia en el aire.

*«La princesa muerta»*

Hace mucho tiempo, cuando todos vivíamos en el bosque y ninguno de nosotros vivía en otra parte, un grupo de gorriones volaba en la parte más profunda y más oscura del bosque, volaba sin rumbo fijo lejos de sus rutas normales, pues de momento no necesitaban buscar comida.

Como suelen hacer los gorriones, prestaban poca atención a las cosas y se contentaban con perseguirse y charlar entre ellos, volar de aquí para allá, comentar.

—Todo está tranquilo —dijo un gorrión.

Y otro respondió:

—Sí, pero estaba mucho más tranquilo ayer.

Y otro pronto expresó su desacuerdo..., y poco tiempo después todos expresaban su asentimiento o su desacuerdo.

Finalmente describieron círculos en el aire sobre los árboles, escuchando para ver cuánta quietud había realmente, para poder discutir el asunto con más exactitud. En ese momento los gorriones, aunque hasta entonces no se habían dado cuenta de ello, estaban casi sobre el palacio del rey que gobernaba toda esa parte del bosque. Y no había ningún ruido.

Y eso era realmente extraño. Porque si el bosque estaba normalmente lleno de ruidos que los gorriones conocían de toda la vida, el palacio era una verdadera colmena..., los caballos pateaban en sus establos, los perros resoplaban en los patios, los sirvientes charlaban en los espacios abiertos. Para no mencionar el entrecuchar de las ollas en la cocina, el golpeteo en los talleres del palacio, el bing, bing, bing del herrero... En lugar de todos estos sonidos que los gorriones deberían haber oído, sólo percibían el silencio.

Ahora bien, los gorriones son tan curiosos como los gatos, de manera que naturalmente descendieron en su vuelo para echar una mirada..., habían olvidado su discusión. Siguieron bajando, y bajando, y bajando, pero aún no oían nada.

—Vayámonos —dijo uno de los gorriones más jóvenes—. Algo terrible ha sucedido aquí, si nos acercamos demasiado, puede sucedernos a nosotros también.

Por supuesto, nadie prestó atención. Siguieron bajando, bajando, bajando, hasta quedar dentro de los muros del palacio. Algunos se posaron en los alféizares de las ventanas, otros en las piedras de las calles, algunos en las alcantarillas, otros en las puertas del establo; y los únicos ruidos que oían eran los que ellos mismos hacían.

Entonces vieron por qué. En el palacio todos dormían. Los caballos dormían en los establos, los sirvientes dormían apoyados en las paredes, los perros dormían en los patios. Hasta las moscas dormían sobre los picaportes.

—¡Una maldición, una maldición! —gritó el joven gorrión—. Vamos, vámonos ahora, o nos sucederá lo mismo que a ellos.

—Basta —dijo uno de los gorrones más viejos, porque finalmente había oído algo.

Era el débil sonido de una voz humana, no la voz de cualquiera, sino la del rey. «*La pena soy yo, la pena soy yo...*» Eso era lo que el rey se decía a sí mismo, en lo alto de una de las torres, con tanta desesperación que todos los gorrones sintieron inmediatamente tristeza y simpatía por él.

Luego otro gorrión, muy valiente, oyó otro sonido. Alguien se paseaba por el largo edificio que había junto a ellos. Se asomó a la puerta para ver quién estaba despierto además del rey. El gorrión vio una larga habitación polvorienta, con una enorme mesa justo en el centro. Se filtraban rayos de luz desde las altas ventanas, y cada uno de ellos caía por turno sobre la espalda de una mujer que llevaba un largo y lujoso vestido largo, y que se iba alejando. Cuando llegó al fondo del comedor, porque ése era el lugar donde había entrado el gorrión valiente, ella se volvió sin ver lo que la rodeaba y fue hacia él. Se retorció las manos; fruncía las cejas. Él corazoncito del gorrión deseaba ayudarla, y pensó que si podía socorrer a esta hermosa y desesperada señora de alguna manera, lo haría de inmediato. Por supuesto, sabía que ella era la reina..., los gorrones tienen una intensa conciencia del rango. Cuando ella lo vio frente a la puerta, el gorrión inclinó la cabeza y la miró con una expresión tan inteligente y bondadosa que ella se detuvo.

—Ah, gorrióncito —dijo la reina—. Si al menos tú me entendieras. —El gorrión inclinó aún más la cabeza—. Si tú me entendieras, te contaría cómo nuestra hija, la princesa Rose, enfermó y se murió. Y cómo su muerte se llevó toda la vida del palacio... De nuestro reino también, gorrióncito. Te contaría cómo todos los animales se quedaron dormidos primero, tan profundamente que no pudimos despertarlos, y luego todas las personas excepto el rey y yo sucumbieron a la misma enfermedad y se quedaron dormidas donde estaban. Y más que nada, gorrióncito, te contaría cómo la muerte de mi hija está causando la muerte del reino, porque como ves ahora, sin duda todos nos estamos muriendo, todos, en el palacio y en el bosque, el rey y el campesino, el lobo y el oso, el caballo y el perro. Ah, casi creo que me entiendes —agregó, y volvió la espalda al gorrión para continuar su triste paseo.

El gorrión voló hasta la pesada puerta de roble y se acercó a sus compañeros. Les silbó para que guardaran silencio y luego les contó exactamente lo que había dicho la reina. Cuando terminó, uno de los gorrones mayores dijo:

—Debemos hacer algo para ayudar.

—¿Nosotros? ¿Nosotros? ¿Ayudar? —comenzaron a piar todos los gorrones más jóvenes, saltando de aquí para allá muy agitados; porque una cosa era presenciar acontecimientos interesantes y trágicos, y otra tratar de hacer algo al respecto.

—Por supuesto que debemos ayudar —dijo el gorrión mayor.

—¿Ayudar? ¿Nosotros? —piaban los gorriones más jóvenes—. ¿Qué podemos hacer?

—Hay una sola cosa que podemos hacer —dijo el gorrión mayor—. Debemos ir a ver al brujo.

Bien, esto realmente los dejó consternados, y hubo muchos saltitos y peleas. Hasta los gorriones más jóvenes habían oído hablar del brujo, pero nunca lo habían visto. Además, la sola mención del brujo los asustaba. Algo que todos sabían sobre el brujo era que si bien era justo, siempre obligaba a pagar los favores que hacía.

—Es lo único —dijo el gorrión mayor.

—¿Dónde vive? ¿Es lejos? ¿Podemos encontrarlo? ¿Está vivo aún? ¿Nos perderemos? —un montón de preguntas piadas.

—Una vez vi donde vivía —dijo el gorrión mayor—. Y creo que puedo volver a encontrar el lugar. Pero queda muy, muy lejos, del otro lado del bosque.

—Entonces te seguiremos —dijo el gorrión valiente, y todos se elevaron y volaron en círculos apartándose del terrible silencio del palacio.

Durante horas volaron sobre los espesos árboles y las grandes praderas del bosque, sobre ríos espumosos y grandes valles. Sobre las cavernas de los osos y las cuevas de los zorros, sobre los troncos huecos donde dormitaban las hormigas, sobre los ponies salvajes que dormían en los acantilados rocosos.

Finalmente vieron una pequeña columna de humo que subía entre las copas de los árboles, y el gorrión mayor dijo:

—Esa es la casa del brujo.

Y comenzaron a descender en círculos cada vez más abajo, más abajo entre los árboles. Y finalmente vieron una casita de madera con dos ventanitas junto al pórtico de la entrada.

Uno por uno los gorriones descendieron en una rama frente a las ventanas, cuando la rama estuvo tan llena de gorriones que se doblaba, siguieron posándose en la más alta; y así sucesivamente hasta que los gorriones llenaron todo el árbol. Luego todos comenzaron a cantar juntos.

La puerta de la casita de madera se abrió, y el brujo salió a la luz. Era un hombre muy, muy viejo, con piel del color de la leche. Las oscuras vestiduras que usaba llevaban bordadas la luna y las estrellas; alguna vez debían haber sido impresionantes, pero ahora estaban tan gastadas que se veía la tela a través de las estrellas. Levantó la mirada hacia el árbol con sus ojos claros y dijo:

—Veo que los gorriones han venido a visitarme. ¿Qué querrán?

Entonces el gorrión mayor miró al gorrión valiente y éste habló, tal vez su voz tembló, porque el brujo lo asustaba, y ahora que realmente estaban allí deseaba estar en otra parte, pero contó al brujo toda la historia, como la había contado la reina.

—Ya veo —dijo el brujo—. ¿Y ustedes desean que yo devuelva la vida a la princesa Rose?

—Eso es —dijeron los gorriones.

—¡No es difícil —dijo el brujo—, pero deben estar de acuerdo en sacrificar algo para que yo lo haga.

Entonces todos los gorriones comenzaron a piar y a protestar.

—¿Renunciarían a sus alas?

Se oyó un fuerte murmullo.

—No, eso es imposible —dijo el gorrión mayor—. Sin nuestras alas no podríamos volar.

—¿Renunciarían a sus plumas?

Los ruidos de los gorriones se hicieron aún más intensos después de esta pregunta.

—No, no podemos —dijo el gorrión mayor—. Sin nuestras plumas moriríamos congelados en el invierno.

—¿Renunciarían a su canto?

Los gorriones guardaron silencio por un momento y luego hablaron en voz más alta que antes.

—Sí —dijeron los gorriones—. Ese será nuestro sacrificio.

—Está hecho —dijo el brujo—. Vuelvan al palacio.

Como un solo pájaro, y con su velocidad intensificada por el nerviosismo, salieron del árbol, describieron un círculo sobre la casa del brujo y comenzaron el largo vuelo a través del bosque.

Horas después, cuando llegaron al palacio, todo estaba como antes..., todos los habitantes del palacio excepto la reina y el rey seguían durmiendo. Los gorriones se miraron entre ellos con inquietud, preguntándose si el brujo aceptaría su sacrificio sin darles nada a cambio.

Luego, desde la parte inferior del palacio, oyeron una vocecita que llamaba:

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Mamá! ¡Papá!

Y una gran puerta de madera se abrió y una niña salió frotándose los ojos.

De manera que los caballos se despertaron en los establos, los perros se despertaron en los patios, las moscas volaron alejándose de los picaportes, los sirvientes se estiraron y bostezaron, y en lo profundo del bosque los zorros también bostezaron y se estiraron, los osos sacudieron sus grandes cabezas, los lobos se desperezaron bajo los árboles.

En ese instante todos los gorriones del palacio comenzaron a sentir una transformación dentro de ellos: como si una mano fría se hubiera metido en su interior, y moviera sus vísceras de un lugar a otro. Sus mentes se nublaron; sus cuerpos engordaron, se alteró su organismo, sus picos se ablandaron y se ensancharon, sus pies crecieron.

Y en lugar de pájaros, ahora había sapos en los alféizares de las ventanas, sapos en las barandillas, sapos que saltaban sobre las piedras.

Afortunadamente el rey presenció esta transformación y comprendió lo que había sucedido. Levantó los brazos en acción de gracias y dijo que desde ese día

todos los sapos de su reino serian protegidos, porque alguna vez habían sido gorriones que acudieron al brujo para devolver la vida a su hija.

—Y por eso los sapos croan, y por eso dan saltitos —dijo un gorrión a otro en una rama en el bosque.

Alguna vez fueron pájaros, pero un gran brujo les tendió una trampa, y ahora aún tratan de cantar y de volar. Pero sólo pueden croar y dar saltitos.

11

—Bien, ése es el segundo cuento para que te duermas —dijo el mago—. Ahora creo que debo irme. Pronto encontrarás tu camino de vuelta a la cama. Estoy seguro. —Comenzó a ponerse de pie, pero la expresión del rostro de Tom lo detuvo—. ¿En qué piensas, Tom?

—En el día de la inscripción en nuestra escuela —comenzó Tom, con el rostro enrojecido y furioso—. El director retuvo a Del y a otro chico en su despacho. Les contó una especie de cuento de hadas. Usted lo sabía.

El mago se levantó, se llevó las manos a la espalda y se estiró de pies a cabeza.

—Piensa una cosa, Tom. ¿Qué darías tú por salvar una vida? ¿Tus alas, o tu canto? ¿Serías un gorrión... o un sapo?

Sonrió seductoramente al muchacho, levantó los dos brazos en el aire y desapareció.

—¡No! —gritó Tom, y dio un salto hacia adelante.

Cayó de rodillas en el lugar donde Collins había estado, y sólo sintió la hierba y la tierra. Miró desesperado alrededor, esperando ver a Collins corriendo por el bosque, pero sólo vio el fuego que se extinguía y los árboles. A lo lejos en el bosque percibió una de las luces que ardía sobre un escenario improvisado. No había señales de Collins. Tom quedó tendido en la hierba áspera, gimiendo: su mente daba vueltas. Rose muerta, gorriones convertidos en sapos, el viejo bruto, lo que había hecho con el tronco..., *mientras estés aquí seré tu padre*.

Tom se levantó; suponía que podría arrastrarse hasta la casa. Pero al dar el primer paso, el bosque que le rodeaba pareció esfumarse.

Al principio pensó que volvería a desmayarse y a encontrarse en el tren accidentado, en medio de los gritos y el ruido de metal destrozado, casi palpable en el aire a su alrededor...

Y el café que le quemaba la espalda.

(*¿No te manchó la ropa, todo ese café derramado?*)

Y se dio cuenta de que el mago sabía en la estación de Hilly Vale que iba a ponerlo en el tren accidentado. (¿Ni siquiera se volcó un poco de café, no hubo un topetazo en la vía, alguna pequeña conmoción?), y en el segundo antes de que el bosque desapareciera como Coleman Collins, Tom tuvo tiempo de pensar que Collins había causado de alguna manera ese accidente para ponerlo dentro de él seis horas más tarde.

*Esto es Nivel Uno. Cualquier buen mago sabe cuándo infringir las reglas.*

Podría haber gritado tanto como cualquiera de las pobres personas que viajaban en el tren, pero su miedo ahogaba sus gritos. Los árboles se habían esfumado como acuarelas bajo un chorro de agua; todo se deslizaba y se disolvía hasta tomar un pálido color verde. Una niebla verde lo rodeaba, abstracta y fresca, y sentía como si

se estuviera cayendo de un avión.

De pronto unos pilares tomaron forma tan repentinamente como si acabaran de aparecer. El suelo se movió, se hizo más duro, menos ondulado. Al dar un paso adelante, su pierna chocó contra la parte trasera de metal de una silla tapizada.

— Ah, Dios mío —susurró.

Estaba en una gran habitación abovedada, con un escenario con telón en un extremo. Tom se hallaba en medio de una hilera de asientos. Las paredes de color verde neblinoso, con pilares blancos, llevaban al escenario. Había algunas luces encendidas en él.

Estaba en el teatro grande donde Collins les enseñaría a volar.

— Ay, Dios mío —dijo—. Ni siquiera he estado afuera.

Tom siguió andando ciegamente por un costado de las filas de asientos y salió del salón. Aquí también había algunas luces encendidas. Estaba sólo a un metro y medio de la entrada del Pequeño Teatro. Cerró la puerta tras él y buscó la chapa de bronce: Le Grand Théâtre des Illusions. Detrás de la chapa de bronce había una hoja de papel blanco que decía: «Vete a la cama, hijo.»

Siguió por el vestíbulo y las luces se apagaban tras él. Ahora no podía atar los cabos de las cuerdas por las que Collins lo había hecho saltar. «Y por eso los sapos croan y por eso dan saltitos. Alguna vez fueron pájaros, los engañó un brujo, y ahora siguen tratando de cantar y siguen tratando de volar.»



12

—Contesta tú primero mi pregunta.

—No, contesta tú la mía. Háblame de Rose Armstrong.

—No lo haré hasta que me cuentes lo que hiciste anoche.

—No puedo.

—¿El tío Cole te dijo que no me contaras?

—No.

—Entonces puedes contármelo. ¿Fuiste abajo? ¿Saliste? —Del removía con su cuchara la papilla de cereal—. ¿Alguien te vio?

—Muy bien. Bajé. Luego seguí a estos tipos afuera.

—¿Qué hiciste?

Del había perdido completamente su seguridad. Miraba a Tom con ojos desorbitados.

—Salí. Creo que salí. Luego todo se puso muy raro Terminé nuevamente en el gran teatro.

—Ah —Del se aflojó—. Entonces tenías que salir.

—¿Lo sabes con seguridad?

—Sí —dijo Del. Estaban tomando el desayuno en la habitación de Del. Había aparecido una bandeja en la puerta a las nueve—. He pasado por esto un millón de veces, ¿recuerdas? Hizo alguna magia contigo. Ni siquiera puedes contarme realmente qué sucedió porque todo está mezclado en tu cabeza. Eso es normal. Es parte de lo que nos espera aquí. De manera que ahora puedo tranquilizarme. Pensé que nos echarían a los dos.

—Bien, ahora que te has tranquilizado, háblame de Rose Armstrong.

—¿Qué quieres saber sobre ella?

—¿Por qué hace lo que tu tío quiere que haga? Es decir, ¿por qué va a sentarse en una roca en mitad de la noche? ¿No tiene nada mejor que hacer?

Del apartó su plato.

—Bien, creo que quiere ayudar al tío Cole. ¿Por qué otro motivo lo haría?

—Pero ¿por qué querría ayudarlo?

—Porque él es un gran hombre. —Del lo miró como si hubiera confesado que no sabía multiplicar seis por dos—. Ella lo respeta. Le gusta trabajar para él.

—¿El le paga?

—Mira, no sé, ¿eh? Sé que sus padres han muerto. Vive en la ciudad con su abuela. Debes saber que el tío Cole es famoso aquí... Hace mucho tiempo viajaba por todo el mundo, y aquí aún lo recuerdan. Es la celebridad de Hilly Vale. Lo adoran. ¿Leíste sus carteles, abajo?

—No —respondió Tom—. Quiero mirarlos hoy.

—Bien, ya verás. Fue a todas partes. Luego decidió que estaba desperdiciando

su talento, y vino aquí.

— ¿Qué edad tiene ella?

— Aproximadamente nuestra edad. Tal vez un año más.

— ¿Tú la quieres?

— Claro que la quiero.

— ¿La quieres mucho?

— ¿Qué quieres decir con eso de si la quiero mucho?

— Sabes lo que quiero decir.

— Bien, la quiero mucho.

— ¿A veces sales con ella?

— Tú no entiendes —dijo Del—. No es así.

— Bien, ¿alguna vez viene para que tú puedas hablar con ella? ¿Puede contarte en qué anda tu tío?

— Sí, viene, y puedes hablar con ella. Pero no conoce las razones de las cosas que él le pide que haga. Es como... un gran enigma. Ella no es más que una pequeña pieza.

— ¿Y tú y ella os besáis y cosas así?

— Eso es asunto mío —dijo Del.

— ¿Flirteáis? Ella es un año mayor, ¿verdad? ¿Te deja flirtear con ella?

— Sí —dijo Del—. A veces.

— ¿Es bonita?

— Eso lo dirás tú.

— Te hacías la mosquita muerta, Nightingale —dijo Tom. Estaba encantado—. ¿Y en todo este tiempo no me lo habías contado? ¿Es tu novia? ¿Pasas todo el verano con una muchacha que es un año mayor que nosotros? Caramba.

— Tenemos que bajar —dijo severamente Del—. ¿Alguna vez saliste con Jenny Oliver? ¿O con Diane Darling?

Eran chicas del seminario Phipps-Burnwood; Tom había llevado a las dos a bailes de la escuela.

— A veces —dijo Tom—. Claro, a veces.

— Muy bien —dijo Del, y se puso en pie.

— Mosquita muerta —dijo Tom.

Se levantó también y salieron al vestíbulo soleado. Mientras bajaban la escalera, dijo:

— Dime cómo es. ¿Es rubia?

— Sí.

— ¿Qué más?

— Es rubia, tiene dos ojos, una nariz y una boca. Tiene más o menos tu misma altura. Su rostro es... ah, ¿cómo se describe el rostro de otra persona?

— Inténtalo.

Se detuvieron juntos frente al living. Estaba inmaculado, observó Tom, como si

los duendes del señor Peet jamás hubieran estado en la casa.

—Bien, ella parece un poco... —Del vaciló—. Un poco... bien, ofendida.

—¿Ofendida? —esto estaba lejos de cualquier cosa que Tom hubiese esperado, y se rió.

—Sabía que no podría explicarlo —dijo Del—. Vamos. El nos estará esperando.

Tom miró por encima de su hombro la serie de carteles en la pared, y sólo vio que estaban impresos con letras muy antiguas y que ninguno de los nombres que veía le resultaba conocido. Luego siguió a Del. Estaba de mejor humor: había tomado un buen desayuno, estaba descansado, y en esa mañana de sol veía la diversión que ofrecía la Tierra de las Sombras, un juego mucho más atractivo que los que jamás había jugado. La noche anterior no le habían amenazado ni dañado: simplemente le habían hecho un truco, el truco que sólo un gran ilusionista podía conseguir.

La hoja de papel escrita a mano había desaparecido de la puerta. Pero ¿había estado allí alguna vez?, se preguntó Tom, y pensó que ahora empezaba a impregnarse del espíritu de la Tierra de las Sombras.

—¿Alguna vez oíste el nombre Herbie..., significa algo en especial para ti? —preguntó.

—¿Herbie? Ya verás a Herbie —prometió Del, que caminaba más adelante.

En el interior del largo teatro, las paredes eran nebulosas y verdes entre los pilares, los asientos parecían hileras de bocas abiertas; la iluminación había sido cambiada. Cuando entró Tom, Del, en su asiento en primera fila, reía de algo que veía en el escenario. Tom se volvió para mirar, y se desconcertó ante el espectáculo de un maniquí de tienda, sentado en una silla alta. Los brazos estaban extendidos hacia los lados, las piernas hacia adelante. El maniquí iba vestido con ropa de gala negra; su rostro estaba empolvado o pintado de blanco. En su cabeza había una peluca de rizos rojos.

—Ese es Herbie —dijo Del mientras Tom se sentaba junto a él—. Herbie Butter.

—¿Un muñeco?

—Shhh.

Una de las manos del muñeco se movió hacia arriba en un ángulo de cuarenta y cinco grados. El movimiento era el de un robot, no el de un ser humano. La cabeza giró, inexpresiva y perfecta, primero hacia un lado, luego hacia el otro. El otro brazo se alzó con los mismos movimientos repentinos y angulares de robot. Tom se relajó en su asiento, disfrutando de lo que veía.

—El Asombroso Mago Mecánico y Acróbata —susurró Del.

Una pierna, y luego la otra, se doblaron; el maniquí-robot salió de la silla, y Tom casi oía el ruido de los engranajes. Comenzó a deslizarse ridículamente por el escenario, tropezó en el borde en cierto momento, luego caminó con gran dignidad hasta llegar al telón y permaneció chirriando en ese lugar hasta que los mandos de su mecanismo lo obligaron a ponerse en movimiento.

—¿Es tu tío?

—Por supuesto que sí —murmuró Del.

—Es extraordinario.

Del se encogió de hombros. La grandeza de su tío era incuestionable.

Por unos minutos, Coleman Collins, Herbie Butter, se movió jocosamente por el escenario, siempre al borde de la destrucción, o por lo que parecía, al borde de provocarla. Sus ojos eran perfectamente redondos y vacíos, sus movimientos los de un juguete de cuerda; el rostro, cubierto de polvo, era joven y sin sexo..., excepto el traje masculino y formal, el rostro blanco y el cabello rojo podían haber pertenecido a una bonita joven de poco más de veinte años.

Luego Collins demostró otra de sus habilidades.

Se detuvo bruscamente en medio del escenario, giró para enfrentarse a los muchachos y permaneció inmóvil durante no más de un segundo y medio.

—Mira esto —dijo Del.

Antes de que Del terminara la frase, la figura de robot saltó; se volvió en el aire y aterrizó sobre las manos. Luego saltó de un lado a otro, separó las piernas y ejecutó una serie de piruetas impecables.

Aterrizando otra vez sobre las manos, la figura saltó hacia atrás y cayó sobre sus pies; luego otra vez, dando una voltereta en el aire, a una velocidad engeguecedora.

Luego Collins se estiró y cayó boca abajo en el escenario... Un robot inmovilizado por control remoto. Con lo que seguramente era un terrible esfuerzo de habilidad muscular, se enderezó, sin que sus brazos y sus piernas cambiaran de posición en ningún momento, tan lentamente como una caída a cámara lenta.

—Por Dios —murmuró Tom.

Herbie Butter hizo una reverencia y un guiño; un segundo más tarde estaba otra vez en el centro del escenario, empujando la mesa de mago sobre la cual se veía un alto sombrero de seda.

—Imaginen un pájaro —dijo, y la voz no era la de Coleman Collins, sino una voz más alegre, más joven.

Pasó brevemente un pañuelo de seda blanco sobre el sombrero, y de él salió una paloma blanca.

—Imaginen un gato.

Un gato caminó por el borde del sombrero. El gato comenzó inmediatamente a perseguir al pájaro aterrado.

Herbie Butter dio uno de sus increíbles saltos y quedó boca abajo apoyándose en las yemas de los dedos, luego saltó hacia adelante al lugar donde había estado, y dejó caer el pañuelo blanco sobre el gato.

El pañuelo aleteó hasta la superficie de la mesa.

—Y eso es todo, ¿verdad? Gato y pájaro. Pájaro y gato.

Esa primera mañana les contó a Tom y a Del la historia que terminaba con las palabras: «Entonces soy el rey de los gatos.»

—¿Puedo hacer una pregunta? —dijo Tom, levantando la mano como si estuviera en la clase de latín.

—Por supuesto.

El mago estaba sentado sobre una mesita; su voz seguía siendo alegre y sin sexo.

—¿Cómo puede usted hacer estas cosas..., estas piruetas gimnásticas..., si cojea?

Sintió la desaprobación de Del, fuerte como un olor, pero el mago no se molestó.

—Una buena pregunta, y demasiado franca como para ser grosera, sobrino, de manera que no te ofendas. La verdadera respuesta es «porque debo hacerlo», pero eso no será suficientemente preciso para ti. Te lo explicaré de manera más completa, Tom, dentro de poco tiempo... porque espero que llegues a hacer algo muy similar. Te lo prometo. Lo sabrás. ¿Eso es todo?

Tom asintió con la cabeza.

—Levántate y dame la mano. Por favor.

Fascinado, Tom se puso de pie y fue hacia el mago, quien bajó de la mesa y se acercó al borde del escenario. Herbie Butter se inclinó hacia adelante para tomar su mano; pero en cambio, sus dedos se cerraron alrededor de la muñeca de Tom. Tom levantó bruscamente la cabeza y miró ese rostro blanco y anónimo. En él no había nada de Coleman Collins.

—Para tu beneficio —los dedos se apretaron alrededor de su muñeca—, todo lo que verás ahora, y verás muchas cosas extrañas, viene de tu propia mente..., sale de ti. Viene de la reacción de tu mente con la mía. Nada de ello existe en ninguna otra parte.

Herbie Butter soltó la muñeca de Tom.

—Durante tres meses, durante todo el tiempo que estéis aquí, *éste* es vuestro mundo. Que vosotros ayudaréis a crear —sonrió. —Ese es uno de los significados del Rey de los Gatos.

«Sí», pensó Tom.

—Entregaos a él. Os lo pido porque sois de las pocas personas que pueden hacerlo.

«Sí, *yo puedo*», pensó Tom. Percibía la atenta mirada de Del.

—Y vosotros estáis solos este verano. Tu madre se va a Inglaterra mañana. Su prima Julia se casa con un..., con un abogado, ¿no es cierto? Y después de la boda, tu madre viajará por Inglaterra. ¿No es verdad?

—¿Pero cómo...?

—De manera que *éste* es el verano en que Tom Flanagan crecerá y yo me liberaré de muchas cosas. Eres un muchacho muy especial, Tom. Como me demostraste anoche.

Le habría preocupado la expresión en el rostro de Del en ese momento, que era oscura y meditativa, pero miraba el rostro blanco y asexual y veía en él a Coleman

Collins..., al robusto Collins de la noche anterior.

—Gracias —dijo.

13

—¿Y si nos divertimos un poco? —dijo el mago—. Será necesario que cerréis los ojos.

Tom cerró los ojos, sintiendo aún la dureza de los dedos de Collins en la muñeca, aún encantado con el elogio, le oyó decir al mago:

—Este es el Nivel Dos.

Abrió los ojos, recordando el tren accidentado, y furioso consigo mismo por dejarse engañar tan fácilmente; suponía que Del había abierto también los ojos. Se volvió para mirar, pero Del evitó su mirada.

Todavía estaban en el teatro grande. En el escenario ante ellos ya no había una mesa, sino una gran construcción de madera muy complicada como una ilustración de un libro... tan extraño, pensó Tom. Sobre ellos sonaba una música metálica: para dos chicos de quince años en 1959 este jazz simple era irresistible, como las bandas sonoras de los viejos dibujos animados que veían por la televisión los sábados por la mañana. El edificio era a la vez complicado y cómodo, lleno de ángulos extraños y ventanitas. Sobre el gran ventanal de la fachada había un letrero: BOTICARIO.

—Bien, miremos adentro —dijo Collins.

Ahora llevaba gafas y un delantal rayado; su rostro brillaba, limpio de polvo..., parecía el tío favorito de todo el mundo.

La casa se abrió y se volvió del revés. Los costados retrocedieron y revelaron hileras de frascos y botellones, un mostrador y una alta caja registradora negra.

—No necesitarán algún medicamento para la tos, jóvenes?

Una hilera de frascos que decían «Jarabe para la tos» tosió y se agitó en el estante.

—¿Píldoras para dormir?

Otra hilera de frascos se puso a roncar fuertemente..., y casi se veían las «zzzz» dentro de globos blancos.

—¿Tónico para adelgazar?

Dos frascos se redujeron a la mitad de su tamaño.

—¿Guantes de goma?

Una caja con guantes de goma que había en el mostrador se enderezó sobre un costado y tocó música alegre: el mismo tipo de jazz que había comenzado en cuanto cerraron los ojos. Tom vio la campana de una trompeta, una parte de un trombón...

—¿Crema de limpieza?

Un botellón que había cerca de los guantes de goma desapareció lentamente. Del reía junto a él; Tom rió también.

—¿Tarjetas de felicitaciones?

El chiste se cumplió.

Una pila de tarjetas que había sobre el mostrador gritaba: «¡Hola!» «Eh, ¿cómo

te va?» «¡Hola, vecino!» «¡Que te vaya bien!» «¡Que te repongas pronto!» «¡Que tengas buen viaje!» «¡Tómalo con calma!» «*Bonjour!*» «*Shalom!*»

—Vengan a comprar sus localidades para el match de boxeo —dijo el buen farmacéutico.

Mientras se levantaban de sus asientos, las tarjetas que hablaban y los guantes de goma que tocaban la trompeta, los frascos que tosían y los frascos que roncaban se lanzaron hacia adelante. En medio del escenario un ring de boxeo cerrado por cuerdas estaba ocupado por un gordo personaje de historieta con una gran mandíbula y una cabeza chata y malévola. De la persistente cinta musical surgían gritos y abucheos. El hombre hizo una mueca con ferocidad de historieta, se golpeó el pecho e hinchó sus bíceps tatuados.

—Brutus —dijo Del, encantado.

Y Tom respondió:

—No, creo... —no podía recordar qué pensaba.

Sonó un timbre con imperativa y clara insistencia, y el amable y viejo farmacéutico, que ahora llevaba una gorra de tweed y una llamativa chaqueta a cuadros, gritó:

—Apresúrense a ocupar sus asientos para el primer round.

Treparon al escenario y ocuparon sillas de metal colocadas junto al ring.

—Es la gran pelea, ¿sabes? Ganará el más marrullero —dijo un fanático del boxeo. Tenía un monóculo, dientes salientes y una voz ridícula, levemente inglesa—. Bien, nuestro héroe está... Ah, sí, Jack llega un poco tarde.

Un conejo muy conocido entró en el ring y se tomó las manos sobre la cabeza para responder a los saludos de la masa. El villano estaba encantado. Escupió en sus guantes y los frotó. El conejo, que era casi tan alto como un hombre, se abalanzó hacia el villano y le inmovilizó los brazos junto a la obesa cintura. Dio un par de saltos en el ring, luego uno o dos más, y luego un salto tan poderoso que el y el villano salieron volando por el aire. Tom torció el cuello: los dos personajes seguían subiendo. Eran apenas un punto en el cielo. Ahora bajaban. Se estrellarían. El conejo sacó una sombrilla con volantes y regresó flotando al ring; el villano cayó cuan largo era en el suelo.

Se levantó y sacudió su cuerpo bidimensional. Su carne se hinchó milagrosamente. Estaba furioso, con la brutal necesidad de castigar. El conejo describía círculos alrededor de él, bailaba ligeramente con sus grandes patas traseras, dándole golpes breves pero muy intensos. El villano tatuado echó un puño hacia atrás repentinamente; el puño era del tamaño de un jamón, y lo lanzó hacia adelante con increíble fuerza. Toda la parte superior de su cuerpo estaba tensa por el esfuerzo. La brisa achataba las orejas del conejo; y el impulso del golpe erizó los cabellos de Tom, le tiró de la camisa.

Algo más que la parte superior del cuerpo del villano debía haberse expandido. La parte trasera de su calzón de boxeo se abrió con un ruido terrible, revelando sus



calzoncillos de lunares. La cara del hombre se puso de color rojo brillante, rojo como el de una señal de semáforo, y se inclinó hacia adelante y se tapó los calzoncillos con las manos enlazadas; anduvo a saltitos por el ring, mientras su rostro enrojecía como un cartel de neón.

—Un poco grosero, ¿no? —preguntó el fanático del boxeo—. Pero yo creo...

Bugs, que había desaparecido momentáneamente, volvió ahora en bicicleta. Llevaba una levita y una campana en la mano. La bicicleta iba de un lado a otro siguiendo el ritmo del badajo. Colgado del cuello llevaba un cartel que decía «Stychen Tyme, Sastre al Instante».

«Tyme», pensó Tom. Bien, ¿quién? Recordó. El reverendo señor Tyme que decía tonterías pomposas en el funeral de su padre. Abril: el viento hacía volar arena sobre las tumbas, estropeaba las flores; se le enfrió el cuerpo. Tuvo la percepción, como si estuviera a gran distancia de sus propios sentimientos, de que estaba horrorizado. No podía haber sido una referencia accidental.

Bugs se acercó al hombre tatuado, moviendo una larga aguja hacia un lado y otro. De vez en cuando se tocaba la cara con los dedos y asentía, como había hecho el reverendo Dawson Tyme: la furia de Tom estalló. Mientras Bugs cosía al villano con una gran cantidad de hilo, realizaba una parodia de las actitudes del ministro. Levantaba la cabeza, movía las mandíbulas, se mostraba camarada y superior y pomposo a la vez... Tom olía su aliento con aroma de menta.

Cuando Brutus con sus tatuajes (¿Snail?) se tornó invisible, atado como un gusano que se retorciera, Bugs saltó de su bicicleta y se puso a trabajar en ella con sus rápidas manos; en un segundo quedó vertical, en columna, y el asiento sostenía un libro abierto: era un atril. Bugs hizo una reverencia, juntó las manos, rezó en silencio sobre el cuerpo atado..., con gestos cómicamente untuosos. Tom sintió un enorme alivio al ver al reverendo señor Tyme parodiado en forma tan deliciosa.

—Un viejo aburrido, ¿eh? —preguntó el espectador de Bugs.

—Sí. Sí —respondió Tom.

«Esto es lo que puede hacer la magia», pensó; la magia existía a pesar de todos los hipócritas y de todos los aburridos, a pesar de todas las convenciones sociales. Rara vez se había sentido tan bien.

Las manos de Bugs se pusieron a trabajar de nuevo en la bicicleta: se oyó sonar un martillo, saltaron tornillos y tuercas. Se vieron chispas más arriba. Cuando la levantó, era un rifle. Bugs rasgó la parte delantera de la chaqueta de etiqueta, la volvió del revés y quedó convertida en un uniforme militar. Salió una trompeta de un bolsillo lateral, y Bugs tocó atención. Pasó el rifle a su hombro, apuntó por encima del asiento de la bicicleta, y disparó una salva de saludo. Luego clavó el rifle por el cañón en el suelo, lo atrajo hacia sí y el cuerpo envuelto cayó por una trampa.

El conejo bailó un momento, sacudió el rifle hasta que se transformó nuevamente en una bicicleta, montó en ella y se alejó hasta convertirse en un punto en la neblinosa distancia verde.

—Espero que te haya gustado —dijo Cole Collins.

Tom se volvió eufórico hacia el entusiasta del boxeo y vio que ahora ése se había convertido nuevamente en el mago, con su traje rayado. Parecía cansado y jovial: un tío de edad madura que brindaba un buen momento a su sobrino y al amigo de su sobrino.

—Veo que sí —dijo Collins. Extendió la mano y la colocó cuidadosamente sobre la cabeza de Tom—. Eres un chico maravilloso.

La expresión de alegría de Tom se puso rígida.

—¿Sabes qué día es?

Tom sacudió la cabeza, y el mago suavemente la mano.

—Es domingo. Estaría mal que yo no incluyera alguna instrucción religiosa en este pequeño espectáculo. Los domingos, siempre es bueno demostrar un poco de piedad.

Golpeó las manos, y la parte del escenario que estaba ante ellos comenzó a girar. La música alegre que habían oído hasta ese momento cambió. Se transformó en un ritmo más suave, aunque siempre vivo. Tom comenzó a marcar el ritmo con el pie, y el mago hizo un gesto de aprobación.

El escenario dio una vuelta completa, mostrando una larga mesa de comedor con cubiletes de vino y platos; la mesa se encontraba ante una ventana que mostraba un gran paisaje italiano, muy verde, en un brillante atardecer. Trece hombres con lujosas vestiduras estaban sentados a la mesa, y sus cabezas y sus cuerpos presentaban actitudes tan familiares como las del conejo, pero no tan inmediatamente reconocibles.

Del río en voz alta. Luego Tom reconoció la escena y las posturas: once hombres que se inclinaban o miraban hacia el hombre alto con barba sentado en medio, uno de ellos, incómodo, dirigía la vista hacia otra parte.

—En ese cuadro —dijo.

Collins sonrió.

La música adquirió un ritmo más rápido, y comenzó a sonar ligeramente más fuerte. Un piano marcaba el compás. Los hombres sentados a la mesa comenzaron a mover sus manos al unísono, luego se pusieron de pie, bailaron alrededor de la mesa y cantaron:

*¡La ba la ba, la ba la ba!*  
*¡La ba la ba, la ba la ba!*  
*Hay pescado para la cena,*  
*primero una cosa, luego otra,*  
*tenemos pescado para la cena,*  
*primero una cosa, después otra.*  
*No tenemos menú,*  
*pero mandaremos pescado,*

*Tenemos pescado para la cena,  
primero una cosa, luego otra.  
Anoche comimos pan y pescado,  
esta noche tenemos pescado y pan.  
Mañana por la noche cambiaremos el plato,  
y comeremos pescado solo.  
¡Ah!*

*Tenemos pescado para la cena,  
pero primero una cosa, luego otra,  
tenemos pescado para la cena,  
primero una cosa y otra.*

Un saxofón salió de debajo una túnica con tanta facilidad como había salido la trompeta de la chaqueta militar de Bugs. El hombre con barba que tenía el saxofón tocó un solo mientras otros agitaban las manos y bailaban. Otro discípulo sacó una trompeta y tocó. Los discípulos bailaron y agitaron las manos: después del coro todos mostraron los dientes y gritaron:

*¡Ahí*  
*Tenemos pescado para la cena,  
pero primero una cosa, luego otra.*  
(El escenario comenzó a girar otra vez.)  
*Tenemos pescado para la cena,  
pero primero una cosa y otra.*  
(Ahora los hombres y la mesa habían desaparecido.)

La música había terminado. Estaban mirando una pared chata y negra.  
—Simples juegos teatrales —dijo Collins—. Ahora, ¿os gustaría pasar al Nivel Tres y volar?  
—Ah, sí —dijeron los dos muchachos a la vez.

14

*Entonces todo se esfumó como el polvo, como un sueño, y era de noche y hacía mucho más frío que antes...*

Y se deslizaba, desnudo y envuelto en una manta de pieles, en un trineo, con Coleman Collins. Había una tempestad de nieve, que impedía ver el caballo que los arrastraba. Seguían un sendero que ascendía entre árboles oscuros; seguían ciegamente adelante, y la silueta del caballo se recortaba, gris, contra el blanco que la rodeaba.

El mago se volvió hacia Tom, y el muchacho se apoyó en el frío borde de metal del trineo. El rostro era huesudo, duro y blanco como una calavera.

—Te he traído aparte —fueron las palabras que siguieron a esta aparición—. Todo es como era, pero por un momento nos hemos apartado. Para decirte algo en privado. —El rostro ya no era huesudo, sino animal..., era el rostro de un lobo blanco—. No te prohíbo nada. *Nada* —dijo el horrible rostro—. Puedes ir adonde quieras... Puedes abrir cualquier puerta. Pero, pajarito, recuerda que debes estar preparado para aceptar lo que encuentres —las largas mandíbulas se extendieron en una sonrisa llena de dientes.

El caballo avanzaba locamente en medio del viento y la nieve.

—¿Qué noche es ésta? —gritó Tom.

—La misma, exactamente la misma.

—¿Y yo he volado?

El lobo rió.

*Puedes abrir cualquier puerta.*

Subían una pendiente en medio de una oscuridad y un frío cada vez más intensos; el caballo luchaba contra la nieve.

—Es la misma noche, pero seis meses después —dijo el lobo—. Es la misma noche, pero de otro año —y rió.

Todo el cuerpo de Tom sufría el frío, trataba de escapar al interior de sí mismo.

—¿Volé?

Collins dijo, a través de su cara de lobo:

—Eres mío. Nada de lo que es magia será un secreto para ti, muchacho. Porque no perteneces a nadie sino a mí.

Los árboles quedaron atrás; y avanzaban en un entorno totalmente estéril.

Tenemos pescado para la cena: Jesús bailando.

El lobo dijo:

—Una vez fui Tom. Una vez fui Del. —Se volvió y sonrió al muchacho helado envuelto en las pieles—. Pero aprendí de un gran mago. El gran mago se asoció conmigo, y juntos viajamos por Europa hasta que él hizo algo indescriptible. Después

de haber hecho esa cosa indescriptible, ya no pudimos seguir juntos..., nos habíamos convertido en enemigos mortales. Pero él me había enseñado todo lo que sabía, y por entonces yo también era un gran mago. Y vine aquí, a mi reino.

—Tu reino —dijo Tom.

El lobo le ignora.

—Me enseñó a hacer una cosa en particular. A poner dolor en las cosas. Esas fueron sus palabras. Así hablaba. Y finalmente puse dolor en él —los largos dientes centellearon.

—¿Pusiste dolor en el tren? —preguntó Tom.

El lobo azotó al caballo: no era un lobo, sino un hombre con cabeza de lobo.

—Sólo tú comprenderás tu futuro. Serás como el hombre que hace aparecer diamantes, y los demás dicen: «¿Esto es brea?» Serás como el hombre que hace aparecer vino y los demás dicen: «¿Esto es arena?» —El largo hocico se dirigió a Tom —. Cuando eso suceda, muchacho, tendrás que poner dolor en ellos.

El caballo llegó a lo alto de la pendiente y se detuvo. Echaba vapor en el aire helado, con el cuello bajo. Tom vio espuma en los flancos del caballo.

—Mira hacia abajo —le ordenó la figura sentada junto a él.

Tom miró al caballo que echaba vapor, con los flancos cubiertos de espuma en medio del paisaje blanco. La tierra bajaba en pendiente, reaparecieron los abetos verdes. En el fondo del valle había un lago helado. Más arriba, en la parte más alejada, estaba la Tierra de las Sombras sobre un acantilado, como una casa de muñecas enojada. Sus ventanas brillaban.

—Supongamos que ése es el mundo. Es el mundo. Puede ser tuyo. Todo lo que hay en el mundo, todos los tesoros, todas las satisfacciones, están allí. Mira.

Tom miró hacia la brillante casa y vio una muchacha desnuda en una de las ventanas del piso alto. Ella levantó los brazos y los extendió: él no la veía con toda la claridad que deseaba, pero lo que veía era como un dedo apoyado contra su corazón. La conmoción y la ternura vibraron al mismo tiempo en su pecho. Ver la muchacha no era como mirar fotografías de mujeres desnudas en una revista..., toda esa carne esponjosa tenía solamente una fracción del voltaje que esta muchacha le enviaba.

—Y mira.

En otra ventana unos hombres jugaban a las cartas: uno de los jugadores metía la mano en una gran pila de billetes y monedas. Tom volvió a mirar a la muchacha, pero en el lugar donde había estado sólo quedaba un brillo incandescente. *¿Tú también eres suya, Rose?*

—Y mira —ordenó el hombre con cara de lobo.

Otra ventana: un muchacho que abría una puerta alta, que vacilaba un momento, recortado en la luz, y luego era repentinamente invadido por la luz. Tom comprendía que este muchacho... ¿él mismo?... estaba pasando por una experiencia de tal magnitud, tal alegría, que su imaginación sólo podía percibirla vagamente; tragado por la luz, el muchacho, que podía ser él mismo, había encontrado una

incandescencia y una belleza mayores que los de la muchacha..., tan intensos que la muchacha debía ser parte de ellos.

—Y ahora mira —le ordenó.

En el resplandor de otra ventana vio solamente una brillante habitación vacía con paredes verdes. La columna de un pilar. El gran teatro.

Luego se vio a sí mismo flotando frente a la ventana, a bastante altura del suelo. Su cuerpo pasó, seguramente se volvió en el aire, y volvió a flotar ante la ventana y giró con la facilidad de una hoja.

—Ya he mirado —susurró, y ahora ni siquiera sentía el frío.

—Claro que sí —dijo el mago—. *Alis volat propriis*.

El mago rió, desde la ladera de la colina, desde el valle, desde el caballo humeante y el aire helado.

—No esperes a ser un gran hombre... —se oyó decir a la voz flotante del mago, y Tom cayó hacia atrás y *a través* de la piel y el metal, cayó a través de la ladera de la colina y del caballo que reía del viento— ...sé un gran pájaro.

Recordó.

En la gran habitación verde. Coleman Collins frente a él y a Del, diciendo:

—Sentaos en el suelo. Cerrad los ojos. Contad hacia atrás conmigo desde diez. Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. Estáis en paz, totalmente relajados. Lo que hacemos aquí es fisiológicamente imposible. De manera que debemos entrenar el cuerpo para que acepte lo imposible, y entonces se torne posible. No podemos respirar dentro del agua. No podemos volar. No podemos hasta que encontremos los músculos secretos que nos permiten hacerlo. Extended las manos, muchachos. Extended los brazos. Quiero que veáis vuestros hombros dentro de vuestras mentes. Ved esos músculos, ved esos huesos. Pensad en esos hombros que se abren, se abren..., pensad en los hombros abriéndose.

Tom recordó..., vio lo que había visto. Sus músculos que se ensanchaban, algo nuevo y audaz que se movía en su mente.

—Cuando yo diga *uno*, inspiren; cuando diga *dos*, exhalen el aire y piensen con mucha calma en elevarse de tres a cinco centímetros del suelo. *Uno*.

Tom recordó que había llenado su pecho de aire: la nueva sensación en su mente comenzó a arder con un color amarillo brillante.

—*Dos*.

Dentro de la memoria del teatro, floreció otra memoria: Laker Broome empujando enloquecidamente a los muchachos por los pasillos de la capilla, haciendo gestos autoritarios, gritando. Se llenó de odio, y soltó todo el aire que tenía en los pulmones. El piso de madera parecía temblar debajo de él.

—Dejen vagar la mente —se oyó decir a la voz tranquila y fuerte.

Se había visto a sí mismo flotando como un globo inflado con gas: luego vio nuevamente a Laker Broome gesticulando como un actor frente al auditorium lleno de humo, dando órdenes inútiles; había visto al reverendo señor Tyme haciendo

piruetas en el funeral de su padre; había visto a Del levitando en el dormitorio oscuro. Luego había visto las imágenes más perturbadoras de todas, tanques y soldados y cadáveres ensangrentados y mujeres con cabezas de bestia todos barnizados en un cielo raso sobre su cabeza, imágenes llenas de tanto horror y rechazo que parecían girar alrededor de la imagen de un hombre con un impermeable con cinturón y sombrero de ala ancha que los hacía bailar...

«Pero, claro —pensó—. Así.»

Y de pronto no tenía peso, había quedado de espaldas sin tocar el suelo. Su mente parecía estar en llamas.

Luego llegó otra imagen a su mente, aún más horrible que la anterior: vio el auditorium lleno de muchachos y profesores, a él mismo y a Del en el escenario, como Flanagini y Night. El estaba mucho más alto que los demás, y le dolían los ojos, la cabeza le estallaba por la presión. Su largo cuerpo sentía como agujas que lo pincharan. Veía con los ojos de Esqueleto Ridpath, y su cuerpo era el cuerpo de Esqueleto, inmediatamente antes del incendio. Cayó pesadamente en el suelo de madera. Le salió sangre de la nariz.

—Entonces ahora ya ves —susurró Collins—. ¿No sabes ahora que podrías respirar en el agua? —preguntó Collins.

A Tom le dolía todo el cuerpo; el frío le lastimaba.

—El secreto es el odio —agregó Collins con suavidad—. Más bien, el secreto reside en odiar bien. En ti existe el germen de alguien que odia bien.

Tom se envolvió mejor en la manta de pieles. Tenía las orejas tan frías que le parecía que podían caerse de su cabeza.

—Quiero mostrarte una cosa más, amiguito.

—Pero realmente no volé —dijo Tom—. Sólo me elevé... y me di vuelta...

—Una cosa más.

El viento helado les azotaba, y la cara de Collins se transformó una vez más en una cara de lobo. Chasqueó el látigo en el aire, tiró de las riendas con la otra mano e hizo sonar el látigo una vez más, mientras el caballo echaba a andar por la nieve.

Cuando el látigo cayó, el caballo gritó y echó a correr cuesta abajo como una bala de cañón. La cara de lobo se volvió y le sonrió mientras el viento le nublaba la vista, y el mundo se tornaba tan neblinoso como las paredes del gran teatro. Tom levantó la manta de piel sobre su cara y aspiró su aroma frío, polvoriento, ligeramente animal, hasta que sintió que el trineo aminoraba la marcha.

Estaban en una planicie. Una gran planicie nevada, iluminada por la luna, como una habitación sin paredes. En el centro de la planicie había un alto edificio en llamas.

Tom miró el edificio en llamas mientras se acercaban a él: ardía, y parecía disminuir de tamaño. Se acercaron tres metros más, hasta estar lo suficientemente cerca como para sentir el calor que salía de las llamas.

—¿Lo reconoces?

—Sí.

—Baja del trineo —ordenó el mago—. Acércate a él.

Al principio no se movió, y Collins lo tomó por un codo a través de la manta, le hizo pasar por encima de su cuerpo y lo arrojó en la nieve. La manta se abrió, y Tom trató de envolverse nuevamente en ella para conservar el calor. Se puso de pie; sus pies apenas tocaban la superficie dura de la nieve.

—¿Estamos realmente aquí? —preguntó.

—Acércate y mira *realmente* —su voz pronunció esa palabra como si fuera un chiste.

Tom se acercó renqueando al borde del incendio. La casa no era más alta que él. Estaba la habitación de Fitz-Hallan, y la de Thorpe. Había varas de metal retorcidas en medio de las llamas. Tom oía los paneles de vidrio que se rompían y saltaban en pedazos alrededor del patio cerrado. ¿Y habría también un limero enano, encogiéndose y ennegreciéndose? El edificio se convirtió en algo muy pequeño. ¿Sería sólo una película..., una proyección desde alguna parte? Le calentaba como un fuego.

Se echó a llorar.

—¿Qué te dice? —preguntó Collins.

Y Tom giró sobre sí mismo para verlo. Parecía un noble ruso con su abrigo con cuello de piel.

—Es demasiado —logró decir Tom, odiándose porque no podía evitar llorar.

—Claro que sí. Eso es parte del problema. Vuelve a mirar.

Tom se volvió nuevamente y miró la escuela en llamas.

—¿Qué te dice? Ábrele tu mente y déjala hablar.

—Dice... «Sal de aquí.»

—¿De veras? —el mago rió: él sabía mejor que él lo que decía.

—No.

—No. Dice: «*Vive mientras puedas. Obtén lo que puedas mientras puedas.*» En eso no te ha ido mal, ya sabes.

Tom comenzó a temblar. Tenía los pies helados, la cara ardiente como el fuego. Coleman Collins parecía ver dentro de él, y dejar de lado cínicamente lo que veía. Como toda persona joven, Tom tenía una gran intuición de las actitudes de los demás hacia él, y por un momento se le ocurrió que Coleman Collins les odiaba a Del y a él mismo. *El secreto reside en odiar bien.* Temblaba tan violentamente que la manta se le habría caído de los hombros si no la hubiera sostenido con las dos manos.

—Por favor —dijo, pidiendo algo tan grande que no podía encerrarlo en palabras.

—Es de noche. Debes ir a acostarte.

—*Por favor.*

—Ahora éste es tu reino, hijo. Siempre que lo hagas tuyo. Y siempre que puedas aceptar lo que encuentres en él.



—Por favor..., lléveme de vuelta.

—Encuentra tu propio camino, pajarito.

Collins hizo restallar el látigo, y el caballo se lanzó hacia adelante. El mago pasó velozmente a su lado sin mirarlo. Tom trató de encontrar la barra en el extremo del trineo, no la encontró y cayó. El frío le llegaba a los muslos, le azotaba el pecho. Levantó la cabeza para encontrar el fuego, pero también había desaparecido. El trineo de Collins ya se perdía entre los abetos.

Tom se puso de rodillas y luego de pie, con dificultad, sosteniéndose la manta. Desde el otro lado de la planicie nevada venía un viento, visible por el remolino de nieve que levantaba. La huella del viento se dirigía hacia él; se volvió para recibirlo de espaldas y vio manchitas verdes inmediatamente antes de que el viento lo arrastrara y lo depositara...

Sobre nada, sobre el aire verde en el cual caía sin caer, giraba sin moverse. Extendió los brazos y se aferró al brazo tapizado de un sillón.

Estaba nuevamente en Le Grand Théâtre des Illusions. Había una luz melancólica que revelaba en el claroscuro sus ropas esparcidas por el suelo. Tom se puso rápidamente los pantalones y metió los pies en los zapatos; hizo un bulto con sus calcetines y su ropa interior y los metió en un bolsillo. Luego se puso la camisa. Hizo todo esto mecánicamente, sin sentirlo, con la mente vacía.

Miró su reloj. Las nueve. Durante nueve o diez horas, Coleman Collins lo había sometido a sus trucos de ilusionista.

Bajó al vestíbulo oscurecido. ¿Qué había estado haciendo Del todo este tiempo? Pensar en Del le revivió..., quería verle, comparar su historia con la de Del. Esa mañana había estado casi contento en la Tierra de las Sombras; ahora se sentía nuevamente en peligro. El calor comenzaba a volver a los dedos helados de sus pies.

Tom llegó a un lugar del corredor, antes del recodo que conducía hacia la parte más antigua de la casa y frente al corto pasillo que llevaba a la puerta prohibida. Tom se detuvo en el cruce de los dos corredores mirando la puerta cerrada. Recordó las palabras de Collins: *Este es también tu reino, hijo.*» Pensó: «Bien, veamos lo peor.»

Y como había dicho a Del la primera noche, ¿la orden misma de no abrirla no era acaso una sugerencia disfrazada para que mirara detrás de la puerta?

—Lo haré —dijo, y se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

Antes de poder discutir consigo mismo esta forma de desafío, avanzó por el corto pasillo y puso la mano sobre el picaporte. El metal le congeló la mano. Volvió a pensar en la tercera cosa que le había mostrado Collins, en medio de la nieve: un muchacho que abría una puerta y se veía rodeado de una luz lírica y musical.

¿Tus alas, o tu canción?

Abrió la puerta prohibida.

16

*Los hermanos*

—Mira, Jakob —dijo un hombre, levantando la mirada del escritorio.

Sonrió a Tom, y el hombre sentado en otro escritorio frente a él alzó la cabeza de los papeles que tenía ante sí y lo miró de la misma manera enigmática y acogedora.

—¿Ves? Un visitante. Un *joven* visitante —su acento era alemán.

—Tengo ojos. Puedo ver —dijo el otro hombre.

Los dos hombres eran maduros, totalmente afeitados; llevaban lentes tan anticuados y extranjeros como su vestimenta, y los lentes modificaban sus rostros duros, dándoles un aire de estudiosos. Estaban sentados ante sus escritorios en una pequeña zona de luz que provenía de las velas; detrás de ellos había altas estanterías de libros.

—¿Lo invitamos a entrar? —preguntó el segundo hombre.

—Creo que debemos. ¿Quieres entrar, muchacho? Por favor, entra. Entra, chico. Así. Al fin y al cabo, estamos trabajando para ti tanto como para los demás.

—Nuestro público, Wilhelm —dijo el segundo hombre, y miró a Tom con una sonrisa radiante.

Era más corpulento, de tórax más amplio que el del hombre de rostro amable. Se puso de pie y se adelantó, y Tom vio botas enlodadas y olió humo de cigarro.

—Por favor, siéntate. Allí —indicó un sofá chesterfield, a la derecha del escritorio.

Mientras Tom avanzaba por la habitación sombría, tuvo una visión más clara de los detalles: las paredes cubiertas de cuadros oscuros y paneles empapelados, un pájaro disecado en un estante alto, flores secas bajo una campana de vidrio.

—Sé quién eres. Quien tienes que ser —dijo.

Se sentó en el mullido chesterfield.

—Somos lo que tenemos que ser —dijo el que se llamaba Wilhelm—. Ese es uno de los grandes goces de nuestra vida. ¿Cuántos pueden afirmar eso? Descubrimos que teníamos que ser jóvenes, y lo hemos sido desde entonces.

—Compartimos el mismo placer en coleccionar cosas —afirmó Jakob—. Aun cuando niños. Toda nuestra vida ha sido una prolongación de ese temprano placer.

—Sin mi hermano, me habría encontrado perdido —señaló Wilhelm—. Es una gran cosa tener un hermano. ¿Tienes un hermano, chico?

—En cierto modo —dijo Tom.

Los dos hermanos rieron, con tanta inocencia y alegría que Tom rió con ellos.

—¿Y qué hacéis aquí? —preguntó Tom.

Se miraron muy divertidos, lo cual de alguna manera incluía a Tom.

—Bien, estamos escribiendo cuentos —dijo Jakob.

—¿Para qué?

—Para asombrar. Para aterrorizar. Para deleitar.

—¿Por qué?

—Por los cuentos mismos —dijo Jakob—. Eso debe quedar claro. Bien, nuestras vidas han sido como cuentos. Incluso los errores fueron felices. Muchacho, ¿sabías que en nuestro cuento original la pobre huerfanita llevó un zapato de piel al baile? ¡Qué mala traducción tan inspirada la que lo convirtió en un zapatito de cristal!

—Sí, sí. Y tú recuerdas el extraño sueño que tuve contigo, hermano mío: yo estaba frente a una jaula, en lo alto de una montaña..., nevaba..., tú estabas en la jaula, helado..., yo tenía que mirar entre los barrotes de la jaula..., tan parecido a uno de nuestros tesoros...

—Que decidimos mostrar al mundo la maravilla que sentíamos al descubrirlos, sí. Tú estabas aterrorizado..., pero era un terror lleno de maravilla.

—Estos cuentos no son para todos los niños... No son adecuados para todos los niños. El terror está allí, y es real. Pero nuestra mejor defensa es la naturaleza, ¿verdad?

Tom respondió:

—Sí —porque sentía que ellos esperaban una respuesta.

—De manera que ya ves. Tú aprendes bien, niño. —Jakob dejó la pluma de ganso con la que había estado jugando—. El sueño de Wilhelm. ¿Sabes que cuando Wilhelm se estaba muriendo, habló con tranquilidad y alegría de su vida?

—Ya ves, abrazamos nuestros tesoros, y ellos nos dieron otros mil tesoros —dijo Wilhelm—. Era en el país donde mejor vivíamos. Si nuestro padre no hubiera muerto tan joven..., si nuestra infancia hubiera durado el tiempo normal..., tal vez nunca habríamos descubierto lo que es vivir en este país.

—¿Oyes lo que te estamos diciendo, muchacho? —preguntó Jakob—. ¿Entiendes a Wilhelm?

—Creo que sí —dijo Tom.

—Los cuentos, nuestros tesoros, son para los niños, entre otros. Pero...

Tom hizo un gesto afirmativo: comprendía. No era un asunto personal.

—Ningún niño puede prescindir todo el tiempo de ellos —dijo Wilhelm.

—Nosotros dimos nuestras alas —señaló Jakob—. Porque nuestra canción era nuestra vida. Pero, en cuanto a ti...

Los dos hermanos lo miraron con indulgencia.

—No desperdicies ninguno de tus dones —dijo Jakob—. Pero cuando te llamen...

—*Nosotros* respondimos. Todos debemos responder —afirmó Wilhelm—. Ay, Dios mío, ¿qué le estamos diciendo a este chico? Es tarde. ¿Te importaría interrumpir el trabajo hasta mañana, hermano? Es hora de que nos reunamos con nuestras

esposas.

Volvieron hacia él sus grandes ojos pardos, y era evidente que esperaban que se fuese.

—¿Pero qué sucede después? —preguntó Tom, casi creyendo que ellos eran quienes aparentaban ser y podían decírselo.

—Todas las historias se desarrollan —dijo Jakob—. Pero dan muchas vueltas antes de llegar a su final. Abraza el tesoro, muchacho. Es nuestro mejor consejo. Ahora debemos irnos.

Tom se levantó del chesterfield, confundido: ¡cuántas cosas de las que sucedían aquí terminaban con una partida repentina!

—¿Adonde van? Según ustedes, ¿dónde estamos?

Wilhelm rió.

—Pues en la Tierra de las Sombras, muchacho. La Tierra de las Sombras lo es todo para nosotros, y tal vez también para ti. La Tierra de las Sombras es el lugar donde pasamos nuestras activas vidas. Puedes estar dentro de un bosque..., dentro de un bosque de varios pisos...

—O envuelto en una manta de pieles en un trineo sobre la nieve...

—O muriendo de amor por una princesa dormida...

—O sentado ante el fuego con la cabeza llena de imágenes...

—O también dormido con la cabeza llena de telarañas y de sueños...

—Pero sigues estando en la Tierra de las Sombras.

Los dos hermanos rieron, y apagaron las velas que había en sus escritorios.

—Quiero hacer otra pregunta —dijo Tom en la oscuridad.

—Pregúntaselo a los cuentos, niño —replicó la voz de alguien que partía.

Se oyeron algunos ruidos, luego, silencio: Tom supo que se habían marchado.

—Pero nunca dan las mismas respuestas —dijo a la habitación oscura.

Avanzó a tientas hacia la puerta.

17

Cuando torció para entrar en el corredor principal, vio a Coleman Collins ante él en la semioscuridad, bloqueándole el paso. Tom sintió por un instante un miedo ingobernable..., había infringido una de las reglas, y el mago lo sabía. Seguramente le había visto salir del pasillo.

La actitud de Collins no le sugería nada; no veía su rostro, que se encontraba en la sombra. Las manos del mago estaban en sus bolsillos. Tenía los hombros encorvados. No se veía ningún detalle en la parte delantera de su cuerpo, sólo algunos botones que brillaban oscuramente: ojos de tigre.

—Entré en esa habitación —dijo Tom.

Collins asintió con la cabeza. Seguía con las manos en los bolsillos y los hombros encorvados.

—Usted sabía que yo entraría.

Collins volvió a asentir.

Tom se acercó un poco más a la pared. Pero Collins le bloqueaba el paso deliberadamente.

—Usted sabía que yo entraría, y quería que lo hiciera. —Se acercó valientemente unos centímetros más, pero Collins no se movió—. Puedo aceptar lo que vi —dijo Tom. Oyó la nota de insistencia, de miedo, en su voz.

Collins bajó la cabeza. Uno de sus pies avanzó en la alfombra. Ahora Tom le veía la cara: pensativa, reconcentrada. El mago ladeó la cabeza y echó una fría mirada a los ojos de Tom.

Había algo teatral en todo esto; Tom no podía describirlo. Sólo sabía que Collins lo asustaba. Solo en el corredor, daba más miedo que en el trineo helado. Collins era más autoritario que una docena de señores Thorpe. La expresión que apareció en sus ojos inmovilizó a Tom contra la pared.

—¿No es eso lo que dijo? ¿No era eso lo que quería?

Collins sopló, con los labios fruncidos. Finalmente habló:

—Mocoso arrogante. ¿Acaso sabes lo que yo *quiero*?

A Tom se le congeló la lengua en la boca. Collins retrocedió y apoyó la cabeza contra la pared. Tom percibió repentinamente un olor a alcohol.

—En dos días me has traicionado dos veces. No lo olvidaré.

—Pero yo creía...

El mago movió bruscamente la cabeza hacia adelante. Tom se echó atrás, y tuvo miedo de que Collins le pegara.

—Tú creías. Me desobedeciste dos veces. Eso es lo que pienso —sus ojos se clavaron en los de Tom—. ¿Qué harás ahora? ¿Entrar en mi habitación? ¿Saquear mi escritorio? Creo que necesitas más dibujos animados y diversiones, niño.

—Pero usted me dijo que podía...

—Te dije que *no* podías.

Tom tragó saliva.

—¿No querías que los viera?

—¿Que vieras a quiénes, traidor?

—A los dos que estaban allí. Jakob y Wilhelm. Quienquiera que sean.

—Esa habitación está vacía. Por ahora. Andando, muchacho. Iba a decir a tu amigo una palabra de advertencia. Tú puedes hacerlo por mí. Vamos. Fuera de aquí. ¡Ahora!

—¿Una advertencia sobre qué?

—El ya sabe. ¿No me has oído? Fuera de aquí. —Se hizo a un lado y Tom pasó junto a él—. Me voy a divertir contigo —dijo el mago a sus espaldas.

Tom fue lo más rápidamente que pudo hasta el pie de las escaleras, sin correr. Se dio cuenta de que transpiraba..., de que hasta sus piernas estaban sudadas. Oyó renquear a Collins por el vestíbulo en dirección a los teatros.

Un segundo después tuvo una nueva sorpresa.

Al mirar por la escalera, vio una vieja con cara de loca, vestida de negro, que lo miraba horrorizada. Levantó las manos y desapareció de la vista.

—¡Eh! —gritó Tom.

Corrió tras ella por la escalera. La oía avanzar frenéticamente como una ardilla, tratando de huir de él. Cuando Tom llegó a lo alto de las escaleras, corrió pasando ante los dormitorios y vio el borde de un vestido negro que desaparecía en el extremo del vestíbulo. A un lado, a través del vidrio y a lo lejos, vio luces en el bosque que se reflejaban en el lago negro.

Llegó hasta el extremo más distante del vestíbulo y se dio cuenta de que nunca había estado antes allí. La vieja había abierto una puerta que daba afuera, cuya puerta Tom tampoco había visto jamás, y comenzaba a bajar por una escalera externa que se curvaba hacia el patio y hacia la casa. Tom pasó por la puerta antes de que se cerrara y aferró a la vieja por un hombro.

Ella se detuvo tan bruscamente como una liebre paralizada. Luego lo miró a la cara con una mezcla densa y comprimida de emociones en su rostro seco y viejo. Se veían algunos pelos blancos sobre su labio superior. Sus ojos eran tan oscuros que parecían negros, y sus cejas eran fuertes, sorprendentemente negras. Tom comprendió dos cosas a la vez: la mujer era extranjera, y estaba profundamente avergonzada de que él la hubiese visto.

—Lo lamento —dijo.

La vieja liberó su hombro de la mano de Tom.

—Sólo quería hablar con usted.

La mujer sacudió la cabeza. Sus ojos eran piedras frías y chatas hundidas entre profundas arrugas.

—¿Usted trabaja aquí?

No hizo el menor movimiento, esperando que él le permitiera irse.

—¿Por qué yo no debía verla? —Nada—. ¿Conoce a Del? —Vio en los ojos de ella un destello de reconocimiento al oír el nombre—. ¿Qué sucede aquí? Es decir, ¿cómo funciona todo esto? ¿Por qué no debemos saber que está usted aquí? ¿Usted cocina? ¿Hace las camas?

Ninguna señal de nada, sólo impaciencia por apartarse de él. Tom hizo la pantomima de romper un huevo y echarlo en la sartén, y freírlo. Ella hizo un breve gesto de asentimiento. Inspirado, Tom preguntó:

—¿Usted habla inglés?

No: un breve movimiento negativo con la cabeza. Le echó otra mirada ceñuda, se volvió bruscamente y echó a correr escaleras abajo.

Tom permaneció un momento junto al pequeño balcón. Desde el pie de la larga colina, bordeada de bosques, el lago brillaba enigmáticamente como si lo mirara. Trató de encontrar el lugar donde lo había llevado Coleman Collins en el trineo, pero no encontró ningún pico suficientemente alto... ¿Realmente todo eso había sucedido dentro de su cabeza? A la distancia oyó a un hombre que gritaba en el bosque.

Su habitación estaba preparada para la noche. La cama estaba abierta, la lamparita encendida sobre la edición de bolsillo de Rex Stout *Esta*, y los problemas que contenía, le parecían muy remotos..., no recordaba nada de lo que había leído la noche anterior. La puerta corredera que separaba su habitación de la de Del se encontraba cerrada.

Fue hasta la puerta y llamó suavemente; sin respuesta. ¿Dónde estaba Del? Probablemente explorando..., imitando las acciones de Tom de la noche anterior. Probablemente la «advertencia» se refería a eso. Tom suspiró. Por primera vez desde que había subido al tren con Del, pensó en Jenny Oliver y en Diane Darling, las dos muchachas de la escuela vecina; tal vez Archie Goodwin se las traía a la memoria, pero deseó poder hablar con ellas, con cualquiera de ellas. Hacía mucho que no hablaba con una muchacha: recordó a la muchacha en la ventana que le había mostrado el mago..., que le había mostrado con tanta frialdad como un almacenero que muestra un estante con judías en lata.

Su habitación estaba vacía y solitaria. Su limpieza, sus ángulos rectos, sus colores simples, lo rechazaban. No le gustaba estar solo, y se dio cuenta de ello; pero ahora no podía ir a ninguna otra parte. La soledad lo invadía. Echaba de menos a Arizona y a su madre. Por un momento Tom se sintió totalmente abandonado: huérfano. Se sentó en la cama dura y pensó que estaba en la cárcel. Todo Vermont parecía una prisión.

Tom se levantó y comenzó a pasearse por la habitación. Como tenía quince años y estaba sano, el solo hecho de moverse le hacía sentirse mejor. En ese momento, en uno de esos gestos particularmente adultos que me parecen característicos del joven Tom Flanagan, llegó a una conclusión y tomó una decisión. La Tierra de las Sombras, por lo que había visto, era un examen mucho más difícil y más importante que



cualquiera de los que hubiese dado en Carson: y no permitiría que la Tierra de las Sombras le derrotara. Usaría la teoría de Collins contra el propio Collins, si era necesario, y descubriría cómo hacer lo imposible.

Hizo un gesto afirmativo, sabiendo que se estaba armando para una batalla, y se dio cuenta de que ya no tenía ganas de llorar como un momento antes. Luego oyó un ruido que venía de detrás de la puerta corrediza. Era una leve cascada de risas, ahogada, como si el que riese se tapara la boca con la mano. Tom volvió a golpear la puerta.

Llegó otra vez el sonido, aún más claramente.

—Del..., ¿estás ahí?

—Por Dios, en voz baja —llegó el susurro de Del.

—¿Qué sucede?

—Habla en voz baja. Voy para ahí.

Un momento después la parte izquierda de la puerta se abrió unos centímetros y Del le miró con el ceño fruncido.

—¿Dónde has estado *tú* todo el día? —preguntó Del.

—Quiero hablar contigo. Me hizo creer que era invierno...

—El entorno ilusorio —dijo Del—. Pasa mucho tiempo contigo, y me dejas solo...

—Y recuerdo haber volado.

Tom sintió que su rostro asumía una expresión absolutamente nueva para él, al decir esto. En parte esperaba que Del lo negara.

—Muy bien —dijo Del—. Lo estás pasando muy bien. Me alegro.

—Y me encontré con una vieja. No habla inglés. Prácticamente tuve que hacerle una zancadilla para que no se escapara. Y tu tío...

Su voz se interrumpió. Una muchacha acababa de entrar en la diminuta zona de la habitación de Del que podía ver. Llevaba una de las camisas de Del sobre un traje de baño negro. Sus cabellos estaban húmedos y tenía ojos dorados.

Del miró por encima de su hombro y luego a Tom con irritación.

—Bien, ya la has visto. Estaba nadando en el lago después de la cena, y la invité a que subiera. Creo que también tú puedes venir.

La muchacha retrocedió hasta la cama, con sus piernas desnudas. A Tom le resultaba imposible no mirarla. No tenía la menor idea de si era hermosa o no. No se parecía en absoluto a las muchachas de más éxito de Phipps-Burnwood. Pero no podía dejar de mirarla. Los ojos de la muchacha bajaron a sus propias piernas desnudas, y luego volvieron a él. Se cerró la camisa de Del que llevaba puesta.

—Probablemente ya lo has adivinado, pero ésta es Rose Armstrong —dijo Del.

La muchacha se sentó en la cama.

—Yo soy Tom Armstrong —dijo—. Ay, no. Flanagan, quise decir.

### 3

## LA MUCHACHA DE LOS GANSOS

*Sólo mirarla me perturbaba. Me di cuenta de inmediato de lo que había querido decir Del sobre su aspecto «herido». Era imposible no verlo. Su cara parecía haber absorbido mil insultos y haberse recuperado de cada uno de ellos por separado. Pero si alguna vez había sido herida, sin duda se estaba recuperando. Francamente, yo no podía creer que Del hubiera estado viendo a esta maravillosa muchacha todos los veranos; y al verla sentarse en la cama de Del con las rodillas juntas supe, supe, supe, que toda mi relación con Del acababa de cambiar.*

### 1

*Miami Beach, 1975*

Pero antes de poder mirar realmente a Rose Armstrong a través de los ojos de Tom Flanagan y viajar con estos tres jóvenes por sus últimos meses convulsos en la Tierra de las Sombras, debo hacer una aparente digresión. Hasta este punto, la historia ha sido invadida por dos fantasmas: por supuesto uno es Rose Armstrong, quien, con su traje de baño negro y su camisa de muchacho acaba de sentarse ahora en la cama de Del, trastornando terriblemente a Tom Flanagan. El otro fantasma es más periférico; en realidad el lector ya lo ha olvidado. Me refiero a Marcus Reilly, que ha sido mencionado menos de seis veces en la primera parte de esta historia... y tal vez Marcus Reilly es un «fantasma» persistente sólo para mí. Sin embargo, quien se suicida, especialmente en edad tan temprana, queda para siempre en nuestras mentes. También es cierto que cuando vi por última vez a Marcus Reilly, pocos meses antes de que se quitara la vida, dijo algunas cosas que más tarde me parecieron importantes para la historia de Del Nightingale y Tom Flanagan; pero esto puede ser una mera autojustificación.

Al comienzo de esta historia dije que Reilly era el peor alumno de la clase. Como estudiante de Carson había tenido gran éxito, pero no desde el punto de vista académico. Era un buen atleta, y sus amigos más íntimos eran Pete Bayliss, Chip Hogan y Bobby Hollingsworth, quien se llevaba bien con todo el mundo. Reilly era

un muchacho rubio con cierto parecido con el joven Arnold Palmer, y era brillante pero no reflexivo. Su principal característica era que tomaba las cosas como venían. Sus padres eran ricos..., su casa de Quantum Hills era más lujosa que la de los Hillman. Podría tomársele por el prototipo del estudiante de Carson: alguien que aunque era evidente que nunca llegaría a ser profesor, podía tener algún parecido con Fitz-Hallan.

Después de nuestra trabajosa graduación, Reilly fue a un colegio preuniversitario privado en el sudeste; no recuerdo cuál. Lo que sí recuerdo es que estaba encantado al encontrar un lugar donde el bronceado y la vida social se tomaban tan en serio como las notas. Después de este colegio fue a una facultad de derecho en el mismo Estado. Estoy seguro de que al graduarse sus notas no fueron ni muy altas ni muy bajas. En 1961, Chip Hogan me dijo que Reilly estaba trabajando en un estudio de abogados de Miami, y sentí esa pequeña satisfacción, casi estética, que se recibe cuando se cumple una expectativa. Parecía el trabajo y el lugar perfectos para él.

Cuatro años más tarde, una revista de Nueva York me encargó un artículo sobre un famoso novelista expatriado que pasaba el invierno en Miami Beach. El famoso novelista, con quien pasé dos días tediosos, era un tipo muy aburrido que se creía muy importante, salía de su hotel a la soleada avenida Collins con traje de franela y paraguas. Había dado conscientemente dos meses de su vida a Miami Beach para estimular su desdén por todas las cosas norteamericanas. Fingía ignorar el sistema monetario norteamericano.

—¿Realmente esto se llama un cuarto? Dios mío, qué poca imaginación.

Cuando reuní suficientes apuntes para el artículo, puse todo el proyecto en un compartimiento mental y decidí buscar a Bobby Hollingsworth. Hacía por lo menos diez años que no veía a Bobby. Vivía en Miami Beach, y yo sabía por la revista de ex alumnos, que era el dueño de una empresa de aparatos sanitarios. Una vez, en el lavabo de hombres de un aeropuerto de Atlanta, miré dentro de la taza y vi grabadas estas palabras: «Hollingsworth Sanitarios». Quería ver qué había sido de él, y cuando lo llamé por teléfono me invitó de inmediato a su casa.

Su casa era una gigantesca mansión española frente a Indian Creek y a una serie de hoteles. Anclada en su muelle había una embarcación de doce metros, que parecía poder encontrarse cómoda en medio del Atlántico.

—Este es realmente el lugar —dijo Bobby durante la cena—. El mejor clima del mundo, el agua, oportunidades de negocio. En serio, este lugar es el paraíso. No volvería a Arizona aunque me pagaran. Y en cuanto a vivir en el norte..., por favor —sacudió la cabeza.

A los treinta y dos años, Bobby era regordete, blando como una esponja. En su mano con dedos como salchichas llevaba un enorme diamante. Aún mostraba una perpetua sonrisa, que no era una sonrisa, sino la forma en que su boca estaba colocada en su cara. Llevaba una camisa rústica amarilla y shorts que hacían juego.

Disfrutaba de su riqueza y yo disfrutaba del placer que él tenía en ella. Comprendí que la familia de su esposa le había dado la oportunidad de comenzar sus negocios, y que más bien los había sorprendido a todos con su éxito. Mónica, su mujer, no dijo mucho durante la comida, pero saltaba de su asiento a cada rato para ir a vigilar la cocina.

—Me trata como a un rey —dijo Bobby durante una de las excursiones de Mónica a la cocina—. Cuando vuelvo a casa me siento como un rey. Ella vive para ese barco..., se lo regalé para Navidad del año pasado. Chilló como un cachorro. ¿Qué sé yo de barcos? Pero a ella la hace feliz. Mira, si juegas al golf podríamos ir al club mañana. Tengo un juego de palos extra.

—Lo lamento, pero no juego al golf —dije.

—¿No juegas al golf? —Por un momento, Bobby quedó totalmente perplejo. Me había asimilado a su mundo de manera tan completa que había olvidado que yo no era un residente permanente del lugar—. Bien, carajo, ¿qué te parece si salimos en el barco a navegar, a tomar unas copas...? A Mónica le encantaría.

Dije que tal vez podría hacerlo.

—Bien, muchacho. Sabes, para eso fue esa escuela nuestra, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir, Bobby?

Su esposa volvió a la mesa y Bobby la miró.

—Saldrá con nosotros en el barco mañana. Echaremos los anzuelos, pescaremos para la cena, ¿eh?

Mónica sonrió débilmente.

—Claro. Será estupendo. Ahora, lo que te decía es... Nuestra vieja escuela tenía una sola meta, ¿no es cierto? Llevarnos al lugar donde yo estoy ahora. Y saber vivir una vez que uno llega ahí. Así lo veo yo. Convertirnos en la clase de personas que están bien en todas partes. Quiero escribir a esa revista de ex alumnos y decirles que pueden viajar por todo el sudeste y ver mi nombre cada vez que se detengan a orinar. Es casi cierto.

Mónica apartó la mirada y dio vuelta a una hoja de lechuga de su ensalada para observarla del otro lado.

—¿Ves a Marcus Reilly? —«pregunté—. Sé que vive aquí.

—Lo vi una vez —dijo Bobby—. Fue un error. Marcus se metió en algo sucio... Le prohibieron ejercer la profesión. Apártate de él. Es un perdedor.

—¿De veras? —yo estaba sorprendido.

—Ah, durante un tiempo le fue muy bien. Luego supe que se había puesto raro. Sigue mi consejo... Te daré su número de teléfono si quieres, pero no vayas a verlo. Está hundido. Le cuesta esfuerzo sacar la cara por encima del agua para poder respirar.

A la mañana siguiente llamé al número que me había dado Bobby. Contestó un hombre que dijo:

—Wentworth.

—¿Marcus?

—¿Quién?

—¿Marcus Reilly? ¿Puede comunicarme con él?

—Ah, sí. Un segundo.

Sonó otro teléfono. Alguien descolgó, pero no dijo nada.

—¿Marcus? ¿Eres tú? —y di mi nombre.

—Ah, muy bien —respondió la voz ronca de Marcus Reilly—. ¿Estás en la ciudad? ¿Quieres que nos veamos?

—¿Puedo invitarte a almorzar hoy?

—Bien, perfecto. Estoy en el hotel Wentworth en Collins Avenue, a la derecha desde la calle Setenta y tres. Mira, nos encontraremos afuera. ¿Te parece bien? ¿A las doce?

Llamé a Bobby Hollingsworth para decirle que no podría salir con él en el barco.

—Está bien —dijo Bobby—. Ven la próxima vez, y saldremos con unas muchachas que conozco. ¿De acuerdo?

—Sí —dije.

Lo veía recostado en el sillón de cubierta, con una bebida apoyada en su panza cubierta de tela rústica amarilla, diciendo a una bonita prostituta que cada vez que fuera a orinar en el sudeste, podría leer su nombre con sólo mirar hacia abajo.

No había nada espléndido en la avenida Collins en el lugar donde vivía Marcus Reilly. Hombres con sombreros de lona y pantalones escoceses bajo sus prominentes vientres, viejas con vestidos deformados y gafas de sol caminaban bajo los toldos de la acera frente a los pequeños locales comerciales. Tiendas de ventas a crédito, bares, tiendas de novedades, donde todo estaba bajo varios centímetros de polvo. En el hotel Wentworth se veía la frase «Donde vivir es un placer» pintada sobre el yeso amarillo. La recepción parecía estar afuera, en una especie de galería en la acera.

A las doce menos cinco salió Marcus, con un traje escocés, caminando rápidamente entre las hileras de personas sentadas en sillas de plástico y aluminio, como si tuviera miedo de que alguna de ellas lo detuviera.

—Qué estupendo es verte, qué estupendo —dijo, estrechando mi mano.

Ya no se parecía al joven Arnold Palmer. Sus mejillas se habían hinchado y sus ojos parecían más estrechos. La humedad del aire rizaba sus cabellos. Como el del novelista expatriado, su traje era demasiado pesado para el clima, pero, a diferencia del novelista, no parecía un hombre habituado a vivir en interiores. Marcus chasqueó los dedos, batió palmas y miró hacia un lado y hacia otro de la calle. Yo sentía violencia en él, como a veces se siente en un perro.

—Por Dios, aquí estamos. ¿Cuánto ha pasado, quince años?

—Más o menos —dije.

—Vamos, hombre. Veamos un poco el paisaje. ¿Hace mucho que estás aquí?

—Sólo un par de días.

Marcus se apartó de mí y echó a andar por la calle.

—Qué lástima. ¿Dónde te hospedas?

Dije el nombre de mi hotel.

—Malísimo. Muy malo, créeme. —Dimos la vuelta a la esquina y Marcus abrió la puerta de un Gremlin verde con el guardabarro un poco oxidado a la derecha—. Es una palabra que podría usar para describir toda la ciudad —subimos al Gremlin—. Tira tus cosas atrás —empujé una pila de *Herald* de Miami y varias camisas sucias—. ¿Quieres almorzar primero o tomar una copa?

—Me vendría bien una copa, Marcus.

—Perfecto. —Puso en marcha el motor y avanzó velozmente junto al bordillo—. Hay un buen lugar a unas dos manzanas. —Doblamos la esquina, y Marcus hablaba como un poseso todo el tiempo—. Es decir, tiene sus cosas buenas, y yo todavía no las he descartado, pero es un lugar lleno de ingratos, ¿entiendes?, ¿entiendes?, y eso es lo que tenemos aquí... de pared a pared. Gente que yo traje, que empezó bien, que hizo todo para..., ¿sabes que me echaron?, ¿verdad? ¿Fue Bobby quien te dio mi número de teléfono?

—Sí —respondí.

—El rey de la mierda. «En seis Estados, puedes cagar sobre mi nombre», ¿entiendes? Bobby está tan gracioso ahora. Y yo lo *ayudé* cuando acababa de llegar a Miami. —Marcus transpiraba, guiaba el coche como si fuera tan pesado como un camión. Sus rizos estaban húmedos—. Nadie obtiene contratos como los obtuvo él, por más rica que sea la imbécil con quien te has casado, sin ayuda de gente que conoce otras gentes. En Miami no. Ni en ninguna otra parte. Y ahora me trata como a una basura. Ah, a la mierda con Bobby. Por la forma en que está engordando, se caerá muerto cuando tenga cuarenta años. Ya llegamos.

Marcus golpeó al Gremlin contra la acera y salió de su asiento. Casi corrió a un bar llamado Hurricane Pub. Estaba tan abierto a la calle que parecía que le faltaba una pared.

—¡Doctor! —gritó el camarero.

—¡Jerry! ¡Un par de cervezas! —Reilly se sentó en un taburete, encendió un cigarrillo y se puso a hablar otra vez—: Jerry, este tipo es un viejo amigo mío.

—Mucho gusto —dijo Jerry, y puso las cervezas ante nosotros.

Marcus vació la mitad de su vaso.

—En esta ciudad es una gran ayuda conocer a todo el mundo. De esa forma uno sabe dónde se entierran los cadáveres. Yo aún no he terminado. Tengo muchas cosas cocinándose. Mira, todavía soy joven. —Yo sabía su edad, porque era igual a la mía. Parecía al menos diez- años mayor—. Y tengo la actitud mental adecuada..., a nadie se le excluye a menos que se excluya solo. Y, lo creas o no, me gusta estar aquí... incluso en el Wentworth. Las direcciones de la avenida Collins son de oro en esta ciudad. En dos o tres años me devolverán mi licencia. ¿Y quién te dice que el amigo Bobby no vendrá a pedirme un favor? Yo conozco a todo el mundo, *a todo el mundo*.

Puedo lograr que las cosas se hagan. Y eso es lo que la gente de esta ciudad respeta. Un tipo que puede lograr que se hagan las cosas —consumió el resto de su cerveza—. ¿Quieres comer algo? —dejó dos dólares en el bar y salimos a la calle.

Unas manzanas más adelante, abrió la puerta de la Heladería del Tío Ernie.

—Aquí sirven bocadillos. —Nos sentamos a una mesita al fondo y pidió nuestros bocadillos—. Esa escuela donde fuimos..., ese lugar, muchacho, no puedo sacármelo de la cabeza. Por un lado, Hollingsworth siempre habla de eso... como si fuera Eton o algo así.

Aun cuando estaba sentado comiendo, Marcus se movía sin cesar. Movía los codos, tamborileaba con los dedos, se deshacía los rizos, se frotaba las mejillas.

—¿Recuerdas a la Serpiente y esa capilla?

—Recuerdo.

—Totalmente loco. Y Fitz-Hallan y sus cuentos de hadas. Por Dios, yo podría contarle algunos cuentos de hadas. El año pasado, cuando todavía tenía mi licencia, me mezclé con esa gente..., tipos importantes, ¿sabes? Eran personas serias. Tal vez yo no fui demasiado rápido, quién sabe, pero esa gente siempre necesita abogados. Y si quiero que perjudiquen a alguien, le perjudicarán. Sabes lo que digo. Y al mismo tiempo, a través de las relaciones con estas personas, me acerqué a unos haitianos. Esta ciudad está llena de haitianos, la mayor parte de ellos ilegales, pero estas personas eran diferentes. Son diferentes. ¿Ya has terminado tu bocadillo?

—No del todo.

El bocadillo de Marcus había desaparecido como si lo hubiera comido de un solo bocado.

—No te preocupes. Quiero mostrarte algo. Está en tu línea... Recuerda que conozco tu trabajo. Quiero mostrarte esto. Está relacionado con esta gente de Haití.

Terminé el bocadillo y Marcus saltó de su asiento y arrojó dinero en la mesa. En la calle soleada y sucia, el rostro florido de Marcus se acercó hasta estar a dos o tres centímetros del mío.

—Ahora estoy muy vinculado con ellos. Cuando a uno le han prohibido ejercer, ¿qué le importa si está con un haitiano? Ellos tienen una noción flexible de la ley. Vamos a hacer grandes cosas. ¿Sabes algo de Venezuela?

—No mucho.

—Pensamos comprar una isla frente a la costa..., una isla grande, clasificada como parque nacional. Uno de estos tipos conoce gente en la administración, la haremos reclasificar en un minuto. Ese es uno de los temas de los que hablamos. Además hay muchas cosas *raras*, ¿me entiendes? *Raras*. —Me tomó del codo y me llevó por la calle—. ¿Te molesta si nos detenemos en McDonald's? Todavía tengo hambre.

Hice un gesto negativo, y Marcus me llevó al brillante restaurante. Estábamos parados frente a él.

—Big Mac, patatas fritas —dijo a la muchacha—. La próxima vez que vengas

aquí, iremos al Joe's Stone Crab. Un lugar fantástico —Llevó su comida a una mesa y comenzó a engullir de pie—. Bien, hablemos. ¿Qué piensas de ese asunto del que hablaba Fitz-Hallan?

—¿Qué asunto?

—Sobre las cosas que están bien por arte de magia. ¿Qué quiere decir eso?

—Dímelo tú.

—Bobby piensa que eso es lo que él tiene. El barco, la casa, los zapatos de doscientos dólares. Tú probablemente piensas lo mismo.

—A veces —dije.

El Big Mac había desaparecido, y las patatas fritas también.

—Bien, creo que está loco. He visto mucho de esto, con esos tipos. Tienen... tienen muchas creencias extrañas. —Las patatas fritas habían desaparecido, y Marcus salía del restaurante, limpiándose los dedos en los pantalones—. Pueden volverte ciego y sordo, hacerte ver cosas, o eso creen ellos. Magia. Yo digo que si es magia no puede estar bien. No hay magia buena, eso es lo que yo sé.

—Tú sabes algo sobre Tom...

—Flanagan. Sí. Hasta fui a verlo, allá. Pero... —De pronto su rostro se descompuso. Era como derrumbarse un complicado edificio público—. ¿Ves un pájaro, allá?

Miré: unos edificios con las fachadas descascaradas, los viejos siempre presentes.

—Olvidalo. Salgamos a dar un paseo —eructó, y noté el olor a carne.

Miré mi reloj. Deseé haber salido en el barco de Bobby y estar sentado en medio de las aguas lisas, escuchando la charla de Bobby sobre el negocio de los aparatos sanitarios.

—Realmente tengo que irme.

—No puedes irte —dijo Marcus, que parecía consternado—. Vamos. Quiero mostrarte algo —y me empujó hacia su coche con la fuerza de la desesperación.

Nuevamente en el Gremlin, recorrimos la parte alta de Miami Beach durante media hora, y Marcus habló todo el tiempo. Doblaba las esquinas sin prestar atención, a veces retrocedía como si tratara de no encontrarse con alguien, a veces se cruzaba peligrosamente delante de otros coches.

—Mira, allí está la biblioteca... ¿Y ves esa librería? Es extraordinaria. Te gustaría. En Miami Beach hay muchas cosas para un tipo como tú. Yo te presentaría a la gente más interesante, te conseguiría un material como nunca soñaste, hombre. ¿Alguna vez has estado en Haití?

Nunca había estado.

—Tendrías que ir. Grandes hoteles, playas, buena comida. Aquí hay un parque. Un hermoso parque. ¿Alguna vez has estado en Key Biscayne? ¿No? Está cerca, ¿quieres ir allá?

—No puedo, Marcus —respondí.



Hacía tiempo que sospechaba que lo que él quería hacerme ver no existía. O que él había decidido finalmente que yo no lo vería. Finalmente lo persuadí de que me llevara de vuelta a mi hotel.

Cuando me dejó allí, tomó una de mis manos entre las suyas y me miró con sus azules ojos acuosos.

—Lo hemos pasado muy bien, ¿no crees? Ahora, presta atención, compañero. Leerás sobre mí en los diarios.

Se alejó haciendo rugir el motor, y me pareció ver que hablaba solo, dentro de su coche deteriorado, mientras rodaba por la avenida Collins. Yo me di una ducha, pedí una bebida al servicio de habitaciones, me acosté en la cama y dormí tres horas.

Dos meses después me enteré de que Marcus se había suicidado... Me había nombrado albacea de su patrimonio, pero no había patrimonio excepto algunas ropas y el Gremlin, donde se mató. El abogado que me llamó por teléfono dijo que Marcus se había pegado un tiro en la cabeza alrededor de las seis de la mañana, en un estacionamiento entre una pista de tenis y el North Community Center. Estaba a unas tres manzanas del McDonald's donde me había llevado.

—¿Por qué me habrá nombrado albacea? —pregunté—. Apenas lo conocía.

—¿De veras? —pregunto el abogado—. Dejó una nota en su habitación diciendo que usted era la única persona que comprendería lo que él iba a hacer. Escribió que le había mostrado algo... cuando usted lo visitó aquí.

—A lo mejor creyó mostrármelo —dije.

Recordé que me preguntó si yo había visto un pájaro mientras se le contorsionaba la cara, como si alguien estuviera cosiéndolo desde adentro.

2

*Tom y Rose*

La muchacha no lo miraba a los ojos. Estaba sentada en la cama de Del, mirándose los pies, como si él la hiciera sentir incómoda. Tom se dio cuenta de que ella pensaba que él se había burlado de ella... Del lo miraba, asombrado, y dijo:

—Lo lamento. No sé cómo dije eso. No quise decir nada en especial.

—Sé quién eres —dijo ella. Luego levantó el rostro y le miró con sus ojos pálidos e iridiscentes que casi lo hicieron salir volando de la habitación—. Todos dicen que serás un gran mago.

—Mira, estoy un poco harto de oír eso —respondió Tom, hablando con más intensidad de la que hubiera querido. Rose Armstrong daba la impresión de que iba a derretirse si se le decía una palabra fuerte. La seda de su camisa brillaba en sus brazos—. ¿Quiénes son «todos», de todas maneras?

—Del y el señor Collins. Especialmente el señor Collins.

—¿El te habló de mí?

—Claro. De vez en cuando. El invierno pasado.

Del sonrió, y Tom los miró a los dos, perplejo.

—Pero ni siquiera me conocía el invierno pasado.

—Sí que te conocía.

Y, aparentemente, así quedarían las cosas. La muchacha unió sus manos y lo miró a los ojos. A pesar de lo que Tom había pensado, se la veía tranquila. Era tan esbelta y tan parecida a una flor, un año mayor que los dos muchachos, y para Tom, de pronto, fue como si tuviera diez años más..., parecía enorme e imposible de conocer. Sin embargo, su rostro, con sus labios llenos y su frente alta, transmitía vulnerabilidad. Los cabellos húmedos se aplastaban contra su cabeza. Tom se dio cuenta de que envidiaba la intimidad entre Del y Rose Armstrong. La muchacha parecía perfecta como una estatua.

*Una estatua viva.*

—El me obligó —dijo Rose con actitud valiente.

La incomodidad de Tom creció.

—Nunca había pensado nada hasta conocer al señor Collins —dijo ella, y él se relajó—. Yo no era nada. —La expresión de haber recibido una herida profunda apareció nuevamente en su rostro—. Yo se lo perdonaría todo.

—¿Tienes que perdonarle muy a menudo?

—Bien, él bebe mucho, y eso no me gusta. A veces cambia cuando ha bebido demasiado.

Tom asintió. Había tenido la prueba de ello. Preguntó:

—¿Por qué saliste a la roca vestida como si fuese invierno? Y abriste esa bomba de humo.

—El me lo ordenó. Me dio las ropas.

—¿Y eso es suficiente?

—Por supuesto.

—¿Sabías que debíamos verte?

—Sabía que alguien debía verme. De otra manera no tendría sentido.

—¿El te perdona a ti también?

—¿Por qué tendría que perdonarme?

—Porque cuando yo venía hacia aquí, me encontré con él en el vestíbulo. Estaba borracho. Dijo que haría una advertencia a Del, pero que yo podía hacerla por él. Creo que tenía que ver con el hecho de que estuvieras aquí.

Rose se sonrojó.

—Yo pensaba..., creo que no debiera estar aquí. Pero mañana probablemente estará bien.

—¿Quieres decir, cuando esté sobrio?

Ella asintió con la cabeza.

—Pero no debo quedarme. Del, yo..., tú sabes.

Tom sintió otra vez la puñalada de los celos. No lo había llamado ni una vez por su nombre.

—Sí, creo que sí —dijo Del.

Tom la miró ponerse de pie, y contemplarle como si estuviera impresionada... Pero eso era sólo parte de su cara, tal vez, como la sonrisa de Bobby Hollingsworth...

Finalmente ella se quitó la camisa. Tom rompió aquel silencio extraño.

—Antes de que te vayas, ¿puedo pedirte algo?

La muchacha asintió.

—¿Hay hombres cerca de este lugar? ¿Has visto un grupo de hombres en los alrededores?

—Sí. —Miró a Del—. No han estado aquí hace un año o dos. Están en una cabaña del otro lado del agua. Son amigos suyos.

—Muy bien —dijo Tom.

—Solían trabajar con él —agregó ella. Con otra mirada a Del, agregó—: No me gusta cuando están aquí. No son como él —sostenía la camisa frente a ella, escudándose—. Están muertos.

Esto fue totalmente inesperado.

—Eso es ridículo.

Vio que se trataba de algo que Collins le había dicho, y que ella había aceptado.

—Piensa lo que quieras. El me lo dijo. Cómo sucedió.

—De todas maneras es ridículo. —Oyó la repetición y pensó que sonaba tan estúpida como lo que decía la muchacha—. ¿Te indicó él que nos dijeras esto?

—No. Tengo que irme.

Tom sintió una ardiente impaciencia, junto con un deseo igualmente fuerte de retener a Rose Armstrong en la habitación.

—¿Dónde vives tú? ¿En la casa?

—No puedo decírtelo. No debo. —Dejó la camisa en la cama y sonrió a Del—. Veo que es la primera vez para tu amigo.

—¿Podrías despachar una carta para mí? ¿Llevarla al correo?

—De aquí no puede salir nada —dijo ella, y comenzó a dirigirse lentamente hacia la puerta del vestíbulo—. Pero podrías pedírselo a Elena.

—¿A esa mujer? No habla inglés.

—Estoy segura de que comprende la palabra «correo» —sonrió por primera vez—. Espero que estés de mejor humor la próxima vez que nos encontremos. —Entonces llegó a la puerta y pasó del otro lado como una sombra—. Adiós, Del. —Volvió sus ojos iridiscentes hacia Tom—: Adiós, gruñón —y desapareció.

El rostro de Del estaba embebido. Tom oyó el ruido de los pies desnudos en el vestíbulo en la dirección que él había seguido para perseguir a la mujer llamada Elena. Y luego una puerta se abrió suavemente.

Tom se volvió hacia Del, que aún parecía fascinado.

—Vi a los hermanos Grimm abajo —dijo—. Supongo que están muertos, también. —Del se limitó a sonreírle—. ¿Qué le sucede, está hipnotizada o algo así?

Del no habló ni se movió. Tom se apartó de él y salió por la puerta. El vestíbulo estaba oscuro y silencioso. En los bosques las luces ardían como señales. Fue hasta el cristal y levantó las manos hasta su cara para borrar su reflejo. Rose Armstrong caminaba por las losas; comenzó a bajar por la escalera de hierro.

Tom permaneció en el vestíbulo hasta que un rayo de luna en el agua iluminó un brazo plateado que se alzaba; espuma en el lugar donde salpicaban sus pies.

—Ahora sabes —dijo Del a sus espaldas.

Tom asintió. Percibía la desconfianza en la voz de su amigo.

## 3

*Guerra*

—Esta es una historia verdadera —dijo el mago—, y se llama «La muerte del amor». Ah, un melodrama.

Sus espesos cabellos blancos se agitaron con la ligera risa. Los tres estaban sentados en la playa de piedra, Collins frente a la elevación del terreno y los muchachos mirándole a él y al brillante lago de color azul oscuro detrás de él. A la derecha de todos ellos el muelle deteriorado se alzaba en el lago; más allá se veía el refugio de los botes sobre pilares de hormigón. Como había sugerido Rose Armstrong, Collins no mostraba nada de su fría furia de la noche anterior. Había colocado una nota en las bandejas del desayuno de los chicos, pidiéndoles que se viesen con él en la playa a las diez de la mañana. Los dos pensaban aún en el encuentro con Rose Armstrong y descendieron por la insegura estructura de hierro a las diez menos cuarto; Collins, con un sombrero blanco en la cabeza, una manta arrollada y una canasta de picnic bajo el brazo, bajó la escalera veinte minutos después. Llevaba una camisa azul de mangas largas, pantalones de color gris y sandalias. La camisa y los pantalones le iban un poco grandes, como si recientemente hubiera adelgazado.

—Buen día, aprendices —dijo—. ¿Todos habéis dormido bien después de los esfuerzos de ayer?

Collins desplegó la manta en la playa, y colocó la canasta de mimbre sobre ella. Se quitó el sombrero y lo puso sobre la canasta.

—Sentaos, muchachos; lección de historia, si no estáis demasiado dormidos para escucharla. Es hora de contar una de esas historias que os he prometido. Miradme, así. Si os aburrís, podéis mirar el agua y soñar con la señorita Armstrong —sonrió—. Esta es una historia verdadera.

—Ahora los dos sabéis ya más sobre las operaciones de la verdadera magia que el noventa y nueve por ciento de la población, incluidos otros magos, y quiero transportaros a la época en que yo mismo aprendí estas cosas... A la época en que por primera vez comencé a dominar mis propias fuerzas. Nos remontamos a cuarenta años atrás, un poco antes de la década de los veinte, en realidad estamos en el año 1917, el año en que Norteamérica participó en la Gran Guerra. Entonces mi nombre era todavía Charles Nightingale... El padre de Del, mi hermano, era doce años menor que yo, todavía un muchacho, y un desconocido para mí. Yo había estudiado medicina y me ganaba la vida como mago durante mis estudios. Era hábil y manejaba bien las cartas. Destreza manual. Quería ser cirujano. Entonces la magia era sólo un pasatiempo, aunque siempre sentí que era algo que iba más allá de los

simples trucos que yo había aprendido, algo profundamente poderoso. La medicina me parecía lo único en el mundo práctico que se aproximaba a ese reino de responsabilidad y admiración al que yo aspiraba. Me refiero al mundo (que sólo percibía oscuramente) en que la capacidad de lograr cambios fundamentales es tan grande como para inspirar automáticamente una mezcla de miedo y admiración. Si yo hubiera sido convencionalmente religioso, supongo que habría entrado en la iglesia. Pero siempre fui demasiado ambicioso para eso. En 1917 recibí mi título de médico e inmediatamente me dieron un destino y me enviaron a Francia en un barco con tropas. Estaba destinado a un puesto militar en Cantigny. Llevaba pocas cosas conmigo, ropa, barajas y algunos libros escritos por un francés llamado Eliphas Levi, un mago muerto en 1875. Los libros eran los dos volúmenes de *Le Dogme et Rituel de la Haute Magie*, escritos de manera un poco exagerada, con verbosidad, pero llenos de evocaciones de ese poder que yo buscaba. Levi me ayudó a entender que el Bien y el Mal son distinciones terrenales... Cuando alguien basa sus opiniones en este principio generalmente está en un terreno muy cenagoso. También llevé un libro escrito por Cornelius Agrippa, el mago del Renacimiento, quien, cuando le preguntaban cómo podía el hombre poseer poderes mágicos, contestaba esto... Recuerden, muchachos: «Sólo tiene este poder quien ha cohabitado con los elementos, ha vencido la naturaleza, ha subido más alto que los cielos, se ha elevado por encima de los ángeles...» Vencer la naturaleza. Los inéditos también lo intentan, pero con qué torpes armas: escalpelos y suturas.

—Llegamos a Brest en el *Seattle* y fuimos inmediatamente a los barracones de Pontanzen para descansar unos días antes de ser enviados a la zona de Gondrecourt, para recibir un entrenamiento rudimentario. Viajamos como parte de una división, con un camión, dos ambulancias y un coche Packard en el que íbamos otros dos jóvenes médicos y yo. Seguíamos el camino de Beaumont-Mandres. Desde Mandres debíamos ir a la División HQ en Menil-la-Tour. Parecía fácil, pensándolo en Boston, pero en Boston yo nunca había contemplado un país destrozado por la guerra. Los únicos cadáveres que había visto estaban en mesas de disección. Y piensen que mi período de entrenamiento militar había sido ridículamente breve. Ni siquiera recuerdo lo que esperaba encontrar: algo parecido a los carteles de propaganda para reclutamiento, supongo, soldados jóvenes y valientes mostrando cascos alemanes, como trofeos: «¡Y decían que no sabíamos luchar!»

»Sólo habíamos recorrido un breve trecho del camino de Beaumont-Mandres cuando pasamos por un viejo campo de batalla. La tierra mostraba aberturas, había trozos de alambre de púas que colgaban por todas partes, y una aterradora y claustrofóbica sensación de muerte en todo el lugar... nos invadía y nos dejaba sin aliento. Las trincheras alemanas habían estado ocupadas desde 1914 y corrían paralelas al camino de Firey-Bouconville. Oíamos la artillería en la distancia. Yo jamás había visto nada ni remotamente parecido..., nada parecido a ese campo nevado y destruido, ni a la escala de muerte que implicaba. Para mí, en ese momento,

se parecía particularmente a los desperdicios que quedan en el fondo de una chimenea. Montones de objetos destrozados, pilas de basura aquí y allá, nada ordenado, nada siquiera reconocible excepto por medio de un esfuerzo de la imaginación. Esa fue probablemente la última imagen civil de la que disfruté durante dos años. La guerra sólo puede compararse consigo misma..., la guerra es algo encerrado en sí mismo. Apenas uno entra en contacto con ella se da cuenta de esto.

»Mi primer contacto real fue en el Packard para cinco pasajeros. Nuestro grupo fue atacado con ametralladoras, y muy fuertemente. Esto, por supuesto, fue producto de la mala suerte, pero el camino de Beaumont-Mandres era atacado día y noche, y nuestros superiores seguramente decidieron que era un riesgo que debían correr. Si hubieran sabido que sólo un hombre de todo el grupo sobreviviría, supongo que habrían decidido otra cosa.

»Yo oía a los soldados del camión que cantaban: “¡Gloria, gloria! ¡Un barril de cerveza para nosotros!” Era una canción favorita, lo mismo que *Perla con corazón de nieve* y *Digan au revoir pero no adiós*. Luego, oí un silbido además de la canción. Supe de inmediato lo que significaba.

»Nuestro conductor murmuró: “Ella dijo que habría días como éste”, y el camión que iba delante de nosotros explotó. “¡Dios mío!”, gritó el conductor, y frenó. Vi un cuerpo que saltaba hacia arriba, como si un hombre hubiera echado a volar; la base del camión volcó, escupiendo fuego, y los trozos de metal se esparcieron por todo el camino. Caímos en una vieja mina... todos en el Packard gritaban algo. Había explosiones alrededor de nosotros, ensordecedoras. Tuve una vaga conciencia de una ambulancia que volaba en el aire como el juguete de un niño. Los hombres gritaban y gemían. Un brazo con una manga de lana cayó sobre el capot del Packard. Todos luchamos por salir del auto, y cayó otra granada muy cerca.

»Recobré la conciencia en el campo. Tenía la cara y las manos quemadas, me dolía todo el cuerpo y me parecía que me habían partido la cabeza, pero en general estaba bien. Había tenido una suerte increíble, y a partir de ese momento supe que me había salvado para algún gran propósito. Las granadas caían en todo el camino, y en nuestro convoy no quedaba nada racional, nada sensato; en pocos segundos se había transformado en una escena del infierno. Las ambulancias estaban destruidas. Había hombres muertos en todo el camino. Una rueda de motocicleta arrastraba un objeto destrozado hasta el camión. El resto de la motocicleta, que había avanzado a un lado del convoy, ni siquiera era visible. La parte trasera del Packard, que emergía del hoyo cavado por la explosión, parecía un enorme queso gris. Extendí una mano y levanté mis libros de la nieve. Al principio pensé que era el único hombre que había quedado vivo en el convoy. Ante mis ojos había una destrucción casi increíble. Cuerpos y partes de cuerpos que salían de los agujeros hechos por las granadas, de los vehículos en llamas..., y siguieron cayendo granadas durante un tiempo, destrozando las ambulancias rotas y arrojando los muertos por todas partes. Debe haber sido un incidente menor en la guerra, aquel bombardeo que destruía toda una

unidad médica. Luego vi moverse a alguien, un hombre en la zanja entre el camino y el campo. Yo le conocía.

»Había estado en el Packard conmigo. Se llamaba teniente William Vendouris, y era un nuevo medito militar, como yo. Las esquirlas le habían abierto los intestinos, o una parte rota del camión..., no lo sé. Estaba tendido en la zanja, en un lago de su propia sangre. Se sostenía los intestinos con las manos. Se le escapaban como cuerdas de color púrpura.

»—Dame algo, por Dios —susurró.

»Yo no tenía nada. Nada excepto el libro de Eliphas Levi y un mazo de naipes y Cornelius Agrippa. Los suministros del camión se habían hecho pedazos.

»—Por Dios, ayúdame —gritó Vendouris.

»Me arrodillé junto a él y le toqué la herida, aunque sabía que no podía ayudarlo. Tendría que haber estado inconsciente, pero no lo estaba. Sentía latir su sangre en mis manos.

»—Quédate quieto, amigo —dije—. No hay suministros. Todo desapareció con el camión.

»—Llévame hasta el C.G. —rogó. Puso los ojos en blanco, y el blanco estaba tan rojo que me pareció que explotaría—. Sólo faltan cuatro kilómetros y medio. Dios mío, llévame allá.

»—No puedo —dijo—. Morirías si te moviera. Sólo una cuarta parte de ti sigue viva.

»—¡Me caigo! —gritó.

»Los intestinos se le escapaban de las manos, caían casi hasta el suelo helado. Estuvo a punto de desmayarse, y yo deseé que eso sucediera. Recuerdo que tenía dientes perfectos, blancos, que parecían pertenecer a otra persona..., esos dientes tendrían que haber adornado otro cuerpo.

»Se elevó un trozo del terreno nevado, y di un salto de treinta centímetros... Estaba aterrado, y pensé que había un hombre muerto de pie en medio de todo aquel desastre. El suelo volvió a moverse y me di cuenta de que era un gran pájaro blanco. Una enorme lechuza blanca. Volvería a verla nuevamente, en Francia, durante la guerra, pero entonces pensé que era una alucinación. La lechuza batió las alas..., tendría un metro de envergadura, aparentemente..., y se acercó al paisaje de hombres destrozados.

»Vendouris también la vio, y comenzó a delirar:

»—Es mi alma, es mi alma —gritaba.

»La sangre brotaba de su cuerpo. El pájaro se posó sobre unos alambres y nos miró enloquecido. Entre mi consternación y los delirios de Vendouris, creo que casi lo oía hablar.

»—*Pégale un tiro —decía—. Es la única forma.*

»Toqué el revólver en su cartuchera sobre mi cabeza.

»Vendouris comprendió el gesto.



»—Ay, Dios, Dios mío, por favor, no —rogó.

»Entonces puse mis manos sobre sus hombros y traté de levantarlo.

»Dejó escapar un chillido más horrible que cualquier otro sonido que haya oído en mi vida, y en el campo creí oír el chillido de la lechuza también, como si realmente fuera su alma.

»—Si te levanto —dije—, una mitad de tu cuerpo permanecerá aquí. No es posible.

»—Entonces ve a buscar a alguien. —Su cabeza cayó hacia atrás, pero todavía estaba vivo. Esos dientes perfectos que tendrían que haber adornado algún anuncio brillaban en su rostro gris—. No puedes pegarme un tiro. Ni siquiera hace un mes que estoy aquí.

»Esa extraña racionalidad, una excusa como la de un alumno de tercer grado. Sentía la presencia de ese pájaro tal vez inexistente detrás de mí, y era una sola cosa con la carne quemada que de pronto sentía en mi propio rostro, el olor a heces y a gases intestinales que venía de Vendouris..., todo esto junto con un gran alivio por el peculiar ruego infantil de Vendouris. Algo se movió en mi mente: yo estaba en la guerra, y la guerra sólo podía compararse a sí misma.

»—No es posible —dijo Vendouris, y supe que no era posible que esto le hubiera sucedido a él. Mentalmente seguía siendo un civil.

»Pensad en mis opciones. Yo podía levantarlo, como él deseaba, y matarlo... con una muerte terrible. Podía quedarme a su lado y dejarlo morir. Tal vez habría durado media hora más, o el tiempo que le llevara comprender realmente su estado. En esa media hora habría sufrido todas las agonías posibles para el hombre. Matarlo levantándolo habría sido más piadoso. Su dolor comenzaba a borrar su shock. Yo podría haberlo dejado allí, para caminar los cuatro kilómetros y medio hasta el hospital, y dejarlo morir solo.

»Comenzó a jadear, como un perro cansado.

»En realidad sólo había una solución. Saqué mi revólver de la cartuchera. El me vio hacerlo con sus ojos agrandados, y por un segundo recuperó la cordura. Trató de moverse hacia atrás, y la mayor parte de sus tripas salió afuera.

»Tal vez murió en ese momento. Pero no lo creo. Creo que lo que le mató fue la bala que le metí en la cabeza.

»Me rodeaban olores terribles: mi propia carne quemada y la transpiración; los horribles olores de Vendouris al morir, sangre, materia fecal. Cogí mis cosas y caminé hasta el borde del camino en dirección al fuego de artillería. Debería haber tenido miedo. Debería haber tenido ganas de correr al puerto y ocultarme en el próximo barco a Norteamérica. Pero en cambio sentí que caminaba hacia mi destino, por el cual el pobre William Vendouris y otros cuatro hombres ya habían dado sus vidas.

»Dos meses más tarde, en el Field Hospital había una desesperante escasez de personal, más aún ahora que Vendouris estaba muerto, y los otros dos médicos y yo

dormíamos tres horas cada doce, turnándonos en un catre en una pequeña tienda a pocos metros de la tienda más grande que era nuestra sala de operaciones. Esto significa que respirábamos guerra, bebíamos guerra y dormíamos guerra todos los días. Nuestro trabajo consistía en vendar heridas, cerrar heridas del pecho y controlar hemorragias a los soldados que venían de los campos de batalla y de las trincheras, traídos por las ambulancias de Norton-Harjes y la Cruz Roja. Si amputábamos una pierna o enyesábamos una fractura, los heridos eran enviados a hospitales para un tratamiento más extenso. La pérdida del camión en que yo había estado significaba no sólo la falta de otro médico, sino también de una cantidad suficiente para tres meses de morfina y otras provisiones para el hospital... De manera que la mayor parte de nuestras operaciones se hacían con poca o ninguna anestesia. A menudo trabajábamos con antorchas como las que vosotros veis en los bosques allí, trasladándonos con las idas y venidas de la guerra a Les Islettes, Cheppy Varennes. Las tropas con que trabajábamos eran principalmente hombres de Nueva York, Pennsylvania y Connecticut, muchachos de diecinueve y veinte años que se despertaban en la mesa de operaciones y se llevaban la mano a la entrepierna con su primer movimiento consciente, para asegurarse de que no habían perdido nada. No había pasado una semana cuando el personal médico y muchas de las tropas se enteraron de lo sucedido a Vendouris. Los otros médicos, un georgiano alto y pelirrojo llamado Withers y un neoyorquino calvo, inteligente y haragán llamado Leach, parecieron aprobar lo que yo había hecho, lo mismo que la mayoría de los soldados.

»Pero me pusieron un apodo. ¿Lo adivináis? Me llamaban el “Cobrador”. Ese acto de piedad con un hombre fatalmente herido me apartó de los demás, aun en las condiciones de hacinamiento y anormalidad que prevalecían en el Campamento 84. A veces, cuando entraba en el comedor, oía murmurar mi nombre. Y una vez, cuando estaba operando a un pobre tirador del batallón de Pennsylvania, tratando de volver a colocar su estómago en su lugar, abrió los ojos (lo sostenían dos ordenanzas), me miró y susurró: “El cobrador...”, y se murió.

»Leach me dijo:

»—No te preocupes por eso. Si alguna vez me sucede algo así, espero que me hagas el mismo favor. La mayoría de los muchachos están tan trastornados por la guerra que ya no piensan.

»Había otra razón para el nombre. Durante un tiempo gané bastante dinero jugando a las cartas con los oficiales y con otros médicos. Os aseguro que no hacía trampas. Sólo que sabía mucho más sobre naipes que ellos. Pero después de un tiempo ya no deseaban que yo participara en los juegos... Supongo que había ganado la cuarta parte del dinero del regimiento, y la mayor parte a Withers, que era un hombre rico. Withers había llegado a sentir desagrado y desconfianza hacia mí: después de ponerse a mi lado inicialmente en el asunto de Vendouris, comenzó a pensar que había algo sucio en ello. Cuando trajeron los cadáveres no había dinero

en los bolsillos de Vendouris. Y, por supuesto, siendo lo que era, Withers desconfiaba de toda la gente del norte por principio. Odiaba a los negros de la misma manera. Y es cierto que el trabajo, los horarios y los bombardeos casi constantes también me habían afectado a mí. Había adelgazado veinte kilos. Cuando no estaba de guardia, bebía para poder dormir. Y aunque aún me aceptaban en las partidas de cartas, jugaba febrilmente, descuidadamente... y a menudo ganaba grandes sumas a Withers.

»Pero después de tres o cuatro meses de esta vida terrible, comencé a padecer las consecuencias. Empecé a imaginar que yo era el pobre William Vendouris. Mi destino, que parecía estar misteriosamente cerca el día que fui hacia el frente, se había desvanecido en forma igualmente misteriosa. A menos que Vendouris fuera mi destino. Un día lo vi tendido en una camilla que acababan de sacar de una de las ambulancias Norton-Harjes, con una mueca de dolor que revelaba sus dientes perfectos, y sosteniéndose la tripa con las dos manos. Me miró y dijo:

»—¡Dios mío, Cobrador, mi alma!

»Me tambaleé y Leach me vio y se hizo cargo de mi trabajo.

»Al día siguiente lo vi claramente: yo *era* Vendouris. Simplemente me habían dado documentos equivocados. Se lo expliqué a Leach y a Withers, y ellos me hicieron sentar y llamaron al coronel. Le expliqué también a él que mi nombre no era Nightingale, sino Vendouris, y que Nightingale había muerto en su primer día en Francia. Cuando me miré al espejo, vi la cara de William Vendouris. Cuando me vestí, me puse las ropas de Vendouris. Pregunté al coronel si podía conseguir el domicilio de mi esposa y mi familia, porque la guerra me lo había borrado de la cabeza.

»El coronel me hizo enviar al Hospital Neurológico de Tours, y una semana después me trasladaban al Hospital de Base 117 en la Fauche, donde perdí mi tiempo haciendo carpintería y tallando madera... Podrían haberme enviado de vuelta a casa o a trabajar y decidieron enviarme a trabajar. A Ste. Nazaire.

»Fue en Ste. Nazaire donde finalmente me encontré con mi destino. Y fue mi destino que me enviaran allí, porque un día después de partir, el Field Hospital 84 fue alcanzado de pleno por una bomba alemana, y el doctor Leach y todos los hombres excepto Withers murieron instantáneamente. Sólo Withers, que estaba en el catre en la tienda aparte, y que me odiaba, sobrevivió. Y él también fue una parte de mi destino.

## 4

—Estuve acuartelado en una fábrica incautada por el ejército —prosiguió Collins, y Tom levantó la mirada al ver que estaba oscureciendo. El sol era una bola roja sobre los árboles del otro lado del lago. Su reloj decía que eran apenas las diez y media. “Es un truco —se dijo—. Relájate y disfrútalo.”

»Por supuesto no había muchos indicios de lo que el lugar había sido antes de la guerra. Creo que los alemanes lo habían pasado antes que nosotros. Las líneas estaban desmanteladas y había hileras de catres para los hombres que llenaban las tres cuartas partes del enorme piso. Los oficiales como yo tenían pequeños cubículos con puertas que podían cerrarse con llave. En el segundo piso de la fábrica había algunas oficinas para el personal..., el personal médico también podía usar un gran sótano iluminado a gas con divanes con los resortes rotos y sillas deterioradas. El hospital estaba frente a la fábrica, y durante casi todo el día y la noche se veían jóvenes médicos sin afeitar dormidos en los divanes, respirando nubes de humo de pipas de tercera mano. Supongo que la idea era que yo sufría una afección temporal y que recuperaría la razón estando lejos del frente en una atmósfera más o menos médica. Y si no la recuperaba..., bien, en cuanto estuviera lo suficientemente firme como para operar, no importaría lo que yo pensara sobre mi nombre. Había escasez de médicos y nadie sugirió jamás que me enviaran a casa.

»El asistente que me llevó a mi cubículo me llamaba teniente Nightingale, y yo le decía:

»—Es un error. Me llamo teniente William Vendouris. Por favor, trata de recordarlo, asistente.

»El me miró, un poco asustado, y desapareció.

»Dormí unos dos días seguidos, y me desperté hambriento. Me alisé el uniforme, anudé los cordones de mis botas y crucé la calle para ir a la cantina del hospital.

»Unos camareros negros servían la comida y el café, y yo me puse en la fila, pensando que ahora las cosas comenzarían a andar bien. Entonces oí una voz con fuerte acento del sur que venía de una de las mesas y decía:

»—Ah, allí está el Cobrador. El Cobrador de Monedas.

»Me di la vuelta. El doctor Withers me miraba, exhalando odio hasta por sus cabellos. El también había sido transferido al Ste. Nazaire. Se inclinó sobre la mesa y comenzó a murmurar algo al médico que comía con él. De pronto me pareció que toda la gente de la cantina me miraba. Dejé mi bandeja y salí. En la calle compré un pan, un poco de queso y una botella de vino y volví a mi cubículo. Más tarde salí a comprar más vino. Me sentía totalmente desinflado e inútil. Sabía que Withers difundiría historias terribles sobre mí. Quería volver a trabajar para probarme a mí

mismo, pero sólo debía comenzar a hacerlo cinco días después. Hasta entonces, yo no existía excepto como un nombre..., un nombre equivocado..., en la puerta de un cubículo.

»La bebida es un sacramento, como ustedes saben. Cualquier bebida es un sacramento, y el alcohol afloja las cuerdas que retienen al Dios que llevamos dentro. Leí unas páginas de *Le Dogme et Rituel* y vi más en ellas que lo que había visto antes. Luego arranqué una larga tira de papel donde escribí “Vendouris” y la fijé sobre la inscripción que decía “Teniente Nightingale” en mi puerta. Después busqué mis naipes y jugué con ellos durante un par de horas. Si yo no existía a los ojos del ejército, éste era un lugar perfecto para que floreciera la magia..., un limbo oficial. Y durante cinco días bebí vino y comí pan y queso y me empapé de la práctica de la magia. Era una nueva dedicación. ¿Acaso no era yo un hombre que se había alzado de entre los muertos? ¿Un hombre con poderes secretos en los dedos? Tal vez fue el período más intenso de mi vida, y cuando terminó supe que la medicina sólo había sido un camino de acceso, y que la magia era el camino principal. Creo que leí el libro de Levi tres veces seguidas, volviendo las páginas con los dedos de Vendouris, leyendo las letras con los ojos de Vendouris.

»En el sexto día me di una ducha, me cambié la ropa y me presenté en el hospital. El mayor que estaba a cargo de la administración me admitió y me examinó, sabiendo que yo estaba loco. No le gustaba ocuparse de casos psiquiátricos, y eso era yo, pero nadie le había dicho que yo no podía trabajar con los mejores hombres de su personal. Dijo:

»—Tengo entendido que ya no aceptará el nombre de Charles Nightingale, teniente.

»Sólo quería que yo saliera de su oficina y comenzara a trabajar, porque allí él no tendría que presenciar mi locura. Respondí:

»—Correcto, mayor. Pero para evitar problemas hasta que se corrija este asunto, no tengo objeciones si el personal desea llamarme doctor Cobrador. —Parpadeó—. Es un apodo —expliqué.

»Por supuesto, él ya se lo había oído a Withers.

»—Llámeseme como quiera, teniente. Su hoja de servicios es excelente. Lo único que no quiero son problemas.

»Yo veía su aura mientras hablaba con él. Estaba sucia, inflamada. Ese hombre era un cobarde, un enfermo. No como vosotros dos, muchachos. Vosotros tenéis auras maravillosas, sanas. ¿Veis la mía?

El sol rojo formaba una bruma brillante detrás de la cabeza del mago: Tom necesitaba entrecerrar los ojos para ver a Collins. A su alrededor había un resplandor rojo.

—Sí —dijo Del. Unas flechas negras atravesaban el rojo.

—Un mes más tarde conocí a un hombre notable, con un aura como un arco iris, que parecía arder.

Collins dejó esta imagen en el aire durante un momento, y luego continuó con la historia.

—Al principio hubo muchas sospechas sobre mí, pero mi conducta en la sala de operaciones les tranquilizó gradualmente. Era una versión un poco más tranquila del Hospital 84... La mayor parte del tiempo teníamos morfina, y no teníamos que coser las heridas con cordones de zapatos o hilo de cañas de pescar. Pero se trabajaba nueve o diez horas al día en medio del olor de la sangre y de los gritos de los pobres diablos que nos rodeaban. Yo sabía que era más fuerte de lo que jamás había sido en mi vida; sentía los comienzos de esa fuerza que siempre había sentido dentro de mí, fija y dura como la luz de una estrella. Mi única mañana libre iba a las librerías que habían sobrevivido a los bombardeos y encontré traducciones francesas de los escritos de Fludd y Campanella, los famosos magos del siglo dieciséis, y una traducción de Mather de *La clave de Salomón*. Aun en medio del trabajo sangriento de curar a los soldados para que pudieran volver a las trincheras a que los mataran, yo sentía la fuerza de mi otra profesión. Me gustaba que me llamaran doctor Cobrador, finalmente sólo Withers siguió desconfiando de mí..., aún imaginaba que le había robado su dinero en la mesa de juego, y se negaba a trabajar conmigo o a comer junto a mí.

»Por supuesto, yo había comenzado a recordar mi propio pasado, incluido el momento en que disparé contra Vendouris. Hasta ahí la terapia del coronel había tenido éxito. Pero yo era el Cobrador: le había cobrado a Vendouris, o él me había cobrado a mí, y yo conservaba su nombre en la puerta de mi cubículo. Parecía que una porción de su alma había entrado en la mía, y que yo era parte de eso que me daba fuerza.

»Y un día, después de recordar el momento en que puse la bala en la cabeza de mi colega moribundo, sentí que mi personalidad reprimida volvía a mí; estaba cosiendo una herida a un soldado llamado Tayler, de Fall Ridge, Arkansas, después de extraerle una bala del pulmón. Para trabajar en el pulmón hay que cortar las costillas y abrirlas hacia atrás como una puerta de la cavidad torácica. Retiré la bala, junto con una tercera parte del pulmón de Tayler, que estaba casi gangrenado por la infección. Pensaba que tenía buenas posibilidades de sobrevivir..., actualmente serían muy buenas. No se trataba de una operación excepcional, en realidad era la tercera de ese tipo que hacía aquella semana. Pero Tayler murió mientras lo estaba suturando. Sentí que su vida se detenía: como si hubiera oído un cese repentino de un pequeño ruido, oí la ausencia del sonido. Luego, aunque antes no había prestado atención a su aura, cosa que nunca hacía mientras operaba, vi la suya, negra y sucia. En ese mismo momento un gran pájaro blanco salió volando de su pecho: un gran pájaro blanco como el que había visto en el campo lleno de cadáveres. Ascendió sin hacer ruido: los otros miraron pero no lo vieron. La lechuza salió por la ventana cerrada, y supe que iría hacia el hombre que había disparado contra el pequeño Tayler.

»Al día siguiente, curé a un hombre usando únicamente los dedos.

—Era un negro, un negro norteamericano llamado Washford. Los negros servían en la División 92, y tenían sus propios oficiales; estaban rígidamente segregados. En una situación normal, los únicos que veíamos trabajaban como criados o asistentes de cocina u ordenanzas en el hospital. Tenían sus propios lugares de reunión, sus propias muchachas, su propia vida social, aparte del resto de nosotros. Bien, Washford había recibido un tiro en las costillas y la bala había recorrido su cuerpo y había llegado a sus intestinos.

»Cuando el asistente lo trajo en la camilla, Withers acababa de terminar con su último paciente, y el hombre llevó a Washford a su mesa. Withers se apartó sin mirar, se lavó las manos en la palangana y luego volvió a la mesa. Quedó inmóvil.

»—No trabajaré con este hombre —dijo—. No soy veterinario.

»Era de Georgia, no lo olvidéis, y era el año 1917... No es una disculpa, pero contribuye a explicar. Sus enfermeras se miraron y los otros médicos dejaron momentáneamente su trabajo. Washford corría peligro de desangrarse a través de las vendas, mientras decidíamos cómo resolver la negativa de Withers.

»—Te cambio este paciente por el tuyo —dijo finalmente, se apartó de su mesa y vino hacia la mía—. No me importa si lo matas, Cobrador. Pero quedarás decepcionado..., no tiene bolsillos.

»Le ignoré, fui hacia Washford y aparté los vendajes empapados. La enfermera le colocó un algodón con éter en la nariz y la boca. Corté y comencé a mirar. Extraje la bala y comencé a reparar el daño. Luego sentí un cambio en todo mi cuerpo: me sentí tan liviano como si yo hubiera aspirado el éter. Mi mente comenzó a zumbar. Sentía cosquillas en las manos. Temblé, sabiendo lo que podía ser, y la enfermera vio cómo me temblaban las manos y me miró como si pensara que yo estaba borracho. Todos sabían que yo bebía, pero en realidad todos bebíamos todo el tiempo. Pero no era el alcohol, era el shock del conocimiento que me golpeaba: yo podía *curarlo*. Dejé los instrumentos y pasé mis dedos por los vasos sanguíneos rotos. Una radiación..., una radiación invisible salía de mí. Los destrozos causados por la bala desde el pulmón hasta el hígado se cerraron..., toda esa carne y esos tejidos destrozados..., tomaron un color rosado y parecían virginales, podía decirse. La enfermera retrocedió, haciendo ruiditos bajo la máscara. Yo me sentía arder. Mi mente saltaba. Aparté los instrumentos, pasé dos dedos sobre la incisión y la cerré, soldé la piel dejando sólo una suave línea rosada. La enfermera de Withers se arrancó la máscara y salió corriendo de la sala de operaciones.

»—Llévatelo —dije al asombrado asistente que dormitaba al fondo de la habitación.

»Había visto salir corriendo a la enfermera, pero nada de la operación. Washford salió por un lado, yo por otro..., todavía flotaba. Salí al enorme corredor con mosaicos. La enfermera me vio y se apartó. Me eché a reír, y me di cuenta de que todavía tenía puesta la máscara. Me la quité y me senté en un banco.

»—No tenga miedo —dije a la enfermera.

»—Santa Madre de Jesús —dijo ella. Era irlandesa.

»Ese poder milagroso se estaba esfumando. Levanté las manos hasta mi cara. Parecían muy delgadas, con los ajustados guantes quirúrgicos.

»—Santa Madre de Jesús —repitió la enfermera. Su rostro pasaba del blanco al rosado intenso.

»—Olvide esto —dije—. Olvide lo que vio.

»Ella corrió al interior de la sala de operaciones. Yo todavía no podía comprender lo que acababa de sucederme. Era como si me hubieran elevado a un lugar muy alto y me hubieran mostrado todas las cosas de este mundo y me hubieran dicho: “Puedes tener lo que quieras.” Por un segundo sentí que mi presión sanguínea subía, y me daba vueltas la cabeza.

»Luego, gradualmente, todo volvió a la normalidad. Pude ponerme de pie. Entré nuevamente en la sala de operaciones, donde Withers terminaba con el muchacho que tenía en la mesa. Me miró con asco, terminó sus suturas y volvió a su propia mesa. Ese día hice cinco operaciones más, y no volví a sentir el poder que había curado a Washford.

El mago levantó la mirada.

—Es de noche. —Tom, sorprendido, vio lámparas encendidas en los bosques, luces en la playa, que proyectaban sombras del lado del lago—. Es hora de ir a la cama. Mañana os hablaré de mi encuentro con Speckie John y lo que sucedió después de la guerra.

—¿Hora de acostarse? —preguntó Del—. ¿Qué sucedió con...?

Los dos muchachos vieron simultáneamente los envoltorios aplastados de los bocadillos y los platos de papel llenos de migajas.

—Ah, sí, habéis comido —dijo Collins. Su rostro estaba sereno y cansado.

—Sólo hace... —Tom miró su reloj, que indicaba las once—. Sólo hace una hora...

—Habéis estado aquí todo el día. Os veré mañana a la misma hora. —Se puso de pie, y ellos, un poco mareados, le imitaron—. Pero sabed esto. William Vendouris, cuyo nombre usé por un tiempo, me creó una ansiedad. Sin Vendouris tal vez sólo habría llegado a ser un mago aficionado, separado de lo que más deseaba descubrir.



## 5

Tom y Del subieron solos los escalones inseguros. Sus mentes y sus cuerpos les decían que aún era de mañana, pero el mundo decía que era de noche: el espeso follaje de la orilla se fundía en una masa vibrante que respiraba. Llegaron a lo alto y se detuvieron, iluminados por la pálida luz eléctrica amarillenta, mirando hacia abajo. Coleman Collins estaba de pie en la playa, mirando hacia el lago.

—¿Sabías que era médico? —preguntó Tom.

—No. Pero eso explica por qué no mandó llamar a un médico cuando me fracturé la pierna aquella vez. Esta historia explica eso. —Del se puso las manos en los bolsillos y sonrió—. Si no me hubiera curado bien, habría actuado como lo hizo con este hombre de color.

—Así lo creo —respondió Tom con pocas ganas—. Sí, así lo creo. —Miraba a Collins; el mago había extendido un brazo, como si señalara a alguien al otro lado del lago. Un momento después su brazo bajó y Collins comenzó a andar por la playa en dirección al refugio de los botes—. ¿Es posible que hayamos estado aquí todo el día?

Del asintió.

—En realidad esperaba verla hoy. Pero se ha ido todo el día.

—Bien, así es —dijo Tom—. Se fue. Eran las diez de la mañana, ha pasado alrededor de una hora, y ahora son las once de la noche. Nos ha robado trece horas.

Del lo miró, inseguro como un cachorro.

—Lo que quiero decir es esto: ¿qué le impedirá robarnos una semana? ¿O un mes? ¿Qué es lo que hace, nos hace dormir?

—No lo creo —dijo Del—. Creo que todo se acelera alrededor de nosotros.

—Eso no tiene sentido.

—No tiene sentido tampoco decir que te encontraste con los hermanos Grimm —el tono de Del era ansioso, pero por un momento en su rostro se vio cierta amargura—. Yo tendría que haberme encontrado con ellos.

—Bien, yo nunca me encontré con Humphrey Bogart ni con Marilyn Monroe.

—El tío Cole dijo que tenía que guardarme de tu envidia —explotó Del—. Es decir..., dijo eso una vez que estábamos solos. Dijo que algún día te darías cuenta, y querías la Tierra de las Sombras para ti solo.

Tom luchó contra el impulso de decir exactamente lo que Collins había dicho sobre su sobrino.

—Es una locura. Quiere destruir nuestra amistad.

—No, no —Del era implacable—. Sólo dijo...

—Que yo me pondría celoso. Muy bien. —Tom pensaba que, al fin y al cabo, Collins tenía razón: aunque no era la Tierra de las Sombras lo que le ponía celoso, sino Rose Armstrong—. Te diré una cosa. ¿Realmente quieres encontrarte con los

hermanos Grimm?

—¿Ahora mismo? —Del desconfiaba.

—Ahora mismo.

—¿Estás seguro de que se puede?

—No estoy seguro de nada. Tal vez ni siquiera estén allí.

—¿Dónde?

—Ya verás.

Del se encogió de hombros.

—Claro. Claro que me gustaría.

—Vamos, entonces.

Del miró, preocupado, hacia la playa. Collins había desaparecido dentro del refugio para botes. Entonces siguió a Tom por la puerta de corredera al living.

—Creo que en realidad deberíamos acostarnos —dijo Del con cierto nerviosismo.

—Puedes acostarte si quieres. —Luego lamentó haber sido tan rudo—: ¿Estas cansado?

—Realmente, no.

—Yo tampoco. Creo que son las once menos diez de la mañana.

Lo dijo como desafío a toda la evidencia física. Toda la Tierra de las Sombras parecía dormir, aunque sus principales ocupantes aún no estaban en la cama. Había una lámpara encendida junto a un diván; y la alfombra mostraba las huellas de la aspiradora. En las mesas de los extremos, los ceniceros brillaban. Tom caminó por la habitación oscura y silenciosa, casi esperando ver a Elena escondiéndose silenciosamente entre los muebles.

—¿En el piso alto? —preguntó Del.

—No.

Tom entró en el vestíbulo. Una de las luces difusas daba una iluminación color naranja.

—¿En el Pequeño Teatro?

—No.

Tom se detuvo en el lugar en que el corto corredor daba al vestíbulo principal y a los teatros.

—Ah, no —dijo Del—. No podemos.

—Ya lo hice.

—¿Y te vio?

—Me esperaba cuando salí.

—¿Estaba furioso?

—Creo que sí. Pero no sucedió nada. Ya viste cómo estaba hoy. Tal vez lo haya olvidado. Estaba muy borracho. Quiere que les veamos, Del. Por eso están aquí.

—¿Simplemente están sentados? ¿O puedes hablar con ellos?

—Hablan hasta cansarse —dijo Tom—. Vamos. Quiero hacerles algunas

preguntas.

Entró en el corredor y abrió la pesada puerta.

6

—Otra vez ha venido nuestro joven visitante, Jakob —dijo el del rostro maduro y amable.

—Y detrás de él, ¿no hay otro pequeño Geist?

—Ese nunca fue curioso antes.

—Antes nunca había recibido la ayuda de su valiente hermano.

Los dos dejaron sus plumas y miraron inquisitivamente a Tom, pero Tom no avanzó. Sentía a Del que venía de puntillas detrás de él, tratando de ver por encima de su hombro. En lugar del taller atestado de cosas y acogedor donde los había visto antes, los dos hombres con levitas y pañuelos al cuello estaban en medio de una habitación igualmente atestada pero más adecuada a sus actividades. Las paredes eran de tierra, y se desmoronaban aquí y allí. Habían introducido clavos en ellas, y de los clavos colgaban chaquetas color caqui, sombreros puntiagudos y cascos metálicos. Sobre un amplio tablero colgaban complicados mapas de color verde y blanco. En una mesa de caballete había una gran caja, y también mapas arrollados, rollos de papel atados con cordones de zapatos, avíos militares, una chaqueta con forro de cordero y una lámpara de petróleo. La mesa estaba rodeada de simples sillas de madera. En este curioso entorno, los dos hombres estaban sentados ante sus adornados escritorios.

«Una habitación de soldados —fue todo lo que pudo pensar Tom—. ¿Una habitación para el personal?»

—Sí, pequeño —dijo Wilhelm—. Nos permiten trabajar aquí.

—Porque nuestro trabajo continúa —agregó Jakob, poniéndose de pie y haciendo una seña a los dos muchachos para que entraran en la habitación.

Tom avanzó y percibió el olor de la tierra; y el del humo de los cigarros. Del lo siguió. Desde lejos, tal vez desde kilómetros de distancia, llegaban estampidos de armas de fuego.

—Seguimos y seguimos. Lo hacemos por los cuentos.

—¿Dónde están ustedes ahora? —preguntó Tom.

—En la Tierra de las Sombras —contestaron ambos hermanos—. Siempre es la Tierra de las Sombras.

—¿En Francia? ¿En Alemania?

—Las cosas están empeorando —dijo Jakob—. Tal vez tengamos que trasladarnos nuevamente, y llevar con nosotros a nuestra familia y a nuestro trabajo. Pero de todas maneras las historias continuarán.

—Aunque Europa se esté muriendo, hermano.

—Los gorriones han perdido sus voces.

—Ellos lo eligieron.

Del miraba a los hermanos, fascinado.

—¿Ustedes están siempre aquí?

Wilhelm asintió con la cabeza.

—Siempre. Te conocemos, muchacho.

—Quiero preguntarles algo —dijo Tom, y los hermanos volvieron sus rostros hacia él, amables y atareados. Afuera seguía el bombardeo, lejano y resonante.

—Por eso nos has encontrado —señaló Jakob.

Tom vaciló.

—¿Conocen la expresión «crear una ansiedad» o «crear un sufrimiento» en algo?

—No es una expresión que nosotros usemos, pero la conocemos —dijo Jakob. Su expresión decía: «Sigue por este camino, muchacho.»

—Muy bien. ¿El tío de Tom «creó un sufrimiento» en este tren? ¿Hizo que se estrellara?

—Por supuesto —respondió Jakob—. Qué inteligente eres. Le ocasionó un sufrimiento..., lo hizo estrellarse. Para dar lugar a la historia en la que tú te encuentras.

Tom se dio cuenta de que estaba temblando; dos granadas explotaron muy cerca, y saltó polvo de las paredes de tierra.

—Una pregunta más —dijo Tom.

—Por supuesto, niño —contestó Jakob—. ¿Quieres saber algo del Cobrador?

—Sí —dijo Tom—. ¿El Cobrador es Esqueleto Ridpath?

Vio que el otro, Wilhelm, se esforzaba por no sonreír.

—Para *tu* historia —afirmó Jakob—. Para *tu* historia, lo es.

—Un momento —dijo Del—. No comprendo. ¿El Cobrador es Esqueleto Ridpath? No es más que un juguete..., una especie de broma..., hace años que está aquí.

—A cualquiera se le puede «cobrar» en cualquier momento —dijo Wilhelm.

—Pero no es más que una broma —insistió Del—. Y no creo que mi tío haya hecho estrellarse al tren. Jamás haría una cosa parecida.

Wilhelm preguntó:

—¿Conocéis nuestro cuento titulado *El muchacho que no podía temblar*? También es una especie de broma. Pero es una de las cosas más aterradoras que se hayan oído. Muchas cosas aterradoras ocultan chistes, y muchos chistes tienen hielo en el corazón.

De pronto, Tom tuvo miedo. Los hombres eran tan enormes, y la amabilidad había desaparecido de sus rostros.

—En cuanto a tu segundo comentario —dijo Jakob—. ¿Los dos conocéis la canción del ratón al conejo?

Menearon la cabeza.

—Escuchen.

Los hermanos se pusieron delante de los escritorios, con las rodillas ligeramente dobladas, y echando atrás la cabeza, cantaron:

*En el fondo del cubo de la basura  
encontré una lata y un terrón de azúcar.  
Comí el azúcar y di un puntapié a la lata,  
y me divertí mucho.  
En el fondo del cubo de la basura...*

De pronto las luces se apagaron: un segundo después se oyó una enorme explosión. Tom sintió caer escombros sobre su cabeza. Toda la habitación se sacudió, y momentáneamente perdió el equilibrio. Dos manos rudas lo empujaron golpeándole en el pecho, y le hicieron caer sobre Del.

Sintió olor a salchicha, a humo, a aliento alcohólico: alguien susurraba en su oído.

—¿El ratón hizo daño al terrón de azúcar, muchachos? ¿O el ratón hizo daño al conejo?

Las manos le empujaron hacia atrás. Del, trastabillando detrás de él, le dio un puntapié en la pantorrilla. Se oían golpes: las cosas caían de las paredes, los clavos se desprendían. Las manos, las de Jakob o las de Wilhelm, seguían empujándole hacia atrás. El rostro del hombre estaba a centímetros del rostro de Tom.

—En el fondo del cubo de la basura, encontré un muchachito... y nadie volvió a vernos a ninguno de los dos.

Un vacío más sentido que visto se abrió ante él: oyó una confusión de pasos que se alejaban.

—Voy a salir de aquí —dijo Del, con voz aterrada.

Entonces la puerta se abrió y pasó por ella. Tom buscó el picaporte, pero Del le tomó del codo: la puerta se cerró de un golpe.

—¿Estás loco? —dijo Del. Su rostro estaba verde como una manta del ejército.

—Quería *ver* —dijo Tom—. Ahora veo. Por una vez, quise ver algo más de lo que él pensaba permitirnos.

—No puedes luchar contra él —dijo Del—. No debes.

—Ay, Del.

—Bien, no quiero que nos vea aquí.

Tom pensó que tampoco él deseaba que Collins lo viera detrás de esa puerta. Del ya estaba perdido: el miedo brillaba en sus ojos.

—Bien. Vamos arriba.

—No necesito tu permiso.

## 7

En el corredor frente a sus habitaciones, miraron por las grandes ventanas y vieron a Coleman Collins que llegaba a lo alto de la escalera de hierro. Las luces proyectaban una larga sombra detrás de él en las piedras.

—Al menos estuvo allí abajo todo el tiempo —dijo Del.

—Sabía dónde estábamos nosotros. Usó los efectos sonoros, ¿verdad?

—Entonces fue un error entrar en esa habitación. Lamento haberlo hecho. —Del lo miró con ferocidad, y Tom se preparó mentalmente para un ataque—. Antes eras mi mejor amigo, pero creo que él tiene razón en lo que dice sobre ti. Estás celoso. Quieres crearme problemas con él.

—No... —Tom comenzó a negar de una manera general, pero su desconcierto era enorme. Tan pronto después de la amenaza de uno de los «hermanos Grimm», el ataque de Del lo dejaba sin palabras—. Ahora no —fue todo lo que pudo decir.

Del se apartó de él.

—Hablas como una niña. —Cuando llegó a la puerta, Del se volvió y lo miró nuevamente con furia—. Y tú actúas como si fueras el dueño de este lugar. Yo debo mostrarte las cosas, y no tú a mí.

—Del —rogó Tom, y el muchacho más pequeño hizo una mueca como si le hubiera pegado.

—¿Quieres saber algo, compañero? ¿Algo que nunca te dije? Creo que recuerdas aquella vez que mi tío apareció en Arizona..., en el partido de fútbol y en Ventnor. Bien, tú querías saber por qué nunca te hablé de eso.

—Porque estabas confundido —dijo Tom, feliz de estar nuevamente en un terreno más o menos sólido—. Porque no te pregunté lo bastante sobre él. Y él estaba aquí, no allí, y...

—Cállate. Por favor, cállate Te vi con él, tonto. Estabas junto a él..., caminabas con él, como si algo estuviera por suceder. Te vi, diablos. Ahora sé por qué. Siempre lo quisiste para ti. Y él trataba de mostrarme cómo eras realmente.

Del le amenazó con los puños, mientras las lágrimas rodaban de sus ojos, y desapareció por la puerta. Un segundo más tarde, Tom oyó el golpe de la puerta de corredera.

De pésimo humor, Tom entró en su propia habitación.

## 8

Sus sueños fueron instantáneos, vividos, y peores que cualquiera de los aparecidos en el tablero de la escuela Carson. Estaba operando a un hombre muerto en una sala quirúrgica improvisada, sabiendo que el hombre estaba muerto pero incapaz de admitirlo ante los otros que rodeaban la mesa de operaciones; él era un cirujano, pero no tenía idea de lo que había causado la muerte del hombre, ni cómo proseguir. Los instrumentos que tenía en la mano le eran extraños. «*Muy, muy adentro en sus tripas* —murmuró una enfermera de cabellos rubios y ojos pasivos—. *Le cobraron. ¿Verdad? ¿Verdad?*» Algo se movió bajo sus manos ensangrentadas, y la cabeza de un buitre saltó como un juguete, limpia y calva, de la cavidad abierta del pecho. Las grandes alas se movieron en la masa sanguinolenta.

—Quiero ver —gimió Tom a la enfermera, sabiendo que, por encima de todo, no quería ver...

Coleman Collins, con una chaqueta de smoking de terciopelo rojo, se inclinó hacia él.

—Ven conmigo, muchachito, ven, ven...

Y Esqueleto Ridpath, que no tenía edad, se apoyó en una silla y miró con su rostro vacío y ávido. Tenía una lechuza de vidrio en las manos y le sangraban los ojos...

Y un hombre con un rostro de mago cuadrado, serio, elegante, estaba en un corredor de luz, con una lechuza de verdad en las manos. Los ojos de la lechuza brillaban, dirigidos a él. «*Déjala entrar*», dijo el mago. «*Déjame entrar*», ordenó la lechuza... Tom se agitó, y finalmente oyó una voz en la puerta que decía:

—Déjame entrar. Déjame entrar.

Recordó, como en un relámpago, que el hombre que tenía la lechuza en las manos era Bud Copeland.

—Por favor —dijo la voz en la puerta.

—Muy bien, muy bien —dijo Tom—. ¿Quién es?

—Por favor.

Tom encendió la lámpara de noche, se puso los tejanos y comenzó a ponerse la camisa. Caminó descalzo hacia la puerta y la abrió.

Rose Armstrong estaba de pie en el pasillo oscuro.

—Quería verte —dijo—. Este lugar no es bueno para ti.

—Tú me lo dices —replicó Tom, recordando que tenía los cabellos despeinados y el pecho desnudo. Sentía la cara hinchada de sueño.

Rose pasó a su lado y entró en la habitación.

—Pobre Tom gruñón —dijo—. Quiero salir de aquí, y quiero que tú y Del me ayudéis.



Ahora Tom estaba totalmente despierto: sus pesadillas se esfumaban, y sólo percibía a esa bonita muchacha con su rostro semiadulto, inmóvil frente a él, con su blusa amarilla y su falda verde. «Los colores de Carson», observó.

—No quiero decir de inmediato, porque no podríamos —explicó ella—. Pero pronto. Tan pronto como podamos. ¿Me ayudarías?

—¿Te ayudaría Del? —preguntó él. Conocía la razón más fuerte para la negativa de Del—. No sé mucho sobre Coleman Collins, pero apuesto a que si Del se escapa de aquí, jamás podrá volver.

—Tal vez ni siquiera querrá volver. ¿Puedo sentarme?

—Ah, sí, perdona.

La vio ir hacia la silla y sentarse cuidadosamente, sin dejar de mirarlo: estaba aliviada, era evidente... ¿O tal vez su rostro volvía a ser así, algo que expresaba sin razón el miedo al rechazo? El hecho de que la muchacha estuviera en la habitación le ponía nervioso; ella parecía mucho más segura de sí misma que él. Había expresado la idea que él debería haber tenido, si no hubiera estado tan anclado en la Tierra de las Sombras..., la simple idea de escapar.

—Creí que habías dicho que le debías todo a Collins —y Tom se sentó en el suelo, porque no había otro lugar donde sentarse excepto la cama.

—Es cierto, pero él está cambiando demasiado. Este año todo es diferente. Creo que porque tú estás aquí.

—¿En qué sentido es diferente?

Ella se miró las manos, chiquitas.

—Antes era divertido. El no estaba borracho tan a menudo. No estaba tan enojado y tan... agotado. Ahora es como si hubiera perdido el control. Me asusta. Este verano, todo es tan extraño. Es como una máquina que da vueltas cada vez más rápido, lanzando chispas, humo, pronta a explotar. Al menos eso es lo que siento.

—¿Qué puedo tener que ver yo con eso?

La miró como si ella fuera un oráculo: sus rodillas brillantes, sus cabellos sedosos peinados hacia atrás, su frente alta. Hasta la forma en que la muchacha hablaba le producía pequeñas conmociones, el acento cortado, ligeramente nasal de Vermont. De pronto su propia voz le pareció extraña en su boca, demasiado lenta y se diría polvorienta.

—Creo que está celoso de ti. Ve algo en ti..., algo que según él tú eres demasiado joven para ver. Podrías ser mejor que él. Quiere poseerte. Quiere que te quedes aquí para siempre. Desde la primera vez que Del te mencionó, comenzó a hablar de ti. Le oí hablar de ti muchas veces en el invierno y la primavera pasados. Hablaba todo el tiempo de ti y de Del.

Le echó una mirada inexpresiva que penetró profundamente en él, y Tom se vio levantando un tronco con la sola ayuda de su mente, y haciéndolo girar locamente en el aire.

—En realidad, creo que debes salir de aquí. No lo digo solamente porque quiero que me ayudes.

—¿Por qué necesitas ayuda?

—Ah, porque... —comprendió lo que sentía Tom. Se echó los cabellos detrás de las orejas—. ¿Crees que podrías levantarte del suelo y sentarte aquí? —miró hacia la cama; luego volvió a mirarlo a él.

El se movió como si cumpliera una orden.

Cuando se sentó en el borde de la cama, el rostro desconcertante de la muchacha estaba sólo a treinta centímetros del suyo. Los ojos de ella, permanentemente abiertos y con reflejos celestes, dorados y verdes, lo atraían.

—Necesito ayuda porque estoy asustada. Esos hombres..., tú los mencionaste aquella primera vez, en la habitación de Del.

—¿Te molestan?

—Podrían hacerlo. Podrían. No les importaría. Ya sabes cómo son. Son animales. El señor Collins solía vigilarlos, pero este verano parecen estar libres. Tienen trabajo..., trabajan para él, tú sabes..., pero tengo miedo de que cuando tengan un par de días libres... —echó atrás nerviosamente sus cabellos, otra vez—. Saben dónde estoy. Beben mucho, además, y antes el señor Collins no se lo permitía. Nunca me gustaron. Pero antes yo era pequeña. Era una niña pequeña.

Lo que implicaba era claro.

—¿Por qué no te vas?

—Creo que alguien siempre sabe dónde estoy. A veces puedo escurrirme y cruzar el lago nadando. No les importa que nade. Hoy tenía que comprar algunas cosas en la ciudad y me permitieron ir. Saben que a veces hablo con Del. Eso tampoco les importa. Se ríen de ello. —Su rostro quedó inmóvil, duro y reconcentrado por un momento—. Les odio. Realmente les odio. Si el señor Collins estuviera como siempre, todo estaría bien, pero... —la frase se interrumpió—. Y quería decirte lo que pensaba. ¿Quieres marcharte de aquí?

—Tendría que confiar en ti —dijo Tom.

—¿Por qué? Ah, ¿quieres decir que tal vez es un truco?

Tom asintió.

—Todo es un truco aquí.

—Bien, ¿confías en mí? ¿Qué puedo decir para hacerte sentir que...? —ella se ruborizó—. Tom, estoy completamente sola. Tú me gustas. Quiero conocerte mejor. Me alegro de que hayas venido este verano. Simplemente pienso que podemos ayudarnos.

—Creo que puedo confiar en ti —dijo Tom.

En realidad, le resultaba imposible no confiar en ella.

Ella sonrió.

—Sería terrible si no confiaras. Quiero ayudarte, Tom. Quiero ayudaros a los dos.

A los dos. La palabra fue directamente al corazón de Tom, junto con las miradas rápidas e intencionadas de la muchacha.

—Del te aprecia mucho —señaló Tom.

—Yo también lo aprecio mucho a él —la frase colocó a Del a distancia de ella.

—Es decir, te quiere.

—En realidad, Del es un niño pequeño —dijo Rose, mirándolo a los ojos, y Tom sintió el cambio en el universo moral que lo rodeaba, expandiéndose con demasiada rapidez como para poder seguirlo—. Físicamente es un niño pequeño. Mentalmente tiene mucha sofisticación debido a la manera en que lo han criado, pero en realidad tú eres mucho mayor que Del. Eso es lo primero que percibí cuando te conocí. Además, estabas alterado.

—¿Alterado? ¡Estaba nervioso como un cachorro!

Rose rió; luego, volvió el rostro hacia él, le tomó las manos y se inclinó hacia adelante. Se había ruborizado.

—Tom, mi vida ha sido tan extraña..., te pido que me rescates, creo..., parece tonto, como si yo fuera una princesa de un cuento. Casi ni te conozco, pero siento que ya estamos cerca. Tendrás que convencer a Del de que abandone a su tío, y eso lo hará sufrir mucho...

Se acercó un poco más, y frente a Tom su rostro llenaba la habitación, grande, enigmático y hermoso como el rostro de una modelo en un anuncio. Cuando sus labios se encontraron, todo el ser de Tom parecía concentrarse en los pocos centímetros de piel que tocaba la boca de ella. Por instinto, pero con torpeza, la rodeó con sus brazos.

Ella se apartó.

—No me creerás, pero desde la primera vez que te vi, quise besarte.

—Yo pensaba que tú y Del...

—Del es un niño pequeño —repitió ella, y volvieron a besarse—. Podemos encontrarnos afuera, de vez en cuando. Te diré cómo. Yo lo organizaré. Y ya sé cuándo podemos escapar. El señor Collins está preparando un gran espectáculo..., algo importante..., para dentro de poco tiempo. Si tú y Del ayudáis, todos podremos escapar entonces.

—Pero ¿adonde podremos ir?

—Al pueblo. Desde allí podemos ir a cualquier parte. Pero estaríamos seguros en Hilly Vale.

—Tengo que enviar una carta.

—Dásela a Elena. Es la única que va regularmente al pueblo. Creo que ella la despachará. —Rose se puso de pie y se alisó la falda. Parecía tensa y un poco retraída—. Pero ten cuidado. Y no prestes atención a nada que me veas hacer..., sólo lo hago

porque debo hacerlo. Porque él me obliga. Espera a que yo te avise. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—¿Y confías en mí?

—Sí. Confío en ti.

—De ahora en adelante tendremos que confiar el uno en el otro.

Tom asintió y ella le sonrió y salió de la habitación.

Un minuto más tarde él estaba en el balcón, aspirando el aire cálido y fragante. La vio desaparecer en el bosque junto al lago, y permaneció en el balcón hasta que la vio entrar en uno de los círculos de luz. Ella se volvió y le saludó con la mano; él devolvió el saludo a aquella silueta delgada y decidida.

## 10

Después de eso no pudo volver a dormirse. Recordaba el rostro de la muchacha frente al suyo, tornándose más nítido y más hermoso a medida que se acercaba. Era maravilloso que ella le hubiera permitido besarla; no se parecía nada a besar a Jenny Oliver o a Diane Darling. Rose Armstrong era algo ajeno a su experiencia de mil maneras imaginables. Lo desconocido la rodeaba, daba relieve a todas sus palabras y gestos..., su rostro ansioso, hermoso e inseguro se elevaba ante el suyo, lo llamaba, mas bien exigía que pedía confianza, de algún modo la esencia de la Tierra de las Sombras. En realidad aquello era tan inesperado como todo en la Tierra de las Sombras; y además, por su carácter repentino, era igualmente parecido a un sueño. Y Rose Armstrong besaba mucho mejor que las otras muchachas. Eso, la aguda respuesta física de su boca, no se parecía a los sueños.

Tom estaba tendido en su estrecha cama, pensando. ¿Qué le prometía ella? *Del no es más que un niño pequeño.* No podía soportar la idea de Rose Armstrong en compañía de los brutos del señor Peet, pero, perversamente, su mente no abandonaba esas imágenes: en cuanto cerraba los ojos, veía a Seed o a Thorn abalanzándose sobre ella, con sus panzas y sus barbas. Luego la veía como la había visto con Del, nadando en el agua oscura.

Media hora después apartó las sábanas y se levantó. Se sentía impaciente, oprimido por la habitación. Como no tenía otra cosa que hacer, decidió escribir a su madre. En el escritorio había papel y sobre. Todavía en ropa interior, se sentó y escribió.

*Querida mamá:*

*Te echo de menos. Echo de menos a papá también, como si estuviera vivo y como si pronto, al volver a casa, yo fuera a volver a verlo. Creo que sentiré eso durante mucho tiempo. Del y yo llegamos bien, pero el tren anterior al nuestro tuvo un accidente serio. Este es el lugar más extraño que puedas imaginar. El tío de Del es tan buen mago que realmente puede embrollar la mente. Siempre dice que yo también seré un buen mago, pero yo no quiero ser como él.*

*Quiero volver a casa. No es sólo por nostalgia. De veras. Si logramos salir de este lugar, ¿podrías volver a casa tú también? Creo que no recibiré carta tuya durante unas dos semanas, pero, por favor, ¿podrías...?*

Esto no estaba bien. Arrugó el papel y lo arrojó al suelo.

*Querida mamá:*

*Te lo explicaré más tarde, pero Del y yo tenemos que salir de esta casa.*

*¿Podrías interrumpir tu viaje y volver antes de lo que pensabas? Envíame un telegrama. Es urgente. No estoy bromeando, ni se trata solamente de que extrañe la casa.*

*Cariños,*

*Tom.*

Dobló la carta y la metió en un sobre, escribió la dirección de Londres donde se encontraba Rachel Flanagan, escribió «VÍA AÉREA» en el sobre, y lo dejó sobre el escritorio. Lo miró, sabiendo que de esa manera trataría de que Del saliera también de la Tierra de las Sombras. Ahora era realmente el traidor que el mago pensaba que era.

Pero podía ser mago sin Coleman Collins, y Del también. No era necesario que se encerrara en una fortaleza y se convirtiera en aprendiz de un loco alcohólico... Estas ideas resonaban en un rincón de sí mismo cuya existencia él no quería reconocer, pero que de todas maneras existía; parte de él estaba fascinado por la Tierra de las Sombras, e intrigado por los Poderes que Coleman Collins podía encontrar en él. *Tienes la edad exacta..., dos meses y medio no es suficiente.* Esto seguía siendo tentador. Después de ver trabajar a Collins, la única carrera que le interesaba era la de mago.

Tom se vistió, sabiendo que no podría dormir. Puso el sobre en su billetera, y la billetera en el bolsillo del pantalón. Durante un rato se paseó por la austera habitación, sabiendo que tenía algo que hacer, algo que le había sugerido un comentario de Rose Armstrong, pero no recordaba qué era.

Quería mirar algo..., eso era todo lo que recordaba. Se dejó caer en la silla..., la silla donde *ella* había estado sentada..., y tomó el libro. Se obligó a leer el recorrido de Nero Wolfe por la habitación color orquídea, la cocina y el despacho, pero sólo llegó a leer diez páginas. Este mundo ordenado, adulto, no era el suyo. Su estómago hacía ruido. Decidió ir abajo a ver qué había en la nevera. Collins se lo había prohibido.

Salió al corredor y cerró la puerta tras él. La habitación del mago estaba a oscuras..., ¿cómo sería, del otro lado de las puertas de vaivén? ¿Tan oscura como la habitación de Tom? ¿O se parecería a la habitación de Del en su casa, llena de fotografías y aparatos de magia? No tenía ganas de descubrirlo.

Abajo, llegó en la oscuridad al largo pasillo.

Había luces difusas en el cielo raso. Esta vez recordó que debía detenerse ante los carteles.

Estaba mirando uno del Gaiety Theater, de Dublín.

UNA NOCHE DE ESPECTÁCULO Y ENCANTAMIENTO, decía en letras muy adornadas. En medio de la lista de nombres, Tom encontró a HERBIE BUTTER, el *asombroso mago mecánico y acróbata*. Debajo, pero en letras del mismo tamaño, se leía lo siguiente: *Asistido por* SPECKLE JOHN, MAESTRO DEL MISTERIO NEGRO. Debajo de esto, en letras un poco más grandes: MARAVILLENSE CON SUS BRUJERÍAS, ADMIREN SUS

HABILIDADES OCULTAS. Más abajo, en la lista de nombres, en su mayoría irlandeses, Tom encontró *El asombroso señor Peet y los Muchachos Vagabundos..., música y, locura*. Tom buscó una fecha en el adornado cartel y la vio cerca de la parte superior: 21 de junio de 1921.

El siguiente cartel estaba en francés, y mostraba el dibujo de un mago con sombrero negro que salía de una nube de humo. ¿Sería de allí que Del había tomado la idea para el comienzo de la actuación de los dos? MONSIEUR HERBIE BUTTER L'ORIGINAL. AVEC SPECKLE JOHN. La fecha de éste era 15 de mayo de 1921.

Había otros carteles de Londres, Roma, nuevamente París, Berna, Florencia. En algunos de ellos el nombre de Speckle John precedía al de Herbie Butter. El señor Peet y los Muchachos Vagabundos aparecían en la mayoría de ellos. Las fechas de las actuaciones iban desde 1919 hasta 1924. El último rótulo, del Wood Green Empire de Londres, anunciaba la *última aparición en el escenario del querido Herbie Butter. Actuación de despedida. Emoción, sorpresas y sustos garantizados*. Aquí la ilustración era la de un muchacho de rostro plácido que flotaba frente a un público asombrado, con los brazos extendidos hacia delante, las piernas juntas como un hombre que se está zambullendo. Bajo la ilustración había una frase que indicaba que el señor Peet y los Muchachos Vagabundos asistirían. *Con una presentación del Cobrador. Hechos de poder mental. Desafío a la gravedad. Fuego. Hielo. ¡El asombroso Cobrador! ¡Invisibilidad! Brujerías sin parangón..., hazañas nunca intentadas antes en un escenario inglés. Una extravagancia mágica*.

La fecha del cartel era 27 de agosto de 1924.

Luego algo se movió, y una forma pasó del living al corredor. Tom contuvo el aliento y giró sobre sí mismo para enfrentarse a ella.

La vieja Elena le miraba furiosa. En un segundo desapareció nuevamente en el living.

—¡Elena! —llamó Tom—. ¡Por favor!

Corrió por el pasillo y entró en la habitación. La mujer estaba junto a un diván, retorciéndose las manos. Parecía muy incómoda. Tom dejó de correr y levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—Por favor —dijo. Los ojos negros de la mujer lo taladraron—. ¿Carta? ¿Correo?

Ella dejó caer las manos, pero su rostro no cambió. Tom sacó su billetera y le mostró la carta.

—¿Correo? ¿Puede despacharla?

La mujer seguía mirándole. Miró la carta que tenía en las manos.

—¿Correo?

—Sí. *Da*. Sí. Por favor.

Elena señaló la carta con un dedo.

—¿Mamá? ¿Tu mamá?

Tom asintió.

—Por favor, Elena, Ayúdame.

—Bien. Correo.

Arrancó el sobre de sus manos y lo metió en un bolsillo de su delantal. Luego pasó junto a él sin decir palabra.

De manera que estaba arreglado. Sólo pasarían a lo sumo dos semanas antes de que él, Del y Rose se marcharan de la Tierra de las Sombras.



## 11

Tom encendió las luces de la cocina. La cocina y la nevera eran muy grandes y de acero inoxidable..., como en los restaurantes. Y cuando abrió la enorme puerta de la nevera, vio pilas de bistecs, jamones, lechugas, bolsas de tomates y pepinos, tarros grandes de mayonesa, carne asada..., nunca había visto tanta comida en un solo lugar. ¿Todo esto para un hombre y su empleada? ¿Y una cocina como la de los restaurantes? Por supuesto..., era para el señor Peet y los Muchachos Vagabundos, además de Collins y Elena. Tom buscó un cuchillo en los cajones, encontró uno con mango de hueso y cortó un trozo de jamón.

Mientras masticaba recordó lo que quería hacer, y la idea casi le hizo atragantarse. Por lo que habían dicho los «hermanos Grimm», había decidido mirar una vez más al Cobrador en el espejo del baño.

Del había dicho que la cara se acercaba hasta quedar junto a la de uno, y luego se retiraba.

Era una broma cruel, una broma al estilo de la Tierra de las Sombras. Lo único que quería hacer era ver hasta qué punto ese rostro horrible se parecía realmente al de Esqueleto Ridpath. Eso era todo lo que quería, pero seguía asustado.

Tom salió de la cocina y caminó nuevamente por el corredor hasta la puerta del baño. Se detuvo allí un momento, pensando que la idea de inspeccionar la broma macabra de Coleman Collins era tonta.

En realidad no, pensó. Porque sería mejor descubrir que el Cobrador no se parecía más a Esqueleto Ridpath que Snail o Root... Así se liberaría de la sensación de que él o Del todavía estaban ligados de alguna manera con Esqueleto Ridpath: que la graduación no había apartado a Esqueleto de sus vidas.

«Pero claro que sí —pensó, poniendo la mano en el picaporte—. Se ha ido para siempre.» Entonces Tom recordó el día, años atrás, cuando Esqueleto, que entonces estaba en el octavo curso, le había derribado en el campo de juego de la Escuela Elemental; y le había derribado otra vez, y luego le había partido el labio con los puños. «Irlandesito sucio, negro irlandés de mierda», le había escupido eso distraídamente, mientras sus ojos demostraban que su cerebro estaba en otra cosa. Esqueleto le golpeó en la cara y babeó de alegría, volvió a golpearle en la cara, haciéndole sangrar la nariz. Tom se defendía, pero Esqueleto tenía tres años más que él; nunca llegó a acercarse lo suficiente como para darle un puñetazo, y Esqueleto seguía golpeándole en la cara. Esto podría haber continuado hasta el final de la pausa si uno de los profesores no hubiera separado a Esqueleto de él y lo hubiera enviado a su casa.

La humillación fue peor que el dolor. El dolor pasó, pero Esqueleto Ridpath volvió a la escuela y al patio de juegos con su categoría de alumno de octavo curso, a

quien le bastaba mirar a Tom para tiranizarlo. Mucho antes de la llegada de Del a Carson, Tom se sentía perseguido por el hijo del instructor. Las prácticas de fútbol, en las que podía dominarlo, le habían ayudado a enfrentarse a Esqueleto durante todo el período del problema con Del.

Muy bien. Tragó saliva, diciéndose que sólo era un truco y que Del lo había visto un centenar de veces, y abrió la puerta. Encendió las luces. Su propio rostro le miró, preocupado, desde el espejo. El botón, el que hacía venir al Cobrador, estaba junto al interruptor de la luz. «Simplemente se acerca y luego se esfuma en el espejo.» Respiró profundamente y oprimió el botón.

La luz amarilla se tornó instantáneamente púrpura.

El otro rostro apareció en el espejo como algo oculto en su propio rostro. Por un segundo, sus propios rasgos lo oscurecieron. Supo, por la sensación en el estómago, que había cometido un error.

Luego el rostro ávido, voraz, cobró vida. De color púrpura, con la boca distorsionada y la piel muerta bajo los ojos. Tom gimió, y se apoyó en la pared. Era el rostro de Esqueleto Ridpath, sin duda: Esqueleto reducido a su esencia, despojado de todo lo humano y lastimoso que pudiera tener. Esqueleto le hizo una mueca y avanzó.

Las rodillas de Tom parecían de goma. La figura levantaba las manos. «*Imagen en el espejo*», pensó Tom, con extraña racionalidad. Ahora todo el tronco se asomaba por el espejo, se inclinaba hacia él.

Tom retrocedió, y a causa del pánico se olvidó del interruptor. El rostro de Esqueleto estaba iluminado. Se sostenía en el borde del espejo, apoyándose en los brazos para colocar la rodilla sobre el marco de plata.

—Vete —susurró Tom.

La rodilla de Esqueleto apareció en el borde del espejo. Abrió la boca en un mudo grito de alegría y pasó la pierna por el espejo.

—No —dijo Tom, con voz apenas audible.

El rostro horrible se estremeció con el sonido de su voz; la boca distorsionada comenzó a babear. El Cobrador era ciego. Sonrió, mostrando una negrura purpúrea en lugar de dientes. Apoyado en el lavabo, cayó sin ruido a sus pies en el suelo.

Tom chocó con la puerta, se movió hacia un lado, y luego se dio cuenta de lo que significaba la puerta. La abrió ligeramente, el rostro del Cobrador estaba vuelto hacia él y saltó por la abertura. Cerró la puerta de un golpe y oyó los pies de Esqueleto en la puerta.

Cobrando ánimo, Tom empujó con todas sus fuerzas: en un instante, el mundo se había vuelto del revés y su mente se había convertido en gelatina. Sintió un suave empujón desde dentro, luego un empujón más intenso que casi lo movió. Apoyó la mejilla y el hombro contra la puerta. Se oyó a sí mismo haciendo ruiditos como silbidos con la garganta. Sólo podía pensar en mantener la puerta cerrada. El siguiente empujón le hizo tambalear, pero sus pies permanecieron en su lugar.

Esqueleto hizo otro intento de escapar del baño, golpeó la puerta y la abrió unos centímetros antes de que Tom pudiera volver a cerrarla.

Se vio allí toda la noche, manteniendo a Esqueleto encerrado en el baño.

El quinto empujón le hizo caer..., cayó en el corredor y la puerta se abrió bruscamente. El Cobrador estaba en el umbral, con los brazos colgantes, el rostro volviéndose ávidamente hacia uno y otro lado. Llevaba el antiguo traje negro del mural, que también tenía un débil brillo purpúreo. Se echó hacia adelante. Tom retrocedió y se puso de pie, haciendo suficiente ruido como para que la figura se enfrentara directamente con él. El rostro del Cobrador se abrió en una mueca de brillo vacío.

—Excelente partido —susurró con una voz que era una sombra de la de Esqueleto.

Se tambaleó hacia adelante.

—Te dije que no te acercaras al piano. Quítate esa camisa. Quiero ver piel.

Tom sonrió.

—¡Flanagini!, ¡Flanagini! ¡FLANAGINI!

Jadeando, Tom entró en el living. ¿Si se escondiera detrás de un sofá, de una cortina? Apenas podía pensar. A su mente acudieron imágenes de escondites demasiado pequeños para él. De Rose Armstrong a esto..., como si hubiera una línea divisoria entre ambas cosas.

Pero, claro, pensó Tom en medio del pánico: Rose quería salir de la Tierra de las Sombras, Esqueleto quería salir del espejo. Era simple.

—Vi tu lechuza, Vendouris —suspiró una voz detrás de él—. Eres mío.

Tom giró sobre sí mismo y vio a Esqueleto de color púrpura que avanzaba hacia él. Dejó escapar un chillido y se hizo a un lado. Esqueleto estiró un brazo y hundió los dedos en su hombro. Los dedos flacos ardían como hielo sobre la camisa de Tom.

—¡Sucio negro irlandés!

Tom golpeó con el puño la cabeza de Esqueleto, que estaba ladeada, y perdió el equilibrio. Esqueleto se acercó; Tom giró y golpeó contra un pecho duro como una roca, y cuando volvió a moverse, los dos cayeron sobre el diván floreado.

—Gran partido —susurró el Cobrador—. Quiero ver piel.

Las manos heladas encontraron el cuello de Tom.

Tom miraba el rostro inhumano..., las bolsas bajo los ojos vacíos eran negras. Tenían mal olor, olor a polvo y a cerrado. Tendido sobre él, Esqueleto parecía un saco de leña, pero sus manos lo apretaban como una prensa.

—Negro irlandés...

Una repentina luz le hirió los ojos; las manos heladas se apartaron de él. Se puso de pie, tambaleando, y sólo vio las puertas de corredera y los bosques iluminados en el lugar donde tendría que haber estado Esqueleto. De pronto el espacio que tenía ante él le pareció cargado como un vacío; luego todo volvió a sus límites habituales.

Coleman Collins, con una bata de color azul oscuro y un pijama de color azul más claro, entró renqueando en la habitación.

—Yo oprimí el botón, pequeño idiota —dijo el mago—. No emprendas cosas que luego no sabes cómo terminar porque estás demasiado nervioso. —Se volvió para marcharse, luego se volvió a mirar a Tom—. Pero acabas de probar tu importancia como mago, si es que eso te interesa. Hiciste que esto sucediera. Y una cosa más. Yo te salvé la vida..., te salvé de las consecuencias de tu propia habilidad. Recuérdalo.

Miró a Tom de arriba abajo y se marchó.

## 12

Tom retrocedió hacia el corredor. Collins se había esfumado en uno de los teatros o tal vez en la escalera que llevaba a su dormitorio. La casa estaba nuevamente en silencio. Tom miró en dirección al baño del corredor, y tembló involuntariamente; luego fue hacia la escalera.

Desde arriba vio el color anaranjado..., la única luz que quedaba durante la noche todavía estaba encendida. Subió lentamente la escalera; al llegar arriba, sacó el pañuelo de su bolsillo y se enjugó la cara. Luego, tan cansado que pensó que podía caerse por la escalera, se obligó a llegar hasta el rellano.

Con una bata de color azul oscuro como la de su tío, Del estaba en el corredor en penumbra ante la puerta de su dormitorio. Miraba rígidamente por la ventana.

—¡Shhh! —ordenó Del—. Es Rose.

Tom se acercó a él, y Del se alejó unos centímetros. Cuando Tom miró hacia abajo, su corazón se conmovió.

Rose Armstrong estaba en la zona iluminada más cercana, cerca de la casa; casi había llegado a la playa. Su cuerpo se hallaba cubierto de harapos sucios; sus cabellos brillaban a la luz. Clavada en un árbol, crucificada, colgaba la cabeza gris de un caballo. En el borde de la zona iluminada había dos figuras enmascaradas: un hombre corpulento con un rostro juvenil, pálido y aristocrático, y una mujer pequeña, con la máscara burlona de una bruja. Los dos llevaban puestas vestiduras doradas. ¿El señor Peet y Elena? Al principio Tom pensó que la cabeza de caballo estaba embalsamada o era de paño, pero un segundo después vio la sangre que corría por la corteza del árbol

—Ah, Dios mío —exclamó.

Recordó la difusa imagen de un caballo gris en la oscuridad cuando Collins había entrado en sus dominios la primera noche; el caballo gris que avanzaba por la nieve, llevándolo hacia la escuela incendiada. Había insectos en los bordes de la herida, que se elevaban en pequeñas nubes. Rose levantó sus manos unidas en un gesto de ruego. De pronto la luz del lugar donde estaba Rose se apagó, y los dos muchachos vieron sus propias imágenes en el vidrio de la ventana.

—Falada —dijo Del—. La Muchacha de los Gansos, ¿recuerdas?

*Ah, pobre princesa desesperada,  
si tu querida madre supiera,  
su corazón se partiría en dos.*

—Magia, Tom. Para esto vivo. Estoy de este lado..., estoy del lado de lo que vimos allá. No me importan las cosas que encuentras cuando merodeas por las

noches, porque yo no estoy más de tu lado. Recuérdalo.

—Todos estamos del mismo lado —respondió Tom tranquilamente.

Del le miró con rechazo e impaciencia y volvió a su habitación.

## TERCERA PARTE

# “CUANDO TODOS VIVÍAMOS EN EL BOSQUE...”

*«El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios», y a menudo se ha observado,  
irónicamente, que «Dios está hecho a imagen y semejanza del hombre».  
Ambas afirmaciones se aceptan como verdaderas en la magia.*

*The Black Arts, RICHARD CAVENDISH*

# 1

## LA BIENVENIDA

*Al día siguiente, si es que hubo un día siguiente, Del me trató como si yo fuera el Enemigo, Satanás mismo que venía a destruir toda su vida terrena. Comenzó por comer solo en su habitación..., supongo que recibió la misma nota que recibí yo en mi bandeja, pidiéndome que estuviera en cierto lugar del bosque a las nueve de la mañana. Y, por supuesto, cuando yo llegué él ya estaba allí. No me saludó, y apenas me miró, como para hacerme saber que nuestra amistad había terminado. Me sentí como alcanzado por un rayo, invadido por la culpa. De alguna manera, Rose había logrado deslizar una segunda hoja de papel bajo mi plato, pidiéndome que estuviera en la playa a las diez de la noche...*

# 1

El lugar designado quedaba a menos de un kilómetro de la casa, cerca del hoyo donde Tom había visto al señor Peet y a los Muchachos Vagabundos trabajando la primera noche. Sus indicaciones le decían que caminara hacia la izquierda en la playa y fuera directamente hasta la sexta luz. El viaje era mucho más fácil de día que de noche. Cuando llegó a la luz se sentó en la hierba y esperó lo que sucedería. Llevaba la nota de Rose Armstrong contra la piel, dentro de la camisa..., se sentía agradecido cada vez que notaba el roce del papel. No podría haber destruido la nota de Rose: a cada rato tenía deseos de sacarla y leerla. «Querido: en la playa cerca del refugio de los botes, esta noche a las diez. Con amor, R.» ¡Querido! ¡Amor! Deseaba suprimir el tiempo entre la mañana y la noche, y ver a Rose saliendo del agua para encontrarse con él. Quería preguntarle sobre la escena de la noche anterior. Tenía muchas preguntas que hacer con respecto a eso: pero, más que hacer preguntas, quería abrazarla.

Del llegó al pequeño claro cinco minutos más tarde, con una camisa azul almidonada y téjanos con la raya muy planchada. Trabajo de Elena. Tenía algunas briznas de hierba adheridas a la camisa. Después de mirar a Tom y apartar la mirada, se sentó para quitárselas.

—¿Cómo estás? —preguntó Tom.



Del bajó la cabeza y dobló uno de los puños de su camisa para quitar una brizna. Parecía descansado pero tenso: como si hasta las costuras de su ropa interior estuvieran bien planchadas. Su espeso cabello negro mostraba las marcas del peine.

—Tenemos que hablar —dijo Tom.

Del sacudió la última brizna, enderezó los puños de su camisa, y miró hacia la casa.

—¿Ni siquiera piensas mirarme?

Sin volver la cabeza. Del dijo:

—Creo que hay una rata muerta cerca de aquí.

—Bien, debo hablar contigo.

—Creo que la rata muerta debería volver a su casa si no le gusta estar aquí.

Esto hizo callar a Tom..., se parecía demasiado a lo que él pensaba decir. Permanecieron en silencio, en medio del calor, sin mirarse. Coleman Collins les sobresaltó a los dos al acercarse sin ruido, renqueando, por el claro del bosque. Llevaba un traje negro, camisa roja, botas negras, brillantes, y parecía que acabara de salir del escenario, después de una actuación particularmente brillante.

—Acercaos, chicos. Hoy aprenderemos muchas cosas. Hoy tenemos un *son et lumière*. Es la segunda parte de la historia llamada «La muerte del amor», y exigiré toda vuestra atención.

Les sonrió, pero Tom no podía devolverle la sonrisa. El mago ladeó la cabeza, hizo un guiño, y apareció un banco negro, alto, en el aire; se sentó en él.

—¿Hay tensión en la atmósfera? No es inadecuado. Si la primera parte de mi actuación pudiera llamarse «el curador curado», esta parte podría llamarse «la ruina del rey de los gatos».

Collins apoyó la pierna en una madera del banco, miró a un halcón que cruzaba sobre sus cabezas, y dijo:

—Entre los soldados negros habían comenzado a circular rumores sobre mis prácticas quirúrgicas no ortodoxas con el cabo Washford.

## 2

»Y yo no estaba seguro de que eso me gustara. El poder de que os he hablado, mis maravillosos muchachos, crecía dentro de mí, pero hasta el momento yo no tenía idea de sus dimensiones ni del papel que en última instancia tendría en mi vida, y sentí el impulso de mantenerlo en secreto durante un tiempo. Aunque hubiera podido repetir mi actuación con Washford al operar a algún otro pobre diablo, creo que no lo habría hecho... Primero quería adaptarme a la idea de que lo había hecho una vez, y reinar mi habilidad en situaciones en que no estuviera tan intensamente observado. Como verán ustedes, todavía no comprendía la naturaleza del don, y no sabía con cuánta intensidad exigiría ser expresado. Y por supuesto, yo pensaba que estaba solo. Así era de ignorante. Nada sabía de la tradición, y de muchas otras tradiciones, de toda una sociedad que existía en los rincones polvorientos del mundo y que impartía sus enseñanzas a través de una gran colección oculta de conocimientos que yo sólo había entrevisto a través de mi Levi y mi Cornelius Agrippa. Yo era como un niño que dibuja un mapa de las estrellas y piensa que ha inventado la astronomía. Cuando los negros que trabajaban en la cantina y en el dispensario comenzaron a mirarme en forma extraña y atenta, lo que sentí fue incomodidad. Sabía que habían comenzado a hablar. Tal vez fue Washford mismo..., o más probablemente el asistente de la sala de operaciones..., pero a mí no me gustó, independientemente de la forma en que había comenzado.

»Ya les dije que la División de los Negros llevaba una vida absolutamente separada de la nuestra..., peleaban con nobleza, muchos de ellos eran heroicos, pero para la mayoría de nosotros, los blancos, eran invisibles. A menos que uno de nosotros entrara en sus clubs de esparcimiento donde (al menos así me dijeron) sus vidas fuera de las horas de trabajo eran un poco más intensas que las nuestras. Se decía que muchas francesas encontraban atractivos a los negros..., probablemente les trataban como a hombres, sin importarles su color. Algunos de estos lugares de esparcimiento eran legendarios, así como los clubs nocturnos negros se hicieron legendarios en París inmediatamente después de la guerra. La diferencia era que un lugar como Bricktop era muy frecuentado por los blancos, mientras que durante la guerra, al menos en el lugar donde yo estaba, rara vez un blanco entraba en el mundo del soldado norteamericano negro. La ocasión en que más me acerqué a ellos fue en uno de mis paseos para comprar libros, cuando entré en una librería de una zona donde se permitía entrar a los soldados de color.

«Hacía varias semanas que yo iba a esa tienda, la Librairie Du Prey, y finalmente, después del incidente de Washford, comencé a notar que otro cliente, un soldado de color, a menudo aparecía cuando yo estaba allí. Nunca le vi comprar un libro. Además, nunca le atrapé mirándome, pero me sentía observado.

»Unos días después, ese mismo hombre apareció en la cantina. Me llevó unos momentos reconocerlo, porque su camisa de uniforme estaba cubierta por la chaqueta de camarero, una prenda que convierte a todos los hombres en gemelos idénticos. Estaba quitando bandejas de las mesas, y traté de encontrar su mirada, pero apenas me miró frunciendo el ceño.

»La próxima vez que fui a la Librairie Du Prey, otro soldado negro andaba entre las mesas. Me examinó mucho más abiertamente que el otro hombre y, después de mirarlo atentamente a mi vez, me detuvo. Era un mago. Lo supe. Era un desconocido, un extraño, un extranjero para mí en muchos sentidos: pero cuando lo miré supe que era mi hermano y él supo que yo lo sabía. Deseo que ustedes, muchachos, tengan algún momento en sus vidas igualmente lleno de excitación..., lleno de posibilidades..., como fue aquel momento para mí. El hombre se apartó y salió de la tienda, y yo apenas pude refrenarme de seguir corriendo y seguirlo.

»La tarde siguiente en la cantina del hospital, uno de los muchachos dejó una nota en mi chaqueta cuando yo salía.

»Yo había estado esperando esa nota todo el día, y supe que tenía relación con el mago que había visto en la librería; la saqué y la leí en cuanto pasé la puerta. "Te espero frente a la librería a las nueve de la noche..." Eso era todo lo que decía, y todo lo que yo necesitaba. Me lavé y volví a la sala de operaciones con febril expectativa. Llegaría, lo que fuese, y yo quería estar preparado esperándolo. Si era mi destino, ya no lucharía contra él. Quería que esa puerta se abriera.

## 3

»A las nueve en punto estaba frente a la librería. Me sentía muy expuesto. Era el único blanco a la vista. En una tienda cerrada de la misma calle alguien tocaba un banjo. El sonido era ardiente, vibrante, eléctrico. La noche era húmeda y cálida. Los soldados negros que pasaban me miraban con curiosidad agresiva, y yo sentí que uno o dos de ellos decidieron no crearme problemas sólo gracias a mi rango. Si yo hubiera sido un soldado borracho con mi permiso de una semana en el bolsillo..., recuerdo haber pensado en la descripción metafórica de mi situación: rodeado por lo desconocido, a punto de entrar realmente en lo desconocido.

»A las nueve y quince, un soldado negro pasó junto a mí, me miró, hizo un gesto afirmativo y siguió caminando. Me llevó un segundo darme cuenta de lo que tenía que hacer. Casi había llegado a la esquina cuando comencé a seguirle. Cuando llegué a la esquina, le vi desaparecer detrás de otra esquina, más adelante.

»Me llevó de aquí para allá, me hizo dar vueltas..., a veces me parecía que lo había perdido, las calles eran tan estrechas y retorcidas, y alrededor de mí se oían voces oscuras, hombres que cantaban o reían o murmuraban al verme pasar, pero yo siempre lograba ver sus botas en el último momento. Por supuesto estaba perdido. No conocía en absoluto esta zona de Ste. Nazaire, y no reconocía los nombres de las calles. El hombre me había llevado al distrito negro de los bajos fondos, y ni siquiera un teniente se encontraba seguro allí de noche.

»Finalmente doblé una esquina, ya sin aliento, y un enorme negro de uniforme se me cruzó y me empujó contra la pared de ladrillo.

»—¿Usted es el médico? ¿Usted es el Cobrador? —dijo. Su acento era muy sureño.

»—Es él, es él —dijo otro hombre que yo no veía—. Adentro.

»El gigante me sorprendió riendo y diciendo algo que yo no podía descifrar. Luego abrió una puerta y me empujó adentro.

»Era una habitación desierta con olor a sudor. El mago que había visto en la librería estaba de pie frente a una de las paredes grises, con el uniforme deteriorado que indicaba su rango de cabo pero sin ninguna otra identificación. Un hombre que seguramente era el cantinero se asomó, me miró con ojos enormes y cerró la puerta de un golpe. El mago dijo:

»—¿El teniente Nightingale? ¿El que llaman Cobrador?

»—Sé lo que eres —respondí.

»—Crees saberlo —dijo el mago—. ¿Operaste a un soldado llamado Washford?

»—Yo no lo llamaría operar —afirmé.

»—Dime cómo curaste a Washford —dijo el mago. Y nuevamente sentí su interior de hierro.

»*Hacer el trabajo...*, no era un muchacho del campo como los otros, tenía el sello de la ciudad, de algún lugar difícil, por ejemplo Chicago.

«Asentí.

»—Dime cómo curaste a Washford —dijo en mago. Y nuevamente sentí su interior de hierro.

»Levantó las manos a manera de respuesta. Dije:

»—Ustedes me han estado observando desde que eso sucedió.

»—¿Nunca has oído hablar de la Orden? ¿Nunca oíste hablar del Libro?

»—Lo que sé está en estas manos —contesté.

»—Espera aquí —dijo, y salió por la puerta.

»Un momento después reapareció y me hizo una seña para que lo siguiera. Le obedecí. Y entré de inmediato en la Tierra de las Sombras, que estaba allí todo el tiempo, bajo la superficie de las cosas, siguiéndome desde que había puesto el pie en Europa.

»El cabo me dedicó una brillante sonrisa profesional cuando pasé por la puerta, y me desconcertó, porque era la sonrisa de un hombre que está por sacar un as de espadas de su oreja.

»Por tratarse de una puerta interior, yo esperaba entrar en otra habitación, pero, al pasar, me encontré en un campo soleado..., un campo color mostaza. Me volví, y vi que la casa había desaparecido. Ste. Nazaire había desaparecido. Estaba en el campo, en medio de un campo de color mostaza, con flores amarillas bajo mis pies, en una suave loma.

»Giré sobre mí mismo, y vi a un hombre sentado en una silla alta trabajada a mano con cabezas de lechuzas talladas en los apoyabrazos y garras de lechuzas en el extremo de las patas. Era un hombre de color, apuesto, más joven que yo, con un rostro de rasgos regulares. Parecía un rey en esa silla, ésa era la idea general. Acababa de aparecer no se sabía de dónde. Llevaba un viejo uniforme sin marcas. Este hombre que me había sacado del arrabal de Ste. Nazaire y que había aparecido no se sabía de dónde, unió los dedos y me miró con expresión bondadosa, intensa, inquisitiva. Sentí su poder; y luego vi su aura. Es decir, él me permitió verla. Casi me encegueció..., los colores resplandecían, y eran más brillantes que el de las flores color mostaza. Casi caí de rodillas. Porque supe lo que el hombre era, y lo que podía hacer por mí. Yo tenía veinte años, y él tal vez tendría diecinueve o veinte, pero él era el rey. De los magos. De las sombras. El Rey de los Gatos. Era mi respuesta. Y todos los demás, que me habían vigilado y me habían llevado a él, eran sólo sus lacayos.

»—Bien venido a la Orden —dijo—. Mi nombre es Speckle John.

»—Y yo soy... —comencé a decir, pero él levantó una mano y un color violento pareció danzar a su alrededor.

»—Charles Nightingale. William Vendouris. El doctor Cobrador. Pero ahora no eres ninguno de ellos. Tendrás un nuevo nombre, conocido para la Orden. Serás Coleman Collins sólo para nosotros al principio, pero cuando termine la guerra y

podamos ir adonde querramos, para el mundo.

»Supe sin que él me lo dijera que era un nombre de negro..., el nombre de un mago de color que había muerto. Tenía la sensación de haber oído el nombre antes, pero no podía recordar haberlo oído jamás. Quería merecer ese nombre. A partir de ese instante me convertí en Coleman Collins en el fondo de mi corazón, y usé el nombre que me habían dado al nacer como un disfraz.

»—¿Qué quieren ustedes de mí? —pregunté.

»El lanzó una carcajada.

»—Bien, quiero ser tu maestro, quiero trabajar contigo —dijo—. Ni siquiera sabes quién eres todavía, Coleman Collins, y yo deseo tener el privilegio de mostrarte cómo llegar allí. Tal vez seas el miembro más dotado que haya descubierto la Orden..., o que se ha descubierto a sí mismo..., en la última década.

»—¿Qué quieres de mí? —pregunté.

»—Esta noche te quedarás aquí. Sí, aquí. Toda la noche. Y si esta noche te reciben bien..., no te preocupes, ya verás lo que quiero decir con eso..., si te reciben bien, pronto podrás repetir lo que hiciste con el señor Washford siempre que lo desees. —Volvió a reír en voz alta, y su maravillosa voz rodó por los campos color mostaza como si estuviera tocando un cuerno francés—. Por supuesto, no puedo recomendarte que lo hagas todos los días.

»—¿Y después de esa noche? —pregunté.

»—Comenzaremos nuestros estudios. Comenzaremos nuestra nueva vida, señor Collins.

»Se levantó de su trono y la luz del sol se apagó. Speckle John se erguía ante mí en una vasta noche estrellada, convertido en una silueta en la oscuridad. Yo no distinguía sus rasgos.

»—Estará seguro durante la noche, doctor, más seguro de lo que estaría en nuestra zona de Ste. Nazaire. Mañana comenzaremos.

»Y se fue. Yo avancé, extendí las manos, y mis dedos tocaron el respaldo de su silla. La noche parecía inmensa. Yo sólo oía algunos grillos aislados. Las estrellas parecían muy intensas, y yo imaginé que las miraba con los nuevos ojos que me había dado Speckle John.

»Bien, allí estaba yo, solo en una colina en medio de la noche..., la verdadera noche, creo, porque la luz diurna anterior seguramente era una ilusión. No tenía idea de dónde estaba, y sólo tenía la palabra de Speckle John de que al día siguiente volvería a encontrarme en Ste. Nazaire y volvería a hacer mi trabajo. Su silla seguía frente a mí, y yo era demasiado supersticioso como para sentarme en ella, aunque lo deseaba. Ya entonces, deseaba que esa silla fuera mía. Sabía lo que representaba.

»Me tendí en el suelo, lo cual no me resultó muy cómodo al principio.

»“Si te reciben bien”, había dicho, y yo no podía descansar porque todo el tiempo me preguntaba qué significaría eso. Una vez hasta se me ocurrió que yo era víctima de un engaño gigantesco, y que el negro me dejaría aquí, en este desierto.

Pero tenía la evidencia de su extraordinaria presencia, y el cuidado con que me había buscado. ¡Y había convertido la noche en día y al día en noche! ¿Qué clase de “bienvenida” vendría después de eso?

»Hasta un hombre muy excitado debe dormir alguna vez, y así sucedió conmigo. Comencé a dormitar, y luego a soñar, y finalmente caí en un sueño profundo.

»Me despertó un zorro. Sentí su fuerte olor; el ruido de su respiración; su presencia rápida y nerviosa cerca de mí. Mis ojos se abrieron, y vi su hocico a treinta centímetros de mi cara. El terror me hizo echarme atrás..., tenía miedo de que me arrancara la cara.

»— *Señor Collins* —dijo el zorro. ¡Y le entendí!

»Dije o pensé:

»“Sí.”

»— *No me tenga miedo.*

»“No.”

»— *Usted pertenece a la Orden.*

»“Les pertenezco a ellos.”

»— *La Orden es su padre y su madre.*

»“Sí.”

»— *Y usted no será leal a ninguna otra persona.*

»“A ninguna.”

»— *Bien venido sea.*

»Se alejó otro tanto, y yo no sabía si había hablado con un zorro o con un hombre en forma de zorro. Durante mucho tiempo me quedé tendido en el campo, maravillado. Las estrellas se estaban oscureciendo, y yo sólo veía negrura. Comencé a darme cuenta de que podía flotar en el aire si lo deseaba, pero no me atreví a hacer nada que afectara la atmósfera o a mí mismo como parte de la noche. Con eso ya flotaba suficientemente. Finalmente, oí un batir de alas. No lo veía, pero oía a un enorme pájaro que aterrizó a poca distancia de mí. No llegué a verlo, pero pensé, y pienso ahora, que yo sabía qué era ese pájaro. Una vez más, me aterroricé. Entonces el pájaro habló, y comprendí su voz como había comprendido la del zorro.

»— *Collins.*

»“Sí.”

»— *¿Tienes mundos detrás de ti?*

«“Tengo mundos dentro de mí.”

»— *¿Quieres dominio?*

«“Quiero dominio.” Y así era, ¿sabéis? Quería conservar esa fuerza dentro de mí y hacer que el mundo la conociera.

»— *El conocimiento es el tesoro, y el tesoro es su propio dominio.*

»Creo que murmuré las palabras “conocimiento” ..., “tesoro”.

»— *Mira la historia de tu tesoro, Collins.*

«Entonces vi una escena ante mis ojos. Yo era un niño, un bebé en brazos. Mi padre me llevaba. Estábamos en un teatro de Boston, que fue demolido durante mi adolescencia. Se llamaba Vaughan's Oriental Theater. Un hombre de color con traje de gala actuaba en el escenario, exhibiendo un pájaro mecánico que cantaba lo que le pedía el público. Mi padre gritó: "Nada más que un pájaro en jaula dorada", y todos rieron, y el pájaro de metal comenzó a cantar la melodía. Recordé que me había conmovido la música, y que me asombraba el teatro tan adornado.

»"Mira su nombre, Charlie —dijo mi padre, señalando el cartel a un lado del escenario—. Su nombre es Old King Cole. ¿No te parece gracioso?" Recuerdo que miré con la boca abierta al hombre del escenario, con ganas de sonreír porque mi padre decía que era gracioso, pero demasiado asombrado como para entender el humor. Entonces quedé inmóvil. El mago, Old King Cole, me miraba directamente.

«Allí estaba..., un recuerdo enterrado, tal vez el recuerdo central de mi vida, y algo que pienso que me guió durante toda mi vida aunque conscientemente lo hubiera olvidado. El hombre del escenario era el Coleman Collins original. ¿O hubo otro Coleman Collins antes que él? Y supe que algún día yo sería quien estuviera en el escenario, aunque necesitaría un nombre profesional diferente.

»—*Has visto.*

»"He visto."

»—*Y sabes que el mago te vio.*

«Recordé a Old King Cole mirándome desde el escenario, encontrándome en los brazos de mi padre, un niño de apenas dieciocho o veinte meses, y... ¿reconociéndome?

»"Lo sé."

»—*Tengo dudas sobre ti* —dijo la lechuza.

»"¡Pero él me vio! —exclamé, reviviendo la maravilla de esos segundos como si todo hubiera sucedido apenas hacía cinco minutos—. ¡Me eligió a mí!"

»—*Vio el tesoro que llevabas dentro* —suspiró el pájaro invisible—. *Sé digno de él. Haz honor al Libro. Te damos la bienvenida.*

»Batió sus enormes alas y se alejó volando. Quedé solo. No sé si estuve dormido todo el tiempo o volví a dormir: recuerdo que todo era borroso a mi alrededor, que todas mis células estaban invadidas por una sensación de maravilla, de modorra, y dormí profundamente durante horas. Cuando desperté, estaba apoyado en una pared, nuevamente en Ste. Nazaire, a sólo una manzana del hospital. Withers acababa de pasar a mi lado, en su paseo mañanero, tranquilo, y me vio y ladró:

»—Demasiado borracho como para regresar a casa anoche, ¿eh doctor Nightingale? Bien venido —dijo, y me reí en su cara.

»De allí en adelante vi a Speckle John casi todos los días. Recibía una nota, que generalmente me traía un muchacho de la cantina, esperaba frente a la librería y me llevaban por el laberinto de calles del arrabal hasta llegar al alojamiento maloliente donde yo aprendía más que en cualquier universidad. Me transportaban a la época



en que todos vivíamos en el bosque: entraba en ese reino que era mío, por derecho natural, desde la infancia. Durante un año Speckle John me enseñó, y comenzamos a hacer planes para trabajar juntos después de la guerra. Pero yo sabía que llegaría el día en que mi creciente fuerza se enfrentaría con la suya. Nunca me satisfizo ocupar la segunda fila.

»Abrid bien los ojos muchachos. Observad cuidadosamente. Esta será la primera noche que paséis al aire libre. Estamos en el Wood Green Empire, Londres, en agosto de 1924.

## 4

Los muchachos, sin darse cuenta de que habían cerrado los ojos, los abrieron. Era de noche, hacía calor y había una ligera niebla. Por un instante Tom percibió el olor de las flores de mostaza: se sentía amodorrado, con los brazos y las piernas pesados y doloridos. Collins estaba sentado en el círculo de luz, pero en una silla alta de madera, no en el banco que había hecho aparecer esta mañana. Sobre el traje negro llevaba una capa negra sujeta al cuello con un broche de oro. Tom trató de mover las piernas, y olió nuevamente las flores de mostaza.

—Ah..., no... —dijo Del, mirando hacia el bosque, y Tom volvió la cabeza para mirar.

Los árboles negros dejaban un espacio abierto iluminado. Un muchacho y un hombre alto con impermeable caminaban por aquella especie de túnel. El muchacho, observó Tom con una sensación de náusea, era él mismo. Miró a Collins, y lo vio apoyado en la silla con lechuzas talladas, con las piernas cruzadas, sonriéndole maliciosamente. El mago señalaba la escena:

—¡Ahora!

Cuando volvió a mirar, el hombre y el muchacho habían desaparecido. El espacio abierto al final de los árboles era un teatro. Una multitud de espectadores se movía en sus asientos, se abanicaba con sus programas. Se abrieron unos cortinajes de color ciruela, y allí estaban él y Del, Flanagini y Night. Muy claramente, Tom vio a Dave Brick, gordo, ignorado y solo al fondo del teatro.

—Sí —dijo Collins.

Y una cortina de llamas apareció en el escenario. «*La pared de llamas*», pensó Tom: oyó el ruido aterrizado de muchos cuerpos que se movían, gritos y órdenes en voces ahogadas.

—¡Todos afuera! ¡Todos afuera!

—¡Deténganse! ¡Mi contrabajo!

—¡Están calientes! ¡Van a arder!

—Levántate del suelo, Whipple.

De la misma manera que Tom había sido trasladado a cuarenta años antes cuando Collins describía esa época de su vida, y había visto a Speckle John y a Withers y al cabo de la sonrisa profesional, ahora volvía a ver esos momentos..., los muchachos se amontonaban junto a las puertas de salida, luego en las puertas del corredor, gritando, empujándose, Brown clamaba por su precioso instrumento, Del trastabillaba, enceguecido por el humo...

Un joven con un immaculado smoking, el rostro blanco y peluca roja estaba en el escenario transformado. El fuego se había disipado como la niebla.

—¡No! —gritó Tom.

Herbie Butter agitó las manos, y la luz se apagó momentáneamente, quedó un resplandor rojo parecido al de las llamas, y nuevamente se vio una cabaña de madera en un bosque pintado. Por un sendero llegó una joven con una capa roja, que llevaba un canasto de mimbre del cual asomaban las cabezas de media docena de mirlos...

Las luces se apagaron y el escenario desapareció entre los árboles.

—Y uno más —dijo Collins.

De un lado de la estrecha avenida que tenían ante sí apareció un hombre con capa y sombrero negros entre los árboles. Un momento después, un lobo vino a enfrentársele, saliendo de entre los árboles que había al otro lado. El lobo se agachó. Parecía hambriento y loco, como si no deseara hacer lo que tenía que hacer. El hombre se afirmó sobre sus pies; el lobo aulló. Finalmente saltó. El hombre de la capa sacó una espada, que seguramente tenía preparada debajo de la capa, traspasando al lobo. Con fuerza terrorífica, el hombre de la capa levantó la espada y la sostuvo en el aire. Las patas del lobo colgaban sobre su sombrero. Retrocedió hasta esconderse entre los árboles.

*«Los lobos, y quienes los ven, son muertos de un disparo en el acto»*, recordó Tom.

—Yo «puse un sufrimiento» en Speckle John —dijo Collins. —Lo ensarté con mi espada. ¡Ja, ja! Aún está en mi espada, chicos. En ese sentido, mi actuación de despedida en el Wood Green Empire todavía no ha terminado. Pero ya llegaremos a eso en su momento. Quiero que esta noche durmáis afuera. Puede llegar una bienvenida, o no. Encontraréis sacos de dormir detrás del segundo árbol, en el lado izquierdo del claro.

Se puso de pie y se envolvió en la capa como si tuviera frío.

—Debo deciros que sólo uno de vosotros prevalecerá. Dos no pueden sentarse en la silla de la lechuza. Pero esto no es una competición, y el que no reciba la bienvenida sólo perderá lo que nunca tuvo. Pero, escuchadme, pajaritos: el que prevalezca tendrá la Tierra de las Sombras, la silla de la lechuza, el mundo. Habrá un nuevo rey, ya se trate del rey Flanagini o del rey Night.

Por un segundo su silueta se recortó contra el negro, contra la madera; luego desapareció. Tom vio cuatro huellas aplastadas en la hierba donde había estado la silla.

—No serás tú —dijo Del—. No lo mereces.

—Ni siquiera lo deseo —respondió Tom furiosamente— Del, ¿no comprendes? No quiero quitarte nada. Sólo vine aquí porque quería ayudarte. ¿Quieres vivir así... como él?

Del vaciló un momento, luego se volvió a buscar su saco de dormir.

—No tendría que hacerlo. Podría vivir como quisiera.

A Tom se le ocurrió una idea consistente y segura.

—Si él te lo permitiera. ¿Por qué querrá abandonar ahora? Es viejo, pero todavía está sano.

Del estaba cogiendo algo de entre las hojas, detrás del árbol indicado por

Collins.

—Porque me eligió *a mí*. Por eso. Tú no eres más que un acompañante. Nunca quisiste ser mago antes de conocerme.

—¿Ya no eres mi amigo? —preguntó Tom, desesperado.

Del no quería contestar.

—Yo todavía soy tu amigo.

—Tratas de engañarme.

—¿Cómo puedo engañarte? Eres mejor que yo.

Mientras llevaba su saco de dormir al claro, Del le miró finalmente. En sus ojos se leía el triunfo.

—Pero, Del, no importa lo que suceda, no creo que él... Creo que todo esto es un truco. Que él hace con nosotros.

—Déjame en paz.

—Ah...

La carta de Rose, que Tom había olvidado, le rozó una costilla. Miró su reloj. Eran las diez y media. ¡Media hora tarde! Miró a Del con desesperación, y vio que estaba tratando de meterse en su saco de dormir. Sus ojos estaban muy cerrados y lloraba. Uno de sus pies se había enganchado en la cremallera y no podía liberarlo sin abrir los ojos.

Tom se acercó y tomó el pie de Del. Lo pasó por encima de la cremallera y lo metió en el saco de dormir.

—Del, eres mi mejor amigo —dijo.

—Tú eres mi único amigo —afirmó Del, casi balbuceando—. Pero él es *mi* tío. A eso quería llegar. Tú sólo vienes aquí una vez.

—Tengo que marcharme por un rato —dijo Tom, arrodillado junto a Del—. Cuando vuelva hablaremos, ¿eh?

Los ojos llorosos de Del se abrieron.

—¿Lo verás a él?

—No.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Muy bien —su rostro se endureció un momento—. Ni siquiera me dejaste ver a los hermanos Grimm.

—Sólo estaba sorprendido..., la habitación era diferente.

—Pero ya has visto. Te has visto a ti y a él. Como yo dije.

—Es una especie de juego. Nunca estuve con él. Te lo habría dicho.

—Yo me sentía tan solo.

—Cuando vuelva —dijo Tom, y echó a correr por el claro.

—Eh, ¿adonde vas? —oyó preguntar a Del; no respondió.

## 5

Salió corriendo del límite del bosque, sin aliento, y se detuvo. La arena cedía bajo sus pies. Por un momento deseó quitarse los zapatos. En lo alto del acantilado, la casa brillaba a través de una docena de ventanas abiertas. No veía a Rose en ningún lugar de la playa, que tenía un color plateado junto a las aguas negras. Miró nuevamente su reloj y vio que eran las diez cincuenta. Rose se había ido.

Tom avanzó por la arena. Una sorpresa: una parte sustancial de él sentía alivio de que Rose hubiera abandonado la idea y hubiese vuelto a cruzar el lago. Ahora podía volver con Del.

Pero tal vez un poco más adelante, del otro lado del refugio de los botes, vio al lobo que se abalanzaba sobre ella. Si Collins la hubiera visto esperando en la playa...

Ahora su estado de ánimo había cambiado y deseaba desesperadamente saber si Rose Armstrong estaba a salvo. En su mente había una confusión de imágenes: el lobo, sostenido en el aire con fuerza increíble, empalado en una espada; el tejón arrojado en el pozo, describiendo un gran arco; Dave Brick sentado en una silla de metal, esperando a que lo asaran. Abrió de un golpe la puerta del refugio de los botes. Entró, y estuvo a punto de hundirse en el agua negra.

Se mantuvo en equilibrio justo a tiempo. Dentro del deteriorado refugio sólo había agua y un espacio libre. Un borde de hormigón de noventa centímetros de alto rodeaba un amplio agujero en el extremo del lago. Casi todo el refugio para botes era descubierto. Sólo unos dos metros de la parte superior estaban protegidos con tablas.

La puerta se cerró de golpe tras él y su corazón también saltó en su pecho. Tom oyó deslizarse una barra de metal. Golpeó la puerta con el hombro. Se movió, pero no se abrió. Volvió a golpearla, pasando del terror del principio a un miedo común. ¿Quién sería? ¿Collins? ¿El Cobrador que se había escapado para atraparlo? ¿Uno de los Muchachos Vagabundos? Tendría que saltar al agua. Miró hacia abajo, vio una negrura de aspecto grasiento, y luego oyó algo más. Risitas que venían desde atrás de la puerta: Rose.

—¡Déjame salir!

—Me hiciste esperar tres noches seguidas. ¿Por qué habría de dejarte salir?

—¿Tres noches? —Tom sintió un vacío en el estómago—. Recibí tu nota esta mañana.

—No, muchacho. Eso fue tres días atrás.

—Ah, Dios mío —se apoyó en las puertas del refugio.

—¿No lo sabías?

—Pensé que había sido esta mañana.

—No te creo, pero te dejaré salir.

La barra metálica volvió a deslizarse. La puerta se abrió, y Rose apareció ante él

con un vestido verde de la década de los veinte. Era la chica más linda que hubiera visto nunca. El vestido verde le daba un aspecto más sofisticado que el de cualquiera de las muchachas que había conocido.

—Casi me da un ataque al corazón aquí —dijo Tom—, pero estoy tan contento de verte, que creo que no me importaría morirme.

Rose hizo un mohín, luego dio un paso atrás.

—Podrías haber tenido algo más que un ataque al corazón. ¿Sabes lo que estuve a punto de hacerte? Estaba tan furiosa.

—¿Hacerme?

—Mira esto y dime si no fueron tres días. —Rose caminó con gracia a su alrededor, y Tom vio que llevaba tacones altos—. Estabas del otro lado de la puerta, ¿verdad? Muy bien —se inclinó y tiró de una barra colocada en la arena junto a la puerta. ¡Bang! El hierro golpeó contra el hormigón. La placa sobre la que había estado cayó y quedó colgando de una bisagra—. Es una especie de trampa. Hace mucho tiempo había un bote, que entraba aquí... De todas maneras he estado a punto de hacerte caer en el pozo. El agua es bastante profunda. Habrías tenido que salir nadando. Podría haberte estrangulado, muchacho... ¿Tres noches? ¡Me están saliendo músculos de cruzar ese lago a nado!

—Esta noche no nadaste —señaló Tom.

Ella se apartó.

—Por supuesto que no. Me estropeé las medias. Y el vestido está lleno de barro —levantó el dobladillo y sacudió la tierra y las ramitas—. Vine por el bosque. Luego me senté en el muelle. Tú pasaste a mi lado sin mirarme siquiera.

—Ahora te miraré —dijo él, e hizo un gesto de abrazarla. Ella hizo ademán de retroceder, pero se sometió rígidamente—. ¿Qué sucede?

—Esto.

—Ah. Lo siento. —Perturbado, Tom dejó caer los brazos. No podía leer el rostro de Rose..., parecía mayor con su vestido verde, muy lejos de su alcance—. De veras. La nota llegó esta mañana. Al menos yo pensaba que era esta mañana. Esa escena en el bosque acaba de suceder, ¿verdad? ¿Hace una media hora?

—Claro. Mira, ¿qué día...?

—Quiero mostrarte algo. Algo que yo también quiero mirar otra vez.

—¿Sí?

—Aquí —abrió la puerta del refugio y se arrodilló—. Vuelve a empujar esa palanca.

Rose se hizo a un lado y echó hacia atrás la palanca. La plancha de hierro se movió en sus bisagras y volvió a su lugar. Tom se paró sobre ella y miró el agua.

—Iba a preguntarte qué día pensabas que era.

—Ahora no lo sé. ¿Qué día? Ya no estoy seguro. Martes o miércoles.

—Es sábado.

—¿Sábado? —él la miró, erguida frente al refugio de los botes. Parecía muy alta,

muy femenina. Aunque era delgada, su cuerpo tenía curvas.

—¿Qué mes piensas que es? ¿Qué semana?

—Estoy tratando de descubrir algo —dijo él—. Algo que vi antes. —Miró el agua oscura—. Ah.

—¿Lo encontraste?

—No —dio un paso atrás.

—Sí.

—¿Qué semana es, de todas maneras? —Tom se puso de pie—. ¿Qué mes es?

—¿Qué piensas tú?

—Principios de junio. 6 o 7 de junio. Tal vez el 10.

Ella se frotó la nariz.

—De manera que piensas que es 10 de junio. Pobre Tom. —Rose le tocó la mejilla con las puntas de los dedos. Tom sentía que aparecían nuevos nervios en los lugares donde los dedos de ella se habían apoyado—. ¿Qué viste allí abajo?

—Dime qué día es, Rose.

La sonrisa valiente de ella brilló a la luz de la luna.

—No estoy segura, pero por lo menos es el 1º de julio. O el dos.

—¿Julio? ¿Hace *un mes* que estamos aquí?

Rose asintió; su rostro buscaba el de él, le brindaba tanta comprensión que él deseó abrazarla nuevamente.

—¿Cómo puede él hacer esto?

—Simplemente puede. Un verano hizo pensar a Del que pasaban seis o siete semanas por día. Fue la época en que Del se fracturó la pierna. Y vino Bud Copeland.

Rose alzó las cejas.

—¿Lo sabes? Ah... te lo contó Del. Sí, ese verano. No quería que Del... No puedo decírtelo.

—¿Qué sucedió?

—La escalera de hierro. Se desprendió del acantilado.

—¿Qué es lo que no puedes decir?

Ahora la sonrisa de ella era más firme.

—Pregúntaselo a Del. Tal vez él ya pueda recordarlo ahora. Yo no puedo, Tom.

Rose dio unos pasos por la playa y se volvió nuevamente hacia él. Tom vio que era imposible: era un secreto que ella no revelaría.

—No puedo quedarme mucho tiempo más, Tom —dijo la muchacha con suavidad.

—Quiero besarte —dijo Tom. El hecho de que hubiera guardado el secreto la hacía aún más deseable—. Quiero abrazarte.

—Ya te lo dije. Ahora no está bien. Tengo algo que decirte y no quiero que te confundas, y no tengo mucho tiempo. El querrá verme otra vez.

—¿Esta noche? —caminó hacia ella por la arena gris.

Rose asintió. Al menos no se marchaba.

—¿Para qué?

—Para hablar. Le gusta hablar conmigo. Dice que le ayudo a pensar en voz alta.

—Pero eso es extraordinario. Entonces puedes decirme a mí y a Del...

—Bien. Por eso te di la nota. Descubrí algo. Pero ahora, después de esta noche, tú probablemente lo sabrás de todas maneras.

—Yo no sé *nada* —se quejó Tom.

La joven le tomó una mano.

—Quiere ofrecer nuevamente su actuación de despedida. Y que tú y Del participéis. Si hemos de marcharnos, creo que tiene que ser antes, cuando todos estén pensando en lo que van a hacer.

Tom sentía impulsos y sensaciones placenteras en su brazo, y ahora Rose se lo oprimió más fuerte.

—Lo importante es que él proyecta algo grande para esta actuación. Algo peligroso. Dijo que tendrías que elegir entre tus alas y tu canción. ¿Sabes lo que significa eso?

Tom sacudió la cabeza.

—Me lo dijo una vez antes. No sé lo que significa.

—Dijo que Speckle John eligió su canción y que él se la quitó. De manera que no le quedaba nada. Creo que tenemos que salir de aquí antes de...

—Antes de descubrir lo que eso significa —dijo Tom con un poco de miedo.

—Eso creo.

Rose dejó caer la mano. Tom se inclinó hacia adelante y tomó la mano de Rose y se la llevó a la boca.

Temblaba. Vio una niña con capa roja que llevaba un cesto de mimbre por un sendero del bosque.

Rose dijo:

—Tom, me siento *muy, mal...*, como si te hundiera cada vez más. Pero tengo que hacer lo que él dice, o sabrá que algo anda mal. Confía en mí.

—Dios mío, no sólo confío en ti —dijo—. Además...

De pronto Rose estuvo muy cerca de él. Su rostro junto al suyo, borrando el cielo y las brillantes estrellas. Su boca estaba sobre la de él, y sus dientes mordieron los labios de Tom. Las piernas de Rose se apoyaron en las de él, sus pechos sobre el pecho de Tom. Tom puso sus manos en sus cabellos y se entregó al beso. Su sorprendida erección crecía contra el blando vientre de ella; gimió junto a su boca, aspirando un leve perfume y la fragancia del cabello limpio, probando el sabor de Rose. Era la muchacha de la ventana: era el conocimiento que él no se había permitido antes, pero ahora abrazaba a dos Rose Armstrong, la muchacha del vestido verde y la inalcanzable muchacha que había levantado los brazos y se había mostrado a un muchacho asustado, congelado en un trineo invernal.

—Me vas a romper la espalda —dijo Rose contra su boca.

El puso nuevamente sus manos en los cabellos de Rose.



—No podemos.

—¿No podemos qué? —murmuró Tom.

—No podemos hacer el amor. No aquí.

Esto casi le hizo explotar. *¡No aquí!* Volvió a gemir, pasando en un instante de un mundo en el que temía asustarla o disgustarla con la evidencia de su deseo, a otro en el que ella hablaba en forma distraída de su realización.

—¿Dónde? —preguntó Tom, perdiendo el control de su voz.

—No hables así, yo sólo... Si supieras...

—Ay, Dios mío, yo sé —dijo el muchacho, y volvió a buscar la boca de ella.

—No es justo, ¿verdad? —Rose apartó su rostro del de Tom: en compensación, acercó sus caderas al cuerpo de él—. Ah, qué hermoso eres.

—¿Dónde? —repitió Tom.

—En ninguna parte. Ahora. Tengo que ir a verle, Tom. Y además, yo...

Ella era virgen.

—Yo también —dijo él—. Ah, Dios mío. —La oprimió fuertemente contra él—. Te deseo tanto.

—Hermoso Tom. —Le rozó la mejilla con los labios, pero ya parecía distante. A Tom le habían sucedido tantas cosas, había recorrido una distancia tan grande en un segundo, que no tenía idea de qué hacer ahora—. Hermoso Tom —repitió ella—. No quiero ser injusta contigo. Yo también te deseo. —Le rodeó el cuello con los brazos, y él sintió que el cielo se abría y lo aceptaba—. Simplemente tengo miedo...

—Está bien —dijo Tom—. Ay, Rose...

—La sombra del refugio —dijo Rose, y lo empujó hacia atrás con su cuerpo.

Dieron algunos pasos vacilantes.

—No hay sombras, es de noche —observó Tom, y esto le pareció tan gracioso que se echó a reír.

—Tonto. —Lo empujó contra la madera tosca y volvió a abrir su boca con la suya. Murmuró—: Es una pena que no te haya tirado al agua, porque entonces habrías tenido que quitarte la ropa.

Rose era una nube de carne, que acariciaba todo su cuerpo. El deseo sexual la impulsaba.

—Está bien, Tom —susurró ella en su oído—. Lo sé. Está bien. Vamos.

Una de las manos de la joven dejó de apoyarse en la cabeza de Tom y se apoyó en sus pantalones.

—Ay, no —dijo el muchacho. Y ella acercó un poco más la mano.

Todo el cuerpo de Tom se estremeció. Los dedos de Rose le oprimían el sexo. Rose dijo: «Ay, Tom», y él la estrechó con más fuerza mientras sentía que todo saltaba dentro de su cuerpo, como una explosión en su columna vertebral y en su cabeza y en el lugar donde Rose lo tocaba, y ella tiró, y él pensó que lo volvía de dentro afuera.

—Querido Tom —dijo ella, y le acarició la mejilla, y él sintió que todo retornaba

a su cuerpo.

—No tendríamos que haber hecho esto —dijo ella, y él rió hasta que la mano de Rose dejó de tocarlo—. Ahora mira cómo estás.

—¡Estupendo!

—Debes pensar que soy terrible. Es que te sentía... y tú gemías de una manera..., no quiero que creas que soy...

—Eres una maravilla. Eres hermosa. Asombrosa. Increíble. Fantástica —el corazón de él seguía latiendo fuertemente—. Hasta eres generosa. Apenas me daba cuenta de lo que me sucedía.

—Bien —dijo Rose y su expresión lo hizo reír otra vez.

—¿Cómo estás?

—Bien. No lo sé. Bien.

—Alguna vez...

—Alguna vez. Sí. Pero no vuelvas a comenzar.

Ella dio un paso atrás en la arena.

—Te amo —dijo él—. Estoy totalmente enamorado de ti.

—Hermoso Tom.

—Ya no me ves enojado.

—Espero que no. —Rose levantó las manos, alzó la cabeza y agregó—: Debo irme. De veras. Lo siento.

—Yo también. Te amo, Rose.

Tom comenzaba a volver a la tierra. Ella le arrojó un beso. Echó a andar por la playa, se detuvo para quitarse los zapatos de tacón alto, y le arrojó otro beso antes de internarse en los bosques que bordeaban el lago.

—¡Eh! —llamó el muchacho—. ¡Podríamos volver juntos! Tengo que...

Pero ella había desaparecido. Tom, todavía mareado, volvió a mirar el refugio y luego siguió las huellas de Rose hacia el extremo de la playa. Recordó que esa noche tenía que dormir en el bosque, y se preguntó si alguna vez encontraría el camino para reunirse con Del.

¿Qué podía decirle a Del? Lo que Rose había hecho por él le parecía un acto de caridad casi divino.

Cuando llegó al extremo de la playa, se quitó la ropa y se metió en el agua fresca.

«Amo a Rose Armstrong», se dijo, y se metió en el agua hasta el cuello. La luz de la luna marcaba una estela que iba hacia él, y que temblaba con sus movimientos. Cuando puso la cara en el agua, recordó que había visto en el fondo del refugio de botes la cabeza cortada de un caballo, suspendida en la oscuridad.

Tom salió del lago y se secó apresuradamente con la camisa. Luego sacudió la arena de sus pies, se puso los pantalones, los zapatos, y volvió al bosque, con la camisa húmeda bajo el brazo.

## 6

Seis luces: y allí estaba la primera, un poco más adelante, cerca del lugar donde Rose había representado la escena de «La Muchacha de los Gansos». Después de eso, Collins simplemente arrojó la cabeza del caballo al agua para que se pudriera. Si era necesario, el mago trataría a Del, a Rose y a él mismo de la misma manera, y Tom lo sabía. Si tan sólo pudiera hacer comprender a Del que debían escapar antes de llegar al desenlace que Collins proyectaba para ellos. Tom tenía la convicción de que, independientemente de lo que dijera, Collins no cedería su lugar en el mundo de los magos, cualquiera que éste fuese, a un muchacho de quince años. Era más probable que hiciera lo que le había hecho a Speckle John..., y eso, como sabía Tom de la misma manera instintiva, sólo se lo diría el día de la actuación.

*Dos.* La segunda luz, atravesando una cortina de hojas. Soñando con Rose Armstrong, Tom apartó las ramas, y subió a un tronco medio podrido; esperó. En medio del claro iluminado había un hombre gigantesco cubierto de pieles. Sobre sus hombros se veía la enorme cabeza de un lobo. Tom miró su figura hierática con estupefacción. No estaba hipnotizado, estaba despierto y sus sentidos funcionaban todos. El hombre-lobo, más que ninguna otra cosa que hubiera visto, parecía la encarnación de la magia... La magia personificada, un guardián. Tom vio que la piel estaba formada por trozos cosidos unos con otros. El hombre-lobo levantó un brazo y señaló al interior del bosque. Tom corrió, pasando junto a los árboles hasta donde el hombre-lobo no pudiera verlo, y entonces siguió lentamente hacia adelante.

*Tres.* Tom pasaba de un árbol a otro, tratando de no hacer ruido. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, miró desde detrás de un roble gigantesco y vio la plataforma pantanosa de tierra bajo la luz Cautelosamente bajó al suelo esponjoso. El bosque alrededor de él parecía derretirse.

—¡No! —gritó.

Y trató de echarse hacia atrás para escapar a la transformación. Su espalda chocó con algo metálico. En un instante el aire se aclaró: estaba en una zona de estacionamiento. Las casas bajas de una amplia ciudad le rodeaban a esa temprana hora de la mañana, con el aire suave y húmedo y el sol que comenzaba a iluminar los edificios de su izquierda. ¿Sería aquí donde recibiría la bienvenida? Ninguno de los vehículos que había en el estacionamiento le resultaba conocido..., aunque no eran nuevos, eran más nuevos que cualquiera de los coches que conocía.

—¿Dónde? —dijo en voz alta..., no había puntos de referencia.

Luego, a través de los edificios bañados de sol, a su derecha vio una línea de color azul pálido. Un océano. ¿California? ¿Florida?

Subió a uno de los muretes de cemento. El objeto metálico con el que había chocado era un contador de estacionamiento. ¿Qué podía sucederle aquí, en una

ciudad?

Entonces vio el deteriorado auto verde ante sí. Una línea de gotas colgaba del marco de la puerta y caía sobre el hormigón. Las gotas eran rojas. Tom miró la ventanilla del conductor y vio la cabeza de un hombre apoyada contra el vidrio. Los cabellos rubios se aplastaban contra la ventanilla. Las gotas rojas eran la sangre del hombre. Tom estuvo a punto de vomitar. No podía ver esas gotas que se formaban y caían. Saltó sobre el murete y caminó con miedo para colocarse frente al auto. Patente de Florida. ¿Debía mirar el rostro del hombre? Por el parabrisas vio unos rasgos grandes y desconocidos. Era el rostro de un hombre de mediana edad. Algún desconocido, algún visitante. En el lugar donde se había golpeado, el aspecto de su cabeza era horrible. Luego, por un instante, creyó reconocer el rostro..., se sintió pequeño y desvalido, invadido por una angustia moral, rechazando la terrible familiaridad que comenzaba a ver en los rasgos del hombre muerto.

Un viejo con una camisa Harry Truman y gorra de béisbol se encontraba en el otro extremo del estacionamiento; iba hacia él y hacia el auto verde.

—¡Señor! —gritó Tom, y el otro hombre lo miró, asustado—. Este..., necesito...

El viejo agitó sus puños hacia él, y el rechazo y el miedo que se veían en el rostro del viejo hicieron retroceder a Tom. El viejo le gritó algo, y Tom dio media vuelta y echó a correr.

Cuando llegó al extremo del estacionamiento y estaba a punto de seguir por la acera, sintió que había caído por un precipicio..., sus piernas se hundieron, la ciudad se esfumaba, y Tom cayó entre unas hojas húmedas. Otra vez era de noche, y el aire parecía diferente. Estaba nuevamente en el bosque. Cuando se levantó vio que estaba del otro lado del claro pantanoso. Tenía que seguir.

No podía ser *Marcus...*, el perezoso y alegre Marcus, el que estaba en el auto verde. Ese hombre era demasiado gordo, demasiado viejo. Sacudió la cabeza, sin poder creerlo, pero sabiendo que ese hombre había sido Marcus. Un momento más tarde salió del claro vacío.

Un sendero muy transitado llevaba hacia la cuarta luz; las raíces rozaban sus pies, unos brazos negros se extendían hacia él. Ahora los bosques estaban llenos de rostros malvados y libidinosos. Una rama crujió, y un ojo le hizo un guiño. Luego vio moscardones, una serie de ojos pequeños que bailaban y giraban alrededor de él. Entre estos aleteos, entre estas observaciones veloces, vio la próxima luz.

*Cuatro.* Sólo le faltaban dos.

Tom se aproximó de puntillas a la luz. Recordaba. La antorcha colgaba de una plataforma de roca chata, más parecida a un escenario que todas las zonas despejadas del bosque. Era aquí donde Rose había representado la fábula sobre el comienzo de todas las historias en su primera noche en la Tierra de las Sombras.

También aquí le esperaba algo. Se acercó a la plataforma rocosa. Sí, alguien lo esperaba..., a través de las ramas vio una cabeza redonda. Snail; o Thorn, con su rostro de máscara. Tom avanzó tratando de ver la cara. Apareció una oreja rota, la

carne rosada bajo los cabellos muy cortos. Finalmente vio el resto del rostro atento.

Ah, Dios.

Pisó una ramita, que se quebró haciendo un ruido tan fuerte como el de un hueso. Dave Brick levantó la cabeza y descruzó las piernas. Estaba sentado en una silla de escolar.

—Tommy... —dijo; su voz era plañidera y baja—. Por favor, Tommy.

Tom se subió sobre la roca. Brick estaba sentado frente a él a poco más de tres metros de distancia, con la vieja chaqueta de tweed que le había prestado Tom.

—Tú me dejaste, Tommy —protestó Dave Brick—. Preferiste escapar. Debes volver a buscarme.

—Lo deseo —dijo Tom—. Pero ahora es demasiado tarde.

—Todavía estoy aquí, Tommy. Esperando. Pero tú elegiste las alas. Vuelve a buscarme. Salvaste un contrabajo y unos trucos de magia. Ahora me toca a mí.

Brick parecía abandonado y un poco ofendido.

—Es demasiado tarde.

Pensó que tal vez se estaba volviendo loco; pensó que su mente cedía y se apartaba de él.

—Puedes hacer magia. Sálvame. Quiero que me salven, Tommy. Algo cayó sobre mí... y alguien me golpeó... y el señor Broome me dijo que no me moviera...

Brick parecía a punto de llorar; luego se echó a llorar realmente.

—Ah, no llores —dijo Tom—, no puedo soportarlo. No sé qué hacer. Es demasiado.

—*Del* tomó la lechuza —dijo Brick entre lágrimas—. Yo lo vi. El lo provocó todo. Pregúntaselo. Cuando hayas regresado y me hayas salvado, Tommy. Todo es culpa de él, Tommy. Porque tú te sentarás en la silla de la lechuza. Pregúntale.

—Tú no eres Dave Brick —afirmó Tom.

Había arrugas en el rostro; las manos eran enormes y poderosas. Corrió por el borde de la roca, y lo que había en la silla comenzó a aullar:

—¡Tú puedes salvarte, Tommy! ¡El puede salvarse! ¡Como tú puedes salvarme a mí!

Tom escapó de la voz que venía del bosque. Ahora lloraba, por la emoción o por la furia, o por un horror desconocido. ¿Coleman Collins le estaría contando esto a Rose en este mismo momento? ¿O ella sabía que esto sucedería cuando le arrojó un beso? No..., no podía ser cierto. Al correr rozó un árbol, vaciló y se detuvo. ¿Dónde estaba? La persona parecida a Dave Brick aullaba en la distancia, a su izquierda.

Tom corrió ciegamente por el bosque iluminado por la luna, en dirección adonde los árboles se hacían menos densos. Todavía veía rostros en los dibujos de las ramas, pero ahora parecían mirarlo horrorizados. Al dejar atrás a Dave Brick, se había convertido en un monstruo.

*Cinco.* Allí estaba, tal como él lo conocía. Una antorcha, no una luz eléctrica; no la misma quinta luz, sino la que él debía encontrar. Tuvo ganas de llorar

nuevamente. Entonces tuvo una premonición. Veía a Rose parada entre las altas hierbas, acariciando a un lobo... Rose con los dientes afilados...

Todas esas pesadillas, en la escuela, todas esas terribles visiones: venían de él. Comenzaban en él, nacían en él, se expandían y contagiaban a todos los que conocía. Aún entonces, cuando pensaba que la magia consistía en algunos trucos con barajas, estaba en camino hacia aquí. La antorcha resplandecía, visible entre gigantescos árboles negros. Tom se estremeció y dio un paso adelante.

Primero vio el lobo muerto. La espada que tenía clavada en el vientre se movió. De pronto Tom olió las flores de mostaza, olió el leve perfume de Rose que la envolvía delicadamente. La herida en el vientre del lobo se abrió porque el lobo estaba clavado al árbol por las patas, y la fuerza de gravedad lo atraía hacia abajo. Colgaba debajo de la antorcha.

—Rose... —dijo—. Por favor...

Un hombre de negro salió del bosque. Capa negra, un sombrero negro que ocultaba su rostro. Llevaba una espada ensangrentada y apuntaba con ella a un espacio a poca distancia del pecho de Tom.

—*¿Tienes mundos dentro de ti?*

—No —no deseaba esos mundos.

—*¿Quieres dominio?*

—No.

—*El vio el tesoro dentro de ti, hijo.*

—Y lo aborreció.

—*Honra al Libro.*

—Ni siquiera lo conozco.

—*Tú perteneces a la Orden.*

—No pertenezco a nada.

Tom temía que el hombre del rostro invisible le atravesara a él también, pero en cambio dijo:

—*Tú sabes lo que eres, hijo.*

La espada ardió. El hombre la arrojó a un lado y señaló el camino que debía seguir. El camino llevaba directamente hasta la sexta luz, ahora extinguida.

7

En la hondonada oscura, Del estaba acurrucado en el suelo dentro de su saco de dormir. Tenía las manos bajo la cabeza. Después de desenrollar su saco de dormir y meterse en él, Tom se tendió en el suelo, sintiendo que las irregularidades de éste se amoldaban a su cuerpo. Oyó el canto de un grillo, un ruido de alegría mecánica e idiota. Tom se puso boca arriba, adaptando su cuerpo a las irregularidades del suelo, y miró la luna llena. Parecía dañada, como un casco deteriorado. *Tú sabes lo que eres.* Volvió la cabeza, y sus ojos encontraron un árbol, partido por la mitad por un rayo.

Del se movió y gimió.

*«Ayúdame, Rose. Sácame de esto.»*

## 8

Un animal respiraba sobre él, bañando su rostro con un aire cálido y pestilente. Se estremeció hasta despertarse totalmente; el animal se retiró. Tom sentía el miedo que éste le tenía. Habían pasado horas; ya no había luna. Sólo veía el óvalo blanco del rostro de Del, a tres metros de distancia. Pero aunque no veía nada, sentía a su alrededor la presencia de cien vidas extrañas..., vidas animales. En los árboles invisibles se oía un batir de alas.

—No —susurró; cerró los ojos—. Váyanse.

Algo se acercó a él. No le tuvo miedo, se sentía frío y firme. En los árboles invisibles, los centenares de pájaros se movieron.

—*Tú sabes lo que eres, muchacho.*

Tom sacudió la cabeza, cerró fuertemente los ojos.

—*Hay tesoros dentro de ti.*

Trató de taparse las orejas.

—*¿Cuál es la primera ley de la magia?*

La serpiente esperaba pacientemente que él respondiera. El no respondería.

—*No tenemos dudas sobre ti.*

Tom sacudió tan fuerte la cabeza que le dolió el cuello.

—*Aprenderás todo lo que necesitas saber.*

Entonces se aproximó otra cosa, algún animal que no podía identificar. La serpiente se enroscó rápidamente, alejándose, y Tom cerró sus ojos aún más fuertemente. Ese ser le transmitía la misma sensación de búsqueda, de avidez, que la pequeña figura de Mesa Lane al comienzo de todo. Este animal tenía un aire de maldad irredimible; no tranquila e insinuante e impersonal como la de la serpiente, sino profundamente malvada. Pero hablaba con voz aguda y graciosa que parecía esconder una risita. Era una voz loca, y el animal no era un animal, sino lo que el hombre de la espada fingía ser.

—*Traicionarás a Del.*

—No.

—*Te quedarás aquí para siempre, echarás a Del.*

—No.

—*Te damos la bienvenida, muchacho.*

Inmediatamente todos los pájaros salieron de los árboles. El ruido era enorme, casi oceánico. Tom se tapó la cara: pensó en los pájaros cayendo sobre él, arrancándole pedazos de carne. Del sollozó en su sueño. Luego los pájaros desaparecieron.

Tom se meció dentro del saco de dormir.



## 9

Cuando despertó, se dio cuenta de algo. Si Rose no se equivocaba con respecto a la fecha, hacía varios días que su madre había recibido su carta. Pronto sería el momento de escapar. Se dio la vuelta y miró a Del, sentado en la hierba al otro lado de la hondonada, apoyado en un árbol.

—Buenos días —dijo Tom.

—Buenos días. ¿Adonde fuiste anoche? Quiero que me lo digas.

—Salí a caminar. Me perdí.

—No viste a mi tío.

—No. No lo vi. Ya te lo dije.

Del se movió y se frotó la mano en la hierba húmeda.

—No creo que te haya sucedido nada anoche. Es decir, algo como lo que él decía...

—¿Te sucedió a ti? ¿Te dieron la bienvenida?

—No —respondió Del—. No.

—A mí tampoco —afirmó Tom—. Creo que fue la noche más aburrida de mi vida.

—Lo mismo me sucedió a mí —dijo Del, sonriéndole—. Pero me pareció oír algo... muy tarde, creo que fue muy tarde. Un gran ruido, como si millones de pájaros levantaran el vuelo al mismo tiempo. —Miró tímidamente a Tom—. ¿Entonces tal vez te dieron la bienvenida? ¿Tal vez fue eso?

—Vamos a lavarnos los dientes —dijo Tom—. Debe de haber comida en la casa.

Tom se puso la camisa, que estaba tan arrugada como un mapa en relieve. Arrollaron sus sacos de dormir y los dejaron en la hondonada.

—Estás distinto —dijo Del.

—¿Cómo?

—Simplemente distinto. Mayor, creo.

—No dormiste mucho.

Estaban caminando por el bosque, bajo los árboles de grandes copas. En pocos minutos llegaron al claro donde el hombre de la espada había dicho a Tom que sabía lo que él era.

—Tal vez veremos a Rose hoy —dijo Del.

—Tal vez.

Tom caminó por el claro hacia el camino apenas visible, con hierbas aplastadas, que llevaba a la plataforma rocosa.

—Tom, lamento haberme enojado contigo. Pensé que tratabas de estropear las cosas... ¿sabes? Era una locura. De veras lo siento.

—Está bien.

Tom apartó unos helechos y volvió al bosque.

Después de un rato, Del habló nuevamente:

—¿Sabes?, creo que hace más tiempo que estamos aquí de lo que parece. El ya hizo eso conmigo una vez.

—Sí, yo creo lo mismo.

—El sol está en otra posición. ¿No es extraordinario? Es como si él pudiera mover el sol.

—Del, me duele la cabeza.

—Ah, probablemente es por eso que se te ve distinto. Oye, ¿qué te pareció Rose? Sé que sólo la viste una vez, pero ¿qué te pareció? Espero que te haya gustado. Espero que haya sido así.

—Me gustó —dijo Tom. Esto era insoportable. Pensó en una forma de lograr que Del dejara de hablar con Rose. Giró sobre sí mismo en el sendero. Ahora veía el borde rocoso. Manchas de luz caían sobre ellos. Del levantó su mirada hacia él, ahora confiado y amistoso como un cachorro—. Quiero preguntarte algo —dijo Tom.

—¿Sobre Rose? Puedes ser mi padrino, si eso es lo que deseas.

—Aquella vez que te fracturaste la pierna, ¿estuviste aquí más tiempo del que pensabas?

—¿Cómo lo has adivinado? —Del lo miró asombrado—. Sí. Tienes razón.

—¿Recuerdas algo de lo que sucedió? ¿Cuando Bud vino a buscarte?

El asombro de Del se convirtió en perplejidad.

—Bien, es como si hubiera estado dormido durante largo tiempo o algo así. ¿Para qué quieres saberlo? A veces recuerdo fragmentos de lo que sucedió..., pequeños fragmentos, como se recuerdan los sueños.

Tom esperó.

—Bien, por ejemplo, recuerdo que Bud discutió con el tío Cole. Principalmente eso.

—¿Discutieron sobre ti?

—Realmente, no. Bud quería que yo volviera a casa inmediatamente. Lo recuerdo. Y lo conseguí. Volví a casa con él. Pero recuerdo que el tío Cole discutía con él. Dijo que esperaba que Bud no estuviese incluido en mi testamento. Sé que fue algo terrible, pero estaba furioso, Tom. Eso es todo, más o menos. Excepto..., bien, recuerdo que Bud estaba sentado en un extremo del living y el tío Cole en el otro. Yo seguramente estaba tendido de costado en el diván. Se miraban. Era como si pelearan sin palabras. Entonces mi tío dijo:

»—Muy bien. Llévatelo, mujercita. Pero él volverá. Porque me quiere.

»Y Bud fue arriba a buscar mis cosas. Cuando bajó, todos fuimos al auto, y Bud dijo:

»—No queremos actuaciones repetidas, señor Collins.

»Mi tío no respondió.

—No quería actuaciones repetidas.

—Eso es. —Ahora que la luz caía sobre él en discos y rayas, Del parecía parte del bosque, camuflado como para confundirse fácilmente con una ardilla—. Pero fue una tontería. Yo nunca volvería a fracturarme la pierna. Bud fue demasiado cuidadoso.

—Bien —dijo Tom; echó a andar hacia el borde rocoso.

—Realmente me pregunto si veremos hoy a Rose —dijo Del a sus espaldas.

*Traicionarás a Del.* Eso ya había sucedido. El resto, juróse Tom, no sucedería nunca.

## 2

### VUELO

#### 1

Las ventanas de la Tierra de las Sombras reflejaban el sol. Unas burbujas lechosas entre las losas recogían la brillante luz. Del abrió las ventanas correderas y los dos muchachos entraron en el living. En la alfombra se veían las huellas de la aspiradora; persistía un olor a desodorante ambiental y a lustre para muebles. Los ceniceros brillaban. Tom sintió de inmediato que estaba solo en la casa. La casa parecía vacía, en venta, abierta para ser visitada.

—¿No es hermoso este lugar? —dijo Del mientras entraban en el vestíbulo. Más olor a lustre de muebles. El pasamanos de la escalera brillaba—. Casi pienso...

—¿Qué?

—Que sería feliz aquí. Que podría vivir aquí. Como él. Y simplemente trabajar con la magia. Profundizar cada vez más. No actuar nunca, sólo llegar a la perfección. Es realmente puro.

—Ya veo a qué te refieres —dijo Tom—. ¿Crees que tomaremos el desayuno en el comedor?

—Veamos, señor.

Del cruzó el vestíbulo y abrió la puerta al comedor.

La mesa estaba puesta para dos. Sobre un aparador había una serie de fuentes tapadas. Allí y en la mesa, había brillantes fresas en jarrones.

—Ya lo creo que sí —dijo Del—. Qué bien. Veamos qué tenemos para comer. —Levantó una tapa tras otra—. Ah, huevos. Tocino y salchichas. Tostadas con mantequilla. Riñones. Hígados de pollo. Creo que a esto puede llamársele desayuno.

—Yo lo llamaría seis desayunos.

Llenaron sus platos de comidas y se sentaron. Tom se sentía un poco tímido ante la inmensa mesa.

—Esto es maravilloso —dijo Del, atacando su comida— ¿Café?

—No, gracias.

—Es como ser rey, pero mejor aún. No necesitas salir a hablar a las masas ni hacer nada de lo que hacen los reyes. Pero creo que él es un rey, ¿verdad? Por lo que decía ayer...

—Sí.

—Realmente no lo deseas, ¿verdad? —preguntó Del con timidez.

—No, realmente no. Sigue tú adelante.

—Y yo no estaría solo, como él. Es decir, no tendría que estar solo.

—Me duele la cabeza —interrumpió Tom—. Los riñones me han caído mal.

—Ah, lo lamento —tartamudeó Del—. Tom, pienso que tengo muchas cosas de qué disculparme. Creo que me volví un poco loco. Sé que no había razón para estar celoso, pero él pasaba tanto tiempo contigo... Pero eso sólo significa que serás un mago fantástico, ¿verdad? Siempre necesitaré tu ayuda, Tom. Sé que él me eligió a mí, y todo eso, pero... bien, pensaba que podrías usar un ala de esta casa para ti solo, y que haríamos excursiones juntos, como hacía él con Speckle John.

—Eso estaría bien —dijo Tom; apartó su plato—. Del, ten cuidado. No todo está arreglado.

No podía hablar a Del de escapar mientras, mentalmente. Del se asignaba la categoría de reyezuelo.

—Tendremos que elegir nuevos nombres. ¿Ya has pensado en eso?

—Del, todavía no sabemos qué sucederá. —Del lo miró de mal humor por un momento—. Lo único que te pido es que no te apresures. Aún tenemos muchas cosas que descubrir.

—Bien, eso es cierto —dijo Del, y se concentró en su plato con huevos.

Tom avanzó un poco más.

—Nunca te pregunté esto antes. ¿Cómo murieron tus padres?

Del levantó la mirada, sobresaltado.

—¿Cómo? En un accidente de aviación. Era un avión de una compañía. Mi padre lo pilotaba..., tenía licencia de piloto. Algo sucedió. —Del dejó su tenedor—. Ni siquiera hubo un funeral porque el accidente fue una especie de explosión..., no quedó nada. Sólo algunas partes quemadas del avión. Y mi padre había escrito en su testamento que no quería ningún servicio religioso. Simplemente... desaparecieron. Simplemente desaparecieron —su tenedor chocó contra el plato.

—¿Dónde estabas tú? ¿Cuántos años tenías?

—Tenía nueve años. Estaba aquí. Sucedió durante el verano. Yo estaba en una escuela para internos en New Hampshire entonces, y fue terrible. Supe que después de eso me marginarían. Y así fue. Si el tío Cole no hubiera sido tan bueno conmigo, probablemente... me habría muerto. No sé —miró a Tom con incertidumbre; Tom había apoyado el mentón en las manos—. El tío Cole me ayudó a salir adelante ese verano.

—¿Por qué no seguiste viviendo con él después de eso?

—¿Era lo que yo quería, pero el testamento de mi padre decía que debía vivir con los Hillman. Mi padre no conocía muy bien al tío Cole. Creo que no le tenía confianza. Puedes imaginar lo que los banqueros piensan de los magos. A veces realmente tenía que rogar a mi padre que me permitiera venir aquí en verano.

Finalmente siempre me permitía venir, a pesar de todo. Siempre me daba lo que yo quería.

—Sí —dijo Tom—. Mi padre también.

Después de un tiempo, Tom agregó:

—Creo que iré a acostarme. O saldré a caminar solo.

—Yo también estoy realmente cansado. Y quiero darme un baño.

—Buena idea —dijo Tom, y los dos muchachos se levantaron de la mesa.

Del fue al piso alto y Tom volvió al living. Se sentó en el diván; luego se acostó y deliberadamente puso los pies sobre el diván. Se oyó correr agua por una cañería en la pared. La gran casa, tan escrupulosamente limpia y pulida, parecía vacía; a la espera. Si dejaba caer un fósforo y quemaba la alfombra, ¿la parte deteriorada se repondría instantáneamente y por sí misma? Eso parecía..., que la casa estuviera viva. Sus pies nunca ensuciarían la tela del diván. Y Del deseaba vivir aquí; en su imaginación, ya era el jefe de la Tierra de las Sombras.

Tom saltó del diván y subió la escalera corriendo. La cama estaba abierta para la siesta. Arrojó sus ropas en ella y fue al baño a darse una ducha.

El agua cantarina decía:

—*No puedes.*

La toalla limpia decía:

—*Te venceremos.*

Un nuevo tubo de pasta dentífrica en el lavabo decía:

—*Serás nuestro.*

Después de vestirse con ropa limpia, Tom arrojó su calzoncillo usado en el canasto y lo cubrió con bolas de papel que tomó del escritorio. Este mínimo acto de desafío le dio ánimos. Al menos había unos centímetros de la casa que no estaban tan inmaculados. Salió de la habitación. Por las grandes ventanas del vestíbulo miró el cobertizo de los botes: Rose con su vestido verde y sus tacones altos. Si se la veía diferente, era por el hecho asombroso que había sucedido allí, no por los acontecimientos mágicos que él había experimentado al volver al claro del bosque.

Sentía la casa alrededor de él como una piel. Sin oír un solo ruido, sabía que Del ya estaba en cama, a punto de dormirse, un punto cálido en la fría perfección pulida de la casa. Si Rose Armstrong estuviera adentro, la sentiría como un incendio.

Tom se apartó de la ventana y bajó la escalera. Le pareció que podía visualizar cada centímetro de la casa, cada curva de la escalera, cada gota de agua en la pila de la cocina.

No se quedaría en esa casa un día más de lo necesario.

La veía desnuda de muebles, sólo las paredes y los suelos, brillantes de pintura nueva esperando a su nuevo propietario. Y pensaba que la Tierra de las Sombras, un feo nombre para una casa, estaba llena de secretos y cosas malas por todas partes, que en todas partes había sombras porque la gente que la habitaba odiaba la luz. La Tierra de las Sombras significaba ser desposeído. Y Coleman Collins parecía un

hombre perdido en sus propios poderes, una sombra en un mundo de sombras, insustancial. Un viejo rey que sabía que tendría que sufrir en manos de su sucesor.

## 2

Al menos eso es lo que me contó Tom Flanagan a los treinta y seis años de edad..., no habría usado esas frases a los quince, y más o menos he improvisado sobre sus palabras, pero el muchacho de quince años parado al pie de la escalera, que sentía que la casa lo llamaba, experimentó la desesperación y la piedad que el adulto me describió. Porque él sabía que había sido elegido, aunque había rechazado el ofrecimiento; sabía que él debía ser el nuevo Rey de los Gatos, aunque se negara a eso también, si podía. Y el Tom adulto me dijo que a los quince años sabía que el estacionamiento de Florida donde había visto un coche accidentado y dentro del coche el cadáver de un hombre, era la imagen más verdadera de la Tierra de las Sombras. No podía quitarse esa imagen de la cabeza.



## 3

De manera que echó a andar por el corredor hacia la puerta principal. No estaba cerrada con llave. En el resplandor del sol, Tom salió al escalón más alto. Los ladrillos brillaban. Entrecerrando los ojos, Tom bajó al asfalto. En el sendero había charcos de agua.

¿Qué sucedería si avanzara por el sendero hasta el portón? Un hombre grande no podía pasar entre los barrotes, pero él, Del y Rose podían hacerlo fácilmente. Desde allí podrían caminar hasta Hilly Vale en menos de una hora, atravesando bosques y campos si era necesario. Tal vez el acto físico de salir de la Tierra de las Sombras sería el aspecto más simple de su huida; persuadir a Del sería el más difícil. Pero Rose podía hacerlo, pensó. El fuerte sol le calentaba los hombros, la cabeza. Del escucharía a Rose.

El sendero hacía una nueva curva junto a la colina. Después de recorrerlo hasta la mitad, vio los pilares del portón de entrada.

*¿Por qué iluminan así el bosque?*

*Para poder ver lo que viene y lo que se va. Y qué ojos tan grandes tienes, abuelita.*

Entre los árboles veía la pared de ladrillo, a distancia del portón. Podrían arreglarse para pasar si Del subía sobre sus hombros. Se acercó un poco más, y comprobó que los barrotes del portón tenían una separación de casi treinta centímetros entre sí. Sería fácil pasar por una abertura como ésta. Y si los hombres les perseguían, tendrían que detenerse para marcar el código que abría las puertas.

Fue a abrirlas. Las puntas de cada barra parecían algo más que ornamentales. Y la pared de ladrillo, según veía ahora, tenía trozos de vidrio roto clavados en el hormigón. Sobre los vidrios había tela metálica. De manera que tendrían que pasar por el portón. Miró a través de él el estrecho camino de tierra que les conduciría a Hilly Vale.

«Cuando estés lista, Rose», pensó, y pasó el brazo a manera de prueba entre los barrotes.

—¿Qué diablos estás haciendo? —preguntó una voz a sus espaldas.

Tom dio un salto. Tuvo la sensación de haberse elevado treinta centímetros en el aire, y se volvió, tratando de no parecer asustado pero sin lograrlo. Thorn y Snail acababan de surgir entre los árboles. Más que nunca parecían embrujados. Thorn llevaba una camiseta de color azul oscuro llena de manchas. Bebió lo que quedaba de una botella de cerveza y la arrojó al bosque. Snail llevaba una camiseta ordinaria de color gris. Las mangas estaban cortadas, y los tatuajes aparecían en sus brazos corpulentos como brillantes medallas.

—Te pregunté qué diablos estás haciendo —dijo Thorn—. No puedes salir por allí. Nadie sale por allí.

«Su rostro de fantoche —pensó Tom— es el resultado de la cirugía.» Había cicatrices alrededor de los ojos y de la boca.

—Yo no salía. No estaba haciendo nada —respondió Tom.

Los dos hombres se acercaron al borde del sendero y se detuvieron. Snail se puso las manos en las caderas. La camiseta gris se abultaba sobre su pecho y su panza.

—Vamos, vamos, vamos —dijo Thorn. Snail rió—. Tú eres el que nos vio antes —agregó Thorn.

El feo rostro pareció consumirse. Tom no sabía qué hacer, sentía una violencia estúpida en los dos hombres... Perros furiosos que de pronto se encontraban al mando de la perrera.

—Tal vez está buscando a su novia —dijo Snail sonriendo.

—Buscando a la muchacha bonita; ¿eh, muchacho? ¿Piensas que salió a tomar el aire?

Snail volvió a reír.

—Yo no buscaba a nadie —afirmó Tom—. Sólo estaba dando un paseo.

Se miraron con un rápido movimiento de comprensión en los ojos. «La cárcel —pensó Tom—, han estado en...»

Se acercaban a él.

—No puedes salir de aquí —dijo Thorn.

Snail sonreía, golpeándose los puños e hinchando los músculos de su brazo.

—Tal vez aún esté buscando a ese tejón.

—Tal vez él es el tejón —señaló Snail.

Tom retrocedió hasta los barrotes del portón, demasiado asustado como para pensar.

—¿Qué te parece? —dijo Thorn—. ¿Te cagarás en los pantalones antes de que lleguemos ahí, o después?

*No comiences cosas que luego no sabes cómo terminar.* Tom sentía olor a piel sucia, tosca, a cerveza rancia. Cerró los ojos y pensó en sus hombros abriéndose cada vez más. En su mente estalló un rayo de color amarillo, y vio a Laker Broome gritando órdenes desde el escenario lleno de humo: inmediatamente antes de que los hombres llegaran a él, vio un cielo raso donde un pájaro gigantesco le gritó: Sí. Se elevó a noventa centímetros del suelo, en línea recta. Las barras de la puerta rozaban su camisa. *Dios, sí.* Subió otros noventa centímetros y abrió los ojos. Rió enloquecidamente.

Thorn y Snail lo miraban con la boca abierta, y ya retrocedían.

—Eh —gruñó Tom, incapaz de hablar, y señaló un abedul de seis metros de alto cerca de la pared de donde ellos habían venido. Sentía que le estallarían las venas en la cabeza. *Ahora, carajo.* Se abrió una grieta en el suelo, se oyeron ruidos como de armas de fuego entre los árboles. El abedul se inclinó hacia la izquierda y una raíz se rompió con un fuerte crujido.

— ¡Estás loco! — gritó Snail.

Tom gimió. El abedul saltó, arrastrando raíces y tierra. Quedó colgado en el aire, paralelo a él, y Tom casi oyó al abedul gimiendo de dolor y conmoción. Lo dejó caer como habría hecho con un ratón o con un conejo moribundo, con alguna pequeña vida que él mismo hubiese dañado; se odiaba a sí mismo. Sin saber por qué, vio mentalmente una planta de diente de león arrancada de raíz, imaginó que corría sangre por sus manos.

Thorn y Snail desaparecían ahora en el bosque, cuando cayó en el asfalto. «Esto es lo que quería Esqueleto», pensó. Sintió el impacto de la caída en la columna vertebral, luego se apoyó en los codos y en las rodillas. El asfalto húmedo le raspó la mejilla. «Ese malestar.» Si los hombres habían vuelto, le darían de puntapiés hasta dejarlo sin sentido.

4

Finalmente, Tom se levantó y caminó, tambaleante, por la ladera de hierba. La Tierra de las Sombras brillaba ante él, bañada por la fuerte luz. La casa parecía totalmente nueva. Los escalones de ladrillo lo llamaban, el picaporte rogaba que lo tocaran. A Tom le dolía la cabeza.

Un inconfundible aire de bienvenida, cálido y fragante, lo invadía.

Tom recorrió el vestíbulo, tomó por el corto corredor lateral y abrió la puerta de la habitación prohibida. No lo recibió ningún rostro sabio con gafas; la habitación no era ni un estudio atestado de muebles ni un sótano. Estaba vacía. Las paredes eran de color gris plateado, con bordes blancos y brillantes alrededor de las ventanas, y una oscura alfombra gris. Vacía de vida, la habitación lo acogía.

*Todo lo que veas aquí viene de la interacción de tu mente con la mía.*

Una escena invisible se desarrollaba entre esas paredes, esperando que él entrara para cobrar vida.

Tom retrocedió ante la escena invisible..., casi oyó el suspiro de desilusión de la habitación. O de algo en la habitación... Algún gigante frustrado que se apartaba... Tom cerró la puerta.

Y siguió por el vestíbulo hasta el Pequeño Teatro. La chapa de bronce en la puerta ya no estaba vacía: ahora se veían tres palabras y una fecha grabadas en ella:

*Wood Green Empire*

*27 de agosto de 1924*

Tom abrió un poco la puerta y el público del mural lo miró con distintas expresiones de placer, diversión, cinismo y voracidad. Por supuesto. Del otro lado de la puerta se encontró tan cerca del escenario que casi estaba dentro de él. Retrocedió.

Caminó unos pasos por el vestíbulo y entró en el teatro grande. También brillaba; hasta los asientos estaban lustrosos. Tom penetró más profundamente en el teatro. Los cortinajes estaban descorridos y se veía el escenario. La madera pulida terminaba en una pared blanca y vacía. Colgaban sogas a diversas alturas sobre la madera. Tom caminó por un pasillo y se sentó en uno de los asientos tapizados. Deseaba sacar a Rose y a Del de la Tierra de las Sombras esta tarde: no quería ver nada de la actuación de despedida de Collins. Tal vez consistiría en más que una despedida, y Tom lo sabía. Lo sabía del mismo modo en que conocía sus propios sentidos.

Estos también parecían haber tomado parte en el cambio general dentro de él. Era como si sus sentidos hubieran sido afinados y puestos a punto. Todo el día había visto y oído con gran claridad. Desde que él y Del retornaron a la casa, esta

intensidad de percepción había aumentado. Lo acosaban sonidos corrientes, casi inaudibles, llenos de sustancia. Lo más extraño de todo fue su percepción de Del, que dormía en su cama: ese punto de calidez. Todavía tenía conciencia de esto. Del brillaba para él.

Luego Tom sintió un cambio en la casa, un movimiento de masa y de aire como si se hubiera abierto una puerta. La casa se había organizado de otra manera para recibir a un recién llegado. Tom oía a medias la sangre que corría por el cuerpo del recién llegado; sus músculos comenzaban a ponerse tensos. Sabía que era Coleman Collins. El mago lo esperaba. Estaba en algún lugar del teatro, aunque no se le podía encontrar en ninguna parte si se intentaba una búsqueda común.

Tom se levantó de su asiento y caminó por el pasillo hacia el escenario vacío. ¿Qué era lo que había dicho Collins sobre los trucos, en la historia de los gorrones? Le daban a uno lo que uno pedía, pero le hacían pagar por ello.

Cruzó la amplia zona frente al escenario y fue hacia el pasillo más alejado. Tom recordaba haber visto esas paredes verdes que se formaban alrededor de él, uniéndose como trozos de nubes. Las columnas blancas le recordaban los barrotes de la puerta..., barrotes sólidos entre espacios abiertos. Luego supo dónde estaba el mago.

Sintiéndose tonto, pero sabiendo que tenía razón, Tom apoyó la palma de su mano en la pared. Por un instante sintió yeso sólido, un poco más fresco que su mano. Luego fue como si las moléculas del yeso se aflojaran y comenzaran a separarse. La pared se hizo más cálida; durante una milésima de segundo el yeso le pareció húmedo. Luego sólo quedó el color, con aspecto sólido, pero no era otra cosa que un color. Su mano se había hundido hasta la muñeca. Del otro lado de la pared de color, sus dedos eran oscuramente visibles y tenían un color verdoso. Tom siguió a su mano a través de la pared.

## 5

Estaba en un inmenso espacio blanco, y su corazón daba saltos. Coleman Collins estaba sentado en la silla de la lechuza mirándolo con afectuosa atención. Llevaba un traje de franela color gris claro y brillantes zapatos negros. En el brazo de su sillón, junto a su codo derecho, había un vaso lleno hasta la mitad de whisky.

—Lo supe cuando oí tu nombre por primera vez —dijo Collins, apoyando el mentón sobre sus dedos entrelazados—, y estuve seguro cuando te vi por primera vez. Felicitaciones. Debes sentirte muy orgulloso de ti mismo.

—No estoy orgulloso.

Collins sonrió.

—Deberías estarlo. Eres el mejor en siglos, probablemente. Cuando hayas terminado tus estudios, podrás obtener lo que quieras. Entretanto, quiero responder a todas las preguntas que desees hacer. —Collins bajó la mano y encontró el vaso sin mirarlo. Tomó un sorbo—. Sin duda hasta un novio poco dispuesto tiene algunas preguntas que hacer.

—Del piensa que él es el elegido —dijo Tom.

—Eso no tiene importancia para ti. —Collins echó atrás la cabeza y adoptó un aire seductor. Era como mirar a Laker Broome cuando trataba de ser encantador; Tom percibió la tensión y la excitación del mago, oía a medias el tamborileo de su pulso—. En realidad, sugiero que ya no puedes permitirte preocuparte por asuntos así. Uno de los peligros de la altura, pajarito..., es que no puedes ver a los pájaros más pequeños que aún tratan de encontrar su camino para salir de las nubes.

—Pero ¿qué le sucederá a Del cuando descubra esto? No quiero que lo descubra.

El mago se encogió de hombros y tomó otro sorbo de whisky.

—Puedo decirte una cosa. Este es el último verano de Del en la Tierra de las Sombras. Pero no el tuyo. Tú vendrás aquí a menudo y te quedarás mucho tiempo. Así debe ser, hijo. Ninguno de nosotros tiene otra opción. —Volvió a sonreír a Tom, y tomó un sobre de aspecto familiar de un bolsillo de su chaqueta—. Iba a esto. Elena me entregó este sobre, como tú sabrías que haría. Yo no podía permitir que saliera, ¿sabes? Todavía estoy considerando este insulto a mi hospitalidad.

Era la carta de su madre, y Tom la miró con miedo. Collins seguía sonriendo, sosteniendo la carta entre dos dedos.

—Eliminémosla, ¿eh?

Apareció una llama en el ángulo superior del sobre. Collins lo sostuvo hasta que la llama llegó a un centímetro de sus dedos, luego arrojó el papel en llamas hacia arriba; sólo quedó la llama, y luego la llama misma desapareció desde abajo hacia arriba.

—Ahora que esto ya no está entre nosotros —dijo Collins—, no habrá nada parecido en el futuro. ¿Comprendes?

—Comprendo.

Tom se había puesto pálido..., de alguna manera la carta era una prueba de que escaparía de la Tierra de las Sombras.

—Esto es mucho más importante para ti que el colegio, muchacho. Esta es tu verdadera enseñanza. Y en realidad quiero mostrarte algo que seguramente me preguntarás más tarde o más temprano. —Se inclinó y tomó un pequeño libro encuadernado en cuero que había debajo de su asiento. No tenía título en la tapa ni en el lomo—. Este es el libro. *Nuestro Libro*. El Libro que debemos honrar.

La excitación del mago era casi palpable. Bajo su exterior frío, Collins hervía.

—Speckle John me lo dio. Con el tiempo será tuyo..., entonces ya lo habrás leído cien veces. El original estuvo perdido durante siglos, y tal vez terminó su existencia en el fuego de un árabe... La madre del hombre que descubrió unos evangelios desconocidos lo usó como combustible antes de descubrir su valor en el mercado negro. Pero hace siglos que tenemos nuestra copia, que ha pasado de mano en mano. Los eruditos conocen desde hace unos treinta años una versión expurgada, llamada *Evangelio de Thomas*. Pero ese pobre documento no revela nuestro secreto. ¿Cuál es la primera ley de la magia?

—Como arriba, abajo —dijo Tom.

—¿Conoces el significado de esa frase? —Collins esperó; Tom sentía la atracción gravitacional de su tensión—. Significa que los dioses son sólo hombres con un entendimiento superior. *Magos*. Que han encontrado y liberado lo divino dentro de ellos mismos. Jesús compartió este conocimiento sólo con algunos, y el conocimiento se convirtió en nuestra tradición secreta —pasó los dedos amorosamente sobre la encuadernación de cuero—. El Libro estará en la habitación donde te prohibí entrar. Después de mi actuación, entra allí y léelo. Léelo como yo lo leí hace cuarenta años. Aprende la verdadera historia de tu mundo.

—¿Habla del demonio? —preguntó Tom, recordando el ser que se le había aproximado durante la noche.

—Dios, según el punto de vista ortodoxo, provoca hambre, plagas e inundaciones. ¿Dios es malo? El mal es una ficción conveniente.

Tom miró el viejo rostro poderoso del mago. Lo que vio ardía tan fieramente que tuvo que apartar la mirada.

—Evita analizar lo que viste anoche. De manera que no te obligaré, muchacho..., eso vendrá solo. Pero debes saber que todos los muchachos de tu escuela fueron tocados por nuestra magia, algunos en forma beneficiosa, otros no. Y no podría haber sido de otra manera, ya que tú y Del estabais allí.

—Sé que las pesadillas provenían de mí —dijo Tom, con plena conciencia de su culpa.

—Por supuesto. De lo que estaba oculto en ti, de algo que tú no sabías que

estaba dentro de ti. De tu tesoro.

—Mi tesoro.

—Cualquier tesoro encerrado en una habitación a oscuras comenzará a pudrirse y a tratar de salir de ella. Eso sucede con un cadáver no embalsamado dentro de un ataúd. Está en el Libro: «Si extraes lo que hay dentro de ti, lo que extraigas te salvará. Si no extraes lo que está dentro de ti, lo que no extraigas te destruirá.»

—¿Es eso lo que le sucedió a Esqueleto Ridpath? —preguntó Tom.

—No arrojó afuera el poder que tenía dentro de él, como otro alumno de tu clase, sino que imploró poseer sus aspectos más crueles... cuando aún no estaba preparado para ello. Ese muchacho quería que yo fuese a buscarlo, y eso hice. Junto con Speckle John, yo ya había inventado el Cobrador. Originariamente era un objeto de tela y goma, un juguete para asustar al público. Vi que podía ser un recipiente. Hay muchos candidatos. Muchos voluntarios.

Las manos de Collins temblaban.

—Le di lo que pedía. —Levantó la mirada hacia Tom con una expresión de salvaje desafío—. Ven conmigo. Ya verás lo que quiero decir.

Se alejó de la silla a grandes pasos. Ante el temor de quedarse solo, Tom se apresuró a seguirlo. La alta figura del mago, con su traje gris, ya estaba profundamente inmersa en la neblina blanca. La neblina rodeó a Tom cuando se acercó a Collins, y por un momento fue lo suficientemente densa, como una nube congelada, como para ocultar totalmente a Collins. Entonces Tom vio los anchos hombros grises un poco más adelante, y corrió en esa dirección.

Salió de la niebla para pasar a un herbazal seco y arenoso. Estaban nuevamente en Arizona, eso fue lo primero que comprendió. Los coches se hallaban estacionados en filas alrededor de ellos. En la distancia se oían unos gritos.

—Rápido —dijo Collins, y Tom se quedó sin aliento; el mago se había envuelto en un largo impermeable, y un sombrero de ala ancha daba sombra a su rostro.

Tom se acercó y vio dónde estaban.

A sus pies la tierra descendía hasta una planicie blanquecina..., el campo de fútbol. Las tribunas estaban llenas de padres y muchachos. Dos equipos se enzarzaban y luchaban en el campo. Collins dijo:

—Dos cosas me llamaron aquí. Ese muchacho perturbado en aquel banco, que me mira en este momento..., y tú. Fíjate.

Tom vio el rostro de Esqueleto que irradiaba placer sobre su frágil pecho y sus hombros cubiertos por las almohadillas del traje de fútbol. Con sus sentidos aguzados, Tom percibía lo que sucedía dentro de Esqueleto, una intensa ola de pasión. Entonces oyó un ruido de amor mezclado con miedo, y vio que Esqueleto levantaba bruscamente la cabeza para mirar hacia las tribunas. Y allí estaba Del, tratando de ponerse de pie en la última fila, mirando con ojos extraviados hacia adelante. Los sentimientos que surgían de Del eran demasiado densos como para captarlos todos, el amor, el terror y el horror a la traición y a la confusión se



mezclaban en toda su magnitud. Se vio a sí mismo, con un rostro vacío e inocente haciendo volver a su asiento a Del.

—Basta —dijo Collins.

Dio media vuelta y echó a andar entre las hileras de coches.

La hierba era más alta y ya no había coches. Collins caminaba junto a él, entrando en el valle verde. Era Ventnor. Los desastrosos partidos de fútbol habían terminado.

—Hoy está sucediendo algo interesante —decía Collins—. Quiero que lo veas.

Mientras seguían caminando, Tom miró por encima de su hombro y vio un sendero donde se habían detenido varios muchachos, y él mismo estaba entre ellos. Del levantó su brazo vendado como para defenderse de un golpe. Una segunda ola de traición, casi imperceptible. Nadie más lo veía..., no era más que la sombra de Collins.

—Por supuesto, éste es el día del famoso robo —dijo el mago.

Caminaban por una zona verde, y Tom recordó haberla visto en un sueño, mucho tiempo atrás... Sabía que Esqueleto Ridpath estaba esperando, lleno de alegría, cerca del gimnasio de Ventnor.

—Cuando todos vivíamos en el bosque —dijo Collins—, podíamos convertirnos en pájaros a voluntad.

Desaparecieron detrás de una pared de hormigón... Tom transpiraba, estaba al borde del colapso..., y el mago se elevó del suelo, batiendo unas grandes alas grises. Era una lechuza.

Tom agitó sus propias alas; él también se había convertido en un pájaro. Más abajo y más atrás, Esqueleto aullaba. La transformación había sido instantánea e indolora; adquirir alas era más fácil que ponerse una camisa. Dentro del pequeño pájaro en que se había convertido, él seguía siendo Tom Flanagan; y cuando miró la lechuza, vio a Coleman Collins dentro de ella. El mago sonrió, tenía el cabello aplastado sobre su cabeza. La lechuza voló a cierta altura y luego volvió hacia los edificios de Ventnor. Tom giró también, más abajo, y la siguió. Por lo que veía de sí mismo, era un halcón.

—Un halcón peregrino —dijo Collins—. Veo que eres curioso —había risa en su voz.

Tom miró el paisaje, y por un momento quedó maravillado por su belleza y su extrañeza..., árboles, un lago brillante y grandes zonas verdes. Parecía el edén, un lugar que brillaba por lo nuevo y promisorio. Más allá se extendía una red de caminos zigzagueantes, otros rectos, algunas casas, el desierto. A kilómetros de distancia se alzaban las montañas. Debajo de todo esto había tensiones geológicas y músculos pletóricos de vida. Pequeños seres se escurrían por la hierba y la arena. Tom veía por los ojos de un halcón.

Collins interrumpió su ensoñación.

—Hijo.

Tom miró hacia abajo y vio al mago sentado en un techo junto a una ancha lámina de vidrio inclinada. Descendió de mala gana. Cuando aterrizó en el techo era Tom otra vez y la maravillosa visión interna había desaparecido. Caminó hacia Collins, apoyándose en la pendiente del techo.

Ya ves, no todo es malo —dijo el mago—. ¿Acaso las normas ingenuas de moral podrían darte algo así? —miró hacia abajo, a través del vidrio—. Pero ahora llega nuestro momento. Mira.

Tom se vio a sí mismo y a Del en medio de un mar de cabezas, solos en medio de una multitud, cerca de una mujer que servía té. Luego Marcus Reilly se aproximó a él, empujado por Tom Pinfold, y Tom se vio a sí mismo apartándose para hablar con ellos. Miró la cabeza rubia de Marcus como si pudiera ver dentro de ella y encontrar el germen que había puesto a su amigo en este asunto sangriento.

—Pierdes el tiempo —dijo el mago, con brutal brusquedad—. Mira del otro lado de la habitación.

Tom miró hacia allá. Esqueleto estaba apoyado en la pared más distante. Su rostro se mostraba distorsionado pero era visible, parecía un robot en un piloto automático. Tom miró nuevamente hacia atrás y hacia abajo y vio que Del se había apartado un poco del Tom Flanagan que se encontraba allí: Del estaba solo, y su nariz señalaba directamente a Esqueleto.

—Mi sobrino es más débil que Speckle John —dijo el mago—. Ya ves, se siente amenazado, no sabe si puede confiar en sus ojos, pero ellos parecen decirle que su mejor amigo está en secreta complicidad con su ídolo. No puede ignorar ni rechazar a su mejor amigo. Pero debe golpear en alguna parte. Ha comenzado a admitir que la persona que más teme y odia en el mundo también podría tener una secreta relación con este ídolo.

Del estaba rígido por la concentración. El aire que lo rodeaba pareció oscurecerse. Tom vio o sintió el esfuerzo de Del con los sentidos de pájaro que le quedaban.

—No necesitas ser un gran hombre —dijo el mago—, sé un gran asno.

Del otro lado de la habitación, Esqueleto se acercó a los estantes. Dejó flotar su mano sobre los objetos de vidrio. La mano bajó y se cerró. Deslizó algo en su bolsillo y mostró una sonrisa vacía.

A cierta distancia de Tom, Del se relajó. En cierto modo era una prueba. Tom se apenó por Del, por Dave Brick (que tenía su regla de cálculo en la mano y miraba a Esqueleto con la boca abierta), por sí mismo también: tanto malestar, tanta agitación, tantos celos.

—Hizo uso de tus fuerzas —dijo Collins.

—¿Y la levitación...?

—Otra vez tu fuerza. —Collins se puso de pie, y Tom también, parpadeando—. Ven.

La enorme lechuza gris se elevó sobre el vidrio y sobre el techo, dirigiéndose a

las nubes; Tom vaciló, levantó los brazos y descubrió que eran alas. Nuevamente esa transfiguración instantánea. A su alrededor se amontonaban nubes blancas, la lechuza había desaparecido; se encontró arrastrándose a cuatro patas hacia una zona verde.

Cuando su mente se aclaró, estaba tendido en el suelo frente a la primera hilera de asientos en el gran teatro.

## 6

Tom se metió en la cama y trató de descansar. No podía dormir. Siempre que cerraba los ojos, estaba volando o cayendo.

Finalmente se puso de pie y bajó la escalera, y encontró el almuerzo servido en el comedor. Jamón y carne, *choucroute*. Un vaso de leche helada. Tom comió tan irreflexivamente como un animal, y luego llevó sus platos a la cocina y los depositó en la piletta.

Durante algún tiempo Tom recorrió el living, mirando los cuadros. Luego pasó a un gabinete con puertas de vidrio. En el estante más alto había un antiguo revólver sobre el terciopelo de un estuche de cuero abierto. Debajo se hallaba una pastora de porcelana con un bastón. A poca distancia había otras figuritas de porcelana, un muchacho con una cartera repleta de libros, un gordo de la época isabelina con un jarro de cerveza, unos borrachos con rostros contorsionados sosteniendo partituras musicales. Volvió a mirar a la pastora y vio que tenía la cara de Rose..., una frente alta y vulnerable, labios llenos, ojos muy espaciados. Parecía molesta por haber sido colocada en un lugar aparte de los demás. La mano de Tom fue hacia la llave de la puerta de vidrio; se detuvo al tocar el metal. Tema un miedo supersticioso de tocar la figura de porcelana. Finalmente se alejó.

Esa noche se enfrentó con Del, después de una larga siesta.

Las puertas de corredera estaban abiertas hasta la mitad, dejando un arco iris entre su habitación y la de Del. Tom pasó por la abertura y oyó el rumor del agua en el baño. Se sentó en la cama.

Poco después Del salió del baño, con una toalla alrededor del cuello como una capa, los cabellos húmedos y brillantes pegados a la cabeza. Entonces Tom se dio cuenta de que Del le parecía un niño, tan frágil como si tuviera nueve años de edad.

—¡Me siento magníficamente bien! ¡Debo haber dormido todo el día! —exclamó Del.

—Yo también —dijo Tom.

—Si seguimos así, pronto tendremos el horario de un mago..., estaremos despiertos toda la noche y dormiremos durante todo el día. Pero eso está muy bien. Me gusta la noche. ¿Y a ti?

Del comenzó a secarse los cabellos con una toalla, sin ninguna conciencia de su desnudez.

—Yo prefiero la luz del día.

Del se asomó bajo el borde de la toalla.

—¿Estás de mal humor?

Tom sacudió la cabeza y el rostro de Del desapareció detrás de la toalla.

—¿Tienes ganas de trabajar con la baraja cuando me haya vestido?

—Sí.

—Tenemos que practicar más... Hace una semana que no toco una baraja. Es necesario practicar para no perder la habilidad. Podría mostrarte esa manera de barajar sobre la que estaba leyendo.

—Muy bien.

Del se quitó la toalla de la cabeza y se secó las piernas. Tenía los cabellos desordenados en las sienes, y aún colgaban, húmedos detrás de sus orejas. Dejó la toalla y comenzó a ponerse ropa interior blanca.

—Muy pronto, tal vez mañana, oiremos el resto de la historia de mi tío.

—Así creo.

Abotonándose una camisa amarilla, Del miró a Tom casi con timidez.

—Espero que los dos podamos pasar los veranos aquí de ahora en adelante. Podríamos aprender juntos, ¿no te parece?

Del no prestó atención al silencio de Tom, sino que fue a su escritorio, sacó una baraja nueva y rompió la etiqueta de celofán.

—Bien, acerca una silla al escritorio —dijo Del, barajando las cartas.

Las manipulaba de un modo complicado que Tom no llegaba a ver, que requería el uso de las palmas y que terminaba abriéndolas en abanico con las dos manos para mezclarlas.

—Muy bien. Mira. —Las extendió en abanico sobre el escritorio. Los cuatro doses estaban juntos. Los treses también, y así sucesivamente hasta los ases—. Muy bueno, ¿no te parece? Se puede hacer prácticamente cualquier cosa con esa mezcla triple. En un par de meses podré hacerlo tan bien que...

—Del —interrumpió Tom—. Cuéntame lo de la lechuza de Ventnor.

Su amigo lo miró con ojos alarmados y muy abiertos. Juntó las cartas y volvió a mezclarlas.

—No hay nada que contar.

—Yo sé que sí.

Del miró sus manos.

—¿Lo gracioso es que todos piensan que lo que importa es la velocidad, y se equivocan. Ninguna mano es tan rápida como el ojo. Tiene mucho que ver con la *finesse*. La velocidad rara vez importa.

—Háblame de eso, Del.

Del abrió las cartas en abanico; los dos reyes rojos brillaron en medio de un mar de naipes negros.

—Yo quería perjudicar a Esqueleto —murmuró—. Quería que lo echaran —dirigió a Tom una mirada atormentada—. ¿Cómo lo sabes, de todas maneras? ¿Cómo lo descubriste?

—Me lo dijo tu tío.

El rostro de Del se puso blanco. Hizo un montón con los naipes, lo cortó, los mezcló de forma convencional, y volvió a cortar. Tomó las cuatro cartas de arriba:

cuatro ases. Volvió a mezclar las cartas y levantó las cuatro de arriba: reyes.

—Estás buscando evasivas —dijo Tom.

Del intentó nuevamente el truco: tres reinas y un siete aparecieron sobre el escritorio.

—Pero fue a causa de él... —se interrumpió..., trataba de no llorar—. Hasta Esqueleto parecía robar al tío Cole... —Del se secó los ojos—. Yo quería crearle problemas —miró el truco malogrado—. Yo lo observaba, pensaba en él... y tú comenzaste a hablar a Marcus Reilly..., y yo me sentía muy mal por lo que Bobby Hollingsworth había dicho después del partido... y después de verte con él, Tom, porque yo te vi, y tú me miraste, pero nadie más podía verte..., fue como aquel día que me fracturé la pierna..., sentí odio por todo, y no podía hablar contigo... —Del se llevó la mano a los ojos—. Entonces pensé: me liberaré de Esqueleto. Pensé que el señor Broome y todos los demás sabrían de inmediato que había sido él, nunca pensé que todo se convertiría en una locura como sucedió... —gimió, levantando la mirada hacia Tom—. De manera que hice que la tomara. Hice magia. Nunca había hecho algo así antes, pero de pronto supe que podía hacerlo. Me concentré tan intensamente que pensé que iba a explotar. Y logré que lo hiciera —miró hacia abajo, y luego nuevamente a Tom—. De manera que creo que yo causé después todos esos problemas. El incendio, lo que le pasó a Dave Brick, y... todo.

—No, tú no —dijo Tom—. *El* lo hizo.

—¿Esqueleto?

—Tu tío.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Mira, Del —respondió Tom—. Las cosas que hace son... —puso sus manos sobre los naipes—. Como esto. Los baraja, hace salir a uno, coloca su palma sobre otro, te muestra un dos cuando esperabas un as..., ¿ves? Un incendio, una vida, para él son como dos naipes más. No cree que pueda hacer nada malo. No cree en el bien y el mal.

—Pero yo logré que Esqueleto lo hiciera —protestó Del.

—Y acabas de decirme por qué.

—Hablas así porque no eres suficientemente bueno como mago —dijo Del, comenzando a resentirse otra vez.

—No discutiré eso contigo —miró a su amigo con furia—. Del, Rose piensa que deberíamos marcharnos de la Tierra de las Sombras. Piensa que tu tío está perdiendo el control. Tiene miedo por nosotros. Por ella misma también.

Esto conmovió a Del.

—¿Rose tiene miedo?

—Tiene bastante miedo como para querer marcharse. Y llevarnos con ella.

—Bien, yo hablaré con ella sobre esto. Si lo que me dices es cierto.

Siguieron hablando..., fue una conversación que no llegó a conclusión alguna, de manera que tuvieron que dejar las cosas como estaban, pero Tom se sentía

agradecido de que Del hubiese llegado hasta aquel punto sin pedirle que la conversación terminara.

En realidad, se quedaron levantados hablando hasta el amanecer, y en cierto momento Del fue a buscar una vela; la encendió y apagó las luces, y los dos permanecieron sentados ante el pequeño escritorio, al principio Tom se sentía receloso y Del culpable, pero más tarde surgió un reconocimiento no expresado de la importancia de su amistad en sus vidas, y siguieron hablando a la cálida luz de la vela, sobre magos, naipes, y acerca de la escuela. Y sobre Rose. A pesar de las cosas silenciadas por ambas partes, fue la última noche y la mejor de su amistad, al menos la última noche en que pudieron hablar de la manera cálida y espontánea propia de una vieja amistad, y los dos comprendieron que así había sido.

## 7

Pasó una semana, la semana anterior a la enfermedad de Tom y a su encuentro con el demonio; fue un extraño limbo durante el cual coincidieron casi exclusivamente durante los abundantes desayunos y a la hora de la cena. La hora del desayuno pasó de las ocho a las diez de la mañana y luego a cerca del mediodía, y reemplazó al almuerzo. Los dos muchachos se quedaban levantados hasta la una o las dos de la mañana, pero hablaban poco, como si aquella conversación de toda una noche les hubiera secado la lengua. Del iba a menudo al teatro grande a practicar con los instrumentos de prestidigitación. Cuando fuera llamado, Del quería estar listo, y Tom lo advirtió.

Mientras Del barajaba y manipulaba los naipes, Tom nadaba en el lago, flotando de espaldas con las orejas bajo el agua y al sol. Descubrió que podía cruzar el lago si se relajaba y hacía una brazada lateral durante largos trechos. En el extremo más alejado del lago había una playa de sólo dos metros de ancho. La primera vez se tendió desnudo en la arena y se quedó dormido. Cuando despertó tuvo la sensación de que los hombres del señor Peet se habían acercado a él y se habían marchado sin despertarlo. Luego vio que alrededor de él la arena estaba llena de huellas.

Al día siguiente echó a andar por el bosque a primera hora de la tarde. En el claro, junto a la estrecha avenida bordeada de árboles, Tom se encontró con Del, que estaba sentado sobre un tronco cortado.

—Hola —dijo Del, sobresaltado—. Estaba..., estaba sentado aquí. Salí a caminar.

—Yo también —respondió Tom—. Creo que iré un poco más lejos.

Los dos sabían que esperaban ver a Rose Armstrong. Tom saludó a Del con la mano y se perdió entre los árboles. La expresión del rostro de Del le dijo que era un intruso.

El terreno tenía una leve pendiente, y media hora después se hizo plano, a nivel del agua. Tom veía retazos de azul de cuando en cuando, brillando entre los árboles; luego vio una cinta de arena dorada.

Como era curioso, se abrió paso entre la maleza para llegar allí. Cuando salió a la pequeña playa, observó que el muelle apuntaba hacia él como un dedo, el refugio de los botes parecía una boca abierta; la Tierra de las Sombras, allá arriba, arrojaba luz por todas sus ventanas. También parecía vivir. El resplandor daba un amarillo intenso a las hileras de ventanas: los ojos de un dios demasiado absorto en sí mismo como para atender asuntos terrenales.

Las huellas seguían en la arena.

Tom pasó sobre ellas para apartarse de la Tierra de las Sombras, atravesó hierbas altas, y pronto se encontró en una zona como un parque con álamos y césped. Más adelante, con una suave ondulación a la izquierda, había un pequeño camino.



Un minuto después vio una construcción deteriorada, con un toldo roto en el pórtico. Una casita de verano: daba la impresión de que hacía años que estaba vacía. Tres árboles la cubrían con su follaje. Tom se acercó lentamente, con cautela, a la destartada vivienda. Miró a través de un desgarrón del toldo. Había dos sillas igualmente deterioradas en el pórtico, una de ellas con un cenicero lleno de colillas. Sobre el suelo de madera del pórtico había una revista con una mujer desnuda en la tapa que levantaba sus gruesas, piernas en el aire. Escuchó: no llegaban ruidos de la casa.

Tom abrió la puerta y entró en el pórtico. Atisbo por una ventana. Una cama con un saco de dormir y una almohada, un armario abierto donde colgaban camisas en perchas de alambre. Láminas de mujeres desnudas en las paredes. Se apartó de la ventana y fue hacia la puerta entreabierta.

Entró. El living estaba lleno de muebles rotos y olía a cigarro: las puertas a los lados de la habitación seguramente conducían a la cocina y a dormitorios más pequeños. En el suelo había botellas de cerveza vacías, y también botellas de otras clases. Salía relleno blanco de la rasgadura de un sillón.

Luego Tom oyó cerrarse una puerta, y pasos que se acercaban. Quedó helado por un instante, demasiado asustado para escapar, y luego retrocedió hasta la puerta de entrada.

Rose Armstrong, con téjanos arremangados y una camiseta azul, entró pasando bajo una arcada. Cuando le vio, dejó caer la toalla que llevaba.

—¿Qué haces aquí? —se quedó con la boca abierta.

—Miraba. —La vio recoger la toalla—. ¿Esto es tuyo..., es el lugar donde vives?

—Por supuesto que no. Salgamos de aquí. —Se acercó a él en medio del desorden—. No tengo bañera, de modo que vengo aquí a usar la de ellos cuando han salido. Vamos. Estar aquí me hace sentir mal.

—Podrías darte un baño en el lago.

—¿Y todos ellos mirándome? Uf.

Rose le tomó la mano y lo llevó fuera de la casa, cruzando el pórtico, hasta salir sobre la hierba.

El rostro de Rose estaba brillante y pálido: parecía más joven y más pequeña que la última vez que Tom la había visto. Además parecía más fuerte. Su rostro un poco etéreo estaba endurecido por pequeñas líneas a los lados de la boca. Tom se dio cuenta de que era la primera vez que la veía a la luz del día.

—Aquí —dijo ella, y lo llevó por un camino lleno de maleza hasta un grupo de álamos—. Bien. Me alegro de verte, pero tienes que volver. No puedes quedarte aquí. Te harán pedazos si te encuentran espiando. Te lo digo en serio.

—Te amo —dijo Tom.

Las pequeñas líneas desaparecieron en los ángulos de la boca de Rose.

—Yo también te amo, querido. Pero no tenemos tiempo... y me pone un poco violenta... Bien, ya sabes.

—No tiene por qué ser así —dijo Tom—. Jamás podría pensar nada malo de ti.

—Todavía no me conoces bien —señaló Rose. Tom no comprendía su expresión—. Bien, pensaba tratar de cruzar el lago un día de éstos. Habría ido hoy, pero me sentía tan sucia.

—¿Dónde vives tú?

La joven señaló las profundidades del «parque», a la derecha del camino lleno de malezas.

—En esa dirección. No podemos ir allá. Lo que quería decirte es que todos esperan que se produzca algo..., fuegos artificiales y algunas otras cosas en su espectáculo. Los hombres están cortando leña y cosas así. A veces van a Hilly Vale y beben en la taberna. Allí están ahora. Pero podrían volver en cualquier momento. Me he dado la ducha más rápida que puedas imaginarte.

—¿Sabes algo más por Collins de lo que sucederá durante la actuación?

La muchacha negó con la cabeza.

—Pero piensas que debemos ir.

Rose dijo:

—Dime una cosa. ¿Tratarías de escapar de aquí si nunca me hubieras conocido?

—Sí. Ahora tengo que salir. Y tengo que sacar a Del también.

Arqueó las cejas.

—Muy bien.

—Pero tienes que hablar con Del. Piensa marcharse mañana —explicó Tom.

—Ay, Dios mío —dijo Rose—. A veces odio la magia.

—¿Por qué no te vas por tus propios medios? ¿Qué hay allí? —preguntó señalando a una cierta distancia del lago.

—Una gran pared. Con vidrios en la parte superior. No podría saltar por allí. Necesito tu ayuda.

—Bien, yo te necesito a ti —dijo Tom—. Pienso en ti todo el tiempo. Realmente te amo, Rose.

Se sentía imbécil, pronunciando esas palabras banales: el vocabulario del amor estaba tan manoseado.

—Y yo realmente te amo, hermoso Tom —afirmó Rose, comenzando a retroceder y echando miradas laterales sobre su hombro a la casa de los hombres del señor Peet—. Creo que podré venir dentro de un par de noches.

Entonces hablaré con Del. —Se interrumpió momentáneamente y lo miró, iluminada por un haz de luz—. Tú nunca me odiarás, ¿verdad?

—¿Odiarte?

—Todavía debo hacer algún trabajo para él.

Tom sacudió la cabeza, y ella le arrojó un beso y desapareció entre los álamos. El muchacho esperó unos minutos, sintiéndose inquieto por ella y a la vez desconcertado, y luego volvió a la playa a través del bosque vacío.

Las cenas, durante este período de espera, eran a las ocho. Elena nunca

aparecía; cuando Collins bajaba, los tres iban al comedor y destapaban las fuentes. Junto al plato de Collins había una botella de whisky y una de vino; ya estaba borracho cuando se sentaba, y se ponía aún más borracho durante la cena. Del recibía un vaso de vino, que le hacía arder las mejillas. El resto era para el mago. Mientras comían, Collins les miraba fijamente, por turnos, y hablaba poco. Aparentemente, Del estaba acostumbrado a esto, pero Tom esperaba las cenas con temor.

Del hacía preguntas. Tom se revolvía en su asiento y trataba de ignorar la mirada vidriosa de Collins.

—¿Hiciste más curas por medio de la magia en el ejército, tío Cole?

—Una vez. —Los ojos vidriosos se centraban en Tom—. Una vez curé a cinco seguidos. No me importó que me vieran. Sabía que me marcharía pronto..., que iría a París a encontrarme con Speckle John.

—¿Cinco?

—Ordené a las enfermeras que miraran hacia otro lado. Estaba impaciente. Mi mente se encontraba en llamas. Podía haber hecho cien. Actuaba como un rayo.

—¿Trabajarás un poco más para nosotros?

—En cualquier momento.

Esto fue dos días después del encuentro de Tom y Rose en la casita de verano destartalada. A la mañana siguiente Tom cruzó el lago a nado y estaba en la playa con los calzoncillos empapados, pensando que Rose aparecería mágicamente del aire y el agua. Horas más tarde, cuando un hombre gritó algo en el interior del bosque, Tom se metió nuevamente en el agua tibia y nadó hasta el muelle.

Se puso la ropa seca sobre los calzoncillos mojados y fue a la casa. Del no estaba por ninguna parte. Tom entró en el living..., otra tarde de aburrimiento, otra cena aterradora. Sentía que la tensión podía llegar a enfermarlo. Siempre que Collins fijaba en él sus ojos voraces durante la cena, pensaba que el mago sabía todo lo sucedido entre él y Rose. Ahora se sintió enfermo de verdad: se sofocó. La sensación pasó, se quedó mareado... como si hubiera parado frente a un horno encendido. Le daba vueltas la cabeza. El malestar se alejó por un momento y Tom, que de pronto percibía las sensaciones de su cuerpo, sintió un ardor en la garganta, la cabeza pesada; su estómago enviaba una señal de candente dolor.

Se acercó a la superficie más cercana para apoyarse en ella, puso las manos en el vidrio de la vitrina. Miró adentro. Las figuras se movían. Vio al muchacho de porcelana en cuclillas sobre la madera pulida del estante, a los borrachos con los rostros contorsionados que le daban puntapiés. El isabelino con barba que llevaba un jarro de cerveza en la mano, miraba y sonreía. Estaban matando al muchacho, pateándole las costillas y la cabeza. El muchacho se dio la vuelta, exponiendo la masa ensangrentada que había sido su rostro. Había charcos de sangre en la madera.

—Ah, sí —dijo Tom—. Ah, sí. La Tierra de las Sombras.

La vaharada de calor volvió con mucha más fuerza, y caminó vacilante hacia el baño del vestíbulo.

8

Estuvo enfermo con mucha fiebre durante tres o cuatro días. No llevaba el cálculo del tiempo. Sentía como si el cuerpo pudiera quebrársele y agrietársele como una roca demasiado seca..., hasta la sábana más suave le irritaba y le quemaba la piel. Aparecían personas que decían cosas incomprensibles; como alucinaciones, y desaparecían. Del se detuvo frente a él, mirándole muy preocupado.

—No te asustes —quería decir Tom—. Esto es sólo un castigo, nada más.

Pero cuando lo dijo, le hablaba a Rose, que le cogía una mano entre las suyas.

—No, estás enfermo, eso es todo —dijo Rose.

—Te equivocas —dijo Tom a Elena.

Ella lo miró con el ceño fruncido y le dio una cucharada de sopa. Luego Tom dijo:

—No despachaste mi carta.

Old King Cole le miró con falsa simpatía.

—Por supuesto que no —respondió—. La quemé ante tus ojos. Así.

Levantó la mano derecha y las llamas recorrieron su dedo índice.

—Cúrame —rogó Tom, pero hablaba con el desconcertado Del y con la malhumorada Elena.

Su única conversación coherente durante la enfermedad fue con el demonio.

—Sé quién eres —dijo Tom, y se sintió preocupado por algo que recordaba: ¿no había dicho eso mismo a otra persona, cuando todavía era nuevo en la Tierra de las Sombras?

El demonio se sentó en el borde de su cama y le sonrió. Era un hombre de baja estatura, pelirrojo, con un rostro delgado e inteligente..., el rostro de un comediante de club nocturno.

—Por supuesto que sí —dijo el demonio. Estaba vestido como un profesor de escuela, con una chaqueta de tweed de color castaño y pantalones de lana gris—. Al fin y al cabo, nos hemos visto antes.

—Sí, ya recuerdo.

—Yo me presentaría, pero jamás recordarías mi nombre. Si te parece, puedes llamarme por mi inicial, que es M.

—¿Fuiste tú quien me hizo enfermar?

—En realidad era la única manera de poder hablar directamente contigo. Y quería mirarte mejor de lo que pude hacerlo la otra noche. Te preocupas demasiado por las cosas, ¿sabes? Luchas contra el curso natural de los acontecimientos. Te agotarás. Si yo no te hubiera hecho caer enfermo, tú solo lo habrías hecho muy pronto. En resumen, Tom, me preocupo por ti.

—Prefiero que no lo hagas.

—Pero ése es mi trabajo. —M. se llevó la mano a la zona de la chaqueta de tweed que representaba su corazón—. Mi tarea es cuidarte. Preocuparme por ti, si lo prefieres —sus manos se abrieron bruscamente—. Podríamos hacer tantas cosas uno por el otro. Todo lo que debes hacer es dejar de preocuparte. Tienes un gran talento, un talento notable al fin y al cabo, y debo señalar, muchacho, que tú y tu talento estáis en un punto crítico. No me gusta ver cómo te desperdicias. Tampoco le gusta a tu mentor.

—No es mi mentor —señaló Tom, y vio brillar el rostro del demonio con una voracidad frustrada.

—Bien, ya ves, sólo hay dos caminos que seguir —dijo el demonio—. Puedes tomar el camino alto, que es el que yo te recomiendo, sin duda. De ese modo te convertirás en amo de la Tierra de las Sombras... o no, como prefieras. Pero serás tú quien decidas. Te harás cada vez más fuerte como mago. Tu vida será plena, variada y satisfactoria. Todo lo que desees llegará a ti con mucha facilidad. O podrías tomar el camino bajo. No es aconsejable. Tendrás problemas casi inmediatamente. Pondrás en peligro tu felicidad. Suceda lo que suceda, yo podré ofrecerte muy poca ayuda. En realidad creo que así son las cosas, Tom. Ya ves por qué tenía que hablar contigo. Quiero que te ahorres una gran cantidad de cosas desagradables.

—Tendré que pensarlo —replicó Tom. La conversación con el demonio le daba mucha sed.

—Ahora, sé razonable —dijo M. —. Sé que tomarás la decisión correcta.

¿Sería porque no sólo estaba vestido como un profesor, sino que también hablaba como un profesor? ¿Por qué esto le daba sed?

M. le guiñó un ojo.

—¿Diste vida a esos objetos de porcelana? —preguntó Tom.

Pero M. había desaparecido. Tom gimió y se dejó caer en las almohadas y, cuando abrió los ojos, Del estaba frente a él.

—Hoy tienes mucho mejor aspecto —dijo Del—. Sin embargo, no entiendo de qué hablas.

—¿Podrías darme un poco de agua, por favor? —pidió Tom.

Del fue al baño y volvió con un vaso lleno.

—Rose ha estado muchas veces aquí —dijo, dando el vaso a Tom. El agua tenía el sabor más satisfactorio que Tom jamás hubiera probado... y era asombroso que algo tan delicioso saliese de un grifo—. Me di cuenta de que le gustas, Tom.

—Sí. Ella me gusta a mí, también.

—Vio que yo estaba preocupado por ti. No entiendo lo que pasó..., caíste enfermo tan repentinamente.

—Fue... —comentó Tom, pero no terminó—. Fue porque me cansé. Debo haber pescado algún microbio mientras nadaba.

—Así creo. De todas maneras, hablé con Rose.

No dijo nada más, pero se le veía muy alegre.

—Muy bien.

—Creo que realmente tenemos que salir de aquí. Y estaba pensando..., apuesto a que si vuelvo y explico todo al tío Cole, me dejará seguir trabajando con él. Comprenderá. ¿Estás lo suficientemente bien como para que hablemos de esto?

Tom sonrió. Del estaba tan impaciente por decírselo, que tratar de detenerlo habría sido como contener una ola con una mano.

—Ya me siento mejor —dijo.

—Bien, ya ves, es mi tío. Se enojará conmigo, pero dará resultado, es mi tío.

—Tomaremos el camino bajo —dijo Tom, sonriendo—. Te preocupas demasiado por las cosas.

—¿Hay un camino bajo?

—No importa. Tengo que dormir, “Del.

Cerró los ojos y oyó a Del que se alejaba de puntillas.

En cuanto Tom pudo levantarse de la cama, fue a la vitrina del living. Las figuras de porcelana estaban en su lugar habitual, la muchacha con el bastón, el muchacho, el isabelino, los borrachos. La cara del muchacho no presentaba daños: esa visión horrible había sido un producto de su fiebre, una alucinación causada por la misma tensión que lo había hecho caer enfermo. Las piernas de Tom parecían las de un bebé, desacostumbradas a llevar su peso. Músculos que nunca había percibido antes le tiraban y le dolían.

Durante la cena de esa noche, el mago le felicitó por su curación.

—Temí perderte, muchacho. ¿Qué crees que fue? ¿Una gripe?

—Algo así —dijo Tom. Y esquivó los ojos brillantes del mago.

—Habría sido una terrible ironía que murieras, ¿no crees?

—No puedo verlo tan objetivamente.

Collins sonrió y bebió un poco de vino.

—De todas maneras, tienes muy buen aspecto ahora. ¿No crees que está espléndido, Del?

Del murmuró su asentimiento.

—Realmente espléndido. Se parece a Houdini cuando joven, ¿no crees? Lleno de fuerza, salud y habilidad. Invencible. ¿Te sientes invencible?

—Me siento bastante bien —dijo Tom, molesto porque Collins le hacía sentirse como un tonto.

—Magnífico. —Se acabó el vino de un sorbo—. Como has resucitado para nosotros, mañana tendremos el penúltimo episodio de la historia de mi vida. ¿Te sientes preparado, pajarito?

—Claro que sí —dijo Tom.

—Entonces, mañana. No a la hora de siempre. A las diez de la noche, creo. Junto a la sexta luz. Te esperaré allí.

Tom probó y fortaleció sus músculos nadando; además del ejercicio, que necesitaba, eso le proporcionaba soledad. Collins se acercaba al final de su historia. Al acercarse el final, también terminaba la estancia de Tom y Del en la Tierra de las Sombras. A cada momento Tom esperaba recibir un mensaje de Rose. Rogaba que ella no retrasara la huida hasta el día de la actuación final. Ahora que Del estaba al menos teóricamente preparado para abandonar a su tío, cuanto antes se marcharan, mejor.

El tiempo era aún cálido, pero la humedad del aire se había concentrado y oscurecido. Había niebla en medio del lago y en el bosque. El aire parecía confundirse de manera indivisible con las nubes. Contra su piel, el agua estaba casi tan caliente como la de una bañera.

Oyó martillazos: toc-toc-toc: cada golpe de martillo amenazaba con clavarlo en la Tierra de las Sombras.

Sabiendo que era en vano, esperaba que Rose les transmitiera un mensaje esa tarde.

En cambio, la vio. La muchacha salió sola del bosque en medio de la niebla, se desabotonó la falda escocesa y, con su traje de baño negro, se metió en el agua.

Tom nadó hacia ella, con el corazón medio enfermo de amor.

Rose le oyó chapotear (la emoción hacía que Tom nadase aún peor) y retrocedió hasta la orilla, donde podía hacer pie. Tom se acercó a ella por el agua pesada y cálida. Sólo la cabeza y el cuello de Rose quedaban visibles sobre la superficie.

—Gracias por venir a visitarme —dijo él—. Recuerdo haberte visto allí un par de veces.

—Bien, yo hubiera quedado allí todo el tiempo, pero no quería molestar al señor Collins.

Rose lo miraba directamente a los ojos con tranquila y mortal franqueza.

Tom avanzó en el agua hacia ella.

—Es bueno verte —dijo, y el rostro de Rose volvió a endurecerse.

—A mi también me gusta verte a ti —señaló la muchacha.

—¿No podemos salir pronto de aquí? ¿Tal vez hoy? El nos contará algo más de su historia esta noche..., me pone nervioso.

—Hoy nos atraparían —dijo ella—. Esos hombres andan por todas partes. Es demasiado temprano. De todas maneras, no te sucederá nada hasta la gran actuación. Ten paciencia. Yo hago lo que puedo.

—Confío en ti, Rose —dijo él—. Sólo que me estoy poniendo... no sé. Esta espera me vuelve loco. Creo que por eso me puse enfermo.

Las manos de ella, entibiadas por el agua, subieron y se apoyaron en los



hombros de Tom. Unió las manos detrás del cuello del muchacho.

—No te portarás como un tonto cuando me veas esta noche, ¿verdad?

—¿Esta noche?

—Durante el relato de Collins. Entonces tendré que trabajar.

—Ah. Una de esas escenas.

—Algo así. Pero no..., ya sabes. No digas nada.

—No diré nada —temblaba.

El rostro de Rose se acercó; el roce de su boca extinguió las palabras de Tom. Luego habló otra vez:

—Tom, no escuches nada de lo que diga sobre mí. Creo que sabe que te amo. Es imposible ocultarle nada. Pero si habla sobre mí, serán mentiras. Aquí todo es mentira.

Rose lo abrazó fuerte, y luego le dio una palmadita amistosa en la espalda.

—Ten paciencia —dijo—. Ahora debo irme.

Su cabeza se sumergió en el agua, su cuerpo se puso tenso y ejecutó una larga brazada que la alejó de él.

Tom se dio la vuelta, conmovido, y vio una figura alta y delgada de pie en el muelle, que lo miraba directamente. Era Coleman Collins. Buscó con los ojos a Rose, pero ella seguía bajo el agua. Tom sintió un terror repentino, irracional, como si la pequeña figura en el muelle hubiera oído lo que habían dicho Rose y él. Collins le hacía señas. Se puso a nadar de vuelta a la Tierra de las Sombras por las aguas cálidas.

Collins le indicó con un gesto que fuera al muelle. Cuando Tom llegó a poco más de un metro del muelle, miró el rostro duro del mago.

—Entonces ya conoces a nuestra pequeña Rose mejor de lo que nos imaginábamos —dijo Collins—. Ven aquí.

—Acabo de encontrarme con ella por casualidad —afirmó Tom.

—Sube al muelle.

Tom se acercó, y Collins se inclinó y le tendió la mano. Tom levantó su propia mano y el mago lo ayudó a subir al muelle como si no pesara nada. Chorreando y asustado, Tom quedó inmóvil frente a él.

—En este momento no te recomiendo distracciones —dijo Collins.

A Tom le llevó un momento comprender lo que quería decir.

—En realidad, una distracción excesiva de tu tarea podría resultar peligrosa, Tom. ¿Comprendes? Necesitaré de toda tu concentración.

—Sí, señor.

—Sí, señor. Como un niño de escuela. ¿Es posible que todavía no entiendas que estás implicado en algo muy serio?

—Creo que comprendo —dijo Tom.

El mago parecía sobrio pero muy enojado.

—Creo que sí. Espero que sepas que no puedes dar ninguna credibilidad a las

palabras de Rose. No debes tenerle confianza. Si dejas que esa muchacha te desvíe de tu camino, te hundirás. ¿Está claro?

Tom asintió.

—Veo que todavía no entiendes. De manera que te contaré uno de mis secretos. Esa deliciosa criatura que estabas abrazando en el agua nunca ha visto la ciudad de Hilly Vale. No tiene abuela, y nunca tuvo padres. Es una creación mía. No tiene noción de la moral, y menos del amor.

Tom lo miró con gesto agrio, odiándolo.

—Ah, Dios mío. Creo que será mejor que te cuente una historia —dijo el mago—. Siéntate y escucha.

## 11

*La sirena*

—Hace muchos años, cuando todos vivíamos en el bosque y nadie moraba en ninguna otra parte, un viejo rey solitario residía junto a un lago en un castillo lleno de corrientes de aire que había visto días mejores. En otra época había sido el castillo más hermoso, y él, el rey más poderoso de todo el bosque, que cubría la mitad del continente. Antes los tapices adornaban las paredes, las tazas de oro brillaban en la mesa, y todo el castillo estaba iluminado por una luz que era el reflejo de la gloria del rey. Pero la reina había muerto, y las princesas se habían casado con príncipes de tierras lejanas, otros reyes del bosque habían conquistado parte de su territorio en las batallas, y el viejo rey vivía solo y triste, sin gloria ni afectos. Sus soldados habían muerto de viejos o simplemente habían desaparecido en el bosque, de manera que no pudo incrementar sus tesoros por medio de la conquista. Sólo algunos leñadores y cazadores seguían pagando sus impuestos, y los pagaban principalmente por lealtad a lo que él había sido en otra época.

»Uno de los pocos placeres del viejo rey era caminar por la noche por la orilla del lago, cerca del castillo. El agua era profunda y azul, y de vez en cuando veía saltar un pez, que perturbaba la sombría quietud con un ruido tan fuerte como el de una bala de cañón, creando círculos que se extendían hasta la costa. En esos momentos el rey se afligía, recordando la época en que la fama de su poder y de sus obras formaba círculos que se ensanchaban a cientos de kilómetros de distancia en todas direcciones. Los viejos tiempos del amor y el poder. ¡Cómo los ansiaba!

»Una noche, mientras daba su melancólico paseo junto al lago, vio a un enorme pez que saltaba del agua, y se sintió tan conmovido por la nostalgia que murmuró para sí mismo:

»— Ah, deseo...

»Entonces oyó una voz tan antigua y cascada como la suya:

»— ¿Qué deseáis, majestad?

»El rey se dio la vuelta y vio a un viejo de cara astuta, con una túnica raída, sentado sobre un tronco caído, medio oculto por la vegetación. No reconoció de inmediato al viejo, porque no lo había visto desde los días que estaba añorando.

»— Ah, eres tú, brujo —dijo el rey—. Pensé que estabas muerto.

»— Vuelvo a morir todas las mañanas —señaló el brujo—. La tos me trae de vuelta.

»— Trucos y confusión, eso es todo lo que me has dado —dijo el rey, apartándose del lago con irritación.

»En realidad le agradaba volver a ver al brujo, a pesar de la exactitud de lo que

acababa de decir.

»—Halvor es muy importante ahora en el norte —dijo el brujo, como hablando consigo mismo—, y Bruno se ha hecho un nombre en el sur, y Lester el Ambicioso, en el oeste...

»—Cállate —gruñó el rey—. Sé todo eso. Supongo que te vendiste a ellos, como todos los demás. Supongo que realizas tus malditos trucos para reptiles como Lester, que llegó al poder envenenando a la mayor parte de sus parientes.

»El gran pez volvía a surgir del agua, dio un golpe con la cola, y el corazón del rey se contrajo de dolor por todo lo perdido.

»—Tiene sus propios brujos..., arribistas que sólo piensan en el dinero. Si yo trabajara para ellos, ¿no llevaría al menos una túnica nueva?

»—Mmmm... —dijo el rey—. Pareces un poco empobrecido, brujo.

»—No más de lo que me siento. Pero ¿no te oí expresar un deseo un momento atrás? En nombre de los viejos tiempos, me ofrezco a ayudarte.

»—Y a embaucarme como hacías con todos aquellos a quienes ayudabas.

»—A los brujos hay que pagarles, como a todos los demás —dijo el viejo sentado sobre el tronco—. ¿Qué deseas? ¿Un gran ejército? ¿Un arcón lleno de oro? —Entonces miró al rey con astucia, y por un momento sus arrugas parecieron alisarse—. ¿O una esposa hermosa y joven para que te caliente los huesos? Una esposa joven tal vez, con poder para devolverte tu reino y todo lo que has perdido...

»El rostro del rey se oscureció.

»—Creo que podría encontrar una esposa para ti —continuó el mago—, que embrujaría a los ejércitos de Halvor y Bruno para que tú pudieras dominar los territorios que una vez fueron tuyos, y luego obtener el tesoro necesario para invadir la provincia de Lester el Ambicioso..., una esposa que, aunque incapaz de darte hijos, te daría la ilusión del amor.

»—Sólo la ilusión —dijo el rey, desencantado.

»—Míralo desde mi punto de vista —señaló el brujo—. Todo amor es una ilusión para un brujo. Y para poseer esta gran bendición de la cual vendrían todas las demás, sólo necesitas decirme que sacrificarás tus cabellos grises y en cambio llevarás barba. Es un negocio mejor que el que les propuse a los gorriones. La amarga verdad es, majestad, que tengas menos que ofrecer que ellos.

»Aunque viejo, el rey todavía era vanidoso, y no le gustaba la idea de la calvicie.

»—¿Será una barba larga? —preguntó.

»—Una barba muy noble —respondió el brujo—. ¿Debo señalarte que no necesitas de tu cabello para disfrutar del amor? Y la esposa que te daré te hará sentir joven otra vez.

»—¿De dónde la sacarás? —preguntó el rey—. ¿Será algún horrible invento de cera y grasa de oso?

»—En absoluto —sonrió el brujo—. La sacaré de aquí. —0Señaló el lago con la

cabeza, y en ese instante el gran pez apareció nuevamente en la superficie—. Ella será muy hermosa, poseerá el don de encantar ejércitos, pero tendrá el corazón frío de un pez. Sin embargo, mientras seas rey, creerás en su amor.

»—Espalda recta y carne firme —dijo el rey—. Y poder para encantar ejércitos. —Tembló al borde de su decisión por un momento, temiendo estar a punto de cometer un gran error, pero entonces pensó en una mujer muy hermosa, con poder para volver a los ejércitos de Halvor y Bruno contra ellos, y le hirvió la sangre, y susurró—: Acepto el trato, brujo.

»—Debes estar en este lugar a medianoche —advirtió el brujo, con una mueca que hizo más profundas sus arrugas, y desapareció.

»A las once de la noche el rey estaba junto al lago.

A las once y media le dolían los huesos y se sentó en el tronco del brujo, ardiendo de esperanza e impaciencia. Quince minutos más tarde vio estallar una gran burbuja en la superficie del lago. Se puso en pie a la luz de la luna y se acercó a la orilla. Se frotó las manos doloridas. Se mordió los labios. Ya se sentía años más joven. A medianoche algo apareció en la superficie del agua, en el centro del lago. Aterrorizado, el viejo rey dio un paso atrás mientras veía aparecer la cabeza de una mujer hermosa y joven. Los hombros de la mujer se elevaron del agua. Luego toda la parte superior de su cuerpo, y también el cuello y la cabeza de un caballo. El viejo rey retrocedió hasta que chocó con los arbustos detrás de él. La mujer salió totalmente, vestida con un rico traje largo y montando un magnífico caballo blanco. Sus cabellos eran de color rubio rojizo, su rostro era hermosísimo y el rey vio que realmente podía encantar ejércitos

»—Ven, marido mío —dijo ella, y extendió una mano hacia él.

»Cuando el rey la tocó, sintió que era fría como si dentro de ella no corriera sangre. Con la fuerza de un gigante, ella lo atrajo hasta la montura, y los dos, montados en el caballo, fueron hasta el castillo. Y esa noche, después de dejar el caballo afuera, el rey conoció las delicias del lecho matrimonial con tanta intensidad como cualquier príncipe de veinte años.

»Al día siguiente fueron hacia el norte, hacia la tierra de Halvor, y se enfrentaron a su ejército, que iba a aniquilarlos hasta que los soldados vieron el rostro de la reina. Instantáneamente los soldados dejaron caer las armas y juraron fidelidad al viejo rey. Luego fueron al castillo de Halvor y descubrieron que Halvor ya había escapado hacia el norte, donde sólo vivían los ciervos y los lobos.

»Esa noche, el viejo rey conoció nuevamente los placeres del amor. Aunque su novia era fría como un pez al tocarla, su belleza le conmovía y ella juró que le amaba. Y el rey sintió nuevamente que recuperaba su juventud junto con la mitad de su reino.

»Al segundo día, él y su novia y el ejército de Halvor fueron hacia el sur, donde los soldados de Bruno cayeron al suelo llorando, a manera de bienvenida. Bruno huyó más hacia el sur, hacia la tierra donde las grandes serpientes y las lagartijas

gigantes se arrastraban sobre las rocas negras y se deslizaban en los ríos malolientes.

»El rey volvió a su palacio trastornado por la felicidad. En dos días había recuperado su antiguo reino y aún más, y tenía un ejército para conquistar cualquier tierra que deseara. Lester el Ambicioso caería algún día. Su nueva amada lo miraba con dulzura, y el rey supo que el brujo se había equivocado sobre su capacidad de amar.

»Cuando el rey y su esposa y los ejércitos unidos llegaron al palacio, el rey vio al brujo sentado junto al portón de entrada.

»—Hola, viejo rey —dijo el brujo—. ¿Estás satisfecho con el trato?

»—Estoy satisfecho con todo, amigo —respondió el rey, sintiéndose poderoso sobre el gran caballo blanco.

»El rey y sus hombres entraron a darse una comilona de carne y cerdo y a beber barriles de cerveza; y durante el festín el rey vio con orgullo cómo sus nobles, los hombres más valientes y fuertes de los tres territorios, honraban a su reina; y observó la perfecta conducta de la reina con los nobles: decía una palabra a uno, sonreía a otro, pero reservaba lo mejor de sí misma para el rey, para que todos supieran que su corazón era sólo de él.

»Cuando el rey y la reina dejaron a sus huéspedes para ir al dormitorio real, el rey cerró con llave la puerta tras él y avanzó hacia su novia.

»—Un momento, majestad —dijo el brujo, que estaba sentado en el alféizar de una ventana

»El rey lanzó un juramento e hizo ademán de arrojar al intruso por la ventana, pero el brujo levantó una mano y dijo:

»—Ya que tú estás satisfecho de que yo haya cumplido con mi palabra, ahora te pediré que cumplas con la tuya.

»—Toma mis cabellos... y dame mi barba... ¡Pero márchate! —rugió el rey.

»La reina, que había comenzado a desnudarse, siguió haciéndolo.

»—Ya está —dijo el brujo, chasqueando los dedos, y el rey sintió un intenso dolor, más fuerte que ninguno que hubiese conocido, un dolor que amenazaba con hacerlo pedazos y con hundirle los ojos en la cabeza. Cayó de rodillas, aullando.

»Ante la reina, que terminó de desvestirse como si nada importante estuviera ocurriendo, y ante el brujo, que se limitaba a sonreír tan fríamente como Lester el Ambicioso al eliminar al último de sus parientes, el viejo rey quedó transformado en una cabra. Sus cabellos se convirtieron en los pelos toscos de la cabra, y largos bigotes de cabra surgían desde su mentón. Balaba y pateaba, pero no lograba recuperar su forma humana. El brujo se acostó con la reina, la cabra fue enviada a la cocina, y los nobles, maravillados, continuaron con su festín. Así el brujo terminó sus días con una hermosa esposa, un gran ejército y la posesión de varios reinos.

12

—¿Y a qué viene todo esto? —preguntó Tom, temblando en el muelle.

El mago le sonrió: le sonrió tan fríamente como el brujo de su historia.

—¿Realmente necesito decirlo? Rose nunca podrá salir de la Tierra de las Sombras. Bésala todo lo que quieras, pero no creas una sola palabra de lo que ella te diga, porque no tiene idea de la verdad.

—Es una *mentira...* terrible..., ridícula... —Tom comenzó a alejarse de Collins por el muelle.

—No te culpo por enojarte conmigo —gritó el mago, en medio de la niebla—, pero, hagas lo que hagas, no olvides mi advertencia. No tomes a Rose demasiado en serio.

Ahora Tom había llegado a la escalera de hierro. Al pisar el primer peldaño, oyó gritar al mago:

—Nuestras vidas toman caminos diferentes, Tom, y el rey de hoy es la cabra de mañana. No seas tan tonto como para pensar que no pueda sucederte a ti.

# 3

## DOS TRAICIONES

### 1

Por la noche aún había niebla sobre el lago y en el bosque alrededor de los árboles. Las luces en los claros brillaban como discos amarillentos.

—No nos separemos —dijo Del, y le tomó la mano mientras avanzaban lentamente entre los árboles.

Cuando llegaron al claro de la sexta luz, Coleman Collins estaba esperándolos. Se sentó en la silla de la lechuza con las piernas cruzadas por los tobillos.

Tom tragó saliva, sabiendo que vería a Rose en el sendero bordeado de árboles antes de que concluyera esta parte de la historia.

—Los aprendices de hechicero —dijo Collins, volviendo la cabeza para recibirlos. Su voz era pastosa. Los dos muchachos habían visto la botella que sostenía entre los muslos—. Justo a tiempo, sí, y vagando entre la niebla como huérfanos. Sentaos en vuestros lugares acostumbrados, muchachos, y escuchad. Hemos llegado al penúltimo capítulo de mi historia, y el tiempo nos es propicio.



## 2

»En primer lugar, el día en que deserté de las fuerzas armadas de los Estados Unidos había niebla. Era la primera semana de diciembre, y hacía tres semanas que había terminado la guerra. Yo estaba en Inglaterra, esperando mis papeles con mi baja. Speckle John había recibido la suya una semana antes y ya estaba en París. Yo no veía razón alguna para no marcharme inmediatamente, excepto la estricta interpretación que da el gobierno a cosas tales como el abandono prematuro del servicio. En ese momento yo no estaba sirviendo a nadie, en realidad. Esperaba a que mis papeles llegaran, en una casa de campo convertida en hospital y hogar para convalecientes... en Surrey... y nadie me necesitaba. Los pacientes internados allí tenían una licencia especial. Nadie sabía cuándo llegarían los papeles. Algunos de los hombres habían oído rumores de que no se les daría de baja, ni se los licenciaría, por lo menos durante un año. No eran rumores infundados: algunos hombres aún estaban en Francia ocho meses después.

«Supongo que ninguno de vosotros dos conoce Surrey. Es un condado bastante hermoso. Antes de la guerra, y para los que tenían dinero, debía ser una especie de paraíso. Pero el tiempo, al menos mientras yo estuve allí, era malísimo, frío y neblinoso... El tiempo más expresivo que jamás he conocido, que de alguna manera reflejaba nuestras esperanzas y expectativas muertas. Los ingleses habían perdido casi una generación de hombres, y creo que en esos pueblos de Surrey sentían particularmente la pérdida. Cuando llegó la carta de Speckle John, simplemente tuve que marcharme.

»De manera que en la primera semana de diciembre me fui, llevándome sólo una bolsa de mano con algunos libros, mi navaja de afeitar y mi cepillo de dientes. Caminé tres kilómetros y medio para llegar al pueblo, esperé un par de horas en la estación, y tomé el tren de Charing Cross. Desde el momento en que salí de aquella casa fui un criminal y un fugitivo, que viajaba con papeles falsos que tuve el cuidado de comprar en el mercado negro antes de salir de Francia. Al día siguiente tomé el tren para París.

»El nombre que yo llevaba en mis papeles falsos era Coleman Collins. De esa manera seguirían buscando al teniente Charles Nightingale.

»Porque se trataba de una persecución, y por esa razón yo había estado secuestrado en Surrey. Durante la cena ya os conté, muchachos, lo de aquel día que realicé cinco curaciones mágicas seguidas. Fue algo audaz, hasta estúpido..., sin duda arrogante. Yo estaba ardiendo de impaciencia. Austria-Hungría acababa de rendirse después de la victoria italiana en Vittorio Véneto. Todos sabían que Alemania estaba agotada. Terminada. Yo quería marcharme. De manera que lo hice. Cinco curaciones seguidas. La enfermera irlandesa creyó que había llegado el demonio. Por supuesto,

mi espectáculo causó conmoción. Withers vio lo que yo estaba haciendo, y después de terminar su propio trabajo salió corriendo del lugar. Iba a ver al coronel, sin duda. A mí no me importaba. De todas maneras, para ser breve, antes de llegar a Inglaterra hubo nuevos rumores sobre mí. No sólo entre algunos soldados negros, sino entre el público en general. Habían comenzado a aparecer reportajes en periódicos ingleses y franceses. *Milagro en el campo de batalla*. Ese tipo de cosas. Primero en un lugar, luego en otro. Cuando salí de Yorkshire, los periódicos ingleses estaban realizando su propia investigación sobre el “doctor milagroso”. Si yo hubiera codiciado esa clase de cosas, podría haberlas tenido al momento, muchachos..., si hubiera deseado ser un mono de circo durante el resto de mi vida. Pero lo que yo anhelaba estaba en París, trabajando en nuestra actuación y buscando un teatro donde representarla. Lo que yo deseaba tenía sus secretos y su ciencia, que me transformarían por completo.

»Volví a pisar suelo francés el 5 de diciembre de 1918, agotado, sin afeitarse, bajo una lluvia fría. Mis papeles no levantaron sospechas, nadie los miró dos veces. Después de unas semanas en París, sin embargo, vi que un diario había logrado identificar al “doctor milagroso” como un tal teniente Charles Nightingale, que había desaparecido extrañamente de un pueblo inglés poco antes de ser dado de baja en el ejército, y que ahora era un desertor. Pero ya entonces los hechos del teniente Nightingale no eran más importantes para mí que los del general Pershing.

»Speckle John había alquilado unas habitaciones en la rue Vaugirard, y tomé una habitación debajo de las suyas. Se entraba al edificio por unas gigantescas puertas de madera que daban a la calle y se pasaba a un patio abierto rodeado por altas paredes de ladrillo gris. Unas puertas más pequeñas llevaban a las escaleras. A la derecha estaba la oficina del portero; delante, las escaleras que conducían a las habitaciones de Speckle John. Era un edificio tan deteriorado que estaba mohoso, pero a mí me pareció hermoso. Lo veo como si lo tuviera delante. Y creo que vosotros también.

Los muchachos miraron por el sendero bordeado de árboles y vieron la silueta de unas altas paredes grises en la niebla. Las ventanas oscuras contemplaban una figura alta con sombrero. Luego una figura negra, con el rostro en sombras, surgió de una puerta en la pared de ladrillo.

—Mi mentor, mi guía y mi rival me esperaba.

El hombre del sombrero y el abrigo avanzó entre la niebla hacia la silueta negra. Luego se abrió otra puerta, y una muchacha esbelta pasó rápidamente entre los dos hombres. Rose.

—Ese primer día, vi una muchacha que pasaba junto a nosotros, pero no la miré con atención. Más tarde supe que se llamaba Rosa Forte, que era cantante, y que sus habitaciones estaban en la planta baja debajo de la mía.

Rose había desaparecido entre los árboles; los dos hombres se desvanecieron también; la escena al final del sendero bordeado de árboles quedó a oscuras.

—Al principio pensé que era la muchacha más encantadora que había conocido

jamás, valiente e inteligente, con un rostro que me deleitaba más que cualquier pintura. Al cabo de unas pocas semanas me había enamorado de ella. Una vez vi una pastora que tenía su rostro en una tienda provinciana de antigüedades, y como no tenía dinero para comprarla, la robé... Me la metí en el bolsillo y la llevé a casa. Cuando Speckle John y yo hacíamos nuestras giras, la llevaba conmigo. La miraba; miraba dentro de esa figurita como si conociera misterios que Speckle John ignoraba.

En el estrecho espacio entre los árboles apareció Rose Armstrong, vestida con una prenda blanca y larga perteneciente a un período indefinido. Llevaba un cayado de pastor, y se quedó inmóvil como una estatua, mirando a Tom sin centrar sus ojos en él.

—Misterio, sí. El misterio es siempre doble, y una vez que conoces su secreto, es doblemente banal. Con el tiempo llegué a pensar que Rosa Forte era como una muchacha de una fábula, vacía para sí misma a pesar de todo su encanto superficial, y que era propiedad de cualquiera que escuchara su historia.

Collins levantó la botella, y Rose Armstrong desapareció en medio de la niebla y los árboles.

—Ah. Speckle John y yo comenzamos a trabajar casi de inmediato. Nos contrataron teatros y salas de toda Francia. Yo tenía miedo de permanecer largos períodos en Inglaterra por el asunto del «doctor milagroso», pero cruzamos varias veces Inglaterra para actuar en Irlanda. Luego inventamos todo un espectáculo diferente, utilizando las habilidades que poseíamos, y finalmente llegamos a la cumbre. En realidad buscábamos la extravagancia, y podíamos manejar al público de tal manera que al final de la actuación no sabía exactamente qué le había sucedido. Cuando nos veían, comprendían que ningún otro mago podía igualársenos. Una de nuestras más famosas invenciones fue el Cobrador, que comenzó casi como un chiste mío. Sólo dieciocho meses después decidí que yo tenía el poder necesario para usar a una persona real que representase al Cobrador.

Del jadeo, y el mago lo miró arqueando las cejas.

—¿Tienes alguna objeción moral? Speckle John también la tenía..., quería seguir con el juguete no tan acertado que yo había inventado antes. Pero una vez que se me ocurrió que podía llenar mi juguete, por así decirlo, con una persona real, el juguete comenzó a parecerme inadecuado. El primer Cobrador fue un caballero llamado Halmar Haraldson, un sueco que conocimos en París y que quería nada menos que ser mago. Le parecía que era el camino de la venganza contra un mundo que no había valorado su capacidad; y Halmar veía en nosotros algo más poderoso que lo que hay en los magos teatrales. Lo que él creía, y tenía razón, era que la magia es antisocial, subversiva, y odiaba tanto al mundo que tenía hambre y sed de nuestro poder. Haraldson siempre llevaba vulgares trajes negros sobre los cuales su huesuda cabeza escandinava flotaba como una calavera; tomaba drogas; era el exponente más extraño del nihilismo de posguerra que yo haya conocido. Conscientemente o no, era como una de esas apariciones en las pinturas de Edvard Munch. De manera que una

noche me encontré con él y lo llevé conmigo, y de allí en adelante mi juguete brilló con una vida nueva. Halmar se movía dentro de él como un genio.

—¿Qué le sucede a la persona que usted utiliza? —preguntó Tom—. ¿Qué le sucedió a Halmar?

—Finalmente lo liberé, cuando dejó de ser útil. Ya lo sabrás, hijo. Speckle John insistió en abandonar totalmente al Cobrador, pero yo dominaba la representación. Al fin y al cabo, yo era su sucesor, y mis poderes pronto fueron iguales a los suyos. No podía insistir conmigo, aunque me daba cuenta de que él se sentía cada vez más desdichado cuando partíamos juntos en nuestras giras. Hablo de algo que sucedió durante algunos años.

»Supongo que es un hecho frecuente e irónico. Los socios trabajan juntos y logran éxitos, pero se distancian personalmente. Comenzó a hacerme entender que pensaba que yo era un error..., que nunca debía haber sido elegido. Descubrí, con desilusión, que Speckle John no tenía amplitud de miras, que sus ambiciones eran pequeñas, que su concepción de la magia era pequeña. “La prueba de un verdadero mago es que no usa sus poderes en la vida corriente”, dijo, y yo dije: “La prueba de un verdadero mago es que no tiene vida corriente.”

»Rosa participó durante un tiempo en nuestra representación. Nunca había llegado a nada como cantante y necesitaba trabajo. A Speckle le gustó, y como ella había actuado en público, no le asustaba el escenario. Le enseñamos todos los trucos básicos; le gustaban, y su actitud de chiquilla era eficaz para el público. Mi socio adoptó una actitud paternal hacia ella, que yo creía ridícula. Rosa era mía, para que yo hiciera con ella lo que deseara; pero no me opuse a que tuvieran largas conversaciones, porque la ayudaba a conformarse con su situación. La otra razón de que yo no me opusiera era que el afecto de mi socio por la muchacha me probó que era él y no yo quien constituía un error. Mi pequeña pastora era totalmente de porcelana, de hermoso aspecto, pero sólo reflejaba una luz ajena.

El viento dispersaba la niebla. Un frío más intenso entró en el claro.

—Cuando uno viaja como yo, comienza a conocer a todos los que han actuado en los mismos teatros. Jimmy Nervo y Teddy Knox, Maidie Scott, Vanny Chard, Liane D’Eve... Un grupo me interesó, el del señor Peet y los Muchachos Vagabundos. Había seis «muchachos», acróbatas y atletas, tipos duros. Creo que todos habían estado presos por crímenes violentos alguna vez..., por violación y rapto, por asalto. Los otros actores no se les acercaban. En realidad sus volteretas eran apenas correctas, no lo suficientemente buenas como para aparecer como número principal, e intercalaban canciones cómicas y peleas ensayadas. De vez en cuando las peleas iban más allá del escenario. Sé que en un par de ocasiones golpearon a unos hombres casi hasta matarlos en una pelea de borrachos. Eran más bien una especie inferior de vida. Yo quería contratarlos, y cuando abordé a su líder, Arnold Peet, éste estuvo de acuerdo de inmediato..., era mejor ser el segundo en un número con éxito que marchitarse siendo independiente. Y también estuvo de acuerdo en que sus

«muchachos» trabajaran como guardaespaldas míos cuando no estaban actuando. Al final llegaron a temerme..., dependían de mí para comer..., sabían que yo podía matarlos con una mirada y hacían todo lo que yo quería. Nuestra actuación inmediatamente cobró fuerza también, se tornó más salvaje y más teatral, porque yo asumí su dirección.

»Durante un tiempo, muchachos, fuimos los magos más famosos de Europa, gente muy conocida nos buscaba en todas partes, nos daba fiestas, venía a buscar consejo. Conocí a todos los surrealistas, a todos los pintores y poetas; conocí a los escritores norteamericanos en París; a duques y condes, y pasé muchas tardes leyéndoles el porvenir a los que buscaban la ayuda de la magia para planear sus vidas. Ernest Hemingway me pagó una copa en un bar de Montparnasse, pero no quiso venir a mi mesa porque pensaba que yo era un charlatán. Le oí hablar de mí como ese “Rasputín barato”, no me importó esa descripción. El verdadero Rasputín barato era un inglés que imaginaba ser un demonio. Conocí a Aleister Crowley en Inglaterra, y supe de inmediato que era un estafador enfermo que se engañaba a sí mismo..., un pobre diablo cuyo talento brillaba en la farsa.

»Crowley y yo nos encontramos en el jardín de una casa de Kensignton perteneciente a un rico y tonto aficionado a las ciencias ocultas que nos mantenía a los dos y que deseaba saber qué sucedería si nos encontrábamos. Yo ya estaba en el jardín cuando Crowley apareció por la puerta de la despensa. Era absolutamente repulsivo; llevaba un caftán negro, los pies desnudos y sucios; la cabeza afeitada. Su rostro era demente y ambicioso..., había una especie de tosco magnetismo en él. Crowley me miró a los ojos, tratando de asustarme.

»—Hola, Aleister —dije yo.

»—¡Fuera, enemigo! —gritó, señalando mi rostro con un gordo dígito.

«Convertí su mano en una garra de pájaro, y casi se desmayó allí mismo.

»—Márchate tú —dije, y Crowley se metió la garra bajo el caftán y salió con gran prisa.

»Supe que más tarde mostró la garra a una admiradora como prueba de sus capacidades satánicas, y trabajó con encantamientos durante meses antes de poder transformarla nuevamente en su propia mano.

Algo se movió en la luz indecisa entre los árboles.

—Por lo que ya he dicho, sabéis que ya no me inquietaba pasar un tiempo en Inglaterra. Hacia 1921 viajamos gratis por toda Inglaterra, actuando en teatros desde Edimburgo hasta Penzance, aunque la mayor parte de nuestro trabajo era en Londres, especialmente en el Wood Green Empire. Pensé que el mundo había olvidado al misterioso doctor Nightingale. Pero una persona lo tenía presente, y la encontré una noche de verano después de una actuación. Esperaba junto a la puerta del escenario del Empire, y vi sus cabellos rojos y supe quién era antes de ver su rostro.

Entre los árboles se vio una luz sobre un tramo de escalera, una pared de

ladrillo, una sugerencia de callejuela estrecha. La figura de abrigo y sombrero bajó por la escalera. Tom vio a Rose siguiéndolo un poco atrás. El mago levantó su botella, como si hiciera un brindis al que había sido antes, pero no bebió. Al oír la siguiente frase del mago, Tom supo que no era a sí mismo a quien dedicaba el brindis.

—Allí está Rosa Forte, mi pastora de porcelana, mi pez encantado. Me alegraba el que estuviera allí..., quería que ella viera lo que yo podía hacer. Quería que supiera que ni su código ni el de Speckle John podían detenerme por un solo momento. Y quiero que vosotros, muchachos, lo sepáis también. Nada me detendrá.

La pequeña escena entre los árboles era oscura, inexplicablemente siniestra: el doble de Collins, con sombrero y abrigo, la muchacha frágil detrás de él en la escalera. Había algo salvaje en ellos..., una violencia mortal en la niebla.

Otro hombre salió de la niebla; sus cabellos rojos brillaban.

—Withers me dijo:

»—Sabía que eras tú. Tendría que haber sabido que acabarías así..., como un parásito —sólo que lo dijo pronunciando mal las palabras—. Ahora te llamas Coleman Collins, ¿verdad, asesino? Bien, has dado un buen espectáculo, eso debo admitirlo. Espero que te dejen seguir actuando en el patio de la prisión.

»Se quedó allí, lleno de odio, y también de satisfacción, porque pensaba que me tenía. Este pequeño médico sureño, racista, que viajaba por Europa con los dólares norteamericanos tan despreciados, coleccionando anécdotas para contarlas de vuelta en Macón o en Atlanta.

»Yo pregunté:

»—¿Me estás amenazando, Withers?

»—Eso hago —dijo Withers: simplemente se regocijaba—. Tú fuiste desertor. En alguna parte, alguien sigue buscándote. Yo me ocuparé de que te encuentren.

»De manera que llamé a Halmar Haraldson, lo enloquecí y lo arrojé sobre Withers.

El Cobrador avanzó bajo la luz indecisa, y en su rostro brillaba una alegría de retrasado mental. El hombre pelirrojo retrocedió. En la escalera, detrás del doble de Collins, Rose no podía ver por qué el hombre que representaba el papel de Withers estaba tan asustado. Le miró fijamente, confuso y comenzando a alarmarse.

—En! —gritó el pelirrojo—. Eh, señor Collins...

Tom sintió un nudo en el estómago; esto era algo más que una representación. El Cobrador cayó hacia adelante. Rose lo vio y chilló.

—No, lo han encontrado a usted, Withers —prosiguió su relato el mago—. Y ahora observad qué bien cumple su cometido vuestro amigo el señor Ridpath.

—Ay, Dios mío —dijo Del, y comenzó a incorporarse.

Rose volvió a gritar, y Collins le aferró el brazo mientras se levantaba.

El Cobrador voló hasta el hombre de cabellos rojos, que gritaba:

—¡Deténgalo! ¡Deténgalo!

El Cobrador lo derribó.

—¡Collins! ¡Ayúdame!

Un objeto rojo y peludo saltó de la cabeza del hombre, y Tom vio que era el hombre del tren, Esqueleto Ridpath con mucha más edad. El Cobrador lo había inmovilizado en el suelo y le golpeaba en la cara.

—¡Te encontré! ¡Te encontré! —chillaba.

Del estaba de pie, gritando; y Rose, incapaz de moverse, gritaba también.

—¡Silencio! —ordenó Collins, y Del guardó silencio.

Un puñetazo, otro; los puños huesudos del monstruo golpeaban una y otra vez la cabeza del hombre. Rose se apartó y escondió la cara tras la escalera de ladrillo.

—Sí, como hice yo, ya veréis —dijo Collins con calma—. Tenéis que verlo. El pobre diablo no lo sabía, por supuesto, pero ésa era la única razón de que estuviera aquí. Para representar a Withers.

Esqueleto tarareaba desaliñadamente, golpeando la cabeza del viejo.

—Un personaje del que se puede prescindir totalmente..., un actor fracasado llamado Creekmore, muy malo —Collins dio un resoplido de diversión—. Respondió a un anuncio, ¿podrán creerlo? Me buscó. Withers hizo lo mismo. Withers *sabía* que yo había robado el dinero de Vendouris. Como si tomar el dinero de un muerto fuera un crimen.

Collins levantó la botella y bebió.

En la niebla, Esqueleto le estaba haciendo algo malvado al actor. Le salía sangre de la cabeza... Tom veía la piel separada del hueso, se puso de pie y se alejó.

—Ni pienses en correr —dijo Collins desde su trono—.

Tu amigo te alcanzaría en pocos segundos. Y entonces todo esto sería real.

Tom se volvió a mirar el lugar donde había ocurrido la terrible escena. El Cobrador se deslizaba nuevamente en la niebla. Su cuerpo había desaparecido; Snail, Thorn y Pease estaban junto a la escalera con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿No era real? —dijo Tom.

—Ahora no, hijo. Withers ya no lo era. No te preocupes por Creekmore. Tiene algunos arañazos, nada más. Mañana le pagaré y le diré que se vaya. Pensará en mí con gratitud, te lo aseguro.

Del cesó gradualmente de temblar.

—*Era* Esqueleto —murmuró—. Le vi destrozarle la cara a... ese hombre..., toda esa sangre.

—Unas bolsitas de sangre ocultas en la boca. Creekmore ya está en la casita lavándose la cara y preguntándose dónde encontrará su próxima botella.

En la escalera, en medio de la niebla, Rose levantó lentamente la cabeza.

Collins sacudió la cabeza y la escena se oscureció.

—Para mí, el horror aún no había llegado.

Temblando, los muchachos volvieron a sentarse sobre el césped húmedo.

## 3

—Hasta yo quedé sorprendido por el salvajismo de Haraldson. Lo que visteis era un poco de sangre de cerdo y la insinuación de algo grotesco..., lo que yo vi fue un hombre a quien lentamente le arrancaban los brazos y las piernas y lo dejaban vivo en un absoluto tormento hasta el último segundo posible. Yo pensaba en el Cobrador como en una especie de juguete, como era cuando lo inventé. Por supuesto, el poder era mío, no de Haraldson. El no era más que una herramienta, un muñeco lleno de mis propias imágenes. Y como Haraldson era ahora algo negativo, me di cuenta de que debía reemplazarlo por cualquiera de los que me rodeaban..., incluso por uno de los Muchachos Vagabundos si era necesario. Liberé a Haraldson lo más rápido posible, después de asegurarme de que Withers estaba muerto. La policía lo encontró casi de inmediato: el sueco estaba tan aturdido que lo llevaron a un hospital psiquiátrico y lo condenaron, pero nunca lo ejecutaron por el asesinato de Withers. Se habló un poco del suceso en los periódicos por un tiempo. Luego el asunto dejó de interesar y nosotros estábamos lejos del lugar, trabajando en provincias; nadie relacionaba a Withers o a Haraldson conmigo.

»La otra cosa que había percibido mientras el Cobrador se ensañaba con el pobre Withers fue que yo ya no tenía necesidad de los Muchachos Vagabundos. El Cobrador era suficiente guardaespaldas. Esto era sólo una semilla en mi mente, desde luego. Pensé en eso mientras ofrecía a los Muchachos Vagabundos este único entretenimiento: la caza del tejón. Siempre que estábamos en el campo compraban un par de perros, y salíamos en mitad de la noche con nuestras palas y nuestras tenazas y conseguíamos un par de tejones. La noche después que Withers fue despachado, estábamos en la campiña cerca de York, y miré a esos seis engendros y a su jefe trabajando para presenciar la matanza de algunos animales, y pensé: “*¿Son realmente necesarios?*” Aparté la idea: tenía muchas cosas en la cabeza en ese momento.

»Por un lado, Rosa Forte. Se había tornado distante y malhumorada, y esto me enfurecía. A menudo le pegaba cuando estaba borracho. No sabía si ella me amaba o me odiaba, su actitud era tan contradictoria. Speckle John, que hacia 1922 era sin duda mi segundo, trataba de darme consejos sobre ella, y sus consejos eran los de una vieja. “*Sé más amable con ella, trátala mejor, escúchala*”, ese tipo de cosas. Ella iba hacia él y lloraba. Yo les despreciaba a los dos. También pensaba en el dinero. Aunque teníamos tanto como cualquier mago en aquellos días, yo constantemente necesitaba dinero extra. Aun con lo que ganaba leyendo el futuro y haciendo pronósticos para los ricos, no me sentía satisfecho. Quería vivir bien, quería una gran actuación; yo entonces, creo que el germen de mi última actuación estaba en mi mente. Una buena crisis es importante para cualquier actuación, y supe que cuando me cansara de hacer giras, de arrastrar a otras nueve personas alrededor del mundo



conmigo, querría que mi espectáculo final fuera el más extraordinario que jamás se hubiera visto.

»Eso sería muy caro, y en realidad mis propios gustos se habían vuelto costosos. Ya cobrábamos todo lo que podíamos. De manera que adopté otros medios, y entonces los Muchachos Vagabundos me resultaron útiles.

»Fui sin anunciarme a ver a ese rico tonto de Kensington, Robert Chalfont, tarde una noche. Cuando me abrió la puerta, vi en su rostro de escolar con grandes mandíbulas, que se sentía a la vez halagado e inseguro, hasta un poco asustado. Eso era perfecto. Sabía lo que yo había hecho a Crowley en su jardín ese mismo verano. Chalfont me invitó a entrar y me ofreció una copa. Tomé un poco de whisky de malta y me senté en la biblioteca mientras él se paseaba. Me había invitado a cenar varias veces y yo no había ido; ahora yo estaba allí, y él estaba nervioso.

»—Le agradezco mucho que haya venido —dijo.

»—Quiero dinero —respondí sin ceremonias—. Mucho.

»—Mire, Collins —dijo Chalfont—. Creo que no puedo darle el dinero que me pide, ¿sabe? Hay formas de hacer las cosas.

»—Y ésta es la mía —dije yo—. Quiero tres mil libras al año. Y quiero que firme un papel declarando que me da ese dinero voluntariamente, en reconocimiento de mi trabajo.

»—Bien, carajo, hombre, nadie respeta tanto su trabajo más que yo —afirmó—, pero lo que usted pide es ridículo.

»—No. Usted es ridículo —respondí—. Tiene el privilegio de asociarse con grandes magos. Quiere familiarizarse con sus secretos, quiere presenciar los despliegues de su poder. Ya es hora de que pague por ese privilegio —y le recordé lo que podía hacerle si se negaba.

»Me pidió tiempo para pensar. Le di dos días... Veía en su estúpido rostro bien educado que deseaba haberse dedicado solamente a cazar y a pescar.

»Al día siguiente envié al señor Peet y a sus muchachos a su casa, donde hicieron ciertos destrozos. Chalfont vino directamente a la suite de mi hotel y aceptó lo que yo le exigía. Pero entonces yo ya había decidido exigir más..., todo, en realidad. Y él me lo dio, todo lo que tenía.

—¿Simplemente le dio el dinero? —preguntó Tom—. ¿Así sin más?

—No exactamente —el mago sonrió—. Invité a Chalfont a participar en nuestro espectáculo.

—Usted actuó como Cobrador —dijo Tom, horrorizado.

—Claro que sí. Una vez que tuvo una prueba de lo que significaba eso, firmó todo lo que le di. Los muchachos de Peet permanecieron todos los días con él hasta que hizo los arreglos. Y cuando tuve su nombre en los papeles y su dinero en mi cuenta, volví a «cobrarle». El tendría que haberlo esperado. Dio una nueva dimensión al Cobrador. En realidad, yo comencé a pensar que era una lástima que nunca hubiera puesto a Crowley en el Cobrador. ¿Os imagináis qué Cobrador habría

sido? Pero nos arreglamos con Chalfont durante todo el tiempo que permanecimos juntos. Y yo no veía otro Cobrador, hasta que oí los ruegos de vuestro compañero de escuela y vi qué útil sería para nosotros este verano.

Entre los árboles comenzó a brillar una leve luz, burlando a la niebla que se movía lentamente a través de ella.

—Pero ahora prestad atención, muchachos. Llegamos al próximo gran acontecimiento de mi vida..., una de las grandes vueltas hacia atrás, como la muerte de Vendouris, o cuando conocí a Speckle John.

»Se había resuelto el problema del dinero, porque muchos de mis admiradores ricos sospechaban lo que le había sucedido a Chalfont, y me dieron grandes sumas de dinero siempre que las necesité. Pero yo me estaba cansando de Europa. Europa estaba muerta. Percibí nueva vida en Norteamérica..., una vida que no olía a cadáveres. Europa era realmente un cementerio, y en Norteamérica mi familia tenía suficiente dinero como para mantenerme durante el resto de mi vida. Me marché por un mes, fui en barco a los Estados Unidos y busqué un lugar adecuado para asentar mis reales. Porque así pensaba yo: un lugar resguardado, alejado de cualquier ciudad, donde pudiera extender la magia todo lo posible; sin las trampas que representa tener una audiencia. Encontré este lugar, lo compré y contraté trabajadores para realizar las mejoras que había pensado. El precio inicial era demasiado alto, pero persuadí a los propietarios para que lo bajaran razonablemente. Y tomé precauciones para que nadie viniese por aquí en mi ausencia.

Hubo un inmenso y aterrador batir de alas: una gigantesca lechuza blanca cobró vida en la medialuz. Los dos muchachos se quedaron helados. La lechuza parecía un ave de rapiña, más salvaje que el Cobrador; batió las alas una vez más, luego se esfumó, integrándose en la niebla.

Todavía brillaba la luz, prometiendo otras visiones.

—Regresé a Francia en otoño de 1923. Sólo habían pasado cinco años desde mi primera llegada, pero ¡imaginaos qué diferencia! Ahora yo sabía quién era y qué era: Coleman Collins había encontrado y desarrollado el poder que Charles Nightingale sólo se había atrevido a soñar que existía en él. Era suficientemente rico para hacer lo que quería, y lo suficientemente famoso para atraer mucho público en todos los lugares donde aparecía. Poseía una casa y una gran extensión de tierra en Nueva Inglaterra. Y además, por supuesto, era el Rey de los Gatos, famoso en todo el mundo oculto. Era una posición que pensaba sostener todo el tiempo que pudiera..., al menos hasta que percibiera la llegada de un mago cuyos poderes fueran mucho más grandes que los míos, tal como eran los míos con respecto a los de Speckle John. Entonces, pensaba, ya veríamos.

La lechuza blanca aleteó nuevamente por el sendero bordeado de árboles; sus ojos ardían. Las grandes alas rozaban las hojas. Luego volvió a desaparecer.

—Íbamos en coche, el señor Peet y yo, él conducía el Daimler y yo viajaba cómodamente en el asiento posterior, por Francia occidental hacia París. Esperaba

ver a Rosa Forte y a Speckle John. Muy especialmente a Rosa Forte. Pensaba llevarla de vuelta a Norteamérica conmigo..., ella no podía sobrevivir sin mí, y yo lo sabía, y me resultaría útil en mi nueva vida. Hasta el momento, todo era apenas un sueño vago. Me preguntaba qué nuevos contratos habría logrado Speckle John para nosotros; cuánto tardarían los muchachos de Peet en necesitar otra caza de tejón; me pregunté qué invitaciones habrían llegado, qué mujeres me estarían esperando con las palmas extendidas y las libretas de cheques abiertas; me pregunté también si Rosa me recibiría tan cariñosamente como lo hacía por lo general cuando yo volvía de mis largos viajes. Así seguíamos nuestro camino, a la increíble velocidad de cuarenta y cinco kilómetros por hora, pasando por un pueblo tras otro, cada uno con su obelisco con los nombres de los que habían muerto en la guerra. La luz era intensa, y los castaños se teñían de color rojo y naranja; se levantaba polvo del camino; pensé en toda la sangre vertida en esos campos, en los que estaba madurando la próxima cosecha. Recordé lo que le había hecho al pobre diablo de Crowley, y solté una carcajada... También pensé en los ataques que había recibido recientemente de Gurdjieff y de Ouspensky, nombres importantes en el campo de las ciencias ocultas en aquella época, que ahora se han olvidado totalmente. Esa luz intensa..., los campos empapados de sangre, ahora color naranja... Rosa que me esperaba con su piel de porcelana y sus muslos abiertos..., esa sensación del tiempo mismo que moría alrededor de mí con una hermosa melancolía...

»Diez kilómetros antes de llegar a París vi a un campesino sonriendo con sus impecables dientes blancos, y pensé en Vendouris gritando en medio del barro helado... Pensé en él por primera vez en años, y me pareció que realmente era hora de salir de eso: todo el hermoso otoño europeo parecía resumido en el brillo de los dientes de un moribundo.

»Entramos en París desde el noroeste, levantando nubes de polvo, y cruzamos el Sena por el Pont de Courbevoie y seguimos nuestro camino por las calles hasta los jardines Ranelagh, donde vivíamos en el espléndido edificio de la Avenue Prud'hon. Nos detuvimos frente al hermoso edificio. Se oían voces de niños en el aire pesado. Los árboles de los jardines Ranelagh tenían un color dorado brillante, lo recuerdo muy bien, y el césped un profundo verde oscuro. Siempre esa hermosa melancolía. Invité a Peet a tomar una copa en mi casa, lo que le costó la vida. Subimos la escalera, yo llevando una bolsa y Peet las dos maletas grandes del baúl del Daimler. El interior del edificio olía a madera de sándalo. Abrí la puerta de mi piso y dejé pasar a Peet. El dio unos pasos y dejó caer las maletas..., hicieron un ruido particularmente fuerte. Lo seguí y vi su rostro, que mostraba embarazo y terror. Entonces los vi. Vi lo que cualquier chico hubiera sospechado mucho antes.

La luz resplandeció en los árboles, y Tom vio a Rose tendida desnuda sobre lo que parecía una alfombra oriental. Alrededor de ella se veían los perfiles de una gran habitación con paredes de color grisáceo. El inconfundible cuerpo de Rose estaba de costado con respecto a Tom, y su cabeza rubia vuelta hacia otro lado. Un hombre

desnudo, musculoso y con gruesos brazos y muslos estaba sobre ella; su rostro se hundía en el hombro de Rose. Tom se quedó rígido por el shock. Junto a él, Del dejó escapar una exclamación. Las pesadas manos oprimían los pechos de Rose, el cuerpo brutal penetraba y penetraba moviéndose ciegamente hacia la consumación; y Rose se aferraba a las caderas del hombre. Tom estaba tan afectado que sentía el avance de la conmoción en su interior, dejándole cada vez más helado. Ni siquiera podía pensar cómo respondería Del a esta visión. *No harás tonterías cuando nos veamos esta noche, ¿verdad?* Eso había dicho ella, uniendo sus manos detrás de su nuca cuando estaban parados en el agua. Y antes: *No me odiarás, ¿verdad? Todavía tengo que hacer algún trabajo para él.* A esto se refería.

*Aquí todo es mentira.*

Tom se aferró a eso hasta que la muchacha volvió la cara hacia el cielo y Tom vio su frente ancha y alta, la boca que le había dicho que le amaba. Sentía como si hubiera recibido un fuerte golpe. El hombre apresuró sus movimientos y tembló. Los brazos y las piernas de Rose rodeaban al hombre. Luego la luz se apagó nuevamente y Tom y Del quedaron solos con el mago. Los ojos de Del estaban opacos. Respiraba pesadamente, casi jadeando.

*No harás tonterías cuando me veas esta noche, ¿verdad?*

*Aquí todo es mentira.*

No encontraba la salida.

—Por supuesto no era Root quien estaba disfrutando de mi Rosa, sino mi socio, Speckle John. Yo sólo deseaba que ustedes, muchachos, sintieran mi conmoción y mi furia..., y veo que lo he logrado. Arnold Peet escapó. Yo salí detrás de él. Cuando volví, media hora más tarde, Rosa seguía allí, ahora vestida, fingiendo arrepentimiento. Fingía que había sido la primera vez, pero yo sabía que no era así. Le permití que me mintiera, y pensé en el consuelo que había sido Speckle John para mi pobre Rosa. Ella esperaba que yo le pegara..., *quería* que le pegara, porque eso habría significado perdonarla. No le pegué. Tampoco le pegué un tiro, aunque tenía un revólver conmigo... Siempre lo llevaba en aquellos días. Sólo la dejé rogar y llorar. Y cuando me encontré con Speckle John al día siguiente, ninguno de los dos mencionó lo que había visto en el suelo de mi living. Comencé a planear mi actuación final.

Collins se puso de pie.

—Mañana por la noche veréis cómo uní todos los hilos; cómo eliminé a Arnold Peet, que había presenciado mi humillación, junto con sus muchachos; cómo me vengué de los que me habían humillado, y ofrecí la actuación más extraordinaria de mi vida.

Miró a los dos muchachos consternados.

—Y esta noche permaneced en vuestras habitaciones. Esta vez no pasaré por alto la desobediencia.

El mago ladeó la cabeza, como si le divirtiera la situación, se puso las manos en

los bolsillos, sus ojos divertidos encontraron los de Tom, y desapareció.

«Vete al infierno, vete al infierno», se dijo Tom. Se inclinó y ayudó a Del a levantarse.

—¿Harás cualquier cosa que te pida?

—Cualquier cosa que me pidas —dijo Del. Aún parecía seguir en trance.

—Regresemos ahora. Saldremos de aquí lo más pronto que podamos esta noche. No sé cómo, pero lo haremos. Estoy harto de este lugar.

—Me siento enfermo —dijo Del.

—Y escucha. De todos modos nunca volvería a invitarte. ¿Me entiendes? La Tierra de las Sombras había terminado para ti. El me lo dijo. No ibas a ser elegido..., dijo que éste era tu último verano aquí. De todas formas ya había terminado. De modo que ahora marchémonos.

—Muy bien —dijo Del. Le temblaban los labios—.

Siempre que tú vengas conmigo. —Se secó los ojos—. ¿Y ella? ¿Y Rose?

—No sé —dijo Tom—. Pero nosotros saldremos de aquí esta noche tarde. Y nadie nos detendrá.

Condujo a Del por el bosque hasta el borde del lago.

—Tú fuiste elegido —dijo Del. La luz de la luna iluminaba sus cabellos negros. Se oyó croar un sapo a la orilla del lago. Había una neblina blanca sobre la superficie del lago, como un velo, y llegaba hasta el borde. La escalera de hierro surgía de una niebla gris como si saliera de una nube—. Tú fuiste quien recibió la bienvenida. ¿No es así?

—Pero no devolví el saludo.

—Yo estaba seguro de que yo sería el elegido. Pero, interiormente, sabía que no sería así.

—Quisiera que hubieses sido tú.

Caminaban por la arena. Del apoyó las manos en los peldaños de la escalera; subió seis peldaños y se detuvo.

—Creo que todos me mintieron —afirmó, como si hablara consigo mismo.

—Esta noche —dijo Tom—. Y luego todo habrá terminado.

—Quiero que todo termine. Casi desearía que esta escalera se cayera y nos matara a los dos.

Mientras atravesaban el oscuro living, a Tom se le ocurrió una cosa.

—Espera.

Del se inmovilizó, esperando como un condenado. Tom fue a la vitrina del rincón y abrió las puertas. La pastora de porcelana estaba rota en dos pedazos..., obra de Collins. Era un chiste, o una advertencia, era como una moraleja de una fábula de Perrault. Las mitades rotas estaban separadas sobre la madera, y había un poco de polvo fino entre las dos. Todas las otras figuritas habían sido empujadas hasta el fondo de la vitrina. Lo miraban. El muchacho con los libros, los seis borrachos, el isabelino. Sus ojos estaban muertos, y también sus rostros. Entonces Tom

comprendió. Eran ellos quienes habían asesinado a la pastora. Era un mensaje directo de Collins a él. Dejó de mirar las figuras y tomó un pedazo de la figura rota, que se guardó en el bolsillo. Volvió a pensarlo, y tomó también la pistola y la metió dentro de su camisa.

Siguió a Del al piso alto. Caminaron por el pasillo y pasaron frente a una ventana oscura.

—Mira —dijo Del, y señaló.

Tom lo habría visto por sí solo: todas las luces del bosque habían sido apagadas. No había más escenarios, no más teatros en el bosque. Sólo veían sus propios rostros sobre una superficie negra.

Del desapareció detrás de su puerta.

Tom entró en su propia habitación. Las puertas de corredera estaban cerradas. Se sentó en su cama, oyó ruidos. Dio unas palmaditas en la cama y oyó nuevamente un crujido. Tom puso la mano bajo la colcha y tocó una hoja de papel. No quería verla.

No: en realidad quería verla. Quería verla con toda su alma. Cuando la sacó y se permitió leerla, vio que decía:

«Si me amas, ven a la playita.»

De manera que también ella quería escapar esta noche. Tom vio a Coleman Collins como una gigantesca lechuza blanca que se abalanzaba salvajemente hacia todos ellos y los aplastaba con sus garras. Vio a Rosa destrozada por esas garras. Dobló la nota y la puso entre el revólver y su piel. Luego tocó la figurita rota en su bolsillo.

—Bien —dijo—. Muy bien, Rose.

Tom se acercó a las puertas y las abrió. Del estaba en la cama, en la oscuridad. Su hombro se estremecía, una mano se estremecía como la de un bebé.

—¿Qué? —preguntó.

—Nos vamos ahora —dijo Tom—, y nos encontraremos con Rose.

Las figuras de porcelana, alineadas al fondo del gabinete, mirando su obra con sus rostros muertos. Rosa Forte había sido asesinada por los Muchachos Vagabundos, y Collins quería que Tom lo supiera.

—Yo sólo quiero salir de aquí —dijo Del—. No soporto más estar aquí. Por favor, Tom. ¿Adonde iremos primero?

Tom comenzó a bajar la escalera, seguido por Del; pasaron por el living y salieron al aire fresco.

—Volveremos al bosque —dijo—. Esta vez lo atravesaremos.

—Lo que usted diga, jefe.

## 4

### EL JUEGO DE LAS SOMBRAS

#### 1

Tom sacó el revólver de dentro de su camisa y lo embutió entre el cinturón y la espalda.

—¿Qué es eso? —preguntó Del—. Es un arma. ¿Para qué necesitas un arma?

—Probablemente nunca la necesitaremos —dijo Tom—. La saqué de la vitrina. Sólo trato de ser cuidadoso.

—Cuidadoso. Si fuéramos cuidadosos, todavía estaríamos en nuestras habitaciones.

—Si fuéramos cuidadosos, nunca habríamos venido aquí, en primer lugar. Vamos por Rose.

Comenzó a bajar por la tambaleante escalera de hierro. La escalera se movía. Tom tragó saliva. Siempre le había parecido insegura.

—¿Algún problema? —gritó Del.

Tom respondió bajando la escalera lo más rápido que pudo. Echó a andar por la playa en la oscuridad. Oía los pies de Del golpeando la arena al correr para alcanzarlo—. Quería que te quedaras aquí, ¿verdad?, para siempre.

—Iba a hacer algo peor con Rose —dijo Tom—. Tenemos que llegar a esa playa del otro lado del lago. Allí estará.

—¿Y entonces qué?

—Ella nos dirá.

—Pero ¿qué le diremos nosotros a ella, Tom? Ni siquiera puedo soportar...

Tom tampoco podía soportarlo.

—¿Quieres que tratemos de cruzar el lago a nado o que vayamos por el bosque?

—Caminemos —respondió Del—. Pero no te adelantes. No me dejes atrás, Tom.

—No haré eso. La verdadera razón de que viniera aquí fue por no perderte —dijo Tom.

Aún se veía un poco de niebla en los bosques. Tom se deslizó entre dos árboles y echó a andar hacia la primera plataforma.

—Tal vez podríamos llevarla a Arizona con nosotros —sugirió Del.

—Tal vez.

—Dame la mano —dijo Del—. Por favor.

Tom tomó su mano extendida.

Rose los esperaba en la playita. La vieron antes de que ella les viera a ellos..., una muchacha esbelta con un vestido verde, y los zapatos de tacones altos en la mano. Fueron hacia ella, y la joven se volvió bruscamente para enfrentarlos... asustada.

—Lo siento —dijo. Miró a Del, pero sus ojos estudiaban a Tom—. No sabía si vendríais.

—Bien, vi esto —dijo Tom, y le mostró la pastora rota que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué es? Déjame ver. —Con cuidado, como si temiera estar demasiado cerca de él, se aproximó unos pasos—. Realmente se parece a mí. Qué raro. —Rose estudió nuevamente el rostro de Tom: lo miró con una sonrisa dura, amarga—. ¿No te parece gracioso? —Como él no le devolvió la sonrisa, sus ojos fueron nuevamente a la pastora rota. Algo en su actitud dijo a Tom que deseaba escapar. Entonces Tom comprendió. Tenía miedo de que él le pegara—. No te parece gracioso —agregó Rose—. Muy bien.

—Eh, yo también estoy aquí —dijo Del.

Sintiéndose más cómoda de inmediato, Rose relajó la postura de sus hombros y se volvió hacia Del.

—Sé que estás aquí, querido Del. Gracias por venir. —Sus ojos volvieron a los de Tom—. No estaba segura de si...

—Tenías que estar segura, ¿verdad? —dijo Del. Le temblaba la voz—. Está loco, eso es todo. No medio loco, sino loco del todo.

—Aquí todo es mentira —dijo Rose—. El hecho de que hayáis visto algo no significa que realmente haya sucedido.

Tom asintió. Curiosamente se negaba a aceptar esa esperanza que ella le ofrecía. Si se ablandaba, tal vez la aceptaría. En cambio, Del no sólo la aceptaba, sino que corría hacia ella. Su rostro brillaba.

—Bien, estamos aquí, de todas maneras. Ahora, ¿adonde iremos?

—Al lugar donde estabas antes —dijo Rose—. Por aquí —y los llevó nuevamente al bosque.

—¿Dónde estaba él antes? —preguntó Del—. ¿Dónde es ese lugar?

—Una vieja casa de verano —dijo Rose, andando entre la niebla y la noche sin necesidad de luz para ver el camino—. Los hombres vivían allí, pero ahora se han ido.

—Espera un segundo —dijo Tom, deteniéndose bruscamente—. ¿Esa casa? ¿Qué sentido tiene ir allí?

—El sentido en el túnel, Tom protestón —contestó Rose—. Y el túnel nos sacará de aquí. Pasé todo el día preparando esto..., ya verás.

—Un túnel —dijo Tom, y Del repitió «Un túnel», como si ahora estuvieran seguros de que volverían a sus casas.



—Nunca he llegado hasta allí —señaló Rose, siempre avanzando en la niebla—, pero sé que existe. Creo que llega casi a Hilly Vale. Podemos permanecer allí dentro toda la noche. Luego, por la mañana, podemos salir, caminar hasta la estación, y tomar un tren. Hay un tren que sale temprano hacia Boston. Ya lo averigüé. Ni siquiera nos echarán de menos hasta más tarde por la mañana, y entonces ya estaremos fuera de Vermont.

—¿Y tu abuela? —dijo Tom.

—La llamaré desde cualquier lugar. —Sus ojos lo miraron inquisitivamente un momento.

2

Como animales desconfiados, o como fantasmas de animales apenas visibles en la niebla, salieron del confín de los bosques. Cuando Del vio la zona, parecida a un parque, con el césped cortado y los árboles decorativamente colocados (también aquí la fría niebla flotaba y se depositaba en los huecos), dijo:

—Yo ni siquiera sabía que esto estaba aquí.

Rose dijo:

—Creo que antes vivía otra gente aquí, hace mucho tiempo, pero el señor Collins les obligó a marcharse.

Tom asintió: la enorme lechuza brillante les había echado.

—Creo que era un lugar de vacaciones —dijo Rose—. Y que la casa grande se usaba como una especie de club nocturno y casino.

—Pero ¿para qué necesitaban un túnel?

—Creo que tenía algo que ver con la prohibición de bebidas alcohólicas —respondió Rose.

—Claro —dijo Del, comprendiendo de pronto—. Este lado debe quedar cerca de un camino. Seguramente entonces no estaba del todo amurallado. Cuando se enteraban de que iba a haber una redada, podían esconder el alcohol y las ruletas y la droga en el túnel.

—Sólo si el túnel volvía a la Tierra de las Sombras —señaló Tom.

Rose dijo:

—Del tiene razón. Hay más de un túnel. Ya lo veréis dentro de un minuto.

La casa deteriorada parecía aún más vieja en medio de la niebla. La parte rota en el pórtico se abría como una boca hambrienta.

Los tres fueron hacia la casa. Tom seguía viéndola en el pasado que Rose y Del habían evocado, en un verano de posguerra, rodeada por otras casas similares... ahora desaparecidas..., habitadas por hombres que llevaban blazer, y mujeres con vestidos como el de Rose. Había canoas, en alguna parte un hombre tocaría el banjo, y los cubos de hielo tintinearían en las jarras de martini.

*Algo bueno. Preguerra. Vino de Canadá.*

*Nick, ¿por qué no cruzamos el lago y vamos a la feria esta noche?*

*Buena idea. Tengo ganas de jugar a la ruleta otra vez-Díganme, ¿no saben nada sobre lo que esa lechuza de Philly dice haber visto anoche?*

No, eso habría sido después. *Sweet Sue* era lo que interpretaba el banjo, resonando en el aire de verano.

*Sí, vayamos a la hostería esta noche. Creo que tendré suerte. Pasa un poco de gin para este lado, muchacho, si eres tan amable.*

—¿Estás soñando despierto? —dijo Rose—. ¿O simplemente tienes miedo de

entrar?

Tom subió al pórtico con los otros dos. Rose los hizo entrar en la casa y encendió una sola lámpara. La vieja construcción daba la impresión de que nadie había entrado en ella desde que el emisario alado del mago les había hecho salir a todos. Había polvo sobre las sillas rotas, sobre la alfombra estropeada.

—Esos hombres se marcharán después de mañana por la noche —dijo Rose—. Todas sus cosas se han arrojado a la basura o están en la casa. O tal vez en uno de los otros túneles.

—Espera un segundo —dijo Del—. ¿Cuántos túneles hay?

—Tres. No te preocupes. Puedo encontrar el que corresponde —sonrió a Tom—. Puse unos bacadillos y un termo y algunas mantas allí abajo. Estaremos bien esta noche.

—¿Y dónde está ese túnel? —preguntó Del—. Mira, si hay ratas ahí abajo, puedes matarlas de un tiro.

—Yo no he visto ratas —dijo Rose, y miró a Tom.

—Bien, yo traje este revólver —admitió Tom—. Tiene como cien años. No sé cómo se dispara, de todas maneras.

—El túnel es por aquí. —Rose apartó una mesa de mimbre cubierta de polvo y corrió la alfombra. Había una trampilla en la madera. Se inclinó, pasó los dedos por la argolla y abrió la puerta—. Así se llegaba al pequeño sótano. —Unos anchos escalones de hormigón llevaban a un negro agujero—. Hicieron los túneles después.

—Caramba —dijo Del—. Qué simple.

—¿Esperas algo? —preguntó Rose, y Del les miró a los dos, dejó escapar un «Ah» con voz temblorosa y comenzó a bajar lentamente los escalones—. Hay una linterna en el escalón más alto.

—Ya la tengo. Vamos, muchachos.

3

El túnel era lo suficientemente alto como para estar de pie. El suelo y las paredes eran de tierra apisonada; había vigas en el techo. Cuando Rose encendió la linterna, vieron que el túnel tenía una ligera inclinación hacia abajo. En el punto en que terminaba el haz de luz, a bastante distancia, parecía haber una curva.

—Bien, dijiste que tomaríamos el camino más bajo —observó Del—. Esto está fresco. ¡Qué grande es! Creí que tendríamos que arrastrarnos.

—En absoluto —dijo Rose—. ¿Pensáis que os haría eso?

Movió la linterna mientras seguían adelante. El aire cambió; se tornaba cada vez más frío y más seco en la oscuridad total alrededor del haz de luz.

En el lugar donde convergían las tres ramas del túnel la linterna reveló unos objetos amontonados. El lugar del cruce era una caverna circular ligeramente más alta que los túneles mismos. El techo era abovedado y con vigas.

—Este es nuestro dormitorio —dijo Rose—. Aquí hay mantas, comida y otras cosas. —Se arrodilló y levantó la manta que cubría el cesto de mimbre del mago—. Pensé que no echaría de menos esto. ¿Alguien tiene hambre?

La tensión había desatado un hambre voraz en los muchachos. Rose dejó la linterna en el centro de la caverna abovedada y les entregó bocadillos envueltos en papel impermeable. El jamón era de Collins; también el papel impermeable sería de Collins. Cada uno de ellos se apoyó en una pared diferente para comer, de manera que apenas se veían entre sí. La luz de la linterna iluminaba de refilón sus rostros.

Del preguntó:

—¿Por cuál de estos túneles tomaremos, Rose?

—El que está más cerca de Tom. —Tom se inclinó para mirar. Una ola de aire frío llegó hasta él desde una oscuridad impenetrable—. Uno de éstos solía llevar a otra casa de verano.

Desde la fría oscuridad del túnel, Tom oyó el sonido del banjo y una voz no muy educada, pero dulce, que cantaba:

*Hay luna arriba  
tra-la-la-la  
dulce Susana,  
solamente tú.*

—Creo que deberíamos tratar de dormir —sugirió Tom—. Arrójame una de esas mantas, por favor, Rose.

El rostro de ella tomó color cuando se inclinó hacia adelante, y le echó una manta escocesa.

—Buena idea —dijo la joven.

Acomodó las mantas sobre el suelo duro.

—Supongo que ustedes no oyen nada —dijo Tom.

—¿Oír? —dijo Del.

—Será sólo mi imaginación.

Rose se acercó al centro, y su cabeza y su tronco quedaron bañados por la luz como los de una mujer aserrada por la mitad en el viejo truco. Transmitió a Tom un mensaje líquido, diluido en sus ojos pálidos... «¿Me perdonas?» Luego el rayo de la linterna pasó velozmente por las paredes curvas y encandiló por un momento a Tom, al darle directamente en los ojos. Su sombra creció hasta tornarse gigantesca en la pared a sus espaldas. El rayo de la linterna se alejó, y Tom vio el cuerpo de Rose recortado contra la pared..., una figura de la década de los veinte con su vestido verde, dando un paseo por ese sótano, como tal vez hiciera la gente de vacaciones.

*¿Quién es esa señora que estaba contigo? ¿Eh, Nicholas?*

*Una señora que puede estar en dos lugares a la vez,*

*Esas voces capturadas.*

El haz de luz bajó hasta la manta extendida de Rose. Sus zapatos cayeron suavemente al suelo.

—Buenas noches, queridos míos.

—Buenas noches —respondieron ellos.

La linterna se apagó y quedaron sumidos en la oscuridad.

—Es como flotar —dijo Del—. Como estar ciego.

—Sí —susurró Rose.

El corazón de Tom se llenó de amor por los dos.

Se acostó sobre su manta y se envolvió con ella para combatir el frío. *Como estar ciego*. Cuando oyó esas voces capturadas que flotaban en los túneles, supo que nada sería tan fácil como pensaba Del..., que nada había sido nunca tan fácil..., y el miedo mantuvo abiertos sus ojos, aunque él también estaba ciego.

(Ruido de agua: remo de canoa que se alza y baja, resplandor en los ojos que proviene del claro del bosque, del otro lado del lago.)

*En dos lugares al mismo tiempo, qué bien, Nick.*

*Los veranos son para divertirse, muchacho.*

*La señora enferma otra vez, ¿eh?*

*El agua, dice. Tonterías, es más probable que sea el gin.*

*O algo que hay en el aire. Philly vio nuevamente esa lechuza anoche.*

*No hay ninguna lechuza, querido muchacho. Créeme.*

«No confíes en él —se dijo Tom—, hay, hay una lechuza.»

*La esposa de Philly es la única razón de que lo toleremos a él, al fin y, al cabo...*

Luego llegaron voces de una época posterior del verano: Tom sentía llegar el frío, la promesa de las hojas muertas y del agua gris, congelada.

*No se puede trasladar a Joal. No lo entiendo..., los doctores tampoco. Es para volverse*

loco.

*Y vi la lechuza sobre tu cabaña, Nick...*

*No puedo sacarla, no quedo quedarme...*

*Y la esposa de Philly, muerta..., algo que había en el aire, o en el agua...*

*Supe que vendieron el lugar. Lo habrá comprado el demonio.*

*Pasa el gin para este lado, Nick. Sigo teniendo esas horribles pesadillas.*

Los otros dormían en la perfecta negrura.

Tom seguía rígido en su manta, escuchando sus respiraciones regulares mientras salían las voces capturadas de los túneles, que cambiaban hasta que por último sólo quedó una voz.

*Adiós, adiós a todos, adiós..., totalmente sólo. Sólo yo, el inspector de gallinas número veintitrés, será mejor que me pases más gin..., solo, totalmente solo..., con la luna arriba, tra-la-la...*

Sabía que si miraba dentro de uno u otro de los túneles, encontraría un esqueleto. Nick de la década de los veinte, con una provisión de gin de antes de la guerra, y algo que sucedía a la esposa de Philly mientras su propia esposa enfermaba y moría, y mientras un joven expatriado verosímil pero siniestro compraba el lugar de veraneo donde había venido a pasar unas vacaciones agradables, jugando y haciendo el amor. Nick de la década de los veinte, que se había quedado demasiado tiempo, y que ahora nunca se marcharía..., cantando *Dulce Susana* en el túnel que le permitía a él y a su amante estar en dos lugares a la vez.

Collins los había matado, había matado a los que no se asustaron lo suficiente como para marcharse por sí mismos. Luego se adueñó del viejo lugar de veraneo y se perfeccionó, jugando con Del Nightingale en los veranos cuando pensaba que Del sería su sucesor; más tarde, perfeccionándose más aún, esperando que llegara el sucesor, defendiéndose de cualquiera que intentara invitarle solo, sabiendo que con el tiempo aparecería la única persona que significaría un peligro para él.

Y cuando se le terminó el dinero de sus extorsiones, mató a los padres de Del. Hizo caer el avión en que viajaban y reclamó su parte de la herencia y luego mantuvo los oídos atentos..., sabiendo que tarde o temprano se enteraría de la existencia de algún joven que aún no sabía qué era él.

*Pásame un poco más de gin, muchacho.*

En aquella época se bebía mucho. Brindo por ti, Nick.

*Y yo por ti, dulce Susana.*

Le pareció que alguien había hablado en la boca misma del túnel más cercano. Tom se dio la vuelta dentro de la mente..., ¿o esto también era un sueño? Y sintió una brisa fría que avanzaba hacia él.

El demonio, M., apareció envuelto en la brisa en la boca del túnel. Brillaba pálidamente, como si estuviera iluminado por la luna. M. no iba vestido con el uniforme de un profesor de escuela privada, sino que llevaba un blazer y camisa con cuello duro. Su rostro irradiaba simpatía y una intensa aunque perversa inteligencia.

Se arrodilló ante Tom.

—De manera que tomaste por el camino bajo al fin y al cabo, y aquí estás.

—Déjame —dijo Tom.

—Vamos, vamos. Te doy una segunda oportunidad. No querrás terminar como nuestro amigo, ¿verdad? ¿Como un arenque en conserva? Eso no es para ti.

—No —dijo Tom—. No es para mí.

—Pero, querido muchacho, ¿no ves que esto no tiene salida? Te doy tu última oportunidad. Levántate y sal de aquí. Déjalos..., de nada te sirven. Dame la mano. Te llevaré de vuelta a tu habitación —extendió la mano, que era negra y humeante—. Ah, te dolerá un poco. Nada que no puedas soportar. Al menos salvarás la vida.

Tom se apartó estremecido de esa mano terrible.

—Vuelve a pensarlo. Te aseguro que esa criatura de quien crees estar enamorado te venderá. Dame la mano. Sé que mi mano no es bonita, pero tienes que tomarla. —Columnas de humo se elevaban de la mano extendida—. El señor Collins te lo ha explicado todo. Ella no es una salida para ti, muchacho.

Tom advirtió el carácter inevitable de la situación: una doble traición, como la de Rosa Forte.

—Sin embargo... —dijo.

M. retiró la mano, que ahora era rosada y suave.

—Me pregunto dónde terminarás. ¿Aquí? ¿En el lago? ¿Clavado a un árbol para que te coman los pájaros? Volveré, y recuerda que traté de ayudarte.

—Puedes hacerlo —dijo Tom. «Te lo dije», seguramente era una de las frases favoritas del demonio.

M. hizo una mueca burlona y desapareció.

«Así no», se dijo Tom a sí mismo.

4

—¿Qué hora es *ahora*! —preguntó Del, varias horas más tarde.

La linterna se encendió: iluminó la muñeca de Rose y su brazo desnudo.

—Veinte minutos más tarde que la última vez que preguntaste. Son las seis y cincuenta y uno. ¿Todos estáis despiertos?

—Sí —respondió Tom, arrancado a un sueño profundo.

Rose iluminó la cámara abovedada, el rostro de Tom y luego el de Del. Finalmente volvió la luz hacia sí misma. Se hallaba sentada contra la pared, y a diferencia de Del y de Tom, no tenía un aspecto descuidado. Sus cabellos estaban peinados; Tom vio con asombro que aún tenía los labios pintados.

—Todavía hay café en el termo, y tengo unos huevos duros. Podemos desayunar antes de partir.

—Tengo que hacer pis —dijo Del, avergonzado.

—Yo también —dijo Tom.

En la oscuridad fueron dando traspies hasta el primer túnel y salpicaron las paredes; volvieron guiados por la luz para comer los huevos duros.

—Bien, ¿por cuál túnel vamos? —preguntó Del.

—Por ése. —Rose apuntó con la linterna hacia un agujero en la pared curva. Caminó hacia la entrada del túnel e hizo correr la luz sobre una línea de tiza blanca —. Yo la tracé cuando traje las cosas. En éste. Era el que estaba más cerca de ti —dijo Rose—. Uno se confunde en este lugar. Este es el que marqué.

—¿Hasta dónde llega? —preguntó Del.

—Es muy largo —repuso Rose—. Tendremos que caminar una media hora por él.

—¿Estás segura de que es éste? —preguntó Tom.

—Lo marqué. Estoy segura.

—...te venderá. Nada más que un mal sueño: ¿no era de este túnel que llegaban las voces perdidas y capturadas en su eterno y terrible verano?

—Ilumina tu cara con la luz —dijo Tom—. Dame este gusto.

Rose levantó la linterna y la dirigió a su cara. Entrecerró los ojos ante el resplandor, pero su mano estaba firme. *Es la criatura que crees amar*. Era la muchacha de la ventana; era la muchacha de la capa roja, que llevaba un cesto por el sendero del bosque. Tomó entre sus dedos la figura rota que tenía en el bolsillo.

*Adiós, Nick. Vuelve en cualquier momento, dulce Susana.*

*¿En el lago? ¿Clavado a un árbol para que te coman los pájaros?*

—Adelante —dijo Tom.



5

La luz danzaba ante ellos, rozando el suelo. Sus pies se hundían en el barro. Una imagen no reconocida, casi una sensación de *déjà vu*, preocupaba a Tom. Pero no era un *déjà vu*, porque él sabía que nunca había estado en este lugar. Sin embargo, la sensación de una experiencia paralela invadía su mente..., algo que había conducido a..., ¿a qué? Un sabor de algo desagradable, de algo que estaba mal, de cosas que no eran lo que parecía.

—¿Qué creíste oír allí atrás? —preguntó Del en voz baja.

—Creo que sólo estaba nervioso.

—Yo también —confesó Del.

Siguieron bajando, un poco a tientas. El aire en el túnel se tornaba más húmedo y más frío. La linterna de Rose iluminó gotas de humedad en la pared.

—¿Realmente viniste aquí este verano para..., bien, para protegerme? —Del pudo preguntar esto porque la oscuridad ocultaba su rostro.

—Creo que sí.

La voz de Tom, como la de Del, resonaba en la oscuridad total.

—Pero ¿cómo sabías que necesitaría tu ayuda? —la voz aguda de Del parecía colgar en el aire, rodeada por un espacio cargado.

¿Cómo responderle? «Bien, tuve la visión de un brujo y de un hombre malo, y más tarde vi que el hombre malo había dominado al brujo. Que sucederían cosas que te harían daño, y yo debía impedirlo.» Era la verdad, pero no podía decirlo: no podía hacer sonar su propia voz en la negrura para decir esas cosas.

—Creo que fue la noche de las «torres de hielo»... ¿Recuerdas?

—Cuando yo no sabía si estabas apartando al tío Cole de mí o no —dijo Del.

—Dios mío.

Del rió.

Entonces le vino a la memoria el día de inscripción: él caminaba por la escalera hacia el despacho del director después de llenar los formularios en la biblioteca, siguiendo la linterna de la señora Olinger y la vela del gordo Bambi Whipple. Era la primera vez que vería a Laker Broome.

Durante largo tiempo caminaron en silencio y en la oscuridad, siempre bajando, bajando, como si el túnel condujera al centro de la tierra en lugar de conducir a Hilly Vale.

## 6

Mucho rato después, Tom sintió que el suelo cambiaba. El esfuerzo por frenar, que cansaba sus piernas, se había convertido en el de remontar una pendiente. Ahora iban cuesta arriba: los músculos de la parte superior de sus muslos se estiraban como bandas de goma.

—¿Ya recorrimos la mitad? —preguntó Del.

—Más —respondió Rose—. Pronto saldremos.

«Gracias a Dios», se dijo Tom: la constante oscuridad comenzaba a perturbarlo.

Un rostro como el de Thorn, un rompecabezas de carne y cicatrices, flotaba en el aire y le hizo un guiño.

—¿Suced algo? —preguntó Del.

—Estoy cansado.

—Me pareció que habías saltado.

—Es tu imaginación.

—O la tuya —dijo astutamente Del.

—¿Recuerdas cuando dijiste que habías oído algo? —preguntó Rose.

—Sí.

—Bien, ahora yo creo oír algo. Dejad de hablar y escuchad.

Otra vez el miedo inevitable. La linterna se apagó, y por un momento el resplandor quedó grabado en la retina de Tom.

—Yo no... —comenzó Del.

Se interrumpió: él y Tom, que estaba a su lado, también lo habían oído..., un ruido confuso, de golpes.

—Ah, Dios mío —susurró Del—. Nos persiguen.

—Rápido, rápido, rápido —rogó Rose. La luz se encendió, enceguecedoramente brillante, e iluminó el largo túnel detrás de ellos. Estaba vacío hasta donde podían ver—. Por favor.

Rose echó a correr con la linterna en la mano. Tom oía a los que venían detrás..., tal vez eran dos hombres, o cuatro, o cinco, y parecían estar a bastante distancia..., y luego él también echó a correr detrás de Del y Rose. Oyó los sollozos de pánico de Del, el ruido que hacían al brotar de su pecho y su garganta. El haz de luz de la linterna saltaba locamente.

—Sabían dónde buscarnos —gritó Tom.

—¡Corre! —gritó Rose,

Tom corría. Sus hombros chocaron dolorosamente contra un soporte de madera. Estuvo a punto de caer, sintió el dolor en todo el brazo; se raspó la mano contra una roca que salía de la pared y se enderezó.

En cuanto recuperó el paso llegó junto a Del, Del seguía emitiendo sonidos de

pánico total.

—Vamos, corre —dijo Tom—. Dame la mano.

Del se agarró a él y se puso de pie. Rose estaba seis metros más adelante, moviendo la linterna con impaciencia, proyectándola en los ojos de los muchachos.

Del saltó como un conejo.

—¡Ya os tengo! —gritó un hombre en el extremo del túnel.

Perros y tejones; el pozo sangriento. ¿Collins sabía que terminarían así? Tom seguía corriendo.

—¡Os tengo!

—¡La escalera! —gritó Del—. ¡Encontré la escalera!

Tom sintió estallar una gran burbuja de alivio en su pecho. Todavía podían escapar; todavía había una posibilidad. Siguió corriendo, jadeando. Oía a Del subiendo la escalera, a pesar de los otros ruidos.

—Tom —Rose le tocó el brazo y le detuvo.

—Podemos lograrlo —jadeó—. Están mucho más atrás, podemos hacerlo.

—Te amo —dijo ella—. Recuérdalo.

Sus brazos lo rodearon y su boca cubrió la suya. De pronto el túnel quedó brillantemente iluminado.

—Rose —rogó él, y caminó hacia la luz llevándola entre sus brazos.

El rostro de Rose tenía una expresión salvaje. El la hizo a un lado para ver los escalones, la puerta abierta.

Algo andaba mal. Algún detalle..., su corazón latía furiosamente. Una gran ruleta, tan polvorienta como el rojo y el negro se habían vuelto igualmente grises, apoyada en los escalones. De pronto las piernas de Del se levantaron y salieron por la abertura mientras alguien le sostenía desde afuera.

Un instante después Del gritó.

—¿Qué...? —no podía creer lo que sucedía. Del volvió a gritar—. Rose...

Ella se soltó de los brazos de Tom y caminó hacia la ancha escalera de hormigón.

—Será mejor que vengas —dijo Rose—. Tiene que ser así.

Tom estaba rígido; la vio subir el primero de los escalones y volverse a mirar. Con su vestido verde y sus tacones altos, se alejaba de él; había cumplido con su tarea.

*No me odies.*

—Nos trajiste de vuelta —dijo Tom. Sus labios y sus dedos habían perdido toda sensibilidad—. ¿Qué eres?

—Tiene que ser así, Tom —dijo Rose—. Ahora no puedo decir nada más.

Los gritos de Del se habían convertido en gruñidos como los de un animal. Tom volvió la cabeza para mirar por el túnel. Root y Thorn, sin correr, aparecieron ante su vista. Se detuvieron en el borde mismo de la zona iluminada a través de la puerta abierta, y esperaron que él actuara. Tom volvió a mirar a Rose, que también esperaba

con el rostro inexpresivo. Thorn y Root eran una pared de brazos cruzados y piernas extendidas. Rose subió otro escalón y Tom fue hacia ella.

Coleman Collins cantaba alegremente: «Salid, salid, dondequiera que estéis», y antes de que Tom llegara a los escalones, una repentina y terrible claridad lo inundó y se metió la camisa dentro de los pantalones, ocultando el arma.

En cuanto llegó a los escalones, miró hacia arriba y reconoció el final del túnel.

Era la habitación prohibida. Entonces supo cómo habían llegado y cómo se habían ido los «hermanos Grimm».

—De manera que los pájaros han vuelto a casa —dijo Collins.

7

Tom entró en la habitación atestada. Rose estaba junto a Coleman Collins, y el mago la miraba con expresión demoníaca y divertida, pasándose el dedo índice por el labio superior. Los otros cuatro Muchachos Vagabundos estaban a un lado, con perros sujetos con correas.

—Dios mío, qué casas —dijo Collins—. No puedo tolerar esto, especialmente en la actuación de despedida. Lágrimas, tal vez, pero nunca mal humor.

Detrás de Collins, el señor Peet tenía aferrado a Del por el brazo y se lo oprimía hasta hacerle daño. El rostro de Del estaba gris por la impresión. El señor Peet, vestido con las ropas anticuadas del tren, sonreía maliciosamente y sacudía a Del..., lo sacudía como a un muñeco.

—¿Por qué tiene que ser así, Rose? —preguntó Tom.

Ella le devolvió la mirada desde una gran distancia. Collins sonrió, dejó de acariciarse el labio y tomó a la muchacha de la mano.

—*¿Por qué tiene que ser así?*

Del comenzó a gemir de terror.

—Yo responderé, si no les molesta —dijo Collins. Aún sonreía—. Tiene que ser así porque no sois dignos de ser mis sucesores. Como acabáis de probarlo. Me temo que el mundo tendrá que esperar a que aparezca otro niño dotado..., para ti no hay esperanzas, Tom. Has vuelto a las filas. De espectador-participante. Bien, aquí están los otros.

Primero Root, después Thorn, surgieron por la trampilla. Thorn respiraba pesadamente: la carrera lo había cansado. Sus hombros ocupaban toda la abertura.

—Yo podía haber sido tu salvación —musitó Collins—. Y lo intenté. Pero ni el mejor ceramista puede trabajar con arcilla de inferior calidad. —Se encogió de hombros, pero sus ojos seguían danzando—. Ahora, veamos nuestro programa. —Levantó la mano y la de Rose y miró su reloj—. Faltan varias horas para el acto final. —Se inclinó y rozó la mano de Rose con sus labios. Cuando le soltó la mano se volvió hacia los hombres—: Thorn, Pease y Snail. Conducirán a este muchacho al teatro grande. Rose, querida, quiero que esperes en mi dormitorio. Ustedes, lleven afuera a mi sobrino y jueguen con él durante un par de horas. Si se queja, castíguenlo. Ya es totalmente inservible.

«Rose es su novia —pensó Tom—. Su amante.» Una traición después de otra que caían dentro de él como plomo. Dos de los hombres lo tomaron de los brazos. Miró a Rose a los ojos.

*No me odies...*

—Vamos, Rose —dijo el mago.

Pero ella permaneció un momento a su lado, respondiendo a la mirada de Tom.

*...por lo que tuve que hacer.*

—Dije que se marcharan —Rose dio media vuelta y se alejó. Los ojos enloquecidos de Collins lo retenían—. ¿Comprendes? —dijo el mago—. Tenía que comprobar si realmente tratabas de marcharte. No mereces tu talento... Pero ahora no vale la pena hablar de ello porque no lo tendrás mucho tiempo más. Cuando llegó el momento, elegiste tus alas.

—Usted mató a todas esas personas —dijo Tom—. Mató a Nick, y a la esposa de Philly. A todas esas personas de la cabaña de verano.

—Y a la esposa de Nick, también —dijo Collins.

—También mató a los padres de Del —prosiguió Tom—. Para quedarse con su dinero.

Vio a Del que caía hacia atrás y era enderezado por el señor Peet.

—Pensaba que también obtendría la parte de Del, ¿sabes? —sonrió Collins—. En cierto momento pensé que podría ser mi sucesor. Habría sido mejor. Yo podría controlar a mi sobrino. Pero ahí estabas tú, brillando como el diamante más grande del oeste.

Cuando Del comenzó a gemir, Tom observó nuevamente el parecido con Laker Broome. Collins sonreía, fingiendo calma, pero sus nervios ardían..., ardía de furia y de loca alegría.

—Quédese, señor Peet. Ustedes, los otros, llévense a este muchacho afuera. Hagan lo que quieran con él.

Root, Seed y Rock fueron hacia Del. Seed sonreía como un oso. Clavó su garra en el codo de Del y lo apartó del señor Peet.

—No se preocupen por traerlo de vuelta —dijo Collins. Seed comenzó a arrastrar a Del hacia la puerta, y Root y Pease los siguieron—. Señor Peet, quiero que abra la pared entre los dos teatros. Necesitaremos todo el espacio posible.

El señor Peet hizo un gesto de asentimiento y siguió a los demás por la puerta.

Ahora sólo quedaban en la habitación los tres hombres, Thorn, Pease y Snail, el mago y el muchacho. Los hombres también llevaban los trajes de cuatro botones con chaquetas Norfolk del tren, y parecían lobos, con sus ropas calurosas y ajustadas. El rostro contraído de Thorn estaba cubierto de sudor. Los tres se acercaron a Tom.

—¿Qué le harán a Del?

—Ah, no será tan interesante como lo que te sucederá a ti —dijo el mago—. Serás crucificado.

—¿Eso es lo que le hizo a Speckle John?

—No. Le di un castigo para toda la vida, ¿no te lo dije? Lo convertí en sirviente. Al fin y al cabo era hijo de Hagar, ¿o eso es demasiado bíblico para ti?

—Sé lo que quiere decir.

El mago sonrió y miró a los hombres sudorosos.

—Llévenselos ahora.

Snail puso sus manos enormes sobre los hombros de Tom. Con esas manos

podría haberle roto los brazos: Tom sentía una intención así en el contacto del hombre, que era algo más que brutal. Estaba totalmente desprovisto de sentimiento humano. Lo lastimarían y disfrutarían de eso, tanto más porque él les había humillado antes. Snail lo levantó del suelo, apretándole con fuerza para lastimarlo, y lo sacó de la habitación. Los otros dos rieron... con risas groseras.

«Ella no le ha dicho que tengo el arma —advirtió Tom—. Lo sabía pero no se lo dijo.»

Esto lo salvó de desvanecerse.

8

Los dedos de Snail eran como barras de acero hundidas en sus músculos. Mientras el hombre lo llevaba como a un muñeco sin peso por el corredor hacia los teatros, agachó la cabeza y susurró en el oído de Tom:

—Mi padre me pegaba..., mi padre me arrancaba la piel..., ah, cómo me pegaba mi padre —hizo un ruido grosero que un segundo después Tom reconoció como una risa. Puso sus labios en el oído de Tom—: Y yo no tenía la piel tan blanca como tú —rugió de risa.

Tom dio un puntapié que alcanzó a Snail en las piernas. El hombre le respondió sacudiéndolo lo suficiente como para romperle el cuello.

—Pórtate bien, ahora —dijo Snail, dejándolo junto a la puerta del pequeño teatro.

La placa de bronce decía:

WOOD GREEN EMPIRE

27 de agosto de 1924

Collins abrió la puerta y Snail hizo entrar a Tom.

Había desaparecido toda una pared. Los dos teatros estaban unidos en un solo espacio enorme. El señor Peet se encontraba al fondo, mirando su retrato en el mural.

—Muy bueno —gritó a Collins—. Ese tipo se parece mucho a mí —parecía complacido de una manera infantil, egotista.

—¿Eres idiota? —ladró Collins—. Apártate de ahí.

El señor Peet parecía malhumorado y ofendido. Bajó los escalones.

—Llévenlo al fondo —dijo Collins—. Una vez que comencemos, quiero que pueda ver. Y apaguen las luces.

—Escuche, ¿realmente usted no...? —comenzó Tom, pero Snail le dio una bofetada que le dejó dolorido todo un lado de la cara.

—Me pegaba en serio —dijo, haciendo una mueca—. Casi me *ventilaba*.

Como a Seed, también le faltaban algunos dientes. Arrastró a Tom por el escenario más pequeño hasta llegar al espacio más grande. Las luces de arriba se apagaron, y sólo quedó una tenue luz color ámbar en el escenario, que iluminaba las filas de asientos vacíos. Snail lo empujó hacia adelante y hacia arriba.

—¿Qué me sucederá? —preguntó Tom.

—Yo sólo trabajo aquí —dijo Snail—. Pero ¿qué crees que le hará Root a tu amiguito? —Tom vaciló y Snail agregó—: No intentes ninguna de esas tonterías. Si lo haces te arrancaré las piernas

Esas tonterías... Snail se refería a la levitación. Pero había perdido esa



capacidad. Estaba demasiado asustado como para encontrar esa llave. Llegaron a la última fila de asientos. ¿Crucificado? Recordó el sueño de mucho tiempo atrás, el buitre que saltaba hacia adelante y le destrozaba las manos con su pico amarillo.

Una estructura de madera en forma de una gran X había sido fijada a la pared. Tenía un aspecto temporal, provisional, el aspecto de algo que se ha colocado apresuradamente, y que puede dismantelarse con facilidad después de ser usado. Desde el centro de la X colgaba una cinta de cuero. En la alfombra había dos largos clavos y un machete de madera.

—No puede hacer eso —dijo Tom.

—Mientras no me lo haga a mí, puede hacerlo —dijo Snail.

—Deja de hablar y levántalo —ordenó Collins—. Se resistirá, de manera que tienes que sostenerlo con fuerza.

Tom saltó a un lado y trató de bajar otra vez la escalera, pero Thorn le rodeó el pecho con un brazo y lo arrastró hacia atrás. Tom pateó, y Thorn le golpeó en la cabeza con los nudillos.

—Dije que tienes que agarrarlo bien.

Collins se inclinó a recoger los clavos. Cuando los tocó, brillaron en la alfombra, y cuando los tuvo en sus manos lanzaron un resplandor pálido como de plata, como si estuvieran iluminados desde dentro.

Pease le cogió las piernas con sus poderosas manos. Snail lo tomó por las muñecas y no pudo moverse: se retorció para evitar el contacto, pero Thorn aumentó la presión sobre su pecho y lo dejó sin aire. El señor Peet se alejó y se sentó en un asiento junto al pasillo, desde donde podía contemplar la escena. El aliento fétido de Thorn llegaba directamente a la cara de Tom.

—Observa los clavos —señaló Collins.

Agarró el mazo con la mano derecha. Los largos clavos habían tomado un color rojo dorado, y parecían latir en la mano del mago.

—Buen truco —dijo Thorn.

—Apestas —dijo Tom, y Thorn volvió a golpearlo en la cabeza; sintió un dolor agudo.

Con sólo la mitad de sus fuerzas, Thorn podía romperle el cráneo.

—Este muchacho es un mago. Necesitamos algo más para sostenerlo —Collins mostró los clavos a Tom—. ¿Comprendes? Jamás los sacarás de las tablas. Creo que tendrás que conformarte con esperar la actuación. —Se volvió hacia Pease y Snail—. Levántenlo.

Los tres hombres llevaron a Tom hasta la estructura. Thorn caminando hacia atrás.

—Sostenedle los brazos —dijo Thorn, y le liberó los brazos para poder abrazar a Tom por la cintura con ambas manos—. Avanzad conmigo..., lo ataré.

Levantó a Tom, y lo sostuvo con una mano apoyada en su estómago mientras trabajaba con la cinta de cuero. Tom se retorció, pero la mano de Thorn empujaba su

estómago contra la columna vertebral.

El cinturón le cruzaba el vientre. Los hombres se apartaron. Estaba firmemente sostenido y a sesenta centímetros del suelo. La cinta de cuero le lastimaba la piel; la vieja pistola se clavaba en su espalda.

Collins levantó nuevamente los clavos. Ahora tenían franjas de color, como prismas.

—Muy bien. Proseguiremos. Thorn, arrodíllate y apóyale los pies en la pared.

Thorn se inclinó y apoyó los talones de Tom.

—Snail, tómale el brazo derecho. Pease, tú el izquierdo. La palma hacia afuera

Le cogieron los brazos y se los estiraron, hasta que sintió que iban a salirse los codos. Tom aulló.

—¡No pueden! ¡No pueden hacerme esto!

—«Esta es tu opinión —dijo Collins, y se aproximó, con un brillante clavo entre el pulgar y el índice, y el mazo levantado en la mano derecha.

—¡NOOO! —rugió Tom.

Pease le aplastó los dedos, exponiendo la palma.

—El dolor no será tan fuerte como piensas —dijo Collins, y apretó la punta del primer clavo en la palma izquierda de Tom.

Tom cerró fuertemente los ojos y luchó contra todos..., contra los hombres que lo sostenían, contra el clavo que entraba en su piel.

Collins martilleó la cabeza del clavo. Hubo un gemido inmediatamente antes del impacto: luego un dolor increíble, como si no sólo el clavo, sino también el machete hubieran atravesado su palma. Aulló, y oyó el aullido en forma incorpórea, alucinatoria: era visible como una bandera.

—Nos pagas poco —oyó decir a Pease.

—Ahora tú, Snail. Vuelve hacia atrás los dedos.

Los dedos de Tom se extendieron solos.

«Mis *manos* —pensó— ¿Alguna vez...?»

El pinchazo de la punta del clavo..., el esfuerzo de concentración; la violación de su mano derecha.

¡*Mis manos!* Parecían tener el tamaño de todo su cuerpo, y ardían. Vio sus propios gritos saliendo de él.

—No demasiada sangre —dijo Collins con satisfacción.

Tom salió de su cuerpo y flotó entre los brillantes gritos.

Un poco más tarde el dolor en sus enormes manos le hizo volver en sí. El sudor chorreaba por su nariz, que le picaba terriblemente. Tenía la sensación de arena en la garganta. Sus músculos se estiraban; sentía golpes en los oídos. De cuando en cuando un fuerte ruido proveniente del exterior sacudía la estructura en que estaba suspendido, y en su delirio pensaba que caían bombas, que estaban bombardeando la Tierra de las Sombras, y entonces se dio cuenta de que las explosiones no eran más que fuegos artificiales. Una tras otra, explosiones simples, dobles y triples, como órdenes de mando sin palabras, que insistieran y volvieran a insistir.

*¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!*

Tenía miedo de mirar sus manos. Los tres estaban en los asientos de la última fila, y de vez en cuando lo miraban sin curiosidad, como si fuera un cuadro que no les interesara. Uno de los clavos impedía a un hueso estar donde debía estar, y la presión que iba y venía, intensificaba todos los otros dolores. Trató de apretar un poco más sus manos contra la madera, y durante todo el tiempo que pudo lo hizo, y aunque no fue mucho, la agonía disminuyó.

Cuando sus manos se aflojaron, volvió el fuego. Pease y Snail lo miraban con verdadero interés.

—Canta bien —dijo Pease, y Thorn soltó una risita—. El chico tiene razón —señaló Pease—. Hueles mal.

—Vete a la mierda —dijo Thorn.

Tom se arriesgó a echar una mirada a su mano izquierda, y le alivió descubrir que no veía más allá de su muñeca. Había un poco de sangre seca en la correa de su reloj.

*¿Eres mago, verdad?*

«Nunca quise serlo.»

*¿Pero lo eres?*

«Sí.»

*Entonces usa tu mente para quitarte los clavos.*

«No puedo.»

*Eso es lo que pensabas cuando él te dijo que levantarías el tronco. Inténtalo.*

Lo intentó. Vio cómo los clavos salían de la madera, cómo sus manos se liberaban, con facilidad y lentitud.

Tuvo la sensación de que le habían clavado alambres en las heridas; veía el brillo de sus uñas, que se tornaban doradas, azules y verdes... Dejó escapar un chillido en falsete y vio que se transformaba en una delgada tira que ascendía hasta el cielo raso.

—Ese chico parece una mujer alcohólica —dijo Pease.

*¿Ves qué cosas extrañas aprendes? Si no lo hubieras intentado, jamás habrías sabido que Pease es el chistoso de los Muchachos Vagabundos.*

—No nos pagan lo suficiente por esto —dijo Pease, como había dicho antes—. Los tejones son una cosa, esto es algo diferente.

—Explícamelo —gruñó Thorn.

—No me acerques tu cara cuando me hables.

Tom quedó colgado de la cinta de cuero.

Cuando volvió a mirar, el señor M. estaba sentado debajo de él, con las rodillas recogidas, la espalda apoyada en el asiento de Thorn. Nuevamente llevaba el traje de profesor de escuela.

—¿Te lo dije, o no te lo dije? Dame un poco de crédito.

Tom cerró los ojos.

—No puedo salvarte de esto, obviamente, pero puedo salvarte del resto —dijo—. Abre los ojos. ¿Al menos estás preparado para admitir que te han vencido?

—Déjame solo —dijo Tom.

—¡Habla! —rugió Pease.

—Todavía puedo hacer mucho por ti —prosiguió M. con calma—. Esos clavos, bien..., podría quitártelos ¿No te gustaría?

—¿Por qué? —preguntó Tom.

—Quiere saber por qué —dijo Pease.

—Porque no me gustaría verte inmolado. Simplemente por eso. Tu mentor nos ha hecho mucho bien durante estos años, pero tú..., tú serías extraordinario. ¿Quieres que pruebe con esos clavos? Es un asunto simple, te lo aseguro.

—Vete —gimió Tom—. No quiero verte. Eres vil. No puedo soportar tu olor... Tú *eres* estos clavos.

Su voz se quebró. Comenzó a transpirar por todo el cuerpo. Se congelaba. M. desapareció, sin dejar de sonreír.

—Los chicos me ponen nervioso —señaló Thorn.

—Dale un descanso —dijo Pease—, no es muy fuerte. ¿Verdad, muchachos? Vamos más allá.

—Qué carajo, está loco —dijo Snail—. Ha perdido la chaveta.

Se puso de pie. Los tres comenzaron a bajar la escalera hasta la primera fila. Tom cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared.

—Mira, hasta podemos salir, ¿eh? —oyó decir a Thorn—. ¿Quién dice que no podemos?

Tom volvió a desmayarse.

Cuando volvió en sí otra vez, pensó que era de noche. Estaba solo en el vasto teatro. Un resplandor color durazno emanaba de las cortinas. Tom estaba bañado en sudor helado y sus manos estaban doloridas e hinchadas. El hueso luchaba contra la presión del clavo, perdido y latiendo en su mano. Centenares de nervios gemían.

—Tom —dijo una voz aterciopelada que conocía.

—Basta —exclamó Tom, y movió la cabeza para mirar por el pasillo en dirección a la voz. Bud Copeland estaba parado como una sombra más profunda en el oscuro pasillo—. No es realmente usted —agregó el muchacho.

—No, realmente no. En realidad sólo puedo hablar contigo.

—Supongo que usted es Speckle John —dijo Tom—. Tendría que haberme dado cuenta.

—Yo era Speckle John. Pero él me quitó mi magia. Pensó que eso era peor que la muerte. —Bud se acercó. Tom se dio cuenta de que veía a través de él, veía la hilera de asientos del fondo y la pared oscura en el extremo del pasillo a través de la camisa blanca y el traje gris de Bud—. Pero me quedaba lo suficiente como para oír a Del cuando nació. Y lo suficiente para conocerte a ti cuando te vi por primera vez. Y para oírte ahora.

—¿Moriré? —preguntó Tom, y derramó algunas lágrimas ardientes.

—Si no bajas —le respondió la sombra de Bud—. Pero eres fuerte, muchacho. Todavía no sabes cuan fuerte eres. Por eso hacen todo este escándalo contigo, ¿sabes? Eres fuerte como un elefante..., lo suficientemente fuerte como para traerme aquí. Sólo desearía poder hacer algo más que hablar. —Bud se movió con incomodidad, y su transparencia se hizo neblinosa—. El les hizo a los Muchachos Vagabundos lo mismo que a ti... en los sótanos del Wood Green Empire. El señor Peet y todos..., todos esos estúpidos que creían que podían vivir gratis a costa de él. Ah, dio un espectáculo: dio un verdadero espectáculo, muchacho. Todavía está orgulloso de él. Hizo un escándalo lo suficientemente grande como para que lo echaran de Europa.

—¿Qué le hizo a Rose?

—¿A Rosa? No te preocupes por eso, muchacho. Trata de salir de esa estructura. Afuera, están divirtiéndose con Del. Lo matarán si tú no bajas.

—*No puedo* —gimió Tom.

—Tienes que poder.

Tom gritó.

—Así no. Hay *una* sola manera, muchacho. Tienes que usar esa fuerza. Tienes que retirar tus manos. De ese modo funcionará.

—¡NO! —gritó Tom.

—Hazlo con una mano, la otra saldrá fácilmente. Tienes que elegir tu canción..., tienes que elegir tus habilidades. Ya probaste tus alas, y no funcionaron. No puedes escapar de él.

Tom apoyó la cabeza contra la pared y miró a Bud con sus ojos enrojecidos; le hacía una pregunta muda.

—Yo intenté cantar, Tom. Pero él fue más fuerte que yo. Después de eso lo más que pude hacer fue tratar de mantener a Del a salvo de él. Sabía que quería tener aquí a ese muchacho..., hasta que se enteró de tu existencia, en todo caso. Ahora te toca a ti. Y tú tienes que hacer algo más que salvar a Del. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Matarlo —dijo débilmente Tom.

—A menos que quieras que él te mate a ti. Haz lo que te digo, ahora. Tira tu mano izquierda hacia adelante. Sigue tirando. Te dolerá terriblemente, pero..., caramba, hijo, ¿no te duele ya mucho? Cuando liberes esa mano haz lo mismo con la derecha. Los clavos no te lo impedirán. Sólo te impedirán que lo hagas de la manera más fácil.

—Solamente tirar.

—Tira con todas tus fuerzas, hijo. Si no lo haces, te sucederá algo peor que esto. Y de Del no quedará lo suficiente como para preocuparse. ¿Oyes? ¿Le oyes a él?

Entonces Tom oyó a Del: oyó un aullido agudo, angustiado, como el grito que él mismo había proferido poco antes.

Se concentró en su mano izquierda, y tiró. Cien mazos golpearon contra cien clavos, y estuvo a punto de desmayarse nuevamente.

*Eres fuerte.*

Tiró lo más fuerte que pudo, y su mano quedó libre del clavo y totalmente ensangrentada.

—Dios mío, hijo, ¡lo hiciste! Ahora, la otra..., por favor, muchacho, haz lo mismo con la otra..., tira fuerte..., no pienses en ello, sólo sácala de allí.

Tom llenó su pecho de aire, incapaz de pensar en la agonía de su mano izquierda. Abrió la boca con toda la fuerza de sus pulmones, arqueó la espalda cuando comenzó el grito, y tiró con la mano izquierda hacia adelante.

La mano salió inmediatamente. Brotó sangre que salpicó la hilera de asientos ante él.

*...ahora sabes por qué tomé este trabajo, muchacho...*

La voz de Bud se esfumó, el resto de su persona ya había desaparecido.

Gimiendo, Tom colgaba de la cinta de cuero. La hebilla, la hebilla tenía un cierre. Parecía cortarle por la mitad. «Y para mi próximo truco, señoras y señores...», levantó la mano izquierda y empujó con la base del pulgar el cierre de la cinta de cuero. La sangre le manchaba la camisa, le mojaba el vientre. «Mi próxima actuación es algo nunca intentado antes: el Muchacho que Cae.» Pasó la base de su pulgar alrededor del cierre. La mano le dolía horriblemente, pero su pulgar se apoyaba contra el cierre. Empujó, mientras chorreaba sangre de su mano, y la correa se soltó, dejándole caer sobre la alfombra como un saco.

Del..., allí tenía que ir. Del estaba afuera, y los hombres lo estaban matando. Tom se arrastró hasta los escalones, usando los codos y las rodillas, sin hacer caso de la sangre que chorreaba por sus brazos. ¿Podía flexionar los dedos? Cuando llegó a lo alto de la escalera, lo intentó con la mano izquierda, y el dolor nubló sus ojos, pero los dedos se doblaron. ¿Y tú, mano derecha? El señor Thorpe: la capilla en una mañana soleada; levantó su mano derecha: muchachos, *¡este valiente muchacho sacó su cortaplumas y talló una cruz en la palma de su mano derecha!* Seguramente lo había hecho. Tom apretó los dientes e hizo mover sus dedos.

«Y en mi próxima actuación... el ASOMBROSO Muchacho que Cae intentará ahora bajar una escalera.»

Tom se arrastró hasta el borde de los escalones. ¿Hacia adelante? Se vio caer, y su cabeza chocó contra los costados metálicos de los asientos, se dio la vuelta, se sentó, puso las piernas sobre el borde y prosiguió como un bebé de un año, arrastrándose sentado.

«Ahora hay que hacer algo realmente difícil, Tom, muchacho. Caminar.» Sus pies estaban en el suelo, su trasero en el segundo escalón. «Bien, no te apresures..., primero ponte de pie, hazlo con comodidad.» Se incorporó apoyándose en sus brazos ensangrentados, con la espalda dolorida y se encontró de pie. Inmediatamente sintió un mareo y apoyó el hombro contra la pared para sostenerse. Era increíble que el cuerpo de uno pudiera soportar tanto dolor..., era como un balde lleno hasta arriba de dolor. Uno pensaría que dejaría caer un poco de ese dolor por el camino. Pero el balde sólo se agrandaba.

*Ahora vamos afuera, muchacho, vamos a presenciar un milagro.* Esqueleto estaba escondido al fondo del escenario, esperando que el pianista se fuera para poder observar sus exámenes robados, echar una mirada a la lechuza de Ventnor y ver si tenía algo especial que decirle ese día... *Simplemente se rompió, señor Robbin. Sí, señor, simplemente se rompió.*

*Caramba, qué torpes son ustedes.*

*Fuimos nosotros, señor, hoy estamos muy torpes, lo único que podemos hacer es ponernos de pie...*

Se obligó a avanzar, empujando la puerta con el hombro. Sí, el viejo balde se agranda. Tom vaciló en el corredor en penumbras, chocó con la pared opuesta con el hombro, y se detuvo a descansar.

*Esta no es una escuela fácil. ¡No! ¡No es una escuela fácil!*

«Tienes que admitir que no mentían.»

Se inclinó hacia adelante; y sus pies lo siguieron por el corredor. Mientras apoyase el hombro derecho en la pared, podía seguir andando y permanecer

erguido. De la silla a la mesa y luego al diván, y luego tendría que caminar sin apoyo.

No había príncipes ni cuervos. Los gritos desesperados de Del que flotaban hacia arriba. Tom apoyó la mano izquierda delicadamente en el respaldo de una silla y avanzó: en dos pasos llegó a la mesita del café.

Bud Copeland estaba sentado en el diván, y Tom veía la delicada tapicería azul y verde a través de su traje.

—Lo has logrado hasta aquí, Tom, lo lograrás hasta el final del camino. Recuerda que la pistola tiene un seguro, si lo olvidas te condenarás.

—No habrá repetición de las actuaciones —dijo Tom.

—Muy bien, hijo.

Por instinto, Tom volvió la cabeza para mirar la vitrina de cristal en el rincón. Sintió un malestar en el estómago. La sangre salpicaba y caía en el interior del vidrio..., volvía a salpicar, oscureciendo todo el estante detrás de una pantalla roja.

*¡Bang!*, continuaban los fuegos artificiales afuera. *¡Bang!*

El preludio de la actuación.

—Lo lograrás por completo —dijo Bud.

Tom fue hacia la izquierda, puso la palma ensangrentada de su mano sobre la mesa de café, dejando una huella, aspiró aire a causa del dolor, y prosiguió hasta las puertas de vidrio, siempre encorvado e incapaz de enderezarse.

Se arrastró hasta el vidrio de las puertas de corredera.

*¡Bang!*

A través de las manchas de sangre que sus manos dejaron en las puertas vio el cielo: una flor color naranja que se doblaba y moría, mientras sus bordes se tornaban azules... *¡Bang!* Una columna roja crecía desde el centro de la flor y se extendía en el aire gris.

Pronto sería de noche.

*¡Bang! ¡Pam!* Junto a la columna roja, una lechuza hecha de luz blanca estaba descendiendo, sus alas eran anchas e imponentes, bajaban por el cielo cada vez más oscuro.

—Abre esa puerta..., tienes que abrirla —dijo la voz de Bud.

Tom apoyó sus manos resbaladizas en el vidrio. Del gritaba en alguna parte a su izquierda, y Tom usó los antebrazos para mover la puerta.

La guía de aluminio le atrapó el pie, y cayó hacia adelante sobre las baldosas. El golpe vibró hasta sus hombros desde los codos; las manos le quemaban. Gimió. Se puso de espaldas y extendió las piernas. Su corazón casi se detuvo de terror. La lechuza de fuegos artificiales, una luz plateada en el cielo gris, descendía hacia él con las garras extendidas, bajaba para atraparlo.

Tom cerró los ojos. «Muy bien. No puedo luchar contra eso. Llévame, haz lo que quieras. Pero termina de una vez.»

Oyó otra explosión sobre él. Levantó la mirada y vio que la lechuza se estaba muriendo, que se convertía en cenizas y se hacía pedazos, transformándose en algo



sin sentido. Tom se puso de pie.

Luego cayó de rodillas otra vez porque los vio, al costado de la casa. Los Muchachos Vagabundos estaban en la ladera de césped, a menos de treinta metros de distancia, antes del comienzo del bosque. Vio a Snail y a Root, que levantaron la mirada por un momento, observando los últimos segundos de la lechuza, antes de volver a su trabajo.

Del sollozaba.

Bien, saca la pistola. ¿Piensas que él es un valiente? Entonces saca la pistola de tus pantalones. Arrodillado en las baldosas, con el rostro inclinado, trató de sacar la pistola de su cinturón. El dedo índice de su mano izquierda tocó el metal bajo su camisa; el mismo dedo milagroso levantó el faldón de su camisa.

Un poco más, vamos, Buck Rogers.

Otra vez. Ahora, la culata de la pistola había salido. Obligó a su mano a tocarla y a llegar al punto donde pensaba que estaba el guardamonte. Siempre transpirando, usó también su dedo índice.

¡Bang! Con una zona brillante alrededor, pero con el rostro apretado contra las toscas lajas, no veía las formas que dibujaban los fuegos artificiales. Tiró nuevamente del guardamonte y le dolió mucho la mano.

Oyó un sonido muy dulce, el de la pistola que caía sobre la piedra, y se oyó sollozar de alivio.

Tom se puso de costado y arrastró la pistola a él con ambas manos. La culata y el guardamonte eran de color rojo brillante. *El seguro*. No sabía qué aspecto tenía, y dio vuelta a la pistola entre sus dedos, buscando algo que debía ser el seguro. Finalmente vio un pequeño botón, y lo empujó hacia adelante. Caminando de rodillas, se acercó al costado de la casa, pasando de las baldosas al césped. Los seis hombres estaban en círculo, a una distancia que ahora parecía imposible. Root y Snail bromeaban..., vio abrirse la boca de Snail en una sonrisa a la que le faltaban varios dientes. Thorn se enjugaba el rostro lleno de cicatrices con su manga. Seed, que tenía una camisa demasiado grande, movía algo con el pie. Del chilló, casi invisible en medio de los hombres.

Tom se echó en el césped y trató de hacer puntería. Pero era imposible. La pistola le temblaba entre los dedos. Si llegaba a disparar, la bala se perdería en el bosque, en el lago, se hundiría en el suelo.

—Basta —dijo.

Pero su voz no era más que un susurro. La pistola se le cayó de las manos. Pasó el dedo índice en el gatillo nuevamente y se arrastró varios metros. Tenía la sensación de avanzar con una lentitud irreal, imposible. Cantó un grillo. Los dientes de la sierra en medio del césped aparecieron de pronto ante sus ojos. Avanzó unos centímetros más.

—Veamos lo que puedes hacerle en las costillas —dijo Snail—. Te apuesto a que de esa manera ya es tuyo.

—Basta —dijo Tom. Se sentó en el césped—. Basta. Dije basta.

Seed, que estaba frente a él, levantó la mirada, desconcertado. Tom buscó la pistola y apuntó vagamente a los hombres. Vio que Snail le sonreía, Thorn se frotaba el pecho. Se preguntó si la vieja pistola realmente funcionaría.

«Ahí va nada.» Tratando de mantener firme la pistola, apretó el gatillo. Al principio le pareció que le había arrancado el brazo. El ruido fue mucho más fuerte de lo que había esperado, y lo ensordecó por un momento. La pistola se le cayó nuevamente de los dedos. Sus manos tenían el tamaño de globos.

Los hombres lo miraban con gran concentración, apartándose de sus lugares.

Una explosión dio color verde pálido al cielo.

Tom recogió la pistola y la apuntó hacia los hombres. Snail iba hacia él, con la frente un poco arrugada.

—Eh —gritó Thorn—. Cuidado.

—Tiene agujeros en las manos, no puede hacer nada —dijo Snail.

Sin embargo, en su rostro había una cierta preocupación.

Tom apoyó la pistola en el centro de su pecho y sostuvo la culata con los dedos de su mano derecha mientras apretaba el gatillo con el índice de la izquierda. Nuevamente el estampido le arrancó el arma de la mano. Le zumbaban los oídos.

Apareció una zona roja en el pecho de Snail. Parecía un botón. Snail cayó al suelo.

Tom recogió nuevamente el arma y esperó. Lloraba y no sólo de dolor, ya que a pesar de sus miedos y del tormento de sus manos y de sus brazos, sentía una gran tensión nerviosa.

¡Bang! Todo el aire se tornó amarillo. Vio a Del acurrucado en el césped. Levantó la pistola y apuntó a Pease.

Pease echó a correr hacia la escalera de hierro que llevaba a la playa.

Tom movió la pistola y disparó al azar contra los hombres. Esta vez logró retenerla en sus manos. Thorn saltó hacia atrás y cayó pesadamente. De su garganta salió un sonido como de burbujas.

Del se puso de costado y miró a Tom con sus ojos opacos. Su rostro estaba totalmente rojo.

Los otros ya corrían por el bosque, marchándose para siempre, pensó Tom. No eran más que empleados. No se les pagaba lo suficiente como para que aceptaran recibir disparos. Tom se volvió y miró a Pease, que llegaba a lo alto de la escalera. Recordó cómo el hombre le había doblado los dedos para que Collins pudiera hacer entrar el clavo. Dejó caer la pistola, que se disparó y saltó en el lugar donde cayó, enviando una bala al aire. Recordó a Pease, retorciéndose en su asiento, mirándolo como si fuera una pintura de inferior calidad.

«Escalera —pensó—. Las trabas. Abrir las trabas.» Las vio: vio los hilos oxidados, el hierro. Echó a andar hacia la escalera. Oía a Pease que bajaba con gran ruido. Dos escalones, tres, cuatro...

Una explosión que sacudió la tierra. Una orquídea roja que florecía en el cielo.

Dejó encenderse su odio por Pease. «Fuera. Fuera.» En su mente las trabas comenzaron a moverse, hacían el ruido de la libertad..., las vio saltar, caer dando tumbos.

Pease gritó. En el silencio entre los fuegos artificiales, se oyó un repentino ruido de metal destrozado, tan claro como un color. Tom obligó a sus piernas a andar más rápido y llegó al borde del lugar a tiempo para ver a Pease cayendo lejos, aún aferrado a la escalera de hierro. Pareció caer durante un largo rato, como en un sueño, sin dejar de intentar subir los escalones. Finalmente sus pies se soltaron y sus manos también, y él y la escalera cayeron juntos. Hubo un ruido de madera que se astilla cuando Pease chocó contra el muelle. Un agujero abierto instantáneamente en la madera. Un segundo después la escalera se partió en dos. Trozos del muelle volaron hacia arriba. Luego surgió el agua.

Ahora sólo quedaba una salida.

11

Volvió a Del y estuvo a punto de caerse, se sentó en la hierba junto a él. Del se estaba secando la sangre de la cara con la manga. Le habían pegado en la cara antes de decidirse a darle puntapiés hasta matarlo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

Los ojos de Del miraron hacia arriba. Los párpados aletearon.

—¿Te rompieron algo?

—Me duele todo.

Apareció saliva roja en los labios de Del. Miró sin interés el cuerpo de Thorn; el de Snail, boca abajo, más cerca de la casa. Thorn murmuraba algo.

—¿Qué te hicieron? —preguntó Del—. ¿Te pegaron...?

—Algo así —respondió Tom.

El cielo se estremeció: después del trueno, una fuente de color azul resplandeció en el aire.

—¡Vuelven otra vez! —gritó Del.

—No —dijo Tom—. Hemos terminado con ellos.

Del cerró los ojos y apoyó la cabeza en el césped.

—¿Puedes moverte?

—Quiero ir a casa.

—¿Quién no?

Las luces del bosque se encendieron; la casa estaba brillantemente iluminada. Tom veía las manchas rojas en la pared de la ventana. Luego oyó arrancar un auto. Oyó el ruido de las cubiertas en el sendero. ¿Era posible que Collins se hubiera rendido tan fácilmente?

Se oía respirar dificultosamente a Thorn. Tom se volvió hacia él, horrorizado.

—Ah —dijo Thorn, y murió.

No se elevó ningún pájaro blanco de su pecho, pero Tom supo que había visto cómo su vida terminaba.

—El coche... —dijo Del—. Se fue, Tom. ¡Se fue! Podemos irnos..., podemos salir de aquí.

—No lo creo. ¿Ves todas esas luces? El espectáculo pasó a otro teatro, eso es todo.

—Ay, Dios mío —dijo Del. Miraba las manos de Tom—. ¿Cómo fue que...?

—Tuve suerte —respondió Tom. Miró hacia la casa—. El todavía está allí, Del. Creo que realmente acabamos de comenzar.

—Pero *nosotros* no podemos luchar contra él. —Del se encogió.

—«Haremos lo que tengamos que hacer.

No fue dicho con fuerza, pues Tom no se sentía fuerte... Sentía que ya no tenía

recursos, que ya no podía hacer nada más que estar tendido en el césped, esperando con desesperación que Collins produjera sus efectos especiales.

De pronto el cielo se llenó de fuegos artificiales, series de explosiones en el aire nocturno. No tendrían que esperar mucho.

## 12

«¡BIEN VENIDOS AL WOOD GREEN EMPIRE!» —La voz amplificada hizo eco desde los árboles, desde el costado de la casa: como si los árboles y los tablones de madera hablaran—. PRESENTAMOS UNA NOCHE DE ESPECTÁCULO Y EMOCIÓN SIN PARALELO EN NINGÚN ESCENARIO DEL MUNDO. LA ACTUACIÓN FINAL, LA ÚLTIMA APARICIÓN PROFESIONAL DEL AMADO HERBIE BUTTER. ¿ES UNO O SON MUCHOS? DECÍDANLO USTEDES MISMOS, DAMAS Y CABALLEROS. ESTAS HAZAÑAS DE CONJURO Y PRESTIDIGITACIÓN VAN MUCHO MÁS ALLÁ DE LOS PODERES DE CUALQUIER OTRO MAGO VIVO. PARA SU PROPIA PROTECCIÓN, NO INTENTE SALIR EN NINGÚN MOMENTO DEL TEATRO.»

Del lloraba nuevamente, y su rostro húmedo estaba iluminado por las luces brillantes de los juegos artificiales.

«PRESENTANDO... ¡AL SEÑOR HERBIE BUTTER!»

Las explosiones en el cielo redoblaron: se oyeron tambores por los altavoces. Zonas enteras del cielo estallaban en color blanco, uniéndose como un rompecabezas alrededor de unos huecos y de una gran boca abierta, sonriente. ¡Bang! Sobre la cabeza del gigante el color era rojo intenso, y Herbie Butter se extendió por todo el cielo, sonriendo. Era como una cara de dibujos animados, nítidamente dibujada y bidimensional.

«¡EL ASOMBROSO MAGO MECÁNICO Y ACRÓBATA! EL REY DE LOS GATOS.»

Collins parecía demasiado poderoso para Tom, demasiado lleno de recursos y experimentado. Observó al enorme dibujo animado, que bajaba por el aire hacia ellos. Luego volvió a mirar hacia la casa. Todas esas ventanas iluminadas: recordó su primer día en la Tierra de las Sombras, cuando Collins era una figura con rostro de lobo, que señalaba al otro lado de un abismo diciéndole que podía obtener todo lo que quisiera. Luego sintió como si Collins lo estuviera clavando en el aire, atravesándole el pecho con una lanza. Rose Armstrong lo miraba desde la ventana donde él la había visto aquel día. Era el dormitorio de Tom. Aún aquel primer día, habían tomado parte en la actuación de ensayo del mago.

*Tiene que ser así. Esta escuela no es fácil.*

Rose miró hacia abajo con una expresión afligida. Le hizo señal de que se quedara donde estaba: ella bajaría. Estúpidamente, él negó con la cabeza. Rose se apartó de la ventana. Tom volvió a mirar hacia arriba: Herbie Butter seguía bajando hacia ellos.

Tom vio la pistola, un bulto negro en el verde oscuro. No podía imaginar cómo la había levantado. Ya salía muy poca sangre de sus heridas, pero tenía las dos manos hinchadas. Las sentía como guantes.

—Viene Rose —dijo a Del. El miedo había borrado el color del rostro de su amigo.

—Ah, no —gimió Del.

«¿QUIEREN ACERCARSE DOS VOLUNTARIOS DEL PÚBLICO, POR FAVOR?»

—Creo que el papel de ella ha terminado —dijo Tom. Tenía el corazón tan paralizado como las manos.

«VENGAN, VENGAN... NECESITAMOS LA AYUDA DE ESTOS JÓVENES VALIENTES.»

Rose salió corriendo del living al patio y siguió avanzando hacia ellos. El vestido verde brillaba bajo las luces. Había algo blanco en su mano derecha..., unos trapos blancos.

—¡Déjanos! —le gritó Del, y ella echó a andar por el césped. Miró temerosa los dos cadáveres—. Vuelve adentro, Judas...

—Tenía que hacerlo —dijo Rosé—. No sabía lo que él..., pensé que esto era parte de su espectáculo... Tom, lo siento tanto... —extendió los brazos—. De otro modo me habría matado, pero ojalá lo hubiera hecho... Traje pañuelos para vendarte las manos, es todo lo que pude encontrar, por favor, deja que lo haga. Por favor, Tom.

—¿Quién estaba en el auto? —preguntó Tom.

Del gritó:

—¡No dejes que te toque!

—Elena —respondió Rose—. Se escapó. Vio la sangre..., le abandonó. Quiero ayudarte, Tom. Por favor. Tengo que hacerlo.

—¡Porque él dijo que lo hiciera! —gritó Del—. ¡Vete de aquí!

—El quería que yo esperara en su habitación —dijo Rose—. Vosotros no ibais a verme nunca más. Pero pensé que sólo sería una actuación, Tom. Si hubiese sabido..., podíamos habernos escondido en el bosque..., yo no os habría traído de vuelta.

—¡Mientes! —gritó Del.

—No, es verdad —dijo Tom—. Ella no lo sabía. También fue engañada.

—¿Puedo curarte las manos?

—Bien —dijo él.

Rose se inclinó hacia adelante.

«Y NOS DETENEMOS A RECORDAR A NUESTRA HEROÍNA DE LA GUERRA DE CRIMEA..., EL ÁNGEL DEL CAMPO DE BATALLA... ¡FLORENCIA NIGHTINGALE!»

¡Bang! Los cohetes volaban hacia arriba, dejando huellas rojas en el cielo y, ¡pam!, explotaban convirtiéndose en la bandera británica.

—Nos atrapará —afirmó Del. Volvió a secarse la sangre de la cara con la manga—. No hay manera...

—Apriétalos tan fuerte como puedas —dijo Tom.

Rose estaba doblando el primer pañuelo sobre su mano y atando los extremos.

—¿Quién se ha ido, Rose? ¿Quién se ha ido de la gente de casa?

—Sólo el señor Peet. Los dos estaban arriba cuando oímos los disparos. Al principio pensaron que eran cohetes. Luego bajaron. —Comenzó a doblar el segundo pañuelo para vendar la mano derecha de Tom—. Y él dijo algo sobre la escalera.

—¿Qué sucedió con la escalera? —preguntó Del—. ¡La escalera ha

desaparecido! —nuevamente era presa del pánico—. ¡No podemos bajar!

Volvió la cabeza hacia la casa y se quedó quieto. Coleman Collins estaba en todas las ventanas que podían ver, lo suficientemente lejos del vidrio como para que la luz lo mostrara con claridad.

¿Seis, siete...? No importaba cuántos, podrían ser cualquier número. Coleman Collins idénticos, acariciándose sus idénticos labios superiores con dedos índices idénticos.

—Tenemos que entrar allí —dijo Del, con cierto temor en la voz.

—Eso es lo que él dijo sobre la escalera. —Rose ató las puntas de los pañuelos. Ya habían aparecido círculos rojos en los centros de los dos pañuelos—. Dijo que tendrían que entrar.

—Pero no es más que un truco —afirmó Del—. Ahora solamente son dos, en realidad... y el señor Peet correrá la misma suerte que esos hombres.

—Tal vez no —señaló Tom, tratando de mover los dedos—. Pero hay alguien más. El quería dos voluntarios, ¿recuerdan? Tenía al otro todo el tiempo.

Las imágenes del mago desaparecieron de las ventanas.

—Estoy contigo, Tom —dijo Rose. Su voz era desesperada—. Te dije que no sabía lo que él iba a hacer..., sabes que te estoy diciendo la verdad. Le dejé.

—No me refería a ti —dijo Tom, con más calma que la que realmente sentía—. Todavía tiene a Esqueleto.

«¿TENEMOS OTRO VOLUNTARIO? —se oyó decir por los altavoces—. ¿LO TENEMOS? ¿LO TENEMOS? ¡AH! ¡EL APUESTO CABALLERO DEL TRAJE NEGRO!»



## 13

Apareció una figura sombría en el césped, detrás de ellos: ¿o había estado siempre allí, sin que ellos se dieran cuenta? Rose tomó a Tom del brazo. Del saltó hacia atrás.

—Es Esqueleto —dijo, con voz muy por encima de su registro habitual, lo suficientemente aguda como para parecerse al canto del pájaro; pero Tom vio que no era Esqueleto.

La figura dio un paso adelante, la montura de carey de los lentes quedó iluminada por la luz que venía de la casa.

—Esta escuela no ha ido bien —dijo Laker Broome—, y es hora de que cortemos las ramas podridas —se acercó un poco más a ellos—. Hay que podar, caballeros..., hay que podar. Es hora de limpiar nuestro jardín. —Tom veía las luces en el bosque a través de su traje escocés—. ¡Los atraparemos! ¡Sabemos quiénes son y los atraparemos! —Levantó un puño transparente, y Rose y los muchachos dieron un paso atrás—. Hemos tenido indisciplina, alumnos que fumaban, suspensos y robo..., y ahora tenemos la maldición de algo tan enfermo, tan *maligno*, que en todos mis años como educador jamás he visto nada parecido, ¡JAMÁS! —Nuevamente dio un paso adelante, empujándoles hacia las baldosas y hacia la luz—. Una mente y un alma culpables son peligrosas para todos los que les rodean... son *corruptas*. Todos ustedes, muchachos, han sido tocados por esta enfermedad. —Otro paso adelante, enloquecido y amenazador—. Usted, Flanagan. ¿Usted robó esa lechuza?

—Sí —dijo Tom. Porque ésa era la verdad final.

El dedo índice señaló a Del.

—Usted, Nightingale. ¿Robó usted esa lechuza?

—Sí —dijo Del.

—Se presentará inmediatamente en mi oficina..., nos libraremos de usted, ¿oye? Será expulsado, una palabra que significa borrado, omitido, echado..., *mala causa et quae requirit misericordia* —su rostro parecía tener el tamaño de un cartel. Rose, que seguía cogiendo a Tom por el brazo, gemía.

»Y veo que han traído a una muchacha a esta escuela. Ya nos ocuparemos de eso, muchachos. Mucho me temo que no saldrán vivos de este edificio. Robo, suspensos, alumnos que fuman, indisciplina... ¡e ingratitud! La ingratitud es un pecado capital.

Tom sentía las toscas baldosas bajo sus pies, y Laker Broome miraba con ojos transparentes un reloj transparente y decía:

—Y ahora creo que veremos un espectáculo de magia por dos miembros de nuestro primer año.

Del lo miró con los ojos desorbitados: comenzaban a aparecer hematomas en su

cara, púrpura en las sienes y verde en las mejillas y en las mandíbulas. En un par de horas parecería un mandril.

*Caras de animales:* De pronto percibió una habitación atestada a su alrededor, con fotografías en las paredes..., un *collage* enloquecido en las paredes y en el cielo raso, rostros horribles que lo miraban como en la casa del brujo del sueño, malignos pero inmóviles, pegados en la pared para que nunca levantaran vuelo...

—*To-o-m* —gimió Del.

...Pero lo que flotaba era él, se elevaba de una extraña cama fétida hasta el cielo raso. Los brazos de Rose lo retuvieron, luego lo soltaron, y él seguía elevándose hacia esas láminas, hacia un hombre muerto en su coche con los sesos esparcidos en todas las ventanillas, un auto en un estacionamiento vacío. «Escena del Asesinato. El ex abogado de Miami fue descubierto a las siete y diez de la mañana de ayer. El residente de Miami Herbert Finkel, amenazado por un joven vagabundo, que llevaba camisa azul y pantalones marrones...»

...ascendía hacia un retrato de Coleman Collins con su abrigo Burberry y el sombrero de ala ancha, su rostro era sólo un óvalo blanco vacío...

...hacia la escuela Carson, una fotografía aérea en blanco y negro con señales en lápiz rojo..., llamas rojas, sobre la casa del campo de deportes y el auditorium, una mancha de lápiz rojo que tapaba el arbolado del patio. Más cerca, más cerca, las llamas dibujadas con lápiz parecían saltar, parecían calentar su rostro.

Los dedos de Rose le tomaron la mano derecha, torturando la herida, y gritó mientras las llamas dibujadas con lápiz subían a su alrededor.

Estaban nuevamente en Carson. Del y Rose se encontraban a ambos lados de él, de pie en el sólido entarimado del auditorium, el señor Broome en la plataforma, con su cara de lunático, diciendo cosas incomprensibles. Cien muchachos se retorcían y aullaban en sus asientos, muchos de ellos sangrando por los ojos y la nariz. De ellos surgía un ruido como humo, y el señor Broome gritó:

—*¡Quiero a Steve Ridpath! ¡A Esqueleto Ridpath! El único graduado de la clase del cincuenta y nueve. ¡Venga a recibir su diploma!*

Mostraba un documento en llamas, y Tom sintió que ascendía, que sus brazos y sus piernas eran como las patas de una araña, que toda su piel estaba tan tensa que podía partirse...

...mucho más abajo... ¿una fotografía? Se movía. Los muchachos muertos se retorcían y aullaban. Un profesor vestido con una chaqueta Norforlk avanzó por el suelo ennegrecido y agarró a Del por un brazo, lo sacudió salvajemente y lo arrastró consigo. Tenía la cualidad de una fotografía, un momento detenido en el tiempo para que uno pudiera mirar hacia atrás y decir: Sí, eso fue cuando el tío George se rasgó los pantalones en la cerca, cuando Lulú se asomó al pozo, qué gracioso; cuando todo comienza a andar mal y uno piensa en lo felices que éramos..., pero el rostro de Del estaba tomando un color púrpura y verde, y Rose gritaba y el hombre no era un profesor, era el señor Peet... Todavía estaba por encima de todos, flotando hacia

Laker Broome, quien extendió su mano en llamas y aferró la muñeca de Tom, quemándole la piel, sonriéndole y diciéndole:

—Dije que habría un poco de dolor, ¿verdad? Tendría que haber recuperado mi autoridad en los túneles, muchacho. ¿No te parece que las cosas habrían andado mejor de esa manera?

La mano ardiente le oprimió aún más la muñeca. *No cometas el tonto error de pensar que esto no está sucediendo, muchacho. Aunque así sea.* Tom sintió que su muñeca se freía bajo la mano del demonio. *El señor Collins tiene a tu amigo. Tú elegiste tu canción.*

*Entonces, cántala.*

Bajo el blanco pañuelo del mago, su muñeca tenía un color rojo intenso.

—¡Tom! —gritó Del. Su voz se apagaba—. ¡Tom! ¡Tom!

Sacudió la cabeza, tratando de liberarse del mareo..., casi como si hubiera sido Esqueleto Ridpath, viendo lo que Esqueleto había elegido ver, lo que había elegido ver con todo su corazón...

—Nos trasladaron, nos trasladaron —gimió Rose—, ay, Tom, vuelve..., fue como si hubieras muerto un momento.

Tom abrió los ojos, y miró el rostro asustado de Rose.

Ya ni siquiera era bonita. Su frente estaba arrugada como la de una vieja, y por un segundo tuvo el aspecto de una bruja inclinada sobre él, sacudiéndole los brazos.

—Ah —dijo Tom.

Rose dejó de sacudirlo.

—Ese hombre te tocó y era como si hubieras muerto. El señor Peet salió y te trajo aquí y se llevó a Del... Yo simplemente los seguí, le golpeé la espalda, pero ni siquiera me miró; se llevó a Del, Tom. ¿Qué harás?

—No lo sé —dijo Tom. No sabía dónde estaba. Estrellas artificiales, luces conocidas, que parpadeaban. ¿No había una rueda de color? ¿No había una banda? —Polka Dots and Moonbeams —dijo—. Fielding saltó de la pared por encima de un saxofonista. Seis vasos de ponche. Todos salieron y miraron el satélite, pero en realidad era un avión. Esqueleto estaba allí, y tenía un aspecto terrible. Todo vestido de negro.

Tom miró, perplejo, las luces conocidas. En el lugar donde debía estar la rueda de color, sólo se veía un caño fino que atravesaba esa distancia, uniéndose con otro caño en T.

—¿De qué estás hablando? —nuevamente Rose tenía cara de bruja.

—De Carson. De nuestra escuela. Cuando Del y yo... —sacudió la cabeza—. ¿El señor Peet? Yo lo vi.

—Te trajo aquí. Y se llevó a Del.

Tom gimió.

—Nuestro director era un demonio —dijo—. ¿Piensas que realmente pudo haberlo sido? Y que tal vez él era el hombre de Mesa-Lane el verano pasado..., era su

primer año, ¿sabes? Los chicos nuevos no se dieron cuenta de eso. Pensaban que siempre había estado allí. No es extraño que todos hayamos tenido pesadillas.

—¿Estás bien? —preguntó Rose.

—Un brillante guía el buen señor M. —dijo Tom, sonriendo.

—Tom.

—Ah, estoy bien. —Se sentó—. ¿Dónde estamos, de todas maneras? Ah. Tendría que haberlo sabido. —Se encontraban en el teatro grande; como faltaba la pared, veía el teatro pequeño. Las figuras del mural lo miraban con sus distintas expresiones de placer, aburrimiento y diversión. Y una voracidad inhumana—. Collins tiene razón, ¿sabes? Dio a Esqueleto lo que él quería. Esqueleto quería exactamente lo que sucedió. Hasta dibujó láminas que lo representaban.

—Pero ¿y ahora, qué? —dijo Rose—. Tom, ¿qué haremos ahora? Ni siquiera sé de qué hablas.

—¿Sabes lo que pienso, Rose? Pienso que todavía te amo. ¿Crees que Collins todavía ama a su pequeña pastora? ¿Realmente tienes una abuela en Hilly Vale, Rose?

Nuevamente arrugas de preocupación en la frente de Rose.

Tom se puso de rodillas. El mural, un público real, les miraba con comprensivo interés.

—En mi próxima actuación, algo que nunca se ha intentado antes en el continente, damas y caballeros...

—¿Estás loco? ¿Ese hombre te afectó la mente?

—Cállate, Rose.

Todo el mural resplandecía: hasta podía ver las manos llevando comida a las bocas, los veía hablar entre sí: *«Echaré de menos al viejo Herbie, a pesar de lo que tú digas; era el mejor. Convertía la mano de un hombre en una garra, ¿verdad? Fue en Kensington.»* La gente que ocupaba los asientos más económicos, esperaba impresionarse con el último espectáculo del señor Butter.

En el mural, el Cobrador volvió la cabeza para sonreír a Tom Flanagan.

*«Qué bien está esa chica. Es francesa.»*

—Quédate quieta —dijo él—. Ve a alguna parte..., escóndete en el escenario. Encuentra un rincón, escóndete allí y quédate quieta.

—¿Qué...?

Tom hizo un gesto de despedida, esperando que ella encontrara el rincón más seguro de la Tierra de las Sombras. Ahora no había ningún botón que oprimir para convertir todo ese horrible asunto en una broma.

Se oyó por un altavoz:

«¡AH, SEÑOR! SÍ, USTED..., EL CABALLERO DEL TRAJE NEGRO. DAMAS Y CABALLEROS, TENEMOS NUESTRO SEGUNDO VOLUNTARIO. UNA MANO GENEROSA. POR FAVOR...»

Aplausos de fantasmas, aplausos del año 1924, que rebotaban en las paredes. El Cobrador se deslizó de la pared, sonriendo ciegamente y sin dientes a Tom.

*«Bien, Mary, no sigas..., es obra de ese estúpido..., ¿te das cuenta? El es parte del espectáculo. Es lo que se llama un imbécil.»*

El Cobrador caminó tambaleándose hasta el extremo del pasillo desde la sala más pequeña, siempre totalmente centrado en Tom. Un rostro sin personalidad alguna. El Doctor Cobrador: en realidad ése era el aspecto que tenían todos: Esqueleto, Laker Broomer, el mago, el señor Peet y los Muchachos Vagabundos, tan deformados por el odio y la voracidad que robarían y matarían, estafarían y tiranizarían a cualquiera que fuera menos poderoso. Collins había llegado al extremo de vaciar los bolsillos de un muerto. Sí. Doctor Cobrador. Ofrecían sus propios estilos de salvación. *¿Quieres ser un hombre? ¿Te convertiré en un hombre? Soy tu padre y, tu madre.*

—Aquí estoy, Esqueleto —dijo.

Se sentía inundado de asco y de desprecio. Se puso de pie. Sus manos eran pesos muertos, que no se hacían pedazos porque estaban envueltas en los pañuelos anudados.

—Vamos, Esqueleto —dijo.

El Cobrador comenzó a bajar rápidamente la escalera.

## 14

La realidad es que Tom no tiene idea de cómo luchará contra el Cobrador. Mientras oye los tacones altos de Rose repiqueteando en un ala del escenario, recuerda la escena en que el actor Creekmore personificó a Withers, y el impulso que lo llevó a enfrentarse a esta terrible representación de Esqueleto Ridpath comienza a parecerle un error fatal. De pronto a Tom le parece muy probable que morirá..., que morirá no demasiado agradablemente..., en el Grand Théâtre des Illusions, así como Withers murió en una callejuela a la salida de una puerta trasera del teatro.

—¡Vendouris! —gritó el Cobrador—. Vi su lechuga, Vendouris.

Tom se aleja tan silenciosamente como puede, preguntándose ahora si podrá salir del teatro y de alguna manera arrancarle a Del a Collins..., dejar al Cobrador vagando y gritando dentro del teatro..., pero el Cobrador es un truco mágico.

—Quiero ver un poco de piel —susurra el Cobrador—. ¿Dónde estás, Vendouris?

Es una alucinación de magia, y Tom es un mago. En la escena alucinante que se desarrolló cuando Laker Broome lo tocó, se percibía una clave, el olor de una respuesta lo suficientemente fuerte como para hacer que una parte de él supiera que el Cobrador podía convertirse en alguien inofensivo.

—Un poco de piel —dice el Cobrador, abriendo la boca, cuyo interior es de una negrura purpúrea.

Sus ojos vacíos brillan de deleite. Anda vacilante por el escenario del pequeño teatro, guiándose como por el radar de un ciego hasta el Grand Théâtre.

Tom avanza rápidamente por el gran escenario, alejándose. ¿Cuál es la clave, la respuesta? Puede recordar el auditorium lleno de muchachos muertos, él mismo flotando sobre él, dentro del cuerpo de Esqueleto. Está allí, en alguna parte, la respuesta. Tiene que pensar. Pero ¿cómo puede uno pensar, si su mente se transforma en gelatina? No es más que magia, eso es todo, se dice a sí mismo, mientras llega hasta la pared y apoya la espalda en ella, y oye al Cobrador que sale del escenario del pequeño teatro. Dos pasos más lo llevarán a la habitación más grande. El Cobrador babea, extiende los brazos, y Tom recuerda la sensación de estar dentro de Esqueleto, sintiendo todo ese odio que era amor rechazado, el amor desvalido y mudo de Esqueleto por Collins y por lo que Collins podía hacer.

—Yo no soy Vendouris —dice Tom, sintiendo aún su odio por Esqueleto como un peso en el pecho.

—Ah —gime Esqueleto, y centra su mirada estática en Tom. Se estremece de placer. Comienza a avanzar a tropezones hasta una hilera de asientos.

—Tu nombre es Steve Ridpath —dice Tom—. Hiciste trampa en los exámenes. Eres el muchacho más desdichado de toda la escuela. En otoño irás a Clemson. Tu

padre es entrenador de fútbol.

—Cállate —susurra Esqueleto.

—Apártate de mí —dice Tom.

—¡Cállate!

—Prendiste fuego a la casa del campo de deportes —dice Tom, buscando frenéticamente la clave para hallar lo que queda de Esqueleto dentro del Cobrador.

—Querías contemplar cómo morían todos.

—Apártate de ese maldito piano —susurra el Cobrador.

Ahora está en el extremo de la hilera de asientos donde se encuentra Tom, y a pocos pasos del fondo del teatro grande. Detrás de él y a la izquierda, Tom ve la X de la estructura de madera, irregularmente manchada de rojo.

«¿Pero por qué era yo Esqueleto?», se pregunta Tom. El horrible juguete baja la escalera, buscando una señal de movimiento.

—Apártate —dice, en una especie de ruego.

El Cobrador desciende otros dos escalones: ahora Tom realmente está demasiado asustado como para moverse; y sabe que si trata de correr, Esqueleto le ganará sin esfuerzo, y lo hará caer con tanta facilidad como un león a una cebra.

—Ah, Flanagini —susurra el Cobrador, a sólo cuatro pasos de Tom—. No lastimar al señor Collins, Flanagini..., no lastimar al señor Collins.

—Te lastimaré —dice Tom, y levanta sus manos inútiles.

—Puedo volar, Flanagini —susurra Esqueleto, que ya está casi sobre él.

—Eres una broma, Esqueleto —susurra también Tom, porque le resulta imposible hablar en voz más alta.

Luego su mente se retuerce y se ve nuevamente en el interior de aquella habitación, en medio de la penumbra y las láminas. Es como si fueran parte del interior de su cráneo.

«Es lo que se llama un hombre de paja.»

Esqueleto aúlla de dolor o de alegría, baja el último escalón y sus manos encuentran la garganta de Tom. Los ojos vacíos brillan ante Tom, brillan directamente en su cerebro, y mientras las manos se aprietan alrededor de su garganta, Tom oye un balbuceo de voces. *Lechuza doctor Cobrador ver un poco de piel ver lechuza afuera quedarse ahora láminas ventana sabía que estaba allí, ¡FUEGO! Fuego de lechuza también, tú también, Vendouris, ¿viniendo de dónde? alegría cabeza de zorro FUEGO DE LECHUZA, FUEGO DE FLANAGINI. Cabeza de lobo bebe en una lanza luz que brilla a través de la sangre vidrio cosa que se mueve en mi bolsillo.* Un rosario interminable de cosas incomprensibles que es el alma y la mente de Esqueleto y que es más terrorífico que las manos alrededor de la garganta.

Luego la mente de Tom vuelve a retorcerse y levanta las manos inútiles, defendiéndose de las imágenes y del conocimiento: «Fuego de Flanagini», la conciencia derretida de Esqueleto le canta, las manos que aprietan continúan su trabajo.

Rose se había abierto paso entre una extraña colección de accesorios teatrales amontonados en un ala del escenario, derribando mesas y desparramando mazos de naipes. Una baraja cayó en el suelo junto a ella, y Rose vio que sólo contenía ases de corazones y dos de espadas. Desde el centro de la baraja esparcida en el suelo, un Joker que era un demonio salió de una caja con resorte y sonrió, levantando un tridente rojo. El único pensamiento de Rose era salir. Había visto a Tom morir una vez, cuando el hombre transparente acercó su dedo a él y lo tocó, y ahora sabía que Tom volvería a morir. Pasó junto a una alta estructura que parecía un portón, y la hoja de un cuchillo cayó silbando hasta la parte inferior de la estructura.

Oyó leves aplausos que hacían eco desde detrás de los cortinajes, desde el lugar donde estaba Tom. ¿Aplausos? Era cierto lo que le había dicho a Tom mucho tiempo atrás. El señor Collins había estado fuera de sí todo el verano, bebiendo más de lo habitual y gritando durante su sueño, de manera que Rose sabía que la mente de Collins estaba en otro tiempo, el tiempo que era un mito para ella, con Speckle John y Rosa Forte y los Muchachos Vagabundos originales... Tom Flanagan era la causa de todo eso...

Rose también sufría. Rose siempre sufría, y sólo el señor Collins lo sabía. Porque cuando caminaba lo hacía sobre espadas, sobre vidrios rotos, sobre carbones ardientes; el suelo hería sus pies. Sólo el señor Collins sabía que cuando caminaba con tacones altos, los clavos atravesaban las suelas de sus zapatos, y cada uno de sus pasos era una crucifixión como la de Tom...

Rose deseaba estar en un tren con él, poner los pies en el asiento frente a ella, alejarse y alejarse y alejarse. Tom se asombraría de la alegría que ella podía darle, y el reflejo de esa alegría la asombraría a ella también.

La mano de Rose encontró el borde de la puerta del escenario. Detrás de ella, del otro lado del telón, el Cobrador aullaba, y Rose sabía que no habría tren, que el dulce Tom no estaría junto a ella en la litera..., sólo el señor Collins sabía cómo meterse dentro del Cobrador y hablar con el desesperado muchacho que se encontraba allí dentro.

Rose buscó a tientas el picaporte. Se movió bajo su mano y la puerta se abrió al corredor oscuro.

—Querida Rose —dijo el señor Collins, y Rose se quedó sin aliento.

El mago estaba parado en el vestíbulo, reclinado contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Por favor —dijo ella.

Entonces vio..., no era el señor Collins, sino una de sus sombras, una de las que habían aparecido en la ventana inmediatamente antes de que la criatura satánica con



lentes viniera gritando y señalando con el dedo. Rose siempre distinguía las sombras del objeto real, aunque éste era uno de los mejores trucos de Collins. Del, que lo había visto muchas veces, a veces lo distinguía también.

—¿Adonde vas, querida? —preguntó la imagen.

—A ninguna parte —respondió Rose con tono sombrío.

—Eso es cierto, ¿verdad? No vas a ir a ninguna parte. No puedes ir a ninguna parte. ¿Lo recuerdas, no, Rose?

—Lo recuerdo —dijo la joven.

—¿Pensabas escaparte con él? ¿Tu pequeña actuación te hizo desear que esto fuera real?

Ella miró la sombra, que le devolvió la sonrisa.

—¿Hablaste con él de Hilly Vale? —prosiguió—. Ah, soy malo con nuestra pequeña Rose de Vermont. No debo ser malo con alguien que me ha ayudado tanto.

—No, no seas malo —dijo Rose. Estaba al borde de las lágrimas.

—Si tu muchacho escapa de mi juguete, lo cual es muy improbable, tendremos que dirigirlo, ¿verdad? Le haremos elegir otra vez. Y esta vez no elegirá erróneamente. Porque pensará que es la única elección posible. Y luego tú me ayudarás, ¿verdad, Rose?

—No, no te ayudaré —respondió ella.

—Un desafío... ¿de alguien a quien he ayudado tan a menudo? ¿Me estás diciendo que te gustaría volver a tu casa, pequeña Rose?

Estaba tan tranquilo. Rose sabía que él ganaría. El señor Collins siempre ganaba. Pero de todas maneras hizo un gesto negativo.

—Por supuesto, es una pregunta retórica —dijo la sombra—. Porque tú siempre vivirás conmigo y serás mi reina. Al querido muchacho lo encontrarán en el fondo del acantilado, junto con mi sobrino, y el próximo verano tal vez habrá otro muchacho adorable. El próximo verano o dentro de cinco veranos..., un muchacho con cosas extrañas dentro de él, un muchacho que no sepa quién es. ¿Unas voces más en los túneles? El año que viene lo controlaré mejor, te lo prometo.

—Odio los túneles —añadió Rose.

—Mejor control el año que viene —prometió la sombra, desvaneciéndose—. Y más control sobre *ti*, querida...

—Sujételo, señor Peet —dijo el mago—. Sujételo fuertemente, y pronto sabré si necesitamos que él desempeñe su papel. ¿Hace falta decir que sus hombres no desempeñaron muy bien el suyo?

—Si estamos solos aquí arriba, exceptuándolo a *él*... —el señor Peet tiró salvajemente del cabello de Del con su mano libre—, exceptuando a esta pequeña mierda, ¿necesita usted llamarme de esa manera?

El señor Peet, en realidad, era un marino llamado Floyd Imbush, que fue expulsado del ejército en Corea por arrancarle las orejas a un coreano: a un surcoreano. En la vida civil, Imbush había pasado cinco años en la prisión estatal de Joliet por asalto con arma blanca. Este asunto del «señor Peet» le destrozaba los nervios, como las referencias de su patrón al fracaso de los hombres que había reclutado.

—Mientras usted esté en esta casa y en este lugar, usted es el señor Peet —respondió el mago—. Usted comprendió mis condiciones cuando le contraté.

—Las comprendí, ¿eh? —gruñó Imbush—. No comprendía mucho de este maldito trabajo, y usted sabe que así era. Mire a este muchacho. ¿De eso debemos defenderlo a usted?

Sacudió a Del en el aire, y los brazos y las piernas de Del se movieron como los de una marioneta. Sus ojos eran grandes y vidriosos, su rostro tenía un color gris enfermizo bajo su tez aceitunada. Imbush había visto una docena de hombres con ese color en la cara cuando se daban cuenta de que les quitarían la vida.

—Su amigo peleó muy bien contra seis adultos —dijo Collins.

—Estaba *armado* —gritó Imbush—. Déle armas a un bebé, y será tan bueno como un soldado en combate. Carajo, si está armado *es* un soldado en combate.

—Debo llegar a la conclusión de que usted es incapaz de realizar el trabajo para el que está contratado.

—¿Me está llamando incapaz, hijo de puta? —Imbush dio un paso hacia Collins, que estaba sentado en la silla de la lechuza y lo miraba con expresión lejana pero apenada.

—Por supuesto que sí. Tres de mis hombres están muertos..., dos escaparon, los cobardes..., ¿y usted quiere que yo vigile a este pequeño *zombie*? —Volvió a sacudir salvajemente a Del—. Estoy preparado para marcharme ahora mismo.

—Y eso hará, señor Peet. Es evidente que ya ha dejado de sernos útil.

—Un momento. Usted parecía estar bastante en forma cuando buscábamos ese tejón, no puedo dejar de admitirlo, está muy bien para su edad, pero yo puedo más que usted. Mucho más. Me marcho de aquí.

—Es usted repugnante, señor Peet —dijo Collins, enderezándose en la silla de la

lechuza—. Se irá como yo le indique. Mira esto, sobrino.

Del gimió mientras Imbush lo soltaba y comenzaba a avanzar hacia Collins.

—Mira bien —dijo Collins, y cerró los ojos.

Una línea de sombra negra apareció a su alrededor, enmarcándolo por un segundo. Imbush dejó de moverse. Una línea roja se unió a la negra y las dos líneas se convirtieron en una línea gruesa de vibrante azul.

Imbush gritó.

El aura de Collins resplandeció por un momento. El grito de Imbush subió una octava, y el hombre se agarró la cabeza con las manos. Un olor parecido al de la pólvora invadió la habitación, y Floyd Imbush estalló como si tuviera una bomba en los intestinos.

Tanto el hombre como el muchacho quedaron salpicados de rojo. Algo que parecía comida para perros de color rosado golpeó a Del en el pecho con fuerza y se adhirió a su camisa. Del se miró la mancha con lentitud, y su boca se abrió mientras sus ojos se cerraban y sus oídos dejaban de oír. Del estaba a salvo: estaba en la habitación manchada de sangre y no oía nada ni veía nada.

Tom observa los brillantes ojos vacíos de Esqueleto. En parte por el balbuceo demente que sale de la mente fundida de Esqueleto, en parte porque puede ver claramente la historia de Esqueleto como si fuera una película en esos ojos muertos, conoce profundamente a Esqueleto..., lo conoce demasiado bien. Ve a Chester Ridpath dando palizas al joven Esqueleto, ve la espuma que vuela de la boca del entrenador, oye sus maldiciones. Ve las manos de Esqueleto como si fueran las suyas, abriendo la tapa del piano de Carson mientras la lechuza de vidrio golpea contra la madera; ve los cuadros que se enganchan uno por uno en las paredes y el cielo raso.

Los pulgares de Esqueleto le oprimen la garganta, Esqueleto babea y tararea para sí mismo.

«*Estuve en tu habitación*», piensa Tom, y la presión de los pulgares disminuye milagrosamente.

«Esqueleto, estuve en tu habitación: vi la lechuza en tu ventana»: y la ve realmente, la oye golpear contra el vidrio, golpear con sus grandes alas. Luego otra imagen se apodera de su mente: «cabalgué en esas alas y oí la voz».

«¿Me oyes aquí adentro, Esqueleto?»

Bajo la charla incomprensible, hay una pequeña voz que dice: «Sí.» Ahora las manos del Cobrador cuelgan, flojas, del cuello de Tom; el rostro primitivo del Cobrador queda inmóvil como pintura en una pared.

«Yo robé la lechuza —piensa Tom dentro del cerebro de Esqueleto—. Prendí fuego a la casa de deportes. Quería atraparte a ti, Esqueleto. No a él. No a Del. Tom Flanagan.»

—Fuego de Flanigini —susurró el Cobrador.

«Fuego de Flanigini..., te escondiste en mi batería, Esqueleto, incluso antes de que yo supiera que la tenía. —Tom odia estos pensamientos, violan lo que en otra época sabía de sí mismo, todo lo que había deseado ser—. Mi incendio, mi habitación, Esqueleto: no sólo estuve en tu habitación, *fui* tu habitación.»

«Yo fui tu habitación.» Este es el peor pensamiento de todos, peor aún que la certeza de que solamente él había visto a Esqueleto colgado como una araña del techo del auditorium porque en ese momento Esqueleto era una parte de sí mismo desprendida y no deseada: esa cueva de horrores de Esqueleto, amorosamente recortados de las revistas, era una descripción de alguna zona marginal de su mente, la zona a la que Coleman Collins había abierto las puertas de su propia alma a comienzos de 1920.

«Soy tu habitación», dice a la mente de Esqueleto, responsabilizándose de todo. Su mente y la de Esqueleto son casi una sola..., «tu habitación soy yo...», y Tom sabe verdadera y absolutamente que al decir esto por fin se ha convertido en un mago, no

en un pobre chiflado, sino un gran mago, en la figura negra de la espada. Se ha dado la bienvenida a sí mismo.

Después de eso, después de ponerse enfermo, sabe cómo liberar a Esqueleto Ridpath del Cobrador. Observa la grotesca parodia de magia que se desarrolla ante él, y ve a un muchacho de la escuela secundaria, con dientes de drácula de cera en la boca y una peluca sobre sus cabellos cortos; un muchacho de la escuela secundaria que quería dar miedo a los demás; y avanza hacia él.

«Vamos, Esqueleto —dice—. Puedes salir ahora. Puedes salir de ese recipiente.»

Hay una vibración en su mente, una vibración como un dolor de cabeza: funcionará.

Tom busca adentro, y esta vez Esqueleto se aferra a su mano.

¡AFUERA!

Tom tira de él, y es como tratar de sacar un pez espada del océano, la gravedad lo arrastra hacia Esqueleto, siente que está resistiendo contra el doble de su propio peso, ¡AFUERA! Está a punto de desmayarse por el esfuerzo.

La repentina liberación lo hace caer hacia atrás, un viento caliente golpea la pared. Algo flojo como una bolsa está ante él: y junto a ello, un muchacho alto y delgado con ojos negros rojizos. La bolsa cae, y por un momento el muchacho delgado se derrumba también.

Tom se arrodilla. Mira al Cobrador para ver qué es cuando está vacío. Una cara de goma, un objeto de tela y alambre. Junto a él, Esqueleto mueve los dedos como un bebé, su rostro está cubierto de sudor. Tiene los ojos cerrados. Esqueleto gime.

—Flanagini. Ah. Fuego —dice.

—Eso ha terminado —afirma Tom, inclinándose hacia adelante. Los olores de un cuerpo sucio y enfermo son muy fuertes. Esqueleto lleva jeans muy sucios y una camiseta con extrañas quemaduras—. ¿Me comprendes, Ridpath? Ha terminado. Estás libre.

—Ah —dice Esqueleto en la alfombra.

—¿Puedes moverte?

Esqueleto abre sus ojos sanguinolentos.

—¿Flanagan?

—Sí.

El rostro de Esqueleto se frunce.

—Estuve con él —dice—. Sí. Finalmente estuve con él.

—¿Puedes moverte? Tendrás que salir de esta casa.

—¿Qué pasa? —pregunta Esqueleto, y sus ojos parecen normales por primera vez..., ojos del color del barro en la cuneta de un camino. Tom no quiere tocarlo.

De manera que se obliga a tocarlo. Sacude un hombro que parece arcilla cubierta de grasa.

—Ya no es importante para ti. Levántate y vete de aquí. Encontrarás la puerta. Toma el sendero, deslízate entre los barrotes del portón y dobla a la izquierda.

Estamos en Vermont. Una ciudad llamada Hilly Vale se encuentra a media hora de camino.

—Tú eres como él, ¿verdad? —Esqueleto trata de sostenerse sobre las manos y las rodillas, y probablemente se siente débil como un potrillo, pero lo logra—. No necesitas responderme. Lo sé.

Tom mira el rostro golpeado y odiado y ve..., ¡con consternación!, que en él hay una repugnancia igual a la suya. Esqueleto le escupe. La flema amarilla resbala por la mandíbula de Tom.

—Tú eres como él —dice Esqueleto.

Tom se limpia el mentón.

—Vete de aquí, Esqueleto. O te matará.

Una voz enloquecida en su propia mente, totalmente suya, le grita que use sus poderes para levantar a Esqueleto y arrojarlo contra la pared, romperle los huesos, hacerlo polvo... Ve la fotografía aérea de la escuela Carson pintada con infantiles trazos rojos.

Esqueleto mira a Tom a la cara y se estremece, cayendo sobre la primera fila de asientos.

—Sal de aquí —dice Tom, y Esqueleto camina tambaleándose hacia la puerta. Las manos de Tom son pesas ardientes.

¿Aplausos, señores? Pero las figuras del mural han quedado nuevamente inmóviles en sus lugares. Hasta el Cobrador estaba en la pared del pequeño teatro, mirando a Tom como si todavía estuviera hambriento de él. «Ya no es necesario: ya me has comido.» Tom volvió a sentir el terrible tirón absorbente dentro del Cobrador. Si hubiera sido un poco más débil, estaría allí dentro ahora, compartiendo la eternidad con Esqueleto Ridpath, y sus mentes serían dos bombillas de doscientos vatios.

Fue al escenario, y no tuvo fuerzas para subir.

—¿Rose...? —Ella no respondió—. Rose...

Tom caminó lo más rápidamente que pudo hasta el costado del escenario y subió los escalones. Detrás del telón se encontró en un mundo subacuático. Una luz tenue y rosada. Montones de cosas como bancos de coral, que brillaban desde inexplicables bordes y rincones, como si las luciérnagas se hubieran posado en ellos. Un mazo de naipes en abanico en el suelo mostraba a un demonio que saltaba y le sonreía. *¿Te gusta el camino bajo, muchacho?* Una de las luciérnagas brillaba en lo alto de la cuchilla de una guillotina.

—Rose.

Una mesa había caído de costado y sus patas se extendían como las de un animal muerto. Pasó junto a ella y vio la puerta del escenario.

Rose estaba en el corredor oscuro, apoyada contra la pared. Tom se acercó en silencio a la puerta del escenario y la miró unos momentos antes de que ella advirtiera su presencia: se la veía desamparada con su vestido verde pasado de moda, como una niña abandonada en una fiesta de cumpleaños, y por un instante a Tom le pareció que ella también había tenido que afrontar lo que era, una habitación de Esqueleto que le pertenecía. Luego ella percibió que había alguien más en el corredor, y se dio la vuelta bruscamente. De inmediato su rostro demostró una alegría incrédula.

—Lo lograste —dijo en voz baja, pero su voz resonó como una campana.

Tom asintió.

—¿Estás bien?

—Estoy bien ahora —respondió Rose—. Mientras pueda verte, estoy bien. —Otra vez... ese chispazo de algo conocido, de la hermandad en el desdichado conocimiento de sí mismos—. ¿Por qué me miras así? —preguntó.

A Tom se le ocurrió que podía investigar en su mente como había hecho con la del Cobrador... Enviarle un pequeño signo de interrogación y ver qué era ese parentesco.

Estuvo a punto de hacerlo: en realidad comenzó a hacerlo, pero algo le hizo

detenerse en el momento de comenzar. No sólo la certeza de que hacerlo era como invadir el escritorio de un amigo para leer su correspondencia, sino también la sensación terrible del primer contacto delicado con ella, una sensación de falta de aire, de sofocación, de estar en un lugar extraño. Su mente se retrajo repentinamente, después de haber tocado por un brevísimo momento un mundo en el que no había señales conocidas y donde se encontraría helado y perdido.

—Del está arriba. Con él —dijo Rose.

Por un momento sintieron miedo y preocupación, como si los dos se conocieran muy bien.

—Algo te ha sucedido a ti... mientras yo estaba allí dentro —dijo Tom de pronto; y supo que tendría que haberlo percibido desde el principio—. ¿Qué fue?

—El señor Collins estuvo aquí..., no realmente él, sino una de sus sombras. Como las que vimos por las ventanas. Me habló —Rose echó valientemente la cabeza hacia atrás—. Dijo que yo nunca podría dejarlo.

—¿Le hará daño a Del?

—No hasta que tú decidas.

—Iré a buscar ese revólver que dejé caer —dijo Tom, y comenzó a andar por el corredor—. No le dejaré hacer daño a Del.

Sólo había recorrido un corto trayecto por el pasillo oscuro cuando Rose llegó hasta él y pasó su brazo por el suyo.



Las luces del patio iluminaban dos vagos montículos que había en el césped, y Tom dejó que Rose lo guiara en esa dirección. Había oscurecido mientras estaban en la casa, y las estrellas llenaban el cielo, brillantes como reflejos más pequeños y más fríos de las miríadas de luces que iluminaban el bosque a ambos lados.

—¿Puedes encontrarlo en la oscuridad? —preguntó ella.

—Tengo que encontrarlo —respondió él.

Trató de recordar dónde había estado al dejarlo caer. ¿Eso había sucedido antes de que fuera hacia Pease y hacia la escalera, o había llevado el arma consigo un poco más? Se vio dejando caer el arma, dejando que se disparara en el césped, arrojándola con fuerza.

—Un momento, Rose —dijo—. Yo estaba por aquí. En algún lugar cerca de aquí. Nunca me alejé demasiado de las piedras.

Veía suceder todo ante él. Del con su rostro ensangrentado, el grupo de hombres que cumplían seriamente con su tarea. Snail con su delicado aspecto de preocupación, adelantándose para recibir la bala. Miró hacia abajo y no vio el arma, y el pánico volvió a surgir en él. Susurró:

—¡No lo veo! ¡No lo veo!

—Sigamos un poco más adelante —sugirió Rose.

Avanzaron un metro y medio más.

—No, estamos demasiado lejos —dijo Tom, al ver el cadáver de Snail en la hierba.

Snail parecía un objeto para ser exhibido en el museo de cera. El otro cadáver, el de Thorn, estaba sorprendentemente lejos.

—¿Snail se acercó tanto a ti? —preguntó Rose.

—No creo..., no lo sé.

Nuevamente vio a Snail que se aproximaba tranquilamente hacia él, sin dejar de mirar a Tom con sus ojos casi bondadosos, y esa pequeña arruga que dividía su frente.

Tom dio un paso atrás, recordando los lugares donde habían estado. Se desplazó treinta centímetros a un lado y cuando miró hacia abajo vio la pistola negra sobre el fondo casi negro del césped. Se puso de rodillas y la tomó con ambas manos. El cañón todavía estaba caliente. Se puso de pie y la exhibió como una ofrenda.

—Quedan dos balas —dijo—. Le meteré una bala entre los ojos.

Al mirar a Rose vio la aureola de sus cabellos iluminada por las luces del patio.

—Ayúdame —dijo—. Es un malvado, y le meteré una bala entre los ojos.

Seguía sosteniendo la pistola entre las manos. Sólo podría levantarla a la altura adecuada una sola vez, y manipular el gatillo con su dedo índice izquierdo. Y

entonces le volaría la cabeza al mago.

Rose le ayudó a llegar al patio, y luego a cruzarlo. Entraron en el living, donde se veían manchas de la sangre de Tom. No les recibió aquella atmósfera de éxtasis, como en la mañana después de la bienvenida de Tom. La Tierra de las Sombras esperaba, comprendió Tom. La Tierra de las Sombras era neutral. Llevó el arma hacia su pecho. Olía a explosiones y a petróleo..., olía como un trombón quemado. Sostenerla de esa manera aliviaba el dolor de sus antebrazos.

—¿Subimos? —preguntó Rose.

—Sí. Sin hacer ruido.

Salieron del living y subieron en silencio la gran escalera. Pasaron de una oscuridad gris a una luz tenue. Frente al dormitorio de Collins, las luces difusas iluminaban la parte superior de las paredes y las puertas de vaivén. Rose subió el primer escalón y se volvió a mirar a Tom. Apretando el arma contra su pecho, Tom hizo un gesto afirmativo y ella dio otro paso, sin ruido. Tom podía hacer esto solo. Ponía los pies donde ella los había puesto, trataba de caminar exactamente por el lugar donde ella había caminado... En algún momento, mientras él trataba de pasar los dedos bajo el arma, Rose se había quitado los zapatos, que ahora llevaba en la mano izquierda. Mientras Tom apoyaba los pies en donde habían estado los pies descalzos de Rose, lo que aún pensaba que eran sus nuevos sentidos le transmitieron la impresión de... *cuchillos. Fuego*. Miró hacia arriba, desconcertado, casi sintiendo las puntas aguzadas y las llamas a sus pies, y vio que Rose subía un escalón tras otro, con lentitud y en silencio. Tom movió su pie cinco centímetros a un costado: una alfombra corriente. Cuando volvió el pie a su lugar, la impresión persistió... *cuchillos...*, pero era cada vez más tenue. Se apartó de la barandilla y siguió subiendo tras día.

Rose se detuvo en el rellano, esperando que él terminara de subir. Nuevamente Tom sentía esa impresión de parentesco, tan fuerte como el amor, pero distinta a él, de que había algo en ella que era como el mago que había en él, algo oculto. «Dijo que yo nunca podría dejarlo.» ¿Dijo que siempre caminarías sobre cuchillos, Rose?

—Oh, Rose —murmuró Tom.

La joven sacudió la cabeza, tal vez para indicarle que guardara silencio o que ella no podía responder la pregunta que sabía que iba a hacerle. Rose miró ansiosamente las puertas de vaivén que cerraban el rellano; luego nuevamente a Tom «Concéntrate en lo que estamos haciendo, Tom.» El muchacho tomó firmemente el arma de manera que el cañón sobresaliese de su pecho, lo sostenía con la mano derecha, ayudándose con la izquierda.

Rose empujó suavemente una hoja de las puertas de vaivén y la abrió sin ruido. Tom se deslizó en la oscuridad y vio luz alrededor de la puerta del dormitorio de Collins. Estaba entornada y sólo le quedaba entrar.

Un ajuste final de sus manos: apoyó todo el peso del arma en la mano derecha y apoyó el dedo en el gatillo.

«Entra y dispara —se dijo—. No te detengas a pensar. Aprieta el gatillo. Y todo habrá terminado.»

Tomó fuerzas, y conscientemente se mantuvo inmóvil. Levantó el arma para hacer puntería cuando estuviera en la habitación. Su corazón latía furiosamente. Cuando estuvo dispuesto, dio un paso adelante y abrió la puerta de un puntapié, y entró corriendo en el dormitorio.

Lo que vio le dejó frío. Un gigantesco cráneo manchado de sangre le sonreía, y su boca era del tamaño de un tiburón.

—¡Del! —gritó, y el cañón de la pistola de Collins se sacudió mientras el índice de su mano izquierda apretaba involuntariamente el gatillo.

La pistola dio un salto, pero su mano derecha la siguió y se aferró a ella. La explosión estalló dentro de su cabeza: sentía los oídos como si hubiera caído quince metros por una montaña rusa. Había salpicaduras de sangre en el techo. Toda la habitación estaba en desorden. Frente a él la fotografía de un cráneo, manchada de sangre: charcos de sangre en la cama y sobre los otros muebles, sangre que bajaba desde el techo, cubierto con fotografías de lechuzas.

—¡Del! —aulló Tom, y vio en el suelo, donde había estado a punto de poner el pie, un paladar postizo con un solo diente blanco.

—Estamos aquí, Tom —dijo la voz de Collins desde la derecha—. Espero que querrás salvar la vida de tu amigo.

Tom dio media vuelta hacia la voz... Oyó la respiración de Collins. La pistola le pesaba terriblemente. Collins estaba muy visible en la silla de la lechuza, con Del sentado sobre las rodillas. Los dos se hallaban manchados de rojo.

—Queda una bala —dijo Tom, tratando de mantener firme la pistola dirigida hacia el rostro divertido del mago. Del le miró sin reconocerlo—. Del, baja de sus rodillas.

—No te oye. No te oirá. Se ha rendido. Ha entrado y ha cerrado la puerta con llave, Ahora, deja esa arma.

Tom trató frenéticamente de pasar el dedo índice izquierdo bajo el seguro del gatillo.

—Puedo derretir esa arma en tu mano en un segundo —dijo Collins—. También puedo matarte haciéndola explotar cuando dispares. Si has tenido alguna posibilidad de hacerlo, la has perdido. Es hora de que hagas un sacrificio, Tom. Es hora de que elijas. Como tuvo que hacer Speckle John. La actuación no ha terminado... En realidad apenas ha comenzado.

Detrás de él, Tom percibió gradualmente otra fotografía ampliada: Rose Armstrong vestida como una pastora de porcelana, con su rostro altivo, de otra época, no un rostro norteamericano, sino de otro siglo y otro lugar.

Tom bajó el arma.

—Para salvar la vida de mi sobrino, ¿sacrificarás la pistola? Del sufre un shock traumático, debo decírtelo. De todas maneras podría morir. Pero si tú no sacrificas la pistola, detendré su corazón. Debes saber que puedo hacerlo.

—Entonces, ¿por qué no detienes el mío?

—Porque entonces no podría seguir con la actuación. Pero tú tienes que decidir. —Volvió a sonreír—. Te daré otra opción. La opción es renunciar a tu canción. Deja a Del. Deja a Rose..., tendrás que hacerlo de todas maneras. Y deja la magia. Entrégame tus dones. Puedes salir caminando de la Tierra de las Sombras, y ser el muchacho

que eras cuando llegaste aquí. —Collins extendió las manos: era muy simple—. Es la mejor opción que puedo darte. Sacrifica tu canción, y sítete de tus piernas para marcharte de la Tierra de las Sombras para siempre.

—Del muere, y usted retiene a Rose aquí. Yo me marchó ileso, si he de creerle.

Del se desmoronó en las rodillas del mago. Su rostro estaba gris, y apenas parecía respirar.

—¿Y la otra opción?

—Dejas el arma. Tu canción contra la mía. La actuación continúa hasta que la Tierra de las Sombras tenga un amo indiscutible, el nuevo rey o el viejo. ¿Qué te parece, muchacho?

*Toma mi magia y, déjame salir de aquí*, gritó Tom en su interior. Oyó un movimiento detrás de él y giró bruscamente la cabeza. Rose estaba en la puerta abierta. *Cuchillos*. ¿Con cuánta frecuencia, cuántas noches, había estado ella en esta habitación donde las lechuzas aullaban desde el techo? Le rogaba sin palabras, pero su ruego podría haber sido a favor de cualquiera de las dos opciones.

—Canción —dijo Tom, y arrojó la pistola hacia la cama manchada de sangre.

Por el rabillo del ojo vio a Rose que salía por la puerta. La pistola cayó fuera de su alcance, y las vísceras de Tom se convirtieron en un bloque de hielo. *Te engañé, te engañé*; el cántico burlón de Lonnie Donegan a los inspectores de Rock Island pasó por él como una lanza, y supo que había sido forzado, que se había forzado a volver al juego del mago.

—Bien. Por supuesto tú recuerdas el aspecto más importante de los brujos —dijo Collins.

*Te engañé, te engañé...*

—Aprenden los trucos de la casa..., emplean sus propias barajas. Tendrías que haberte ido caminando, muchacho.

Collins se puso de pie, con los ojos brillantes, y la silla de la lechuza quedó vacía.

Un pájaro encandilado aleteó por el suelo, las plumas de sus alas esparcieron la sangre dibujando una delicada caligrafía japonesa.

## 21

Tom lo sabía. Collins le había preparado cuidadosamente para saberlo: se lo había anticipado, había plantado las semillas de la traición final en su mente. «Una vez fueron pájaros, pero fueron engañados por un gran brujo, y ahora aún tratan de cantar y aún tratan de volar.» Este gorrión mareado que dibujaba letras japonesas con la sangre del señor Peet en el pulido suelo de madera trataba de ponerse de pie y moverse como un muchacho para poder cerrar su mente y quedar fuera de peligro. El gorrión piaba, y Tom sabía que Del aullaba. Horrorizado, Tom le vio caer sobre un costado y mirarle con un ojo como el de un loco: una piedrecilla negra presa del pánico.

Los cuentos de hadas se habían mezclado y confundido, de manera que el viejo rey tenía una cabeza de lobo bajo la corona, y el joven príncipe enamorado de la niña, volaba y jadeaba en su cuerpo de gorrión, y Caperucita Roja caminaba eternamente sobre cuchillos y hojas de espadas, y el mago sabio que aparece al final para resolver todas las cosas era un muchacho de quince años arrodillado en el suelo manchado de sangre, acercándose al cuerpo transformado de su mejor amigo.

—¡No puedo volver a transformarlo, Rose! —gimió.

El corazón del gorrión latía, mil veces más rápido que el suyo, contra las yemas de sus dedos.

«¡No sé cómo volver a transformarlo!», oyó su voz como cuando le habían atravesado los dedos con clavos, tan aguda que lo dejó congelado. El gorrión temblaba en sus manos. Un ala golpeó débilmente su pulgar.

—Entonces tendrás que hacer que el señor Collins lo transforme —dijo Rose. Estaba junto a la puerta, mirando a Tom con el pájaro asustado en las manos—. Oblígale a hacerlo —dijo con furia.

22

Salió del dormitorio con Del en las manos como antes tenía el arma, y Coleman Collins estaba en lo alto de la escalera.

—Bien venido al Wood Green Empire —dijo el mago—. ¿Asientos de primera fila? Excelente.

—Transfórmelo otra vez —dijo Tom.

—Lo lamento, no hay cambio ni devolución. Ahora tendréis que ocupar vuestros asientos.

—Este no es él —señaló Rose junto a su hombro—. Es una sombra.

—Ah, me delataste —dijo la imagen, y desapareció convirtiéndose en un haz de llamas.

«¡BIEN VENIDOS AL WOOD GREEN EMPIRE!», atronó la voz metálica. El pájaro tembló en las manos de Tom, piando frenéticamente, torciendo el cuello para mirarlo a la cara. Las llamas murieron antes de caer, como los fuegos artificiales, dejándolos en la oscuridad. En el vestíbulo, junto a Tom, la luz de la luna ponía franjas plateadas en el suelo y en la pared; el resto de la Tierra de las Sombras estaba tan oscuro como los túneles bajo la cabaña de verano.

Del quedó totalmente inmóvil en sus manos, y Tom pensó que había muerto. Luego sintió un latido regular bajo sus dedos, el corazón del gorrión palpitaba, y abrió la camisa y puso tiernamente a Del contra su piel. Abotonó su camisa hasta la mitad. Las plumas le rozaban el pecho.

Afuera, los fuegos artificiales volvían a comenzar con una fuerte explosión que repercutió en las ventanas del vestíbulo y envió rayos rojos y azules a través del vidrio plateado de las ventanas. Acurrucado contra su piel, Del dejó escapar un grito casi humano.

Un rayo de luz al pie de la escalera: Herbie Butter, destacándose contra la luz, vestido con la chaqueta de gala, peluca y rostro blanco.

—¡Tenemos un voluntario, damas y caballeros..., el valiente Tommy Flanagan, que viene desde Arizona, en los Estados Unidos de Norteamérica! ¿Estás listo, Tommy? ¿Puedes cantar para nosotros?

—¡Vuelve a transformarlo! —gritó Tom, y Herbie Butter dio una voltereta y cayó a sus pies, señalando el cielo con el dedo índice.

—¿Transformarlo? Es más fácil decirlo que hacerlo, muchacho..., pero eso también es magia —y se disolvió convirtiéndose en llamas.

«¡EL VIEJO REY! ¡EL ÚNICO REY!»,

Tom bajó a tientas la escalera en la oscuridad.

*...la esposa de Philly parece un poco vanidosa este verano, Nick...*

*...eso es lo que consigues estando en dos lugares a la vez...*

Voces de los túneles, que se oían en la oscuridad.

Y voces del otro lugar que había sido la Tierra de las Sombras.

*...sí un alumno de los últimos años deja caer sus libros al suelo, recógelos. Llévalos donde él te indique que los lleves. Haz cualquier cosa que te indique un alumno de los últimos años...*

Bajó el último escalón y estuvo a punto de caer, porque esperaba otro.

*...¿entendiste? Estarás condenado a la destrucción, ¡DESTINADO A LA DESTRUCCIÓN!, si no aprendes las lecciones morales de esta escuela...*

Olió el fuerte aroma del gin.

—¡Vuelve a transformarlo! —gritó; sintió que surgía en él la histeria y supo que eso también podría destruirlo.

—Tienes que encontrar al verdadero —dijo Rose—. El quiere que tú lo encuentres, Tom.

Tom encerró en sus manos el cuerpo tembloroso de Del. El gorrión había encogido las patas y sus alas estaban inmóviles, y se le notaba pequeño y tibio dentro de la camisa: pequeño, tibio y lo suficientemente aterrorizado como para morir por el shock. Ese terror tornaba insignificante el suyo. Miró el pequeño hueco de su camisa, y vio dos círculos de sangre en los lugares donde había apoyado las manos. Su histeria, algo que no podía permitirse, disminuyó.

—Yo también lo deseo —dijo.



23

Volvieron al cuerpo principal de la casa. Una repentina luz le hirió los ojos, y Coleman Collins estaba en medio de una columna de llamas junto a la hilera de carteles teatrales. La luz naranja bailaba en la pared opuesta y en el techo.

—Fue una deficiencia tuya, ¿sabes? —dijo la sombra—. Simplemente no pudiste aprender las lecciones morales. El Libro habría sido inútil para ti. Nunca le sirvió de mucho a Speckle John, por lo que veo.

—Tú pervertiste el Libro —dijo Tom—. Pervertiste la magia. Speckle John tendría que haberte dejado morir en aquella colina. El zorro tendría que haberte destrozado la garganta.

La elegante figura entre las llamas soltó una risita.

—Ahora hablas como Ouspensky —fingió bostezar y luego sonrió—. Sabes, tenían miedo de mí, Ouspensky y Gudjief. Por eso se comportaron así. Tenían miedo de mí, como ese infeliz de Crowley.

La llama había comenzado a consumirse de abajo hacia arriba.

Afuera, los fuegos artificiales explotaban en el cielo.

La llama era una lágrima que colgaba en el aire; sólo la cabeza de Collins era visible en ella.

—Y él era más fuerte que tú, querido muchacho...

La llama y la cabeza desaparecieron al mismo tiempo.

Estaba en la oscuridad con Rose, sintiendo palpar a Del contra su estómago.

—Sabes, él tiene razón. No puedo hacer ninguna de las cosas que él hace. Seguramente me vencerá, y lo sabe. —Sintió la conmoción que irradiaba de ella, y dijo, todavía con una claridad fatalista—: No significa que no lo vaya a intentar, pero no puedo hacer esas cosas. Simplemente no puedo.

—¿Alguna vez lo has probado? —preguntó la voz de ella.

—No..., proyectarme a mí mismo de esa manera..., no.

—Entonces inténtalo.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Ni siquiera sé cómo empezar.

—¿Pero acaso no has mejorado, no has aprendido?

—Creo que sí.

—Entonces comienza. Inténtalo. Ahora. Para darte confianza.

Perdería confianza en sí mismo, reflexionó Tom, pero de todas maneras lo intentó. Tenía que ser como todo lo demás, pensó. Tenía que haber un lugar en su propia mente y sólo le quedaba encontrarlo. ¿Si hubiera un espejo ante ti, Tom? ¿Si pudieras verte?

—Supongamos que hay un espejo —pudo decir Tom.

—Eres mejor que él, Tom —susurró Rose.

Del se apretó un poco más contra la piel de Tom, y Tom recordó haber volado en la mente de Esqueleto y la sensación que había tenido..., esa sensación de ganar y perder control a la vez, de volar hacia afuera..., mientras una llave giraba dentro de él al pensar en Esqueleto, que balbuceaba cosas, y una esfera de luz parpadeó momentáneamente en el corredor.

—Ah, hazlo, hazlo ahora —rogó Rose.

Tom se lanzó.

El Cobrador estaba allí, avanzando hacia él con ojos frustrados y una mueca tonta...

¡BANG! Explotó un cohete sobre la casa, lo suficientemente grande como para enviar dardos de luz por la ventana sobre la puerta del frente.

Su mente se conmovió y el Cobrador cayó.

—Lo siento —dijo. Hasta llegó a reír—. Pero ¿viste? Esta vez no sucedió nada. No había nadie dentro de él.

—Coloca a Tom allí —insistió Rose.

Tom extendió la mano hacia la llave, e imaginó no un espejo sino a sí mismo el día que había conocido a Del, y sintió la impresión de flotar, de dejarse ir, y otro Tom Flanagan tomó forma en una bola de luz en el vestíbulo. Tenía puesta una gorra que sujetaba con dos dedos sobre su nariz. Sonrió, abrió la boca y dejó escapar un gruñido. Desapareció.

—¿Ves? —dijo Rose.

Luego la luz iluminó la entrada del living y mostró el montón de cosas que antes había sido el Cobrador, y Tom supo que lo había sacado del teatro grande sólo con pensar en Esqueleto. Oyó un zumbido, como si unas máquinas hubieran comenzado a funcionar.

Un segundo más tarde, Humphrey Bogart entró en el vestíbulo desde el living.

## 24

—¿Harás unos trucos de ilusionismo para nosotros, muchacho? —preguntó Bogart. Llevaba un smoking negro y un cigarrillo humeaba entre sus dedos—. ¿Un poco más del viejo abracadabra antes de que el telón baje?

—Del me habló de un verano cuando tenía doce años..., todo era como una película... —murmuró Tom a Rose mientras el actor jugaba impaciente con su cigarrillo. Tom miró hacia un lado, pero Rose había desaparecido en la oscuridad detrás de él.

—Vamos, hay algunas personas que sienten interés por ti —dijo el actor, y chasqueó los dedos—. Sí, por aquí. Entra y ven con nosotros.

Tom fue hacia la entrada del living.

Todas las luces estaban encendidas. Había una reunión de hombres, todos con trajes de etiqueta, mujeres con trajes de noche. El olor del gin invadió nuevamente sus fosas nasales.

—«Hola, hijito —dijo un hombre que Tom reconoció como William Bendix—, ¿cómo te va?

—Hola, Tom —dijo una rubia platino de labios muy rojos y rostro pícaro que convertía su belleza en una deliciosa broma sensual.

—Amante de los pájaros, ¿eh? —preguntó Bogart, e hizo ademán de dar un golpecito en la camisa de Tom—. Yo tengo un par de perritos.

—Esa música..., no puedo soportar esa musiquita —dijo William Bendix, aunque Tom no oía otra cosa que algunas voces que charlaban y aquel zumbido como de máquinas. Bendix llevaba el sombrero en la parte posterior de la cabeza, y apoyó ruidosamente su vaso de cerveza en la barra.

—Ah, déjenlo..., el pobre tiene muchas cosas en la cabeza —señaló Bogart, arrastrando a Tom hacia donde estaba reunida la gente—. Creo que no conoces al señor y la señora Nightingale. Han venido para conocerte.

Un hombre con rostro de perro apaleado y una mujer cuya cabeza era un muñón carbonizado estaban junto al diván floreado, extendiendo las manos y luchando por hablar con bocas que habían sido selladas. Tom tuvo náuseas y dio un paso atrás. Las ropas de la gente humeaban; las llamas surgían del cuello del hombre.

—¡No puedo soportar esa música!

—No les prestes atención, muchacho —y una mano obligó a Tom a volverse—. Están demasiado borrachos como para hablar bien... ¿Recuerdas las otras personas que mencioné?

Snail y Thorn estaban de pie junto a la mesa. Tweedledund y Tweedledee vestidos como para ir a bailar (ahora se oía la música, una trompeta y cuerdas, Jackie Gleason Toca Solamente para Enamorados).

—¡No lo soporto! —aulló William Bendix, haciendo añicos su vaso de cerveza en la barra.

Snail y Thorn sangraban por agujeros que tenían en la cabeza, aunque no estaban en los lugares donde las balas de Tom les habían alcanzado, y sus rostros eran impecables y blandos, desprovistos de emoción...

—Toma un trago..., ¿no eres un hombre? —Bogart sirvió algo que humeaba y hacía burbujas en un vaso. Le guiñó un ojo, y la mitad de su rostro se contorsionó en un tic—. Tómate esto, ahuyenta a las serpientes.

Tom buscaba a Rose, y Humphrey Bogart ponía el vaso humeante en su mano, que estaba entera y sin heridas. Rose había desaparecido.

Luego una mujer pelirroja con un vestido negro muy escotado le miró con sensualidad..., esa mujer es... es... un rostro de cien películas, con la nariz respingona y una boca perfecta..., y de pronto en ese rostro aparecieron dientes afilados y un hocico peludo...

Y toda la gente bien vestida de la fiesta tenía rostros de animales, de monos, zorros y lobos, y le miraban con sensualidad; ahora, además de su charla, se oía «la luz de la luna te queda bien». Los ojos de un tigre le hacían guiños.

Un ser con cabeza de cerdo levantaba un vaso burbujeante y lo llevaba a sus labios. Bobby Hackett usaba su cornetilla para decirle a una muchacha que realmente sabía qué ropa ponerse, y del otro lado de la habitación un hombre llamado Creekmore se inclinaba hacia adelante con el rostro colgante como una solapa y los huesos a la vista. De sus hombros caían hierbas húmedas.

—¡Rose! —llamó Tom, pero los ruidos de la fiesta eran tan intensos como para ensordecerlo, y Bobby Hackett tenía ahora una voz grosera y poderosa..., algo amargo y ardiente le tocó los labios.

«¡LEJOS! —gritó dentro de su mente—. ¡SE HA IDO!» Cerró los ojos y la boca y algo ardiente se deslizó por su mentón... Luego, silencio, como si todo el poder hubiera muerto.

Rose le tocó la cara.

—Me asustas.

—¿Los viste?

Estaban solos en la habitación a oscuras. La luz de la luna entraba por las puertas de vidrio, y revelaba muebles de plata, immaculados y muertos.

—¿Si vi qué?

En el aire había olor a gin. El cuerpo de Del latía contra su piel.

—¿Qué te asustó, Rose?

También ella estaba iluminada por la luna; su rostro blanco como una vela de barco.

—Estabas hablando solo..., comportándote de una manera rara.

El corazón de Del se calmó gradualmente.

Un estallido de fuegos artificiales tornó roja la habitación y su rostro: de un

color rojo rosado.

25

—No puedo describirlo —dijo Tom—. Creo que estuvo a punto de atraparme. A punto de matarme. ¿No viste nada?

—Sólo a ti.

—¿Ni siquiera viste a ese actor, Creekmore?

Ella sacudió la cabeza.

—Está muerto. Algo más que bolsitas llenas de sangre y arañazos. Murió como yo debía morir. —Otra explosión estalló afuera y el rostro de Rose tomó un color azul pálido—. Rose, ¿qué pensabas que sucedería cuando nos trajiste nuevamente aquí?

La joven sacudió la cabeza.

—Nada parecido a esto. —Su rostro estaba contorsionado: iba a llorar—. Creí que estaba dando un espectáculo. —Ahora lloraba—. Lo siento, Tom.

—¿Creías que nos sacarías de aquí, a mí y a Del? ¿No a ti misma?

Empalidecida por la luz de la luna, la expresión de Rose cambió y las lágrimas cesaron. Se enjugó los ojos.

—Por supuesto. Por supuesto, a mí misma también.

—¿Pero tenemos algo en común, ¿verdad? —Rose se apartó de él y comenzó a retroceder hacia el vestíbulo—. ¿Por qué dijiste que no podías marcharte?

Rose lo miró, en medio de las sombras en la puerta.

—¿Por qué...?

*¿Por qué te duele tanto cuando caminas?* Tom metió la mano derecha en su bolsillo y tocó los pedazos de la pastora rota. Los sacó. La parte superior de una muchacha.

La parte superior de una muchacha.

Como...

Tom fue hacia la puerta del corredor, siguiéndola.

—Rose —echó a un lado el objeto roto.

Llegó un ruido atronador desde afuera: ¡BANG! ¡BANG!..., como si un pájaro gigantesco, un pájaro más grande que la casa, la golpeará con sus alas.

—¡Rose!

«¡Y AHORA, DAMAS Y CABALLEROS, EL FAMOSO MURO DE LLAMAS!»

Una ola de calor lo arrojó hacia atrás, y gritó nuevamente el nombre de Rose. Un segundo después, el punto en que el corredor entraba en la otra ala de la casa quedó en llamas. Rose corría hacia él, cubriéndose la cara con las manos. Entre las llamas algo se retorció como cien serpientes juntas.

Rose corrió hasta chocar con él, y luego le rodeó el pecho con sus brazos. En el cielo raso había manchas negras; el vidrio de uno de los carteles enmarcados estalló con un fuerte ruido.

—*Son* serpientes —dijo Tom, mirando las formas que se retorcían entre las

llamas.

—No. Soy yo —dijo Rose, apretándose contra él.

Tom lo vio. Las parras se retorcían y se doblaban, las rosas caían, clavándose en las espinas, hasta sangrar..., el vidrio de otro anuncio explotó.

¡BANG! Otra ala gigantesca que golpeaba desde afuera. Dentro de la camisa de Tom, Del temblaba y trataba de empujarse hasta desaparecer.

«¡Y LA MURALLA DE HIELO!»

Así como el calor había precedido al fuego, un intenso frío barrió el corredor un momento antes de que el fuego quedara inmóvil y se convirtiera en algo de color blanco grisáceo como un monumento.

La luz naranja desapareció con el fuego, y un único punto blanco quedó brillando en el cielo raso, alumbrando una versión de Coleman Collins. El se apoyaba contra la pared glacial con su camisa de cuello abierto.

—Podrías haberte ido por allí, ¿sabes? Pero eso habría sido demasiado fácil..., especialmente desde que escapaste de tu bebida en el living. En realidad yo esperaba que salieras por allí. ¡Felicitaciones!

—Transforma nuevamente a Del —dijo Tom.

—Para eso, tendrás que hablar con el original —dijo la sombra—. El aún está esperando. Quiere ver el final de la función también. Ha pasado mucho tiempo, ¿sabes? Más de treinta años. —La sombra sonrió—. Entretanto, ¿te gustó la imagen del sufrimiento de la pequeña Rose?

Detrás de él, las flores heridas y retorcidas eran medio visibles en el hielo.

—La rosa que se retuerce sobre sí misma —dijo la sombra—. Agudo, ¿verdad? Pero no tan terrible si piensas que ella lo deseaba. Suplicaba que sucediera. Rogaba. Tal vez de la misma manera que tu viejo amigo el señor Ridpath rogaba que le metieran dentro del Cobrador —señaló con la cabeza al Cobrador, caído contra la pared.

Otro fuerte golpe de las alas resonó contra la casa, seguido del ruido inconfundible de las puertas de vidrio del living que se hacían pedazos por el impacto.

—Todos nos estamos impacientando con usted, señor Flanagan —dijo la sombra—. ¿Por qué no encuentra al viejo rey y arregla las cosas?

—Estoy tratando de hacerlo —dijo Tom—. Maldito seas.

La sombra dio una palmada y la pared de hielo dejó de existir, convirtiéndose en algo tan transparente que las rosas heladas brillaron un momento antes de desvanecerse también en la transparencia.

—Esa persona amiga tuya podría ayudarte a distinguir lo verdadero de lo falso. ¿O no recuerdas tus viejos cuentos?

Luego desapareció, dejando tras él la impresión de una sonrisa y el olor de la alfombra quemada y la pintura descascarada.

—¿Qué viejos cuentos, Rose? —Tom se volvió hacia ella—. Dime, ¿de qué

cuentos habla? Si lo sabías...

Rose dio un paso adelante, alarmada.

—No de mí —dijo ella—. No se refería a mí. No es posible.

Tom tuvo ganas de gritar de frustración.

—No hay nadie más. Realmente se refería a ti.

—Creo que se refería a Del —dijo Rose.



26

—Piensa —dijo Rose—. Tú lo sabes y él sabe que tú lo sabes. Recuérdalo, Tom.

—¿Del? —Era un chiste casi fantásticamente cruel—. No puede ser. —Tocó dos botones de la camisa, con el pulgar y el índice hasta que encontró los ojales. Del saltó a su palma; extendió sus alas débilmente—. Ay, Dios mío. Ay, Del.

—Piensa en lo que él dijo —rogó Rose.

Otro vidrio de la puerta explotó en el living.

—Leíamos cuentos en la clase de inglés —dijo Tom, tratando frenéticamente de recordar...—. ¿Un gorrión? Leímos «La Muchacha de los Gansos». Leímos «Los dos hermanos». Esto no sirve de nada.

Lo que recordaba es que los pájaros lo habían perseguido: un gorrión en el césped lo había mirado a través de una ventana y lo había perforado con sus ojos; un pájaro desde un árbol en Quantum Heights se había reído de él mientras el mundo giraba y el cielo se llenaba de brujas.

—De nada sirve —continuó Tom—. Nuestro profesor dijo..., ah, sí, en «La cenicienta» un pájaro era el mensajero del espíritu. Un pájaro le dio lindos vestidos. Otro pájaro les arrancó los ojos a sus hermanastras. Ah, espera. Espera. Es «La cenicienta» —apartó a Del de su cuerpo—. Los pájaros dicen al príncipe que ninguna de las hermanastras se casará con él. Le ayudan a encontrar a la cenicienta. Los pájaros hacen que encuentre a su verdadera novia.

En la oscuridad, Rose le miraba con ojos brillantes. Del se movió en la palma de su mano vendada.

—Encuétralo —dijo Tom, sintiéndose un poco exaltado, un poco enfermo ante la imposibilidad de su tarea y la de Del—. *Encuétralo*.

Del levantó la cabeza; sus alas se extendieron. Y el corazón de Tom también se alivió, y se llenó de gozo. En sus manos doloridas, ensangrentadas, el pájaro abrió las alas y aleteó. Una vez. Dos veces. «Anda, pajarito. Anda, Del.» Por tercera vez las alas se abrieron y batieron, y el pájaro levantó el vuelo de las manos de Tom.

El mensajero del espíritu ascendió en el aire. «Encuétralo. Por nosotros, por ti. Encuétralo.»

El mensajero voló en círculos en el aire oscuro sobre ellos, y luego se posó una vez en el hombro de Tom..., era como si le hubiera dado una palmadita en la cabeza, un gesto cariñoso..., y echó a volar por el corredor.

Lo siguieron, pasando junto al Cobrador, abandonado en la oscuridad, por la entrada de la habitación prohibida, por la puerta del Pequeño Teatro. Del volaba en círculos rápidos y excitados frente al Grand Théâtre des Illusions, dirigiéndose una y otra vez hacia la puerta.

Rose llegó a la puerta antes que Tom.

Otro gigantesco golpe de ala estremeció todo el fondo de la casa. Tom oyó caer la vitrina en el living, rompiendo las puertas de vidrio y astillando la madera. Dentro del gabinete, las figuras de porcelana se habrían hecho pedazos.

—¿Qué es eso que hay afuera? —preguntó Rose.

—Una lechuza. Otro mensajero.

—¿No es él?

—No. Significa que alguien va a morir. Significa que alguien tendría que haber muerto ya. La actuación iba a terminar un poco después de que ellos... —estuvo a punto de desvanecerse, recordando precisamente el momento en que Collins sostenía los clavos ardientes y los utilizaba para violar sus manos—. Quédate aquí —dijo.

—Voy contigo —afirmó la joven y abrió la puerta. Dio dos pasos y se detuvo.

El gorrión entró y se sumergió en la luz y el ruido. Había una multitud en las butacas.

—Tienen dos asientos en primera fila —dijeron tres Herbie Butter sentados en tres sillas con lechuzas—. Por favor, ocúpenlos.

Tom los miró, sin prestar atención al público que había fascinado a Rose. Gente de otra época miraba a los tres magos, pelaba naranjas, se metía caramelos en la boca, fumaba. A diferencia de sus imágenes pintadas, que eran visibles al fondo del Pequeño Teatro, se movían en los asientos, levantaban los brazos, aplaudían, y hacían comentarios inaudibles en medio del barullo general.

—Ya ven, les gustan mis pequeñas ilusiones —dijeron tres Herbie Butter al unísono—. Y ahora mis voluntarios intentarán distinguir la realidad de su sombra. Si no lo logran serán castigados, damas y caballeros.

Hubo gritos y silbidos.

—Transforma a Del —dijo Tom, levantando la voz por sobre el murmullo.

—¡Ah! El muchacho desea que yo haga magia con su gorrión, damas y caballeros. Nuestro voluntario es muy extraño. —Levantó la palma de la mano—. Pero es algo más que eso, amigos míos. El joven es un aprendiz de mago. Cree que puede entretenerles tan bien como yo.

Gritos de entusiasmo; silbidos. Tom miró por sobre su hombro y vio a Rose que se apartaba del público con una expresión consternada, horrorizada. En su rostro se veía la convicción de que no podían ganar. En la mitad de la fila veinte, los padres de Del, con las cabezas rotas y las ropas quemadas, aplaudían cortésmente. Alrededor, visibles detrás de Rose, hombres y mujeres con rostros de animales les gritaban a ellos y a los que estaban en el escenario.

—Ya ves qué público tenemos, mi pequeño voluntario —dijeron los tres Herbie Butter al unísono—. Todos los públicos son iguales. Quieren sangre simbólica..., quieren resultados. No se puede jugar con el público. ¿Estás listo para hacer tu elección?

Del público llegaron gritos de animales. Tom miró hacia atrás y vio que todos, incluso los padres de Del, tenían cabezas de animales. Dave Brick estaba entre ellos también, con la vieja chaqueta de Tom y una cabeza de oveja sobre los hombros.

—Ya ves, nunca debes... —dijo el Herbie Butter de la izquierda— ...cometer el error fatal de pensar... —dijo el Herbie Butter del centro— ...que cualquier público es amistoso —dijo el Herbie Butter de la derecha—. ¿Estás dispuesto a hacer tu elección? ¡Serás severamente castigado si eliges mal! ¡TE LO PROMETO! —gritó al público, quien devolvió el grito en mil voces bestiales.

Tom levantó la mirada. El mensajero del espíritu volaba en círculos en lo alto, tratando frenéticamente de encontrar una salida, como cualquier pájaro.

«¿Queda algo de Del en ti? —pensó Tom; su mente hacía un esfuerzo enorme,

en medio del ruido de aquel público de bestias—. ¿O te has perdido, y ahora sólo eres un gorrión?»

El gorrión se apoyó en una tubería, y se hizo casi invisible, muy en lo alto. Tom lo vio mover la cabeza de un lado a otro.

—Estamos esperando —dijeron tres voces.

«Encuétralo —pensó Tom—. Encuentra a Collins.»

—Si no haces tu elección, te rechazarán —dijeron tres voces—. Serás parte del público para siempre. Porque cada uno de ellos es importante, y cada uno de ellos es parte del todo.

«Encuentra a Collins.»

—Tu pajarito no es el pájaro de un cuento —dijo el Herbie Butter de la izquierda.

—Es sólo un gorrión pestilente —dijo el Herbie Butter del medio.

Y así sería, pensó Tom. Los ángeles no les protegían. El mensajero del espíritu ya no era un mensajero de nada. El espíritu de Del había muerto en el cuerpecito inquieto y frenético.

—¡Del! —gritó.

—Uno de los centenares perdidos —dijo uno de los magos.

El gorrión bajó de la tubería y voló sobre el público, provocando gritos y maldiciones.

«Encuétralo. Encuétralo. No importa quienquiera que seas ahora.»

El gorrión describió una curva en el vuelo, y fue hacia el escenario. El corazón de Tom se detuvo: la sangre comenzó a circularle con más lentitud. El gorrión voló en línea recta sobre las tres figuras en el escenario, describió un círculo y volvió a volar sobre ellas. Bajó bruscamente hacia el regazo del mago de la izquierda y Tom gritó:

—¡Basta! ¡Déjalo! Ahora...

El gorrión se posó en la rodilla del hombre de la izquierda.

—El joven es un mago, damas y caballeros —dijo Collins a través de la máscara de Herbie Butter—. Esta parte de la función ha concluido. —Extendió los dedos y los cerró tiernamente alrededor del cuerpo del gorrión, y sus compañeros se esfumaron en zonas oscuras del escenario marcadas por luces opuestas—. Amigos míos del público, el gorrión de este joven ha dado su vida para que su amo pueda subir a otro nivel.

«Es lo que se llama un imbécil —susurró alguien detrás de Tom—. Ya verás. Es todo parte de la actuación.»

Collins se levantó de la silla de la lechuza, con el gorrión en la mano derecha.

—Lo que ustedes ven es un pájaro verdadero —entonó—. Lo han visto volar. ¿Qué es? ¿La mascota de un muchacho, un roedor con alas, o un mensajero del espíritu? Ya han oído cómo los pájaros mágicos saludan a sus amos en búsquedas y adivinaciones, saben que vagan libremente por el mundo, trayendo rumores de aquí

y de allá, que vuelan sobre nuestras existencias terrenas... Damas y caballeros, ¿acaso los pájaros no son la viva imagen de lo mágico?

Arrojó el pájaro hacia adelante, y el pájaro (Del) dejó escapar una cascada de melodías desconocidas para cualquier gorrión, como si todo su cuerpo hubiera estado lleno de esa canción.

«Ah, Del. Eres tú. Y no tienes miedo.»

—Ya ven... un pájaro especial. ¿No merece un lugar en la eternidad?

Aún surgió una cascada conmovedora de melodías del gorrión capturado.

—¿Necesito a mis violinistas?

—¡NO! —rugió el público de bestias.

—¿Necesito mi pipa y mis ceniceros?

—¡No!

—¡NO! Ustedes lo tienen, damas y caballeros. Ustedes comprenden. El pájaro cantor es la magia misma. En realidad es el mensajero del espíritu. Y podría cantar, se lo aseguro, cualquier melodía que ustedes eligieran, pero ya ha superado esos trucos vulgares. De manera que propongo dar a este mensajero del espíritu con el permiso de ustedes, damas y caballeros del perfecto público, su forma final. Su forma última.

—¡No! —gritó Tom, haciendo eco a los rugidos del público.

—Sí.

Collins le sonrió y liberó al pájaro. Se oyó la canción, que llegaba a Tom desde el alma de Del atrapada en el pájaro, la canción líquida y rebozante que era la única forma de hablar de Del. Del ascendió unos centímetros sobre la mano del mago y...

*NO, NO, NO, NO... por favor.*

...quedó inmóvil, proyectando un surtidor de colores, y de pronto calló, la canción milagrosa interrumpida en medio de una nota ascendente; el fantasma de una nota llegó al cielo raso; y un pájaro de vidrio cayó en las manos del mago.

*Del.*

—Estás en la Tierra de las Sombras, muchacho —dijo Collins—. Eres parte de la actuación. No puedes marcharte.

Se inclinó hacia adelante y Tom dio un salto para colocarse frente a él, temeroso de que dejara caer eso en que Del se había convertido, como Del había roto deliberadamente la lechuza de Ventnor. El público cesó de rugir. Tom vio vagamente a Rose que iba hacia él con una expresión de total desesperación..., «no podemos hacerlo, Tom, y pensé que podríamos pero me equivoqué, siempre estaremos aquí»..., y tomó, temblando, el gorrión de cristal de las manos de Collins.

—Ahora, la conclusión —dijo Collins—. Ustedes saben que esto ha terminado, ¿verdad? Miren. Nuestro público se ha ido a casa.

Tom no quería mirar. Sabía que ahora los asientos estaban vacíos, esperando la segunda función y luego la tercera.

—Rose ya es mía —dijo Collins—. Y ustedes también, pero todavía no lo saben.

Las luces se apagaron. Los dedos de Collins rozaron los suyos, y el gorrión de cristal se llenó de muchas luces de colores.

Tom dio un paso atrás en la oscuridad, y después de un momento de intenso dolor se dio cuenta de que el mago le había curado las heridas. En el momento de dolor, el gorrión de cristal había saltado de sus manos y se había posado en la alfombra ante el escenario, donde las luces internas se oscurecían y se apagaban.

Los pañuelos cayeron de sus manos.

—Tom.

—Espera —dijo el muchacho, y levantó el gorrión de cristal. No quedaban luces dentro de él.

—Ahora te toca a ti, aprendiz —susurró Collins.

—¿Por qué me curaste?

Rose encontró su cintura, su brazo le rodeó y los dos retrocedieron juntos hasta la primera fila de asientos.

—Te quería como eras al llegar —dijo Collins—. Aura. No quiero que tengas el aura de un faisán herido. Quiero al Tom Flanagan original, completo en todos los aspectos..., el muchacho brillante.

Tom apartó a Rose hacia el lugar donde él recordaba que estaba la puerta.

—Me ves, ¿verdad? —susurró Collins—. Aun en la oscuridad, ¿verdad, muchacho? Yo te veo perfectamente bien.

Y Tom percibía al mago, porque estaba rodeado por una banda de color intenso.

—Del no era suficiente. El otro mensajero te exige a ti.

—O a ti —dijo Tom.

Levantó la mano derecha. Estaba en la oscuridad, pero de ella salían haces de luz. Rose contuvo el aliento, aterrorizada.

—Has asustado a nuestra querida Rose. Nunca te había visto antes vestido de etiqueta. Nunca te vio en todo tu esplendor. Pero entonces, tú tampoco, ¿verdad?

—Soy tan bueno como tú —dijo Tom, sabiendo que no era así.

El mago se arrancó la peluca y la arrojó hacia el escenario, donde brilló y luego se apagó como una bombilla barata.

—Speckle John pensaba lo mismo.

¡CRASH! Otro batir de alas ensordecedor, destructor.

—La lechuza quiere que la alimenten.

Tom apresó al gorrión de cristal en una mano; aferró la muñeca de Rose con la otra y dio una señal, y echó a correr.

Atrás, en el teatro vacío, Collins se echó a reír, y Rose sólo alcanzó a dar unos pasos antes de decir:

—No puedo. No puedo correr. Vete tú. Yo, de todas maneras, le pertenezco a él.

—No te quedarás.

La arrastró con él y pasaron por la puerta abierta.

—No podemos salir.

Miró más allá de Rose y vio una silueta temblorosa que se acercaba, inexorablemente, a la puerta.

*Mi niña tiene razón.* Collins hablaba dentro de su mente como lo había hecho dentro de la de Esqueleto. *No puedes. Mírame.*

La silueta ardió como un relámpago, tan intensamente que las radiaciones de color púrpura y rojo brillaron por la puerta e hicieron resplandecer momentáneamente la pared opuesta como un cartel de neón.

*Te sentirás bien en la Tierra de las Sombras, Tom. Ahora yo soy tu padre y tu madre.*

—Vamos —dijo Tom, y arrastró a Rose por el vestíbulo. Ella había empezado a llorar, no de miedo, pensó Tom. De dolor—. Rápido —ordenó.

Tenían un solo recurso. Un recurso imposible, pero era el único. Si Collins enviaba un mensaje a su mente, él podía también enviar un mensaje a la mente de Collins. Devolver la pelota.... Esqueleto lo había dicho, y sacándolo de un miserable recuerdo de su infancia. «Muy bien, devolveré la pelota. Le arrancaré la cabeza con ella.»

Rose sollozaba con cada paso.

—Un poco más. Falta muy poco. —Palpó la pared para encontrar la llave de la luz junto a la puerta de la cocina, y sus dedos tocaron plástico—. Aquí.

Una luz amarilla les bañó.

Los carteles abarquillados, los vidrios rotos. La alfombra estaba totalmente quemada. Había grandes ampollas de pintura en las paredes, rodeadas por otras más pequeñas.

*Ahora las sombras no eran necesarias.*

Rose se sobresaltó de dolor o sorpresa junto a él, y Tom pensó que era a causa de Collins. Pero ella miraba en la dirección opuesta... detrás de él, en dirección al living y a la puerta de enfrente.

—Necesitarás un poco de ayuda, Colorado —dijo una voz aterciopelada.

En ese mismo momento, Tom dio media vuelta y el receptáculo lleno de cicatrices del cual había sacado a Esqueleto Ridpath se estremeció a sus pies.

*¿Subes, muchacho? ¿O tendré que empujarte?*

—Sólo recuerda que tienes un gran poder —dijo Bud Copeland—. Hoy



descubriste muchas cosas sobre ti mismo, pero ahora tienes que olvidarte de eso. Tienes que pensar en el trabajo, hijo.

El Cobrador estaba en el vestíbulo, chocando contra las paredes abrasadas y descoloridas. Su cabeza vacía se volvía hacia Tom; hacia Rose; luego nuevamente hacia Tom.

Bud se acercó a ellos, y sintieron la conmoción de ver nuevamente a través de él hasta la pared llena de descascarillados. Parecían manchas en la tela de su traje.

*Te daré un gran empujón. Realmente lo pasarás bien. Muy lejos allá abajo en el montón de basura.*

La mente de Tom sintió un desgarramiento repentino, y luego un enorme dolor.

—Recuerda lo que oíste, Colorado.

A cualquiera pueden cobrarle en cualquier momento.

Collins se puso a pescar en su mente, y el anzuelo enganchó la imagen que él tenía de sí mismo y de Esqueleto en ese lugar, atrapados dentro del Cobrador. Dio un paso atrás, temiendo más a esa imagen que a cualquier otra que hubiera visto en la Tierra de las Sombras; más que a la muerte.

—»No quieres escapar, ¿verdad, Colorado? Quieres permanecer cerca de donde tienes que estar.

«Sí —pensó él—. Donde debo estar.»

Sintió a Collins que lo sacudía como un pez, y gritó:

—¡Afuera!

—Yo soy lo que tú sabes, Colorado —dijo Bud—. Esto es todo lo que soy ahora..., tú me trajiste aquí..., para que pudiera decírtelo. No soy más que tu sombra. Es tu poder el que funciona, Colorado.

«Pero yo no sé cómo usarlo —pensó Tom con desesperación—, a veces las cosas simplemente suceden.»

—Como hiciste en la pared con los clavos que atravesaban tus manos —susurró la voz de Bud. ¿O era su propia voz?—. No será más fácil. Pero yo le ayudé durante mucho tiempo... y ahora te ayudaré a ti.

Desapareció, y de pronto Tom se sintió abandonado.

Collins apareció en la curva del corredor, rodeado de una luz con muchas facetas.

«Si te hice venir —dijo Tom para sí mismo—, entonces vuelve. Te necesito. Ahora.»

—Ahora —repitió Collins, y la fuerza de su mente atrajo a Tom hacia él—. Ahora, pajarito.

Era como estar en medio de un tifón. Un viento invisible lo empujaba, sólo quedaba desesperación en sus pensamientos..., olvidó a Bud y a Rose mientras luchaba por no caer. Luchaba por mantenerse apartado de Collins y del Cobrador, pero el tifón le empujaba irresistiblemente hacia adelante. El viento le golpeaba también desde los costados y su cabeza chocó contra la pared. Olor a quemado: el olor de Carson en el camino de la destrucción. Dentro de su cabeza había unas manos fuertes y en su cerebro un gancho que tiraban y tiraban.

*Eres un pajarito fuerte, ¿verdad?*

El gorrión de cristal que tenía en la mano tomó un color brillante. «¡No!», gritó su mente, y el esfuerzo en sus manos se debilitó. El tifón le derribó. El rostro de Collins se inclinaba a treinta centímetros del suyo... La boca burlona, la poderosa nariz. El maquillaje de Herbie Butter se derretía sobre sus mejillas, desaparecía, como si se quemara desde dentro.

«Le cuesta trabajo a él también», comprendió Tom.

Envío un impulso desde su propia mente a los ojos de Collins, consciente de los gritos de Rose en el living..., gritaba desde que él se había separado de ella. Collins retrocedió, y Tom trató de seguir su impulso en la cabeza del mago.

Algo lo contuvo: no la ciega sensación de cuando penetró en la mente de Rose, sino la de apartarse instintivamente de algo repugnante, de un cáncer... La mente de Collins chocó contra la suya como dos espadas cruzadas.

*Así no, muchacho. Es hora de ir a la cama.*

Collins empujaba en su mente con fuerza terrible, y trastabilló entre imágenes de pajaritos laqueados, cuerpos humeantes, un gran pájaro que bajaba para llevárselo. Los circuitos dentro de su cerebro desprendían humo y fuego... *encerrado en esa habitación para siempre, muchacho, allí estarás...*

En sus manos, el gorrión de cristal se tornó negro.

Manos, anzuelos, trampas de metal como las que atrapaban al tejón..., todo penetraba en la mente de Tom y así algo que parecía un pájaro blanco.

*Hora de ir a dormir, niño.*

Collins comenzó a levantarlo. El blanco de los ojos del mago estaba rojo.

Tom llamó a Bud Copeland con las últimas energías que le quedaban.

—Vuelve, Bud, ahora..., ahora...

—Otra vez tú —oyó decir a Collins, y la cruel maquinaria se abrió y se aflojó dentro de él; y Tom tuvo un pensamiento fugaz: «Me traicionaste, pájaro...»

—Tú eres el traidor —oyó decir a Bud—. No el muchacho. Déjalo ir, doctor.

—¡Perdiste! ¡Déjame! —gritó Collins—. Te envié al mundo de los insignificantes.

Tom se volvió hacia un lado, liberándose de Collins. El gorrión de cristal brilló con una luz amarilla, y su calidez atravesó su mano, quemando parte del tejido recientemente cicatrizado.

—Le dijiste al muchacho que todo lo que había aquí procedía del encuentro de tu mente con la suya —dijo Bud—. Y eso es todo lo que soy. Supongo que le diste un arma, doctor, sin saber que lo hacías.

Y luego una voz astuta dentro de su propia mente y en ninguna otra parte: una voz que reconoció como la suya, aunque estaba envuelta en la voz de Bud: «¿Esperas el próximo tren, muchacho?»

—«¡No! —gritó Collins—. ¡Tú le ayudaste! ¡Traidor!

Las alas sacudieron toda la casa, recordando a Tom la enormidad de los poderes que tenía bajo la lengua y bajo los ojos.

—Mírame, asesino —dijo—. Voy a alimentar a la lechuza.

Sabía que el pájaro de cristal había tomado un color dorado rojizo, sabía que transmitía un aura a toda la casa.

—¡TRAIDOR! —gritó Collins, y sus ojos se encontraron con los de Tom.

Pero Tom ya entraba en él, se apoderaba de Collins como se había apoderado de Esqueleto Ridpath, pasaba junto a imágenes de hombres muertos con los rostros destrozados y aviones que explotaban, que caían al pantano de la existencia de Collins. Nada podía retenerlo ahora, como si llevara una armadura blanca y Collins se fundiera con él. Una explosión como un rayo lo sacudió, pero conservó el equilibrio, se apoderó del ser de Collins y retrocedió. *Ábrele esos dedos.*

El secreto consistía en odiar bien.

—El dolor no será tan intenso como piensas —susurró.

Tiró con todas sus fuerzas, sintiendo que su poder se expandía y tragaba a Collins, sintiendo que le rodeaba como una fuerza impresionante, y finalmente inevitable; y quedó libre.

Algo invisible, que gritaba, estaba suspendido en el aire: algo traicionero y furioso, algo que habría sido puro si no hubiera estado tan envilecido por el mal uso.

Tom gimió, y lo metió aún más profundamente dentro del Cobrador.

—Basura —murmuró.

Rose retrocedió, murmurando en medio de su terror, sin saber lo que había sucedido. Frente a Tom, el cuerpo de Collins estaba tendido en el corredor, y parecía estar en un coma profundo. Junto a él, el Cobrador, que nuevamente era una amenaza, se dirigía hacia el muchacho con su hambre inagotable.

—Esta vez puedo recordar cómo terminar —dijo Tom, y dio un paso de lado, seguido por el Cobrador, alargó un brazo hacia el interior del baño y oprimió el botón.

Todo el cuerpo color púrpura, chamuscado por las llamas, pasó junto a Tom, aullando sonidos incomprensibles, y cruzó por la puerta. Se aferró al marco con los dedos. Los ojos fundidos encontraron a Tom, y el muchacho vio lo que no quería ver: Collins dentro de él, tratando de liberarse, aún con fuerzas como para pensar que podría escapar y tratando de salir de esa espantosa habitación y sus horrores, las verdaderas heces de la miseria humana. «Tú lo hiciste —pensó Tom—. Es tuyo.» Los dedos se debilitaron, y el Cobrador desapareció de la vista.

Tom entró en el baño. Encendió la luz. El espejo mostraba una confusión humeante. Apagó la luz y salió tambaleándose.

—Tú lo hiciste —susurró Rose—. Yo apenas... creo que nadie...

—Sí —dijo Tom. Se sentó. Bud había desaparecido; pero Bud nunca había estado allí—. Bien. Tengo algo más que hacer.

Rose vaciló en la luz difusa.

—¿Algo más...?

—Damas y caballeros —dijo Tom, casi disfrutando de la trémula incertidumbre de Rose—. Ven por aquí, Rose. No quiero que te hagas daño. Damas y caballeros..., el asombroso Muro de Fuego.

Tenía fuerzas suficientes para buscar dentro de sí mismo y encontrar la clave que debía haber allí. «Fuego», pensó, y algunas débiles llamas surgieron en la alfombra directamente ante él. Rose se acercó a él.

—No se puede decir que sea una pared —dijo él, y rió, agotado—. Más bien parece un cerco. Tratemos de mejorarla.

Y a pesar de su dolor de cabeza imaginó la pared. La hilera de llamas ascendió por la pared y comenzó a lamer el cielo raso. Tom se sentó, agotado, en el vestíbulo, mirando crecer el fuego. Este consumió el marco de la puerta del baño, y a Tom le pareció tan hermoso como un jardín de rosas. Lo oyó extenderse por el vestíbulo, alimentándose de la alfombra, para luego ir hacia el living. Le encantaría la escalera. «Llévatelo todo», pensó, y no tuvo que recurrir más a sus fuerzas porque ahora el fuego se lo tragaría todo.

Contempló cómo subía por los marcos de los carteles. Entre la alfombra y el cielo raso que ardían, vio las llamas que entraban en el living.

Volvió a reír.

—Me olvidé de pensar en una salida, Rose. Siéntate y disfruta del hermoso fuego. —Tomó el gorrión de cristal y lo colocó sobre sus rodillas—. ¿Lo oíste cantar, Rose? ¿Oíste eso? Era hermoso... Parecía tan feliz. Mejor aún que eso. —El fuego se acercó a sus zapatos—. Lamento que no haya forma de salir, Rose.

—Por supuesto que hay una forma de salir —dijo ella.

—Como un trozo de carne asada. Siéntate y asémonos juntos. No sé qué eres, pero de todas maneras, te amo.

Rose se acercó a él, y él levantó la mano. Ya le llegaba el calor, e imaginaba que podría haber un minuto o dos de dolor, un poco peor que el que ya había sufrido.

Pero en lugar de sentarse junto a él y tomarle la mano, ella le obligó a levantarse.

—No puedo —dijo él, y ella seguía tirando, hasta que Tom se levantó tambaleándose.

—Los túneles, estúpido —dijo Rose—. Podemos volver a pasar bajo el lago.

Rose tiró del escotillón y Tom miró por ultima vez la habitación prohibida.

—Sabes —dijo el muchacho—, realmente era un gran mago. Del tenía razón en eso. Y al comienzo, es difícil creerlo ahora, pero al comienzo fue divertido, en cierto modo. Yo trataba de descubrir en qué consistía todo.

Rose lo miró con curiosidad cautelosa pero casi maternal.

—Hay algo en esta habitación —recordó Tom—. Rose, no puedo irme hasta que lo encuentre.

—No hay nada aquí —dijo ella. Y parecía cierto.

—Collins dijo que dejaría algo aquí para mí... cuando pensaba que me quedaría con él. Tengo que encontrarlo.

—No tenemos tiempo.

—No creo que lleve mucho tiempo.

Miró las paredes color gris plata. El día después de su «bienvenida», él se había detenido en la puerta y había sentido allí la presencia de una escena invisible: la Tierra de las Sombras quería que él leyera el Libro.

—¡Rápido! —exclamó Rose. El ruido del fuego avanzaba por el vestíbulo.

—Es aquí —dijo Tom soñadoramente.

Se volvió, todavía asombrado de poder tenerse en pie. Estaba mirando la pared opuesta a la puerta. Tom pasó junto a la entrada de los túneles y tanteó la pared. Ya estaba caliente. Pasó suavemente las manos por la pintura plateada.

Se abrió un panel en un pequeño nicho. El Libro estaba en un soporte de madera, abierto por el medio y rodeado de terciopelo. Si Collins había pervertido el Libro, al menos lo había guardado con reverencia. Tom tomó el volumen encuadernado en cuero y lo deslizó bajo el cinturón donde había llevado la vieja pistola.

—Muy bien —dijo—. Ahora estoy listo.

Rose le condujo hasta el túnel.

El camino de regreso, como suele suceder, fue más fácil que el de ida. Tom no oyó voces, ningún Nick de la década de los veinte cantaba *Dulce Susana* ni bebía gin de antes de la guerra; el único ruido que oyeron, y que los siguió durante media hora, fue el del fuego que consumía la Tierra de las Sombras; como si eso fuera todo lo que el Nick de la década de los veinte necesitara oír para poder volver a su largo sueño. La lechuza había sido alimentada.

—Estoy tan cansado —dijo Tom.

Rose caminaba delante de él iluminando con la linterna los soportes de madera y las paredes desconchadas.

Pronto Tom vio los sacos de dormir extendidos en la caverna abovedada.

—Por favor, me voy a caer.

—Sólo faltan diez minutos de caminata para llegar a la casa —dijo Rose—. Tengo una idea mejor. Puedes dormir en la playa. Al aire libre.

Tom la siguió a la casa de verano.

Frotándose los ojos, Tom entró en el living oscuro. El gorrión de cristal era como una pesada maleta en su mano izquierda. Rose relucía frente a él con su vestido verde; se dio cuenta de que había recorrido descalza todo el camino desde la casa.

—Tú también querrás acostarte —dijo Tom—. ¿No hay camas aquí? Tengo que..., podría hacer una siesta.

Le ardían los ojos.

—¿Qué cama quieres? —preguntó Rose—. ¿La de Thorn o la de Snail?

—Ah, Dios mío —Tom no podía dormir en esas camas—. Pero ¿por qué en la playa?

Rose le abrazó.

—Falta tan poco, querido Tom. Sólo unos pasos más.

Salieron de la habitación al pórtico. La luna iluminaba con una luz plateada, mágica, que transformaba todo lo que tocaba. El mundo era un lugar de maravilla. El cielo sobre el horizonte tenía un leve matiz anaranjado.

—Me gusta esa playita —dijo Tom—. Yo te busqué ahí varias veces antes de caer enfermo.

—Yo siempre te buscaba —afirmó Rose—. Te buscaba mucho antes de que vinieras aquí.

—Vuelve a Arizona conmigo. ¿Podrías, Rose? —La joven bajaba los escalones con él. El césped era aquel océano, iluminado por la luna, que él había visto antes—. Del lo deseaba. Me lo dijo una vez. Podríamos encontrarte algún lugar donde vivir. Estoy seguro.

—Creo que podríamos —dijo Rose.

—Podríamos casarnos cuando yo tenga dieciocho años. Trabajaré. Puedo trabajar, Rose.

—Claro que sí.

Avanzaban por el sendero lleno de malezas. Cada hoja de los árboles brillaba con una luz plateada. Los troncos eran de onix plateado y negro.

—¿Entonces te casarás conmigo? —preguntó Tom.

—Estamos casados para toda la eternidad.

—Ahora estamos casados para toda la eternidad —dijo Tom. Le parecía maravilloso y absolutamente cierto—. Falta poco, ¿verdad?

Pasaron entre unos delicados arbustos a la playa, también plateada por la luna. Del otro lado se veía la Tierra de las Sombras en llamas. El humo surgía del techo, más oscuro que el cielo. Permanecieron un momento en la arena, mirándolo destruirse. Tom veía llamas ascendentes detrás de las ventanas del piso alto donde

las tentaciones de Collins se le habían ofrecido.

—Lo extraño es que estaba muy capacitado —comentó Tom—. Era exactamente lo que decía ser.

—Acuéstate —dijo Rose—. No quiero seguir mirando eso. Necesitas dormir. — Se extendió junto a él en la arena gris—. Por favor, acuéstate a mi lado.

—Eh..., ¿cómo saldremos de aquí? La pared..., el alambre de púas..., tendremos que volver...

—No. Sigue un sendero detrás de la casa de verano. Conduce a un portón de madera.

—Eres inteligente, Rose.

Se tendió junto a ella en la arena, puso el Libro junto a él, y el pájaro de cristal sobre el Libro. Luego se volvió hacia Rose y tomó a la perfecta muchacha, a la magia que no parecía magia sino belleza terrenal, en sus brazos.



No hicieron el amor. Tom se contentaba con abrazarla, con sentir la piel de pétalo de sus hombros, la curva de su cabeza bajo sus manos. Podía haber cantado, como Del hizo en sus últimos momentos, sobre la perfección de estas cosas. La luna radiante, la arena cálida, la tranquila respiración de Rose que lo acunaba hacia el sueño.

Por toda la eternidad estaban casados.

—Rose... —murmuró y ella respondió con un «¿Mmm?»—. El me contó una historia..., una historia sobre ti.

—Chsss —susurró ella y se llevó los dedos a los labios, y todo se sumergió en la oscuridad.

¿Rose dijo algo antes de marcharse? No lo sabemos. Creo que debe de haber hablado con él, que habrá susurrado un mensaje en el oído del muchacho dormido, pero ese mensaje habrá pasado a su corriente sanguínea como la canción final de Del, siendo imposible reconstruirlo con las palabras usuales de los hombres. Y, como la canción de Del, que era la expresión de la totalidad y el final del cambio, habrá hablado de una transformación necesaria e imprevista: el mensaje habrá sido el latido del corazón de la magia.

En su sueño, Tom la oyó marcharse; y oyó el ruido del agua.

Cuando despertó, el día era cálido y sin nubes, el sol ya estaba alto. Vio que Rose se había ido, y la llamó por su nombre. Volvió a llamar.

Al otro lado del lago, la Tierra de las Sombras era un agujero humeante en el paisaje, humeaba como una vieja pipa.

—Rose —volvió a llamar Tom, y finalmente miró su reloj. Eran las once de la mañana—. ¡Rose! ¡Vuelve!

Se puso de pie, miró hacia los árboles y no la vio, y por un momento se sintió enfermo ante la idea de que Rose podía haber vuelto a la casa.

Pero no podía ser: la casa ya no existía. Seguramente la entrada del túnel estaba cegada por los escombros. De la casa sobresalían algunas vigas, una chimenea sobre una columna ennegrecida. Todo lo demás había desaparecido. Rose estaba libre de eso.

Y él también. Por primera vez miró sus manos a la luz del día y vio las cicatrices de forma circular.

Se sentó a esperarla. Aun entonces, sabía que aunque la esperara hasta que su barba creciera hasta la cintura y los hombres bailaran en la luna y las estrellas, ella no volvería. Sin embargo, la esperaba. No podía marcharse.

Tom la esperó todo el día. Los minutos se arrastraban..., había vuelto al tiempo común, y nadie podía comprimir las horas como si fueran una baraja. Vio cambiar el color del lago a medida que el sol lo cruzaba, pasando de un azul profundo a un azul más pálido y luego a un verde claro, para tornarse de nuevo azul. En las últimas horas de la tarde posó el gorrión de cristal sobre la arena y abrió el libro encuadernado en cuero. Leyó las primeras palabras: «Estas son las enseñanzas de Jesús, hijo de Dios, narradas por él y por su hermano gemelo, Judas Tomás.» Cerró el libro. Recordó lo que había dicho Rose ante su frenética declaración de que tendrían que volver a pasar por la casa destruida. «No, tú no.» No había dicho «nosotros no». Ella no iría por el sendero hasta el portón con él; no entraría en el pueblo, tomada de la mano con él, ni estaría a su lado mientras aguardaban el tren.

Tom esperó a que oscureciera. La Tierra de las Sombras seguía

desmoronándose, y aún se veían algunas chispas, que caían sobre una delgada capa de cenizas que la lluvia borraría en otoño. Cuando las cenizas comenzaron a brillar como los ojos de un tigre, se puso de pie.

Caminó hacia el agua, con el gorrión de cristal y el Libro. Se arrodilló en la arena húmeda junto al borde del agua. Dejó el gorrión y lo miró. En su centro había una oscura luz azul. Quiso decir algo profundo, pero la profundidad estaba más allá de él: quiso decir algo emotivo, pero la emoción le trababa la lengua.

—Vamos —fue lo que logró decir.

Arrojó el gorrión al agua. El gorrión flotó un instante y luego fue arrastrado por las aguas. El azul del cristal era idéntico al azul del agua. La corriente lo arrastró tan lejos que Tom dejó de verlo.

Tom se puso de pie, metió el Libro en su cinturón y desandó el camino por la playa. Se abrió paso entre los delicados arbustos.

## SE AVECINA EL FIN DEL SIGLO

Se *avecina el fin del siglo* y la historia de Tom Flanagan versaba sobre acontecimientos que habían pasado veinte años antes. La he oído en distintos lugares del mundo, y me he preguntado qué clase de historia era y cuánto en ella era invención. También me preguntaba constantemente qué había estado leyendo Tom. Sin duda su imaginación había creado estas ilusiones tan extremas..., la aceleración del tiempo, las transformaciones y las repentinas dislocaciones del espacio, también las personas con rostros de animales, tomadas directamente de las obras de pintores simbolistas, como Puvis de Chavannes..., y pensé que se había sumergido en novelas tenebrosas y fantásticas. Había querido ofrecernos algo bueno.

La idea de que Laker Broome era un demonio menor es un buen ejemplo de ello. Es verdad que yo, como todos los muchachos nuevos, suponía que hacía años que estaba en Carson. Sin embargo, Broome sólo había sido director de Carson durante nuestro primer año..., cuando volvimos en septiembre, un hombre capaz llamado Philip Hagen ocupaba su lugar, y nosotros pensamos que afortunadamente Broome había tenido que dejar su puesto a causa de la crisis nerviosa y de su conducta durante el incendio.

Escribí a la Asociación de Directores de Escuelas Secundarias y descubrí que no había información sobre Laker Broome. No estaba registrado allí. Una noche, mientras aún trataba de descubrir qué había sido de él, llamé a Fitz-Hallan y le pregunté si recordaba lo que le había sucedido a Broome. Fitz-Hallan pensaba que había logrado obtener un puesto en... Nombró una escuela tan anodina como Carson. Cuando escribí a dicha escuela, recibí una carta que decía que habían tenido el mismo director desde 1955 hasta 1970, y que ninguna persona llamada Laker Broome había trabajado allí. Sin embargo, una nota al pie, escrita a lápiz, decía que un tal Carl Broome había estado en la escuela en 1959 como profesor de latín, solamente durante un año. ¿Tal vez yo me había equivocado en el nombre? ¿Por qué habían prescindido de Carl Broome un año después? Volví a escribir, pero me informaron que esos asuntos «son confidenciales, y que ninguna escuela respetable facilita informes sobre el personal que ha pasado por ella». Esto era un poco sucio..., ¿acaso no daban recomendaciones? Pero era evidente que no deseaban decirme lo que yo quería saber; y de todas maneras, estaba bastante seguro de que Laker no era Carl Broome, de manera que no tenía sentido continuar. Laker la Serpiente perdió su puesto de trabajo y desapareció. Eso es todo lo que supe de él.

La historia de Tom abandonaba a Steve Ridpath cuando éste (seguramente) salía con cautela por la puerta de enfrente y se escurría por los barrotes de la entrada, e imaginé que una conversación con Ridpath me diría de inmediato qué parte de la

historia de Tom era ficticia. Con esto tuve mucha más suerte que con Laker Broome. Esqueleto fue a Clemson y las universidades conservan excelentes registros. La Oficina de Alumnos me dijo que Ridpath, Steve, se había graduado con notas bajas en el año 1963. De allí había ido a una escuela de teología en Kentucky.

—¿Una escuela de teología? ¿Una escuela bíblica en Kentucky?

Parecía imposible, pero era cierto... El Instituto Teológico Headley de Frankfurt me dijo que el señor Ridpath había asistido a la escuela entre 1963 y 1964, año en que se convirtió al catolicismo y pasó a un seminario de Lexington. El seminario de Lexington, dirigido por una orden de monjes, me escribió finalmente que Steve Ridpath se había convertido en el hermano Robert y que estaba en un monasterio cerca de Coalville, Kentucky.

Fui de Conecticut hasta Coalville para tratar de hablar con él.

Coalville era un lugar muy pequeño..., de apenas trescientas personas. Edificios feos en un paisaje aún más feo. En cualquier lugar donde hubiera algunos árboles se extendía un descampado con montones de escoria y construcciones mineras abandonadas. Había un motel, pero yo era el único huésped. Envié una nota al monasterio. ¿El hermano Robert querría hablar conmigo de los motivos que lo habían llevado a este extraño destino? Sugerí que estaba escribiendo un artículo o un libro sobre la decisión de entrar en la Iglesia.

«Venga si quiere —decía la nota, que recibí por correo—. Supongo que ha hecho un viaje inútil.»

Aparecí en la puerta del monasterio a la hora indicada por él. Aún no había oscurecido..., había una granja en el lugar, y los hermanos se autoabastecían de los alimentos que necesitaban. Hice sonar la gran campana, y esperé en medio del frío.

Finalmente un monje abrió las puertas. Llevaba un hábito de tosca tela marrón y la capucha dejaba en sombras su rostro.

—¿El hermano Robert? —pregunté, sobresaltado por su aparición.

—El hermano Theo —respondió él—. El hermano Robert le espera en el jardín.

Se volvió sin decir una palabra más y lo seguí por un sendero de piedras.

Pasamos junto a un pabellón de ladrillo rojo.

—Nuestra granja —dijo el hermano Theo, e hizo un gesto para señalarla. Miré a la izquierda y vi un granero y algunas vacas que acababan de ser ordeñadas. Aún me parecía imposible que Esqueleto Ridpath estuviera en semejante lugar—. El gallinero —dijo el hermano Theo—. Tenemos sesenta y ocho gallinas. Buenas ponedoras.

Finalmente llegamos a otro portón. Sobre un cerco de ladrillos vi muchos rosales. Los hermanos pronto tendrían que comenzar a podar, porque había demasiadas rosas y se veían descuidadas. Mi guía abrió la puerta. Un sendero de piedrecillas con macizos de rosas a ambos lados.

—Siga por el sendero —dijo—. Dentro de quince minutos lo acompañaré para salir.

—¿Quince minutos? —pregunté—. ¿No puedo quedarme un poco más?

—El tiempo fue especificado por el hermano Robert.

Dio media vuelta y se alejó.

Eché a andar por el sendero. Llegué a una curva, y cuando entré en el jardín propiamente dicho, me quedé sin aliento. Era como un jardín medieval, parcelado en pequeños parterres donde crecían diversas hierbas y flores, un lugar de gran orden y serenidad, mucho más grande de lo que yo había esperado. Había un monje sentado en un banco de hierro frente a otro macizo de rosas. Junto a él en el banco había un objeto que brillaba al sol: unas tijeras de podar. Cuando oyó mis pasos en el sendero, levantó la mirada y se quitó la capucha.

Era Esqueleto: nadie le habría tomado por otro. Sus cabellos grisáceos estaban muy cortos, y la barba le cubría las mejillas, pero seguía siendo Esqueleto Ridpath.

—¿Te gusta nuestro jardín? —preguntó.

—Mucho —respondí—. Es hermoso, en realidad. ¿Tú lo cuidas?

Pasó por alto la pregunta.

—Debo ocuparme de las rosas. Están en un estado lamentable. —Tomó las tijeras de podar y me hizo un gesto sombrío, indicándome que me sentara—. Puedo brindarte quince minutos —agregó—, pero debo decirte que estás perdiendo el tiempo.

—Será mejor que yo decida eso —dije—, pero en todo caso, vamos al grano, si no te molesta. ¿Por qué decidiste asistir al Instituto Teológico Headley al salir de Clemson? No creo que pensaras eso cuando comenzaste la universidad.

Saqué un lápiz y un cuaderno.

—No entenderías —respondió, y cerró la tijera de podar.

—Ya que me has dado quince minutos, ¿por qué no ponerme a prueba? —pregunté—. De otro modo tú también perderás el tiempo. Al menos veo que eres un jardinero con talento.

Me miró ceñudo, rechazando el cumplido.

—¿Hubo una crisis en tu interior..., una crisis espiritual de algún tipo?

—Hubo una crisis —dijo él— Podría llamarse espiritual.

—¿Podrías describirla de alguna manera?

El hermano Robert suspiró: realmente ardía por volver a las rosas.

—Podrías seguir con tu trabajo mientras hablas conmigo —dije.

Inmediatamente se levantó del banco murmurando: «Gracias», y comenzó con las rosas. Una gran rama llena de flores y algunos pétalos cayeron sobre el banco.

—En mi segundo año en la universidad —dijo, y por alguna razón sentí una opresión en el pecho—, estuve a punto de abandonar. Tuve una visión perturbadora. Luego resultó ser profética.

—¿Qué era? —pregunté.

—La visión de uno de nuestros compañeros. —Se volvió y me miró con furia—. Tuve una visión de Marcus Reilly. Vi su muerte. No una vez, sino muchas veces. —Creo que dejé de respirar—. Estaba en su coche. Sacó una pistola del bolsillo. Colocó

la pistola junto a su oído. ¿Es necesario que siga?

—No —dije con un suspiro—, sé cómo murió Marcus.

Cayó otra rama llena de rosas. Más pétalos sobre el banco.

—Eso es lo que tengo que decirte. No comprenderías el resto. Estoy seguro de que de todas maneras el resto fue muy normal. Acepté a Cristo primero y más tarde acepté a la Iglesia. Lo único fuera de la corriente es que me convertí al catolicismo.

—Abandonaste tus alas, ¿eh? —pregunté.

—Jamás saldré de este lugar. Jamás querré salir. Si te refieres a eso.

De pronto parecía muy agitado.

—Hermano Robert, ¿qué sucedió en Vermont? —me atreví a preguntar; fue una equivocación.

—Creo que nuestro tiempo ha terminado —dijo, sin mirarme—. Lamento haber aceptado hablar contigo.

Ahora el banco estaba lleno de rosas, que caían al sendero.

—Si trajera aquí a Tom Flanagan, ¿aceptarías verlo?

De pronto eso me pareció una solución brillante.

El hermano Robert dejó de podar las rosas. Me miró, inmóvil por un segundo, como si hubiera quedado helado al oír el nombre de Tom.

—De ningún modo. Además, jamás volveré a verte a ti, bajo ninguna circunstancia. ¿Está claro?

Cortó otra rama llena de rosas, y allí terminó nuestra entrevista. No quería dejarme ver su rostro.

—Gracias por lo que me dijiste —respondí, y volví al portón, donde me esperaba el hermano Theo.

Parecía lamentar no haber escuchado la conversación; me preguntó si me había gustado la visita.

Ese mismo año visité a unos amigos en Putnel, Vermont, y antes de marcharme busqué Hilly Vale en un viejo mapa de Sunoco e hice un rodeo de más de ciento cincuenta kilómetros en el camino de regreso. La ciudad se parecía mucho a lo que describía Tom. En veinte años se habían producido pocos cambios en Hilly Vale. Estacioné en la calle principal y entré en una tienda de alimentos dietéticos..., seguramente éste era uno de los cambios. Un muchacho de cabellos largos y delantal a rayas comía detrás del mostrador. El puso el toque final a mi teoría sobre los cambios en Hilly Vale.

—Estoy buscando el lugar donde estaba la casa de Collins —dije—. ¿Puedes ayudarme?

Me sonrió.

—Sólo hace un año y medio que estoy aquí —respondió—. Tal vez la señora Brewster lo sepa. —Hizo un gesto a una mujer de unos cincuenta años que estaba arreglando una serie de monederos—. ¡Señora Brewster! —gritó—. Este señor quiere... —me miró arqueando una ceja.

—El lugar donde estaba la casa de Collins, señora Brewster —dije—. Donde hubo un gran incendio. Debe haber sido en 1959. Al final del verano.

—Ah, sí —dijo ella, y nuevamente sentí una opresión en el pecho—. Nadie se enteró hasta que todo el lugar quedó destruido. No lo supimos hasta después de algunas semanas. Algo terrible. El señor Collins murió allí. En otra época fue un mago famoso, ¿sabe? —me miró con malicia—. Usted no será el señor Flanagan, ¿verdad?

—Claro que no —respondí, desconcertado—. ¿Por qué lo pregunta?

—Creí que lo sabía. El lugar es de Flanagan ahora. Claro, no es una verdadera casa, y eso es una vergüenza. Una tierra valiosa que haya quedado así..., a algunas personas de aquí les interesaría comprar esas tierras. Usted no será de la inmobiliaria, ¿verdad?

—No —respondí—. Soy sólo un amigo del señor Flanagan. Pero no sabía que él era el propietario.

—De todo —dijo ella—. Hasta del lago. Nunca viene aquí. Probablemente piensa que somos poco para él. El también es mago..., ah, usted lo sabe. Pero no está a la altura del señor Collins. No se parece al señor Collins. El señor Collins vivió aquí desde 1925. Y nunca hablaba con nadie —hizo una enérgica afirmación con la cabeza.

—No, entiendo que Tom no es como el señor Collins —dije.

—En mi opinión no le llega ni a la suela de los zapatos.

—¿Vio alguna actuación de Collins? —pregunté, sin poder creerlo.

—Ni siquiera lo conocí —dijo ella—. Pero puedo decirle cómo llegar al lugar, ya que tiene tanta curiosidad.

Seguí sus indicaciones y pronto me encontré en la peculiar situación de estar en un paisaje sobre el que había escrito sin haberlo visto. Llegué al lugar donde se bifurcaba el camino, al sendero ascendente entre los árboles, y al lugar donde Tom había visto los caballos. Estaba cubierto de hierbajos: necesitaba los cuidados del hermano Robert.

Y, finalmente, llegué al sendero.

Aparqué el coche y bajé. Alguna vez había estado pavimentado. Alguien, probablemente un grupo de adolescentes, había abierto el portón, y los años lo habían cubierto de óxido. Las ramas de la parra se retorcieron alrededor de los barrotes. La pared que rodeaba la Tierra de las Sombras seguía en pie, sin embargo, y otras ramas de parra se enredaban entre los ladrillos del borde superior, en los lugares donde estaban rotos. El alambre de púas ya no existía..., supongo que algún granjero ahorrador se lo habría llevado.

Avancé por el camino accidentado, tropezando un poco con las piedras sueltas, preguntándome cuándo vería la casa. Dejé atrás el sendero traicionero y seguí caminando entre pastos altos. Era una mentira, pensé..., todo era una hermosa mentira. No había casa. La casa nunca había existido.

Luego mi pie tocó un ladrillo y me di cuenta, consternado, de que en realidad



estaba en la casa. Había ladrillos cubiertos de musgo en el césped, y después de buscar un poco más llegué a las ruinas de una chimenea de ladrillos, con su abertura llena de basura y escombros. Envoltorios de O. Henry y Snickers; una botella de cerveza entre la maleza; una vieja revista de historietas, casi totalmente deshecha. Estaba en el sótano de la Tierra de las Sombras, donde había caído todo. Ahora era poco más que un agujero en la tierra..., podría haber sido una depresión glacial. Me incliné, recogí un ladrillo y lo limpié de hormigas. Estaba descolorido: ennegrecido por el fuego.

Pero el peñasco seguía allí, y también el lago. Me abrí paso entre las altas hierbas, perseguido por la extraña sensación de que caminaba con Tom Flanagan y Rose Armstrong escapando de la casa en llamas, y salí del agujero. La tierra descendía espectacularmente en una pendiente de unos cien metros, hasta un acantilado cubierto de maleza. El lago reflejaba la luz del sol. El bosque de Tom se extendía a sus costados. Yo no tenía idea de la escala, de que todo era tan grande y el bosque tan extenso..., parecía terriblemente denso..., y el lago tan grande..., debía tener un kilómetro y medio de ancho.

«Rose Armstrong», pensé, y entonces vi una pequeña franja dorada en el extremo más alejado del lago. Mi corazón se detuvo. Estuve a punto de caer del peñasco. En ese momento creí todo lo que me había dicho Tom.

Casi podía verlos, a Tom y a su Rose, abrazados en la estrecha playita de arena junto al Libro y a un pájaro de cristal; casi veía a Rose susurrando en el oído de Tom lo que le había dicho antes de... ¿De qué? ¿Habría entrado en el agua y dejado atrás todo lo que era humano en ella, para quedar grabada en la memoria de Tom Flanagan?

Llegaba un viento cálido de alguna parte. Flores de mostaza; gin; humo de cigarros. Podía creer que captaba todos esos olores. La superficie del lago se oscurecía y se henchía bajo la sombra de una nube. Me di la vuelta para cruzar las ruinas de la Tierra de las Sombras y llegar a mi automóvil.